

HUJO DORADO



«Una saga absolutamente original y emocionante.»
Booklist

PIERCE
BROWN

Lectulandia

Como Rojo, Darrow creció trabajando en las profundidades de las minas bajo la superficie de Marte, soportando un trabajo agotador mientras soñaba con un futuro mejor para sus descendientes.

Pero la sociedad que sirvió fielmente se construyó sobre mentiras y el único camino hacia la liberación es la revolución.

Así Darrow se sacrifica y se convierte en un dorado, infiltrándose en ese ámbito privilegiado para poder destruirlo desde dentro.

Lectulandia

Pierce Brown

Hijo dorado

Red Rising - 2

ePub r1.0

Titivillus 14.12.15

Título original: *Golden Son*
Pierce Brown, 2015
Traducción: Ana Isabel Sánchez Díaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre, que me enseñó a hablar



DORADOS

Los gobernantes de la humanidad, extremadamente inteligentes.

PLATEADOS

Innovadores, financieros y empresarios.

BLANCOS

Sacerdotes y sacerdotisas que supervisan las funciones rituales de la Sociedad.

COBRES

Administradores, abogados y burócratas.

AZULES

Pilotos y astronautas criados para tripular los cruceros estelares.

AMARILLOS

Expertos en ciencias humanas y de la naturaleza. Médicos, psicólogos y científicos.

VERDES

Los programadores y desarrolladores de la tecnología.

VIOLETAS

La clase creativa de los artistas, músicos y actores.

ΠΑΡΑΠΛΑΣ

Proporcionan soporte de sistemas en los cruceros estelares y en todo tipo de empresas mecánicas.

GRISES

Personal policial y militar.

ΜΑΡΡΟΠΕΣ

Sirvientes en las casas, empresas e instituciones sociales.

ΟΒΣΙΔΕΑΝΟΣ

Una raza monstruosa criada solo para la guerra.

ΡΟΣΑΣ

De una belleza sin parangón, los crían y preparan para el arte del placer físico.

ΡΟJΟΣ

Trabajadores manuales sin cualificar sometidos a entornos



DRAMATIS PERSONAE

Casa de Augusto y aliados

NERÓN AU AUGUSTO: archigobernador de Marte, cabeza de la Casa de Augusto, padre de Virginia y Adrio.

VIRGINIA AU AUGUSTO/MUSTANG: hija de Nerón, hermana gemela de Adrio.

ADRIO AU AUGUSTO/CHACAL: hijo del archigobernador, heredero de la Casa de Augusto, hermano gemelo de Virginia.

PLINIO AU VELOCITOR: jefe político de la Casa de Augusto.

DARROW AU ANDRÓMEDA/SEGADOR: archiprimus del Instituto de Marte, lancero de la Casa de Augusto.

TACTO AU RATH: lancero de la Casa de Augusto.

ROQUE AU FABII: lancero de la Casa de Augusto.

VICTRA AU JULII: lancera de la Casa de Augusto, hermanastra de Antonia, hija de Agripina.

KAVAX AU TELEMANNUS: cabeza de la Casa de Telemannus, aliado de la Casa de Augusto, padre de Daxo y Pax.

DAXO AU TELEMANNUS: heredero e hijo de Kavax, hermano de Pax.

Casa de Belona

TIBERIO AU BELONA: cabeza de la Casa de Belona.

CASIO AU BELONA: heredero de la Casa de Belona, hijo de Tiberio, lancero de la Casa de Belona.

KARNUS AU BELONA: hijo de Tiberio, hermano mayor de Casio, lancero de la Casa de Belona.

KELLAN AU BELONA: pretor, primo de Casio, sobrino de Tiberio.

Dorados notables

OCTAVIA AU LUNE: soberana reinante de la Sociedad.

LISANDRO AU LUNE: nieto de Octavia, heredero de la Casa de Lune.

AJA AU GRIMMUS: jefa de guardaespaldas de la soberana.

MOIRA AU GRIMMUS: jefa política de la soberana.

LORN AU ARCOS: antiguo Caballero de la Furia.

FITCHNER AU BARCA: antiguo próctor de Marte, padre de Sevro.

SEVRO AU BARCA/TRASGO: líder de los Aulladores, hijo de Fitchner.

AGRIPINA AU JULII: cabeza de la Casa de Julii, madre de Victra y Antonia.

ANTONIA AU SEVERO-JULII: exmiembro de la Casa de Marte, hermanastra de Victra, hija de Agripina.

Hijos de Ares

ARES: líder terrorista, color desconocido.

DANCER: teniente de Ares, rojo.

HARMONY: teniente de Dancer, roja.

MICKEY: tallista, violeta.

EVEY: antigua esclava de Mickey, rosa.

Erase una vez un hombre que bajó del cielo y asesinó a mi esposa. Ahora camino a su lado por una montaña que flota sobre nuestro mundo. Cae la nieve. En la roca bostezan almenas de piedra blanca y cristal reluciente.

A nuestro alrededor se arremolina un caos de ambición. Todos los magníficos dorados de Marte descienden sobre el Instituto para reclamar a los mejores y más brillantes alumnos de nuestro año. Sus barcos abarrotan el cielo matutino y proyectan sus sombras sobre un mundo de nieve y castillos humeantes camino del Olimpo, el lugar que arrasé hace apenas unas horas.

—Échale un último vistazo —me dice cuando nos acercamos a su lanzadera—. Todo lo anterior no ha sido más que un susurro de nuestro mundo. Cuando dejas esta montaña, todos los vínculos se rompen, las promesas quedan reducidas a polvo. No estás preparado. Nadie lo está jamás.

Entre la multitud, veo a Casio con su padre y sus hermanos de camino a su lanzadera. Nos abrasan con la mirada sobre el paisaje blanco, y me viene a la memoria el sonido del corazón de su hermano cuando latió por última vez. Una mano ruda de dedos huesudos se aferra posesivamente a mi hombro.

Augusto mira fijamente a sus enemigos.

—Los Belona no perdonan ni olvidan. Son muchos. Pero no pueden hacerte daño. —Su mirada de ojos fríos se vuelve hacia mí, su premio más reciente—. Porque tú me perteneces, Darrow, y yo protejo lo que es mío.

Y yo también.

Durante setecientos años, mi pueblo ha estado esclavizado, privado de voz y de esperanza. Ahora yo soy su espada. Y no perdono. No olvido. Así que dejaré que me guíe hasta su lanzadera. Que piense que es mi dueño. Que me reciba en su casa, porque así podré quemarla hasta los cimientos.

Pero entonces su hija me agarra de la mano y siento que la pesada carga de todas las mentiras recae sobre mis hombros. Dicen que un reino dividido no puede perdurar. Pero no mencionaron qué le ocurre al corazón en ese mismo caso.



Hic sunt leones. Aquí hay leones.

NERÓN AU AUGUSTO

CAUDILLOS

Mi silencio atrona. Estoy sobre el puente de mi crucero estelar, con el brazo roto y en cabestrillo y las quemaduras de iones del cuello aún en carne viva. Estoy exhausto. Llevo el filo enredado en torno al brazo sano, el derecho, como una gélida serpiente de metal. Ante mí, se abre el espacio, vasto y terrible. Unos pequeños fragmentos de luz agujonean la oscuridad y varias sombras primordiales se mueven para bloquear esas estrellas en los límites de mi campo visual. Asteroides. Flotan con lentitud alrededor de mi buque de guerra, Quietus, mientras escudriño la negrura en busca de mi presa.

—Vence —me ordenó mi señor—. Vence, ya que mis hijos no pueden, y honrarás el nombre de Augusto. Vence en la Academia y te ganarás una flota.

Le encantan las repeticiones dramáticas. Como a la mayoría de los hombres de estado.

Le gustaría que ganara por él, pero yo ganaré por la chica roja que tenía un sueño más grande de lo que ella habría podido llegar a ser jamás. Ganaré para que él muera y el mensaje de aquella muchacha arda a través de los siglos. Poca cosa.

Tengo veinte años. Soy alto y ancho de espaldas. Mi uniforme, ahora arrugado, es de piel de marta cibelina. Tengo el pelo largo y los ojos dorados inyectados en sangre. Mustang me dijo una vez que mi rostro es afilado, que las mejillas y la nariz parecen esculpidas en mármol airado. Evito los espejos. Prefiero olvidar la máscara que llevo, la máscara que luce la cicatriz curvada de los dorados que gobiernan los mundos desde Mercurio hasta Plutón. Pertenezco a los Marcados como Únicos. Los más crueles y brillantes de los humanos. Pero extraño a la más cálida de todos ellos. A la que hace casi un año me pidió desde su balcón que me quedara cuando me despedí de ella y de Marte. A Mustang. Como regalo de despedida le entregué un anillo de oro con la imagen de un caballo y ella me dio un filo. Muy apropiado.

El sabor de sus lágrimas se pudre en mi memoria. No he sabido nada de ella desde que salí de Marte. Aún peor, no he sabido nada de los Hijos de Ares desde que gané en el Instituto de Marte hace más de dos años. Dancer me dijo que se pondría en contacto conmigo cuando me graduara, pero me han dejado vagando a la deriva entre un mar de rostros dorados.

Esto está muy lejos del futuro que me imaginaba para mí cuando era niño. Muy lejos del futuro que quería construir para mi pueblo cuando permití que los Hijos de Ares me tallaran. Creí que cambiaría los mundos. ¿Qué joven estúpido no lo piensa? Sin embargo, la maquinaria de este vasto imperio me ha engullido en su avance inexorable.

En el Instituto nos adiestraron para sobrevivir y conquistar. Aquí, en la Academia, nos han educado en la guerra. Ahora están poniendo a prueba nuestra soltura. Dirijo una flota de buques de guerra contra otros dorados. Luchamos con municiones falsas y enviamos partidas de abordaje de un barco a otro como en los combates astrales de los dorados. No hay motivo para destruir un navío que cuesta la producción anual total de veinte ciudades cuando puedes mandar una nave sanguijuela llena de obsidianos, dorados y grises para que se apropien de sus órganos vitales y la conviertan en tu botín.

Durante las clases de combate astral, nuestros profesores nos repitieron machaconamente las máximas de su raza. Solo sobreviven los fuertes. Solo gobiernan los listos. Y luego se largaron y nos dejaron para que nos las arreglásemos por nosotros mismos saltando de asteroide en asteroide, buscando suministros y bases, persiguiendo a los demás alumnos hasta que solo han quedado dos flotas.

Sigo participando en un juego. Solo que este es el más mortífero hasta el momento.

—Es una trampa —dice Roque a mis espaldas.

Lleva el pelo largo, como yo, y tiene el rostro tan suave como el de una mujer y tan sereno como el de un filósofo. Matar en el espacio es distinto que matar en la tierra. Roque es un genio en lo primero. Hay poesía en ello, dice. Poesía en el movimiento de las esferas y los buques que navegan entre ellas. Su cara encaja con los azules que forman la tripulación de estos navíos, hombres y mujeres livianos que se mueven como espíritus errantes por las salas metálicas, todo lógica y orden estricto.

—Pero no es tan elegante como Karnus podría pensar —prosigue—. Sabe que estamos ansiosos por terminar con el juego, así que se quedará esperando al otro lado. Quiere forzarnos a entrar en un cuello de botella y lanzarnos sus misiles. Eficacia probada desde el amanecer de los tiempos.

Roque señala con cuidado el hueco que queda entre dos asteroides gigantes, un pasadizo estrecho que debemos recorrer si queremos continuar persiguiendo el maltrecho buque de Karnus.

—Todo es una maldita trampa. —Tacto au Rath, larguirucho y desaliñado, bosteza. Apoya su peligrosa complexión contra el ventanal y absorbe por la nariz una pizca de la sustancia que lleva en su anillo. Tira al suelo el cartucho gastado—. Karnus sabe que está perdido. Tan solo quiere torturarnos. Arrastrarnos hacia una persecución estúpida para que no podamos dormir. Es un capullo egoísta.

—Eres un florecilla, siempre cotorreando y gimiendo —lo increpa Victra au Julii desde su puesto junto a la cristalera.

Los irregulares mechones de pelo de la chica apenas sobrepasan la altura de sus orejas agujereadas con jade. Impetuosa y cruel, pero no en exceso, desdeña el maquillaje a favor de las cicatrices que se ha ganado a lo largo de sus veintisiete años. Y son muchas.

Su mirada es dura, profundamente decidida. Su boca, sensual, grande, con unos labios moldeados para ronronear insultos. Se parece más a su célebre madre que a su hermanastra pequeña, Antonia; pero supera con creces a ambas en su capacidad para sembrar el caos.

—Las trampas no significan nada —asegura—. Su flota está destrozada. No tiene más que un barco. Nosotros tenemos siete. ¿Y si le partimos la boca de una vez?

—Es Darrow quien tiene siete barcos —le recuerda Roque.

—¿Perdona? —pregunta Victra, molesta por la corrección.

—Quedan siete de los barcos de Darrow. Has dicho que son nuestros. Y no lo son. Él es el primus.

—El poeta pedante ataca de nuevo. El mensaje es el mismo, buen hombre.

—¿El mensaje de que deberíamos precipitarnos en lugar de ser prudentes? —pregunta Roque.

—El de que son siete contra uno. Resultaría embarazoso dejar que esto se alargue más. Así que aplastemos a esa bestia de Belona con nuestra bota como si fuera una cucaracha, volvamos a la base, recibamos nuestras merecidas recompensas de manos del viejo Augusto y ¡a jugar! —Mueve el tacón a derecha e izquierda para darle énfasis a sus palabras.

—Ahí, ahí —conviene Tacto—. Mi reino por un gramo de polvo de demonio.

—¿Ese ha sido tu quinto chute del día, Tacto? —inquire Roque.

—¡Sí! ¡Gracias por fijarte, mamita querida! Pero me estoy cansando de estas anfetamidas militares. Creo que tengo ganas de clubes de Perlas y copiosas cantidades de drogas decentes.

—Vas a acabar mal.

Tacto se da una palmada en el muslo.

—Vive deprisa. Muere joven. Cuando tú seas una uva pasa vieja y aburrída, yo seré un glorioso recuerdo de épocas mejores y días decadentes.

Roque niega con la cabeza.

—Algún día, mi obstinado amigo, encontrarás a alguien a quien amar que hará que te rías de la estúpida persona que fuiste una vez. Tendrás hijos. Tendrás una hacienda. Y de algún modo aprenderás que hay cosas más importantes que las drogas y los rosas.

—Por Júpiter. —Tacto lo observa completamente aterrorizado—. Eso suena de lo más deprimente.

Escudriño el despliegue táctico sin prestar atención a su cháchara.

La presa que perseguimos es Karnus au Belona, el hermano mayor de mi antiguo amigo, Casio au Belona, y del chico al que maté en el Paso, Julian au Belona. En esa familia de pelo rizado, Casio es el hijo favorito. Julian era el más amable. ¿Y Karnus? Mi brazo roto da testimonio: es el monstruo al que dejan salir del sótano cuando tienen que matar cosas.

Mi fama ha crecido desde la etapa del Instituto. Así que cuando la noticia de que

por fin el archigobernador iba a enviarme a ampliar mis estudios alcanzó el circuito violeta de los chismorreos, la madre de Casio también mandó a «estudiar» a Karnus au Belona y a unos cuantos primos suyos escogidos a dedo. Esa familia quiere mi corazón servido en una bandeja. Literalmente. Lo único que los detiene es el emblema de Augusto. Atacarme a mí es atacarlo a él.

De todas maneras, a mí me importan un bledo sus ganas de venganza y la reyerta familiar de mi señor con su casa. Yo quiero ganarme una flota para utilizarla en favor de los Hijos de Ares. Cuánto daño podría causar. He hecho un estudio de las líneas de suministro, los puestos de sensores, los batallones, los centros de datos: de todos los puntos de presión que podrían hacer que la Sociedad se tambaleara.

—Darrow... —Roque se acerca—, contén tu presunción. Recuerda a Pax. El orgullo mata.

—Quiero que sea una trampa —le digo—. Que Karnus se vuelva y nos haga frente.

Inclina ligeramente la cabeza.

—Le has tendido tu propia trampa.

—Vaya, ¿qué te hace pensar eso?

—Podrías habérmelo dicho. Yo podría haber...

—Karnus cae hoy, hermano. Ese es el simple meollo de la cuestión.

—Por supuesto. Yo solo quiero ayudar. Ya lo sabes.

—Sí, lo sé. —Reprimo un bostezo y recorro con la mirada las salas de máquinas que hay a mi espalda, más abajo. En ellas trabajan azules de muchos tonos distintos, manejando los sistemas que dirigen mi barco. Hablan más lentamente que ningún otro color, a excepción de los obsidianos, pues prefieren la comunicación digital. Son mayores que yo, todos ellos graduados de la Escuela de la Medianoche. Tras ellos, cerca del fondo del puente, los marineros grises y varios obsidianos montan guardia. Le doy una palmadita a Roque en el hombro—. Es la hora.

—Marineros —les digo casi gritando a los azules del foso—, agudizad el ingenio. Este es el último clavo del ataúd de los Belona. Hacemos desaparecer a ese bastardo en el espacio y os prometo el mejor regalo que está en mis manos daros: una semana de sueño ininterrumpido. ¿Hecho?

Varios de los grises cercanos al fondo del puente se echan a reír. Los azules se limitan a golpetear sus instrumentos con los nudillos. Daría la mitad de mi sustanciosa cuenta corriente, cortesía del archigobernador, por ver a uno de esos pálidos cabezas de chorlito esbozar una sonrisa.

—Basta de esperas —anuncio—. Artilleros, a sus posiciones. Roque, agrupa los destructores. Victra, ocúpate del objetivo. Tacto, despliegue de defensa. Vamos a acabar con esto de una vez. —Miro a mi flacucho timonel azul. Está de pie en medio del foso, bajo mi plataforma de mando, rodeado por otras cincuenta personas. Los digitatujes serpenteantes que marcan las cabezas calvas y las manos arácnidas de los azules desprenden sutiles brillos cerúleos y plateados cuando se sincronizan con los

ordenadores del buque. Sus miradas se tornan distantes cuando sus nervios ópticos se vuelven hacia el mundo digital. Solo hablan por deferencia a nosotros—. Helmsman, motores al sesenta por ciento.

—Sí, *dominus*. —Se concentra en el terminal táctico, un holograma globular que flota sobre su cabeza, con la voz mecánica—. Cuidado, la concentración de metal en el asteroide dificulta evaluar las lecturas del espectro. Estamos un poco ciegos. Una flota podría ocultarse al otro lado de los asteroides.

—No tiene flota que ocultar. Entremos en la brecha —digo. Los motores del barco rugen. Le hago un gesto con la cabeza a Roque y declamo—: *Hic sunt leones*. —Las palabras de nuestro señor, Nerón au Augusto, archigobernador de Marte, decimotercero de su nombre. Mis caudillos repiten la frase.

«Aquí hay leones».

LA BRECHA

En el lector táctico, los seis veloces destructores se mueven en torno al buque que me queda. Entre la tripulación azul reina un silencio escalofriante mientras se encargan de las funciones de guerra. En el plano por el que sus mentes vagan en estos instantes, las palabras son más lentas que los icebergs. Mis tenientes controlan mi flota. En cualquier otra ocasión, estarían en sus destructores personales o liderando a los hombres de las naves sanguijuela, pero en el momento de la victoria, los quiero cerca. Aun así, a pesar de que ellos están de pie a mi lado, siento esa separación, ese golfo profundo entre su mundo y el mío.

—Misiles detectados —anuncia el oficial azul.

El puente no se convierte en un hervidero de acción. No hay luces de alarma que hagan cundir el pánico entre la tripulación. No hay gritos que rompan el silencio. Los azules son especímenes fríos, criados desde su nacimiento en sectas comunales donde los enseñan a aferrarse a la lógica y a realizar sus funciones con gélida eficiencia. Suele decirse que son más ordenadores que hombres.

El espacio oscuro que se extiende al otro lado de mi ventanal estalla en un espeso velo de microexplosiones. Nuestro escudo antiaéreo se cubre de una enorme pantalla de nubes grisáceas. Los misiles que se dirigen hacia nosotros saltan en mil pedazos cuando el escudo hace detonar sus cargas de forma prematura. Pero uno consigue alcanzarnos y un destructor situado en nuestra ala más lejana tiembla debido a la explosión nuclear simulada. Los hombres saldrían de la nave a borbotones. Los gases se filtrarían al exterior. Las explosiones podrían agujerear la carcasa de metal y hacer que el oxígeno ardiendo brotara de su interior como lo haría la sangre de una ballena, y solo para ser engullido por la negrura en un abrir y cerrar de ojos. Pero esto es un juego bélico, y no nos proporcionan bombas nucleares de verdad. Aquí las armas más mortíferas son los propios alumnos.

Otra nave cae cuando las salvas de un cañón de riel atraviesan el escudo antiaéreo.

—Darrow... —dice Victra preocupada.

Distraído, continúo acariciando con los dedos el lugar en el que una vez estuvo el anillo de Eo.

Victra se vuelve hacia mí.

—Darrow, por si no te has dado cuenta, nos está haciendo pedazos.

—La señorita tiene razón, Segador —señala Tacto, cuya cara refleja la luz azulada de la pantalla táctica—. Sea lo que sea lo que tienes reservado para ellos, no te cortes.

—Oficiales, ordenad a los escuadrones Destripador y Garra que ataquen al enemigo.

Observo la pantalla táctica mientras los batallones que envié hace media hora se abaten sobre ambos lados de los asteroides y alcanzan el flanco de Karnus. Desde esta distancia es imposible distinguirlos a simple vista, pero provocan destellos dorados en la pantalla.

—Enhorabuena, amigo mío —susurra Roque antes incluso de que se haya realizado. Hay una extraña veneración en su voz, ya ha desaparecido cualquier posible dejo de frustración que pudiera haber transmitido antes—. Esto lo cambiará todo. —Me toca el hombro—. Todo.

Observo cómo mi trampa cae sobre el enemigo y siento que la inminente victoria logra que la tensión de mis hombros se disipe. Los grises de mi puente dan un paso al frente. Incluso los obsidianos se acercan a ver las pantallas cuando la nave de Karnus detecta a mis escuadrones en sus radares. Intenta huir acelerando los motores para escapar de la que se le viene encima. Pero los ángulos conspiran en su contra. Mis batallones liberan sus misiles antes de que Karnus pueda desplegar un escudo antiaéreo o poner a punto sus propios misiles. Treinta explosiones nucleares simuladas destruyen su última nave. A estas alturas del juego no tiene sentido capturar su buque, así que los pilotos de combate azules se recrean un poco con el ataque.

Y, sin más, he ganado.

Los gritos de los grises y los técnicos naranjas inundan mi puente. Los azules entrechocan los nudillos con fuerza. Los obsidianos, fuera de lugar en este mundo de alta tecnología, no emiten ni un solo ruido. En su puesto del puente, mi ayudante personal, Teodora, sonrío a sus subordinados más jóvenes. Es una antigua cortesana rosácea que hace tiempo que pasó sus mejores años, así que ha oído muchos secretos y me sirve como consejera social.

Por toda la nave, desde los motores hasta las cocinas, las holopantallas transmiten la victoria. No es solo mi victoria. Cada uno de mis hombres y mujeres la comparte a su manera. Esa es la estrategia de la Sociedad. Para prosperar, tu superior debe prosperar. Del mismo modo en que yo encontré un patrono en Augusto, los colores inferiores deben encontrar el suyo en mí. Así se genera una lealtad de necesidad hacia los dorados que el propio sistema de colores no puede crear por mero dictado.

Ahora mi estrella ascenderá, y todos los que están a bordo de mi buque ascenderán con ella.

En esta cultura, el poder y el potencial son fama. No hace mucho, cuando el archigobernador anunció que iba a financiar mis estudios en la Academia, los canales de la holopantalla hirvieron en especulaciones. ¿Podría ganar alguien tan joven, alguien procedente de una familia tan patética? Fijaos en lo que hice en el Instituto. Rompí el juego. Conquisté a los próctores, maté a uno y maniaté a los demás como si fueran niños. Pero ¿acaso fui flor de un día? Pues aquí tienen su respuesta esos

capullos charlatanes.

—Helmsman, pon rumbo a la Academia. Nos esperan los laureles —anuncio entre vítores.

«Laurel». La mera palabra retumba en mi pasado y me trae un sabor amargo a la boca. A pesar de mi sonrisa, no siento un gran júbilo por esta victoria. Tan solo una satisfacción sombría.

Un paso más, Eo. Un paso adelante más.

—Pretor Darrow au Andrómeda. —Tacto juguetea con el título—. Los Belona se cagarán vivos. Me pregunto si podré sacar una comandancia de esto... ¿O crees que debería unirme a tu flota? Nunca se sabe. La condenada burocracia es tan aburrida... Para eso están los cobres. Los dorados apuntamos más alto. Mis hermanos querrán organizarnos una fiesta, naturalmente. —Me da un codazo—. En una Fiesta de los Hermanos Rath puede que incluso tú eches al fin un polvo.

—Como si fuera a tocar a tus amigas. —Victra me aprieta la mano y deja que sus dedos me acaricien como si llevara un camisón y no una armadura—. Por más que me cueste decirlo, Antonia no se equivocaba contigo.

Noto que Roque se estremece y recuerdo el ruido que hizo Antonia al cortar la garganta a Lea mientras intentaba persuadirme para que abandonara mi escondite en el Instituto. Yo permanecí entre las sombras y oí cómo mi pequeña amiga caía sobre el suelo húmedo y musgoso. Roque quería a Lea a su modo.

—Ya te he dicho que no pronuncies el nombre de tu hermana en nuestra presencia —le digo a Victra, que tuerce el gesto ante el brusco rechazo.

Me vuelvo hacia Roque.

—Como pretor, creo que tengo autoridad para formar mi flota con el personal que elija. Tal vez debamos traer de vuelta a unas cuantas caras conocidas. A Sevro desde Plutón, a los Aulladores desde donde demonios los enviaran, y quizás... ¿a Quinn desde Ganímedes?

A Roque se le enrojecen las mejillas al escuchar el nombre de Quinn.

Personalmente, al que más deseo traer es a Sevro. Ninguno de los dos somos especialmente diligentes a la hora de mantenernos en contacto a través de la holonet, sobre todo yo, puesto que no he tenido acceso a ella desde que comenzó la Academia. De todas formas, lo único que le gusta mandar a Sevro son hologramas de unicornios pervertidos hasta el extremo y vídeos de él leyendo retruécanos. Plutón lo ha convertido, si cabe, en alguien todavía más extraño. Y tal vez más solitario.

—*Dominus*.

La voz del timonel azul hace que me fije en la pantalla.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Tiene los ojos vidriosos. Distantes, sumergidos en los sensores de la nave, estudiando todos los datos de la pantalla hacia la que me he vuelto.

—No está claro, *dominus*. Distorsión de los sensores. Imágenes falsas.

En la enorme pantalla central, los asteroides aparecen en azul. Nosotros somos

dorados. Los enemigos, rojos. No debería quedar ninguno. Sin embargo, un punto rojo palpita sobre ella. Roque y Victra se acercan a la pantalla. Mi amigo mueve la mano y los datos se transfieren a su propio dispositivo. Un hologlobo más pequeño flota ante él. Aumenta la imagen y la estudia con filtros analíticos.

—¿Radiación? —aventura Victra—. ¿Escombros?

—La mena del asteroide podría provocar una refracción en espejo de nuestra señal —comenta Roque—. No puede ser un programa... Ha desaparecido.

El punto rojo titila y se desvanece, pero la tensión se ha extendido por el puente. Todo el mundo observa la pantalla. Nada. Ahí fuera no hay nada aparte de mis barcos y el destrozado buque insignia de Karnus. A no ser que...

Roque se vuelve hacia mí, con la cara demacrada, aterrorizado.

—Huye —consigue decir justo cuando la señal roja vuelve a cobrar vida.

—Motores a toda máquina —rujo—. Treinta grados más allá de nuestro eje.

—Lanzad el resto de los misiles contra la superficie del asteroide —ordena Tacto. Demasiado tarde.

Victra ahoga un grito y yo veo con mis propios ojos lo que nuestros instrumentos apenas podían detectar. Un destructor oculto surge de un hueco del asteroide. Un barco que creía que habíamos derrotado hace tres días. Mantenía los motores apagados mientras se agazapaba a la espera. Tiene la mitad delantera rota y ennegrecida a causa de los daños. Pero ahora sus motores funcionan a plena potencia. Y su trayectoria lo lleva directamente hacia mi barco.

Va a embestirnos.

—¡Trajes y cápsulas de evacuación! —grito.

Alguien vocifera que nos preparemos para el impacto. Corro hacia un extremo del puente, donde está encastrada la cápsula de escape de la comandancia. A mi orden, se abre. Tacto, Roque y Victra se introducen en ella a toda prisa. Yo me quedo atrás, gritándoles a los azules que se apresuren y se desincronicen. Tanta lógica, y sin embargo serían capaces de morir por sus barcos.

Deambulo por el puente, vociferando que activen su escotilla de escape. El timonel obedece y aprieta un botón que hace que se abra un agujero en el suelo del foso. Uno por uno, se desincronizan y son absorbidos por el tubo de gravedad hacia sus cápsulas de escape.

—¡Teodora! —grito cuando la veo observando a un joven azul que continúa aferrado a su dispositivo de operaciones con los nudillos blancos, aterrorizado—. ¡Métete en la condenada cápsula!

No me hace caso. El azul tampoco suelta la pantalla. Echo a andar hacia ellos justo cuando el sensor de proximidad lanza un último aviso de cercanía.

Todo se ralentiza.

Las luces del puente se vuelven rojas y comienzan a parpadear.

Salto hacia Teodora y la rodeo con los brazos.

Y el destructor impacta contra el eje central de mi buque.

Abrazado a Teodora, salgo despedido por el puente y choco contra una pared de metal situada a treinta metros de mi posición. Un dolor agudo me recorre el brazo izquierdo, son las juntas de la fractura aún sin soldar. La oscuridad me golpea. Las luces bailan en ella, primero como estrellas, luego como líneas de arena ondulante sacudida por el viento.

Una luz roja se filtra a través de mis párpados. Una mano suave me tira de la ropa.

Abro los ojos. Estoy enrollado en torno a una columna eléctrica dentada mientras el barco se estremece, gimiendo como una bestia anciana y agonizante que se hunde en las profundidades. La columna tiembla con violencia contra mi estómago mientras el destructor termina de rebanar nuestro eje central. Nos destripa con parsimoniosa crueldad.

Alguien grita mi nombre. Los sonidos vuelven a cobrar vida.

Las luces bañan el puente alternando matices de rojo asesino. Sirenas de alarma. El canto del cisne del buque. Las manos viejas y delicadas de Teodora tiran de mí, como un pájaro que tira de una estatua caída. Me sangra la frente. Tengo la nariz rota. Me enjugo la sangre que hace que me escuezan los ojos y me doy la vuelta para tumbarme de espaldas. Una pantalla rota titila a mi lado. Está manchada con mi sangre. ¿Se me ha caído encima? A su lado hay una barra, y mi mirada se desvía hacia Teodora. Ella me la ha quitado de encima. Pero es muy pequeña. Me agarra la cara con ambas manos.

—Levanta. *Dominus*, si quieres vivir, tienes que levantarte. —Las manos de la anciana tiemblan de miedo—. Por favor, levántate.

Con un gruñido, me pongo en pie. La cápsula de escape de la comandancia ha desaparecido. Con la colisión, debe de haber despegado. O eso, o se han marchado sin mí. También la cápsula de los azules ha emprendido el vuelo. El azul aterrorizado se ha convertido en una mancha sobre un mamparo. Teodora es incapaz de apartar la vista del espectáculo.

—Hay otra cápsula en mis aposentos —mascullo.

Entonces me percató de a qué se debe la expresión de Teodora. No es miedo, sino dolor. Tiene la pierna destrozada, retorcida hacia un lado como una tiza húmeda, resquebrajada. Los rosas no están hechos para esto.

—No lo conseguiré, *dominus*. Vete, ya.

Apoyo una rodilla en el suelo y me echo a Teodora sobre el hombro del brazo bueno. Lanza un gáñido horrible cuando se le mueve la pierna. Noto que le castañetean los dientes. Y corro. Corro por el puente roto hacia la herida que está acabando con la vida de mi buque, avanzo por los pasillos del nivel del puente hacia una escena caótica. Las salas principales están abarrotadas de gente que abandona sus puestos y sus funciones para apresurarse hacia las cápsulas de escape y los transportadores de tropas del hangar delantero. Personas que han luchado por mí —electricistas, encargados de mantenimiento, soldados, cocineros, asistentes—. No

conseguirán ponerse a salvo. Muchos cambian de rumbo cuando me ven. Se tambalean hacia delante, se apoyan en mí, poseídos por el pánico y la locura en su obsesión por encontrar seguridad. Me tiran de la ropa, gritando, suplicando. Me los quito de encima perdiendo una pequeña porción de corazón cada vez que uno de ellos cae a mis espaldas. No puedo salvarlos. No puedo. Un naranja se agarra a la pierna sana de Teodora y una sargento gris lo golpea en la frente hasta que cae al suelo como una piedra.

—Despejaré el camino —vocifera la corpulenta gris.

Desenvaina su achicharrador de su funda táctica y dispara al aire. Otro gris, tras recobrar la compostura, o tal vez al pensar que soy su pasaporte hacia el exterior de esta trampa mortal, se une a ella para desbrozar el caos. Enseguida, otros dos nos abren camino a punta de pistola.

Con su ayuda, logro llegar a mi suite. La puerta se abre con un siseo cuando la toco con mi ADN y avanzamos. Los grises entran tras nosotros, de espaldas, apuntando con sus achicharradores a las treinta almas desesperadas que rodean la entrada. La puerta emite un zumbido como si fuera a cerrarse, pero una obsidiana se abre camino entre la multitud y se coloca a la fuerza en el umbral. Un naranja se une a ella. Luego un azul de bajo rango. Sin el menor titubeo, la sargento gris dispara a la obsidiana en la cabeza. Sus compañeros derriban al azul y al naranja y los apartan del umbral para que la puerta pueda cerrarse. Aparto la mirada de la sangre que cubre el suelo y tumbo a Teodora en uno de mis sofás.

—*Dominus*, ¿cuántas plazas hay en la cápsula de escape? —me pregunta la sargento gris mientras me dirijo hacia la puerta de seguridad de la cápsula.

Lleva el pelo rapado a lo militar. Por debajo del cuello de la camisa le asoma un tatuaje grabado sobre la piel bronceada. Hago volar mis manos sobre el prisma de control e introduzco la clave con una serie de movimientos manuales.

—Cuatro. Tenéis dos. Decidid vosotros.

Somos seis.

—¿Dos? —pregunta con frialdad la sargento.

—¡Pero si la rosa es una esclava! —sisea uno de los grises.

—No vale una mierda —dice otro.

—Es mi esclava —rujo—. Haced lo que os mando.

—Ni de coña.

Y entonces siento el silencio tanto como lo escucho, y sé que uno de ellos me apunta con una pistola. Me vuelvo lentamente. El gris viejo y corpulento no es ningún tonto. Se ha situado fuera de mi alcance. No llevo armadura, solo mi filo. Tal vez sea capaz de matarlo. Los demás le preguntan qué demonios se cree que está haciendo.

—Soy un hombre libre, *dominus*. Debería poder marcharme —dice el gris con la voz temblorosa—. Tengo familia. Tengo derecho a salir de aquí. —Mira a sus compañeros, bañado en el desagradable rojo de las luces de emergencia—. Esa mujer

no es más que una puta. Una puta venida a más.

—Marcel, baja el arma —ordena el cabo de piel oscura. Mira a su amigo con los ojos pesados—. Recuerda tus votos. Lo echaremos a suertes.

—¡No es justo! Ni siquiera puede tener hijos.

—Y ¿qué pensarían tus hijos de ti en estos momentos? —le pregunto.

A Marcel se le llenan los ojos de lágrimas. El achicharrador tiembla en su imponente mano. Y entonces, un disparo. Se le tensa el cuerpo y cae sin vida sobre la cubierta cuando una bala del achicharrador de la sargento le atraviesa la cabeza e impacta contra el mamparo de metal.

—Lo haremos por rango —anuncia la sargento mientras envaina el arma.

Si aún fuera el hombre que Eo conoció, me habría quedado paralizado de terror. Pero ese hombre ya no existe. Lamento su muerte todos los días. Cada vez olvido más quién era, qué sueños tenía, qué cosas amaba. Ahora la tristeza es sorda. Y yo sigo adelante a pesar de la sombra que proyecta sobre mí.

La cápsula de escape se abre con el ruido seco de la cerradura magnética. La puerta sisea al elevarse. Levanto a Teodora del sofá y la aseguro en uno de los asientos. Las correas son casi demasiado grandes para ella, pensadas para los dorados. Entonces algo profundo y horrible ruge en las entrañas de mi barco. A medio kilómetro de distancia, nuestros almacenes de torpedos estallan.

La gravedad artificial se esfuma. Las paredes estables se esfuman. Es una sensación insidiosa. Todo da vueltas. Caigo de bruces sobre el suelo de la cápsula de escape. ¿O es el techo? No lo sé. El buque pierde presión. Alguien vomita. Lo huelo más que lo oigo. Grito a los grises que se metan en la cápsula. Solo uno se queda atrás, con la cara macilenta y serena, cuando la sargento y el cabo se introducen en la cápsula. Se aseguran en los asientos que hay frente a mí. Activo la función de despegue y saludo al gris que se queda atrás. Él me devuelve el gesto, orgulloso y leal a pesar del silencio que lo invade al enfrentarse a sus últimos instantes de vida, con la mirada perdida y pensando en algún amor de juventud, algún camino no tomado, tal vez preguntándose por qué no nació dorado.

Entonces la puerta se cierra y él desaparece de mi mundo.

Me estrello contra mi asiento cuando la cápsula de escape sale disparada de la nave agonizante, desplazándose a toda prisa entre los escombros. Entonces volvemos a ser ingravidos y nos alejamos del caos al tiempo que se encienden los amortiguadores de inercia. Por nuestro ventanal veo que mi buque insignia escupe penachos de llamas azules y rojas. El helio-3 procesado, que proporciona energía a ambas naves, se incendia cerca de los motores del buque y provoca una explosión en cadena que parte el barco en dos. De pronto me doy cuenta de que lo que he sentido impactar contra mi cápsula de escape al abandonar el buque no eran escombros. Eran personas. Mi tripulación. Cientos de colores inferiores vertidos hacia el espacio.

Los grises siguen sentados frente a mí.

—Tenía tres hijas —dice el cabo de piel oscura. La adrenalina se disipa y el

hombre se estremece—. Dos años y se habría retirado con una pensión. Y tú le has disparado en la cabeza.

—Tras mi informe, ese cobarde no habría rascado ni una pensión de muerte — repone la sargento con desdén.

El cabo la mira horrorizado.

—Eres una zorra fría.

Sus palabras se desvanecen, superadas por el bombeo de la sangre en mis oídos. Esto es culpa mía. Rompí las reglas en el Instituto. Cambié el paradigma y pensé que ellos no se adaptarían. Que no cambiarían su estrategia por mí.

Y ahora he perdido tantas vidas que puede que nunca llegue a saber el balance total.

Acaban de morir más personas en un abrir y cerrar de ojos que durante todo el año del Instituto, y esos fallecimientos me abren un agujero negro en el estómago.

Roque y Victra me llaman por los intercomunicadores. Habrán rastreado mi terminal de datos y saben que estoy a salvo. Apenas los oigo. La rabia, espesa y nefasta, se arremolina en mi interior, hace que me tiemblen las manos, que el corazón me golpee las costillas.

Por algún motivo, el barco de Karnus continúa surcando el espacio tras haber partido mi nave en dos, dañado pero no roto. Me pongo de pie en la cápsula tras desabrocharme las correas del asiento. En el extremo más alejado de la cápsula hay un tubo escupidor con un caparazón estelar precargado —un traje mecanizado preparado para convertir a un hombre en un torpedo humano—. Está diseñado para lanzar a los dorados a asteroides o planetas, ya que la cápsula no sobreviviría a la reentrada atmosférica. Pero yo lo utilizaré para vengarme. Me lanzaré contra el puente de ese jodido bastardo de Belona.

Teodora sigue sin despertarse. Me alegro.

Le digo al cabo que me ayude a ponerme el traje. Dos minutos después, estoy en el caparazón metálico. Tardo otros dos en discutir con el ordenador sobre los cálculos que requiere mi trayectoria para cruzarse con la de Karnus de manera que pueda atravesar los ventanales del puente de su navío. Jamás he oído hablar de nadie que haya hecho algo así. Ni siquiera he visto que lo hayan intentado. Es una locura. Pero Karnus me las pagará.

Comienzo mi propia cuenta atrás.

«Tres...». El barco enemigo se desliza arrogantemente a cien kilómetros de distancia. Es como una serpiente oscura con una cola azul y un puente en lugar de ojos. Entre Karnus y yo resplandecen un centenar de cápsulas de escape, otros tantos rubíes recortados contra el sol. «Dos...». Rezo para dar con el valle si no sobrevivo a esto. «Uno». Mis mandos se desconectan y unos destellos rojos atraviesan mi casco. Los próctores se hacen con el control de mi ordenador y bloquean mis mandos.

—¡No! —rujo, y contemplo cómo el barco de Karnus desaparece en la oscuridad.

SANGRE Y ORINA

Ochocientos treinta y tres hombres y mujeres. Ochocientas treinta y tres personas asesinadas en un juego. Ojalá no hubiera conocido nunca la tasa de mortalidad. Repito ese número una y otra vez mientras permanezco sentado en el asiento del pasajero del barco de rescate enviado para llevarme de vuelta a la Academia. Mis tenientes también están sentados, les da miedo que nuestras miradas se crucen. Incluso Roque me deja en paz.

Los instructores inhabilitaron mi nave antes de que pudiera despegar. Dicen que lo hicieron para evitar que cometiese un error de majadero. La maniobra era precipitada, estúpida e impropia de un pretor dorado. Yo me limité a mirarlos con expresión impávida mientras me informaban por medio de un holo.

Llegamos a la Academia durante las horas de marea menguante del ciclo temporal de mi barco. El lugar es un magnífico puerto de metal con techo abovedado situado en el extremo de un campo de asteroides y rodeado por muelles para destructores y buques. La mayor parte están ocupados. Alberga la Academia y el mando del sector medio, así que es una de las colmenas del ejército de la Sociedad para los mundos medios de Marte, Júpiter y Neptuno, aunque también ofrece servicio a otras fuerzas planetarias cuando sus órbitas los acercan. Mis compañeros de estudios lo habrán estado viendo aquí, en las residencias. Al igual que muchos oficiales de la flota y Únicos que se han reunido aquí durante las últimas semanas del juego para celebrar fiestas y ver las retransmisiones.

Nadie mencionará el coste de las vidas exigidas por la victoria de Karnus. Pero la derrota complicará mi misión. Los Hijos de Ares tienen espías. Cuentan con piratas informáticos y cortesanos para robar secretos. Lo que no tenían era una flota. Y ahora seguirán sin tenerla.

Nadie nos saluda a mí o a mis tenientes en el muelle.

Los rojos y los marrones trajinan de un lado a otro siguiendo las órdenes de dos violetas y un cobre, que organizan los preparativos para la Victoria de Karnus en el gran vestíbulo. Los azules y plateados de la Casa de Belona decoran las cavernosas salas de metal. El águila del blasón de su familia cubre las paredes. Tienen pétalos de rosa blanca para él. Los pétalos de rosa roja se reserva para los Triunfos, victorias de verdad en las que se derrama sangre dorada. La sangre de ochocientos treinta y tres colores inferiores no cuenta. Es un asunto administrativo.

Mis subordinados han dormido mientras regresábamos a la Lata. Yo no. Tacto y Victra se tambalean ahora delante de mí, caminando en silencio como si estuvieran sumidos en un duermevela. A pesar del peso que siento sobre los hombros, no ansío

dormir. El remordimiento descansa tras mis ojos inyectados en sangre. Si duermo, sé que veré las caras de aquellos a los que abandoné a la muerte en los pasillos del barco. Sé que veré a Eo. Hoy no puedo enfrentarme a ella.

La Academia huele a desinfectante y flores. Los pétalos de rosa reposan a un lado en contenedores. Los conductos que hay encima de nuestras cabezas reciclan nuestros alientos y purifican el aire produciendo un zumbido constante. Los fluorescentes orinan una luz pálida desde el techo, como para recordarnos que este no es un lugar agradable para niños o fantasías. La luz, como los hombres y mujeres que hay aquí, es penetrante y fría.

Roque va a mi lado mientras caminamos, pese a que su aspecto es cadavérico. Le digo que duerma un poco. Se lo ha ganado.

—Y ¿qué te has ganado tú? —me pregunta—. Desde luego, no un día de enfado. No un día de autoflagelación. De todos los lanceros, eres el segundo. ¡El segundo! Hermano, ¿por qué no sentirte orgulloso de ello?

—Ahora no, Roque.

—Venga —continúa—. No es la victoria lo que hace a un hombre. Son sus derrotas. ¿Crees que tus antepasados no perdieron jamás? No te dediques a lamentarte por esto y te conviertas en uno de esos tópicos griegos. Olvídate de la arrogancia. No era más que un juego.

—¿Acaso crees que el juego me importa una mierda? —Me vuelvo hacia él—. Ha muerto gente.

—Eligieron vidas de servicio a la marina. Conocían los peligros y murieron por una causa.

—¿Qué causa?

—Que nuestra Sociedad siga siendo fuerte.

Lo miro con fijeza. ¿Es posible que mi amigo, mi querido amigo, esté tan ciego? ¿Qué opción tenían esas personas? Eran reclutas. Niego con la cabeza.

—No entiendes absolutamente nada, ¿verdad?

—Pues claro que no. Nunca dejas que nadie llegue hasta ti. Ni yo. Ni Sevro. Mira cómo trataste a Mustang. Alejas a tus amigos como si fueran enemigos.

Si él supiera...

Encuentro el jardín desierto. Está situado en la parte superior de la Lata, un enorme vestíbulo de cristal, tierra y vegetación designado como lugar de retiro para los soldados hartos de fluorescentes. Los árboles raquíticos se mecen bajo una brisa simulada. Me quito los zapatos, me libero de los calcetines y suspiro cuando noto la hierba entre los dedos de los pies.

Las lámparas que hay sobre los árboles remedan un sol falso. Me tumbo debajo de ellas hasta que, con un gruñido, me obligo a levantarme y me acerco a la pequeña fuente termal que hay en el medio del claro. Los moratones, difuminados en su mayor

parte, me manchan el cuerpo como minúsculos estanques azules y morados rodeados de arenas amarillentas. El agua me calma los dolores. Estoy más delgado de lo que debería, pero tan tenso como una cuerda de piano. Si no tuviera el brazo roto, diría que estoy más sano que en el Instituto. Luchar con la ayuda de los huevos con beicon de la Academia le da mil vueltas a la carne de cabra medio cruda de aquel sitio.

Encuentro el capullo de hemanto a un lado del manantial. Ha cobrado vida donde no llega el agua. Es una flor nativa de Marte, como yo, así que no la arranco. Enterré a Eo en un sitio como este. La enterré en el bosque falso que hay sobre la mina de Lico, donde le hice el amor por última vez. Por aquel entonces éramos unas cosas escuálidas e inocentes. ¿Cómo es posible que una chica tan frágil tuviera un espíritu así, un sueño como la libertad, cuando tantas almas fuertes se mataban a trabajar y mantenían la cabeza gacha por miedo a alzar la mirada?

Le he gritado a Roque que no me importa la derrota. Pero no es cierto, y siento culpa por el hecho de que me afecte algo así cuando las muchas vidas perdidas deberían exigir todo mi pesar. Pero antes de hoy, la victoria me llenaba, porque con cada una de ellas me acerco más a convertir en realidad el sueño de Eo. Ahora la derrota me ha privado de esa sensación. Hoy le he fallado a mi esposa.

Como si conociera mis pensamientos, mi terminal de datos me hace cosquillas en el brazo. Es una llamada de Augusto. Me quito el finísimo dispositivo y cierro los ojos.

Sus palabras resuenan en mi memoria. «Aunque pierdas, aunque no puedas hacerte con la victoria por ti mismo, no permitas que venza Belona. Otra flota bajo su control inclinará la balanza del poder».

Pues muy bien. Floto en el agua, dejándome arrastrar a ratos por el sueño, hasta que se me arrugan los dedos y comienzo a aburrirme. No estoy hecho para estos momentos de calma. Me pongo de pie para salir del agua y vestirme. No puedo tener a Augusto esperando mucho tiempo. Ha llegado el momento de enfrentarse al viejo león. Y luego tal vez de dormir. Tendré que asistir y contemplar la maldita Victoria de Karnus, pero después me largaré de este horrible lugar en dirección a Marte, y quizás a Mustang.

Pero cuando me doy la vuelta para salir del manantial, descubro que mi ropa ha desaparecido, al igual que mi filo.

Y luego los percibo.

Oigo sus botas militares a mis espaldas. Sus respiraciones ruidosas y agitadas. Son cuatro, creo. Cojo una piedra del suelo. No. Me vuelvo y veo que hay siete bloqueando la única entrada al jardín. Todos dorados de la Casa de Belona. Todos mis enemigos acérrimos.

Karnus está con ellos, recién llegado de su barco. Tiene la cara tan demacrada como yo, y los hombros tal vez la mitad más anchos que los míos. Me sobrepasa con mucho en altura: es obsidiano en todos los aspectos, excepto de nacimiento y mentalidad. Su boca risueña esboza una sonrisa de extraordinaria inteligencia. Se

frota el hoyuelo de la barbilla con una mano; sus antebrazos musculosos parecen tallados en madera pulida. Hallarte en presencia de alguien de tales dimensiones que sientes la vibración de su voz en los huesos es algo terrorífico.

—Parece que hemos cogido al león de Augusto lejos de su orgullo. Saludos, Segador.

—Goliat —mascullo utilizando su nombre en clave.

Goliat el destructor. Goliat el hijo asesino. Goliat el salvaje. Mustang dice que una vez le partió la columna a un dorado pijo de la Luna contra su rodilla después de que al mocoso malcriado se le ocurriera tirarle una copa a la cara en un club de Perlas. Luego su madre sobornó al corregidor para que lo absolviera con una multa.

La lista de multas por asesinato que ha pagado es más larga que mi brazo. Grises, rosas, incluso un violeta. Pero su verdadera reputación proviene de asesinar a Claudio au Augusto, el hijo favorito y heredero del archigobernador. El hermano de Mustang.

Los primos de Karnus orbitan a su alrededor. Todos de Belona. Todos nacidos bajo el sello azul y plateado del águila conquistadora. Hermanos, hermanas, primos de Casio. Sus cabellos son rizados y espesos; sus rostros, todo belleza. Su influencia se extiende a lo largo y ancho de la Sociedad. Al igual que la fama de sus brazos.

Uno es mucho mayor que yo, más bajo, pero con una complexión más poderosa, como un tocón de árbol con la cabeza cubierta de musgo rubio. Es un hombre de más de treinta años. Kellan, ahora me acuerdo. Es todo un legado, un caballero de la Sociedad. Y ha venido aquí, acompañando a sus hermanos y primos, por mí. Rezuma arrogancia. Finge un bostezo mientras se entretiene con estos juegos de patio de colegio.

El miedo ruge en mi pecho.

Me cuesta respirar. Aun así, sonrío y trato de manipular mi terminal de datos ocultándola a mi espalda.

—Siete Belona —digo entre risas—. ¿Qué necesidad tenías de traer a siete, Karnus?

—Tú tenías siete barcos contra el mío —contesta él—. He venido a continuar con nuestro juego. —Ladea la cabeza—. ¿Creías que se acababa con la muerte de tu buque?

—El juego ha terminado —aseguro—. Has ganado.

—¿He ganado, Segador? —me pregunta él.

—Con el coste de ochocientas treinta y tres personas.

—¿Gimoteas porque has perdido? —interviene Cagney. Es la más pequeña de sus primos, lancera del padre de Karnus, tiene poco más de veinte años. Es ella quien sujeta mi filo, el que me regaló Mustang. Lo agita en el aire—. Creo que me lo voy a quedar. Ni siquiera creo haber oído hablar de que lo utilices. No es que te juzgue. Los filos son peligrosos. Los riesgos de una educación insuficiente, me temo.

—Vete a meterle el puño por el culo a tu primo —le espeto—. Tiene que haber algún motivo para que todos seáis iguales, mierdas de pelo rizado.

—¿Tenemos que escucharlo ladrar, Karnus? —se queja Cagney.

—Yo enseñé a pescar a Julian, Segador —dice de pronto Kellan, el legado—. De pequeño no le gustaba porque pensaba que hacía demasiado daño a los peces. Que era cruel. Ese es el chico al que tu señor hizo que mataras. Esas son las dimensiones de su crueldad. Así que ¿te consideras alguien extraordinario? ¿Cuán valiente te crees que eres?

—Yo no quería matarlo.

—Ah, pero nosotros sí queremos matarte a ti —ruge Karnus.

Hace un gesto con la cabeza en dirección a sus primos. Dos de los Belona parten ramas de los árboles y se las lanzan a sus parientes. Disponen de filos, pero al parecer quieren tomárselo con calma.

—Si me matáis, habrá consecuencias —digo—. Esto no es un duelo autorizado, y soy un Único. Estoy protegido por el Pacto. Será asesinato, los Caballeros Olímpicos os perseguirán. Os juzgarán. Os ejecutarán.

—¿Quién ha dicho nada de asesinato? —pregunta Karnus.

—Pertenece a Casio.

Una sonrisa divide el rostro zorruno de Cagney.

—Hoy estás protegido por Augusto —vuelve a decir Karnus—. Eres su elegido. Matarte significaría iniciar una guerra. Pero nadie va a la guerra por una pequeña paliza.

Cagney se apoya sobre la pierna izquierda. Tiene la rodilla dañada. Un primo suyo se apoya sobre los talones. Me tiene miedo. El más grande, Karnus, se endereza, lo cual quiere decir que le importa una mierda hasta qué punto soy capaz de tolerar el dolor. Kellan sonrío y parece relajado. Odio a ese tipo de hombres. Difíciles de juzgar. Calculo mis posibilidades. Entonces recuerdo que tengo el brazo roto, las costillas lastimadas y una contusión en el ojo y reduzco esas posibilidades a la mitad.

Tengo miedo. Ellos no pueden matarme, yo no puedo matarlos. Aquí no. Ahora no. Todos sabemos cómo terminará este baile. Pero bailamos.

Karnus chasquea los dedos y todos a una se precipitan contra mí. Tiro la piedra contra la cara de Cagney. La derribo. Echo a correr hacia Karnus aullando como un lobo enajenado, esquivo su primer golpe y lanzo una andanada de golpes contra sus centros nerviosos, clavándole el codo en el bíceps derecho y desgarrándole los tejidos. Se balancea hacia atrás y me pego a él para utilizar su corpachón como escudo contra el resto y sus palos. Le quito una rama de las manos a una de las primas Belona y la tumbo de un codazo en la sien. Entonces me doy la vuelta y giro el palo hacia la cara de Karnus. Pero lo bloquean. Algo me golpea la nuca. La madera se resquebraja. Las astillas se me clavan en la cabeza. No me tambaleo. No hasta que Karnus me da un codazo tan fuerte en la cara que se me salta un diente.

No hacen turnos para venir uno por uno. Me rodean y me castigan con la eficiencia de su arte mortífero, el kravát. Su objetivo son los nervios, los órganos. Consigo mantenerme en pie, golpear a varios de mis atacantes. Pero no mantengo el

equilibrio durante mucho tiempo. Alguien me clava el palo en la piel e impacta contra el nervio subcostal. Me derrumbo en el suelo como si fuese cera fundida y Karnus me da una patada en la cabeza.

Me muerdo la lengua.

Algo cálido me inunda la boca.

El suelo es lo más suave que siento.

Me cuesta respirar por culpa de algo salado.

La sangre y el aire salen a borbotones de mi boca cuando Karnus me pone un pie sobre el estómago y otro sobre la garganta. Se ríe.

—En palabras de Lorn au Arcos, si solo puedes herir al hombre, lo mejor es acabar con su orgullo.

Borboteo intentando respirar.

Cagney sustituye a Karnus sentándose a horcajadas sobre mi pecho, sujetándome los brazos con las rodillas. Cojo una gran bocanada de aire. La chica sonrío delante de mi cara y me observa el nacimiento del cabello, la excitación que le provoca dominar a otra persona hace que separe los labios. Me agarra del pelo y lo retuerce con ambas manos. Su aliento cálido huele a hierbabuena.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta mientras me saca el terminal de datos del brazo—. Mierda. Ha avisado a los de Augusto. Preferiría no tener que enfrentarme a esa zorra de Julii sin mi armadura.

—Entonces deja de perder el tiempo —ladra Karnus—. Hazlo.

—Chis —me susurra ella cuando intento hablar; me recorre los labios con un cuchillo y lo introduce en mi boca hasta que el metal afilado repiquetea contra mis dientes—. Eres una zorrita muy buena.

Con brusquedad, me arranca la cabellera.

—Buena y silenciosa. Bien, Segador. Muy bien.

La sangre hace que me escuezan los ojos cuando Karnus aparta a Cagney de mi pecho con un empujón, me agarra y me levanta del suelo con la mano izquierda. Flexiona el brazo derecho, soltando improperios a causa de su bíceps destrozado. No puede echarlo hacia atrás para lanzar un puñetazo, así que me dedica una sonrisa abierta y me da un único cabezazo en el esternón. Todo me da vueltas. Se produce un crujido. Como los chasquidos que emiten las ramitas en una hoguera. Jadeo, ruidos balbuceantes, inhumanos. Karnus me asesta otro cabezazo y lanza mi cuerpo dolorido contra el suelo.

Siento que me salpica algo cálido y el olor de la orina me araña los orificios nasales. Se ríen y Karnus me susurra al oído:

—Mi madre me ha pedido que te diga una cosa: un indigente nunca puede ser príncipe. Cada vez que te mires al espejo, recuerda lo que te hemos hecho. Recuerda que respiras porque te lo hemos permitido. Recuerda que algún día tu corazón estará sobre nuestra mesa. Cuanto más alta es la subida, más grande es la caída.

CAÍDO

Estoy ante mi señor, pero a él le da igual.

Las paredes del despacho están revestidas de madera, y en el suelo descansa una antigua alfombra que su antepasado de hierro cogió de un palacio de la Tierra después de la caída del Imperio Indio, una de las últimas grandes naciones que plantó cara a los dorados. Qué miedo debieron de sentir aquellos nacidos humanos por naturaleza al ver a los conquistadores caer desde el cielo. Hombres perfeccionados, pero que llevaban cadenas en lugar de esperanza.

Estoy de pie delante del escritorio de Augusto, una cosa desnuda hecha de madera y hierro, justo frente a la mancha de sangre de setecientos años de antigüedad que dejó el último emperador indio cuando un elegante asesino dorado le separó la cabeza del cuerpo.

Perezosamente, Nerón au Augusto acaricia el león que reposa junto a su mesa. Parecen estatuas gemelas. Tras ellos se extiende el espacio. Un ventanal se asoma a la negrura, donde los barcos de la Armada del Cetro se mecén como autómatas gigantes en un terrible duermevela. Los adelantamos en la última etapa de nuestro viaje de tres semanas desde Marte.

Augusto observa su escritorio mientras una corriente de datos circula sobre la madera.

Parece que ha pasado una eternidad desde que me llevó de gira por Marte para mostrarme nuestros dominios —desde los latifundios donde los rojos superiores trabajan en las cosechas hasta las grandes extensiones polares donde los obsidianos viven en un aislamiento medieval—. Por aquel entonces me favorecía, me acercaba a él, me enseñaba las cosas que su padre le enseñó a él. Era su favorito, precedido tan solo por Leto. Ahora él es un extraño, y yo, una vergüenza.

Han pasado dos meses desde el día en que Karnus me venció en la Academia. Aunque ha vuelto a crecerme el pelo y mis huesos rotos han sanado, mi reputación no lo ha hecho. Y debido a ello, mi posición bajo el mando del archigobernador Augusto es débil, en el mejor de los casos. Mis enemigos crecen día tras día. Pero los nuevos prefieren los susurros a los filos.

Cada vez estoy más convencido de que los Hijos de Ares eligieron al hombre equivocado. No estoy hecho para la guerra fría de la política. No estoy hecho para las sutilezas. Joder, escondería a un muchacho en el vientre de un caballo cualquier día, pero no sabría sobornar a alguien como es debido aunque mi vida dependiera de ello.

Una voz delicada y cálida, hecha para las medias verdades, cruza suavemente el despacho.

—Tres refinerías. Dos clubes nocturnos. Y dos puestos policiales de los grises. Todos bombardeados desde que salimos de Marte. Siete ataques, mi señor. Cincuenta y nueve víctimas doradas.

Plinio. Esbelto como una salamandra, con la piel tan suave como la de un rosa. El político no es un Marcado como Único, ni siquiera fue al Instituto. Sus ojos destellantes miran tras unas pestañas a las que el plumaje de un pavo real no les llegaría ni a la suela del zapato. Un carmín tenue le cubre los labios finos. Lleva el pelo ondulado y perfumado. Su cuerpo delgado pero musculoso de un modo agradable aunque completamente frívolo está enfundado en una túnica bordada y demasiado ajustada. Un niño podría pegarle una buena paliza a este bello minino. Y sin embargo ha terminado con familias gracias a un rumor aquí, una broma allá. Su poder es de una especie distinta. Mientras que yo soy energía cinética, él es potencial.

También he oído que él ha sido el responsable de arruinar mi reputación. Tacto incluso insinuó que Plinio podría haber animado a Karnus a que actuara con violencia en el jardín o, como mínimo, haber instalado una holocámara para grabar mi momento de orgullo.

Junto a Plinio está el cuarto hombre de la habitación, Leto. Es un lancero brillante, diez años mayor que yo, con el pelo trenzado y una sonrisa de media luna. También es un poeta con el filo, un joven Lorn au Arcos, según algunos. Es probable que sea él quien herede el legado de Augusto, y no los herederos consanguíneos del archigobernador, Mustang y el Chacal. A decir verdad, el tipo me cae bastante bien.

—Los Hijos de Ares se están volviendo demasiado atrevidos —murmura Augusto.

—Sí, mi señor. —Plinio entorna los ojos—. Si es que en realidad son ellos quienes perpetran los actos.

—¿Qué otra mosca nos molesta?

—Ninguna, que nosotros sepamos. Pero en los mundos hay arañas, garrapatas y ratas. Los bombardeos son crudos para Ares, indiscriminados, inusualmente violentos. Incoherente con el patrón de sabotaje tecnológico y propaganda de su perfil. Ares no es caprichoso, así que me cuesta creer que estos actos procedan de él.

Augusto frunce el ceño.

—Entonces ¿qué sugieres?

—Tal vez haya otro grupo terrorista, mi señor. Con dieciocho mil millones de almas en el censo, no creo que un solo hombre tenga un monopolio sobre el terrorismo. Puede que incluso sea un sindicato criminal. He creado una base de datos que puedo compartir...

Plinio tiene razón. Los ataques terroristas que han hostigado Marte y otros planetas tienen poco sentido. Dancer habló de justicia, no de venganza. Esos ataques son ruines y macabros: bombardeos en barracones, *outlets* de moda, mercadillos benéficos, cafeterías y restaurantes de los colores superiores. Ares jamás los consentiría. Atraen demasiada atención a cambio de resultados demasiado pobres,

desafían a los dorados a actuar, a aplastar a los Hijos.

Le he enviado mensajes a Dancer por medio del holobuzón. Nada. Solo silencio. ¿Es posible que esté muerto? ¿O Ares me ha abandonado en favor de su nueva estrategia de bombardeos?

Plinio bosteza.

—Quizás Ares haya cambiado de tácticas. Es un hombre diabólico.

—Si es que es realmente un hombre —apunta Leto.

—Interesante. —Augusto se vuelve con brusquedad—. ¿Qué te hace pensar que Ares no es un hombre?

—¿Por qué asumimos que Ares es un hombre? Podría ser una mujer. Por lo que sabemos, podría incluso ser un grupo de personas, lo cual explicaría en gran parte la naturaleza discordante de estos nuevos ataques. —Leto se da la vuelta para mirarme con intención de incluirme en la conversación—. Darrow, ¿tú qué opinas?

—¡No aturdas a Darrow con frases complejas! —grazna Plinio poniéndose a la defensiva—. Formúlale preguntas de sí o no para que las entienda. —A continuación, me lanza la más compasiva de las sonrisas y me aprieta el hombro con condescendencia—. Tras sus simpáticas sonrisas, es un animal honesto, simple. Ya deberías saberlo.

Guardo silencio y encajo sus palabras.

Se vuelve.

—De todas maneras, Leto, parece olvidar que diseñamos la cultura roja para que fuera tremendamente patriarcal. Su identidad como pueblo gira en torno a la recogida de recursos destinados a propagar la embrionaria terraformación de Marte. Tareas físicamente extenuantes, arduas, llevadas a cabo por hombres. Tareas que no permitimos que sus mujeres realicen, ni aunque sean capaces de hacerlo, de acuerdo con el Protocolo de Estratificación. Así que está claro que no puede ser una mujer, porque ni uno solo de esos matones roñosos seguiría a un hombre o a una mujer que no se haya subido nunca a una Garra Perforadora.

Leto sonrío arteramente.

—Si es que Ares es rojo.

Plinio y Augusto se echan a reír a la vez.

—Tal vez sea un violeta enajenado que haya decidido llevar su arte a un nuevo estadio —sugiere Plinio.

—O un cobre cambista torturado por archivar devoluciones de impuestos provinciales —añade Leto.

—¡No! Un obsidiano que, me atrevería a decir, ha vencido por fin su miedo a la tecnología y desarrollado las habilidades necesarias para manejar una holocámara. —Plinio se da una palmada en la pierna—. Daría a una de mis rosáceas solo por ver...

—Buenos hombres. Basta. —Augusto lo hace callar dando golpecitos con el dedo sobre el escritorio. Plinio y Leto intercambian una sonrisa y vuelven a concentrarse en Augusto—. ¿Tu recomendación, Plinio?

—Claro. —El hombre se aclara la garganta—. Al contrario que su propaganda y sus ciberataques, la brutalidad es bastante sencilla de contrarrestar. Sea Ares o no, da una respuesta. Nuestros equipos de asesinos están preparados para realizar ataques tácticos en varios campos de entrenamiento situados bajo la superficie de Marte. Deberíamos llevarlos a cabo de inmediato. Si esperamos, temo que los pretorianos de la soberana se hagan cargo del asunto. Los nacidos de la Luna no entienden Marte. Lo convertirán en un vertedero.

—Un estúpido arranca las hojas. Un bruto corta el tronco. Un sabio excava las raíces. —Augusto se detiene—. Es algo que Lorn au Arcos le dijo una vez a mi padre. Está grabado en la Sala de las Espadas de Nueva Tebas. Atacar los campos de entrenamiento no conseguirá más que llenar la holonet de explosiones hermosas. Estoy cansado de juegos políticos. Nuestra estrategia debe cambiar. Con cada bombardeo, la soberana se harta aún más de mi administración.

—Gobiernas Marte —interviene Leto—, no Venus ni la Tierra. El nuestro no es un planeta tranquilo. ¿Qué espera?

—Resultados.

—¿Qué tiene pensado, mi señor? —pregunta Plinio.

—Pretendo envenenar las raíces de los Hijos de Ares. Quiero terroristas suicidas, no grises. Encontrar a los rojos más feos y desagradables de Marte, secuestrar a sus familias y amenazar con matar a sus hijos e hijas si los padres no hacen lo que les ordenamos. Concentrar a los terroristas suicidas en áreas de superficie con alta densidad de población jóvenes y en dos minas bien elegidas. Nada de mujeres terroristas. Quiero división social. Mujeres en contra de la violencia.

Qué poco cuesta aquí la vida. Solo palabras en el aire.

—También en áreas urbanas —continúa—. No solo marrones y rojos mineros y agricultores. Quiero que mueran niños azules y verdes en los colegios o salones recreativos cercanos a los glifos de los Hijos de Ares. Entonces veremos si los demás colores siguen cantando la condenada canción de esa chica.

Me da un vuelco el corazón. La canción de Eo llegó mucho más allá de lo que ella soñaba, alcanzó la holonet y se propagó por todo el Sistema Solar, compartida más de mil millones de veces gracias a los grupos de piratas informáticos anarquistas. No dejo de temer que me reconozcan. Tal vez algún dorado busque en los registros y descubra que el nombre del marido de Eo también era Darrow. Pero incluso a mí mismo me cuesta reconocer a ese chico esquelético y pálido. Y en cuanto a lo de los nombres... No hay verdaderos registros de los nombres de los rojos inferiores. Yo tenía una designación numérica que me había otorgado algún solícito administrador cobre. L17L6363. Y a L17L6363 lo colgaron del cuello hasta que murió, tras lo cual un delincuente desconocido robó su cadáver y presumiblemente lo enterró en la profundidad de las minas.

—Planeas enemistar al resto de los colores con los rojos y después a los rojos con los Hijos. —Plinio sonrío—. Mi señor, a veces hasta me pregunto para qué me

necesitas.

—No seas condescendiente conmigo, Plinio. Es indigno para los dos.

Plinio inclina la cabeza.

—Cierto. Mis disculpas, mi señor.

Augusto vuelve a mirar a Leto.

—Te retuerces como un cachorrillo.

—Me preocupa que esto empeore las cosas. —Leto frunce el ceño—. En estos momentos los Hijos son una molestia, sí. Pero no son ni por asomo nuestro principal problema. Si hacemos lo que dices, es posible que lancemos combustible a las llamas. Y lo que es peor, seríamos tan culpables como los propios Hijos. Terroristas.

—No hay culpa. —Plinio mira distraídamente una corriente de datos en su dispositivo—. No cuando el juez eres tú mismo.

Leto no se conforma.

—Amo, nuestro imperativo de gobierno existe porque somos los más apropiados para guiar a la humanidad. Somos los reyes filósofos de Platón. Nuestra causa es el orden. Proporcionamos estabilidad. Los Hijos son anarquistas. Su causa es el caos. Deberíamos hacer que esa sea nuestra arma. No los grises en mitad de la noche. Ni los terroristas rodeados de niños.

—¿Deberíamos aspirar a un propósito más alto? —pregunta Plinio.

—¡Sí! Tal vez diseñar una campaña mediática contra los Hijos. Darrow, ¿no estás de acuerdo?

Una vez más, me niego a contestar. No lo haré hasta que el archigobernador reconozca mi presencia. No valora el atrevimiento ni la falta de decoro excepto en caso de que le beneficien.

—Idealismo —dice Plinio con un suspiro—. Admirable en los jóvenes, aunque equivocado.

—Cuidado con hablarme como si fuera inferior, político —gruñe Leto, que recorre con la mirada el rostro socarrón de Plinio en busca de la ausente cicatriz de Único—. Tu plan debería ser menos brutal, archigobernador. A eso me refiero.

—Brutal. Brutalidad. —Augusto deja que la palabra quede suspendida en el aire—. No es ni buena ni mala. Es simplemente un adjetivo para una cosa, una acción en este caso. Lo que debes analizar con detenimiento es la naturaleza de la acción. ¿Es bueno o malo detener a los terroristas que bombardean a personas inocentes?

—Bueno. Supongo.

—Entonces ¿qué importan nuestros métodos siempre y cuando dañemos a menos inocentes de los que dañarían ellos si permitimos que continúen existiendo? —Augusto entrelaza sus manos de largos dedos—. Pero, en el fondo, no se trata de una cuestión filosófica. Es un asunto político. Los Hijos de Ares no son la verdadera amenaza. En absoluto. Tan solo son un arma para nuestros enemigos políticos, concretamente para los Belona, que los utilizan como excusa para asegurar que no soy capaz de controlar Marte.

»Esos cabelleras rizadas están buscando despojarme del puesto de gobernador. Como ya sabéis, la soberana tiene poder unipersonal para quitármelo, incluso sin el voto del Senado. Si lo desea, puede entregar Marte a otra casa: a Belona, a nuestros aliados los Julii o incluso a una casa de fuera de Marte. Ninguna de esas entidades regiría este planeta con la misma eficacia que yo. Y cuando se gobierna Marte con eficacia, todos ganamos, los inferiores y los superiores. No soy un déspota. Pero un padre debe tirar de las orejas a sus hijos si estos intentan prenderle fuego a su casa; si tengo que matar a unos cuantos miles de personas por el bien común, para que fluya el helio-3 y para que los ciudadanos de este planeta continúen viviendo en un mundo intacto por la guerra, lo haré.

»Lo cual nos lleva a Darrow au Andrómeda.

Ahora su mirada fría se vuelve hacia mí, justo después de ordenar la muerte de un millar de inocentes, y no puedo evitar estremecerme cuando un odio oscuro crece en mi interior. Inclino la cabeza en señal de educada deferencia.

—Amo. ¿Has requerido mi presencia?

—Sí. Y tu propósito aquí será breve. Cuando te capté en el Instituto y te di empleo, fue una táctica. ¿Lo sabes?

—Sí.

—Pensé que tu mérito era el suficiente y tu rivalidad con Casio au Belona me resultaba divertida desde una perspectiva de patio de colegio. Pero la reyerta que se ha declarado entre vosotros se ha convertido en —le lanza una mirada breve a Plinio— una carga para mis intereses, tanto económica como políticamente. Se han perdido cantidades sustanciales de ingresos debido al aumento de aranceles en el Núcleo, donde se sitúan los partidarios de los Belona. Las Casas flaquean en su compromiso de honrar los tratos acordados hace años sobre la mesa de comercio. Así que, como acto de reconciliación con esas partes agraviadas, he decidido vender tu contrato a otra casa.

Me estremezco por dentro.

—Amo... —intento intervenir. Esto no puede ocurrir. Si me despoja de mi puesto, mis casi tres años de trabajo no habrán servido para nada—, si pudiera...

—No puedes. —Abre un cajón y le lanza perezosamente una tajada de carne a su león. El animal espera a que Augusto chasquee los dedos antes de comérselo—. La decisión se tomó hace un mes. No te servirá de nada hablar conmigo. No soy Quicksilver negociando el precio de futuros de litio. Plinio...

—Los detalles son bastante simples, Darrow. Así que no te costará entenderlos. —Plinio no ha apartado la mirada de mí—. El archigobernador ha tenido la enorme amabilidad de darte el aviso previo en caso de finalización, como estipula tu contrato.

—Mi contrato dice que se me deben dar seis meses de aviso previo.

—Si recuerdas la sección ocho, subsección C, cláusula cuatro, se te deben dar seis meses de aviso previo excepto en el caso de que seas incapaz de comportarte como un lancero digno de la reconocida Casa de Augusto.

—¿Es una broma? —Miro a Leto y Augusto.

—¿Acaso ves que nos riamos? —pregunta Plinio con afectación—. ¿No? ¿Ni siquiera una risita ahogada?

—¡Quedé el segundo de todos los lanceros de la Academia! Tú no fuiste capaz ni de superar el Instituto.

—Ah, ¡es que no es eso! Lo hiciste... bien.

—Entonces ¿qué pasa?

—Es tu continua presencia en los programas de debate de la HP.

—¡Jamás he ido a la HP! ¡Ni siquiera la veo!

—Por favor... Te recreas en tu propia fama. Aunque se burlen de ti, te rebozas en el fango y cubres de vergüenza a esta casa. Conocemos el historial de búsqueda de tu terminal de datos. Te vemos deleitándote con tus imágenes de la HP como si de tu espejo personal se tratara. Circulan historias sobre ti y la hija del archigobernador...

—¡Mustang está en la corte en la Luna!

—Cosa que probablemente fue idea tuya. ¿Le pediste que se uniera a la corte de la soberana? ¿Forma parte de tu plan para separar a la hija del padre?

—No dices más que gilipolleces, Plinio.

—Y tú le das mala imagen a Augusto. Te peleas con los Belona en baños destinados al descanso y la contemplación. No podemos tolerarlo.

Ni siquiera sé qué decir. Se lo está inventando. Bastaría con la realidad para argumentar su posición, pero miente solo por meter el dedo en la llaga, por demostrar que estoy a su merced.

Plinio prosigue.

—La finalización del contrato tendrá lugar dentro de tres días.

—Tres días —repito.

—Hasta entonces, nos acompañarás a la superficie de la Luna y te alojarás en la residencia reservada para la Casa de Augusto durante la Cumbre, aunque, a partir de este momento, ya no eres lancero de esta casa. No representas al archigobernador y no puedes utilizar su nombre para acceder a las instalaciones ni para ganarte el favor de jovencitas o jovencitos, ni para jactarte, hacer promesas o proferir amenazas. Se te confiscará el terminal de datos de la casa. Tus códigos identificativos de lancero ya han sido degradados y cesarás y abandonarás tu participación en todos los proyectos a los que fuiste previamente asignado.

—Solo se me han asignado proyectos de construcción.

Los labios de Plinio se curvan en una sonrisa viperina.

—Entonces la transición te resultará sencilla.

—¿A quién me vendéis? —consigo articular.

Augusto no me mira a los ojos mientras me abandona. Acaricia a su león. Cualquiera pensaría que ni siquiera estoy en la habitación. Leto tiene la mirada clavada en el suelo. Está avergonzado. Es más noble que esta charada, pero Augusto quería que estuviera aquí para observar, para que aprenda cómo debe amputarse un

miembro putrefacto.

—No vamos a venderte, Darrow. Pese a tu origen, habría esperado que entendieras cuál es tu lugar. No somos rosas ni obsidianos que se venden como esclavos. Tus servicios se comercializarán en una subasta —contesta Plinio.

—Es lo mismo —siseo—. Me estáis abandonando. Quienquiera que «compre mis servicios» no podrá protegerme de los Belona. Esos cabrones de cabellera rizada me perseguirán hasta darme caza y me matarán. El único motivo por el que no lo hicieron hace dos meses fue que...

—¿Porque eras un representante de Augusto? —pregunta Plinio—. Pero el archigobernador no te debe nada, Darrow. ¿Es ese el malentendido que te turba? En realidad, ¡tú estás en deuda con él! Protegerte nos cuesta dinero. Nos cuesta oportunidades, contratos, tratos comerciales. Y ese coste ha resultado ser demasiado alto. Debe verse que nosotros apoyamos la paz con los Belona. La soberana quiere paz. ¿Tú? Tú eres una fuente de fricción, una rebaba fastidiosa en nuestra proverbial montura, un instrumento de guerra. Así que ahora fundimos nuestra espada para hacer un arado.

—Pero no antes de utilizarla para cortarme la cabeza.

—Darrow, no supliques. —Plinio suspira—. Muestra un poco de determinación, jovencito. Tu tiempo aquí se ha agotado, sí, pero tienes agallas. Tienes el vigor de un hombre joven. Ahora, endereza esa espalda y márchate con la dignidad de un dorado que sabe que ha hecho cuanto ha podido. —Sus ojos se ríen de mí—. Eso quiere decir que te vayas de este despacho. Ya, buen hombre, antes de que Leto te dé una patada en esas nalgas tan absurdamente tonificadas.

Miro al archigobernador de hito en hito.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy un niño llorón al que puedes acorralar en una esquina?

—Darrow, sería mejor que... —comienza a replicar Leto.

—Eres tú el que nos ha acorralado en una esquina —responde Plinio, que me pone una mano en el hombro—. Si lo que te preocupa es que no vayamos a darte el finiquito, sí lo haremos. El dinero suficiente para...

—La última vez que uno de los lacayos del archigobernador me tocó, le clavé un cuchillo en el cerebelo. Seis veces. —Le miro la mano mientras la aparta a toda prisa. Me yergo—. No respondo ante un elfo florecilla sin cicatriz. Soy un Marcado como Único. Archiprimus de la 542.^a clase del Instituto de Marte. Solo respondo ante el archigobernador.

Doy un paso hacia Augusto, y eso hace que Leto adopte una posición defensiva. Recuerdan bien hasta dónde puede llegar mi temperamento.

—Tú emparejaste a Julian au Belona conmigo en el Paso, mi señor. —Lo abraso con la mirada—. Lo maté por ti. Luché contra Karnus por ti. Mantuve mi boca y las de mis hombres cerradas cuando intentaste comprar la victoria de tu hijo en el Instituto. —Leto se estremece al oír aquello—. Manipulé los registros. Demostré ser

mejor que tus herederos de sangre. Y ahora, mi señor, dices que soy un lastre.

—Eres un Marcado como Único —concede el archigobernador mientras examina unos datos en su escritorio—. Pero tienes poca fortuna. Tu familia está muerta. Te dejaron sin tierras, sin propiedades con recursos naturales o industrias, sin un puesto en el gobierno. Cuando sus deudas vencieron, les arrebataron todo, incluido su honor. Agradece las migajas que te hayan dado tus superiores. Recuerda cualquier favor que hayas podido ganarte.

—Creía que tú valorabas los hechos, no los títulos. Mi señor, Mustang te ha dejado. No cometas el error de desvincularte también de mí.

Al fin levanta la cabeza para mirarme. Esos ojos pertenecen a una criatura que no es un hombre, impregnados de un cálculo distante, cruel, alimentado por un orgullo monstruoso, inhumano. Un orgullo que va más allá del archigobernador y se retrotrae hasta los primeros y tímidos pasos del hombre en la negrura del espacio. Es el orgullo de una docena de generaciones de padres y abuelos y hermanas y hermanos, todas destiladas ahora en un único recipiente, brillante y perfecto, que no tolera ni un fracaso, no soporta ni un fallo.

—Mis enemigos te avergonzaron. Así que me avergonzaron a mí, Darrow. Me dijiste que ganarías. Pero perdiste. Y eso lo cambia todo.

ABANDONADO

Moriré pronto.

Ese es el pensamiento que me acompaña cuando nuestra lanzadera se separa del buque insignia de Augusto y avanza deprisa entre la Armada del Cetro. Estoy sentado entre los lanceros, pero no soy uno de ellos. Lo saben. Y como corresponde, no me hablan. No importa qué vínculo pudieran haber establecido. No poseo capital político. Oigo que a Tacto le ofrecen apostar por cuánto tiempo duraré sin la protección de Augusto. Un lancero dice que tres días. Tacto protesta con rabia ante ese número, lo cual muestra el verdadero alcance de la lealtad que me gané en el Instituto por parte de ese chico.

—Diez días —asegura—. Al menos diez días.

Fue él quien hizo despegar la cápsula de escape sin mí. Siempre supe que su amistad era condicional. Aun así, la herida me llega hasta lo más profundo, talla en mí una soledad que no soy capaz de expresar. Una soledad que siempre he sentido entre estos dorados pero que olvidé engañándome a mí mismo. No soy uno de ellos. Así que permanezco sentado en silencio, mirando por la ventana mientras adelantamos a la flota congregada y esperamos a que aparezca la Luna.

Mi contrato termina la última noche de la Cumbre en la que todas las familias dominantes se reúnen para tratar de asuntos urgentes y frívolos. Esa es la ventana de tres días que tengo para mejorar mi linaje, para hacer que los demás piensen que el archigobernador me infravalora y que estoy a punto para el reclutamiento. Pero no importa cuál sea mi valor, estoy echado a perder. Alguien me tuvo y después se deshizo de mí. ¿Quién querría algo así de usado?

Este es mi destino. A pesar de mi rostro y talentos de dorado, soy un producto. Eso hace que quiera arrancarme los puñeteros emblemas. Si voy a ser un esclavo, al menos debería tener el mismo aspecto que ellos.

Para empeorar aún más las cosas, le han puesto precio a mi cabeza. Oficialmente no, por supuesto. Eso es ilegal, porque no soy un enemigo del Estado. Sin embargo, mi enemigo es mucho peor. Mucho más cruel que cualquier gobierno. Es la mujer que envió a Karnus y Cagney a la Academia.

Dicen que todas las noches desde que le arrebaté la vida a Julian durante el Paso, su madre, Julia au Belona, se ha sentado a la larga mesa de la mansión de su familia en las faldas del monte Olimpo y levantado la tapa semicircular de la bandeja plateada que le llevan sus sirvientes rosas. Todas las noches, la bandeja está vacía. Y ella suspira con tristeza, observando a su gran familia sentada a la mesa, y repite las mismas palabras llenas de rencor: «Está claro que no me queréis. Si me quisierais,

aquí habría un corazón para saciar mi hambre de venganza. Si me quisierais, el asesino de mi niño no continuaría respirando. Si me quisierais, mi familia honraría a su hermano. Pero no me queréis. Y a él tampoco. No lo honráis. ¿Qué he hecho para merece una familia tan llena de odio?». Entonces la extensa familia Belona ve cómo su matriarca se desembaraza de su silla, con el cuerpo marchito a causa del hambre, pues solo se alimenta de odio y venganza, y permanece en silencio mientras se marcha de la habitación, más espectro que mujer.

Lo que ha mantenido mi corazón alejado de su bandeja son los brazos, el dinero y el nombre del archigobernador. La política, la cosa que más odio, me ha conservado el aliento. Pero dentro de tres días, esa tutela será una sombra de la memoria y lo único que me protegerá serán las lecciones que mis profesores me han enseñado.

—Será un duelo —dice uno de los lanceros. Y luego alza la voz—. No puede rechazarlo y mantener su honor durante mucho tiempo. No si es el propio Casio quien lo propone.

—El viejo Segador guarda unos cuantos trucos en la manga —asegura Tacto—. Puede que tú no estuvieras allí, pero no mató a Apolo con una sonrisa.

—Utilizó un filo, ¿no, Darrow? —pregunta otro lancero con tono de burla—. Últimamente no te he visto por las pistas de esgrima.

—Es que nunca va por allí —puntualiza otro—. El florecilla evita lo que no se le da bien, ¿eh?

Roque se agita enfurecido a mi lado. Le pongo una mano en el antebrazo y me vuelvo despacio para observar al lancero que me ha ofendido. Victra está sentada tras él, contemplando ociosamente la escena.

—No practico esgrima —digo.

—¿No lo practicas o no eres capaz de practicarlo? —pregunta alguien entre risas.

—Dejadlo en paz. Los maestros de filo son caros —apunta Tacto con una sonrisa taimada.

—¿Así son ahora las cosas, Tacto? —pregunto.

Esboza una mueca.

—Eh, venga ya. Solo me estoy metiendo un poco contigo. Estás condenadamente serio. Antes eras más bromista.

Roque dice algo que hace que Tacto frunza el ceño y se dé la vuelta, pero no lo oigo. Me he hundido en la memoria, donde este juego de dorados solía parecerme tan fácil. ¿Qué ha cambiado? Mustang.

«Tú eres mejor —me susurró cuando la dejé para irme a la Academia. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no le temblaba la voz—. No tienes por qué ser un asesino. No tienes que buscar la guerra».

«¿Qué otra opción tengo?», pregunté.

«Yo. Yo soy la otra opción. Quédate por mí. Quédate por lo que podría ser. En el Instituto, hiciste que chicos y chicas que jamás habían conocido la lealtad fueran tus seguidores. Si vas a la Academia, abandonas eso para convertirte en el caudillo de mi

padre. Y eso no es lo que eres. Ese no es el hombre al que yo...».

No se dio la vuelta, pero le cambió la cara cuando su frase quedó suspendida en el aire; sus labios se convirtieron en una línea rígida.

¿Amor? ¿Fue eso lo que construimos durante el año posterior al Instituto?

Si era así, la palabra se le quedó atascada en la garganta, porque Mustang sabía, al igual que yo, que no me había entregado por completo a ella. No había compartido todo lo que soy. Guardo secretos con avidez. Y ¿cómo podría alguien como ella, alguien con tanta autoestima, desnudarse y entregarle su corazón a un hombre que da tan poco a cambio? Así que cerró sus ojos dorados, me puso el filo entre las manos y me dijo que me marchase.

No la culpo. Eligió la política, el gobierno..., la paz, que es lo que cree que necesita la gente. Yo elegí la hoja porque es lo que necesita mi gente. Saber que yo era suficiente para ella cuando nunca fui suficiente para Eo me llena de un extraño vacío. Roque tenía razón. La aparté de mí.

No aparté a Sevro. Le pedí que se quedara en el mismo puesto que yo, pero de pronto lo reasignaron a Plutón, como a muchos de los Aulladores, relegados a proteger de insignificantes ataques de piratería varias operaciones de construcción lejanas. Ahora sospecho que Plinio tuvo algo que ver en ello.

Mi camino nunca me ha parecido tan solitario.

—No estarás abandonado —dice Roque tras inclinarse hacia mí—. Otras familias te querrán. No dejes que Tacto se meta en tu cabeza. Los Belona no moverán un dedo contra ti.

—Pues claro que no —miento.

Roque sigue percibiendo mi miedo.

—En la Ciudadela no se permite la violencia, Darrow. Y aún menos las reyertas familiares. Incluso los duelos son ilegales si la propia soberana no da su consentimiento. Límitate a permanecer dentro de los márgenes de la Ciudadela hasta que tengas una nueva casa y todo irá bien. Deja pasar el tiempo, haz lo que debes hacer y, dentro de un año, el archigobernador se sentirá estúpido cuando hayas ascendido bajo la tutela de otro. Hay más de un camino hacia la cima. Recuérdalo siempre, hermano.

Me agarra del hombro.

—Sabes que le pediría a mi madre y a mi padre que pujaran por ti... pero no se pondrán en contra de Augusto.

—Lo sé.

Podrían gastarse millones en el contrato y ni siquiera notar la pérdida, pero la madre de Roque no ha ocupado un puesto de senadora durante veinte años por su caridad. Su destino va unido al del contingente de Augusto en el Senado. Ella apoya lo que ordene el archigobernador.

—Estaré bien, tienes razón —digo cuando la Luna aparece en la ventana acallando a los lanceros y llenándome de terror. La ciudad luna de la Tierra. Satélites

e instalaciones en órbita la rodean como el halo de un ángel de acero enrollado alrededor de una bola de ámbar expuesta al sol—. Estaré bien.

ÍCARO

Tomamos tierra cerca de la Ciudadela. Un viento pegajoso, contaminado, sacude los altísimos árboles próximos a nuestra cápsula de aterrizaje. El sudor perla rápidamente la parte superior del cuello alto de mi vestimenta. Ya tengo claro que este horrible sitio no me gusta. A pesar de que hemos aterrizado dentro de los límites de la Ciudadela, que está alejada de las ciudades más cercanas y rodeada de bosques y lagos, el aire de la Luna empalaga y se adhiere a los pulmones.

En el horizonte, justo detrás de los chapiteles en punta del campus occidental de la Ciudadela, flota la Tierra, hinchada y azul, y me recuerda lo lejos de casa que estoy. Aquí la gravedad es menor que en Marte, solo un sexto de la de la Tierra, y hace que me sienta inestable y torpe. Parece que floto cuando camino. Y aunque enseguida recupero la coordinación, mi cuerpo sufre su propia levedad con extrañas sensaciones de claustrofobia.

Otra nave aterriza al norte.

—Parece el color plata de los Belona —dice Roque en voz baja y con los ojos entornados mirando hacia el ocaso.

Suelto una risita.

Roque se vuelve de nuevo hacia mí.

—¿Qué?

—Solo me imaginaba cómo sería tener un misil de pulsos en estos momentos.

—Bueno, eso es... encantador por tu parte. —Echa a andar. Lo sigo, con la mirada aún clavada en la nave—. Adoro las puestas de sol de la Luna. Es como si estuviéramos en el mundo de Homero. El cielo tiene el mismo tono cálido que el bronce recién forjado.

Por encima de nosotros, el cielo extraterrestre se funde en la noche con la larga puesta del sol. Durante dos semanas, la luz del día desaparecerá de esta parte de la luna. Dos semanas de noche. Varios yates de lujo navegan por este extraño final del día mientras que los alas ligeras patrulleros pilotados por azules planean junto a ellos como murciélagos formados por añicos de ébano.

La gravedad de un sexto permite que los nacidos de la Luna construyan como les venga en gana. Y vaya si lo hacen. Más allá de los límites de la Ciudadela, el horizonte está cercado de torres y paisajes urbanos. Por todas partes serpentean eolopeldaños para que los ciudadanos puedan ascender por el aire con facilidad. La red de peldaños se extiende como la hiedra entre las altas torres y une los cielos con los infiernos de los distritos inferiores. Miles de hombres y mujeres trepan por ellos como hormigas sobre las vides, mientras que los esquifes de las patrullas grises

zumban alrededor de las vías públicas.

A la Casa de Augusto se le ha asignado una villa enclavada en medio de treinta acres de pinos en los terrenos de la Ciudadela. Es una cosa hermosa entre otras cosas hermosas de este majestuoso lugar. Hay jardines, caminos, fuentes talladas con niñitos alados de piedra. Todo ese tipo de frivolidades.

—¿Te apetece una sesión de kravat? —le pregunto a Roque mientras señalo con la cabeza la instalación de entrenamiento situada junto a la villa—. Estoy perdiendo la cabeza.

—No puedo. —Roque esboza una mueca y se aparta del camino del resto de los lanceros y sus ayudantes, que se dirigen en fila hacia la casa—. Tengo que asistir a la conferencia sobre «Capitalismo en la Edad del Gobierno».

—Si quieres echarte la siesta, estoy seguro de que en la villa hay camas.

—¿Estás de broma? Regulus ag Sol dará la charla inaugural.

Silbo.

—El mismísimo Quicksilver. Entonces ¿vas a aprender a fabricar diamantes a partir de la grava? ¿Has oído el rumor de que es el dueño de los contratos de dos Caballeros Olímpicos?

—No es un rumor. Al menos eso dice mi madre. Me recuerda a lo que Augusto le dijo a la soberana durante su coronación: «Un hombre nunca es demasiado joven para ser asesinado, ni demasiado sabio, ni demasiado fuerte; pero sí puede ser demasiado rico».

—Eso lo dijo Arcos.

—No, estoy seguro de que fue Augusto.

Niego con la cabeza.

—Comprueba tus datos, hermano. Lo dijo Lorn au Arcos, y la soberana se volvió para responder: «Te olvidas, Caballero de la Furia, de que soy una mujer».

Arcos es tan mito como hombre, al menos para mi generación. Ahora retirado, fue la Espada de Marte y el Caballero de la Furia durante más de sesenta años. Muchos caballeros Únicos de toda la Sociedad le han ofrecido las escrituras de lunas a cambio de instruirlos durante una semana en su método de kravat, el Método del Sauce. Fue él quien me envió el cuchillo dactilar que acabó con Apolo y después me ofreció un puesto en su casa. En aquel momento lo rechacé, elegí a Augusto por delante del anciano Arcos.

—«Te olvidas de que soy una mujer» —repite Roque. Atesora estas historias de su imperio del mismo modo en que yo atesoraba las historias del Segador y el valle—. Cuando vuelva, hablaremos. Y no me refiero a la cháchara habitual.

—¿Quieres decir que no berrearás acerca de un amor de la infancia, beberás demasiado vino y te pondrás poético en cuanto a la forma de la sonrisa de Quinn y la belleza de los cementerios etruscos antes de quedarte dormido? —pregunto.

Se le enrojecen las mejillas, pero se lleva una mano al corazón.

—Por mi honor.

—Entonces lleva una botella de un vino ridículamente caro y hablaremos.

—Llevaré tres.

Lo veo marcharse, con la mirada más fría que la sonrisa que le dedico.

Varios lanceros más asisten a la conferencia con Roque. Los demás se acomodan en la villa mientras los equipos de seguridad grises de Augusto peinan el terreno. Los guardaespaldas obsidianos siguen a los dorados como sombras. Una oleada constante de rosas entra elegantemente en la villa, solicitados al Jardín de la Ciudadela por miembros de la plantilla de la casa del archigobernador que están aburridos por el viaje y buscan un poco de diversión.

Un camarero rosa de la Ciudadela me guía hasta mi habitación. Me echo a reír cuando llegamos.

—Puede que haya habido un error —digo mientras le echo un vistazo a la minúscula habitación, con un baño y un armario adyacentes—. No soy una escoba.

—No entien...

—No es una escoba, así que no entra en este escobero —dice Teodora a nuestras espaldas, apoyada en el umbral—. Está por debajo de su posición. —Mira a su alrededor, olisqueando desdeñosamente con su fina nariz—. Esto ni siquiera valdría como armario para mi ropa en Marte.

—Esto es la Ciudadela, no Marte. —Los ojos rosas del camarero estudian las arrugas del anciano rostro de Teodora—. Hay menos espacio para las cosas inútiles.

Teodora sonrío con dulzura y señala el árbol de cuarzo rosa sujeto al pecho del hombre.

—¡Vaya! ¿Es el álamo negro del Jardín Dryope?

—La primera vez que lo ves, me atrevería a decir —contesta con arrogancia antes de volverse hacia mí—. No sé cómo educan a vuestros rosas en los jardines de Marte, *dominus*, pero en la Luna tu esclava debería poner todo su empeño en parecer menos afectada.

—Por supuesto. Qué grosero por mi parte —se disculpa Teodora—. Simplemente pensé que conocerías a la matrona Carena.

El camarero se detiene.

—La matrona Carena...

—Crecimos juntas en los jardines. Dile que Teodora le envía saludos y que irá a visitarla si dispone de tiempo.

—Eres rosácea.

Su rostro se vuelve tan blanco como el papel.

—Lo era. Ahora todos mis pétalos están marchitos. Bueno, dime cómo te llamas. Me encantaría recomendarte ante ella por tu hospitalidad.

El camarero murmura algo casi inaudible y se marcha dedicándole a Teodora una reverencia más profunda que a mí.

—¿Te has divertido? —pregunto.

—Una pequeña demostración de fuerza siempre es agradable. Aun cuando todo lo demás comienza a flaquear.

—Parece que mi carrera termina donde comenzó la tuya.

Me río macabramente y me acerco al holodispositivo situado cerca de la cama.

—Yo no lo haría —dice Teodora.

Me muerdo el labio inferior, nuestra señal para los dispositivos de espionaje.

—Sí, bueno, claro. Pero la holonet no es... el lugar donde quisieras estar ahora mismo.

—¿Qué están diciendo de mí?

—Se preguntan dónde te enterrarán.

No tengo tiempo de contestar antes de que unos nudillos golpeen el marco de la puerta de mi habitación.

—*Dominus, lady Julii* requiere tu presencia.

Sigo al rosa de Victra hasta la terraza privada de su habitación. Solo su baño es ya más grande que mi cama.

—No es justo —dice una voz desde detrás del tronco blanco mármol de un árbol de lavanda. Me vuelvo y veo a Victra jugando con las espinas de un arbusto—. Que te hayan despedido como a un mercenario gris.

—¿Desde cuándo te preocupa a ti lo que es justo, Victra?

—¿Es que siempre tienes que ponerte a la defensiva conmigo? —me pregunta—. Ven a sentarte. —Pese a las cicatrices que la diferencian de su hermana, su larga silueta y su rostro luminoso carecen de verdaderos defectos. Se sienta mientras fuma una especie de cisco de diseño que huele como una puesta de sol sobre un bosque talado. Su estructura ósea es más fuerte que la de Antonia, es más alta, y parece haber cobrado vida en una forja, como una punta de lanza que se enfría hasta convertirse en una forma angular. El enfado destella en sus ojos—. Soy lo más lejano a una enemiga que tienes, Darrow.

—Y entonces ¿qué eres? ¿Una amiga?

—A un hombre en tu posición no le irían mal unos cuantos amigos, ¿no?

—Preferiría tener una docena de guardaespaldas Sucios.

—Y ¿quién tiene dinero para eso? —ríe.

Enarco una ceja.

—Tú.

—Bueno, los guardaespaldas no podrían protegerte de ti mismo.

—Estoy un poco más preocupado por los filos de Belona.

—¿Preocupación? ¿Es eso lo que vi en tu cara cuando aterrizábamos? —Deja que un suspiro alegre escape entre sus labios—. Qué curioso. Verás, creía que era miedo. Terror. Todas esas cosas verdaderamente inquietantes. Porque sabes que esta luna

será tu tumba.

—Creía que ya no íbamos a pelearnos —digo.

—Tienes razón. Es solo que me pareces muy raro. O, al menos, las elecciones que haces en cuanto a las amistades me resultan muy raras. —Está sentada delante de mí sobre el bordillo de la fuente. Sus talones rozan la piedra antigua—. Siempre me has mantenido a cierta distancia, y sin embargo te acercabas a Tacto y Roque. Entiendo lo de Roque, aunque sea tan blandito como la mantequilla. Pero ¿Tacto? Es como jugar con una víbora y esperar que no te muerda. ¿Crees que porque fuera uno de tus hombres en el Instituto es tu amigo?

—¿Amigo? —Me río ante la ocurrencia—. Después de que Tacto me contó que sus hermanos le rompieron su violín favorito cuando era un crío, hice que Teodora empleara la mitad de mi cuenta corriente en un violín Stradivarius en la casa de subastas de Quicksilver. Tacto no me dio las gracias. Fue como si le hubiera regalado una piedra. Me preguntó que para qué era. Le dije: «Para que lo toques». Me preguntó que por qué. «Porque somos amigos». Le echó un vistazo al instrumento y se marchó. Dos semanas después, descubrí que lo había vendido y se había gastado el dinero en rosas y drogas. No es mi amigo.

—Es lo que sus hermanos lo obligaron a ser —señala Victra dubitativa, como si fuera reacia a compartir su información conmigo—. ¿Cuándo crees que ha recibido algo sin que alguien quisiera algo a cambio? Lo incomodaste.

—¿Por qué crees que soy precavido contigo? —Me acerco a ella—. Porque tú siempre quieres algo a cambio, Victra. Igual que tu hermana.

—Ah. Creía que tal vez fuera por Antonia. Ella siempre estropea las cosas. Siempre, desde el momento en que esa loba consiguió salir dando zarpazos del vientre de mi madre y disfrazarse de humana. Menos mal que yo nací antes, si no bien podría haberme estrangulado mientras aún estaba en la cuna. Y, además, solo somos hermanastras. Tenemos padres distintos. Mi madre nunca le encontró mucho sentido a la monogamia. Ya sabes que Antonia incluso utiliza el apellido Severo en lugar de Julii solo para fastidiar a mi madre. Mocosa cascarrabias. Y luego me cargan a mí con su bagaje moral. Ridículo.

Victra juguetea con los muchos anillos de jade que lleva en los dedos. Me resultan extraños, en contraste con la severidad espartana de su rostro lleno de cicatrices. Pero Victra siempre ha sido una mujer de contrastes.

—¿Por qué estás hablando conmigo, Victra? No puedo hacer nada por ti. No tengo posición social. No tengo mando militar. No tengo dinero. Y no tengo reputación. No tengo ninguna de las cosas que tú valoras.

—Bueno..., también valoro otras cosas, querido. Pero sí cuentas con una reputación, sin duda. Plinio se ha asegurado de ello.

—O sea que sí estuvo involucrado en el rumor. Creía que Tacto no estaba diciendo más que tonterías.

—¿Involucrado? Darrow, ha estado en guerra contigo desde el momento en que te

arrodillaste ante Augusto. —Se ríe—. Desde antes, incluso. Le aconsejó a Augusto que te matara en aquel mismo momento, o que al menos te juzgara por el asesinato de Apolo. ¿No lo sabías? —Niega con la cabeza ante mi mirada vacía—. El hecho de que te estés dando cuenta de esto ahora mismo demuestra lo mal equipado que estás para jugar a este juego. Y, debido a ello, van a matarte. Por eso estoy hablando contigo. Preferiría que encontraras una alternativa en lugar de quedarte enfurruñado en tus horrendos aposentos. Si no, Casio au Belona vendrá, cogerá un cuchillo y te lo clavará justo aquí... —Me acaricia el pecho con un dedo y traza el contorno de mi corazón con su larga uña—. Para darle a su madre su primera comida de verdad desde hace años.

—Entonces ¿cuál es tu sugerencia?

—Que dejes de ser tan capullo. —Me sonrío y me tiende una ficha de datos.

A regañadientes, cojo el borde de la delgada ficha de metal, pero ella no la suelta y tira de mí hacia el borde de la fuente, entre sus piernas. Abre la boca y se pasa la lengua por el labio superior mientras me recorre el rostro con la mirada, hasta dejarla clavada en mis ojos, donde intenta encender un fuego. Pero allí no hay nada. Con un suspiro felino suelta la ficha de datos. La paso por mi terminal de datos personal y en mi pantalla aparece el anuncio de una taberna.

—Esto no está dentro de los límites de la Ciudadela —digo.

—¿Y?

—Pues que si salgo mi cabeza corre peligro.

—Entonces no digas que vas a salir.

Doy un paso atrás.

—¿Cuánto te pagan?

—¡Crees que es una trampa!

—¿Lo es?

—No.

—¿Cómo sé que me estás diciendo la verdad?

—La mayoría de la gente no puede permitirse la verdad. Yo sí.

—Ah, es cierto. Se me había olvidado. Tú nunca mientes.

—Soy del *gens Julii*. —Se pone en pie lentamente y su ira se extiende como un filo—. Mi familia obtiene del comercio suficientes beneficios para comprar continentes. ¿Quién podría permitirse comprar mi honor? Si... algún día me convierto en tu enemiga, te lo diré. Y también te diré por qué.

—Todo el mundo es honesto hasta que lo pillan en una mentira.

Su risa es áspera y hace que me sienta pequeño e infantil, me recuerda que Victra tiene siete años más que yo.

—Entonces quédate, Segador. Confía en la suerte. Confía en los amigos. Escóndete aquí hasta que alguien compre tu contrato y reza para que no lo hagan solo para servirte en la mesa de los Belona como un lechón.

Sopeso las opciones y extendiendo una mano para ayudarla a levantarse.

—Bueno, cuando lo explicas de ese modo...

—¿Coronel Valentin?

Victra se dirige al más bajo de los dos grises que nos esperan en la rampa de la lanzadera. Es una carraca. Una de las más feas que he visto en mi vida. Parece la mitad delantera de un tiburón martillo. Miro al más alto de los grises con desconfianza.

—Sí, *domina* —contesta Valentin, que mueve la cabeza de bloque con la rígida precisión de un hombre que ha sido criado en las filas—. ¿Estás segura de que no te han seguido?

—Totalmente segura —dice Victra.

—Deberíamos partir de inmediato, entonces.

Sigo a Victra al interior de la nave sin dejar de estudiar el terreno a nuestras espaldas. Nos pusimos espectrocapas en cuanto salimos de la villa de Augusto. Una docena de pasillos ocultos y seis viejos graviascensores después, llegamos a una polvorienta y raramente usada sección de las plataformas de lanzamiento de la Ciudadela. Teodora nos dejó allí. Quería venir, pero me niego a llevarla adonde nos dirigimos.

Un gris nos escanea tanto a Victra como a mí en busca de virus cuando embarcamos en la nave.

La rampa del barco se desliza hasta cerrarse detrás de nosotros. Doce grises hoscos atestan el pequeño compartimento de pasajeros de la lanzadera. No son de los elegantes. Más bien son artesanos de un oficio oscuro.

Aunque existen medias, los colores son distintos en su composición debido a la genética humana y a los diferentes ecosistemas de la Sociedad. Los grises de Venus suelen ser más oscuros y densos que los de Marte, pero las familias se mudan, se mezclan y procrean. Los niveles de talento de cada color son aún más variables que su apariencia. La mayor parte de los grises no están destinados más que a vigilar los centros comerciales y las calles de las ciudades. Algunos van a las tropas. Otros, a las minas. Pero luego están los grises que nacieron dentro de una estirpe especial de malvados y astutos y han sido entrenados durante toda su vida para cazar a los enemigos dorados de sus señores dorados. Como estos que nos acompañan en la lanzadera. Los llaman lurchers, como los chuchos cruzados de la Tierra criados para desarrollar un sigilo, una astucia y una velocidad fuera de lo común, todo con un único propósito: matar a cosas de mayor tamaño que ellos.

—¿Nos dirigimos a la Ciudad Perdida y sois solo vosotros doce? —pregunto.

Sé que son suficientes. Pero es que no me gustan los grises. Así que les meto el dedo en la llaga.

Me observan con la silenciosa reserva de una familia que se encuentra a un extraño en la carretera. Valentin es el padre. Tiene una constitución similar a la de un

bloque de hielo sucio y achaparrado tallado por una hoja oxidada, y su rostro chamuscado por el sol es oscuro y rígido, de ojos rápidos. Su teniente, Sun-hwa, se inclina hacia nosotros, dura y retorcida como un olivo.

Ambos han nacido de la Tierra, a juzgar por el aspecto de sus rasgos continentalmente étnicos. Estos grises no llevan ninguna insignia triangular de la Legión de la Sociedad en sus ropas de civil. Eso significa que ya han servido sus veinte años obligatorios.

—Se nos ha encomendado protegerlos, *dominus* —dice Valentin al tiempo que Sun-hwa carga una exótica arma circular en la parte interna de su muñeca izquierda. Parece hecha de plasma—. Mi equipo ha preparado una ruta segura. Tiempo estimado del trayecto: veinticuatro minutos.

—Si Plinio descubre adónde voy, o si los Belona se enteran de que estoy fuera de la Ciudadela...

—Los lurchers conocen la situación —interviene Victra.

—No veo insignias doradas. ¿Mercenarios?

—En realidad quiere decir que somos lo bastante buenos para haber sobrevivido todo este tiempo, *dominus* —dice Valentin sin expresar la menor emoción—. Nos hemos preparado para todas las eventualidades. Se han organizado planes de contingencia y apoyo.

—¿Cuánto apoyo?

—Suficiente. Nosotros solo somos los transportistas, *dominus*. —Se le curvan los labios en una sonrisa y decido creerme sus palabras—. Hay un problema más grande que los Belona, y es que haya terceras partes que piensen que una oportunidad acaba de cruzarse en su camino. En nuestro destino, habrá un montón de puñeteras terceras partes, *dominus*. Esa mierda complica nuestro RSI. ¿Sun-hwa?

—Ponte esto. —Sun-hwa me lanza una bolsa de ropa sencilla. Su voz continúa con un sonsonete monótono—: Eres alto, no puedo hacer una mierda al respecto, pero realizaremos un rápido trabajo de teñido con esto, eso y lo otro. —Le lanza otra bolsa a Victra—. Para ti. El jefe pensó que irías vestida con demasiada elegancia.

Victra se echa a reír.

—Bocachas fuera, chicos —ladra Valentin cuando la nave tiembla y se eleva en el aire—. Estamos en marcha.

Las porras eléctricas y los quemadores se preparan en manos expertas. Un ruido irregular de metal contra metal. Como unos nudillos de acero que chasquean cuando los proyectiles magnéticos entran en las cámaras. Los lurchers esconden armas en fundas ocultas sobre las ajustadas armaduras piel de escarabajo. Tres de ellos llevan armas de muñeca ilegales. Observo el contrabando mientras me embuto en mi piel de escarabajo. Bebe de la luz, de un color negro extraño, similar al de las pupilas. Más que otra cosa es la ausencia de color. Es mejor que las duroarmaduras que teníamos en el Instituto y detendrá unas cuantas hojas y alguna que otra arma de proyectiles como el achicharrador común.

La nave se estremece cuando sus motores principales sobrepasan los propulsores verticales.

—Garra y Minotauro, os informo. Ícaro está en marcha —dice Valentin con voz ronca por su intercomunicador—. Repito. Ícaro está en marcha.

LA PLACENTA

En la Luna no hay oscuridad. Al menos no de la de verdad. Luces de un millón de tonalidades diferentes nadan juntas y relumbran sobre la piel de acero del paisaje urbano lunar, irregular y agrietado. Tranvías públicos serpenteantes y autopistas de aire, centros de comunicación que parpadean, restaurantes bulliciosos y comisarías de policía austeras se entretajan en la dermis metálica de la ciudad como capilares sanguíneos, terminaciones nerviosas, glándulas sudoríparas y folículos pilosos.

Descendemos desde los distritos dorados abandonando las alturas de la ciudad, donde imponentes lanzaderas y gravibotas trasladan a los dorados a casas de la ópera situadas en la cima de torres kilométricas. Dejamos atrás a toda prisa los acomodados distritos de los plateados y los bronceos avanzando entre eolopeldaños y trenes aéreos, sobrepasamos los distritos medios, donde residen los amarillos, verdes, azules y violetas, y nos alejamos del distrito inferior, donde los grises y los naranjas construyen sus casas.

Bajamos cada vez más hacia las alcantarillas de la ciudad, donde las raíces de esta colosal jungla de acero se hunden en la tierra. Una miríada de colores inferiores se trasladan en transporte público de las fábricas a sus apartamentos desprovistos de ventanas, algunos de apenas un metro por tres. Solo hay espacio para una cama. Los coches traquetean exhaustos por los bulevares atascados e iluminados por faroles. Cuanto más descendemos, menos luces, más sucios los edificios, más extraños los animales, pero más brillantes los grafitis. Vislumbro a policías grises junto a unos vándalos marrones arrestados por haber cubierto un complejo de apartamentos con la imagen de una chica colgada. Mi esposa. Diez pisos de altura, pelo en llamas, reproducida en pintura digital. Se me encoge el pecho al pasar y los muros que he construido en torno a sus recuerdos se resquebrajan. Ya la he visto colgada un millar de veces, ahora que su martirio se expande por los mundos, ciudad por ciudad. Sin embargo, la imagen me sacude en cada ocasión como un golpe físico, las terminaciones nerviosas de mi pecho tiemblan, el corazón me late a toda prisa, se me tensa el cuello por debajo de la mandíbula. Qué vida tan cruel si la visión de mi esposa muerta significa esperanza.

Da igual cuáles sean nuestras reputaciones, ningún enemigo nos buscaría aquí. No hay oídos que escuchen. Ni ojos que vean. Es un lugar de matanzas de pandilleros, robos, peleas territoriales, tráfico de drogas. Que mi nuevo amigo quiera tal privacidad humana, una privacidad que ni siquiera un campo inhibitorio puede ofrecer en la Ciudadela y la Ciudad Alta, significa mucho. Me preocupa. Significa que las reglas no tienen validez. Pero Victra tenía razón y Roque no. La paciencia no

me servirá de nada. Debo correr riesgos.

El equipo de lurchers ha asegurado un garaje abandonado. Se ocupan de la vigilancia de la lanzadera mientras el equipo de Valentin me acompaña desde el interior del garaje al ajeteo de la sucia calle del exterior. Los desechos y el agua forman lodazales en los callejones. El aire húmedo está espeso a causa del dulzón olor a almizcle de la podredumbre y el hollín carbonizado de la basura ardiendo. Los vendedores ambulantes anuncian a gritos sus mercancías desde las aceras agrietadas, atestadas de rojos, marrones, grises y naranjas de todas las especies: granujas, inválidos, de clase trabajadora, pandilleros, drogadictos, madres, padres, mendigos, tullidos, niños. Los perdidos.

Eo diría que este es el infierno sobre el que ellos han construido su cielo. Y estaría en lo cierto. Al mirar hacia arriba, veo más de medio kilómetro de edificios de apartamentos antes del laberinto contaminado que hace de techo para la jungla humana. Cuerdas de tender la ropa y cables eléctricos se entrecruzan como vides sobre nuestras cabezas. El panorama es desesperanzador. ¿Qué hay que cambiar aquí aparte de todo?

Tenemos que encontrarnos en la taberna Lost Wee Den. Es un local amplio, de techo alto y con un cartel rojo titilante cubierto de breves grafitis. Quince niveles, todos abiertos y con vistas a una sala central con mesas y cabinas donde beben unos doscientos clientes. Percibo el olor de la orina en las cabinas metálicas, que están combadas a causa del uso. Las botellas repiquetean y los vasos tintinean cuando la clientela se traga la bazofia con avidez. Unas luces índigo y rosa parpadean en la decimoquinta planta, donde hay bailarines y habitaciones privadas para los parroquianos. Paso con Valentin entre dos gorilas con manos biomodificadas, uno obsidiano con la piel tan pálida como el mármol blanqueado y los brazos más gruesos que los míos y el otro un gris de piel oscura con una bocacha de achicharrador incrustada en el brazo.

El resto de mis grises entra a mis espaldas a intervalos escalonados. Algunos llevan lentillas, pues fingen ser otros colores. Uno lleva incluso una careta de músculo para parecer bello como un rosa. Ni siquiera se distingue que es digital hasta que le acercas un imán. Parece que encajan aquí. Dudo que yo lo haga, a pesar del tinte de obsidiano que me han aplicado.

Me han cubierto los emblemas de las manos con prótesis obsidianas. Tengo el pelo blanco, los ojos negros. Los cosméticos me han empalidecido la piel. Victra y yo somos demasiado altos para pasar por ningún otro color. Por suerte, los obsidianos, aunque menos comunes que los demás colores inferiores, no están fuera de lugar aquí abajo. Sigo a Valentin hasta una mesa situada en un rincón cerca del fondo de la sala, donde un hombre joven está arrellanado detrás de una panda de mercenarios y un único obsidiano. Un silencio sepulcral me invade mientras observo a este último ponerse de pie y abandonar la mesa para sentarse a otra adyacente. Los demás también lo estudian antes de recuperar la compostura y bajar la mirada hacia sus

bebidas, como pájaros acuáticos cuando un cocodrilo pasa deslizándose ante ellos. El obsidiano es treinta centímetros más alto que yo. Y el tatuaje de una calavera le ocupa toda la cara. Es un Sucio.

Eso sí que es pasar desapercibido.

—¿Mejor reinar en el infierno que servir en el cielo? —pregunto al hombre recostado.

—¡Segador! Hasta Milton sabía que Lucifer era un mezquino hijo de puta. — Sonríe enigmáticamente y hace un gesto vago en dirección a la silla que hay frente a la suya—. Deja de aparentar que estás por encima de mí.

Ni siquiera lleva disfraz. Desvió la mirada hacia Victra.

—Pensé que iba a tratarse de un nuevo amigo.

—Bueno, nunca habíais sido amigos antes. Esa sería la novedad. Ahora, chicos, divertíos.

—¿No te quedas? —pregunto.

—Yo te he enseñado la puerta. Tú eres quien debe atravesarla.

Me pellizca el culo juguetonamente y se marcha bamboleando las caderas. El Chacal la observa mientras se va, incorporándose ligeramente para verla mejor.

—No creía que te interesaran las mujeres.

—Podría estar muerto y aun así la admiraría. Pero eso no tengo que decírtelo. Solo en el espacio durante meses. Con todo el barco para ti. ¿Qué otra cosa había que hacer allí?

Me siento frente a él. Me ofrece una botella de licor verdoso.

Niego con la cabeza.

—Bebo para olvidar a los hombres como tú.

—¡Vaya! Un insulto arcosiano, si no me equivoco. Uno de los mejores de Lorn. Aunque hay muchos donde elegir. —Se echa hacia atrás. Enigmático en su monotonía. Cara inexpresiva. Con los ojos como monedas lisas, gastadas. El pelo del color de la arena del desierto. Una mano solitaria hace girar un estilo plateado con la rapidez de un insecto que se escabulle sobre un terreno acribillado, de grieta en grieta—. El Chacal de Augusto y el Segador de Marte juntos otra vez, al fin. Cómo hemos caído.

—El sitio lo has elegido tú —digo al tiempo que se coloca el estilo tras la oreja y coge un muslo de pollo de una fuente que hay sobre la mesa.

Le arranca la piel con los dientes.

—¿Te pone nervioso?

—¿Por qué iba a hacerlo? Los dos sabemos cuánto te gusta la oscuridad.

De repente se echa a reír, un ladrido chillón y agudo, como si estuvieran acuchillando a un perro.

—Cuánto orgullo para ti, Darrow au Andrómeda. Toda la familia muerta. Pobrecitos desgraciados sin un penique. Tan mediocres que tus padres ni siquiera intentaron presentarte en la Sociedad. No te quedan amigos. Nadie que te conociera

antes de que te colaras en el Instituto, tan modesto. Pero cómo ascendiste en cuanto se te dio una oportunidad.

—Bueno, al menos te sigue gustando hablar —mascullo.

—Y a ti te sigue gustando hacer enemigos.

—Todo el mundo tiene una afición. —Estudio el muñón donde debería estar su mano derecha—. ¿Desesperado por llamar la atención? Eres el único dorado vivo que no se preocuparía por hacerse con una mano nueva.

—Me pregunto por qué continúas provocándome cuando tu reputación está hecha pedazos. Y tus cuentas corrientes vacías. —Incómodo, cambio de postura en mi asiento—. Ah, sí. ¿No lo sabías? Plinio es concienzudo cuando derriba a alguien del poder. Ha hecho desaparecer todos tus fondos. Así que lo cierto es que te queda muy poco. Pero aquí estás, sentado en lo más bajo de una luna. Solo. Conmigo, con los míos. Profiriendo insultos.

—¿Estos son los tuyos? —pregunto mirando a los colores inferiores que nos rodean—. Habría pensado que te daban asco.

—¿Quién ha dicho que tus hijos deban gustarte? —pregunta el Chacal con cordialidad—. Son producto de nuestras entrañas doradas. —Roe el muslo de pollo y parte el hueso con los dientes antes de desecharlo—. ¿Sabes a qué he estado dedicando mi tiempo?

—¿A masturbarte entre los matorrales?

—Pues no. Mi derrota a tus manos me ha puesto las cosas difíciles. No me da miedo decirlo. Me hiciste daño a mí y a mis planes. Mi hermana también me hizo daño. ¿Amordazarme? ¿Atarme desnudo y lanzarme a tus pies? Aquello escoció, sobre todo cuando todos los grandes señores y señoras de nuestra buena casta de Únicos se echaron unas risas a mi costa.

—Los dos sabemos que tú no sientes dolor, Adrio.

—Oh, llámame Chacal. Escuchar «Adrio» de tus labios es como oír ladrar a un gato. —Se estremece, pero se inclina hacia delante sobre su asiento, encantado, cuando una mujer marrón con los brazos gruesos y tatuajes cubriéndole la piel pálida y picada de viruela sale de las cocinas cargada con cuencos humeantes. Los coloca frente a nosotros—. ¡Gracias! —exclama el Chacal, y coge dos para él.

Observo el cuenco con suspicacia.

—No soy un envenenador —asegura—. Podría envenenar a mi padre cuando quisiera, pero no lo hago. ¿Sabes por qué?

—Porque no has conseguido lo que necesitas de él.

—¿Y eso es...?

—Su aprobación.

El Chacal me estudia a través del vapor de su cuenco.

—Exacto. Me han ofrecido bastantes aprendizajes. Se los ofrecen al nombre de mi padre, no a mí. Me desprecian porque me comí a los alumnos. Pero es una enorme hipocresía. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Se nos pide que ganemos, y yo hice cuanto

estuvo en mi mano. Y luego me critican. Actúan con nobleza, como si ellos no cometieran asesinatos. Una locura.

Niega con la cabeza y acompaña el gesto de un breve suspiro.

—Sí, podría haber ido a la Academia a estudiar guerra, como tú. Podría haber estudiado política en el Colegio de Políticos de la Luna. Podría haber sido un corregidor decente si pudiera soportar Venus. Pero ascenderé sin su hipocresía. Sin sus escuelas.

—He escuchado los rumores. ¿Alguno es verdad?

—La mayoría. —Saca más fideos del cuenco y vierte sobre ellos salsa de pimiento rojo—. Ahora soy un hombre de negocios, Darrow. Compró cosas. Poseo cosas. Creo. Por supuesto, esos Únicos gilipollas y pretenciosos me ven como a un plateado avaricioso. Pero no soy uno de los debilitados señores de la Europa del siglo xx. Comprendo que el poder reside en ser práctico, en poseer cosas. Personas. Ideas. Infraestructuras. Es mucho más importante que el dinero. Mucho más insidioso que —realiza un movimiento extraño con la mano— las astronaves y los filos. Dime, ¿tiene importancia un barco si no puedes suministrar y transportar la comida que alimentará a su tripulación? Yo conozco mejor que nadie la importancia de la comida.

—Eres el dueño de este sitio, ¿no es así? —pregunto.

—En cierto sentido. —Sonríe con demasiados dientes—. Tengo la sensación de que debo ser franco contigo. Teníamos casi dieciocho años cuando salimos del Instituto. Ahora tenemos veinte. He pasado dos años en el exilio y ahora quiero volver a casa.

—¿Para relacionarte con Únicos gilipollas? —digo entre risas—. Si has prestado algo de atención, sabrás que no tengo influencia sobre tu padre.

—Prestar atención... —Comparte una mirada con Victra y se echa hacia delante—. Segador. Yo soy la atención. ¿Sabes qué parte de la industria de las comunicaciones he adquirido?

—No.

—Bien. Eso quiere decir que lo estoy haciendo como se debe. He adquirido más del veinte por ciento. Con mi socio silencioso, poseo casi el treinta. ¿Te estás preguntando por qué? Está claro que las familias como la de Victra no consideran que los negocios las ensucien. Al fin y al cabo, los Julii llevan siglos en el mundo del comercio. Pero los medios de comunicación son distintos para nosotros. Cenagosos. Que se los queden Quicksilver y los de su clase. Entonces ¿por qué iba a ensuciarse las manos con ellos alguien de mi linaje? Bueno, quiero que te imagines los medios de comunicación como una tubería que llega a una ciudad situada en el desierto. —Hace un gesto a nuestro alrededor—. Nuestro desierto metafórico. Yo solo puedo suministrar el treinta por ciento del contenido de lo que llega a través de esa tubería, pero puedo influir en el cien por cien. Mi agua contamina el resto. Esa es la naturaleza de los medios de comunicación. ¿Quiero que esa ciudad del desierto alucine? ¿Quiero que sus habitantes se retuerzan de dolor? ¿Quiero que se rebelen?

—Deja los palillos sobre la mesa—. Todo comienza con lo que yo quiero.

—Y ¿qué es lo que quieres? —pregunto.

—Tu cabeza —contesta.

Nuestras miradas se cruzan como dos barras de hierro que chocan entre ellas y proyectan reverberaciones punzantes por todo el cuerpo. Siento una incomodidad palpable por el mero hecho de estar cerca de él, y aún más al mirar esas órbitas doradas y muertas. Es muy joven. Tiene mi edad, pero hay cierto infantilismo en él, una curiosidad a pesar del tono gastado de sus ojos que hace que Adrio parezca una perversidad. No es que perciba la crueldad y la maldad emanando de él. Es ese sentimiento que me inundó cuando Mustang me contó que, de niño, mató a un cachorro de león porque quería ver sus entrañas para entender cómo funcionaba.

—Tienes un extraño sentido del humor.

—Lo sé. Pero me alegra que captes mis bromas. Hay muchos Únicos quisquillosos últimamente. ¡Duelos! ¡Honor! ¡Sangre! Y todo porque están aburridos. No queda nadie con quien luchar. Condenadamente tedioso.

—Creo que estabas exponiendo un argumento.

—Ah, sí. —El Chacal se pasa la mano por el pelo engominado hacia atrás, igual que hace su padre—. Te he traído hasta aquí porque Plinio es enemigo mío. Me ha hecho la vida muy difícil. Incluso ha entrado en mi harén. ¿Sabes cuántos espías suyos he tenido que matar? He acabado con muchos sirvientes. No intento darte lástima —puntualiza rápidamente.

—Estabas a punto de empezar a dármele.

—No obstante, me ayudarás mejor si comprendes la gravedad de mi situación. Hasta hoy, Plinio controla el favor de mi padre. Como una serpiente que le sisea al oído. Leto es su hechura, ¿lo sabías? —No lo sabía—. Fue él quien encontró al encantador muchacho, sabía que se ganaría el frío corazón de mi padre porque le recordaría a mi hermano muerto, Claudio. Así que Plinio lo educó, lo entrenó y convenció a mi padre de que lo adoptara como pupilo con la intención de convertirlo en el heredero. Entonces tú entraste en nuestras vidas y alteraste el plan de Plinio. Le ha costado dos años librarse de ti, pero, con paciencia, lo ha conseguido. Al igual que conmigo. Ahora Leto será el heredero de mi padre y Plinio será el señor de Leto.

Es un golpe duro. Sabía que Plinio era peligroso. Pero puede que nunca haya sabido realmente hasta qué punto.

—Y ¿cuál es tu plan? —Echo un vistazo en torno a la sala—. ¿Vas a recuperar el favor de tu padre con plebeyos y horquetas?

—Como cualquier dorado con una educación decente sabría, existe un sindicato del crimen que lo controla todo en la Ciudad Perdida. Una inmensa empresa criminal que, si sigues la pista hasta lo más alto, está bajo la influencia del departamento de la soberana de nuestra pequeña Sociedad. Puede que Octavia au Lune parezca el modelo de la virtud dorada. Pero tiene debilidad por las cosas sucias: asesinatos, organización de huelgas de trabajadores en los dominios de su propio archigobernador,

nombramientos fraudulentos. Su manejo de la Ciudad Perdida no es muy distinto.

»Sus Furias y ella seleccionaron cuidadosamente a los líderes de la familia del crimen; esos tres individuos son criaturas tuyas. Pero he aquí la jugosa vuelta de tuerca: he dado con algunos miembros de esa misma organización que están... inquietos.

Frunzo el ceño.

—¿No les gusta Lune?

—Es una bruja molesta. Le ha hecho la zancadilla a mi padre y ha intimado con los Belona. Pero no. Mis campeones no piensan en eso. Son colores inferiores, Darrow. Lo que les inquieta es estar encima de un montón de mierda.

—¿Por qué la Ciudad Perdida? —pregunto—. ¿Qué importancia tiene ese sitio?

—No es más que una pieza del rompecabezas. Voy a ayudar a esos ambiciosos colores inferiores a ascender a cambio de algo. Y cuando estén en el poder, erradicarán la amenaza que asedia a la Sociedad: Ares y sus Hijos.

CETRO Y ESPADA

Me quedo helado por dentro.

—¿Los Hijos de Ares? No era consciente de que supusieran una amenaza tan grave.

—Aún no lo son, pero lo serán —dice—. La soberana lo sabe. Y también mi padre, aunque no esté de moda decirlo en voz alta. La Sociedad ya se ha enfrentado a células terroristas. Si se lanzan contra ellos los suficientes equipos de lurchers, se eliminan con bastante facilidad. Pero los Hijos son diferentes.

»No son una rata que nos muerde los talones, sino una colonia de termitas que, despacio, se dedican a roer nuestros cimientos lo más silenciosamente posible, y han hecho tal esfuerzo que nuestra casa se derrumba a nuestro alrededor. Mi padre le ha encomendado a Plinio la tarea de acabar con los Hijos. Pero Plinio está fracasando. Y seguirá así porque los Hijos de Ares son listos, y porque mis medios de comunicación adoran concederles atención. Pero cuando se conviertan en algo tan terrorífico para la Sociedad, para la soberana, para mi padre, que la propia maquinaria del gobierno se paralice, yo daré un paso al frente y diré: “Yo curaré esta enfermedad en tres semanas”. Y entonces lo haré, con mis medios de comunicación, con los sindicatos asesinando sistemáticamente a todos los Hijos y contigo decapitando gloriosamente al mismísimo Ares.

—Quieres un hombre de paja.

—Yo no soy glamuroso. No inspiro a la gente. Tú eres como uno de los antiguos conquistadores. Carismático y virtuoso. Cuando te miran, no ven ni rastro de la blanda decadencia de nuestra época estéril, ni rastro del veneno político que ha saturado la Luna desde que la familia Lune se hizo con el poder. Te mirarán y verán un cuchillo purificador, un nuevo amanecer para una Segunda Edad de Oro.

De tal palo, tal astilla. Ambos persiguiendo a los Hijos de Ares de maneras parecidas. Es escalofriante pensar en la guerra que estallará entre los degolladores del sindicato del crimen y los agentes de Ares. Aniquilará a los Hijos.

—Los Hijos de Ares son solo el principio. Un punto de inicio. Tú quieres gobernar.

—¿Qué otra ambición existe?

—Pero no solo Marte...

—Que yo sea pequeño no significa que mis sueños también tengan que serlo. Lo quiero todo. Y para conseguirlo, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa. Incluso compartir.

—Quizá no te has enterado de lo que ocurrió hace dos meses —le digo—.

Pregúntale a cualquier dorado con el que te cruces. Te contarán lo que la familia Belona le hizo al Segador de Marte. No tengo reputación. Lo único que inspiro son carcajadas.

—A Casio lo abochornaron —repone el Chacal irritado—. Se le mearon encima. Lo vencieron en el Instituto. Lo avergonzaron. Ahora es el duelista más mortífero de la Luna. Luchó contra cualquiera que pusiese su valía en entredicho. Y ahora es la nueva mascota favorita de la soberana. ¿Sabías que esa vieja arpía va a convertirlo en Caballero Olímpico? Tanto Lorn au Arcos como Venecia au Rein se han retirado este año. Eso significa que los puestos de Caballero de la Furia y Caballero de la Mañana están vacantes.

—¿Va a convertirlo en uno de los doce?

—Es una pieza de su tablero. —El Chacal se acerca a mí—. Pero yo me he cansado de hacer de peón para mis mayores.

—Igual que yo. Hace que me sienta como un rosa —afirmo.

—Entonces ascendamos juntos. Yo el cetro, tú la espada.

—No compartirás. No está en tu naturaleza.

—Hago lo que necesito hacer. Ni más ni menos. Y necesito un caudillo. Yo seré Odiseo. Tú serás Aquiles.

—Aquiles muere al final.

—Pues aprende de sus errores.

—Es una buena idea. —Guardo silencio ante la sonrisa que se le dibuja en los labios—. Con un problema. Eres un sociópata, Adrio. No haces solo lo que necesitas hacer. Te pones la cara que necesitas, la emoción que deseas, como si fuera un guante. ¿Cómo podría confiar en ti? Mataste a Pax. —Dejo que las palabras queden suspendidas en el aire—. Asesinaste a mi amigo, al protector de tu hermana.

—Pax y yo nunca nos habíamos visto antes. Lo único que distinguí fue un obstáculo en mi camino. Claro que había oído hablar de los Telemachus, pero después de que a Claudio le desparramaran los sesos por el suelo, mi padre nos separó a Mustang y a mí para protegernos. A mí me aisló incluso más que a ella. Yo era su heredero. No tuve amigos, solo tutores. Me destrozó la juventud. Y luego me desechó, al igual que ha hecho contigo, porque ambos perdimos. Somos un reflejo el uno del otro.

En el nivel superior al nuestro estalla una pelea. Un achicharrador restalla. Los gorilas se apresuran a subir, cargados con sus propias armas. La mayor parte de los clientes continúan tranquilamente sentados.

—¿Qué hay de tu hermana? —pregunto titubeante, en el fondo consciente de que no me quedan más opciones que esta.

—¿Quieres saber cómo le va? —pregunta sin expresar emoción alguna—. ¿Quién comparte su cama? Puedo darte todas las respuestas que quieras. Mis ojos están por todas partes.

—No es eso lo que quiero. —Niego con la cabeza para tratar de hacer desaparecer

la oscura idea de que alguien comparta la cama de Mustang. De que encuentre placer en otra persona, aunque se lo merezca. Es aún más extraño pensar que el Chacal sepa esas cosas—. ¿Está involucrada en esto?

—No —contesta el Chacal con una sonora risotada—. Ya sabes que ahora está con Lune. La verdad es que es destornillante. ¿A quién se le habría ocurrido pensar que, de nosotros dos, ella sería la gemela pródiga? Bueno, más pródiga.

—Ella no puede sufrir daño alguno —exijo—. Si lo sufre, te cortaré la cabeza.

—Qué agresivo. Pero trato hecho. Así que estás conmigo...

—Llevo contigo desde que me subí a la lanzadera. Sabes que no tengo más opciones. Y sé que ninguna otra persona me convocaría aquí jamás. Las variables solo podían llevar a esta conclusión.

¿Y por qué no debería ser así?

Yo me llevé su mano, él se llevó a un amigo. Lo único que ha hecho ha sido luchar con uñas y dientes por su propia supervivencia. Viéndolo ahora, tan pequeño y mediocre en un mundo de dioses, es casi como si el Chacal fuera el héroe que combate noblemente contra un padre que lo rechazó, contra una Sociedad que se ríe de su talla y de su debilidad, que lo tacha de caníbal a pesar de que fueron ellos quienes le dijeron que hiciera lo que tuviese que hacer para ganar. En cierto modo, es como yo. Podría haber hecho que le arreglaran la mano, pero eligió no hacerlo y llevarla como un emblema de honor y no de vergüenza.

Así que aceptaré esto. Luego, al final, puede que lo mate. Por Pax.

Una enorme sonrisa le parte el rostro en dos.

—Estoy muy satisfecho, Darrow. Muy satisfecho. Y, para serte sincero, aliviado.

—Pero ¿qué viene a continuación? —pregunto—. Ahora debes de necesitar algo de mí.

—Un dorado que responde al nombre de Fencor au Drusilla se ha enterado de mis... relaciones con los sindicatos. Está intentando chantajearme. Necesito que lo mates.

Cómo no.

—¿Cuándo?

—No hasta dentro de aproximadamente una semana. El verdadero propósito de su asesinato será que te ganes el favor de uno de los familiares de la soberana que fue desairado por Fencor. Con la muerte de Fencor, caerás en... «el favor» del pariente.

Contengo una carcajada.

—¿Vas a hacerme desempeñar el papel de galán florecilla que revolotea por la corte acostándose con las damas?

Mustang creará que lo estoy haciendo para fastidiarla.

Los ojos del Chacal brillan con malicia.

—¿Quién ha dicho nada de damas?

—Ah —digo al darme cuenta de a qué se refiere—. Ah, eso es... complicado. Puede que Tacto sea mejor para ese...

El Chacal se ríe de mi sorpresa.

—Tranquilo, se te dará bien. Pero de todo esto ya nos preocuparemos otro día. De momento, relájate. Compraré tu contrato por medio de una segunda parte en cuanto salga a subasta.

—Los Belona intentarán comprarlo.

—Tengo un patrocinador. Superaremos su puja.

—¿Victra?

—No. Ella es más bien una bróker en este caso. Lo que debes comprender acerca de Victra es que no es..., cómo se dice..., partidista. Simplemente le encanta meter cizaña. Al patrocinador lo conocerás pronto.

—Eso no me basta —replico—. Quiero conocerlo ahora. No soy tu marioneta. Yo comparto todo lo que sé, tú compartes todo lo que sabes.

—Pero yo sé mucho más. Vale. —Se inclina hacia mí—. Lo conocerás esta noche. No es que no confíe en ti. Es que considero que lo más apropiado es que se presente él.

—De acuerdo. Quiero traer de vuelta a los Aulladores. Y a Sevro.

—Hecho. También tendrás que escoger un maestro de hoja, alguien que te instruya en el filo. Tendremos que matar a unas cuantas personas en público en el futuro.

—Ya sé utilizar el filo —protesto.

—No es eso lo que he oído. Venga, no tienes de qué avergonzarte. Tengo unos cuantos nombres. Es una lástima que Arcos no dé clases. Ahora mismo podría tener fondos para permitirme a Perfil Pétreo y su Método del Sauce...

Sus palabras pierden intensidad y aparta la mirada de mí, atraído por la cimbreante silueta de una mujer que avanza a través del humo y la penumbra de la taberna igual que un rescoldo que cae atravesando la niebla. Percibo el olor a almendras de su piel y a cítricos de sus labios cuando se acerca a nuestra mesa, grácil y estimulante como el aire de la Costa Estival de Venus. De huesos frágiles, de pájaro. Lleva un vestido negro que lo único que deja al descubierto son sus hombros.

Entonces la miro a los ojos y casi me caigo de la silla. Es un disparo en el corazón. Se me acelera el pulso. Es ella. La chica con alas que nunca pudo volar. Pero ahora... ha huido de Mickey, al parecer. Las alas han desaparecido, tornadas en femineidad. Pero ¿por qué está Evey aquí? ¿La han enviado los Hijos? Apenas puedo mantener la compostura. Ella no me ha reconocido.

—No sabía que las rosáceas pudieran sobrevivir entre las malas hierbas de estas profundidades —le dice el Chacal.

Su risa flota en el aire como el aleteo de una mariposa. Acaricia con un dedo el borde inferior de la mesa desgastada y se encoge imperceptiblemente de hombros.

—Los hombres ordinarios no pueden permitirse cosas extraordinarias. Pero mi señora ha oído que había hombres extraordinarios en la Ciudad Perdida y me ha enviado como... embajadora.

—Ah... —El Chacal se recuesta sobre su asiento y la evalúa—. Eres una chica de sindicato. ¿De los Vebonna? —Tras el asentimiento de Evey, el Chacal me mira y confunde mi expresión de sorpresa por una de deseo—. Llévatela al piso de arriba, Darrow. Yo invito. Un regalo de bienvenida. Si quieres comprarla, dímelo. Ya hablaremos de negocios mañana.

Al oír la palabra «Darrow», la compostura de Evey flaquea durante un instante. Da un paso atrás y oigo que le cambia el ritmo de la respiración. Y cuando nuestras miradas se cruzan, sé que ve más allá del disfraz de obsidiano y atisba el rojo que hay bajo todas estas mentiras. Sin embargo, su sorpresa significa que no está aquí por mí. Está aquí por el Chacal, pero ¿por qué? ¿Está con los Hijos? ¿O es que al final Mickey vendió su premio a ese gánster, el tal Vebonna?

—Yo no me hago a esclavos —le dice Evey al Chacal al tiempo que señala mis emblemas de obsidiano.

—Ya descubrirás que este es más de lo que aparenta a primera vista.

—*Dominus, yo...*

Adrio le agarra la mano y le retuerce el dedo meñique con brutalidad.

—Cállate y haz lo que te ordenan, niña. O simplemente cogemos lo que no quieres darnos.

Esboza una gran sonrisa y la libera. Evey se sujeta la mano, temblando. No es muy difícil hacer daño a un rosa.

Me pongo de pie.

—Ya me encargo yo de ella, amigo mío.

—¡Por supuesto que lo harás!

Con un gesto de la mano, les indico a los guardaespaldas que intentan acompañarme que se queden donde están.

Sigo a Evey por los peldaños de mano que llevan hasta la cuarta planta y me gano unos cuantos abucheos por parte de algunos clientes. Miro de reojo una de las holopantallas que hay encima de la barra. Las imágenes de un atentado con bomba se propagan en tres dimensiones. Parece que es en una cafetería. Una cafetería de dorados. Abro los ojos de par en par cuando se muestran las consecuencias de la catástrofe. ¿Han sido los Hijos?

Otro atentado destella en una pantalla distinta. Y otro. Y otro, hasta que docenas de bombardeos inundan las pantallas de toda la taberna. Todas las cabezas se vuelven para mirar y el silencio engulle el inmenso local. La mano de Evey se tensa en torno a la mía y sé que han sido los Hijos quienes han llevado a cabo los ataques. La han enviado ellos. Pero ¿por qué en la Luna? ¿Por qué el Chacal? ¿Por qué no se han puesto en contacto conmigo?

—Date prisa —me dice cuando llegamos a la decimoquinta planta.

Me guía entre las luces rosas, dejamos atrás a los bailarines y a los clientes hambrientos hasta llegar a la última puerta al final de un pasillo estrecho. La sigo al interior de la habitación a oscuras y enseguida noto el característico olor acre del

aceite de los achicharradores. El aire se agita a mi espalda cuando un hombre con una espectrocapa da un paso al frente. Contener el impulso de matarlo me supone un esfuerzo considerable.

—Es uno de los nuestros —espeta Evie. Enciende la luz. Hay seis rojos vestidos con equipamiento militar de invisibilidad pesado. Llevan demoniyelmos con óptica de alta calidad—. Llamad al pájaro.

—No es Adrio au Augusto —gruñe uno de ellos.

—Es un maldito obsidiano.

—Tiene un aspecto raro. —Uno de los rojos con óptica da un salto hacia atrás y prepara el achicharrador—. ¡La densidad ósea es de dorado!

—¡Para! —grita Evey—. Es un amigo. Harmony lo ha estado buscando.

«¿Ni Ares ni Dancer?».

—No estabais aquí por mí —digo sin apartar la mirada de sus armas—. Estabais cazando.

La chica se vuelve hacia mí.

—Te lo explicaré más tarde, pero tenemos que marcharnos.

—¿Qué has hecho? —le pregunto cuando uno de los rojos saca un soplete de plasma y abre un agujero en la pared que permite que el hedor de la ciudad penetre en la habitación.

El aire húmedo entra a toda prisa y las luces inundan el cuarto en el momento en que una pequeña nave de desembarco desciende y abre las escotillas laterales en paralelo a la puerta improvisada.

—Darrow, no hay tiempo.

La agarro.

—Evey, ¿por qué estáis aquí?

El brillo del triunfo le ilumina los ojos.

—Adrio au Augusto ha matado a quince de nuestros hermanos y hermanas. Me enviaron para capturarlo o matarlo. He elegido la segunda opción. Dentro de veinte segundos, será ceniza.

Le arranco el terminal de datos del brazo a uno de los rojos y preparo mis gravibotas ocultas. Evey me grita. Las botas gimen lúgubrementemente al elevarme en el aire. Me apresuro a deshacer el camino por el que hemos llegado, rompiendo la puerta en lugar de abrirla y volando pasillo abajo como un murciélago recién salido del infierno. Choco contra un bailarín, me escoro para esquivar a dos clientes naranjas y giro bruscamente hacia la derecha para saltar sobre la barandilla en dirección a la mesa del Chacal justo cuando él se está terminando su copa. Su Sucio me apunta, al igual que sus grises. Demasiado lentos.

En las pantallas, sobre los atentados, la electricidad estática restalla y un yelmo rojo sangre arde.

«Siega lo que sembraste», ruge la voz de Ares desde una docena de altavoces.

La mesa se funde bajo la mano del Chacal, consumida por la bomba que ha

puesto Evey. El Sucio lanza al Chacal lejos de la mesa como si fuera una muñeca y envuelve la energía del estallido con su cuerpo titánico. Su boca se mueve para articular un susurro de muerte:

—*Skirnir al fal njir.*

LA OSCURIDAD

La energía, líquida a la vista, sale a borbotones del interior del Sucio, le evapora el cuerpo y se esparce por el suelo como si fuera mercurio derramado para después oscurecerse y deslizarse de nuevo hacia el origen atrayendo hacia sí a hombres, sillas y botellas, como si de un agujero negro se tratase, justo antes de detonar con un profundo y terrible rugido. Agarro al Chacal por la chaqueta y cargo de costado contra la pared. Salgo volando a través de ella mientras a nuestras espaldas se quiebran los cristales, la madera, el metal, los tímpanos y los hombres.

Me fallan las botas. Cruzamos la calle volando y nos estrellamos contra el edificio de enfrente. Resquebrajamos el hormigón y caemos al suelo al mismo tiempo que la taberna Lost Wee Den se encoge sobre sí misma como una uva que se convierte en una pasa que se transforma en polvo. Exhala un estertor mortal de fuego y cenizas y después se hunde bajo las ruinas.

Debajo de mí, el Chacal está inconsciente, con las piernas prácticamente calcinadas. Vomito cuando intento ponerme de pie, los huesos me crujen como el tronco de un árbol joven después de su primer invierno crudo. Me incorporo tambaleándome solo para volver a caer al suelo y vaciar el contenido de mi estómago por segunda vez. Me duele la cabeza. Sangro por la nariz. También por los oídos. Los globos oculares me laten a causa de la explosión. Tengo el hombro dislocado. Me pongo de rodillas, inmovilizo el hombro contra la pared y me recoloco la articulación estremeciéndome y quedándome sin aliento cuando recupera su posición. Siento alfileres en los dedos. Me limpio el vómito de las manos y me tambaleo hasta, al fin, ponerme en pie. Levanto al Chacal y miro el humo de reojo.

Lo único que oigo es el bramar de los estereocilios. Como si un gorrión me chillara en el oído interno, palpitante. Sacudo la cabeza para librarme de las luces que bailan en mi campo de visión. El humo me engulle. Un río de gente pasa por delante de nosotros, corren para ayudar a los que han quedado atrapados. No encontrarán más que muerte, solo cenizas. Los estallidos sónicos perforan la noche. Los equipos de apoyo del Chacal bajan rugiendo desde la ciudad. Y cuando aterrizan para sacarlo de este infierno, los gorriones de mis oídos se desvanecen, devorados por el restallar de las llamas y los gritos de los heridos.

Estoy delante de una fábrica abandonada, a cuatrocientos kilómetros de la Ciudadela, en las profundidades del Sector Industrial Viejo. Las fábricas más modernas se han construido encima de él y lo han enterrado bajo una nueva piel industrial, como si

fuera una espinilla enquistada. La mugre recubre todo el lugar. Hay musgo carnívoro. El agua está llena de óxido. Si no conociera tan bien a mi presa, lo habría considerado un callejón sin salida.

El terminal de datos que le robé al rojo sobrevivió a la explosión. Dejé al Chacal al cuidado de sus equipos de apoyo y me alejé calle abajo para robarle un vehículo policial a un gris. Después de borrar el módulo de búsqueda del terminal de datos, me colé en el historial de coordinación del aparato.

Golpeo con fuerza la puerta de la planta principal de la fábrica, cerrada con llave. Nada. Deben de estar cagados. Así que me arrodillo en el suelo, me coloco las manos detrás de la nuca y espero. Al cabo de unos minutos, la puerta se entreabre. Oscuridad en el interior. Luego, varias figuras se acercan a mí con sigilo. Me atan las manos, me cubren la cabeza con una bolsa y me empujan hacia la fábrica.

Tras hacerme bajar en un viejo ascensor hidráulico, me guían a ritmo constante hacia el origen de la música. Concierto para piano n.º 2 de Brahms. Zumbido de ordenadores. Los sopletes refulgen lo bastante para atravesar con su brillo el tejido de la bolsa.

—Venga, apartaos de él, pedazo de animales —ordena una voz que me resulta conocida.

—No te pases, payaso —replica uno de los rojos.

—Farfulla todo lo que quieras, asno oxidado, pero él tiene más valor que diez mil de tus rufianes endogámicos...

—Dalo, márchate —interviene Evey con suavidad—. Ya.

Oigo el ruido de unas botas que se alejan.

—¿Puedo dejar de fingir? —pregunto.

—Desde luego —contesta Mickey.

Rompo las esposas que han utilizado para inmovilizarme las manos a la espalda y me quito la bolsa que me cubre la cabeza. El laboratorio de cemento y metal está limpio, en silencio excepto por la música relajante. Una ligera neblina, procedente de la pipa de agua de Mickey, situada en la esquina, flota en el aire. Soy mucho más alto que él y que Evey. Esta no puede contenerse.

Ya no es la rosácea seductora de la taberna, y se lanza sobre mí como una niña pequeña que se reencuentra con un tío al que no ve desde hace tiempo. Deja las manos apoyadas en mi cintura cuando al fin se aparta y me clava una mirada rosa en los ojos dorados. A pesar de sus risitas infantiles, es todo sensualidad y belleza, con los brazos esbeltos y una sonrisa lenta, íntima, que no refleja en absoluto el dolor que debería marcarla el haber asesinado a casi doscientas personas. La chica alada se ha convertido en un ave carroñera y no parece haberse dado cuenta. Me pregunto si sonreiría tan abiertamente si tuviera que matar a todas esas personas con un cuchillo. Qué sencillo hacemos el asesinato en masa.

—Te habría reconocido en cualquier parte —dice—. Cuando te vi en la mesa... me dio un vuelco el corazón. Sobre todo por ese ridículo maquillaje de obsidiano que

llevabas. Darrow, ¿qué pasa?

Da un grito cuando la agarro por la pechera de la chaqueta y la empujo contra la pared.

—Acabas de matar a doscientas personas. —Niego con la cabeza, dolido y abatido bajo el peso de lo que ha sucedido—. ¿Cómo has podido, Evey?

La zarandeo y vuelvo a ver a la tripulación de mi nave lanzándose al espacio. Vuelvo a ver todos los cadáveres que he dejado a mi paso. Vuelvo a sentir el pulso de Julian desvaneciéndose bajo los dedos.

—Darrow, querido... —empieza a decir Mickey.

—Cállate, Mickey.

—Sí. De acuerdo.

—Rojos. Rosas. Colores inferiores. Tu propia gente. Como si no fueran nada. Me tiemblan las manos.

—Seguía órdenes, Darrow —contesta ella—. Adrio ha estado investigándonos. Teníamos que derribarlo.

De modo que, pese a sus intrigas, se habían percatado de los avances de Adrio. Las lágrimas brillan en los ojos de Evey. No me amedrento ante ellas. ¿A quién coño le importa cómo se siente después de lo que acaba de hacer? Pero la suelto y dejo que resbale patéticamente pared abajo, con la esperanza de que muestre algún atisbo de arrepentimiento que me lleve a pensar que esas lágrimas son por las personas que ha asesinado y no por sí misma, que no se deban a que le doy miedo.

—No es así como quería que fueran las cosas —dice mientras se seca los ojos—. Cuando volvieras a verme.

La miro con fijeza, confundido.

—¿Qué te ha pasado?

—Tuvo un maestro distinto al tuyo —señala Mickey—. Yo le quité las alas y Harmony le dio garras.

Me vuelvo hacia el tallista.

—¿Qué demonios está ocurriendo?

—Tardaría un año en explicártelo. —Se cruza de brazos y me examina—. Pero deja que, en primer lugar, te digamos, mi querido príncipe, que te hemos echado de menos. En segundo lugar, por favor, no relaciones mi moral con esa alma perdida. Estoy de acuerdo. Evey es un monstruito. —Mira con odio a la rosa, que está detrás de mí—. Tal vez ahora te veas tal como eres. —Su mueca de disgusto desaparece y, con mirada vivaz, me estudia de pies a cabeza—. Tercero, estás divino, mi niño. Absolutamente divino.

Me recorre la cara con la mirada. Abre la boca, la cierra; tiene tanto que decir que no sabe por dónde empezar. Su cabeza de rostro afilado y pelo engominado se desliza hacia delante como una cuchilla sobre el hielo. Todo ángulos. Piel que envuelve huesos finos. ¿Estaba tan delgado la última vez que lo vi? ¿O así me lo parece porque no lleva cosméticos? No. Parpadea con lentitud. Con languidez. Está cansado. Más

viejo. Y al parecer, derrotado. Hay un extraño aire de vulnerabilidad en sus hombros caídos y su modo de mirar continuamente a su alrededor, como si esperara recibir un golpe en cualquier momento.

—Te he hecho una pregunta, Mickey —insisto.

—¡No puedo pensar en el bosque! ¡Todavía estoy examinando el árbol! Es asombroso cómo ha florecido tu cuerpo. Simplemente asombroso, querido. Te has hecho aún más grande. ¿Cómo van tus receptores del dolor? ¿Se te irritan alguna vez los folículos pilosos, tal como me temía? ¿Qué me dices de la contracción muscular, te parece superior a la media de tus iguales? ¿La dilatación de las pupilas es lo suficientemente rápida? Lo único que he sabido de ti durante meses era lo que decían en la HP. No podían mostrar el Instituto, claro. Pero había vídeos filtrados en la holonet. Y qué vídeos... Tú matando a un Marcado como Único. Y tomando una especie de fortaleza en el cielo, ¡como un campeón de la antigüedad!

Incluso ellos se tragan los mitos de los conquistadores, los nobles campeones de la antigüedad. Se aferra a mi hombro con desesperación, con una mano más débil de lo que la recordaba.

—Cuéntame cosas de tu vida. Cómo es la Academia. Cuéntamelo todo. ¿Sigues siendo el amante de esa encantadora Virginia au Augusto? —De repente frunce el ceño—. Ah, claro que no. Ella está con...

—Mickey. —Lo agarro—. Cálmate.

Se ríe con tanta fuerza que comienza a toser y me da la espalda para secarse los ojos.

—Es que me alegra ver una cara amiga. Últimamente no se me permite tener compañía agradable. En absoluto. Es monstruoso, la verdad.

—Cierra la boca, Mickey —le espeta Evey.

El tallista dirige ahora su mirada hacia la rosa, que se ha situado lejos de mi alcance y tiene la mano sobre el quemador que lleva en la cadera, como si eso fuera a protegerla de mí.

—¿Por qué estás en la Luna? ¿Qué está pasando? —pregunto—. ¿Te has unido a los Hijos?

—Han pasado muchas cosas —murmura Mickey—. No estoy aquí por...

—Ahora trabaja para nosotros, Darrow —lo interrumpe Evey con frialdad—. Le guste o no. Desmontamos su antro de tallista. Utilizamos los fondos que conseguía vendiendo carne para comprar medios de transporte aquí y equipar a un ejército. Estamos contraatacando, Darrow. Por fin.

—Una rosa terrorista y un puñado de rojos jugando con pistolas —digo sin mirarla—. ¿Es ese vuestro ejército?

—Hoy hemos causado bajas entre los dorados, Darrow. Si no me respetas a mí, respeta eso. He matado al hijo del archigobernador de Marte. ¿Qué has hecho tú que te empuje a pensar que puedes venir y escupir en lo que hemos hecho nosotros?

—No lo has matado —aseguro.

Evey me mira sin expresar emoción alguna.

—No seas ridículo.

Le devuelvo la mirada, enfadado.

—Pero ¿cómo...? La bomba... —tartamudea—. Estás mintiendo.

—Lo saqué de allí a tiempo.

—¿Por qué?

—Porque mi misión es complicada. Lo necesito. ¿Dónde está Dancer? ¿Quién manda aquí? Mickey...

—Yo —dice otra voz de mi pasado, una voz con un acento como el de mi esposa, aunque envenenada y amarga de ira.

Me vuelvo para ver a Harmony en la puerta. La mitad de su rostro sigue destrozada a causa de la terrible cicatriz. La otra mitad se muestra fría y cruel, más envejecida de lo que la recuerdo.

—Harmony —digo con tranquilidad. El paso de los años no ha conseguido entibiar nuestra relación—. Me alegro de verte. Necesito dar parte. Tengo mucho que contar. —Ni siquiera se me ocurre por dónde empezar. Entonces noto la mirada que le lanza a Evey—. Harmony, ¿dónde está Dancer?

—Dancer está muerto, Darrow.

Al cabo de un rato, Harmony se sienta conmigo ante el escritorio de Mickey en un despacho con muebles baratos y angulosos y tarros llenos de órganos híbridos flotando en gas conservante. Mickey se sienta detrás de la mesa y juguetea con ese platónico rompecabezas suyo que tiene forma de cubo. Ve que miro el artefacto y me guiña un ojo. Ha mejorado mucho. Evey se apoya contra un barril de productos químicos. Yo permanezco sentado, completamente perdido. Dancer tenía un plan para mí. Tenía un plan para todo esto. Se supone que no debería estar muerto. No puede estarlo.

—El último deseo de Dancer fue que Mickey nos tallara un ejército nuevo. Un ejército que rivalizara con los dorados en velocidad y fuerza. Hemos cogido a nuestros mejores hombres y mujeres y hemos comenzado la talla. No pueden sobrevivir a un procedimiento de conversión en dorado como el que tú soportaste, pero algunos se las ingenian para tolerar este nuevo programa. —Hace un gesto hacia el cristal tras el que un centenar de tubos con forma de ataúd descansan en el suelo. Dentro de cada uno de ellos, un rojo de una nueva raza—. Pronto tendremos cien soldados que pueden hacer más daño a los dorados que cualquiera de los anteriores.

Como si cien fueran bastantes para enfrentarse a la máquina bélica dorada. Probablemente, mis Aulladores y yo podríamos hacer pedazos cualquier unidad que montaran estos terroristas. Y ni siquiera somos los dorados más mortíferos.

Señala con un brazo nuevo, pues perdió el de carne y hueso a manos de un obsidiano cuando asaltó una armería para tratar de hacerse con su contenido. Ahora

tiene un miembro de metal. Fluido y fuerte, con cavidades ilegales, procedentes del mercado negro, para guardar armas. Un buen trabajo, pero nada que pueda compararse con las tallas de Mickey. Obviamente, Harmony jamás le permitiría trabajar en ella.

—Entonces, ¿Mickey es vuestro prisionero? —pregunto.

—Más bien su esclavo —gruñe él con una breve sonrisa—. Ni siquiera me dan vino.

—Cierra la boca, Mickey —le ordena Evey.

—Evey. —Harmony le dedica a la chica una mirada intensa pero tolerante antes de desviarla hacia Mickey—. Te acuerdas de lo que hablamos, ¿verdad? Cuidado con esa boca.

Mickey se estremece y lanza una rápida mirada a la mano izquierda de la mujer. Harmony lleva una funda vacía en el cinturón. Algo que asusta a Mickey. Harmony se contiene ante mi presencia.

—¿Te da miedo que cuente que le maltratas?

Se encoge de hombros e ignora mi comentario.

—Mickey vendía chicos y chicas. No se puede convertir en esclavo a un esclavista. Desde mi punto de vista, es jodidamente afortunado por no tener una bala en el cerebro. Podría contratar a un tallista para que le pusiera cuernos, alas y rabo para que tuviera el aspecto del monstruo que es. Pero no lo he hecho. ¿A que no, Mickey?

—No.

—¿No?

—No, *domina*.

Esa palabra hace que me invada el asco.

—Dancer siempre lo respetó —digo—. Yo lo respeto, a pesar de todas sus... excentricidades.

—Compró personas. Las vendió —interviene Evey.

—Todos hemos pecado —replico—. Especialmente tú, ahora.

—Te dije que sería mucho más santurrón que tú. Que actuaría como si él no comprometiera su moralidad día sí, día también. Que encontraría excusas para los malditos bastardos como nuestro Mickey. —Harmony le dedica una sonrisa burlona a Evey como parte de la broma privada—. Esa actitud va muy bien ahí arriba, Darrow. Pero ya te darás cuenta de que aquí ya no hacemos concesiones. Eso es el pasado.

—Entonces Dancer está muerto de verdad.

—Dancer era un buen hombre. —Guarda silencio durante un instante demasiado corto para ser considerado respetuoso—. Pero los hombres buenos tienden a morir antes. Hace medio año, contrató a un equipo de mercenarios grises para que atacara un centro de comunicaciones y pudiéramos robar datos. Le dije que deberíamos matarlos una vez acabaran el trabajo. Dancer me contestó... ¿Cómo fue exactamente...? «No somos demonios». Pero, en cuanto recogió su paga, el capitán

gris fue con el cuento al cuartel de la Policía de la Sociedad y les dio la localización de Dancer. Un maldito escuadrón de lurchers hizo morder el polvo a Dancer y a otros doscientos Hijos en cuestión de dos minutos. Nunca más. Si matan a uno de los nuestros, matamos a cien de los suyos. Y no confiamos en los grises. No pagamos a los violetas. Han vivido de nuestros esfuerzos durante mucho tiempo. Solo confiamos en los rojos.

Evey cambia de postura, incómoda.

—Había otro rojo en el Instituto —digo un instante después—. Tito. ¿Era uno de los tuyos? —pregunto dirigiéndome a Mickey.

—A mí no me mires —contesta él.

—¿Cómo supiste que Tito era rojo? —pregunta Harmony a toda prisa—. ¿Te lo dijo él?

—Se le notó. Pequeños gestos. Nadie más se dio cuenta.

—Entonces ¿os encontrasteis el uno al otro? —pregunta sin sonreír pero dejando escapar un suspiro largamente contenido—. Era un buen chico. Estoy segura de que os hicisteis amigos.

—Él no me descubrió. ¿Lo tallaste tú, Mickey?

Tras recibir la aprobación de Harmony, contesta:

—No, querido. Tú fuiste el primero para mí. Y el único. —Me guiña un ojo—. Asesoré durante su talla. Pero un colega mío llevó a cabo el procedimiento basándose en los éxitos en los que tú y yo fuimos pioneros.

—Dancer te encontró a ti —explica Harmony—. Yo encontré a Tito. Aunque se llamaba Arlus cuando lo sacamos de las minas de Tebos. No le importó cambiar de nombre.

No me extraña que Harmony encontrara a Tito. Dios los cría...

—¿Qué le pasó? —continúa Harmony—. Sabemos que murió.

¿Que qué le pasó? Que dejé que un maldito dorado se lo cargara.

Los miro a los tres con el rostro pétreo, agradecido de que no puedan leerme el pensamiento. No saben nada. Apenas puedo imaginar lo que deben de pensar de mí. Tienen tan poca idea de lo que he hecho, de en qué me he convertido... Creía que había un plan, una razón que justificara mis esfuerzos y sufrimientos. Pero no había nada. Ahora ya lo sé. Incluso Dancer se limitaba a esperar para ver qué pasaba. A la expectativa.

Esperaba que me recibieran con los brazos abiertos. Esperaba un ejército a punto. Un gran plan. Que Ares se quitara el infame casco, me deslumbrara con su brillantez y demostrase que toda mi fe estaba justificada. Joder, lo único que quería era volver a encontrarlos para no sentirme solo. Pero me siento más solo que nunca sentado en una habitación de cemento sobre una silla de plástico desvencijada con estas tres personas mediocres.

—Lo mató un dorado llamado Casio au Belona —respondo.

—¿Fue una buena muerte?

—A estas alturas ya deberías saber que eso no existe.

—Casio. El mismo con el que mantienes una reyerta. ¿Es ese el motivo? —pregunta Evey con ansiedad—. ¿Es esa la razón por la que los Belona quieren matarte?

Me paso una mano por el pelo.

—No. Maté al hermano de Casio. Es una de las razones por las que me odian.

—Sangre por sangre —murmura Evey como si supiese de qué demonios está hablando.

—Hoy les hemos hecho mucho daño, Darrow. Doce explosiones a lo largo y ancho de la Luna y de Marte. Hemos vengado a Dancer y Tito —asegura Harmony—. Y en los próximos días les daremos aún más fuerte. Esta célula no es más que una de muchas.

Agita la mano ante el escritorio y las imágenes aparecen cuando el holodispositivo cobra vida. Los presentadores de noticias violetas no paran de hablar de la matanza.

—¿Se supone que debo estar impresionado? —pregunto—. Sois tan malos como ellos. Lo sabéis, ¿verdad? La estrategia no importa. Da igual que tratéis de despertar a un dragón dormido. La propia Evey ha matado a más de cien colores inferiores hace apenas unas horas.

—No eran rojos —señala Harmony, y después, al cabo de unos segundos asombrosamente hipócritas, añade—: Ni rosas.

—¡Sí lo eran!

—Entonces su sacrificio será recordado —repite Harmony con solemnidad.

—*Vox clamantis in deserto* —exclamo.

Mickey permanece sentado en silencio, pero se permite esbozar una ligera sonrisa.

—¿Intentas impresionarnos con tus sofisticadas palabras de dorado? —pregunta Harmony.

—Se siente como una voz que clama en el desierto. Que grita en vano —explica Mickey—. Es latín básico.

—O sea que tú lo sabes todo —dice Harmony—. Te conviertes en dorado y de repente tienes todas las respuestas.

—¿No era ese el objetivo de que me convirtiera en dorado? ¿Para que pudiéramos ver cómo piensan?

—No. Se trataba de posicionarte para que pudieras atacarles directamente a la yugular. —Cierra la mano en un puño y se golpea la palma de la mano de metal para subrayar sus palabras—. No te comportes como si hubieras nacido mejor que yo. Recuerda, yo sí sé lo que eres por dentro. No eres más que un niño asustado que intentó suicidarse cuando fue demasiado débil para salvar a su esposa de la horca.

Me quedo sin palabras.

—Harmony, tan solo intenta ayudar —dice Evey con dulzura—. Sé que debe de

ser duro, Darrow. Has pasado años con ellos. Pero tenemos que hacerles daño. Verás, es lo único que entienden. El dolor. Así es como nos controlan, por medio del dolor.

Continúa, despacio:

—El primer día que serví a un dorado sentí el mayor placer de mi vida. No puedo explicártelo. Es como conocer a Dios. Ahora sé que lo que sentí no fue placer. Fue ausencia de dolor.

»Así es como nos forman a los rosas para vivir una vida de esclavitud, Darrow. Nos crían en los jardines, con un implante en el cuerpo que llena nuestra vida de dolor. Al artilugio lo llaman el Beso de Cupido... La quemazón en la columna, el dolor en la cabeza. Nunca para. Ni siquiera cuando cierras los ojos. Ni cuando lloras. Solo se detiene cuando obedeces. Al final nos quitan el Beso. Cuando cumplimos los doce años. Pero... es imposible que te imagines cómo es el miedo a que regrese, Darrow.

Evey juguetea con sus uñas.

—Los dorados tienen que sentir dolor. Tienen que temerlo. Y tienen que aprender que no pueden hacernos daño sin sufrir las consecuencias. Eso es lo que Harmony quiere decir.

Y yo creía que los dorados estaban destrozados. Todos somos simples almas heridas que se tambalean en la oscuridad, intentando recomponerse desesperadamente, esperando rellenar los agujeros que han cavado en nosotros. Eo me apartó de este final. Sin mi esposa, estaría como ellos. Perdido.

—No se trata de hacerles daño, Evey —digo—. Se trata de vencerlos. Me lo enseñó Eo, y Dancer también. Nos estamos yendo por las ramas cuando deberíamos estar atacando la raíz. ¿Qué conseguiremos poniéndoles bombas? ¿Qué lograremos asesinandolos? Tenemos que socavar su Sociedad al completo, minar su forma de vida, no eso.

—Has perdido de vista el objetivo de tu misión, Darrow —afirma Harmony.

—¿Y eso me lo dices tú? —pregunto—. ¿Cómo podrías entender lo que he visto?

—Exacto. Lo que has visto. Te has sentado a la mesa con los señores y te has olvidado de los esclavos. Puedes permitirte vivir una vida de teorías. ¿Qué hay de lo que hemos visto nosotros? Estamos hundidos en la mierda. Estamos muriendo. Y ¿qué haces tú? Filosofar. Vivir una vida de lujos. Acostarte con rosas. Yo tuve que escuchar la muerte de Dancer. Tuve que oír los malditos gritos que resonaban por los intercomunicadores cuando los lurchers vinieron a matarnos. Y no pude hacer nada por salvarlos. Si hubieras vivido aquello, sabrías que el fuego solo puede ser combatido con fuego.

Sé adónde llevan esas palabras. Me abrieron un agujero en las entrañas. Me hicieron sollozar sobre el barro, con Casio encima. Así terminará esto.

—Puede que hayas perdido todo lo que amas, Harmony. Lo lamento mucho. Pero mi familia sigue en una mina. No sufrirán porque tú estés enfadada. El sueño de mi esposa era lograr un mundo mejor, no más sangriento. —Me pongo de pie—. Ahora,

quiero hablar con Ares.

La habitación se sume en un pesado silencio.

—Dadnos un momento.

Les lanza una mirada a Mickey y Evey. Observa al tallista mientras este se incorpora a regañadientes. Mickey se detiene como si quisiera decirme algo, pero, al sentir la mirada de Harmony clavada en él, se lo piensa mejor.

—Buena suerte, querido —dice sin más al tiempo que me da unas palmaditas en el hombro.

—Deja que me quede —dice Evey acercándose a Harmony—. Puedo ser de ayuda con él.

Harmony se toca la cadera.

—Ares no lo permitiría.

—Después de lo que he hecho hoy... ¿no confías en mí? No soy como los demás.

—Confío en ti tanto como en cualquier rojo. Pero esto es algo que no puedo compartir contigo. —Besa a Evey en los labios con delicadeza—. Vete.

Evey se detiene en la puerta y se vuelve para mirarme.

—Nosotros no somos tus enemigos, Darrow. Tienes que saberlo.

La puerta se cierra a sus espaldas con un clic y Harmony y yo nos quedamos solos en el despacho de Mickey.

—¿Ella lo sabe? —pregunto.

—¿A qué te refieres?

—A que la enviaste a una misión suicida.

—No. No es como nosotros. Ella confía.

—Y ¿tú la sacrificarías?

—Sacrificaría a cualquiera de nosotros para matar a un Mercado como Único. Solo conseguimos florecillas y bronces sin utilidad. Quiero a los verdaderos tiranos.

—La estás utilizando de peor forma que Mickey.

—Puede elegir —masculla Harmony.

—¿Ah, sí?

—Basta. —Harmony se sienta y le hace un gesto para que la imite—. Puede que Dancer esté muerto, pero Ares tiene un plan para ti.

—No. No. Estoy harto de escuchar sus planes a través de otros. He sacrificado tres años de mi vida por él. Quiero verle la cara.

—Imposible.

—Entonces se acabó.

—¿Cómo podría acabarse, eh? Estás atrapado. Maldita sea, está claro que no puedes volver a Lico, ¿verdad? Una salida. Abróchate el cinturón y aguanta hasta el final.

Siento sus palabras como un bofetón. No puedo regresar. La soledad que contiene esa frase es inexplicable. ¿Dónde está mi hogar? ¿Adónde iré aunque todo esto acabe con los dorados hechos pedazos?

—No conocerás a Ares. Ni siquiera yo le he visto la cara, sondeainfiernos.

—¿No? Llevas trabajando para él casi tanto tiempo como Dancer. Años. ¿Cómo puedes confiar en él, tú precisamente?

—Porque fue él quien me puso una pistola en la mano por primera vez. Llevaba puesto su casco y me colocó en la palma de la mano un achicharrador de grado IV con cargador de iones.

—¿Ares es un hombre? —pregunto.

—¿A quién le importa?

Levanta un holodispositivo. Los electrones se arremolinan en el aire y se fusionan para crear una serie de mapas. Reconozco la topografía. Marte. Venus. Luna, creo. Docenas de puntos rojos parpadean sobre planos de ciudades, astilleros y varios órganos vitales más. Me doy cuenta de que son bombas. Harmony observa el mapa con aspecto cansado.

—Este es el plan de Ares. Cuatrocientos atentados. Seiscientos ataques a depósitos de armas, instalaciones del gobierno, compañías eléctricas y redes de comunicaciones. Es la suma de los Hijos de Ares. Años de planificación. Años de acumular recursos lenta y dolorosamente.

No tenía ni idea de que pudiéramos realizar tal acción. Contemplo el mapa asombrado.

—Los ataques de hoy estaban destinados a provocar una respuesta. A cabrearlos y molestarlos. Queremos que se movilicen. Si lo hacen, se concentran. Es más fácil quemar víboras cuando van en manadas.

—¿Cuándo se llevará a cabo esto?

—Dentro de tres noches.

—Tres noches —repito—. Cuando termine la Cumbre. No querrá que yo haga l...

—Sí. Dentro de tres noches, la Cumbre termina con una gran gala. Vino, rosas, sedas, lo que demonios sea que hagáis los oropelos. Todos los malditos gobernadores, todos los senadores, pretores, emperadores y corregidores de la Sociedad estarán allí. Un Sistema Solar de monstruos atraídos a un solo lugar por el poder de la soberana. Pasarán otros diez años antes de que volvamos a ver algo así. No hay forma de que los Hijos entren, pero tú puedes ir adonde nosotros no llegamos. Puedes dar el golpe que nosotros somos incapaces de asestar.

Siento que sus palabras se precipitan hacia mí como un tren por un túnel.

—Cuando todos estén ya bien juntitos, cuando la soberana se ponga en pie para dar su discurso, matas a esos oropelos cabrones con una bomba de radio que llevarás escondida. Mickey y un equipo de tecnólogos han diseñado el aparato. En cuanto veamos a través de la grabadora de datos que te implantaremos que la bomba ha estallado, desataremos el infierno por todo el sistema. Los fundiremos.

¿A esto se reduce todo lo que hemos hecho?

—Tiene que haber otra forma de hacerlo.

—Siempre hubo dos planes, sondeainfiernos. Este y tú. Ares y Dancer decían que

tú eras nuestra esperanza, nuestra oportunidad de tomar otro camino. Alardeaban como niños de que serías capaz de destruir a los dorados desde dentro. Pero has fallado, tal como yo dije que sucedería. Dices que Evey tiene las manos manchadas de sangre. Bueno, pues tú también.

—No tienes ni idea de la cantidad de sangre que me mancha las manos, Harmony. No soy ningún maldito santo. Pero el ataque de Evey ha sido una vergüenza.

—La única vergüenza sería que perdiéramos.

Me caigo a pedazos.

—Nos estamos jugando mucho más de lo que crees. No podemos enfrentarnos a los dorados. Da igual el golpe que les asestemos, nos erradicarán de un plumazo.

Chasqueo los dedos.

—Así que no vas a hacerlo.

—No, no lo haré, Harmony.

—Entonces la guerra comienza sin tu ayuda —me espeta—. Teníamos a dos Hijos listos para intentar entrar en la gala. No son dorados, así que lo más seguro es que los pillen y los hagan papilla en una celda de tortura pretoriana antes de que completen su misión. Eso significa que los líderes de los dorados conservarán la vida y que nuestras escasas oportunidades de ganar en este maldito desastre disminuyen porque tú no confías en Ares.

—¡A la mierda! ¡Ares debería habérmelo contado en persona si quería mi ayuda!

—¿Cómo? Está en Marte preparando la revolución. No hay forma de comunicarse con él. Lo controlan todo. ¿Cómo iba a ponerse en contacto contigo sin desvelar tu identidad? —Se inclina hacia mí, enseñando los dientes como un gato salvaje—. Dime, Darrow. ¿Acaso sabes cuánto te han robado?

Hay algo extraño en su tono de voz.

—¿Qué quieres decir?

—Esto es lo que quiero decir. —Con brusquedad, inserta unas cuantas órdenes en el holocubo y aparece una imagen de las minas de Lico. Se me hielan las manos—. La grabación de la muerte de Eo, la que pirateamos y retransmitimos...

El corazón me late en la garganta.

—No estaba completa.

Pulsa el botón de «Play» y la habitación que nos rodea se convierte en la mina. Formamos parte de un holo tridimensional. Es el metraje sin editar, no el que sale en los noticiarios, no el que he visto un centenar de veces. Muestra el ahorcamiento sin banda sonora.

Oigo mis propios gritos de dolor mientras los grises golpean al niño que solía ser. Llorando entre la multitud. El silencio incómodo de la grabación no editada. Mi madre agacha la cabeza y el tío Narol escupe sobre el polvo. Kieran, mi hermano, les tapa los ojos a sus hijos. Se oye un arrastrar de pies. Dio, la hermana de Eo, sube al patíbulo de metal tambaleándose. Se oyen unos zapatos que arañan el óxido. Sollozos. Entonces Dio se inclina hacia mi esposa. Eo está de pie, pequeña, muy

pálida y delgada, poco más que el humo de la chica en llamas que recuerdo. Mueve los labios. Una vez más, no oigo lo que dice, igual que no lo oí aquel día. De pronto, Dio rompe a llorar, inconsolable, y se aferra a Eo. ¿Qué se dijeron?

—Utiliza el equipo. Para eso está aquí, ¿no?

Me lo he preguntado mil veces, pero nunca había tenido acceso a esta grabación. Nunca supe cómo podría encontrarla sin levantar sospechas. Y además me daba miedo, como ahora... ¿Por qué creía ella que yo no era lo suficientemente fuerte para oír según qué? ¿Qué podía soportar Dio que no fuese yo capaz de aguantar?

En el metraje pirateado de las noticias, ni siquiera muestran a Dio. Pero aquí, en el que no está editado, puedo rebobinar. Lo hago. Puedo amplificar el sonido. Lo hago. Veo cómo ocurre de nuevo: mi madre agacha la cabeza. Narol escupe. Kieran les tapa los ojos a los niños. Pies que se arrastran. Dio sube al patíbulo. Todos los sonidos están aumentados. Elimino el ruido de fondo con los controles y oigo lo que mi mujer le dijo a Dio:

—En nuestra habitación hay una cuna que he hecho con mis propias manos. Escóndela antes de que vuelva Darrow.

—Una cuna... —murmura Dio.

—No debe saberlo nunca. Lo destrozaría.

—No lo digas, Eo. No.

—Estoy embarazada.

DESTROZADO

Me rompo por dentro.

Sentado en el vacío. Mirándome las manos. Las manos que no pudieron salvar a mi mujer, a mi hijo. Eo tenía razón. No era lo bastante fuerte para soportar la verdad de su segundo sacrificio. Eo podría haber continuado con vida. Podría habernos dado el hijo que siempre quisimos. Pero pensó que aquel futuro no merecía su silencio. Que yo no lo merecía...

Siento algo en lo más profundo del pecho, un dolor sordo y frío. Como si la oscuridad se hubiera abierto en el centro de mi alma a pesar de que todo mi cuerpo se tensa y se enreda en torno al dolor. Peso un millón de kilos. Tengo los hombros caídos. El pecho comprimido. Los dedos cerrados en un puño. Me resulta curioso pensar que estas manos hayan estado conmigo todo este tiempo. Tocaron sus labios. Ayudaron a tirar de sus tobillos. La enterraron en el barro. Pero no la enterraron solo a ella, ¿no es así?

No. Enterraron otra vida. Un nonato. Nuestro hijo, muerto antes de nacer. Y yo ni siquiera lo supe. Lloré su muerte sin conocer la mayor injusticia. Les fallé a ambos. El vídeo amplificado vuelve a reproducirse.

«Estoy embarazada», le dice a Dio en el patíbulo. «Estoy embarazada».

Lo reproduzco una docena de veces y siento que me hundo en un agujero de dolor.

Los dorados no solo la mataron a ella. También mataron lo que yo siempre he querido ser: un esposo y un padre. Ojalá la hubiera frenado. Si no me hubiera enfadado como un crío cuando perdimos el Laurel, Eo no habría pensado en llevarme al jardín. Ojalá hubiera tenido la fuerza necesaria para fingir que no me molestaba haber perdido el laurel.

Podría haber tenido una gran familia. Esposa. Hijos. Hijas. Nietos. Los habían masacrado incluso antes de existir. Eo nunca cogerá a nuestra hija en brazos. Nunca le dará un beso de buenas noches a nuestro hijo ni me sonreirá cuando las manitas del pequeño se aferren a mi dedo. Soy todo lo que queda de esa familia que podría haber sido. Una sombra oscura del hombre que estaba destinado a ser.

La ira crece. Teníamos una oportunidad y se ha esfumado. Todo lo que quería ha desaparecido, por mi culpa y por la de ellos. Sus leyes. Su injusticia. Su crueldad. Obligaron a una mujer a elegir la muerte para ella y para su hijo nonato por encima de una vida de esclavitud. Y todo por el poder. Todo para que puedan mantener su mundo perfecto.

—No fuiste lo bastante fuerte en aquel momento —dice Harmony—. ¿Eres lo

bastante fuerte ahora, sondeainfiernos? —La miro con los ojos llenos de lágrimas. Su expresión de dureza se suaviza—. Yo tenía hijos. La radiación les devoró las entrañas y ni siquiera les dieron medicamentos para el dolor. Ni siquiera arreglaron la fuga. Dijeron que no había recursos suficientes. Mi marido se limitó a quedarse sentado mientras los veía morir. Al final, él murió de lo mismo. Era un buen hombre. Pero los hombres buenos mueren. Para liberarlos, para protegerlos, debemos ser salvajes. Así que a mí la crueldad. A mí la oscuridad. Conviérteme en el maldito diablo si con eso podemos proporcionarles el más mínimo rayo de luz.

Me pongo de pie y la rodeo con los brazos al recordar los auténticos horrores a los que se enfrenta nuestra raza. ¿De verdad los había olvidado? Soy un hijo del infierno y he pasado demasiado tiempo en su cielo.

—Haré cualquier cosa que Ares me pida.

—Plinio envió a esa zorra —masculla el Chacal mientras los médicos amarillos le retiran despacio la piel quemada del brazo y le aplican cultivos de nuevo crecimiento—. No fueron los Hijos de Ares. No matarían a tantos colores inferiores. Va contra su perfil. Plinio, probablemente. O los pretorianos de la soberana utilizando una tapadera.

Las luces de las naves que pasan por delante de ellos destellan a través del cristal. El Chacal maldice y grita a sus sirvientes que oscurezcan las ventanas. Tal como solicité, los grises me trajeron aquí, a su rascacielos privado, en lugar de llevarme a la Ciudadela. El edificio está atestado de mercenarios. Prefiere a los grises por encima de los obsidianos, excepto por ese Sucio, al parecer. Soy el único dorado aparte de él, muestra de hasta dónde llega la confianza del Chacal. Sin duda, su nombre atraería a suficientes parásitos para llenar una ciudad, pero se siente cómodo en su soledad. Como yo.

—¿Podría haber sido Victra? —pregunto—. No se quedó...

—Ya ha demostrado su lealtad. No emplearía una bomba. Y está enamorada de ti. No fue ella.

—¿Enamorada de mí? —pregunto sorprendido.

—Estás igual de ciego que los azules —me espeta, pero no dice nada más—. Nuestra alianza debe permanecer en secreto hasta que nos larguemos de esta condenada luna, y eso quiere decir que tú no estabas en aquella taberna. Si Plinio conociera el alcance de nuestros planes, habría sido más concienzudo. Creo que yo era su único objetivo. Así que regresarás a la Ciudadela. Finge que no ha ocurrido nada. Continuaré con mi plan con los líderes de los sindicatos y luego compraré tu contrato al final de la Cumbre.

Momento en el que su mundo cambiará.

Me vuelvo para marcharme, pero su voz me detiene junto a la puerta.

—Me salvaste la vida. Solo hay otra persona que haya hecho algo así por mí.

Gracias, Darrow.

—Dile a tu nueva piel que crezca más rápido. No querrás perderte la gala de clausura.

Los tres días siguientes transcurren envueltos en una neblina. Tengo la mente en Eo y en lo que perdimos. No soy capaz de escapar del dolor. Me asedia incluso cuando me ejercito hasta la extenuación en el gimnasio de la villa. No me permito entretenerme con charlas. Me aparto de mis amigos. Nada de esto importa. A mí no. La vida se desvanece en presencia del dolor. Teodora se da cuenta y hace cuanto está en su mano para aliviar mi adustez, incluso sugiriendo que me distraiga con rosáceas del jardín de la Ciudadela.

—Mejor tú, *dominus*, que algún hombre rudo de los gigantes gaseosos — argumenta.

La noticia de los atentados se extiende por la Ciudadela y domina en los informativos. La Sociedad juega bien sus cartas retransmitiendo el rescate. Enviando instrucciones sobre cómo manejar una crisis potencial. Psicólogos amarillos analizan a Ares en la pantalla y concluyen que un latente trauma sexual de juventud lo lleva a atacar con violencia para recuperar el control de su mundo. Actores y artistas violetas recaudan fondos para las familias que han perdido seres queridos. El mismísimo Quicksilver dona el tres por ciento de su fortuna personal a la ayuda humanitaria. Comandos obsidianos y grises atacan las bases de los asteroides donde los Hijos de Ares «se entrenan». Agentes antiterroristas grises ofrecen ruedas de prensa diciendo que han atrapado a los responsables, probablemente unos cuantos rojos a los que hayan sacado de una mina o de los suburbios de la Luna.

Es una farsa y los dorados la dirigen muy bien. Se alejan de las cámaras y hacen que todo parezca una guerra de todos los colores contra los rojos terroristas. No es una lucha de los dorados. Pertenece a toda la Sociedad. Además, la Sociedad la está ganando porque nuestro sacrificio y obediencia permiten que los justos prosperen. Gilipolleces.

Aun así, la culpa debe recaer sobre alguien. Así que ponen al archigobernador a contestar preguntas sobre su forma de manejar la situación. «¿Cómo se han propagado los Hijos desde Marte hasta la Luna?», le preguntarán. El nido de avispas de los dorados se ha agitado, tal como predije que ocurriría, pero la gala sigue en pie. Observo a los dorados mientras desarrollan sus juegos de intriga, diplomacia y organización secreta de galas, conferencias y cumbres, y todo ello sin implicarse lo más mínimo en los juegos sucios con los terroristas. Están protegidos, resguardados del horror.

Me molestaría, pero ahora no son más que sombras para mí. Como si ya se hubieran convertido en una especie de recuerdo lejano.

Toco la bomba que llevo en el pecho con pesar. Es obra de Mickey. Una copia del

pegaso que llevaba en el Instituto, que contenía el pelo de Eo y ahora permanece oculto con el resto de mis efectos personales. Lo único que tengo que hacer es girarle la cabeza y se convierte en la bomba. El anillo que me han dado la activará.

Me alejo de mis amigos, de Victra. Le ha preguntado a Roque qué me pasa. Sé que él le contestará que soy como el viento, una criatura de caprichos y altibajos. O algo parecido. Roque trata de acercarse a mí visitando mis aposentos cuando ya me he ido a la cama, intentando combatir conmigo en el gimnasio. Pero no puedo sonreír estando con él, ni escucharle leer poemas con su voz suave, ni debatir sobre filosofía, ni siquiera compartir sus bromas. No puedo permitirme albergar sentimientos hacia él, porque sé que pronto estará muerto. Trato de matarlo en mi corazón antes de matarlo físicamente.

¿Puedo añadirlo a la lista de las personas que ya he enviado a la tumba?

Al final encuentro la respuesta la noche de la gala, cuando Teodora me trae la ropa recién planchada de la lavandería. No dice nada que me recuerde a Roque. No me ofrece su concisa sabiduría. Más bien hace algo que nunca había hecho. Comete un error. Mientras coloca mi uniforme sobre una silla, vuelca una copa de vino situada en una mesita cercana. El vino salpica la manga de mi uniforme blanco. Lo que destella en sus ojos me provoca un escalofrío: terror. El mismo miedo que podría experimentar un ciervo que no puede apartar la mirada del transporte aéreo que se le viene encima. Las disculpas brotan a raudales de sus labios, como si fuera a pegarle si no lo hiciera. Tarda un rato en recuperar la compostura, en lograr que el agujonazo de pánico desaparezca. Cuando lo consigue, se sienta en el suelo frotando el uniforme en silencio.

No sé qué hacer. Permanezco inmóvil durante unos instantes, incómodo, antes de ponerle una mano en el hombro para decirle que no pasa nada. Es entonces cuando comienza a llorar con sollozos incontrolables y jadeantes que sacuden sus pequeños hombros. Se aparta de mi mano y recobra la calma para decirme que tendré que ir de negro y no de blanco. Puede que no sepa lo que está a punto de pasar, pero lo percibe en mí, en el aire.

Mientras los demás lanceros juegan entre ellos, toman baños de microabrasión y consultan con estilistas para prepararse para la gala, me ato las voluminosas botas militares con dedos temblorosos. Nunca se me ha dado bien salvar a mis amigos. Parece que siempre los arrastro hacia el camino del dolor. Creo que la única razón por la que Sevro sigue vivo es la distancia que nos separa. Fitchner siempre tuvo miedo de que matase a su hijo. Decía que la hebra de mi vida era tan fuerte que deshilachaba todas las que tenía a su alrededor. Ahora, ver a Teodora así... me recuerda lo frágiles y complicados que todos somos en realidad. No sé por qué ha llorado. ¿Algún trauma del pasado? ¿Una especie de premonición de lo que está por venir? No saberlo me hace pensar en la hondura de las personas que me rodean. Yo soy poco comunicativo, frío, pero Roque es cálido..., él habría sabido qué decir.

Llamo a su puerta varios minutos antes de la hora prevista para que el séquito de

Augusto salga de la villa en dirección a la gala. No hay respuesta. La abro y me encuentro a mi amigo sentado en su cama, sujetando un libro antiguo por el lomo con sumo cuidado. Sus delicadas facciones se tensan en una sonrisa cuando ve que soy yo.

—Pensaba que eras Tacto que venía a suplicarme que me metiera algo con él antes de la gala. Siempre piensa que como estoy leyendo no estoy haciendo nada. No hay mayor fastidio para un introvertido que los extrovertidos. Sobre todo ese bruto. Cualquiera día de estos acabará destrozado.

Me obligo a reír entre dientes.

—Al menos no oculta sus vicios.

—¿Has conocido ya a sus hermanos? —pregunta Roque. Niego con la cabeza—. Hacen que Tacto parezca un corderito.

—Demonios —maldigo. Me apoyo contra el marco de la puerta—. ¿Tan malos son?

—¿Los hermanos Rath? Son horribles. Horriblemente ricos. Horriblemente talentosos. Y su principal virtud reside en su capacidad para pecar. Son prodigios del pecado. —Roque esboza una amplia sonrisa conspirativa—. Si damos crédito a los rumores, y a mí me encantan los rumores, porque me recuerdan a Byron y a Wilde, los hermanos de Tacto abrieron un prostíbulo en Agea cuando tenían catorce años. Un sitio con mucha clase hasta que comenzaron a preparar... experiencias más personalizadas.

—¿Qué pasó entonces?

—Hijas e hijos arruinados. Insultos. Duelos. Herederos muertos. Deuda. Veneno. —Se encoge de hombros—. Es la familia Rath. ¿Qué esperar de esos sinvergüenzas? Por eso todo el mundo se sorprendió tanto de que Tacto hiciera buenas migas con un dorado de hierro como tú —aclara—. Ya sabes que sus hermanos se burlan de él por estar bajo tu sombra. Esa es la razón por la que siempre es tan sarcástico. Quiere ser como tú, pero no puede. Así que recurre a sus defensas habituales. —Frunce el ceño—. A veces me da la sensación de que tú nos entiendes a todos mejor de lo que nosotros nos comprendemos a nosotros mismos. Pero, en otras ocasiones, es como si todo esto no pudiera importarte menos. —Roque ladea ligeramente la cabeza para mirarme cuando no digo nada—. ¿Qué querías?

—Nada.

—Tú nunca vienes por nada. —Se coloca el libro sobre el pecho y da unos golpecitos en el borde de su cama invitándome a entrar en la habitación—. Siéntate, por favor.

—He venido porque quería disculparme —digo muy despacio mientras me siento en la cama—. A lo largo de los últimos meses he estado distante, especialmente estos últimos días. No creo que haya sido justo contigo, sobre todo teniendo en cuenta que has sido mi más fiel amigo. Bueno, junto con Sevro, pero él no deja de mandarme fotos extrañas por la red.

—¿Más unicornios?

Me echo a reír.

—Creo que tiene un problema.

Roque me da unas palmaditas en la mano.

—Gracias. Pero eres como un perro de caza que pide perdón por menear el rabo. Siempre te muestras distante, Darrow. No tienes que disculparte por ser como eres, conmigo no.

—¿Más distante, tal vez?

—Tal vez —repite para aceptarlo—. Todos tenemos nuestras propias mareas interiores. Suben. Baján. —Se encoge de hombros—. La verdad es que no nos corresponde a nosotros controlarlas. Las cosas, las personas que orbitan a nuestro alrededor se encargan de ello, al menos más de lo que nos gustaría admitir. —Tras estudiarme con atención durante unos segundos, frunce el ceño, pensativo—. ¿Está relacionado con Mustang? Sé que te resultó duro dejarla, con independencia de lo que dijeras en aquel momento. Deberías buscarla mientras estemos aquí. Sé que la echas de menos. Reconócelo.

—No es cierto.

—Mentira cochina.

—Te lo he dicho cien veces, no tiene nada que ver con ella.

—Vale. Vale. Entonces estás preocupado por algo, ¿verdad? ¿Es por la subasta?

—Hace una pausa, me mira y sonrío—. Pues no deberías. Ya he solucionado ese asunto. Voy a pujar por ti.

—Roque, no tienes tanto dinero.

—¿Sabes cuánto pagaría un florecilla para que un Mercado de mi pedigrí y con mis contactos estuviera en deuda con él? Millones. Incluso podría recurrir a Quicksilver si lo necesitara. Concede préstamos a los dorados continuamente. El caso es que tendré el dinero aunque mis padres no me ayuden. Así que no te preocupes en absoluto, hermano. —Me da unos golpecitos con el pie—. La Casa de Marte tiene que significar algo, ¿no?

—Gracias —digo con un balbuceo, incapaz de comprender del todo lo que ha hecho. Y ¿por qué? Es meterse en la boca del lobo. Lo pone en peligro y cabrea a sus padres—. Nadie más me ha mencionado siquiera la subasta.

—Tienen miedo de que tu mala suerte sea contagiosa. Ya sabes cómo van las cosas. —Se queda callado, a la espera, porque me conoce muy bien—. Hay algo más, ¿no es cierto?

Niego con la cabeza.

—¿Tú...? —Me fallan las palabras—. ¿Tú te sientes perdido alguna vez?

La pregunta queda suspendida entre ambos, íntima, incómoda solo para mí. Roque no se burla como lo harían Tacto o Fitchner, ni se rasca las pelotas como Sevro, ni ahoga una risa como tal vez habría hecho Casio, ni ronronea como Victra. No estoy seguro de qué podría haber hecho Mustang. Pero Roque, a pesar de su color

y de todas las cosas que lo hacen diferente, coloca pausadamente un marcador entre las páginas y deja el libro sobre la mesilla que hay al lado de la cama con dosel. Se toma su tiempo y deja que una respuesta evolucione entre los dos. Sus movimientos son meditados y orgánicos, como lo eran los de Dancer antes de que muriera. Hay cierta calma en él, vasta y majestuosa, la misma calma que recuerdo en mi padre.

—Quinn me contó una vez una historia. —Espera a que refunfuñe quejándome ante la mención de una historia, y cuando no lo hago, su tono de voz adquiere una mayor gravedad—. Había una vez, en los tiempos de la Antigua Tierra, dos palomas que estaban locamente enamoradas la una de la otra. En aquella época, las criaban para enviar mensajes a larga distancia. Aquellas dos habían nacido en la misma jaula, las había criado el mismo hombre y las vendieron el mismo día a diferentes dueños en vísperas de una gran guerra.

»Las palomas sufrían estando separadas, cada una de ellas incompleta sin la otra. Sus amos las llevaban a lugares muy lejanos, y las palomas tenían miedo de no volver a reencontrarse jamás, pues comenzaron a ver lo vasto que era el mundo y lo terribles que eran las cosas que sucedían en él. Durante meses y meses, llevaron mensajes para sus amos sobrevolando líneas de batalla, surcando el aire por encima de hombres que se mataban los unos a los otros a causa de la tierra. Cuando la guerra terminó, sus dueños liberaron a las palomas. Pero ninguna de ellas sabía adónde ir, ninguna sabía qué hacer, así que ambas volvieron a casa. Y allí se reunieron de nuevo, pues siempre estuvieron destinadas a regresar a casa y encontrar, en lugar del pasado, el futuro.

Entrelaza las manos con delicadeza, como un profesor que ha alcanzado su propósito.

—Por tanto, ¿que si me siento perdido? Siempre. Cuando Lea murió en el Instituto... —Sus labios se curvan ligeramente hacia abajo—, estaba en un bosque oscuro, ciego y perdido como Dante ante Virgilio. Pero Quinn me ayudó. Su voz me invitaba a abandonar la tristeza. Ella se convirtió en mi casa. Según sus propias palabras, «Tu casa no es el lugar del que procedes, es donde encuentras luz cuando todo lo demás está oscuro». —Me agarra el dorso de la mano—. Encuentra tu casa, Darrow. Puede que no esté en el pasado. Pero encuéntrala, y nunca volverás a estar perdido.

Siempre he pensado en Lico como mi casa. En Eo como mi casa. Tal vez sea hacia donde voy. A verla. Hacia la muerte y a encontrar mi casa una vez más en el valle junto a mi esposa. Pero, si eso es cierto, ¿por qué no me siento completo? ¿Por qué el vacío crece en mi interior cuanto más me acerco a ella?

—Es hora de irse —digo, y me levanto de la cama.

—Estoy tan seguro de que te recuperarás de esta —Roque comienza también a incorporarse— como de que soy tu amigo. En la vida no somos nuestro estatus. Somos nosotros, la suma de lo que hemos hecho, lo que queremos hacer y las personas que mantenemos a nuestro lado. Eres mi mejor amigo, Darrow. No lo olvides. Da igual lo que suceda, te protegeré al igual que tú me protegerías a mí si

alguna vez lo necesitara.

Lo sorprende agarrándole la mano y sujetándola durante unos instantes.

—Eres un buen hombre, Roque. Demasiado bueno para los de tu color.

—Gracias. —Me observa con atención mientras le suelto la mano y se alisa las arrugas del uniforme—. Pero ¿qué quieres decir con eso?

—Creo que podríamos haber sido hermanos —digo—. En otra vida.

—¿Por qué necesitamos otra vida?

Entonces ve la jeringuilla automática que llevo en la mano izquierda. Sus manos son demasiado lentas para pararme, pero sus ojos son lo bastante rápidos para abrirse de par en par llenos de miedo confiado, como los de un perro fiel al que sacrifican con dulzura sobre el regazo de su amo. No lo entiende, pero sabe que existe una razón; aun así, ahí está el miedo, la traición que me rompe el corazón en mil pedazos.

La aguja penetra en el cuello de Roque y mi amigo cae despacio sobre la cama mientras se le cierran los ojos. Cuando se despierte, todo aquel con o para el que haya trabajado a lo largo de los dos últimos años habrá muerto. Recordará lo que le hice justo después de que me dijera que soy su mejor amigo. Sabrá que yo sabía lo que iba a suceder en la gala. Y aunque yo no muera esta noche, aunque no averigüen por otros motivos que yo fui el terrorista, salvarle la vida a Roque significa que me descubrirán. No hay vuelta atrás.

ROJO

Esta noche, voy a matar a dos mil de los más grandes de la humanidad. Y a pesar de ello, ahora camino a su lado, más ajeno a la decadencia y la condescendencia que nunca. La arrogancia de Plinio no hace que me hierva la sangre. El impúdico vestido de Victra no me desconcierta, ni siquiera cuando entrelaza su brazo con el mío después de que Tacto le ofrezca el suyo. Me susurra al oído lo tonta que es por haberse olvidado la ropa interior. Me río como si fuera una ocurrencia graciosa para tratar de encubrir la frialdad que me ha invadido.

Esto no avanza.

—Supongo que Darrow se merece un poco de consuelo antes de marcharse —dice Tacto con un suspiro—. ¿Has visto a Roque, buen hombre?

—Me ha dicho que no se encuentra bien.

—Muy típico de él. Probablemente esté enfrascado en un libro. Debería ir a buscarlo.

—Si quisiera venir, vendría —digo.

—Es que soy yo quien quiere que venga —replica Tacto.

Se encoge de hombros mirando a los demás lanceros, que se disputan las posiciones cercanas a nuestro señor.

—Si tanto lo necesitas, ve a por él —le espeto tácticamente.

Se estremece.

—Yo no necesito a nadie colgado del brazo. Pero si no te conociera mejor, pensaría que sigues enfadado por todo ese asunto de la cápsula de escape.

—¿Te refieres a cuando la hiciste despegar sin él? —pregunta Victra—. ¿Por qué iba a molestarle algo así?

Esa traición sigue escociéndome incluso ahora.

—¡Pensaba que estaba muerto! Fue una simple estimación. —Me da un puñetazo en el hombro y señala a Victra con la cabeza—. Tú lo entiendes. Tenía que cuidar de la señorita aquí presente.

—Es una flor delicada —digo al tiempo que me aparto de ella.

—«Ay del solitario dios del mar —tararea Tacto—, sus amigos, como los míos, lo dejaron atrás».

Victra se recoloca la hombrera dorada y metálica que desciende por su brazo hasta convertirse en una serie de pulseras de oro.

—Ese niño mimado es tan vanidoso que sería capaz de asegurar que es la causa de una tormenta eléctrica. —Se percata de mi falta de interés—. La subasta no comenzará hasta después de la gala. —Hace un gesto con la cabeza en dirección a un

transporte aéreo a punto de aterrizar—. Bueno, comenzaba a preguntarme cuándo iba a aparecer.

El Chacal sale del vehículo, con la piel ligeramente rosada tan solo en algunos puntos. Sus amarillos lo han hecho bien. Le hace una leve reverencia a su padre ignorando los murmullos de los ayudantes de campo.

—Padre —dice—, pensé que sería apropiado que la familia Augusto llegara a la gala con al menos uno de tus hijos. Al fin y al cabo, debemos presentar un frente unido.

—Adrio. —Augusto escudriña a su hijo en busca de algo que criticar—. No sabía que siguieras disfrutando de los banquetes. No estoy seguro de que la comida sea de tu agrado.

El Chacal se echa a reír melodramáticamente.

—¡Tal vez ese sea el motivo por el que no me entregaron la invitación! ¿O sería por el escándalo de los ataques terroristas? Da igual. Ya estoy aquí, y más que dispuesto a servir a tu lado. —El Chacal se incorpora a las filas del séquito con una amplia sonrisa dibujada en la cara, consciente de que su padre jamás mantendrá una discusión familiar en público. Me dedica una mueca particularmente siniestra, tanto que otros la ven y se apartan de mí. Todo teatro—. ¿Vamos?

Me encierro en mí mismo y hablo poco mientras avanzo junto a Victra al final de la larga procesión que serpentea a través de las laberínticas salas de mármol que separan nuestra villa de los jardines de la Ciudadela, a unos dos kilómetros de distancia. La torre de la soberana sobresale del suelo del jardín, una grandiosa espada de dos kilómetros de alto que agujerea un cuidado vergel lleno de rosales y arroyos.

El agua lo recorre por mil caminos sinuosos. Los riachuelos susurrantes con peces de colores desembocan en lagunas tranquilas donde varias rosas talladas a modo de sirena nadan bajo árboles en flor atestados de monos-gato. Los esbeltos tigrelinces holgazanean bajo las ramas. Los violetas pasean por estos bosques brillantes, revoloteando de un lado a otro como polillas, y sus violines resuenan en un sobrecogedor concierto. Es un retrato de las noches de Baco sin la sexualidad obscena que tanta gracia hacía a los griegos; los florecillas soltarían una carcajada ante esas groserías, pero los Únicos no. Al menos no en público.

Atisbamos otras procesiones entre los árboles. Vemos sus estandartes, enormes cosas destellantes de tela en movimiento y metal. Nuestro blasón del león rojo y dorado ruge en un desafío silencioso. Un cuervo en un campo de plata marca el paso de la familia Falce sobre un puente de adoquines. Observamos cautelosamente a su señor y a sus lanceros. Como es habitual, todos llevan filos, pero todos los demás aparatos tecnológicos están prohibidos: nada de terminales de datos, nada de gravibotas, nada de armaduras. Se trata de un evento clásico.

La torre bosteza sobre nuestras cabezas. Musgos morados, rojos y verdes trepan por la base de la gran estructura junto a enredaderas de mil tonalidades que se enredan en torno al cristal y la piedra como los dedos de los solteros avariciosos

alrededor de la muñeca de una viuda rica. Seis grandes ascensores elevan a las familias hacia el cielo, hasta la cima de la torre.

Hermosos sirvientes rosas y lacayos marrones atienden el ascensor, todos vestidos de blanco. Los triángulos dorados de la Sociedad decoran sus libreas.

El ascensor es plano, mármol con gravipropulsores. Está situado en medio de un claro sobre el que la hierba verde ondea al viento. Varios cobres se acercan de prisa para hablar con Plinio, que, como político, habla en nombre del archigobernador. Parece haber cierta confusión. La familia Falce se pone en fila para entrar en el ascensor por delante de nosotros.

—Esto es una trampa social —murmura Augusto volviendo la cabeza hacia su pupilo favorito. Leto se acerca a él—. Qué estúpidos. Mira cómo fingen que ha sido sin querer. Enseguida nos dirán que tenemos que subir en el ascensor con los Falce, cuando en realidad ellos deberían postrarse para que nosotros pasáramos delante.

—¿No podría ser una casualidad? —pregunta Leto.

—En la Luna no. —Augusto se cruza de brazos—. Todo es política.

—Los vientos cambian.

—Ya hace tiempo que están cambiando —murmura el archigobernador.

Su rostro anguloso estudia a sus ayudantes, como si estuviera haciendo un recuento de los filos que llevamos. Algunos los llevan recogidos en los costados. Otros, enrollados en torno a los antebrazos, como hago yo con mi hoja prestada. Tanto Victra como Tacto los utilizan a modo de fajín.

—Quiero que tres lanceros acompañen al archigobernador en todo momento —nos anuncia Leto en voz baja. Los tres asentimos y nos acercamos más los unos a los otros—. Nada de beber.

Tacto protesta con un gruñido.

Sin expresión alguna en el rostro, el Chacal observa a Leto mientras da órdenes.

Plinio vuelve de hablar con el personal de la Ciudadela. Como no podía ser de otra manera, tenemos que compartir el ascensor con los Falce. Pero algo más amenazante impregna el aire. Debemos dejar atrás a nuestros obsidianos y grises.

—Todas las familias deben llegar a la gala sin empleados —dice—. Nada de guardaespaldas.

Un murmullo recorre nuestras filas.

—Entonces no iremos —dice el Chacal.

—No seas estúpido —replica Augusto.

—Tu hijo tiene razón —interviene Leto—. Nerón, el peligro...

—En el caso de algunas invitaciones, es más peligroso rechazarlas que aceptarlas. Alfrún, Jofo.

Augusto hace un gesto a sus Sucios. Los dos hombres asienten en silencio y se hacen a un lado para colocarse junto a los demás. Una emoción genuina —la preocupación— inunda sus espeluznantes ojos cuando nos unimos a los Falce en el ascensor y subimos. La cabeza de la casa Falce sonrío. Su estatus mejora.

La gala que se celebra en el tejado de la torre de la soberana sigue la temática de un cuento de hadas invernal. La nieve cae de unas nubes invisibles, cubre las agujas de los pinos que llenan los boques artificiales y me escarcha el pelo corto con copos que saben a canela y naranja. Veo el vaho de mi respiración ante mí.

La llegada del archigobernador se anuncia con toques de trompeta. Tacto y algunos de los lanceros más jóvenes se interponen en el camino de los Falce para que Augusto pueda entrar en la gala primero. Como un cuerpo de color oro pálido y rojo sangriento, avanzamos hacia un magnífico paisaje de árboles perennes. El orgullo de la cultura dorada nos espera. Un terrible mar de rostros que han visto cosas que los primeros hombres ni siquiera podrían haber soñado. Se atisban los destellos de nuestro pasado común en el Instituto. Los encantadores de Apolo. Los asesinos de Marte. Las bellezas de Venus.

La ciudadela se extiende bajo el chapitel, y más allá de sus terrenos brillan las ciudades con sus millones de luces. Uno jamás adivinaría que debajo de ese mar de joyas titilantes acecha otra ciudad de mugre y pobreza. Mundos dentro de otros mundos.

—Intenta no perder la cabeza —me susurra Victra, y me pasa una mano de uñas largas por el pelo antes de marcharse a hablar con sus amigos de la Tierra.

Echo a andar hacia nuestra mesa. Unas magníficas lámparas de araña sujetas por pequeños gravipropulsores se ciernen sobre ella. La luz centellea. Los vestidos se mueven como si fueran líquido en torno a unas figuras humanas perfectas. Los rosas sirven exquisiteces y licores en platos y cálices de hielo y cristal.

Cientos de largas mesas se despliegan concéntricamente en torno a un lago helado situado en el medio del paisaje invernal. Los rosas llevan patines para servir allí. Bajo el hielo hay formas que se mueven. No son perversidades sexualizadas como las que se encontrarían en una fiesta de florecillas y colores inferiores, sino criaturas místicas con largas colas y escamas que relumbran como las estrellas. En otra vida, habría sido el sueño de Mickey que le hubieran encargado una criatura para esta fiesta. Sonríe para mí mismo. Supongo que, en cierto modo, sí ha creado una.

Las mesas no tienen nombre ni están numeradas. Sin embargo, encontramos nuestro sitio al ver un enorme león sentado en el centro de nuestra mesa, casi inmóvil. La mesa de cada familia está asegurada por su blasón. Hay grifos y águilas, puños de hielo y gigantescas espadas de hierro. El león ronronea satisfecho cuando Tacto le roba una bandeja de aperitivos a un rosa y la coloca entre las ingentes patas de la bestia.

—¡Come, bestia! ¡Come! —grita.

Plinio viene a buscarme. Lleva el pelo recogido en una trenza tensa y complicada. Su ropa, por una vez, es tan severa como su nariz afilada, como si pretendiera impresionar a los Únicos con sus facciones aguileñas y la escasez de accesorios.

—Te presentaré a varias partes interesadas a lo largo de la noche. Cuando te haga un gesto, espero que te reúnas conmigo. —Mira a su alrededor con aire distraído,

buscando a personas importantes para sus propios objetivos—. Hasta entonces, no causes ningún problema y vigila tu comportamiento.

—Lo haré. —Saco mi colgante del pegaso—. Lo juro por el honor de mi familia.

—Sí —dice sin mirarme—. Gran nobleza la de tu familia.

Echo un vistazo a la gala. Cientos de personas se pasean ya por ella, y llegan más a cada minuto. ¿Cuánto tiempo debería esperar? Es difícil aferrarse a la rabia que me hizo adoptar esta decisión. Mataron a mi esposa. Mataron a mi hijo. Pero da igual de cuánta ira haga acopio al recordármelo: soy incapaz de alejar el miedo a conducir la rebelión hacia un precipicio.

Esto no será por el sueño de Eo. Será por la satisfacción de los que viven. Para saciar su sed de venganza más que para honrar a los que ya lo han sacrificado todo. Y será irreversible. Pero también lo es el rumbo que se ha fijado.

Cuántas dudas. ¿Acaso estoy siendo cobarde? ¿Racionalizo la falta de acción?

Estoy pensando demasiado. Eso es propio de los malos soldados. Y eso es lo que soy. Un soldado de Ares. Él me dio este cuerpo. Ahora debería confiar en él. Así que cojo el pegaso y lo pego al dorso de la mesa de Augusto, muy cerca del extremo de la misma.

—¿Un brindis? —dice alguien.

Me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con Antonia. No la he visto desde el Instituto, cuando Sevro la bajó de la cruz a la que el Chacal la había clavado. Me aparto de ella con un respingo, pues en mi mente destellan las imágenes de la noche en que le cortó el cuello a Lea con el único objetivo de hacerme salir de la oscuridad.

—Creía que estabas en Venus estudiando política —digo.

—Ya nos hemos graduado —explica—. Me encantó tu «bautismo». Lo vi varias veces con mis amigos. Un olor horroroso el de la orina. —Me olisquea—. Difícil de eliminar.

La naturaleza fue cruel al hacerla tan hermosa. Labios carnosos, piernas casi tan largas como las mías, una piel tan suave como las piedras de un río y el pelo como hilos de oro de una princesa de cuento. Todo una máscara para la despreciable criatura que hay debajo.

—Estoy segura de que me has echado de menos mientras he estado fuera. —Me pasa una copa de vino—. Así que brindemos por un buen reencuentro.

Me cuesta entender que vivamos en un mundo en el que ella pueda estar aquí tejiendo sus malévolas redes cuando mi esposa está muerta, cuando dorados buenos como Lea y Pax han quedado reducidos a cenizas y lanzados hacia el sol.

—Una vez Fitchner me dijo una cosa, Antonia. Creo que ahora viene al caso.

Levanto mi copa en un brindis educado.

—Oh, Fitchner —suspira, y sus pechos se alzan con agresividad bajo su vestido dorado, demasiado ajustado—. Ese roedor de bronce se ha hecho un nombre aquí. ¿Qué te dijo, si puede saberse?

—«Un hombre jamás puede echar de menos la clamidia».

Vierto el vino delante de ella y trato de marcharme, pero me agarra del brazo y tira de mí para atraerme hacia sí. Me acerca tanto que siento el calor de su aliento.

—Van a venir —dice—. Los Belona van a venir a por ti. Deberías huir ahora. —Desvía la mirada hacia mi filo—. A no ser que creas que eres lo bastante bueno para derrotar a Casio en un duelo... —Me suelta—. Buena suerte, Darrow. Echaré de menos tener un patoso en el baile. Al menos más de lo que lo hará Mustang.

No presto atención a sus palabras y me alejo deseando que lleguen más casas a la gala para poder acabar pronto con esto. Una horda de pretores, cuestores, corregidores, gobernadores, senadores, cabezas de familia, líderes de casas, comerciantes, dos Caballeros Olímpicos y mil personas más se acerca a desearle una excelente velada a mi señor. Los hombres más ancianos le hablan sobre ataques de batidores en Urano y Ariel, un estúpido rumor acerca de un nuevo Caballero de la Furia que ya se está ganando la armadura, misteriosas bases de los Hijos de Ares en Tritón y una cepa de la peste que renace en uno de los continentes oscuros de la Tierra. Poca cosa.

Otros muchos se llevan a mi señor aparte, como si un centenar de ojos no vigilaran todos y cada uno de sus movimientos, y con voces almibaradas le hablan de susurros en la noche, vientos cambiantes y mareas peligrosas. Las metáforas se mezclan. El objetivo es el mismo. Augusto ha perdido el favor de la soberana del mismo modo en que yo he perdido el suyo.

Las naves que revolotean sobre nuestras cabezas en el cielo nocturno están tan alejadas de la conversación como yo. Mi atención ha recaído sobre la mismísima soberana. Qué extraño resulta ver a esa mujer ahí, justo al otro lado de la pista de baile, sobre el podio elevado, hablando con otros señores de las casas y hombres que gobiernan la vida de miles de millones de personas. Tan cerca, tan humana y frágil.

Octavia au Lune está de pie con su camarilla de mujeres, las tres Furias, unas hermanas en las que confía más que en ninguna otra persona. Por su parte, la soberana es más atractiva que hermosa, con el rostro tan impassible como el de una montaña. Su silencio es su poder. Veo que apenas habla, pero escucha; continuamente, escucha las palabras como la montaña escucha los susurros y los gritos del viento en sus peñascos, alrededor de sus cumbres.

Veo a un hombre solo junto a un árbol. Es casi tan grueso como el tronco. Sujeta una copa pequeña con una enorme manaza y luce el emblema de una espada alada, un pretor con una flota.

—Darrow au Andrómeda —gruñe Karnus.

Chasqueo los dedos para llamar la atención de un rosa que pasa por allí. Cojo dos de los cálices de vino de su bandeja de hielo y le paso uno a Karnus.

—Se me ha ocurrido que antes de que vinieras a matarme bien podríamos compartir una copa.

—Eso es un amigo. —Deja su bebida y coge la que le ofrezco. Me mira por encima del cristal—. No eres un envenenador, ¿verdad?

—No soy tan sutil.

—Como yo, entonces. Hay tanta víbora por aquí... —Sonríe como un cocodrilo mientras recorre con una mirada de oscuros ojos dorados a los hombres y mujeres de la gala. El vino desaparece en un instante—. Esta noche es extrañamente decadente.

—Tengo entendido que ha sido Quicksilver quien ha organizado las festividades —comento.

—Solo en la Luna dejarían que un plateado fingiera ser dorado —masculla Karnus—. Odio esta luna. —Coge un canapé de una bandeja cercana—. La comida es demasiado pesada. Todo lo demás es demasiado ligero. Aunque he oído que el sexto plato es para morir.

Me percató del extraño tono de su voz y me cruzo de brazos para observar la fiesta. Me siento insólitamente aliviado de estar con este hombre odioso. Ninguno de los dos tiene que fingir que el otro le cae bien. Aquí no hay máscaras, al menos no tantas como de costumbre.

Suelta una carcajada profunda.

—A Julian le habría gustado esta comida tan sofisticada. Era un crío afectado y vil.

Me vuelvo para examinar al asesino.

—Casio solo decía cosas bonitas de él.

—Casio. —Emite un bufido similar a una risa—. Una vez Casio hirió a un pájaro con un tirachinas. Vino a mí llorando porque sabía que tenía que matarlo para evitarle el sufrimiento, pero era incapaz. Tuve que ser yo quien lo aplastara con una piedra en su lugar. Lo mismo que hiciste tú. —Sonríe con malicia—. Debería darte las gracias por eliminar los desechos genéticos.

—Julian era tu hermano.

—De niño se meaba en la cama. Se meaba en la cama. Siempre intentaba esconder las sábanas llevándose las él mismo a la lavandera. Como si la lavandera no fuera de nuestra propiedad. Era un niño que no merecía ni el favor de su madre ni el nombre de su padre. —Coge otra copa de vino de la bandeja de un rosa—. Intentan convertirlo en una tragedia, pero no lo es. Es la ley de la naturaleza.

—Julian era más hombre que tú, Karnus.

Ríe con deleite.

—Vaya, explícame eso.

—En un mundo de asesinos, cuesta más ser bueno que malvado. Pero los hombres como tú y como yo no hacemos más que dejar pasar el tiempo hasta que la muerte venga a buscarnos.

—Que en tu caso será pronto. —Señala mi filo con un gesto de la cabeza—. Una pena que no te criaras en nuestra casa. Aprendemos a manejar la hoja antes que a leer. Mi padre nos obligó a fabricar nuestras propias hojas, a ponerles nombre y a dormir a su lado. Tal vez entonces habrías tenido una oportunidad.

—Me pregunto qué habrías sido si te hubiese enseñado algo más.

—Soy lo que soy —dice Karnus al tiempo que coge otra copa—. Y me han mandado a por ti, a mí de entre todos los hijos e hijas, porque soy el mejor en lo que soy.

Lo estudio durante un momento.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir?

—Lo tienes todo, Karnus. Riqueza. Poder. Siete hermanos y hermanas. ¿Cuántos primos? ¿Sobrinas? ¿Sobrinos? Un padre y una madre que te quieren, y aun así... estás aquí, bebiendo solo, asesinando a mis amigos. Reduciendo el propósito de tu vida a acabar conmigo. ¿Por qué?

—Porque perjudicaste a mi familia. Nadie perjudica a los Belona y sigue con vida.

—Así que es orgullo.

—Siempre es orgullo.

—El orgullo no es más que un grito al viento.

Niega con la cabeza y dice con voz grave:

—Yo moriré. Tú morirás. Todos moriremos y el universo seguirá adelante sin darle importancia. Lo único que tenemos es ese grito al viento, nuestra forma de vivir. Nuestra forma de avanzar. Y nuestra forma de mantenernos en pie antes de caer. —Se acerca a mí—. Así que, ya ves, el orgullo es lo único. —Aparta su mirada de mis ojos y la dirige hacia el otro extremo de la sala—. El orgullo y las mujeres.

Sigo la trayectoria de su mirada y entonces la veo.

Viste de negro en medio de un mar de oro, blanco y rojos. Como un espectro oscuro, se desliza al salir del ascensor cerca del límite del bosque falso. Pone los brillantes ojos en blanco, tuerce el gesto desdeñoso ante las cabezas que se vuelven para mirar su vestido funerario. Negro. Un color para mostrar desprecio hacia todos los felices dorados que la rodean. Negro como el color del uniforme militar que llevo puesto. Recuerdo la calidez de su carne, la picardía de su voz, el olor de su nuca, la bondad de su corazón. La miro con tanta fijeza que casi no me doy cuenta de quién es su acompañante.

Ojalá no me hubiera dado cuenta.

Es Casio.

El de los condenados rizos dorados está con la chica que me cuidó para que recobrara la salud durante el invierno, que me ayudó a recordar el sueño de Eo. Con la mano en su cintura. Con los labios susurrantes pegados a su oído. Del mismo modo en que Casio a Belona me puso una espada en el estómago, ahora me clava una daga en el corazón.

El cabello de Casio es espeso y lustroso. Me fijo en el hoyuelo de su barbilla y en que no le tiemblan las manos. En sus espaldas poderosas, hechas para la guerra. En su cara hecha para los corazones de la corte. Y luce el sol naciente del Caballero de la Mañana. Los rumores son ciertos. La noticia se extiende por la fiesta como la

pólvora. La soberana lo ha convertido en uno de los doce. A pesar del hecho de que yo gané en el Instituto, él ha llegado más alto, avanzando por el Circuito de Duelos de la Luna como un ancestro poseído. Lo he visto en la HP, lo he visto acechar el Sangradero mientras otro dorado yacía junto a la muerte.

Pero aquí, ahora, deslumbra, seduce. Una gran sonrisa blanca le parte el rostro. En el cuerpo dorado, tiene todo lo que tengo yo y más. Es más rápido que yo con los pies. Igual de alto. Más atractivo. Más rico. Tiene una risa mejor que la mía y la gente lo considera más agradable. Y no soporta ninguna de mis cargas. ¿Por qué merece también él a esta chica, que hace palidecer a todas las demás excepto a Eo? ¿Acaso no sabe lo mezquino que es él? ¿Lo cruel que puede ser su corazón?

No puedo dirigirme a ella, ni siquiera cuando me acerco lo bastante para oír su risa. Si me viera, creo que me rompería en pedazos. ¿Habría culpa en su mirada? ¿Incomodidad? ¿Soy una sombra que se cierne sobre su felicidad? ¿Le importará acaso que la vea con él? ¿O pensará que soy patético por acercarme a ella?

Duele, y no porque piense que Mustang está siendo ruin al buscar a mi enemigo, sino porque sé que no es una persona ruin. Si está con Casio es porque ese tipo le importa. Duele más de lo que me habría imaginado.

—Y ya lo ves... —La mano de Karnus cae pesadamente sobre mi hombro—, no se te echará de menos.

Siento una enorme presión en el pecho mientras me abro camino a empujones para abandonar la gala. Cojo un ascensor más pequeño para bajar y alejarme de esas personas que solo saben hacer daño. Me interno en los bosques, donde encuentro un puente que salva un arroyo de curso rápido. Me inclino sobre la barandilla pulida tratando de recuperar el aliento, cada jadeo una proclama.

No necesito a Mustang.

No necesito a ninguna de estas criaturas avarientas.

Estoy harto de sus juegos de poder.

Harto de intentar actuar por mi cuenta.

No fui lo bastante bueno para ser marido.

Ni lo bastante bueno para que mi esposa me permitiera ser padre.

Ni lo bastante bueno para ser dorado.

Ahora no soy lo bastante bueno para Mustang.

He fracasado a la hora de hacer lo que pretendía hacer.

He fracasado a la hora de ascender.

Pero ahora no fracasaré. Ahora no.

Cojo el anillo que me han dado los Hijos. Con la mano temblorosa. Con los nervios en estampida. Tengo arcadas, porque hay demasiadas cosas malas en mi interior. Me llevo el frío anillo a los labios. Si pronuncio las palabras adecuadas, los corruptos mueren. Si digo «Rompe las cadenas», Victra desaparece. Casio se evapora. Augusto se funde. Karnus se disuelve. Mustang muere. Las bombas estallan a lo largo y ancho del Sistema Solar y los rojos ascienden a un futuro incierto. Confianza

en Ares. Plena confianza en que sabe lo que está haciendo.

Rompe las cadenas.

Intento repetir esas palabras, las últimas de Eo antes de que la colgaran. Pero no me salen. Expulsarlas. Mierda. Que me funcione la boca. Pero no lo consigo. Es incapaz de moverse, porque en el fondo sé que esto está mal. No es por la violencia. No es compasión hacia las personas a las que mataré. Es ira.

Matarlos no demuestra nada. No resuelve nada.

¿Cómo podría ser este el plan de Ares?

Eo dijo que si me rebelaba, otros me seguirían. Pero aún no me he alzado. Aún no he hecho lo que ella me pidió. No soy un ejemplo. Soy un asesino. No tengo excusa para abandonar. Para entregarle a otros el sueño de mi esposa. Ares jamás conoció a Eo. Nunca vio la chispa que ardía en su interior. Yo sí. Antes de exhalar mi último aliento, debo construir el mundo en el que ella quería criar a nuestro hijo. Ese era su sueño. Por eso se sacrificó, para que otros no tuvieran que hacerlo. Y no permitiré que otros decidan mi destino. Ahora no. No confío en Ares si eso significa que debo rechazar a Eo.

Si significa que debo sacrificar mi confianza en mí mismo.

Me seco las lágrimas de la cara, la rabia reemplazada por la resolución. Tiene que haber otra manera de hacerlo. Una manera mejor. He visto las grietas de su Sociedad y sé lo que tengo que hacer. Sé qué es lo que más temen los dorados. Y no tiene nada que ver con que los rojos se rebelen. No tiene nada que ver con las bombas, los complots o la revolución. Lo que aterroriza a los dorados es simple, cruel y tan antiguo como la propia humanidad.

La guerra civil.



Si eres un zorro, finge ser una liebre. Si eres una liebre, finge ser un zorro.

LORN AU ARCOS

SANGRE POR SANGRE

Regreso sigilosamente a la gala.

Los dorados ya han ocupado sus asientos y las formalidades comienzan en serio. No soy muy sutil cuando me meto debajo de la mesa y rebusco por el suelo hasta encontrar el colgante del pegaso. Me lo guardo en el bolsillo. Me aliso la chaqueta. Ignoro las miradas inquisitivas y me aparto de la mesa de Augusto con osadía en dirección al objeto de mi interés. Plinio sisea mi nombre. Paso de largo junto a él. No sabe nada de lo que tengo preparado.

Serpenteo entre las mesas que acogen a las familias nobles acumulando miradas como acumula nieve una piedra que rueda montaña abajo. Siento que aumenta mi velocidad. Mis andares son descuidados; mis manos, envueltas en peligro como los músculos de una víbora. Miles de personas me observan. Los susurros forman un manto a mi espalda cuando se dan cuenta de cuál es mi objetivo; está sentado a su larga mesa rodeado por los miembros de su familia: un perfecto hombre dorado que escucha atentamente el discurso de su soberana. Ella predica sobre la unidad. El orden y la tradición son primordiales. Nadie se levanta aún para desafiarme. Tal vez no lo comprendan. O quizás ahora sientan mi fuerza y no se atreven a ponerse en pie.

Ahora los Belona se percatan de los susurros, y se vuelven, casi a una, una familia de más de cincuenta miembros, para verme: un hombre marcial, todo de negro. Joven, sin experiencia en la guerra. Sin manchas de sangre más allá de las salas del Instituto y los asteroides de la Academia. Algunos me han tachado de loco. Otros me han llamado valiente. Esta noche, soy ambas cosas. La carga ha desaparecido. Toda la presión que dejaba que me aplastara mientras me preocupaba por las expectativas, mientras daba rodeos para tomar una decisión. «Todo velocidad —me digo a mí mismo—. No te bloques. No pares. Nunca pares».

La voz de la soberana flaquea.

Demasiado tarde para volver. Me lanzo de cabeza.

Sonrío.

Y la gala se sume en un silencio sepulcral cuando doy un salto de nueve metros en la baja gravedad y aterrizo con brusquedad sobre la mesa de los Belona. Los platos se rompen. Los sirvientes huyen. Los Belona se apartan ligeramente. Algunos me gritan. Otros ni siquiera se mueven cuando se les derrama el vino. La soberana observa la escena, picada por la curiosidad, y sus Furias se agitan incómodas a su lado. Plinio parece estar a punto de palmarla. Se agarra las rodillas aterrorizado. Junto a él, el Chacal se muestra tan extraño e ilegible como una solitaria criatura del desierto.

Esta noche no me he puesto zapatos de vestir. Mis botas son voluminosas y pesadas. Destrozan la porcelana mientras avanzo por la mesa de los Belona haciendo añicos los platos de pudín y aplastando tiernos filetes. La sangre bombea en mi interior. Embriagadora. Alzo la voz.

—Un momento de atención. —Destrozo un plato de guisantes con el pie—. Es posible que me conozcan. —Risas nerviosas. Por supuesto que me conocen. Conocen a todo aquel que tenga algún valor, aunque el mío es más de rumor que de sustancia. Veo que las Furias le susurran algo a la soberana. Veo que Tacto se parte de risa. Karnus se echa hacia delante con ansiedad. Victra sonrío al Chacal. Incluso veo que Antonia le da unos ligeros codazos a un dorado alto y sereno. Evito mirar a Mustang. Plinio parlotea al oído de Augusto. Augusto levanta una mano para mandarlo callar—. ¿Me prestáis atención?

Sí. Claro que sí.

—¡Chic, siéntate! —vocifera alguien.

—Oblígalo —replica Tacto con la voz pastosa de un borracho—. ¿No? ¡Ya me lo imaginaba!

—Para los que no lo sepáis, soy uno de los lanceros de la Casa de Augusto, al menos durante una hora más, aproximadamente. —Se ríen—. Soy a quien llaman el Segador de Marte, el que derrotó a todo un Marcado como Único, el que arrasó el Olimpo y convirtió a sus próctores en esclavos. Me llamo Darrow au Andrómeda y he sido deshonrado.

»Nosotros, los Marcados como Únicos, procedemos de ancestros dorados. De conquistadores con voluntades de hierro. Hombres honorables, mujeres honorables. Pero hoy ante vosotros veo a una familia que no es honorable. Una familia con voluntades hechas de tiza. Una familia corrupta y fraudulenta de mentirosos y cobardes que conspiran para robarle a mi señor el puesto de archigobernador de manera ilegal.

Aplasto una bandeja con las botas. ¿Quién sabe si conspiran para hacerlo o no? Pero suena bien. Hace parecer que conspiran. Y esa es la máscara que necesito que lleven. Karnus reacciona a la perfección sacando su filo a toda prisa y precipitándose hacia mí. Su padre, el emperador, le hace un gesto para que regrese. El pretor Kellan parece estar a punto de agarrarme los pies para hacerme caer sobre la mesa, donde sin duda Cagney me cortaría el cuello con mi propio filo. Las chicas más jóvenes de la familia me consideran un demonio. Un demonio que mató a su primo, hermano. No tienen ni idea de lo que soy en realidad. Pero tal vez lady Belona sí. Cadavérica en su dolor, se sienta rodeada de su prole como una leona marchita. Y todos la miran a ella tanto como a su marido. Lo último que percibo es el temblor de su larga mano derecha, como si anhelara un cuchillo con el que sajar me.

—Esta familia me ha deshonrado dos veces. Una en el fango del Instituto. Y también en la Academia, este... y ese... y aquel. —Señalo a todos los que me maltrataron en los jardines. Ahora veo a Casio cerca de la cabecera de la mesa, justo

al lado de su padre y su madre. Mustang está sentada junto a él. Su rostro es una máscara. ¿Decepcionada? ¿Disgustada? ¿Aburrida? Levanta la vista hacia mí y enarca una ceja. Le sostengo la mirada, avanzo en su dirección y coloco el pie en el borde del decantador de vino situado delante de Casio. Todas las miradas se concentran allí, como una luz que cae en un agujero negro. Que detiene el tiempo, el espacio. Que hace que todos se echen hacia delante. Que contengan el aliento—. Todos los tribunales de la ley dorada permiten que un hombre defienda su honor contra cualquier fuerza que lo viole injustamente. Desde los viejos territorios de la Tierra hasta las heladas entrañas de Plutón, existe el derecho a desafío para cualquier hombre y cualquier mujer. Mi nombre, gentiles señores y señoras, es Darrow au Andrómeda. Se han orinado sobre mi honor. Y exijo satisfacción.

Vacío el vino sobre el regazo de Casio.

Estalla contra mí. En todos los rincones de la magnífica fiesta los dorados se levantan de sus asientos con un gran rugido. Tacto echa a correr desde nuestra mesa y Leto, Victra, todos los ayudantes y portaestandartes de los vasallos de mi archigobernador —los Corvo, los Julii, los Volox y los enormes Telemanus, la familia de Pax— se unen a él. Los filos saltan a las manos. Las maldiciones astillan el aire invernal. Aja, la más corpulenta y oscura de las Furias, se pone en pie y, desde la mesa de la soberana, vocifera:

—¡Detened esta locura!

Acaba de empezar.

Las manos me tiemblan como solían hacerlo en las minas. Ahora, como entonces, estoy rodeado de serpientes.

Jamás oías a las víboras. Rara vez las veías. Negras como las pupilas, reptan en las sombras hasta que atacan. Pero hay un miedo que llega cuando se acercan. Un miedo que se distingue del rugido del taladro. Que se distingue del calor palpitante y nauseabundo que se te forma en las pelotas mientras agujereas mil toneladas de roca y la fricción irradia hacia arriba creando un cenagal de pis y sudor en el interior de tu traje. Es el miedo a la llegada de la muerte. Como si una sombra te hubiera atravesado el alma.

Ese miedo me invade ahora, cuando estos Únicos me rodean, una masa de oro serpentino. Susurrando. Siseando. Tan mortal como el pecado.

La nieve del suelo cruje bajo mis pesadas botas. Agacho la cabeza cuando la soberana toma la palabra. Habla de honor y tradición. De que los duelos marciales señalan la grandeza de nuestra raza, así que hace una excepción por hoy. Podemos batirnos en duelo en los terrenos de juego. Esta reyerta debe terminar aquí, ahora, ante los más prestigiosos de nuestra raza. Así de confiada está en su más reciente Caballero Olímpico. Pero ¿por qué no iba a hacerlo? Casio ya me ha matado antes.

—Al contrario que los cobardes de antaño, sellamos las disputas cuerpo a cuerpo.

Hueso a hueso. Sangre a sangre. Las *vendettas* mueren en el Sangradero *virtute et armis* —recita la soberana.

«Por el valor y las armas». No cabe duda de que ya ha hablado con sus consejeros. Dirán que me aventaja, que Casio es mejor espadachín. Todo esto nunca habría llegado tan lejos si no le hubieran asegurado un resultado beneficioso.

—Al igual que en tiempos de nuestros ancestros, es ahora y de nuevo a muerte —declara—. ¿Hay alguna objeción?

Albergaba la esperanza de que lo preguntara.

Ni Casio ni yo abrimos la boca. Mustang da un paso al frente para oponerse, pero la Furia, Aja, niega con la cabeza y la detiene.

—Entonces hoy, *res, non verba*.

«Acciones, no palabras».

Hablo con mi señor antes de dirigirme hacia el centro del círculo que se ha formado cuando los marrones han apartado las mesas de la llanura nevada. Plinio merodea cerca de Augusto. Al igual que Leto, Tacto, Victra y los grandes pretores de Marte. Muchas caras famosas, muchos guerreros y políticos. El Chacal está más alejado, de menor altura que el resto, impasible, sin hablar con nadie. Me pregunto qué me diría si hubiera menos oídos que lo escucharan. No parece estar enfadado. Tal vez haya aprendido a confiar en mis planes. Asiente con la cabeza, como si me leyera el pensamiento. Seguimos siendo aliados.

—¿Este espectáculo es por mí? ¿Por vanidad? ¿Por amor? —pregunta Augusto cuando me presento ante él.

Su mirada hurga en mi interior, tratando de encontrar el significado de lo que sucede. No puedo evitar lanzarle una mirada a Mustang. Incluso en estos momentos me distrae de mi tarea.

—Eres tan joven... —casi susurra Augusto—. Lo que se dice en los cuentos es mentira; el amor no sobrevive a este tipo de cosas. Al menos no el amor de mi hija. —Guarda silencio, reflexivo—. Su alma es como la de su madre.

—No lo hago por amor, mi señor.

—¿No?

—No. —Agacho la cabeza en una reverencia y recuerdo la alta jerga de Matteo—. El deber del hijo es la gloria del padre. ¿No es así?

Me dejo caer sobre una rodilla.

—Tú no eres mi hijo.

—No. Los Belona lo mataron, te lo arrebataron. Tu primogénito, Claudio, era todo lo que un hombre podría desear: un hijo mejor y más sabio que su padre. Así que deja que te regale la cabeza de su hijo predilecto. Basta de disputas estúpidas. Basta de su política. Sangre por sangre.

—Amo, Julian era una cosa. Pero Casio... —intenta advertirle Plinio.

Augusto lo ignora.

—Te suplico que me des tu bendición —continúo diciendo para presionar a mi

señor—. ¿Cuánto tiempo más mantendrás el favor de la soberana? ¿Un mes? ¿Un año? ¿Dos? Pronto te sustituirá por los Belona. Mira cómo favorece a Casio. Mira cómo te roba a tu hija. Mira cómo su hermano va por el camino de un plateado. Tus herederos están mermados. Tu etapa como archigobernador terminará. No importa. Porque tú no eres un hombre apto para ser archigobernador de Marte. Eres un hombre apto para ser su rey.

Le brillan los ojos.

—No tenemos reyes.

—Porque nadie se ha atrevido a hacerse una corona —digo—. Permite que este sea el primer paso. Escupe a la soberana en la cara. Conviérteme en la espada de tu familia.

Me saco un cuchillo de la bota y me hago un corte rápido bajo el ojo. Las gotas de sangre caen como si fueran lágrimas. Es una vieja bendición, de los antepasados de hierro, los conquistadores. Y dejará helados a quienes la vean: una reliquia de una época pasada, más dura. Es una bendición marciana. De hierro y sangre. De las naves furiosas que quemaron la afamada Armada Británica por encima del Polo Norte terráqueo y aniquilaron a los rápidos asesinos de la tierra del Sol Naciente en medio del cinturón de asteroides. Los ojos de mi señor se encienden como si alguien soplara sobre unos rescoldos de carbón, primero despacio, luego repentinamente.

Lo tengo.

—Te doy mi bendición sin reservas. Lo que haces, lo haces en mi honor. —Se inclina hacia mí—. Levántate, dorado de nacimiento. Levántate, hombre de hierro. —Augusto acerca el dedo a mi sangre y después la esparce bajo su propio ojo—. Levántate, hombre de Marte, y llévate mi ira contigo.

Me incorporo entre susurros. Ahora ya no se trata de una simple riña entre muchachos. Es una batalla entre casas. Campeón contra campeón.

—*Hic sunt leones* —dice Augusto, que ladea la cabeza en un gesto mitad desafío mitad bendición.

Qué hombre más canalla y vano. Sabe de mi desesperación por conservar su favor. Sabe que su posición es la de alguien que juega con cerillas sobre un polvorín. Y sin embargo sus ojos brillan lujuriosamente, tan ansiosos de sangre y la promesa del poder como yo de aire.

—*Hic sunt leones* —repito.

Me encamino hacia el centro del círculo y les hago una señal con la cabeza a Tacto y a Victra. Ambos llevan la mano a la empuñadura de sus filos, al igual que los demás ayudantes. Nuestra mentalidad de manada fuerte.

—Excelente suerte —dice Tacto.

Muy por encima de nuestras cabezas, las naves surcan la larga noche en silencio. La brisa agita los árboles. Las ciudades titilan a lo lejos. La Tierra flota como una luna hinchada cuando me desenredo el filo del antebrazo.

Mustang se acerca a mí mientras la madre de Casio lo besa en la frente.

—Entonces ¿ahora eres un peón? —pregunta rápidamente.

—¿Y tú un trofeo?

Da un respingo antes de que sus labios se curven en una ligera sonrisa desdeñosa.

—¿Y eso me lo dices tú? Ni siquiera te reconozco.

—Ni yo a ti, Virginia. ¿Ahora sirves a la soberana?

Pero sí la reconozco, a pesar del terrible abismo que hace que en estos momentos parezca más una extraña que una amiga. La presión de mi pecho es creación suya. También lo es la extraña tensión de mis manos, que ansían tocarla, ansían abrazarla y decirle que todo esto es una pose falsa. No soy un peón de su padre. Soy más que eso. Todo esto es para bien. No solo para el bien de ellos.

—«Virginia». —Ladea la cabeza y sonrío con tristeza mientras les dedica una mirada a los dos mil Únicos que esperan—. ¿Sabes?, a lo largo de los tres últimos años me he preguntado... Supongo que debería habérmelo preguntado desde el principio, pero muestras un carácter tan excepcional... que me distrajo. Pero te lo preguntaré ahora. —Su mirada de ojos brillantes se hunde en mí, buscando, juzgando—. ¿Estás loco?

Desvió la mirada hacia Casio.

—¿Lo estás tú?

—¿Celos? Estupendo. —Se acerca a mí con un susurro áspero—. Una pena que no me respetes lo suficiente para suponer que tengo mi propio plan. Crees que estoy aquí porque mi entepierna me ha lanzado a brazos de los Belona. Por favor. No soy ninguna zorra en celo. Protejo a mi familia utilizando los medios que sean necesarios. ¿A quién proteges tú sino a ti mismo?

—Traicionas a tu familia estando con él. —No tengo ninguna respuesta falsa que iguale la verdad. Debo sufrir siendo el malo ante sus ojos. Pero aun así no puedo mirarla a ellos—. Casio es un hombre malvado.

—Madura, Darrow. —Parece estar a punto de decir algo más profundo, pero se limita a negar con la cabeza y, al darse la vuelta, decir—: Va a matarte. Intentaré convencer a Octavia de que acabe con esto pronto. —Al principio le fallan las palabras—. Ojalá no hubieras venido a esta luna.

Me deja y le aprieta la manos a Casio al pasar antes de reunirse con el séquito de la soberana en el estrado elevado.

—Al fin solos, viejo amigo —dice Casio perforándome con una sonrisa.

Una vez fuimos como hermanos. Compartimos la comida y competimos aquel primer día en el Instituto. Arrasamos juntos la Casa de Minerva. ¡Cómo nos reímos cuando yo les robé el cocinero y Sevro el estandarte! Galopamos por las llanuras aquella noche bajo la luz de lunas gemelas. Recuerdo el dolor que reflejaban sus ojos cuando apresaron a Quinn. Cuando un miembro de mi clan, Tito, lo golpeó y le meó encima. Cómo sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas en aquel momento, cuando éramos como hermanos, antes de que todo se derrumbara.

La nieve con sabor a canela y naranja sigue cayendo. Se posa sobre su pelo

rizado. Sus hombros anchos. La última vez que se enfrentó a mí también fue en la nieve. Me clavó un hierro oxidado en el bajo vientre y me dejó agonizando entre mis propios excrementos. No me he olvidado de cómo retorció aquella hoja para asegurarse de que la herida no cerraba.

Su hoja ahora es de ébano.

Se enreda ante él, más de un metro de espada estrecha cuando se solidifica. Más de dos metros de lacerante látigo de filo cuando la suelta con el interruptor de la empuñadura, que envía un impulso químico a través de la estructura molecular de la hoja. Unas marcas doradas recorren la hoja contando el linaje de su familia. Sus conquistas. Los Triunfos celebrados en su honor. Antigua, arrogante, poderosa. Mi hoja está desnuda, desprovista de decoración.

—De modo que te hemos quitado lo que es tuyo —dice al tiempo que se acerca y hace un gesto con la cabeza en dirección a Mustang.

Me echo a reír.

—Nunca fue mía. Y está claro que tampoco es tuya.

Llega el blanco, caminando rápido a pesar de la túnica. Con la cabeza calva y la espalda encorvada.

—Pero la he poseído de formas en que tú no la has tenido. —Baja la voz para que solo los dos podamos oírlo—. Me pregunto si por la noche yaces a solas pensando en los placeres que le proporciono. ¿Te molesta que yo sepa cómo besa? ¿Cómo suspira cuando le tocas el cuello de cierta manera?

No contesto.

—¿Que gima mi nombre en lugar del tuyo? —No se ríe. Quizá deteste lo que está diciendo, pero diría cualquier cosa con tal de hacerme daño. No es un mal hombre, en la mayor parte de los sentidos. Tan solo es mi mal hombre—. De hecho, ha gemido cuando he entrado en ella esta mañana.

—¿Qué diría Julian si pudiera verte ahora? —pregunto.

—Repetiría las palabras de mi madre y me suplicaría que te matara.

—¿O lloraría por el demonio en que te has convertido?

Desenrolla el filo y enciende su égida. La mía emite un zumbido cuando la activo: un escudo de energía transparente de iones azules que sobresale ligeramente de mi guante izquierdo, de treinta centímetros de largo por sesenta de ancho. La nieve se derrite cuando agito la égida cerca del suelo. En torno a la luz azul se forma una corona de niebla.

—Todos somos demonios. —Su repentina carcajada flota en el aire como una cinta de seda arrastrada por la brisa—. Ese ha sido siempre tu problema, Darrow. Tienes una visión de ti mismo demasiado elevada. Crees que tiene algún tipo de moralidad escondida. Crees que eres mejor que nosotros cuando en realidad eres menos. Siempre disputando juegos que eres incapaz de dominar contra personas para las que no eres rival.

—Pues no fui mal rival para Julian.

—Cabrón.

Su rostro se desfigura y Casio lanza un latigazo hacia el frente, vociferando sin palabras y derribándome antes de que el blanco pueda dar la bendición. Nos gritan que paremos, pero los aullidos de los filos aumentan, los gritos se desvanecen y todos los ojos se abren de par en par mientras el mortífero metal brama a través de la nieve que cae con lentitud. Mi oponente utiliza los principios del kravat. Cuatro segundos de violencia precisa, cinética, retirada. Valorar. Atacar.

Somos el único ruido de este extraño lugar. El peculiar y agudo lamento de un látigo que se arquea. El tamborileo de la hoja sólida. El crujido de las chispas blancas que las égidas de los brazos izquierdos sueltan cuando las hojas golpean contra ellas. El rumor de la nieve y el chirriar del cuero.

A pesar de su rabia, las formas de Casio son perfectas. Arrastra los pies sin cruzarlos jamás; rota las caderas cuando lanza las salvas compactas. Respira con un ritmo regular, constante. Ataca con el látigo a ras de suelo y después endurece la hoja y la levanta, tratando de alcanzarme en la entrepierna. Sus movimientos titilan a gran velocidad. Entrenados. Pulidos por maestros y Espadas de la Sociedad. Resulta sencillo ver por qué ha destrozado a sus adversarios desde que era un niño, por qué me destripó en el Instituto. Porque sus enemigos luchan como él, pero más despacio. Yo no lucho como ellos. Aprendí esa lección.

Ahora él aprenderá la suya.

—Has practicado mucho. Eres capaz de devolver seis golpes en un ataque —dice al tiempo que se retira. Se precipita a toda prisa hacia delante, amagando hacia arriba pero atacando con una segada para alcanzarme los tobillos—. Pero sigues siendo un novato.

Me lanza una ráfaga de siete golpes y casi me atraviesa el hombro derecho. Reconozco la pauta de ataque, pero aún estoy un poco por debajo de su velocidad. Me libro por los pelos, apartándome de la trayectoria de una embestida en el último momento. Rápidamente se suceden dos ataques de siete golpes más. De nuevo, está a punto de alcanzarme con el último, pero hincó una rodilla en el suelo, jadeante, y echo un vistazo en torno a los invitados reunidos.

—¿Lo oyes? —me pregunta. No oigo nada excepto el viento y el palpitar de mi corazón—. Así es como suena morir solo. Nadie que solloce. Nadie a quien le importe.

—A Arcos le importará —susurro.

Se pone tenso.

—¿Qué has dicho?

—A Lorn au Arcos le importará que su último alumno muera —digo abandonando la respiración falsamente irregular e irguiéndome con orgullo. Casio me mira como si acabara de ver un fantasma. Duda. Y también los que oyen lo que digo—. Mientras tú comías, yo entrenaba. Mientras tú bebías, yo entrenaba. Mientras tú buscabas el placer, yo entrené desde las semanas posteriores al Instituto hasta los días

anteriores a la Academia.

—Lorn au Arcos no acepta alumnos —bufa Casio—. Desde hace treinta años.

—Hizo una excepción.

—Mentiroso.

—¿Ah, sí? —Me río—. ¿Creías que había venido aquí a que me mataran? ¿Creías que tenías derecho sobre mi vida? No, Casio. He venido a descuartizarte delante de tus padres.

Da un paso atrás y desvía la mirada hacia su padre, hacia Karnus. Ladeo la cabeza.

—Venga, hermano. ¿No quieres ver lo bien que peleo en realidad?

Se queda parado y cargo contra él como una especie de carnívoro nocturno, con los hombros encorvados con economía primigenia, tan silencioso como la propia oscuridad.

La palabras de Lorn vuelven a mí. «Un estúpido arranca las hojas. Un bruto corta el tronco. Un sabio excava las raíces». Y entonces le destrozo las piernas lanzándole un ataque tras otro. No durante los cuatro segundos que los dorados enseñan. Sino durante siete. Y luego seis, alternando y después rompiendo la pauta. Doce movimientos por ataque.

Su defensa es precisa, y si luchara como él me enseñó a luchar, moriría a sus manos. Pero mi tío me enseñó a moverme, y una leyenda a matar. Arremeto y giro, dejo los pies atrás y lo derribo, golpeándolo como un gran huracán, arrasando, destruyendo y martilleando. Y cuando él ataca, me hago a un lado hasta el momento justo en que puedo romperlo, como Lorn au Arcos me entrenó para hacer. Muévete en círculos. Nunca retrocedas. No se lanza ningún ataque cuando un hombre permite que lo empujen hacia atrás. Utiliza su fuerza para crear nuevos ángulos. Fluye a su alrededor. El Método del Sauce. Hermoso, fluido, como una canción primaveral en defensa, y lacerante y terrible como las ramas de un sauce en pleno invierno, cuando los vientos glaciales bajan aullando desde las montañas.

En mi interior, el rojo se funde con el dorado.

Mi hoja fulgura entre látigo y falce curvado. Choca contra la espada de Casio y la égida de su brazo izquierdo restalla bajo la fuerza de mis golpes. Mi oponente se tambalea. Es un luchador profesional apaleado por un matón de barrio.

Me estoy riendo. Me río como un loco y la multitud que nos rodea me vitorea sorprendida, algunos gritan cuando golpeo la égida de Casio con tanta fuerza que se sobrecarga. De la unidad de su brazo saltan chispas. Le abro una herida en él, otra en el codo, y en la rótula, y en el tobillo. Alzo la hoja con rapidez y le corto en la cara. Me detengo y doy un paso atrás, con fluidez, posando con el látigo mientras culebrea para convertirse en un falce curvado. Los que vean esto nunca lo olvidarán.

Las mujeres gritan por Casio. Amantes que ha tenido en su juventud, que ahora ven al hombre con el que crecieron, el hombre que se acostó con ellas, que las dejó con falsas promesas y les hizo creer que acababan de perder al más fuerte de una

generación. Miran mientras otro hombre lo convierte en una masa palpitante y sanguinolenta.

Lo avergüenzo. Pero todo responde a un propósito. Cualquier cosa para hacer que ese odio que hierve a fuego lento entre Belona y Augusto estalle en una guerra.

Recorro deprisa el interior del círculo, como un león enjaulado, hasta que me planto delante del emperador Belona.

—Tu hijo va a morir —le espeto despiadadamente a un palmo de su cara.

Es grueso. De mandíbula prominente, afable, con una barba puntiaguda. Sus ojos relumbran con la promesa de las lágrimas. No dice nada. Es un hombre noble y seguirá el camino del honor aunque eso signifique ver morir a su hijo favorito.

Incluso cegado por la rabia, siento la vergüenza. Siento el horror de ser el hombre que surge de la oscuridad para destrozar salvajemente una familia.

—¿Vais a quedaros mirando sin más? —grito a los Belona.

La esposa del emperador Belona no es tan noble. Está furiosa y mira a la soberana con expresión acusadora. Me doy cuenta de lo que quiere.

Regreso junto a Casio. Tendrán que mirar y no hacer nada, como yo miré a Eo.

—Lady Belona, ¿eres lo bastante noble para ver a tu Casio morir? ¿Para mirar mientras desaparece del mundo? —Se le curvan los labios. Susurra a Karnus, a Cagney—. ¿Es esta la fuerza de la Casa de Belona? ¿Os quedáis mirando como ovejas cuando el lobo entra en el redil?

Organizo un gran espectáculo para los más temperamentales. Casio intenta luchar. Se tambalea cuando le hago un tajo en la rodilla y cae sobre la nieve antes de esforzarse por volver a ponerse en pie. Su sangre forma una sombra en la nieve. Así de despacio mató él a Tito. Está muerto de miedo, lanzando miradas a su familia, consciente de que será la última vez que los vea. Ellos no tienen valle. Esta vida es su cielo. A pesar de todo, es una escena triste y siento lástima por él.

Cagney, instado por lady Belona, ya ha dado un paso al frente, con el rostro afilado y hermoso desgarrado por la rabia. Solo tengo que hacerle un poco más de daño a su fuerte primo Casio. Pero el emperador Belona tira de ella hacia atrás con mano firme. Le lanza una mirada asesina y oscura a Augusto y luego escudriña al resto de la asamblea.

—Ningún Belona interferirá. Por mi honor.

Sin embargo, su esposa no está de acuerdo. Vuelve a dedicarle una mirada punzante a la soberana y esta levanta la mano.

—¡Espera! —ordena—. ¡Espera, Andrómeda!

Lo cierto es que la interrupción me sorprende.

Todos miran hacia la tarima de la soberana. Casio jadea tratando de recobrar el aliento. Es imposible que sea tan tonta, ¿no? La interrupción me confirma los rumores, se los confirma a todo el mundo. La soberana descubre su favoritismo. Ha elegido a la familia Belona. Suplantarán a los Augusto en Marte. Casio debía de ser importante para ese plan. Ahora, por culpa del error de cálculo de la soberana, el

joven está a punto de morir y su plan va a irse a la mierda. Aun así, no tenía ni idea de que fuera a hacer lo que está a punto de hacer. Es tan estúpido. Tan corto de miras. Su orgullo la ha convertido en una cretina.

—Se ha añadido un apéndice a las normas. Dado que el blanco no ha podido dar la acostumbrada bendición, el duelo será a muerte o rendición —declara mirando a la madre de Casio—. Esos son los límites del combate. Ya perdemos a muchos de nuestros preciados hijos en las escuelas. No hay necesidad de desperdiciar a estos dos grandes hombres a causa de una riña de patio de colegio.

—Mi soberana —interviene Augusto, ávido de su premio sangriento—, la ley es clara. Una vez que se ha iniciado un combate, las normas no pueden ser alteradas por nadie, hombre o mujer.

—Citas la ley. Es una simpática ironía viniendo de ti, Nerón. Surgen risitas de entre la multitud, lo cual me indica que los rumores de su implicación en amañar el Instituto a favor del Chacal están a la última.

—Mi soberana, apoyamos a Augusto en este asunto —retumba una voz.

Daxo au Telemanus da un paso al frente. Es el hermano mayor de Pax, tan alto como lo era mi amigo, pero menos bestial. Se parece más a un pino que a un enorme peñasco. Como su padre, Kavax, tiene la cabeza calva, pero grabada con ángeles dorados. Una chispa de malicia baila en sus ojos adormilados, acurrucados bajo unas ingentes cejas revueltas.

—No puedo decir que me sorprenda —gruñe la madre de Casio.

—¡Perfidia! —ruge Kavax, el padre de Daxo. Alterna las caricias entre su roja barba bífida y el zorro de gran tamaño que mece en su brazo izquierdo—. Esto apesta a perfidia y favoritismo. Soy de temperamento tranquilo. Pero me siento ofendido. ¡Ofendido!

—Cuidado, Kavax —le advierte Octavia con un tono de voz gélido—. Hay palabras que no pueden retirarse.

—¿Por qué iba a pronunciarlas si no? —pregunta Daxo mirando a las familias de los gigantes gaseosos, entre las que sabe que encontrará aliados en este debate—. Pero creo que mi padre te aconsejaría ahora, mi soberana: ni siquiera tus palabras pueden cambiar la ley. Tu padre lo descubrió de tu propia mano, ¿no es así?

Las Furias de la soberana dan un paso al frente, amenazadoras. Por su parte, Octavia tan solo se permite esbozar una estricta sonrisa.

—Pero, joven Telemanus, olvidas una cosa, mi palabra es la ley.

Esto es algo que no se hace. Un dorado puede gobernar a otros dorados. Pero no manifiesta su poder sin ponerse en peligro. La soberana lleva tanto tiempo en el Trono de la Mañana que lo ha olvidado. Sus palabras no son la ley. Se han convertido en un desafío.

Un desafío que yo recibo con los brazos abiertos.

Sabe que ha cometido un error cuando me mira a los ojos y ambos nos percatamos en ese momento de que puedo realizar un movimiento que ella no puede

contrarrestar.

—No me robarás lo que es mío —rujo.

Me vuelvo hacia Casio. Él levanta su hoja. No me permitió rendirme en el barro del Instituto. Sabe que yo no lo dejaré rendirse ahora. Empalidece cuando cargo. Está pensando en todo lo que está a punto de perder. En lo tremendamente valiosa que es su vida. Dorado hasta el final. Otros me gritan que pare, vociferando que esto es injusto.

En realidad, es la mismísima definición de justicia.

A mí me habrían dejado morir.

Apunta a mi garganta. Es un farol. Chasquea el látigo de su filo para que se enrede a mi pierna. Espera que retroceda. Sigo cargando contra él, bajo el arco de su oscilación, salto por encima de su cabeza en la baja gravedad y luego lanzo mi látigo hacia atrás sin mirar. Se enreda en torno a su brazo extendido. Pulso el botón que hace que el filo se contraiga y, con el sonido de una rama de árbol congelada que cruje en el invierno, reclamo para mí el brazo de la espada de Casio au Belona.

El silencio y los gritos reinan a partes iguales. No me doy la vuelta, no durante un largo rato. Cuando lo hago, me encuentro a Casio aún de pie, vacilante, con poco tiempo para continuar en este mundo. Nadie más se mueve cuando Casio cae. Su padre mira al suelo, callado.

—¡Te dije que pararas! —vocifera la soberana.

Dos Furias saltan desde el estrado y aterrizan con las hojas en las manos.

—Termina con esto —ordena Augusto.

Me acerco a Casio, que me escupe con los labios temblorosos. Despectivo incluso ahora. Levanto la hoja. Entonces una mano me rodea la muñeca. Sin fuerza. Con suavidad. Noto su calidez en la piel. Delicada.

—Has ganado, Darrow —dice Mustang en voz baja mientras me rodea para poder mirarme a los ojos. Las Furias se detienen fuera del círculo—. No te pierdas por esto.

No podría imaginarme a Eo mirándome desde el valle. En este infierno, he perdido la fe. Mustang me la devuelve de golpe. Eo podría verme o no. Solo una cosa es segura. Mustang me está viendo ahora, y lo que veo en sus ojos es suficiente para que deje caer la mano junto al costado. Es entonces cuando ella sonrío, como si volviera a verme por primera vez desde hace años.

—Ahí estás.

—¡Matadlo! —grita la madre de Casio—. ¡Matadlo ahora mismo!

—¡No! —ruge el emperador Belona.

Demasiado tarde.

Mustang abre los ojos de par en par.

Me vuelvo a tiempo para ver cómo se disuelve el círculo, que se derrumba hacia dentro como si estuviera hecho de arena. No por completo, sino tímidamente. Un Belona corre hacia mí en silencio, encorvado, mortífero. Otro lo sigue. Entonces Tacto sale del grupo de Augusto. Y a continuación otro lancero. Oigo el grito de

guerra de mi amigo. Un segundo lo repite. Entre los dorados presentes hay más de uno que perteneció a mi ejército.

Cagney au Belona es la primera en llegar a mí. La hoja que me robó ruge en dirección a mi cuello. Me agacho, pero me habría degollado si Mustang no hubiera levantado su propia hoja para desviar el golpe. Las chispas me agujonean el rostro. Tacto ataca a Cagney de costado y la secciona limpiamente por la mitad.

Gritos.

El Sangradero sufre un colapso total. Los dorados de Belona y Augusto corren para proteger a sus compañeros. Otros huyen. Karnus ataca a Tacto y lo hiere... demasiado para mi amigo. Me lanzo en su ayuda y lo salvo hasta que Victra y otros se interponen entre Karnus y nosotros. He perdido a Mustang entre la multitud. La busco desesperadamente. Una hoja trata de alcanzarme en la cabeza.

Los gritos resuenan mientras la soberana trata de imponer la paz. Pero ya no está en sus manos. Una mujer chilla ante el cuerpo destrozado de Cagney. Docenas de hombres y mujeres, todos armados con hojas, se lanzan tajos unos a otros. Tacto me pasa el filo que Cagney me robó. Entonces vuelve a recibir una herida en el hombro para defenderme. Corro en su ayuda y le hago un tajo en el brazo al Belona cuando le está sacando la hoja del cuerpo a Tacto. Tiro de mi amigo hacia mí. Me abro camino a espada. Una hoja me rasga el antebrazo. Diviso a Mustang entre el caos, cubriendo el cuerpo herido de Casio. No sé si los Belona la matarán. Permiten que se siente a su mesa. Aun así, no lo sé. Me dirijo hacia ella a toda prisa, lanzando todo mi peso contra los cuerpos que nos separan. Tacto me ayuda.

Impacto contra el cuerpo de una mujer. Antonia. Se le iluminan los ojos cuando me pone un cuchillo en el estómago, pero Victra, su hermana, le da un puñetazo en la cara y Tacto comienza a darle patadas en la cabeza mientras cae. Victra me dedica una enorme sonrisa hasta que Karnus la agarra del pelo para tirarla al suelo. Leto interviene en la disputa y lo repele haciendo retroceder la marea con las precisas embestidas de su filo de arcoíris. Los Telemenus se unen a él y padre e hijo diezman a los dorados que se les plantan delante con unos filos del tamaño de la mitad de mi cuerpo.

—¡Tacto, a mí!

Tacto sangra, pero está en pie y aúlla como un loco, como si aún combatiera junto a Sevro. Juntos, damos un gran salto en esta gravedad ligera. Sabe que voy a por Mustang. Pero los Belona son demasiado abundantes. Y los filos demasiado mortíferos.

—¡Mustang! —grito mientras me libero de dos Belona.

A uno le sajo la cara y al otro lo golpeo en la garganta con la égida. Un tercero se suma a ellos. Y luego otro. Hasta que un grueso baluarte de partidarios de los Belona me bloquea el camino.

—¡Protege al archigobernador! —me grita ella con una voz más serena que la mía y haciéndome sentir como un idiota obsesionado con la caballerosidad. Por supuesto

que Mustang no necesita que yo la salve—. ¡Protege a mi padre!

Y, aunque no puedo verla entre la muchedumbre, obedezco.

Dejo que Tacto me agarre del cuello y me arrastre hacia nuestra línea de retaguardia, que está siendo atacada de costado. Alguien más ruge que protejamos a Augusto. Otros vociferan que hay que defender al emperador Belona y a Casio. Muchos cabezas de familia han sido apartados de la batalla por cuadros armados de miembros de sus casas, que se alejan del caos con las hojas a punto. Abandonan el chapitel utilizando los ascensores para apartarlos del lugar, dado que las gravibotas estaban prohibidas. Apenas queda nadie. Los pretorianos de la soberana —obsidianos y dorados vestidos de morado y negro— se agrupan en torno a ella y la sacan de la devastada gala. Los filos y las hojas de pulsos ocupan manos encallecidas. Los grises llegan, dirigidos por dorados que lucen el morado pretoriano, para dispersarnos. Llevan equipamiento antidisturbios y sus achicharradores disparan pelotas de dolor y ondas dispersadoras contra las familias enzarzadas, así que los dorados salen volando como las moscas en verano.

—¡AUGUSTO! —grita el enorme Karnus mientras corre como un loco desde las filas de los Belona y entre las ondas dispersadoras.

Derriba a alguien golpeándolo con el hombro, despedaza el rostro de un lancero con su égida y carga de cabeza contra Augusto con la esperanza de matar al rival de su familia con un solo golpe.

Leto, nuestro mejor espadachín y guarda de Augusto, lo intercepta delante del archigobernador.

—*Hic sunt leones!* —grita al cielo.

Se mueve como el mar, fluido y terrible en su elegancia. Estampa a Karnus de espalda y está a punto de rajarle el vientre cuando de repente flaquea. Se queda paralizado en mitad del movimiento. Karnus retrocede arrastrándose y luego se pone en pie, tal vez confundido por el hecho de continuar con vida. Ladea la cabeza mirando a Leto, que se lleva la mano al muslo, como si algo le hubiera picado.

Leto se derrumba lentamente sobre una de sus rodillas, con los brazos aletargados. El largo cabello le cubre el rostro, y entonces parece congelarse en el sitio, de pronto inmóvil en medio del caos. Sus ojos tristes reflejan el humo del motor de una nave que avanza tranquilamente hacia el horizonte. Leto está hermoso en ese instante anterior a que Karnus le corte la cabeza.

—¡Leto! —ruge Augusto.

Abre los ojos de par en par y trata de abrirse paso entre los hombres de Telemachus, que se lo llevan de allí. Veo que el Chacal se guarda su estilo plateado en la manga, el mismo con el que jugaba mientras me proponía nuestra alianza secreta.

Nos miramos a los ojos.

Él esboza una enorme sonrisa.

Y sé que he hecho un pacto con el diablo.

PERROS LOCOS

Huimos del chapitel de la torre. He tenido que dejar a Mustang atrás. Sabe lo que se hace. Por algún motivo, me había olvidado de ello. Siempre sabe lo que se hace, maldita sea.

—No le harán daño —me dice Augusto, y creo que es la primera vez que veo alguna emoción reflejada en su cara.

No, la segunda. Cuando gritó el nombre de Leto, fue como si hubiera perdido a un hijo. Ahora tiene ese mismo aspecto, con el rostro flácido y veinte años más viejo. Perdió a su hijo mayor. Perdió a su segunda esposa, la madre de sus hijos. Ahora pierde al hombre que adoptó para reemplazar a ese hijo y teme por la mujer que le recuerda a esa esposa.

Si hacen daño a Mustang, la responsabilidad recaerá sobre mí.

He puesto las cosas en marcha. Por una vez, no podrían haber salido mejor. La sangre me gotea por las manos, forma una capa entre los dedos, se acumula en las cutículas como si fuera una herradura. Las arrugas de los nudillos se ven blancas donde no hay sangre. Me da asco, pero para esto se hicieron mis manos.

Abandonamos este lugar de invierno y árboles tras haberlo inundado de rojo. Muchos cargan a nuestros heridos, casi una docena. Siete muertos. Apenas veinte ilesos en todo el séquito. Otros han desaparecido. El inigualable Leto se ha ido, al ayudante de Plinio lo han partido en dos y Kellan au Belona le ha rajado el cuello a una de nuestras pretoras.

Llevo a la pretor en brazos e intento contener la hemorragia mientras bajamos en el ascensor desde las alturas. Pocas posibilidades. Victra hace presión contra la herida con un pedazo de su vestido.

Daría cualquier cosa por un par de gravibotas. Rodeamos por completo a nuestro señor. Con los filos fuera. Tengo el brazo empapado en sangre hasta el codo. El sudor me corre por la cara y las costillas. Las gotas rojas salpican los pies de nuestro cuadro sobre el suelo del ascensor, cayendo desde las manos, las heridas, las hojas. Aun así, hay sonrisas blancas seccionando los rostros que me rodean.

Tengo calor con el uniforme, así que me desabrocho los botones de arriba. Tacto sangra a mi lado. La herida le atraviesa el hombro izquierdo. Un corte limpio.

—Solo es sangre —le dice a Victra, que se preocupa por él.

—Tienes un agujero en el cuerpo.

—No es tan raro. —Sonríe mirándola a la cintura—. Demonios. Tú también tienes un agujero y yo no me quejo por ello. ¡Aaaaaay! —se queja cuando Victra le mete una tira de su vestido en la herida. Se ríe de dolor durante un segundo más y

luego me mira y hace un gesto de negación con la cabeza, con los ojos salvajes y felices—. Has entrenado con Lorn au Arcos, tío. Eres un pícaro pretencioso.

Tacto me salvó de Cagney. Asiento y chocamos los puños ensangrentados, los pasados desprecios y apuestas sobre mi vida temporalmente olvidados.

Muchos de los demás dorados, los pretores, los caballeros, los hombres y mujeres militares especialmente —y tenemos más en proporción a nuestros políticos y economistas que la mayor parte de las casas— se enjugan las frentes dejándose manchas rojizas. Son el tipo de dorados que te dirían que el problema de ser dorado es que todo el mundo está ya conquistado. Lo cual quiere decir que no merece la pena luchar por nadie. No hay nadie contra el que utilizar todo ese entrenamiento y todo ese poder. Bien, pues acabo de hacerles saborear una batalla. Y aunque el guarda de su gobernador está muerto, aunque su pretor principal sangra en mis brazos y Mustang está en manos enemigas, quieren jugar. Y crear cadáveres es el juego de moda.

Ancianos y jóvenes me miran hambrientos. A la espera de que los alimente.

Así es ser el alfa, el primus. Los demás te miran en busca de orientación. Perciben en ti el olor agrio de la sangre antes incluso de que aparezca. La edad no importa. La experiencia no importa. Lo único que importa es que yo proveo de presas frescas a estos hijos de puta enfermos.

Los niños lloran a nuestro alrededor, y eso me alarma. Unas criaturas tan frágiles en una noche como esta... Los hijos e hijas de la hermana pequeña de Augusto. Su padre les acaricia el pelo para calmarlos. Con una mueca de desdén, su madre se agacha y le da una bofetada en la cara a cada niño hasta que dejan de gimotear.

—Sed valientes.

Nuestros obsidianos y grises no nos están esperando abajo. Se los han llevado a algún sitio. Tampoco están allí los obsidianos de la soberana, ni sus dorados se acercan por el aire. Y eso quiere decir que Octavia aún no ha decidido qué va a hacer. Justo como me imaginaba. No puede masacrarnos. Que una casa aniquile a otra es una cosa, pero ¿que lo haga la líder principal con el poder y los fondos que le ha confiado el Senado? Ya ha ocurrido antes, y aquel soberano fue decapitado por su propia hija. La hija que ahora ocupa el trono.

Cómo debe de odiarme por esto.

Bajo el ascensor, las luces brillan a lo largo de los caminos empedrados que atraviesan el enorme bosque de árboles florales. Los músicos ya no están tocando. En su lugar oímos gritos y chillidos y largos períodos de silencio aterrador. Los dorados corren bajo nuestros pies. Huyen en dirección a las salas de piedra que hay más allá del bosque, desde donde pueden acceder a sus naves, volar a casa. Son pocos los que no escapan. Están cazando.

Ha ocurrido algo que no me esperaba. Otras reyertas familiares encuentran satisfacción esta noche. Tengo la misma sensación que en el Instituto cuando los demás alumnos se dieron cuenta de que no era un juego. De que no había normas.

Una sensación inquietante, la impresión de que quienes merodean por los jardines no son hombres sino demonios. ¿Quién sabe lo que podría hacer cualquiera ahora que las normas han desaparecido?

A lo lejos, hay cuatro cazadores. Un grupo de tres hombres y una mujer joven corren sigilosamente por el bosque. Saltan un arroyo. Avanzan con todo el vigor de los hambrientos. Con toda la ambición de la juventud. De la Casa de Falce, parece. Reconozco a la chica de los ojos como pasas, Lilath, a la que el Chacal envió para que le entregara a Casio el holo en el que aparezco matando a Julian. Con ella está Cipio, el joven corpulento que una vez ayudó a Antonia a entrar y salir de la habitación.

Los observamos en silencio mientras nuestro ascensor desciende. Portadores de la muerte, el pequeño grupo esprinta entre los árboles en dirección a una confiada fila de miembros de la Casa de Thorne, todos ataviados con vestidos y trajes rojos y blancos; demasiado tarde, se encaminan hacia las salas de piedra, desesperados. Su estandarte es la rosa. Caen cuando los asesinos emergen de entre los árboles. Una familia muere. Aterra lo silencioso y rápido que es con los filos. Diferente a mi duelo. Me tomé mi tiempo. Ellos no. Veo que parten en dos a un niño de diez años. No hay piedad para los niños dorados. No se les considera inocentes. Son semillas enemigas. Destruyelos o enfréntate a ellos dentro de unos años. Una mujer con un vestido de noche contraataca y se las ingenia para matar a uno de los Falce antes de ser derribada. Dos niños echan a correr. Atrapan a uno. La otra escapa. Es la única.

Entonces los lanceros de los Falce comienzan a bailar. Dando enormes, exagerados saltos. Dan vueltas a un lado y a otro, clavando los dedos de los pies en la tierra oscura. Solo que en realidad no están bailando.

—Condenados —protesta Tacto, y se frota la cara.

—Los niños... —susurra Victra.

Augusto no dice nada, su expresión es de pétrea resolución.

—Los Thorne tienen quince hijos.

Las lágrimas se acumulan en los ojos de Victra, y eso me sorprende.

—Monstruos —masculla el Chacal.

Ver lo bien que actúa me provoca escalofríos. No podría importarle menos.

Niños. ¿Habría cantado Eo si hubiera sabido que este sería el estribillo? Todos soportamos cargas. Y cuando los asesinos se alejan de la familia asesinada, sé que mi carga me aplastará algún día bajo su peso. Pero no hoy.

—Han activado el bloqueo de datos —dice Daxo al Telemanus. Me muestra el terminal de datos que lleva en la muñeca—. Los aparatos están muertos. No quieren que contactemos con nuestras naves en órbita.

Augusto le echa un vistazo a su terminal de datos en blanco y dice que pronto las demás familias congregarán a sus ayudantes obsidianos, dorados y grises. Debemos estar fuera de la Luna y de nuevo en una posición de fuerza antes de que la marea se vuelva contra nosotros.

—Tú has creado este caos, Darrow. Sácame de él. —Se inclina hacia mí y le toma el pulso a la pretor que llevo en brazos—. Deshazte de ella. Estará muerta dentro de un minuto. —Se limpia las manos—. Los niños ya son suficiente lastre para nosotros.

La pretor me dice algo cuando la deposito en el suelo del ascensor. No sé lo que murmura. Cuando muera, yo no diré nada, porque sé que el valle me espera al otro lado. ¿Qué le espera a esta guerrera? Solo oscuridad. Ni siquiera he entendido sus últimas palabras; la desechamos como si fuera una espada rota. Le cierro los ojos con los dedos ensangrentados, que le dejan unas marcas largas y agonizantes en el rostro. Victra me pone una mano en el hombro, consciente del respeto que nuestro.

Tras incorporarme, imparto órdenes a los lanceros y los demás soldados. Hay quince a quienes consideraría buenos asesinos. Algunos de mi edad, algunos bastante mayores. Aun así, nadie me contradice. Ni siquiera Plinio. Los Telemanus parecen particularmente ansiosos por seguirme. Los dos me mantienen la mirada durante más tiempo del necesario, agachando la cabeza más de lo que exigiría la mera formalidad.

—Espero que nadie esté aburrido. —Se echan a reír—. Tendremos compañía si otra familia decide que tal vez se gane el favor de los Belona o de la soberana haciéndose con la cabeza del archigobernador —digo—. Debemos aniquilar a esa compañía y abrirnos camino hasta los hangares. Telemanus, tu hijo y tú sois ahora las sombras del archigobernador. No os ocupéis de nada más. ¿Lo entendéis? —Asienten con sus ingentes cabezas—. *Hic sunt leones*.

—*Hic sunt leones*.

Cuando el ascensor llega al final del trayecto, cuarenta hombres y mujeres nos están esperando. La familia Norvo de Tritón y la familia Codovan de las lunas de Júpiter.

—Qué mala suerte —suspira Tacto.

—Codovan y Norvo son nuestras —replica Augusto—. Compradas y pagadas.

—¡Bribón! ¡Codovan, bribón! —ruge Kavax—. ¡Creía que eras de los Belona!

—¡Y ellos también!

Augusto se esperaba algo así.

Asumo el mando de los nuevos dorados. Una vez más, pensaba que alguien se opondría. Pero se limitan a mirarme a la espera de que les dé órdenes. Todos estos pretores, todos estos políticos y fuertes hombres y mujeres de guerra. Contengo una risotada. Es asombroso el poder que tienes cuando estás lleno de sangre hasta los codos y ni una gota es tuya.

Escoltamos al archigobernador hasta que salimos del bosque. Nos atacan tres veces, pero hago que Tacto se ponga la capa de Augusto y se lleve a algunos de los asaltantes a buscar una aguja en un pajar. Pétalos de rosa de mil tonalidades caen de los árboles mientras los dorados luchan debajo de ellos. Al final todos son rojos.

El grupo de tres de la Casa de Falce trata de emboscar a Tacto cuando regresa para unirse de nuevo a nuestras filas. Mi amigo contraataca y, con poca ayuda, acaba con todos menos con Lilath. Esta huye mientras Tacto mata a Cipio y salta con fuerza

sobre su cadáver.

—Asesinos de niños —escupe una y otra vez hasta que Victra lo aparta de él.

Mantengo vigilado al Chacal. Espero recibir un dardo en la espalda en cualquier momento, morir como Leto. Pero se limita a seguirme, como hace su padre. Nadie ha visto lo que le ha hecho a Leto. O si lo han visto, el miedo los silencia.

Cuando llegamos a las salas de piedra del otro lado del bosque tras cruzar al fin un puente de piedras calizas blancas, las reglas de la Sociedad parecen volver a entrar en vigor. Los colores inferiores se apartan asustados de nuestro camino cuando atravesamos las salas, ahora setenta individuos fuertes, camino de los hangares para salir de esta luna. Pero cuando alcanzamos el nuestro, descubrimos que nuestra nave se ha esfumado. Nos precipitamos hacia las pistas de aterrizaje bordeadas de árboles y hierba. Las naves de todas las familias han desaparecido. Las naves alas ligeras de la Sociedad patrullan el cielo.

Interrogamos a un naranja tembloroso. Tacto lo agarra por el cuello de la camisa. El hombre se estremece cuando nos mira, setenta almas sangrientas. Nunca había hablado con un dorado, y mucho menos con uno como nosotros. Victra le aparta la mano a Tacto con brusquedad y habla en voz baja con el naranja.

—Dice que hace dos horas que se solicitó que las naves volvieran a casa.

—Primero prohíben que los obsidianos entren en la gala y ahora esto —murmura Tacto.

—Eso quiere decir que la soberana tenía algo planeado —dice el Chacal—. Algo que no ha podido llevarse a cabo. Nos quitó a los obsidianos y las naves para aislar a las casas de sus fuentes de poder —explica mirando a los Telemanus con cautela—. Para dejarnos a la deriva. ¿Qué crees que se guardaba bajo las mangas, padre?

Augusto ignora a su hijo y mira al cielo.

—Mi madre —masculla Victra.

—¡Agrupaos! —grita Kavax a sus guerreros.

—Méame en la cara. —A mi lado, Tacto empalidece.

Levanto la vista y veo que se acerca la destrucción.

—¡Pretorianos!

Setenta filos se desenredan y nos apartamos en formación de abanico por si tienen armas de energía.

—Darrow. Tú conmigo —dice Augusto.

El enemigo es poco más que unos puntos negros en el cielo nocturno. Pero nuestros ojos son sagaces. Los oscuros bastardos salen disparados de las nubes de la noche e impactan contra el suelo como demonios caídos, siempre de tres en tres.

Pumpumpum. Pumpumpum. Pumpumpum.

Aterrizan entre los árboles, sobre la hierba, y nos bloquean el camino de regreso a la Ciudadela. Pretorianos obsidianos y caballeros capitanes dorados. Los pretorianos obsidianos son gigantescos, como gólems arrancados de la roca de alguna montaña. Mucho más crueles que los que utilizamos en la Academia. No hay en todos los

mundos una armadura como la que llevan. Morado oscuro con incrustaciones negras, como coral que se enreda en sus cuerpos de titán. Se organizan en una perfecta formación de pelotón, tan leales y unidos unos a otros como a su fe.

Pumpumpum hasta que son noventa y nueve. Pum. Su comandante dorado aterriza el último, sobre una rodilla. Se levanta, el yelmo que le cubre la cabeza es la calavera de un lobo que se ríe. Su capa dorada, que lleva bordada la pirámide de la Sociedad, ondea al viento de costado. Un Caballero Olímpico. Hay doce en el Sistema Solar, destinados a proteger el Pacto de la Sociedad contra todo aquel que lo desafíe. Este es el Caballero de la Furia, el puesto que Lorn ocupó durante sesenta años hasta que se marchó a Europa. Representan lo que los dorados consideran los temas dominantes del hombre, los mismos que las casas de nuestras escuelas. Un hombre más enclenque que yo luce la armadura. Así que la soberana ya ha designado a alguien para ocupar el antiguo puesto de Lorn.

—¡Manifiéstate, Caballero! —grito.

El hombre deja que su yelmo baje y se funda con su armadura. Su cabello rubio cae sobre un feo rostro afilado como un hacha. Empapado de sudor, lleno de arrugas causadas por la edad y el estrés. Suelto una carcajada cuando sonrío con esa boca que parece un tajo ladeado. Todas las miradas se vuelven hacia mí. Ahora solo pensarán que estoy aún más loco. El Caballero de la Furia cae del cielo y yo me río en su cara.

Se destornilla de risa.

—¿No me reconoces, pequeño comemierda?

—¡Fitchner, eres aún más feo de lo que recordaba!

—¿Fitchner? —dice Tacto con desprecio—. Qué nostálgico.

—Hola, chaval. —Fitchner se echa a reír al ver a Tacto con la ropa del archigobernador—. Bonita capa, pero tú no eres el archigobernador Augusto. —Chasquea la lengua y se coloca las manos en las caderas—. ¡Archigobernador! ¡Archigobernador! Cariño, ¿dónde demonios te has metido?

El archigobernador pone los ojos en blanco y da un paso al frente que lo coloca por delante de mí.

—Próctor Marte.

—¡Ahí está mi cariñito! Y ese título ya es viejo, ¿no lo sabías?

—Veo que tienes un yelmo nuevo.

—Es bonito, ¿a que sí? A las mujeres les encanta. No me acordaba de cuándo me había tirado tanto ganado dorado. —Fitchner mueve las caderas procazmente—. Me costó mucho conseguirlo. ¡Creía que los duelos y las pruebas no se terminarían jamás! Las hacíamos delante de la soberana, chaval. Todos los hombres y todas las mujeres tenían que demostrar que eran los mejores. Todo aquel que pensaba que el puesto debía ser suyo. Una y otra vez. Pero ¡la suerte favorece a los canallas!

—¿Cómo... —me pregunto en voz alta— venciste a todos los demás?

—No lo hizo —replica mi archigobernador con desdén—. Eso corresponde a los grandes guerreros. —Ametralla a Fitchner con la mirada—. Cosa que tú no eres,

Fitchner. ¿Qué le prometiste a la soberana a cambio de tu nuevo yelmo? Estoy seguro de que el precio fue alto.

—Ah, aproveché la estrella de Darrow cuando venció a tu hijo. Hola, Chacal, pequeño renacuajo. Entonces hubo un condenado torneo y, bueno, puedes preguntarle por los detalles al hermano mayor de Tacto y al próctor Júpiter. —Adopta una pose de modelo—. Soy más de lo que parezco a primera vista, ¿eh?

—Entonces ¿el yelmo nuevo no va con un señor nuevo? —pregunta Augusto.

—¿Señor? ¡Bah! —Fitchner infla el pecho de manera cómica—. Los Caballeros Olímpicos no tenemos más señor que nuestra conciencia. Defendemos el Pacto de la Sociedad, únicamente al servicio del deber.

—Eso era antes. Ahora estáis al servicio de la soberana —asegura Daxo.

—Como todos, mi querido Telemanus —replica Fitchner—. Por cierto, soy un gran admirador de tu hermano y de tu familia. El martillo de guerra que llevabas en aquel torneo de Tebos era maravilloso. Un linaje condenadamente temible. Siempre he querido preguntároslo: ¿cuál de vuestros ancestros follaba con rinocerontes?

Daxo alza las cejas con delicadeza para mostrarse ofendido. Kavax gruñe como Pax podría haberlo hecho.

—Lo siento. ¿Eran osos, en realidad? —Fitchner suelta otra carcajada—. Es una broma. ¿Amigos? Sin embargo, todos somos sirvientes, ¿eh? Condenados esclavos del que tenga el cetro.

—Supongo, entonces, que tu lealtad a Marte se ha desvanecido y no puede ser... recordada —sugiere Augusto—. Dado que eres un esclavo.

Fitchner junta las manos enguantadas.

—¿Marte? ¿Marte? ¿Qué es Marte sino un condenado pedazo de piedra? No ha hecho nada por mí.

—Marte es el hogar, Fitchner. —Augusto señala con la mano hacia los que nos rodean—. La soberana te ordenó que nos encontraras. Bueno, pues aquí estamos..., parientes de tu propio planeta. ¿Unirás tu lealtad a nosotros? ¿O nos abandonarás?

—Pero ¡qué gracioso eres, Augusto! Un bromista de primera. Mi lealtad es para con el Pacto y para conmigo mismo, al igual que la tuya es para contigo, mi señor. No para con una piedra. Ni para con una familia falsa. Así que no malgastes el aliento. Bien, me han dicho que os ponga a ti y a tus allegados en arresto domiciliario. ¿Os acordáis de que reservamos una villa de primera para vuestro deleite? Pues sería estupendo que volvierais a meteros allí cagando leches. Disfrutad de nuestra hospitalidad. La soberana insiste.

—Has perdido la cabeza —sisea Augusto.

—Soy despistado. Pierdo muchas cosas. Los pantalones. Me olvido de a quién he besado. De a quién he matado. —Fitchner se lleva una mano a la cara y la otra a la nuca—. Pero ¿perder la cabeza? ¡Nunca! —Señala a los obsidianos que lo rodean—. Y está claro que tampoco he perdido a mis perros.

—¿Dónde están los míos? ¿Dónde está Alfrún?

—He matado a tus chuchos Sucios. A los dos. —Fitchner sonríe—. No paraban de ladrar, Augusto. Ladraban mucho.

La rabia incendia el rostro de Augusto.

—Espero que no fueran caros, chaval —dice el Caballero Olímpico con una sonrisa.

—Hablas como si fuéramos de la familia, bronce.

—Es que lo somos.

—Como si fuéramos iguales. No somos iguales. Yo descendo de los conquistadores, ¡de los dorados de hierro! Soy el señor de un planeta. ¿Qué eres tú? ¿Un...?

—Soy un hombre con un aturdidor. —Dispara a Augusto en el pecho. El archigobernador cae desplomado y sus pretores ahogan un grito—. Eso le enseñará a no llevar la armadura a las galas. ¡Bien! —Fitchner sonríe—. ¿Con quién puedo razonar?

—Conmigo. —El Chacal da un paso al frente—. Soy heredero de esta casa.

—Um... ¡Paso! Eres asqueroso.

Dispara al Chacal en el pecho con el aturdidor.

—¡Estupideces! Basta de estupideces. —Kavax da un paso al frente y empuja a su hijo hacia atrás—. Habla conmigo o con Darrow. Está bastante claro cuáles son tus intenciones.

—Claro. Darrow. Ven conmigo.

—Ni lo sueñes —le espeta Victra, que se sitúa delante de mí.

Fitchner pone los ojos en blanco.

—Telemanus, llevad tu hijo y tú al archigobernador de vuelta a su villa y luego regresad a la vuestra. Hay asuntos que aclarar. —Fitchner observa en silencio al dorado calvo. Sus palabras raspan como el hierro forjado sobre la pizarra—. No es una petición, Telemanus.

Telemanus me mira.

—Mi hijo confió en este. Yo también lo haré.

—Necesito que me asegures que mis amigos no sufrirán daño alguno —le digo a Fitchner.

Él mira a Victra.

—No lo sufrirán.

—Convénceme.

Suspira, aburrido.

—Demonios, la soberana no puede ejecutar a toda una casa sin un juicio por traición. ¿Verdad? Eso viola el Pacto. Y ya sabes cómo nos sentiríamos los Caballeros Olímpicos si lo hiciera, por no hablar de las otras casas. Recuerda cómo halló su padre la muerte. Pero si te opones, ese es un asunto completamente distinto. —Fitchner se mete un chicle en la boca—. ¿Te opones?

—Hoy no —contesto.

LA SOBERANA

Dice con una voz lenta y mesurada como un péndulo:

—Había una vez una familia de férreas voluntades. No se querían los unos a los otros. Pero juntos gobernaban una granja. Y en esa granja había sabuesos, y perras, y vacas lecheras, y gallinas, y gallos, y ovejas, y mulas, y caballos. La familia mantenía a los animales a raya. Y los animales los mantenían a ellos ricos, gordos y felices. Bien, los animales obedecían porque sabían que la familia era fuerte y que desobedecer significaba sufrir su ira conjunta. Pero un día, cuando uno de los hermanos le dio un puñetazo a otro en el ojo, un gallo le dijo a una gallina: «Querida gallina ponedora, ¿qué pasaría realmente si dejaras de poner huevos para ellos?».

Su mirada me abrasa los ojos. Ninguno de los dos la desviamos. El silencio reina en la suite prácticamente vacía excepto por el ruido de la lluvia que golpea los cristales de su rascacielos. Estamos entre las nubes. Las naves circulan por la neblina exterior como tiburones silenciosos y brillantes. El cuero cruje cuando ella se inclina hacia delante y estira sus largos dedos, que están pintados de rojo, un solitario toque de color. Entonces sus labios se curvan con condescendencia, subrayando todas y cada una de las sílabas como si yo fuera un niño de la calle de Agea que acaba de aprender a hablar su lengua.

—En cuántos sentidos me recuerdas a mi padre...

A quien ella decapitó.

Es entonces cuando me dedica la más enigmática de las sonrisas que tal vez haya visto en mi vida. La malicia baila en sus ojos, sutiles y tranquilos bajo el frío boato del poder. En algún punto de su interior se encuentra la niña de nueve años que infamemente comenzó una revuelta lanzando diamantes desde un transporte aéreo.

Estoy de pie ante ella. Ella está sentada en un sillón junto al fuego. Todo es espartano. Duro. Frío. Una mujer dorada de hierro y piedra. Toda esta austeridad para decir que no necesita lujos ni riqueza, solo poder.

Tiene el rostro arrugado, pero no ajado por el tiempo. Unos cien años, o eso he oído, sin resquebrajar por las exigencias del cargo. Si acaso, la presión la ha vuelto como aquellos diamantes que tiró. Irrompible. Eterna. Y seguirá sin tener edad durante algún tiempo más, si los tallistas continúan con su terapia de rejuvenecimiento celular.

Ese es el problema. Se aferrará al poder durante demasiado tiempo. Un rey reina y entonces muere. Así son las cosas. Así es como los jóvenes justifican la obediencia a sus mayores: porque saben que algún día llegará su turno. Pero ¿qué pasa cuando sus mayores no se van? ¿Cuando esta mujer gobierna durante cuarenta años y podría

continuar durante cien más? ¿Qué pasa entonces?

Ella es la respuesta a esa pregunta. No es una mujer que heredara el Trono de la Mañana. Es una mujer que se lo arrebató a un gobernante que no tuvo la cortesía de morirse de manera oportuna. Durante cuarenta años, otros han intentado arrebatárselo a ella. Y sin embargo sigue aquí sentada. Atemporal como aquellos míticos diamantes.

—¿Por qué me desobedeciste? —pregunta.

—Porque podía.

—Explícate.

—El nepotismo se marchita bajo la luz del sol. Cuando cambiaste de opinión para proteger a Casio, el público rechazó tu autoridad moral y legal. Por no hablar de que te contradijiste a ti misma. Eso constituye una debilidad. Así que la exploté, consciente de que podría conseguir lo que quería sin consecuencias.

Aja, la asesina favorita de la soberana, cavila en una silla situada junto a la ventana: una mujer poderosa como una pantera, con la piel más oscura que sus hermanas y ojos de pupilas verticales. Es una de los Caballeros Olímpicos, el Caballero Proteico, para ser más exactos. Fue la última alumna de Lorn anterior a mí. Aunque él no se lo enseñó todo. Su armadura es dorada y azul noche y rebosa serpientes marinas.

Un chico joven entra sigilosamente desde otra sala para sentarse junto a Aja. Lo reconozco de inmediato. El único nieto de la soberana, Lisandro. No sobrepasa los ocho años, pero sabe mantener la compostura a la perfección. Majestuoso en su silencio, delgado como un pañuelo. Pero sus ojos... Sus ojos van más allá del dorado. Son casi un cristal amarillo, tan brillantes que casi podría decirse que refulgen. Aja me observa mientras evalúo al niño. Lo sienta en su regazo con actitud protectora y me enseña los dientes, de una blancura ferozmente deslumbrante sobre el fondo de su piel oscura. Como un gran felino que saluda de forma juguetona. Y por primera vez desde que tengo memoria, aparto la mirada de una amenaza. La vergüenza arde, caliente y repentina, en mi interior. No habría sido muy diferente si me hubiera arrodillado ante ella.

—Pero siempre hay consecuencias —dice la soberana—. Tengo curiosidad. ¿Qué querías sacar de ese duelo?

—Lo mismo que Casio au Belona. El corazón de mi enemigo.

—¿Tanto lo odias?

—No. Pero mi instinto de supervivencia es... entusiasta. Casio, por lo que a mí respecta, es un niño estúpido mutilado por su educación. Su estirpe es limitada. Habla de honor, pero se rebaja a cosas innobles.

—Entonces ¿no fue por Virginia? —pregunta—. ¿No fue para reclamar su mano o saciar tu furia celosa?

—Estoy enfadado, pero no soy mezquino —le espeto—. Además, Virginia no es el tipo de mujer que toleraría esas cosas. Si lo hubiera hecho por ella, la habría

perdido.

—La has perdido —ruge Aja desde su silla.

—Sí. Ya me he dado cuenta de que tiene una casa nueva, Aja. Es fácil de ver.

—¿Te insolentas contra mí, buen hombre?

Agarra la empuñadura de su filo.

—Buena mujer, por supuesto que me insolento.

Le sonrío con lentitud.

—Te destripará como a un cerdo, chaval —interviene Fitchner rápidamente—. Me importa una mierda que Lorn te enseñara a limpiarte el culo. Piensa dos veces a quién insultas aquí. Las verdaderas hojas de la Sociedad no se baten en duelo para entretenerse. Así que cuidado con esa condenada lengua.

Todo mi filo.

Él resopla.

—Si fueras una amenaza, ¿crees que te habrían dejado entrar con eso?

Le hago un gesto con la cabeza a Aja.

—En otra ocasión, tal vez. —Me vuelvo de nuevo hacia la soberana, irguiéndome—. Quizá deberíamos hablar de por qué retiene a los miembros de mi casa bajo vigilancia militar. ¿Estamos arrestados? ¿Lo estoy yo?

—¿Acaso ves grilletes?

Miro a Aja.

—Sí.

La soberana se echa a reír.

—Estás aquí porque quiero.

Se me ocurre una idea. Intento no sonreír.

—Mi señora, me gustaría disculparme —digo en voz muy alta. Esperan a que continúe—. Mis modales siempre han sido... provincianos. Y por eso creo que las formas de mis acciones casi siempre distraen de sus propósitos. El hecho evidente es que Casio se merecía algo peor de lo que yo satisfice. Ni el archigobernador ni yo pretendíamos insultarte al desobedecerte. Si no estuviera inconsciente gracias a tu perro —le lanzo una mirada a Fitchner—, apuesto a que haría lo que fuera necesario para compensarte.

—Compensarme —repite—. Por...

—Por las molestias.

Mira a Aja.

—Molestias, dice. Que se te caiga un plato es una molestia, Andrómeda. Que te sirvas de la esposa de otro hombre es una molestia. Matar a mis invitados y amputarle un brazo a un Caballero Olímpico no es una molestia. ¿Sabes qué es?

—¿Divertido, mi señora?

Se echa hacia delante.

—Es traición.

—Y ya sabes cómo actuamos con la traición —interviene Aja—. Mi padre nos lo

enseñó a mí y a mis hermanas.

Su padre, el Señor de la Ceniza. Incendiario de Rea. Lorn lo desprecia.

—Una disculpa tuya es insuficiente —sentencia la soberana.

—¿Disculpa? —pregunto. Mi tono coge desprevenida a la soberana—. He dicho que me gustaría disculparme. Pero el problema es que no puedo, porque deberías ser tú quien se disculpara ante mí.

Silencio.

—Perro inmundo —dice Aja al tiempo que se levanta lentamente.

La soberana la detiene, sus palabras claras y gélidas.

—No me disculpé ante mi padre cuando le separé la cabeza del cuerpo. No me disculpé ante mi nieto cuando los batidores destruyeron la nave de su madre. No me disculpé cuando quemé una luna. Entonces ¿por qué iba a disculparme ante ti?

—Porque rompiste la ley —contesto.

—Puede que no estuvieras prestando atención. Yo soy la ley.

—No. No lo eres.

—Al final va a resultar que sí eres alumno de Lorn. ¿Te contó por qué abandonó su puesto? ¿Su deber? —Mira a Lisandro—. ¿Por qué abandonó a su nieto?

No sabía que el niño era nieto de Lorn. La jubilación de mi maestro cobra sentido de repente. Siempre hablaba de la mermada gloria de la Sociedad. De que los hombres han olvidado que son mortales.

—Porque vio en qué te has convertido, mi señora. No eres ninguna emperatriz. Esto no es un imperio, a pesar de lo que tú puedas pensar. Somos la Sociedad. Estamos unidos por las leyes, por la jerarquía. No hay nadie por encima de la pirámide. —Miro a sus asesinos—. Fitchner, Aja, protegéis la Sociedad. Garantizáis la paz. Navegáis hasta los confines del Sistema para arrancar las malas hierbas del caos. Pero, por encima de todos los demás, ¿cuál es el propósito de los doce Caballeros Olímpicos?

—Adelante —le dice Aja a Fitchner—. Participa en su farsa de enmascarado. Yo no lo haré.

Fitchner contesta con voz cansada:

—Preservar el Pacto.

—Preservar el Pacto —repito—. Y el Pacto declara: «Un duelo, una vez comenzado, no puede alcanzar su resolución hasta que sus términos estén adecuadamente satisfechos». Los términos eran a muerte. Pero Casio no está muerto. No bastó con su brazo. Honro a los antepasados de hierro y mis derechos permanecen inviolables. Así que dame lo que es mío. Dame la condenada cabeza de Casio au Belona. O rechaza el legado de nuestro pueblo.

—No.

—Entonces no tenemos nada más que hablar. Si me buscáis, estaré en Marte.

Me doy la vuelta y me encamino hacia la puerta.

—El león se desvanece —dice la soberana alzando la voz—. Busca una casa

nueva. Esta.

Me detengo de inmediato. Maldita sea, qué predecible es esta gente. Todos quieren lo que no pueden tener.

—¿Por qué? —pregunto sin volverme.

—Porque yo puedo proporcionarte recursos que Augusto no tiene. Porque Virginia ya ha visto lo cierto que es eso. Quieres estar con ella, ¿no es así?

—¿Por qué querrías a un hombre que vende su lealtad con tanta facilidad? —Me doy la vuelta y miro a Fitchner a los ojos con fijeza e intensidad—. Un hombre que es poco más que una vulgar puta.

—Augusto te abandonó antes de que tú lo abandonaras —responde la soberana—. Su hija lo vio aun cuando tú no lo hiciste. Yo no te abandonaré. Pregúntales a mis Furias. Pregúntale a su padre. Pregúntale a Fitchner. Les doy una oportunidad a los que son distintos. Únete a mí. Encabeza mis legiones y te convertiré en Caballero Olímpico.

—Soy un áureo. —Escupo en el suelo—. No un trofeo.

Me alejo con paso airado.

—Si yo no puedo tenerte, nadie podrá.

Entonces se acercan. Tres Sucios franquean la puerta uno detrás de otro. Todos son treinta centímetros más altos que yo. Todos van vestidos de morado y negro y llevan hachas y hojas de pulsos. Sus caras se ocultan tras máscaras que parecen de hueso. Unos ojos de asesinos criados en los polos árticos de la Tierra y Marte me miran fijamente. De un negro reluciente, como el petróleo. Saco el filo y adopto mi posición de lucha. Su gutural cántico de guerra resuena bajo sus máscaras, como la endecha fúnebre por un dios muerto.

—Adelante. Cantad a vuestros dioses. —Hago girar el filo—. Os enviaré a reuniros con ellos.

—Segador, para, por favor —ruega Lisandro a gritos.

Me vuelvo para encontrármelo caminando hacia mí, con las manos lastimeramente extendidas. Lleva un abrigo sencillo y negro. Mide la mitad que yo.

Su voz flota. Tiembla como un pájaro delicado.

—He visto todos tus vídeos, Segador. Seis, puede que siete veces. Incluso los de la Academia. Mis tutores creen que eres el hombre más cercano a los dorados de hierro desde Lorn au Arcos, Perfil Pétreo.

Entonces me doy cuenta de por qué parece estar tan nervioso. Casi me echo a reír. Soy el héroe de la infancia de este cabroncete.

—No tenemos que verte morir esta noche. ¿No podrías encontrar aquí un hogar, como lo hiciste con Sevro? ¿Con Roque y Tacto, y Pax, y los Aulladores, y todos tus grandes guerreros? Nosotros también tenemos guerreros. De los nobles. Podrías liderarlos. Pero... —Da un paso atrás—. Si luchas, entonces mueres, porque cometes el error de creer que la rectitud te pone fuera del alcance del poder de mi abuela.

—Así es —digo.

—Segador, no hay nada fuera del alcance de su poder.

Así es como sucede. Les proporcionan héroes. Los educan en las mentiras y la violencia, y luego dejan que crezcan para convertirse en monstruos. ¿Qué sería Lisandro sin las manos que lo guían?

—Mi nieto quería verte —interviene la soberana—. Le dije que la leyenda nunca se corresponde con la realidad. Es mejor no conocer a tus héroes.

—¿Y qué es lo que opinas tú? —le pregunto al pequeño Lisandro.

—Todo depende de tu próxima decisión —contesta con delicadeza.

—Únete a nosotros, Darrow —interviene Fitchner—. Este es ahora el lugar apropiado para ti. Augusto está acabado.

Sonriendo para mis adentros, aflojo la hoja. Lisandro aprieta el puño, contento. Camino a su lado para volver junto a su abuela, siguiéndoles la corriente pero sin proclamar aún mi lealtad.

—No haces más que pedirme que me incline ante otros —le digo a Fitchner cuando paso a su lado.

Él se encoge de hombros.

—Porque no quiero que te rompas, chaval.

—Lisandro, tráeme mi caja —ordena la soberana. Encantado, el niño sale a toda prisa de la sala mientras tomo asiento frente a su abuela—. Me temo que el Instituto te enseñó la lección equivocada: que puedes vencer cualquier cosa si te empeñas en intentarlo. Eso es incorrecto. En el mundo real, tienes que avenirte. Debes cooperar y llegar a acuerdos. No puedes ajustar los mundos a tus principios morales.

—¿Te habrías fijado en mí si no hubiera intentado que lo hiciera?

Sonríe con suavidad.

—Probablemente no.

Lisandro vuelve segundos después cargando una cajita de madera. Se la entrega a su abuela y espera pacientemente a su lado, comiéndose un pastel que le da Aja. La soberana deposita la caja sobre la mesa.

—Valoras la confianza. Y yo también. Disputemos un juego sin armas ni armaduras de por medio. Nada de pretorianos. Nada de mentiras. Nada de falsedad. Solo nosotros y nuestras verdades desnudas.

—¿Por qué?

—Si ganas podrás pedirme cualquier cosa. Si gano yo, el premio es el mismo.

—¿Y si pido la cabeza de Casio?

—Yo misma se la cortaré. Ahora, abre la caja.

Me inclino hacia delante. La silla chirría. La lluvia tamborilea sobre los cristales. Lisandro sonríe. Aja me mira las manos. Y Fitchner, como yo, no tiene ni idea de qué hay en la maldita caja.

La abro.

VERDAD

Necesito hacer acopio de todas mis fuerzas para no huir. Lo que sale siseando de la caja está sacado de una pesadilla, tan perfectamente extraído de las profundidades de mi subconsciente que casi pienso que la soberana sabe de dónde vengo. De dónde vengo de verdad.

—Es un juego de preguntas —dice—. Lisandro, por favor, haz los honores.

Le pasa un cuchillo al crío. El niño me corta la manga del uniforme hasta el codo y la enrolla para dejarme el antebrazo al descubierto. Sus manos son sutiles. Sonríe con aire de disculpa.

—No tengas miedo —dice—. No pasará nada malo siempre y cuando no mientas.

Las criaturas talladas de la caja —las dos— me miran con fijeza con tres ojos ciegos cada una. En parte escorpión. En parte víboras. En parte ciempiés. Se mueven como el cristal líquido, los órganos y el esqueleto visibles a través de la piel; sus bocas quitinosas castañetean y sisean al mismo tiempo mientras una de ellas reptaba hasta la mesa.

—Nada de mentiras. —Me fuerzo a soltar una carcajada—. Es una orden fácil cuando eres un niño.

—Él nunca miente —dice Aja con orgullo—. Ninguno de nosotros mentimos. Las mentiras son óxido sobre el hierro. Una mancha en el poder.

El poder del que están tan ebrios que ni siquiera recuerdan sobre cuántas mentiras se sostienen. «Dile a mi pueblo que no mientes, perra salvaje, y verás lo que te hacen».

—Las llamo Oráculos —me informa la soberana. Uno de sus anillos se torna líquido y forma un caparazón sobre su dedo, que se convierte en una garra con una aguja que crece despacio en el extremo. Con esa aguja, me pincha la muñeca y pronuncia las palabras—: La verdad por encima de todo.

Un Oráculo se desliza hacia mí, se me encarama al brazo y se me enrolla en torno a la muñeca. Su extraña boca busca la sangre y se pega a ella como una sanguijuela. Su cola de escorpión con forma de arco se alza unos diez centímetros y se agita a un lado y a otro como una espadaña en la brisa estival. La soberana se clava la aguja en su propia muñeca, repite el juramento y el segundo Oráculo abandona la caja reptando.

—Zanzíbar el Tallista las diseñó especialmente para mí en sus laboratorios del Himalaya —explica—. El veneno no te matará. Pero tengo celdas atestadas de hombres que han jugado conmigo y han perdido. Si hay un infierno, lo que hay en ese agujón es lo más cercano a él que la ciencia nos ha permitido llegar.

Se me acelera el pulso mientras observo el balanceo de la cola.

—Sesenta y cinco —dice Aja sobre mi pulso—. En reposo estaba a veintinueve pulsaciones por minuto.

La soberana levanta la vista al oírla.

—¿Solo a veintinueve?

—¿Cuándo se equivocan mis oídos?

—Cálmate, Andrómeda —me pide la soberana—. El Oráculo está diseñado para medir la verdad. Está en las fluctuaciones de temperatura, los elementos químicos de la sangre, el pulso del corazón.

—No tienes que jugar si no quieres, Darrow —ronronea Aja—. Puedes elegir el camino fácil de los pretorianos. La muerte no es tan mala.

Le lanzo una mirada asesina a la soberana.

—Juguemos.

—¿Me asesinarías esta noche si pudieras?

—No.

Todos observamos al Oráculo. Incluso yo. Pasan unos instantes y no sucede nada. Trago saliva, aliviado. La soberana sonrío.

—Este juego no tiene final —mascullo—. ¿Cómo podría ganarlo?

—Obligándome a mentir.

—¿Cuántas veces has jugado a esto? —pregunto.

—Setenta y una. Al final, solo he confiado en uno de mis oponentes. ¿Dónde esconde Augusto sus armas electromagnéticas sin registrar?

—Asteroides de almacenaje, arsenales escondidos a lo largo y ancho de las ciudades de Marte. —Le doy los detalles—. Y en los estrados de su sala de audiencias. —Eso los sorprende—. ¿Dónde están las tuyas?

—Rápidamente, me ofrece una lista ordenada de sesenta localizaciones. Lo dice todo porque nunca ha perdido. Nunca ha tenido que preocuparse de que la información saliera por la puerta. Qué confianza en sí misma.

—¿Qué significa ese colgante del pegaso para ti? —inquire—. ¿Es de tu padre?

Bajo la mirada. Se me ha salido de debajo de la camisa.

—Significa esperanza. Parte del legado de mi padre. ¿Ayudaste a Karnus en la Academia?

—Sí. Le facilité aquella nave con la que te embistió. ¿De verdad intentaste lanzarte hacia su puente?

—Sí. ¿Por qué has introducido a Virginia en tu círculo más próximo?

—Por el mismo motivo por el que tú te enamoraste de ella.

Se me acelera el pulso. Aja lo oye y sonrío.

—Virginia es especial. Y ambas venimos de padres que... dejaban mucho que desear. De niña, habría dado cualquier cosa por pertenecer a una familia distinta. Pero era la hija del soberano. Le regalé a Virginia algo que nadie podría haberme regalado a mí.

»Ya ves, acojo a personas de las que disfruto, Andrómeda. Disfruto incluso de nuestro Fitchner. Es posible que muchas personas lo consideren repugnante. Que piensen que su herencia es impropia, pero, como tú, tiene muchísimo talento. Cuando le pedí que jugara a este juego antes de convertirse en uno de mis Caballeros Olímpicos, ¿sabes lo que me dijo?

—Me lo imagino.

—Fitchner...

El hombre encoge sus hombros caídos.

—Te dije que te metieras la cara por el culo. No soy idiota.

—Creo que fue incluso más grosero que eso —masculla Aja.

—Me toca. —La soberana examina a su Caballero de la Furia—. ¿Violó Fitchner su juramento de próctor e hizo trampas en el Instituto de Marte tal como querrían hacerme creer los rumores?

—Sí —respondo mirando al Oráculo en lugar de a mi antiguo próctor—. Hizo trampas como todos los demás. —Sé que Fitchner no habría conseguido el puesto si la soberana no estuviera convencida de su lealtad hacia ella y no hacia Augusto, y eso significa que Fitchner debe de haberse sincerado y confesado los detalles de los tejemanejes de Augusto—. Pero no sé si le pagaron como al resto.

—No le pagaron. Cometieron un error —comenta la soberana—. Nos proporcionó pruebas grabadas. De audio. Extractos bancarios. Ventajas útiles contra todos los próctores.

Sevro debió de entregarle a su padre la grabación de vídeo cuando le pedí que la manipulara. Cabrón astuto. Al final resulta que se preocupa por su padre de verdad. Augusto los mataría a ambos si conociera su falsedad.

Quiero interrogar a la soberana sobre los puestos de avanzada militares. Las líneas de suministro. Los imperativos operacionales y las medidas de seguridad. Pero sé que eso le parecería extraño. Llevaría a que ella me formulara sus propias preguntas extrañas. El Oráculo se tensa ligeramente sobre mi brazo, extrayendo tan solo unas minúsculas gotas de sangre en cada succión. No sé con cuánta exactitud puede percibir las falsedades esta cosa. Pero ¿qué hago si me pregunta dónde nací? ¿Quién es mi padre? ¿Por qué me restriego tierra entre los dedos antes de luchar? Mierda. Podría preguntarme simplemente si soy rojo. Pero ¿cómo se le iba a pasar por la cabeza hacerlo si no le doy la sensación de que hay algo... raro en mí?

—¿Hay alguno de tus espías entre los miembros de mi círculo más próximo? —pregunto.

—Muy astuto. No. ¿Dónde fuiste con Victra au Julii hace tres días? ¿Y qué hicisteis? —quiere saber la soberana.

—A la Ciudad Perdida. —De algún modo, el Oráculo percibe que me estoy guardando algo en el tintero. El agujijón le tiembla de entusiasmo—. Para reunirnos con el Chacal, el hijo de Augusto. —Se tensa aún más en torno a mi muñeca—. Para formar una alianza. —El sudor me perla el cuello y el Oráculo se relaja, la respuesta

es suficiente—. ¿Por qué llaman a Lorn Perfil Pétreo?

—¿No te lo contó? No es porque sea tan duro como la piedra, como te dirían ahora. Es porque durante las campañas en la Rebelión de la Luna era famoso por comerse cualquier cosa. Y un día un gris apostó con él a que no sería capaz de comer piedras. Lorn no da marcha atrás. ¿Cuándo te entrenó Lorn?

—Todas las mañanas antes del alba, desde mi graduación del Instituto y hasta el enrolamiento en la Academia.

—Es increíble que nadie lo descubriera.

—¿Cuántos Marcados como Únicos hay? —pregunto—. Los datos del censo son muy difíciles de encontrar.

El Consejo de Control de Calidad es monstruoso a la hora de atesorar su material de alto nivel.

—Hay 132 689 entre casi cuarenta millones de dorados. ¿Por qué te aceptó Lorn como alumno?

—Porque piensa que somos el mismo tipo de hombre. ¿Cuáles son tus dos mayores miedos?

—Octavia... —advierte Aja.

—Cállate, Aja. Todo vale. —Desvía la mirada hacia Lisandro y sonrío—. Mi mayor miedo es que mi nieto crezca para convertirse en mi padre. El segundo es la inevitabilidad de la edad. ¿Por qué lloraste cuando mataste a Julian au Belona?

—Porque era mejor de lo que el mundo le permitía ser. ¿Concertaste el noviazgo de Virginia y Casio?

—No. Fue idea de ella.

Me había aferrado a la esperanza de que fuera algo impuesto, algo que no tenía más remedio que hacer.

—¿Por qué le cantaste la balada roja a Virginia en el Instituto?

—Porque se le había olvidado la letra, y creo que es la canción más triste jamás cantada.

Hago una pausa antes de mi siguiente pregunta.

—Quieres volver a preguntar sobre Virginia, ¿verdad? —Las comisuras de sus labios se curvan de placer cuando mete el dedo en la llaga de mi dolor—. ¿Quieres saber si te la daré si te unes a mí? Es posible.

—No es un objeto que pueda darse —replico.

Se echa a reír; mi inocencia la divierte.

—Si tú lo dices...

—¿Dónde están los tres Centros de Mando del Espacio Profundo? —pregunto precipitadamente.

Me da las coordenadas sin pestañear.

—¿Por qué te sabías la letra de la Canción de la Siega?

—La escuché de niño. Y tengo buena memoria.

—¿Dónde?

—No es tu turno —le recuerdo—. ¿Por qué me estás haciendo estas preguntas?

—Porque una de mis Furias me ha llevado a sospechar que tal vez los Hijos de Ares sean algo diferente a lo que imaginábamos. Algo más peligroso. ¿Quién es Ares?

Se me desboca el corazón.

—No lo sé. —Observo la cola del Oráculo. No se mueve—. ¿Quién crees tú que es Ares?

—Tu señor.

—Treinta y nueve, cuarenta y dos, cincuenta y seis... —dice Aja.

La soberana niega con un largo dedo.

—Extraño. Tu corazón te delata.

Pongo la mente en blanco. Dejo que todo se desvanezca. Imagino las minas. Recuerdo el viento que se mueve a través de ellas. Recuerdo sus manos sobre las mías mientras caminábamos descalzos sobre la tierra fría hacia el lugar donde yacimos juntos por primera vez en el hueco de un sector abandonado. Sus susurros. Cómo cantaba la nana que mi madre nos tarareaba a mis hermanos y a mí.

—Cincuenta y cinco, cuarenta y dos, treinta y nueve —dice Aja.

—¿Augusto es Ares? —pregunta.

El alivio me invade.

—No. No es Ares.

La puerta se abre con violencia a mis espaldas. Nos volvemos para ver a Mustang entrar en la sala con paso airado luciendo el uniforme dorado y blanco de la Casa de Lune, rematado con el símbolo de la luna creciente de la familia. Un terminal de datos destella en su muñeca. Le hace una reverencia a la soberana.

—Señora.

—Virginia, sigues estando hecha un desastre —dice Aja con voz hastiada.

—La culpa es de ese estúpido hijo de puta. —Mustang me señala con la cabeza—. Setenta y tres muertos. Dos familias terrestres desaparecidas, y ninguna de ellas tenía nada que ver con Belona o Augusto. Más de doscientos heridos. —Hace un gesto de negación—. He confinado todas las naves, tal como me pediste, Octavia. El mando pretoriano ha iniciado una zona de exclusión aérea en órbita. Se han revocado los permisos a todos los buques capitales pertenecientes a las familias y están siendo trasladados más allá de los Faros del Rubicón hasta nueva orden. Y Casio sigue con vida. Está con los amarillos. Los tallistas de la Ciudadela están haciendo planes para reemplazarle el brazo.

La soberana le da las gracias y le pide que tome asiento.

—Darrow y yo nos estamos conociendo. ¿Hay alguna pregunta que consideres que deberíamos hacerle?

—¿Quiere un consejo, mi señora? No intente resolver a Darrow. Es un rompecabezas al que le faltan piezas.

—Eso es bastante ofensivo —digo medio en broma.

Pero sus palabras me duelen.

—Entonces ¿crees que deberíamos quedárnoslo?

—Casio y su madre lo... —intenta responder Mustang.

—¿Lo qué? —la interrumpe la soberana—. Convertí a Casio en Caballero Olímpico. Se mostrará agradecido y entrenará con el filo para que esto no vuelva a suceder. —Su expresión se suaviza cuando le toca la rodilla a Mustang—. ¿Estás bien, querida?

—Sí. Parece que he interrumpido vuestro juego.

No soy capaz de distinguir cuál de las dos mujeres está engañando a la otra. Pero tras las palabras de Karnus en la gala y la certeza de que las naves fueron confinadas incluso antes de que yo comenzara la refriega, sé que la soberana tenía planes. Y creo que ahora puedo descifrar cuáles eran exactamente.

—Una última pregunta. Me la he estado guardando para el final.

—Pregunta, chico. Aquí no tenemos secretos. Pero tiene que ser la última. Ya hemos hecho esperar bastante a Agripina au Julii.

Aja abre la caja para que los Oráculos puedan regresar al interior.

—Esta noche, en la gala, durante el sexto plato, ¿planeabas permitir que los Belona asesinaran al archigobernador Augusto y a todos los que estuvieran sentados a su mesa?

Aja se queda de piedra. Mustang se vuelve lentamente para mirar a la soberana, cuyo rostro no muestra indicio alguno de deshonestidad. La mujer respira suavemente y, con una ligera sonrisa, miente entre dientes.

—No —contesta—. No lo planeaba.

La cola punzante del Oráculo se le clava en la carne.

EL JUEGO

El filo de Fitchner emite un zumbido y el Caballero Olímpico le corta la cola en menos de lo que tarda una abeja en batir sus alas. Se desploma contra el suelo, un aguijón transparente que rezuma veneno. Sobre el brazo de la soberana, la criatura herida grita. Gime y se retuerce como un gato agonizante. La soberana se la arranca y la lanza contra la pared. La mía se suelta despacio, como si estuviera conectada con la otra. Maullando lastimeramente, se retira a su caja para esconderse en la oscuridad. Me limpio el débil rastro de sangre que me ha dejado en el antebrazo.

—O sea que mientes —digo con una sonrisa malévola.

Octavia exhala un largo suspiro.

Mustang se pone de pie, furiosa.

—Me prometiste que no les harías daño. Me engañaste.

—Sí. —Octavia se frota las sienes—. Una cuestión de necesidad.

—Me dijiste que aquí no había mentiras —sisea Mustang—. Era un prerrequisito de mi lealtad hacia ti. Lo único que pedí, y ¿planeabas hacerlo delante de mí?

—Siéntate. —La soberana se pone en pie y acerca la cara a escasos centímetros de la de Mustang—. Siéntate ya.

La chica obedece, con la respiración entrecortada. Se niega a mirarnos a mí o a la soberana. Está rodeada de traición. Octavia se percata de ello y elabora una nueva estrategia mientras Mustang se saca un anillo de oro del bolsillo y lo hace girar compulsivamente entre los dedos.

—¿Sabes por qué necesito que tu familia desaparezca? —le pregunta la soberana. Mustang no contesta—. Te he hecho una pregunta, Virginia. Deja la petulancia a un lado y contesta.

—Él es una amenaza para la paz —contesta sin emoción, y se coloca el anillo en un dedo—. No observa tus órdenes. No obedece las directivas económicas. Retrasa a los expertos en helio-3 para obtener ventajas políticas.

—Si intentara apartarlo del poder, ¿qué ocurriría?

Virginia levanta la mirada hacia ella.

—Se rebelaría.

—Entonces ¿qué debo hacer? Si se rebela mientras está en Marte, se convierte en su planeta fortaleza. La cantidad de dinero que me costaría sacarlo de allí a la fuerza, encontrarlo, matarlo, restaurar el orden, es... incomprensible. Naves. Hombres. Comida. Municiones. Mano de obra. Escasez de helio-3. La Sociedad tardaría años en recuperarse.

»No podemos permitirnos un enemigo como él. Pero tampoco podemos

permitirnos que un aliado nos agravie públicamente. ¿Y si los gobernadores de los gigantes gaseosos piensan que son inmunes a mis órdenes porque nos mostramos indulgentes con tu padre, porque dejamos que manipule los precios del helio y que ignore las directivas de la soberana? Hace cuarenta años, durante el primer año de mi reinado, las lunas de Saturno se rebelaron. La guerra no terminó hasta que destruí Rea. Cincuenta millones de muertos. Así de testaruda es nuestra raza. Saben lo difícil que me resulta hacer una demostración de fuerza a miles de millones de kilómetros del Núcleo. Pero aun así tienen miedo. Gran parte del reinado de un gobernante es producto de la imaginación de la gente. Mi poder no reside en las naves. Ni en los pretorianos. Mi poder es su miedo. Pero debo recordárselo de vez en cuando.

—Y mi familia va a ser un recordatorio.

—Sí. Dime que no tiene sentido.

Mustang permanece callada durante un largo instante.

—Es el movimiento político lógico. Pero es mi padre...

—Razón por la que no te lo conté. Ten esto en cuenta.

Agita la mano y un holo se enciende en el suelo y se eleva hasta llenar la mitad de la sala. Es una revuelta. Los edificios echan humo. Los grises acribillan a mujeres y hombres con armas de pulsos. Octavia cambia la imagen. Una docena más danzan por la habitación. Una mujer cae delante de mí, muerta. Con un agujero en el cráneo. Todavía humeante.

Bajo la mirada hacia el repentino horror.

—¿Esto es Marte? —pregunto temiendo por mi familia.

—Cualquiera lo pensaría, ¿verdad? —La soberana pasa un dedo por la boca de un rifle de pulsos cuando empieza a disparar—. Es Venus.

—¿Venus? —repite Mustang en un susurro—. No hay Hijos de Ares en Venus.

—Ni los habrá después de esta noche. La llama se extiende incluso hasta el Núcleo. Hace dos horas, múltiples atentados sacudieron esta Sociedad. Mis políticos y pretores y varios miembros del personal de alto nivel de todo el imperio han iniciado la Orden Cero. Ningún medio de comunicación informará de ello. Allá donde hay llamas, establecemos la cuarentena. Los extinguiremos. Algo que tu padre no ha hecho, Virginia. De hecho, ha permitido que los Hijos prosperen. Que se extiendan aquí.

Se lo advertí a Harmony. Solo espero que no todos los Hijos estén perdidos.

La soberana se acuclilla delante de Mustang.

—Tu padre debe morir. Él colgó a la mujer que los Hijos de Ares utilizaron para comenzar todo esto. La cara de Augusto incendia la propaganda de esos terroristas. Si él no está, si los aplastamos, se desvanecen. Mataremos dos pájaros de un tiro. Organizo el traspaso de poder a Belona y Marte está en paz por primera vez en mi reinado. Lo único que se nos exige a cambio son cincuenta vidas. Sé que es tu padre, pero tú viniste a mi casa por una razón.

Al mirar a Mustang, entiendo cuál es esa razón, y me rompe el corazón.

Se pone en pie con lentitud y camina hacia la ventana como si huyera de la decisión. Se queda mirando una nave que avanza en la niebla lejana.

—Cuando mi madre estaba viva, él solía montar a caballo conmigo por el bosque. Parábamos en un claro de flores silvestres y nos tumbábamos sobre las hojas rojas con los brazos estirados fingiendo que éramos ángeles. Ese hombre está muerto. Haz lo que quieras con el nuevo.

LO QUE TRAE LA TORMENTA

Los obsidianos me acompañan a mis nuevos aposentos con Fitchner siguiéndonos unos pasos más atrás, caminando jovialmente sobre los suelos de mármol. Cuando llegamos a mi puerta, me coge la mano.

—Bien jugado, chaval. La has leído bien, sabes que quiere lo que no puede tener. Condenadamente astuto. Me alegra el corazón ver que al fin estás participando en el juego y ganando, pequeño idiota. —Me da un puñetazo en el hombro—. Mañana iremos al mercado y te compraremos sirvientes. Rosas. Azules. Obsidianos de tu propiedad. De momento... te dejo un regalo. —Señala el interior de mi habitación, donde una rosa descansa sobre la cama—. Pásatelo bien.

—No me conoces en absoluto, ¿verdad?

Suspira y se acerca a mí.

—Esta es la mano que te ha repartido la vida. No es mala. Imagina lo que puedes hacer como emisario personal de la soberana. Octavia hace que tu gobernador parezca el dueño del tugurio de un pueblo. Tienes a tu chica. Tienes una oportunidad. Aprovecha tu nueva vida.

La puerta se cierra con brusquedad.

Una nueva vida, pero ¿merece la pena pagar el precio? No sé qué está pasando con los Hijos. Eso es algo que puedo disimular. Pero ¿espera que permita que Roque muera? ¿Que deje que Tacto, Victra y Teodora perezcan a manos de escuadrones de la muerte de pretorianos?

Doy vueltas por mi suite ignorando a la rosa. Las nubes nocturnas de la Luna se extienden hasta donde llega la vista tras el enorme conjunto de ventanas que forma la pared norte de la habitación. Los edificios agujerean las nubes como lanzas relumbrantes.

Estoy atrapado por la opulencia.

La lluvia continúa cayendo. Las tormentas de la Luna son criaturas enigmáticas. Para un hombre de Marte, es una lluvia lenta. Letárgica. Como si las gotas se cansaran de su propia caída en esta baja gravedad. Pero los vientos que traen son vendavales. En las ventanas de la Ciudadela no hay rendijas por las que el viento pueda soplar. Echo de menos los gemidos de mi viejo castillo en Marte. Echo de menos los lamentos de las minas profundas. Aquellos momentos en los que el taladro se enfriaba y yo me quedaba allí sentado acariciando mi alianza a través de la escalfandra, pensando en lo pronto que tendría sus labios sobre los míos, sus manos en mi cintura y su cuerpo derramando luz sobre el mío como si fuera tierra.

Pero no puedo pensar únicamente en la chica roja. Cuando veo la luna, pienso en

el sol: Mustang arde en mis pensamientos. Si Eo olía a óxido y barro, la chica dorada es fuego y hojas otoñales.

Parte de mí desearía que recordara solo a Eo. Que mi mente le perteneciera y así pudiese ser como uno de esos caballeros de leyenda. Un hombre tan enamorado de una mujer desaparecida que cierra su corazón a todas las demás. Pero no soy esa leyenda. En muchos sentidos, sigo siendo un crío, perdido y asustado, que busca calor y amor. Cuando noto el lodo, honro a Eo. Y cuando veo fuego, recuerdo el calor y el titilar de las llamas sobre la piel de Mustang mientras yacíamos en nuestra cámara de hielo y nieve.

Examino la habitación vacía, que no huele ni a hojas ni a barro, sino a cardamomo. Es demasiado grande para mi gusto. Demasiado suntuosa. Hay mármol en las paredes. Una sauna. Una sala de masajes adjunta a una cámara del placer. Hay un sillón de comunicaciones, una cama, una piscina pequeña. Estos son ahora mis aposentos. Veo en un archivo de datos que me han concedido un estipendio de cincuenta millones de créditos para elegir a mis ayudantes. Me han dejado diez millones más para poblar mi harén. Este es el precio que me pagan por traicionar a mis amigos. No es suficiente.

Mi mirada recae ahora sobre la rosa que está tumbada en mi cama. Desnuda, cubierta solo con una sábana. Se la he tirado encima para enmascarar su silueta, pensando en la pobre Evey cuando la vi por primera vez. Pero cuanto más miro a esta chica nueva, más me cuesta recordar a Evey, recordar a Eo o a Mustang. Para eso están las rosas, para ayudarte a olvidar. Tan efectivos que te hacen olvidar incluso la tristeza de su propia vida. Cuando envejezca, la venderán a algún prostíbulo de alto nivel y dejará de formar parte del personal de la Ciudadela. Y se le marcarán unas cuantas arrugas más y la venderán para que ocupe puestos cada vez más bajos en la pirámide hasta que no tenga nada más que ofrecer. Les ocurre a los hombres. Les ocurre a las mujeres. Y estoy comenzando a darme cuenta de que les ocurre a los dorados.

La rosa me pide que me una a ella. Que permita que alivie lo que me aflige. No le contesto. Me siento en el borde del alféizar y me masajeo los muslos con las manos, a la espera. No tengo mi filo. Varios obsidianos montan guardia en el vestíbulo, al otro lado de la puerta. No conseguiré romper el cristal de la ventana con los medios que tengo a mi alcance, pero no me preocupo. Permanezco sentado, contemplando la tormenta y sintiendo que otra fermenta en mi interior.

La puerta se abre con un siseo. Me doy la vuelta con una sonrisa dibujada en el rostro.

—Mustang, yo...

Quien entra en la habitación es un rosa de aspecto coqueto con el pelo blanco y unos ojos que romperían mil corazones en Lico. El mío acaba de romperse ahora. Me había equivocado.

—¿Quién eres? —pregunto.

Deposita una cajita de ónice sobre mi cama delante de la otra rosa.

—¿De parte de quién viene eso? —exijo saber.

—Ahora lo verás, *dominus* —contesta.

Con delicadeza, le tiende una mano a la otra rosa que, confundida, la coge y lo sigue hacia el exterior de la habitación. La puerta se cierra. Estoy igual de confuso que la rosa. Me abalanzo sobre la caja, la abro y encuentro un holocubo pequeño. Lo activo.

Aparece la cara de Mustang, titilante.

—Ponte a cubierto —dice.

Se va la electricidad y la puerta se bloquea por defecto. La habitación queda sumida en la oscuridad. Fuera, los relámpagos restallan a través de las nubes; los truenos rugen. Y oigo algo. Un aullido. No es el viento.

Otro relámpago que destella y aparece él, flotando en la implacable tormenta como el ángel más feo jamás cagado por el cielo. Una piel de lobo le cubre los hombros y se agita al viento. Su yelmo de metal negro representa una cabeza de lobo y va armado hasta los malditos dientes.

Sevro ha venido, y ha traído amigos.

Relámpagos. Más truenos, y esta vez la tormenta ilumina su sonrisa de hacha y a los ocho asesinos flotantes que lo siguen. Nueve Aulladores en total. Pequeños diablillos crueles esperando en la oscuridad, contorneados por los restallidos de la electricidad de la tormenta. Quinn y sus largas piernas también están aquí.

Me refugio en la sauna cuando Sevro toca el cristal con un puño de pulsos después de activar un campo inhibitorio para que absorba el ruido. El vidrio se quiebra hacia dentro. El sonido distorsionado de la tormenta los sigue hasta el interior cuando aterrizan con un ruido sordo sobre el alfombrado suelo de mármol. El viento sacude mi ropa de cama y mis tapices. Uno por uno, se arrodillan: la rolliza Guijarro, la cruel Arpía, Payaso, larguirucho y con cara de bueno, y todos los demás.

—Amigos. ¡Levantaos! —vocifero—. Ya sois lo bastante bajitos.

Se echan a reír y se incorporan. Guijarro y Payaso se apresuran a soldar mi puerta de metal con antorchas de plasma para sellarla.

El agua resbala por la nariz ganchuda de Sevro cuando me señala brevemente con la cabeza tras haber hecho que su armadura absorba el yelmo. Tiene el pelo rapado con formas de dragones. Silencioso y rezumando burla, levanta una bolsa enorme y pesada con la otra mano. Y cuando camina, se mueve con desdén hacia la baja gravedad. Como si fuera algo para tontos y debiluchos.

—Señor Segador. Pareces un florecilla pretencioso en esta madriguera de señoritas. —Me dedica una reverencia exagerada tras dejar la bolsa a mis pies—. Tal vez por eso Mustang haya considerado que necesitabas desesperadamente a tu condenada manada.

—¿Te ha traído desde el Confín?

—Nos ha traído a todos —dice Quinn—. Llevamos aquí varias semanas a la

espera. Necesitaba hombres que supiera que no serían leales a la soberana.

Una póliza de seguro. No me puedo creer que dudara de ella.

Mustang no ayudaría a matar a su padre de ningún modo. Me di cuenta durante mi conversación por la soberana de que, de hecho, ese tenía que ser el motivo por el que Virginia estaba aquí: para infiltrarse en la familia de la soberana como yo me infiltré entre los dorados. Cuando entró en la sala de la soberana, recordé que antes del duelo me comentó que ella tenía sus propios planes. Ahora todo encaja al fin. Ambas estaban disputando sus propios juegos, pero yo ayudé a revelar la mano de la soberana.

A la soberana no le preocupaba lo que yo pudiera llegar a saber, ¿por qué jugar con los Oráculos, si no? Pero en cuanto Mustang entró en la habitación, el paradigma se alteró. Debería haberle puesto fin al juego en aquel mismo instante. Pero su orgullo la superó.

En cuanto a Mustang, supe que estaba conmigo en cuanto se sacó del bolsillo el anillo de oro con la imagen de un caballo que le regalé y se lo puso en el dedo. En aquel instante se me aceleró el corazón y supe que encontraría la manera de sacarnos del trance.

—Sevro. —Sonrío y le estrecho la mano—. Nuestro archigobernador está...

—Lo sé. Mustang nos ha informado.

—Ven aquí, diablillo patilargo.

Quinn se aparta de los demás, me rodea la cintura con un brazo delgado y me besa en la mejilla. Huele a hogar. He echado de menos a esta gente. El viento aúlla cuando pasa por nuestro campo inhibitorio. El ojo biónico de Sevro brilla artificialmente. Quinn me ha traído unas gravibotas de color ébano. Me las calzo.

—Puede que Mustang nos haya traído desde el Confín. Pero no hemos venido por ella. No hemos venido por Augusto. Hemos venido por ti, Segador —gruñe Sevro. Quinn frunce el ceño cuando mi amigo escupe sobre la hermosa alfombra—. Hemos visto lo que le hiciste a Casio. Y queremos lo que estás intentando hacer.

—Y ¿eso es...? —pregunto más que ligeramente confundido.

—Lo que siempre quieren los asesinos pobres. La guerra —ruge—. Y todos sus botines.

—Y ¿qué pasa con tu padre? Ahora ocupa un puesto elevado.

—Fitchner es un comemierda —replica—. Él solito se lo ha guisado... Dejemos que se lo coma mientras nosotros arrasamos la casa.

—Bueno, si quieres guerra, si quieres botines, será mejor que nos movamos. El archigobernador es el que tiene un ejército.

Quinn asiente.

—Y Roque está allí. Y Tacto.

—Tacto —masculla Sevro, aunque yo sé que su mueca de desdén es por Roque. Mira a Quinn con ojos tristes durante un brevísimo instante y luego se ajusta la armadura.

—Entonces ¿cuál es el plan? —pregunto, y cojo el filo que me ofrece Guijarro. Sevro y Quinn intercambian una mirada y se echan a reír.

—Mustang nos facilitará una nave. Dijo que tú solucionarías el resto —responde Quinn.

Justo entonces, a mi espalda, la puerta se estremece y destella con una pupila de metal al rojo vivo que se va dilatando. Percibo algo. La bolsa que Sevro ha dejado en el suelo. Se mueve.

Mi amigo me sonrío. Conozco esa sonrisa.

—¿Sevro?

—Segador.

—¿Qué has hecho?

—Mustang nos ha dado un paquete. Digamos... —Quinn esboza una enorme sonrisa a mi lado— que no es su cocinero.

Abro la cremallera de la bolsa y me quedo boquiabierto.

—¿Estás loco? —le pregunto.

Él se limita a aullar.

MANCHAS DE SANGRE

Mi padre me dijo una vez que un sondeainfiernos nunca puede parar. Si te paras, el taladro puede atascarse. El combustible se quema demasiado rápido. Puede que no alcances la cuota. La precaución es secundaria. Utiliza tu inercia, tu impulso. Por eso bailamos. Para transformar el movimiento en más movimiento. El tío Narol siempre me decía que parara. Se equivocaba. Me cargué muchos taladros por su culpa.

Sin embargo, Narol vivió más que mi padre, así que tal vez tenga algo de razón.

Mis Aulladores saltan conmigo por la ventana y no nos detenemos cuando nos zambullimos en la tormenta negra. Nos lanzamos en caída libre, agujereando las nubes, sin utilizar las gravibotas. Como lluvia negra que grita en dirección al suelo. Soy el primero. Los siento a mis espaldas. Mis Aulladores. Al principio me falta el oxígeno. Contengo la respiración. Casi se me congelan los globos oculares dentro de sus cuencas. Brotan las lágrimas. El viento frío me muerde el cuerpo y tiemblo de pies a cabeza.

Ahora usamos las gravibotas para atajar por la Ciudadela. Avanzamos entre las nubes para que no se nos vea. Villas bajo nuestros pies. Edificios, jardines y parques. Barracones y plazas con estatuas. Un patrullero alas ligeras circula por el cielo. Nos deslizamos tras un chapitel y nos quedamos allí pegados como arañas hasta que nuestros escáneres dicen que ha desaparecido. Tiemblo entre mis amigos provistos de armaduras. Entonces flotamos de nuevo. A un kilómetro de la villa. Hierbajo lleva ahora a la espalda el regalo de Sevro; el peso lo ralentiza un poco.

Aterrizo en la muralla que rodea la villa y la separa de los otros complejos donde el resto de las familias notables se arrebujan temiendo lo que trae la noche.

Hace menos frío ahora que estamos más cerca del suelo. Los Aulladores aterrizan a mi alrededor. Parecen gárgolas sobre la muralla. La oscuridad domina los terrenos de la villa.

—¿Hemos llegado pronto? —me pregunto.

No hay señales de lucha. Pero las luces están apagadas.

—O tarde —dice Sevro—, si los han matado mientras dormían.

—Esto debe parecer una masacre de los Belona. La soberana no querrá verse implicada.

Pero ¿qué demonios significa eso? Los Belona vendrían con grises, obsidianos y dorados, y a pesar de su tan cacareado honor, destruirían hasta la última mujer y el último niño con cualquier medio que tuvieran al alcance. No levantas el pie del cuello de un enemigo y continúas siendo tan poderoso como lo han sido ellos durante cientos de años.

La aniquilación será silenciosa, en cualquier caso. Puede que la soberana controle la Ciudadela, pero el caos atraería miradas no deseadas, variables no deseadas, y eso haría que Octavia pareciera débil. Mejor hacerlo sin más. Mejor decir que lo han hecho los Belona y al cuerno con lo que piense cada uno. Con los de Augusto muertos, ¿qué sentido tiene llorarlos? Así es como piensan los dorados. Pero si están vivos tras haber escapado al exterminio... Bueno, eso es algo completamente distinto.

—Quinn.

Me acerco a ella para oírla susurrar:

—La posición es demasiado despejada. Si tienen ópticas, nos localizarán sobre la muralla. —Señala el tejado—. Podemos hacer una incursión hasta allí. Ir bajando nivel por nivel.

Percibo preocupación en su voz.

—Cogeremos a Roque —digo—. Te lo prometo. —Le doy unas palmaditas en el brazo—. Sevro, ¿cuánto falta para que llegue el transporte?

—Mustang ha salido hace diez minutos.

Muevo el cuello hasta que me cruje y me restriego la lluvia entre los dedos.

—*Per aspera ad astra*.

—A través de las espinas hasta las estrellas —dice Sevro con una risita—. Eres un mierdecilla pijo. *Omnis vir lupus*.

Todos los hombres son lobos. Los Aulladores se sonríen unos a otros y nos marchamos de la muralla.

Aterrizamos sobre el tejado. Silencioso y oscuro. Hierbajo se ha quedado en la muralla con el regalo de Mustang retorciéndose en la bolsa. Como depredadores, avanzamos sobre las tejas de arcilla hasta entrar de dos en dos por una ventana del séptimo piso de la villa. Este sitio es un complejo. Docenas de habitaciones. Siete pisos. Fuentes corriendo por todas partes. Baños. Sótano. Saunas. Por tanto, su infrarrojo no sirve de nada. Demasiada agua caliente circulando por las tuberías. Aquí dentro hay más silencio que en una cripta.

Nos movemos con lentitud comprobando las habitaciones, fluyendo como el agua los unos en torno a los otros como hacíamos en el Instituto. Sevro y Cardo se adelantan, espectrales, para explorar. Con las gravibotas desactivadas para que no se oiga su zumbido. No vemos ni un alma. Todas las habitaciones están vacías y las camas deshechas, incluida la del archigobernador. Los de Augusto no están aquí. Entonces ¿dónde están?

No tienen armamento militar, aparte de varias armaduras y filos y unos cuantos puños de pulsos. Los guardaespaldas fueron eliminados antes incluso de que regresaran a la villa. Augusto y su séquito no habrían sido capaces de escalar la muralla. Puede que huyeran sirviéndose de gravibotas. Pero los habrían visto. Y derribado. Nosotros solo hemos conseguido llegar hasta aquí porque no nos esperaban.

—¿Capturados? —pregunta Sevro.

No. Para los pretorianos esta noche el único augustano bueno es el augustano muerto.

Pop.

Nos miramos los unos a los otros. Acaban de activar un campo inhibitorio. Y grande. Estamos dentro de él. Es probable que todo el complejo de la villa esté dentro de él. Está a punto de ocurrir algo. Miro por la ventana hacia el exterior y veo una sombra que se mueve atravesando el césped del jardín. Tres sombras bajo la lluvia. Me agacho y le hago una seña a Sevro. Pretorianos. Espectrocapas. El corazón me late con tanta fuerza que hace que mi caja torácica se agite.

Mi amigo se acerca a la ventana, a punto de saltar para intentar matarlos. Se lo impido.

—¿Qué demonios estás haciendo? —susurro.

Frunce el ceño.

—Quiero matar a alguien.

—Todavía no, maldita sea. No somos un ejército.

No hay nadie en el séptimo piso. Bajamos por una escalera circular de mármol. Sus armaduras engrasadas emiten suaves crujidos que retumban por la cavernosa caja de la escalera. Vemos el mármol del primer piso, más de treinta metros más abajo, pero ni un solo movimiento. Encontramos la primera sangre en el sexto piso, filtrándose desde la sauna. Abro la puerta, con el corazón latiéndome en la garganta, preparado para ver dorados mutilados. Es un paisaje aún más triste.

Más de veinte rosas, marrones y violetas pensaron en esconderse en esta sala. Los Belona y los pretorianos dieron con ellos. Los asesinaron. Es un espectáculo extraño. Muertes muy limpias. Tajos en la cabeza. Demuestra que estos pobres sirvientes apenas tuvieron oportunidad alguna. Los dorados los sacrificaron como si fueran ganado. Rebusco entre ellos con desesperación, con la esperanza de no encontrarla. Rezando. No está aquí... Teodora debe de estar con los demás.

Me invade una furia helada. Noto que se filtra al resto de los Aulladores.

Encontramos al primer dorado muerto en el tramo de escaleras que lleva al quinto piso. Un viejo caballero de mi casa. Su muerte no fue agradable. Nos topamos con otro hombre muerto un poco más allá, junto a un graviascensor. Cayó como si hubiera defendido el ascensor mientras otros bajaban.

Por la ventana, atisbo a la lancera de Augusto que se burló de mis habilidades con el filo hace tan solo un día. Sale corriendo de la casa en dirección a los jardines. Una forma se materializa en la oscuridad. Un pretoriano dorado con un reborde morado sobre la armadura negra la persigue. Dos obsidianos de los Belona la acorralan y la obligan a volverse hacia su perseguidor. La mata con un solo golpe. No hay nada que hacer. Muere demasiado deprisa. Hace un momento estaba jadeando, temiendo, corriendo. Ahora, las dos partes de su cuerpo caen al suelo.

—Estos pretorianos no se andan con tonterías —murmura Sevro.

Quinn me mira de arriba abajo, señalando mi falta de armadura y yelmo. Me

ofrece el suyo. La ignoro.

—Darrow, no hemos venido hasta aquí para verte morir de un golpe en la cabeza.

—Aparta eso —le digo—. Roque escribirá mil condenados poemas si te haces el más mínimo chichón en la tuya.

—Quédate con el yelmo, Q —le ruega Sevro—. Aunque solo sea porque detesto los poemas.

Dejo que el filo que me han prestado repte hasta la palma de mi mano y me muevo por el quinto piso. Se me acelera el pulso ante la puerta de cada habitación. Espero encontrarme con el cadáver de Roque. Con el cuerpo machacado de Victra.

Sevro levanta una mano junto a las escaleras del cuarto piso y me hace gestos para que me coloque junto a él. Me acerco con Quinn y miro hacia abajo. Por la caja circular de la escalera sube polvo. Debajo de él, en el rellano de la planta baja, sombras que se mueven. Pero no hay ruido. Sevro se agacha y coloca un pedazo de escombros sobre el borde de una barandilla. Me pide que lo observe. Los Aulladores se arremolinan a nuestro alrededor y miran la piedra con fijeza. Yo me tensó. Aunque no hay sonido, la piedra se balancea ligeramente.

Vibraciones en el edificio.

Antes de que Sevro y los demás puedan detenerme, salto por encima de la barandilla y bajo por el centro de la escalera de caracol a una velocidad diez veces superior a la que permitiría la gravedad de esta luna. Pop. Entro en el dominio de un segundo campo inhibitorio y los sonidos de la guerra repiquetean contra mi cuerpo. Explosiones impactantes, gritos, quemadores que expulsan balas con un siseo, armas de pulsos que gorjean como fantasmas enloquecidos. Justo antes de aterrizar, manipulo mis gravibotas para que me frenen. Caigo contra el mármol y sacudo el filo por encima de la cabeza trazando un violento círculo. Cuatro pretorianos grises mueren. Ocho golpes secos contra el suelo. Sus espectrocapas se desintegran como la escarcha de un cristal bajo un aliento cálido.

Cadáveres, esparcidos por todas las salas. Escombros. Fuego. Grises y obsidianos persiguen a los dorados de Augusto. Seis grises abruma a dos dorados con rifles de riel, la munición magnética chirría contra las égidas hasta que estas se sobrecargan y se deforman hacia atrás consumiendo los brazos izquierdos de los dorados. Las descargas impactan contra los escudos de pulsos que cubren sus cuerpos y sobrecargan el circuito. Los grises se acercan a ellos con precisión ensayada y les disparan a bocajarro en las cabezas cubiertas por yelmos. La mejor armadura del Sistema Solar colapsa y el hombre y la mujer están muertos. Los grises se vuelven hacia mí, levantan los rifles y mis Aulladores caen en cascada a mi alrededor. Sus égidas negras palpitan contra los avambrazos que les cubren los brazos izquierdos hasta el codo. Bloquean el fuego atacante. Sevro se aparta de la formación. Quinn lo sigue. Como fantasmas, aparecen y desaparecen de la vista, moviéndose como dos volutas de humo gemelas. De algún modo están entre los grises y luego de vuelta a mi lado antes de que estos caigan.

Más disparos impactan contra nuestra formación y están a punto de arrancarme la cabeza desnuda. Me agacho tras mis compañeros con armadura. El terror me late en las venas. Un gris aparece en el vestíbulo y nos lanza un microdisparo. Treinta bombas minúsculas se esparcen como un enjambre de avispas. Cardo y Culopocho acribillan el enjambre con sus puños de pulsos. Una capa de fuego azul se extiende por todo el espacio. Un segundo enjambre de bombas aúlla tras el primero. Quinn desvía la energía a su gravipuño y dispara contra ellas justo antes de que impacten. Dan marcha atrás, deshacen el camino que habían recorrido y detonan al chocar contra el batallón gris.

No duraremos aquí dentro. Nada durará aquí, decido cuando veo a tres obsidianos de los Belona que se acercan corriendo con Karnus au Belona pegado a sus talones. Algunos de mis amigos morirán en este piso si luchamos contra todos los que se enfrenten a nosotros. Hay un modo mejor. Un modo más inteligente.

—¡Sevro, haz un agujero! —grito señalando al séptimo piso detrás del hueco de la escalera.

Dispara su puño de pulsos hacia arriba y los trozos de piedra caen a nuestro alrededor, suspendidos por el gravipuño de Quinn. Sevro vuelve a disparar y la lluvia atraviesa el agujero y se arremolina en la burbuja de gravedad que ha creado Quinn. Me pongo en pie y grito:

—¡A mí!

Salimos volando del caos antes de que los pretorianos caigan sobre nosotros. Me detengo doscientos metros por encima de la villa. El viento nos fustiga. No tenía ningún plan cuando me lancé hacia la planta baja. Solo pensaba en mis amigos. Ahora sé que, si luchamos, nos matarán a los Aulladores y a mí. Dejo que el filo se me enrosque plácidamente en el brazo. Doy instrucciones a los Aulladores para que hagan lo mismo y rujo en la oscuridad:

—¡AJA! —Los Aulladores se cierran en un círculo a mi alrededor, nerviosos mientras flotamos, expuestos, sobre la villa. La tormenta nos envía intensas oleadas de lluvia—. ¡AJA!

Una horda de pretorianos desconecta sus espectrocapas cerca de las fuentes termales y la laguna, donde el calor del agua sume al infrarrojo en el caos. Dos pretorianos suben a toda prisa desde el jardín atravesando los pinos. Uno de ellos es un Sucio, que se acerca y me apunta a la cabeza con su puño de iones.

—Quítame esa cosa de la condenada cara, estúpido Sucio. ¿No reconoces a tus superiores?

Una dorada pretoriana se une a él. No la reconozco. Su yelmo de serpiente se funde con su armadura morada y negra, más elegante que las de los obsidianos. Tiene el rostro afilado y despiadado como la punta de un hacha.

—Varga, para —espeta.

El Sucio baja su arma. También su yelmo es absorbido por su propia armadura de pretoriano, y entonces descubro que Varga es una mujer. Una obsidiana una cabeza

más baja que yo con un tatuaje tribal que le devora el rostro pálido. Tras ella ondea su cabello blanco. Tiene más cicatrices en la cara que yo en todo mi cuerpo.

—Perra de ébano —protesta Sevro—. Le dispararé si vuelve a gruñir.

—¿Erais vosotros el escuadrón de la escalera? —La dorada no aparta la vista de nosotros, sin tener muy claro qué pensar de mí y de mis Aulladores—. Habéis matado a mis grises.

—No lloriquees por los grises —le digo—. Alzaron sus manos contra mí.

—¿Por qué estás aquí? —Se limpia la lluvia de la cara—. La soberana te había confinado en tu habitación para que pasaras allí toda la noche. ¿Eres el responsable del apagón eléctrico?

—Mis asuntos son los de la soberana.

No puede permitirse no creerme.

Se queda inmóvil durante un instante y me doy cuenta de que tiene ópticas en los ojos. Comprueba una base de datos.

—Mentiroso.

El arma de la Sucia vuelve a apuntarme.

—Ya sabes quién soy, pretoriana —digo con toda la autoridad de la que soy capaz de hacer acopio—. También sabes que no estoy en tu lista de presas. Tengo inmunidad.

—Revocada.

—Pues llévame ante Aja.

—Aja no está aquí.

—No me mientas.

Las ópticas destellan en sus iris cuando recibe una orden digital.

—Sígueme.

Aterrizamos sobre piedras blancas y seguimos a la pretoriana entre los árboles en dirección a la laguna donde terminan los manantiales termales.

—¿Qué haces? —me susurra Sevro al oído sin apartar la mirada de Varga.

Le hace la cruz a la mujer cruzando el dedo corazón sobre el índice.

—Voy a utilizar tu ventaja.

Aja está de pie en el jardín, flanqueada por miembros de la casa de Belona: dos dorados y el resto obsidianos. Varga es la única Sucia. La laguna exhala tirabuzones de vapor en torno a los hombros del Caballero Proteico, que observa el agua impasible, como un niño que contempla una hoguera esperando a que se consuma un tronco.

—¿Darrow? —ronronea Aja sin mirarme—. No estás en tu habitación. —Evalúa a los Aulladores. Los reconoce—. Y has matado a mis hombres. Fitchner se equivocaba respecto a ti.

—Tengo algo que quieres —digo con brusquedad—. Pero llama a tus perros.

—Intentaron escapar antes de que llegáramos, aun con las gravibotas confiscadas. Un intento estúpido. Trataron de ponerse en contacto con los Julii, pero estaban

comprados.

—¿Victra? —pregunto.

Nos ha traicionado.

—Viva. Con el resto. Se librá gracias a la cooperación de su madre. Dos barcos de Augusto se esforzaron por escapar de nuestro bloqueo en órbita. Los derribamos. Los de Augusto son como tejones acorralados.

—Leones —le recuerdo.

Sacude la sangre de su filo.

—Yo no diría tanto.

—¿Queda alguno vivo?

No dejo que el pánico se refleje en mi voz y me vuelvo para mirar hacia la villa.

—Los premios.

Exhalo un suspiro de alivio.

Aja hace que su filo se deslice hasta su mano. Se pone rígido y la mujer se vuelve hacia mí. Sus pupilas verticales beben de la luz.

—Tus amigos están en la laguna. Se han escondido ahí porque el calor del agua ciega nuestro infrarrojo. Un último intento desesperado. Los sistemas de filtración de aire de los yelmos se habrán cortocircuitado por el pulso electromagnético. Así que lo único que les queda es el aire que contengan sus propios yelmos. Y tampoco mucho. No durarán ni quince minutos. Los que no lo lleven... quizá seis. Pronto saldrán flotando a la superficie, como manzanas. —Sonríe amablemente—. Se los estoy guardando a Karnus; está dentro divirtiéndose con lo que queda. Da gusto verlo, ¿verdad?

La lluvia cálida retumba en las armaduras. Es lo único que se oye.

—¿Por qué estás aquí, Andrómeda, y no en tu habitación? —Aja juguetea con su filo, partiendo gotas de lluvia por la mitad—. La soberana te lo dejó muy claro.

—Tengo algo que quieres —repito.

—Lo que quiero es que Octavia sea obedecida. Vuela de vuelta a tu habitación, chico, date una buena ducha y manosea a la rosa que te dejamos en la cama. Vuelca en ella tu rabia o lo que sea. Y mantén tu juramento intacto. No muevas ni un dedo contra mí. Solo has matado grises. Eso se olvida con facilidad, ¿verdad? Vuelve y pensará que esto no es más que una escaramuza de juventud. Quédate, y añadiré tu cadáver y los de tus amigos bronceados al montón.

A mis espaldas, los Aulladores se enfurecen.

—¿Cómo mataste a los sirvientes? —pregunto acaloradamente—. Como corderos en el matadero.

Aja se vuelve hacia la laguna.

—Es hora de que te vayas, Segador.

—Eres repugnante. —Me acerco más a ella—. Tanto poder, y ¿así es como lo usas? Matando familias en mitad de la condenada noche. Está claro que eres una deshonra. Espero que recuerdes el dolor que le has causado a otros cuando pisotee tu

cadáver.

Se vuelve hacia mí con toda su furia. Extrayendo el filo. Con los ojos fulgurantes. Pero no puede tocarme. Ahora no. Esta noche no.

—Darrow —me llama Sevro con una extraña y repentina amabilidad en la voz.

—¿Sí, Sevro?

—Ahora que hablas de recordar cosas. ¿No te estás olvidando de algo ahora mismo?

—Creo que sí —interviene Quinn—. Nuestro sabio...

—... pero olvidadizo Segador —concluye Payaso con un tono realmente frívolo.

—Ummm. Discúlpame, Aja. Me he olvidado hasta de lo que había venido a decirte.

Me quedo ahí de pie, con expresión de desconcierto.

Quinn suspira.

—La bolsa.

—¡Ah, sí! ¡Gracias por recordármelo, Sevro! —grito teatralmente. Aja no sabe cómo demonios tomarse esta súbita cháchara—. Dile a Hierbajo que baje.

Sevro habla por el intercomunicador y un instante después Hierbajo desconecta su espectrocapa y vuela desde la muralla a un kilómetro de distancia. Lo vemos acercarse. Guijarro silba una melodía alegre, que hace que se gane una mueca de desagrado por parte de Arpía y una risa por la de Sevro, que comienza a silbarla también. Los pretorianos piensan que están locos. Piel de lobo cubriéndoles las espaldas. Armadura negra y a la medida. Yelmos de lobo. Y nadie que supere los dos metros excepto Quinn y yo. Es como el circo violeta ambulante de un violeta.

—¿A qué estáis jugando? —exige saber Aja.

—¿Nadie te ha propuesto nunca un trueque? —pregunto sorprendido—. Qué gran lástima.

Hierbajo aterriza delante de mí y me pasa la bolsa que me ha regalado Sevro. Aja pregunta qué hay dentro.

—Ordena a los hombres que tienes en la villa que detengan la masacre y te lo diré.

—No negocio con críos.

Le doy una ligera patada a la bolsa con la bota para mostrarle a Aja que cualquiera que sea el contenido se mueve. La mujer frunce el ceño y puede que comience a entender de qué se trata. Utiliza el intercomunicador para decirle a sus hombres que abandonen.

—¿Qué hay en la condenada bolsa?

La abro y saco al heredero al Trono de la Mañana como si fuera un conejo recién atrapado. Lisandro tiene las manos y los pies atados con delicadeza, y sobre la boca le han puesto un pañuelo de seda para evitar que hiciera ruido. Se lo desato.

—Hola, Aja —dice.

Aja se precipita hacia él. Yo aparto al muchacho de su camino.

—No, no.

Acerco mi filo al cuello de Lisandro y dejo que se enrede en torno a él del mismo modo en que el afectuoso Oráculo se enroscó alrededor de mi muñeca.

El Caballero Proteico se queda inmóvil. Sus pretorianos contemplan la escena en silencio; sus yelmos negros y sus capas moradas los convierten en sombras. Los pocos miembros de la Casa de Belona dan unos pasos al frente. Aja les hace un gesto para que retrocedan.

—Al próximo que se mueva lo parto en dos. ¿Cómo te han cogido, Lisandro? Tus guardias...

—Fue Mustang —contesta el niño—. Vino a saludarme. Rajó mi ventana y me entregó a los Aulladores.

—¿Te han hecho daño?

—Tu turno de palabra se ha acabado, Aja —la interrumpo—. Dejarás que los miembros de mi casa salgan de la laguna. Dejarás que embarquen en el transporte que tengo en camino. Les dirás a los alas ligeras y luchadores que ocupan el cielo y el espacio por encima de la Luna que nos dejen pasar. O haré que mis Aulladores maten al niño.

—Prometiste proteger a la soberana —susurra Aja—. Y, sin embargo, ¿haces... esto? Es un niño. Está indefenso.

—Es parte del juego —dice Lisandro muy serio—. Tú también juegas, Aja. Todos estamos en el tablero.

—Ya ves, está menos indefenso que los sirvientes a los que has masacrado esta noche —interviene Quinn—. Menos que aquellos a quienes tu padre achicharró en Rea. Pero él es uno de los tuyos. Y por eso te importa, claro.

—Tú matarías a toda una familia para asegurarte de que tu soberana está a salvo —digo con frialdad—. Yo mataría a un niño para asegurarme de que mis amigos están a salvo. Vuelve a hablar, y le corto la mano izquierda.

Sabe que sería capaz de matar al crío.

Yo sé que no lo haría. No soy Karnus. Ni Evey ni Harmony, a pesar de lo que puedan pensar estos dorados. Así que aunque destaparan mi farol, me echaría atrás. De todas formas, en cuanto lo mate, ellos aniquilarán a todas las personas que conozco. El asesinato sería en vano.

Este es precisamente el motivo por el que me he creado una reputación como asesino, para tener ventaja en situaciones como esta. Si conocieran mi corazón, matarían a mis amigos uno por uno. Esto es una apuesta.

Apuesto por un orgullo de dos tipos. El primero es que la soberana no me permitirá matar a su único nieto, a quien ha criado desde su más tierna infancia para ocupar su lugar cuando llegue el momento. El segundo tipo de orgullo es que, en el fondo, Octavia no considerará una gran pérdida que Augusto y su familia escapen hoy. Posee la determinación y los medios para perseguirnos hasta los confines del Sistema. ¿Por qué destapar mi farol y arriesgarse a que su nieto muera? Esto lo sé por

cómo mató ella a su padre: no de inmediato, sino solo cuando obtuvo el apoyo de todos los anteriores seguidores del soberano, solo cuando ellos le pidieron que se levantase contra el gran tirano y reinara en su lugar.

Las mujeres como ella tienen paciencia. Si la soberana me dijera que hiciera lo peor, si me gritase que matara al niño y sufriera las consecuencias, sería algo temerario. Una demostración de poder contundente, brutal, como si dijera: «Llévate a mi nieto, no puedes hacerme daño». No, en lugar de eso fingiré debilidad, dejaré que me lleve esta victoria y luego hará recaer la perdición eterna sobre mí y sobre los míos. Me parece justo. Ya jugaremos a eso otro día.

Una nave ruge sobre nuestras cabezas. Una cigüeña: construidas para trasladar a hombres vestidos con caparzones estelares a los puntos de recogida, pero más lentas que una tortuga escalando una montaña. Las puertas se abren doscientos metros más arriba, como ordené. Mientras tengamos al niño, la velocidad de la nave no importa lo más mínimo. Por supuesto, Mustang se ha encargado de planearlo.

—Ahora vamos a recoger a nuestra gente, Aja. Haz saber a tus hombres que no deben hacer nada para impedirnoslo.

La mujer se limita a mirarme con fijeza, a observarme como una pantera escarnecida en un zoo, con ojos silenciosos, horribles, como si deseara que las barreras que nos separan desaparecieran.

—Sevro, Cardo, registrad la villa. Comprobad si alguien ha conseguido sobrevivir. —Salen disparados—. Quinn, vigila al niño. Los demás, sacad al archigobernador y a su comitiva de la laguna.

»Deberías anular las órdenes de los alas ligeras —le digo a Aja. Los patrulleros titilan en la oscuridad kilómetros por encima de nuestras cabezas—. Demasiado ruido y todo esto se convierte en una pesadilla para todos nosotros. La soberana masacra a una casa... pero ¡la casa escapa! Qué testimonio más ruin para su hambre, su impotencia. Qué debacle podría causar eso. —Le dedico una sonrisa de suficiencia—. Bueno, me temo que algunas casas podrían ponerse del lado de la casa ofendida. Algunas de ellas podrían tener miedo de que también las apagarán a ellas como si fueran velas en mitad de la noche. ¿Qué le sucedería a la pobre *Pax Solaris*, entonces?

Quinn se queda conmigo, con los dedos crispados sobre sus armas mientras Aja obedece mis órdenes. Yo mantengo una mano sobre el crío mientras el resto de los Aulladores se lanzan al agua y regresan a la superficie con miembros de la Casa de Augusto aferrados a ellos, empapados y resollando, algunos vestidos con ropa formal, otros con la armadura, la mayoría sin yelmo. Parece ser que estaban compartiendo el oxígeno.

Augusto se agarra a la espalda de Arpía. El Chacal al brazo de Payaso. Plinio a sus pies. ¿Dónde están mis amigos?

Los Aulladores depositan a los supervivientes en la plataforma de la cigüeña que se cierne sobre nosotros y vuelven a por el resto. Victra es la siguiente que sacan. No

lleva yelmo y tiene una herida en el cuello. Pero empuña su filo como si fuese la única cosa que la mantiene con vida. Ametralla coléricamente con la mirada a los pretorianos reunidos al borde de la laguna y luego me ve a mí. Sus ojos chisporrotean como piedras de escopeta. Su rabia se desvanece durante un instante y esboza una sonrisa de alegría, que se esfuma de inmediato para dar paso a los gritos:

—¡Os recordaré a todos con gran júbilo! —Ríe como una loca—. Empezando por ti, Aja au Grimus. Me haré un abrigo con tu pellejo.

Desaparece en las entrañas de la embarcación que nos sobrevuela. Roque es el siguiente con el que cargan hasta la superficie. Teodora está con él. Pronuncio una silenciosa plegaria de agradecimiento. Quinn me toca el hombro y le saluda con la mano. El delgado rostro de mi amigo estalla en una sonrisa al verla. Ni siquiera se percata de mi presencia. Y después desaparece también para aterrizar en la parte trasera de la nave. Justo después, Cardo regresa de la mansión ayudando a varios supervivientes, entre ellos los Telemanus y Tacto, que sangra por la docena de agujeros de su armadura dorada. Se ha resistido con ganas.

—¿Darrow? —grita—. ¡Puto loco! —Ve al nieto de la soberana y suelta una carcajada alegre—. Vaya, es estupendo. Estupendo. Te debo una copa, buen hombre...

Su voz va debilitándose a medida que asciende hacia el cielo, aunque todavía se las ingenia para hacer la cruz con los dedos y sacudirlos en dirección a Aja.

—Tacto —susurra Lisandro—. Es más alto que en los holos.

—Es el último —me dice Sevro.

—Dile a tu señora que los de Marte no nos humillamos tan fácilmente —le ordeno a Aja.

La lluvia cae con fuerza entre los dos. Chorrea sobre su rostro oscuro y hace que sus escalofriantes ojos destellen en la noche. Rompe el silencio que le había impuesto.

—Eso es lo que dijo el gobernador de Rea cuando mi Señor de la Ceniza fue a sofocar su rebelión. —Pronuncia esas palabras con una voz que no parece la suya. Es como si alguien hablara a través de ella—. Miró al hombre flacucho que envié con el ejército y se ríe y preguntó por qué debería humillarse ante mí, la perra parricida de un tirano muerto.

La soberana le habla a Aja al oído, a través del intercomunicador, y esta repite sus palabras. Se me hiela la sangre.

—El gobernador de Rea estaba sentado en el Trono de Hielo de su célebre Palacio de Cristal y le preguntó a uno de mis sirvientes: «¿Quién eres tú para insuflarle miedo a un hombre como yo? A mí, que descendo de la familia que talló el cielo en un lugar donde antaño no había más que un infierno de hielo y piedra. ¿Quién eres tú para obligarme a inclinar la cabeza?». Entonces golpeó al Señor de la Ceniza en el ojo con su cetro. «Vuelve a la Luna. Vuelve al Núcleo. El Exotramo es para criaturas de espaldas más fuertes». El gobernador de Rea no se humilló. Ahora su luna está

hecha cenizas. Su familia está hecha cenizas. Él está hecho cenizas. Así que corre, Darrow au Andrómeda. Vuelve a Marte, porque mis legiones te seguirán hasta los confines de este universo.

—Eso espero —digo.

—Tienes una moneda de cambio —me recuerda la soberana a través de Aja—. Mi nieto es tu salvoconducto. Si muere, borro tu nave del cielo. Utilízalo con inteligencia.

¿Por qué me está diciendo algo que ya sé?

—Es hora de irse, Darrow.

Quinn se apoya sobre mi hombro. Me pone una mano en la parte baja de la espalda, como para recordarme que no estoy solo. Hago un gesto de asentimiento con la cabeza. Ella me cubre la retaguardia mientras asciendo con el niño, con el filo culebreando alrededor de su cuello.

Quinn observa a los pretorianos con cautela y se eleva para seguirnos. Tengo una moneda de cambio.

¿Qué habrá querido decir la soberana con eso? ¿Estaba recordándome que solo podré gastarla una vez? ¿Que solo podré matar a Lisandro si estoy acorralado? Entonces veo por qué, mientras Quinn asciende, Aja la mira igual que un gato mira a un ratón.

—¡Aja, no! —chilla Lisandro.

—¡Quinn! —grito yo.

En un abrir y cerrar de ojos, Aja se precipita hacia delante, más rápida que cualquier felino que pueda existir. Agarra a Quinn por el pelo. A una velocidad de vértigo, mi amiga saca el filo para repeler a la gigantesca mujer. Pero es demasiado lenta. Aja le estrella la cabeza contra el suelo con la mano izquierda. La golpea en la sien. El puño de la armadura contra el hueso. Lo hace en cuatro ocasiones antes de que yo tenga siquiera tiempo de pestañear. Las piernas de Quinn patean y se retuercen, y la chica se hace un ovillo como una araña agonizante, contorsionándose a causa de las convulsiones. Aja se aparta y me mira sonriendo.

CIGÜEÑA

Saben que soy impulsivo. Quinn es el cebo. Aja es el anzuelo. Recuperarán a Lisandro si lo muerdo y ataco a Aja. Emplearán la milésima de segundo que mi filo pase alejado del cuello del crío para aturdirme o matarme. Oigo las armas preparadas a mi espalda, así que mantengo el filo pegado a la garganta de Lisandro. Las lágrimas me empañan la vista mientras permanezco allí, flotando impotente. Sacudo la cabeza cuando brota la agonía. No puedo dejarla. Pongo la marcha atrás en las gravibotas y regreso para recogerla del suelo. Pero antes de que pueda alcanzarla, otro dorado pasa a toda velocidad a mi lado, descendiendo desde más arriba, sin armadura, para levantarla del suelo y llevársela a la nave.

El Chacal.

Salgo disparado hacia arriba y me alejo, entre la lluvia, en dirección a las puertas de la nave. Aterrizo dentro de la cigüeña. Mis botas resuenan contra la cubierta de metal y me arrodillo. Empujo a Lisandro hacia el interior de la plataforma, hacia Sevro. El niño se cae al suelo. Varias docenas de augustanos empapados me miran con fijeza. Luego desvían la mirada hacia el crío. Llega el Chacal, cargando incómodamente a Quinn con un solo brazo.

Nuestra nave se eleva y la puerta se cierra con un siseo a nuestras espaldas. Roque se abre paso ente los demás para verme, luego mira al Chacal, a Quinn. Segundo a segundo, va perdiendo las fuerzas. El Chacal deja a Quinn en el suelo con delicadeza y se quita las gravibotas, demasiado pequeñas para él, que ha tomado prestadas de uno de los Aulladores.

Roque mueve la boca. No emite ningún sonido.

—¿Está...? —murmura al final.

—¿Hay algún amarillo a bordo? —me pregunta el Chacal.

Miro a Arpía.

Envío a Arpía hacia los camarotes principales.

—Encuentra a Mustang. Pregúntale a ella.

La chica echa a correr.

—El botiquín —exige el Chacal al tiempo que le toma el pulso a Quinn. Después, le mira las pupilas. Nadie se mueve—. ¡Ahora!

Roque se incorpora tambaleándose para ir buscarlo. Guijarro lo arranca de la pared y se lo lanza. Se lo acerca al Chacal. Con la mente totalmente bloqueada, miro a Quinn cuando otro ataque de convulsiones le retuerce el cuerpo y un sonido inhumano brota con estruendo de su nariz y su boca. A mi lado, Roque tiene la cara blanca como el papel. Con impotencia, estira las manos hacia la mujer que ama,

como si su mera voluntad pudiera arreglar lo que se ha roto; pero en el fondo sabe que es inútil. Se deja caer de rodillas.

El Chacal abre el botiquín y rebusca entre sus contenidos.

Su única mano se mueve con seguridad sobre los instrumentos que hay dentro hasta que da con una barra plateada no más larga que mi dedo índice. La agarra y la activa. El aparato emite un zumbido suave y una débil luz azul.

—Necesito que alguien me deje su terminal de datos. El pulso electromagnético se ha cargado el mío. —Nadie se mueve—. La chica morirá. Un condenado terminal de datos. Ya.

Le paso el mío. El Chacal no levanta la vista hacia mí, aunque se detiene un instante cuando ve mis características manos.

—Gracias por el rescate, Segador —dice apresuradamente.

—Dáselas a tu hermana.

Lisandro se levanta y viene a colocarse a mi lado. Observa en silencio, sin lágrimas en los ojos. Guijarro y Payaso se acuclillan. Nadie toca a Roque, aunque lo miran de reojo, con las manos apoyadas sobre las rodillas o los filos, susurrando a la suerte cualesquiera que sean las oraciones que susurren los dorados.

El Chacal mueve el aparato de resonancia magnética plateado sobre la cabeza de Quinn y estudia el holograma en mi terminal de datos. Maldice.

—¿Qué pasa? —pregunta Roque.

El Chacal titubea.

—Se le está hinchando el cerebro. Si no somos capaces de controlar la presión, tenemos un problema. —Hurga entre el equipamiento médico y desenmaraña una máquina con un tubo transparente—. Esa presión hará que el cerebro no reciba la circulación sanguínea adecuada. Se irá desecando a medida que los vasos se tensen debido a la hinchazón.

—¿Va a morir? —pregunto.

—No por la hinchazón —contesta el Chacal—. No si soy capaz de drenar el fluido y aliviar la presión según se va formando. Pero tendremos que inclinarle la cabeza para que la sangre pueda circular por las venas del cuello. Mantener la presión sanguínea estable. Conseguirle un suministro de oxígeno. —Levanta la mirada, tan delgado y mojado que pensaría que es rojo si no fuera por el pelo grisáceo—. Guijarro, ¿verdad? Encuéntrale oxígeno. Una mascarilla valdrá siempre y cuando no le cubra el rostro más arriba de la frente.

Guijarro se marcha.

Un nuevo ataque contorsiona el cuerpo de Quinn. La miro, impotente, y le pongo una mano en el hombro a Roque. Se encoge bajo el contacto.

Arpía regresa a la sala.

—Ni un condenado amarillo.

—¡Mierda! —exclama Payaso—. Mierda. Mierda. Mierda. Mierda.

Le da una patada a la pared.

El Chacal se detiene, mira a Roque y luego actúa. Señala a Payaso, Arpía y varios miembros de la Casa de Augusto.

—Necesito a alguien en cada uno de sus brazos y en la cabeza. Va a seguir teniendo convulsiones y, por algún motivo, sospecho que este va a ser un viaje agitado. Vamos a sacarla de esta maldita plataforma y a sujetarla durante la intervención. —Le recoge el pelo a Quinn en una coleta, me pide que la sujete y saca un pequeño ionizador del botiquín. Lo aprieta con los dientes mientras se lo pasa por la mano y esboza muecas de dolor mientras destruye las bacterias y los folículos de piel secos—. Payaso, escanéale el pelo. Todo el pelo.

El Chacal se pone en pie y le lanza el ionizador a Payaso, que se agacha y está punto de pasarlo sobre el pelo dorado de Quinn cuando Roque se lo arranca de las manos. Se queda de pie mirando a Quinn, incapaz de moverse.

—¿Cómo se llama? —le pregunta el Chacal.

—Quinn.

—Háblale. Cuéntale una historia.

Temblando ligeramente, Roque se sorbe la nariz y comienza a hablarle a Quinn en voz baja:

—Había una vez, en los tiempos de la Antigua Tierra, dos palomas que estaban locamente enamoradas la una de la otra...

Presiona el botón del ionizador y mueve la mano. Es algo íntimo. Como si la estuviera bañando. Ellos dos, solos, en algún lugar lejano. Mucho antes de que ella contara historias junto a las hogueras en el Instituto. Mucho antes de todo el horror.

Percibo el olor del pelo quemado cuando el Chacal se levanta y se acerca mí.

—¿Qué ha pasado ahí abajo? —pregunta—. ¿Era un puño de pulsos?

Lo miro sorprendido.

—¿No lo has visto? Aja ha usado las manos.

—Demonios. —Se le tensa la mandíbula. Estudia la escena con los ojos apagados—. ¿Cómo hemos llegado a esto?

—Octavia había planeado esta ruta desde el principio —digo en voz baja—. Antes incluso de que llegáramos a Marte, pretendía darle la archigobernaduría a los Belona. La gala era una trampa.

—¿Cuándo lo descubriste? ¿Antes o después del duelo?

—Antes —miento.

—Bien jugado. Nos hace parecer las víctimas. Veo que Mustang fracasó en su tarea.

—¿La envió tu padre para que se infiltrara en la corte de Octavia?

—No. Supongo que fue idea suya. Acercarse al dragón...

—Los Julii también están en nuestra contra.

Asiente, pensativo.

—Tiene sentido. Los políticos trataron de llevarse a Victra de nuestro lado antes de que llegaran Karnus y Aja.

—No pareces preocupado.

—Victra es la hija favorita de su madre. —Niega con la cabeza al recordar algo—. Pero ella se enfrentó a tres obsidianos por mí. A tres. Está con nosotros, en cuerpo y alma.

Observo a Roque mientras termina de quitarle el pelo a Quinn.

—¿Vivirá? —pregunto con voz queda.

—Tiene fragmentos de hueso en el tejido cerebral. Aunque detengamos la hinchazón, tiene una hemorragia. Severa.

Bajamos la mirada hacia Quinn, ahora calva. Con el rostro sereno. Solo unas pequeñas contusiones en un lado de la cabeza. Nadie adivinaría que por dentro se está muriendo. Roque le acaricia la frente con gran delicadeza, susurrándole palabras suaves.

—¿Puedes salvarla? —me vuelvo hacia el Chacal—. ¿Hay alguna oportunidad?

—Aquí no. Si consigues llevarnos a un área médica, entonces sí, hay una excelente oportunidad.

Roque le canta una canción sutil mientras levantan su cuerpo para trasladarla a otra sala. Es la que cantó junto a la hoguera mientras mi ejército comía en las tierras altas. Quinn estaba con Casio por aquel entonces, como parece que sucede con todas las mujeres en un momento u otro. Pero incluso ya en aquella época me di cuenta de que su mirada buscaba la de Roque. Ellos son las palomas mensajeras de su historia, surcando los cielos una y otra vez. Qué ilusionado estaba Roque por volver a reunirse con ella.

Me resquebrajo por dentro. Todavía puedo salvarla. Puedo solucionar esto.

La soberana tenía razón. No entendí bien el valor de mi moneda de cambio. ¿Qué iba a hacer? ¿Matar a su nieto si Aja mataba a Quinn? ¿Y si mataba a Sevro, a Mustang, a Roque? Tengo suerte de que no haya hecho daño a ninguno de ellos.

Me vuelvo para ver a Sevro.

Está de pie, inmóvil con su armadura, mirándonos, mirando a Roque sujetar a la chica que Sevro ama aunque jamás lo haya dicho, la chica a la que no podría tener. El dolor es brutal y está profundamente grabado en las arrugas de su cara de halcón. Sevro el insensible, inmune al dolor, a la tristeza, a que Lilath —la teniente del Chacal— le sacara un ojo; todo recae ahora sobre él. Quinn nunca llamó Trasgo a Sevro, como los demás. Victra le pone una mano en el hombro. Percibe el dolor, aunque no entienda a qué se debe. Él se la aparta.

—No te conozco —gruñe.

Victra se aparta.

—Lo siento.

—¿A qué estás esperando, Segador? —me pregunta malhumorado—. Todavía no hemos salido de esta roca.

Me hace un gesto con la cabeza para que le siga. Lo hago, y le pido a Victra que traiga al chaval de la soberana.

Sevro y yo trepamos por una escalera de mano y nos encontramos con Tacto en el estrecho pasillo que lleva a la cabina de pasajeros y la de vuelo.

—Eh, buen hombre —me llama Tacto, que se protege el hombro herido. El pelo mojado le cubre los ojos risueños. Habla a gritos, sin ninguna consideración por el estado de Quinn—, la próxima vez que tengas algo dramático preparado, dinos que vas a venir para que no nos meemos encima.

Lo aparto de mi camino y paso de largo.

—Ahora no, Tacto.

—Siempre tan aburrido. —Observa a Sevro—. Vaya, vaya. Trasgo. Buen hombre, has encogido aún más, si cabe.

Sevro no sonrío.

Entramos en la cabina de pasajeros, donde los miembros de la Casa de Augusto y los Aulladores se abrochan los cinturones de seguridad en las butacas preparándose para atravesar la atmósfera. Tacto nos sigue pisándonos los talones.

—Hola, psicópatas —saluda a los Aulladores—. Un placer volver a ver una vez más vuestras formas diminutas. Especialmente la tuya, Guijarro.

—Vete a la mierda —replica esta, que levanta la vista tras ayudar a uno de los sobrinos pequeños de Augusto a asegurarse en su asiento.

Tacto se acerca a mí una vez dejamos atrás la cabina de pasajeros.

—Buenos amigos si han venido a rescatarte. Creía que estaban dispersados por el Confín.

—Lo estábamos —apunta Sevro.

—¿Qué os ha hecho volver? —pregunta Tacto—. ¿El clima?

El Aullador no contesta.

Tacto se echa a reír a pesar de los numerosos agujeros que luce en la armadura.

—Justo como a ti te gustan, ¿eh, Darrow? Amigos que se juegan el cuello por estar siempre bajo tu sombra.

Me da un codazo, demasiado juguetonamente para mi gusto, y me deja unas ligeras manchas de sangre.

Llegamos ante la puerta cerrada de la cabina de vuelo. Tacto esboza una mueca de dolor cuando su hombro choca contra un mamparo. Sevro se queda rezagado.

—¿Cómo tienes el hombro? —pregunto.

—Mejor que la cabeza de esa chica de ahí atrás. Quinn, ¿verdad? La rápida de la Casa de Marte. Aja le ha atizado bien. Una pena. Me la habría llevado a...

Sevro le da una patada en las pelotas a Tacto desde atrás; le mete un pie entre las piernas y lo levanta con fuerza suficiente para abollar el metal. Luego le da un codazo en la sien y le barre las piernas con un rápido movimiento de kravats. Tres golpes más en las orejas antes de que Tacto toque el suelo. Sevro le pone una rodilla sobre la herida del hombro, un antebrazo en la garganta, la otra rodilla en la entepierna y con la mano libre hace oscilar un cuchillo sobre uno de sus ojos.

—Vuelve a mencionar a Quinn, y te cortaré las pelotas y te las meteré en las

cuencas de los ojos.

—Mi hermano siempre decía... mantén los ojos... en la pelota —dice Tacto entre resuellos.

La puerta metálica de la cabina se abre deslizándose hacia un lado. Augusto ocupa el umbral. Contempla la escena justo cuando Victra llega con Lisandro desde la popa del barco.

—Ya casi han acabado, señor —digo.

Paso por encima de Tacto y Sevro para unirme al archigobernador en la cabina. Victra hace lo mismo, aunque pisa a Tacto y le clava los tacones.

—Buen trabajo —le dice a Sevro.

—¡Que te den, bruja!

—¿Quién es el pequeñito? —me pregunta cuando nos metemos en la cabina y cerramos la puerta.

Se lo explico.

—¿El hijo del Caballero de la Furia? Un hombrecillo repugnante. Creo que no le caigo bien.

—No te lo tomes como algo personal.

El puente de mando es más grande que mi habitación en la villa de la Ciudadela. Una gran variedad de luces rodea las sillas del piloto y el copiloto. Mustang está sentada a la izquierda, una piloto azul a la derecha. La azul está conectada a la nave por medio de una toma de corriente. Una luz azul brilla bajo la piel de su sien izquierda. Mustang vuela, con la mano derecha sobre un prisma de control holográfico, hablando a toda prisa con la azul. La Tierra flota al otro lado del ventanal curvado. Augusto, Plinio y un cómicamente encorvado Kavax au Telemachus discuten nuestras opciones detrás de Mustang.

Todo está tranquilo.

—Bien hecho, Darrow —dice Augusto sin volver la vista hacia mí—. Aunque podrías haber escogido una nave mejor...

Mustang lo interrumpe.

—¿Qué está pasando ahí abajo? Dicen que hay alguien herido.

—Quinn se está muriendo —digo—. Tenemos que llevarla a un área médica, y rápido.

—Cuando entremos en órbita, aún estaremos a treinta minutos de nuestra flota —me informa Mustang.

—Vuela más rápido.

La nave tiembla cuando Mustang y la azul la presionan.

—Fue un buen plan —dice Kavax, que mira a Mustang con el rostro iluminado—. Fue un buen plan, Virginia, el de infiltrarte entre los miembros de la casa de la soberana. Igual que cuando eras niña. Aquella vez que Pax y tú os escondisteis entre los arbustos para escuchar al consejo de tu padre. ¡Si no hubiera sido porque Pax era más grande que los arbustos!

Estalla en una carcajada que asusta a la calmada azul.

Mustang estira una mano más pequeña que el codo del hombre para darle unas palmaditas en el antebrazo. Él se pavonea como un sabueso con un faisán entre los dientes, mirando a un lado y a otro para ver si todos nos hemos percatado del cumplido de Mustang. Se le dan bien los hombres más grandes que los osos.

El amor que refleja el rostro del hombre convierte en monstruoso el desinterés de Augusto. Y lo que es aún peor, pensar en el Chacal asesinando al hombre de este hijo me pone enfermo.

Mustang me dedica la más breve de las miradas. Lleva el pelo recogido en la nuca, el recuerdo de una sonrisa todavía le curva las comisuras de los labios, y es como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el corazón. No hay sonrisa para mí. Y el anillo del caballo ya no adorna su dedo.

Se hace el silencio durante un largo instante. Augusto se vuelve para mirarme.

—¿Debo asumir que Octavia intentó que tú también te sumaras a su casa?

—Lo intentó.

—Al cuerno. Apuesto a que le dijiste que se fuera al cuerno, ¿eh, chico? —retumba Kavax. Me da una palmada en el hombro que hace que me choque contra Victra—. Lo siento. —Está encorvado como un árbol en un invernadero demasiado alto para su tejado. De su roja barba bífida caen gotas de agua—. Lo siento —le dice a Victra.

—En realidad, lord Telemanus, su oferta me resultó tentadora. Se las ingenia para tratar a sus lanceros con respeto. No como otros.

Augusto no pierde el tiempo discutiendo.

—Le pondremos remedio a eso. Estoy en deuda contigo, Darrow. Siempre y cuando llegemos hasta mi flota.

—Estás tan en deuda con Mustang y los Aulladores como conmigo —digo.

—¿Qué es un Aullador? —pregunta.

—Mis amigos de armadura negra. Sevro es su líder.

—Sevro. Ese pequeño desgraciado que estaba encima de mi lancero, ¿verdad? —El archigobernador enarca una ceja—. Me pareció reconocerlo. El hijo de Fitchner. —Su tono de voz no me gusta en absoluto—. El que mató a ese mocoso de Príamo en el Paso.

—Está con nosotros, mi señor. Tan leal como mis propias manos.

Se abre la puerta y Sevro y Tacto se unen a nosotros. Todos nos volvemos para mirarlos. Sevro retrocede un poco.

—¿Qué? —pregunta desafiante.

Tacto se aparta rápidamente, lejos del alcance de Sevro.

—¿Tu lealtad es para conmigo o para con tu padre, Sevro? —pregunta Augusto.

—¿Qué padre? Soy el bastardo de un bastardo. —Sevro mira de arriba abajo al archigobernador, con escepticismo—. Con el debido respeto, mi señor, tú también podrías importarme una mierda pinchada en un palo. Tu hija me ha traído desde el

Confín. Mi lealtad es para con ella. Pero, sobre todo, para con el Segador. Eso es todo.

—Vigila tus modales, cachorrito —ruge Kavax.

—Debes de ser el padre de Pax. Siento que falleciera. Era un hombre por el que podría haber muerto. Pero veo que la belleza la sacó de su madre.

Kavax no está seguro de si lo está insultando.

Augusto hace la siguiente observación:

—Darrow, te debo una disculpa. Tenías razón. La lealtad, al parecer, puede prolongarse más allá del Instituto. Bien... Lisandro. —Augusto mira por los ventanales de la lanzadera. Ascendemos a ritmo constante. Se arrodilla para hablar con el niño—. He oído decir que eres un muchacho excepcional.

—Lo soy, mi señor —dice Lisandro lo más firmemente que puede—. Me examinan a menudo, y me preparo en todo tipo de estudios. Rara vez pierdo al ajedrez. Y cuando lo hago, aprendo, como debería.

—¿Sabes? Una vez tuve un hijo como tú, Lisandro. Pero estoy seguro de que ya lo sabías.

—Adrio au Augusto —dice Lisandro, que conoce la genealogía.

—No. —Augusto niega con la cabeza—. No. Mi hijo pequeño no se parece en nada a ti.

El niño frunce el ceño.

—Entonces el mayor. ¿Claudio au Augusto?

Mustang mira hacia atrás.

—Sí. —Augusto asiente—. Un niño bueno y especial con el corazón de un león. Mejor que yo. Más bueno. Un gobernante. —Me dedica una mirada extraña y cargada de significado—. Os habríais hecho amigos.

Lisandro intenta parecer dignificado.

—¿Qué le pasó?

—Esa parte no te la contaron, ¿verdad? Bueno, pues un enorme joven de la casa de Belona, de nombre Karnus, se tomó ciertas licencias con una joven a la que mi hijo estaba cortejando. Mi hijo se sintió ofendido y retó a Karnus a un duelo. Al final, cuando mi chaval estaba destrozado y sangrando, Karnus se arrodilló junto a él, le agarró la cabeza —Augusto rodea la cabeza de Lisandro con una mano— y se la aplastó contra los adoquines hasta que se abrió y todo lo especial que había en él salió a borbotones. —Le da unas palmaditas en la mejilla al niño—. Esperemos que tú nunca tengas que ver algo así.

—¿Es ese tu plan para mí? —pregunta Lisandro con valentía.

—Solo soy un monstruo cuando resulta práctico. —Augusto sonrío—. No creo que esta vez tenga que serlo. Ya ves, solo estamos intentando llegar a casa. Tú estarás a salvo siempre y cuando tu abuela nos franquee el paso.

—La abuela dice que eres un mentiroso.

—Qué irónico. Espero que le cuentes que te hemos tratado bien.

—Si me tratáis bien.

—Me parece justo. —Augusto acaricia el hombro del crío y se pone de pie—. Victra. Llévalo a la cabina de pasajeros.

Victra lo fulmina con la mirada. Por supuesto, Augusto escoge a la única mujer aparte de Mustang. Tacto se percata de su reacción y da un paso al frente.

—¿Podría hacerlo yo, mi señor? Hace bastante tiempo que no veo a mis propios hermanos. No me importaría charlar un rato con el crío.

Augusto asiente como pare decir que le da igual. Victra le da las gracias a Tacto, sorprendida ante el gesto. Él le guiña un ojo, me da un puñetazo en el hombro y le da unas palmadas en la cabeza a Lisandro con tal brusquedad que el niño está a punto de caerse al suelo. Odiaría conocer a los hermanos de Tacto.

—Vamos, enanito. Dime, ¿has estado alguna vez en un club de Perlas? —le pregunta mientras se lo lleva—. Las chicas y los chicos que hay en ellos son espectaculares...

La pesada cigüeña asciende sin parar. Dentro de dos minutos, entraremos en contacto con el borde de la atmósfera.

—Intentaron matarme mientras dormía —murmura Augusto—. Octavia sabe que no se lo perdonaré.

—Vendrá a Marte —aseguro.

—¿No hay posibilidad de hacer las paces?

—¿Hacer las paces? —gruñe Mustang—. ¿Hacer las paces con la mujer que quemó una luna, Plinio? ¿Eres idiota?

—La paz preservará tu línea, mi señor. Más que la guerra. Ponte en contra de la soberana, y ¿qué esperanza quedará? —Plinio no es ningún tonto con la retórica—. Sus flotas son inmensas. Sus caudales, infinitos. Tu nombre, tu honor, por muy excelentes que sean, no pueden aguantar bajo el peso de la Sociedad. Mi señor, me alzaste a tu lado por mi valía. Porque confiabas en mis consejos. Sin ti, yo no soy nada. Tu estima es lo único que valoro. Así que presta atención a mi consejo ahora, si aún lo tomas en consideración, y no permitas que esta herida contra la soberana se ulcere. No dejes que surja una guerra de esto. Recuerda Rea, sí, y cómo ardió. Preserva tu noble familia con paz, por cualquier medio.

Augusto alza la voz.

—Cuando la soberana me presionó, agaché la cabeza como todo dorado debería hacer, con elegancia, con dignidad. Pero ahora me lanza una cuchillada, y bajo la elegancia, bajo el aplomo, su espada encontrará hierro. Nos dirigimos hacia Marte, y hacia la guerra.

—Estamos llegando a la capa baja de la atmósfera —anuncia Mustang—. Agarraos.

—¿Qué es esa luz? —pregunta Sevro—. La que parpadea sobre el altímetro.

La azul espeta una respuesta:

—La puerta de la bodega de cargo se está abriendo, *dominus*.

—La bodega de carga... —Frunzo el ceño—. ¿Puedes controlarla manualmente?

—No, *dominus*. Tengo el acceso bloqueado.

¿Por qué iba a abrirse la puerta de la bodega de...?

—¡Se ha ofrecido! —exclama Mustang, presa del pánico—. Tacto se ha ofrecido voluntario.

—No —rujo sobresaltando a todo el mundo excepto a Mustang. Nos hemos dado cuenta a la vez—. Sevro, Victra, ¡a mí!

Me doy la vuelta y franqueo a toda velocidad las puertas de la cabina, con la cabeza agachada mientras avanzo lo más rápido que puedo hacia la parte trasera de la nave.

—Preparaos para maniobra evasiva —oigo decir a Mustang en la cabina.

—¿Qué está pasando? —gimotea Plinio.

—¡TACTO! —grito.

Victra y Sevro corren detrás de mí. El resto de los Aulladores y de los miembros de la casa tratan de llamar mi atención, confundidos, mientras atravieso la cabina de pasajeros a toda prisa.

Muecas se desabrocha el cinturón.

—Ha pasado con el niño.

—¡Abajo! —grito, y lo empujo contra su asiento—. ¡Que todo el mundo se quede sentado!

Tacto no lo haría. No podría. Pero ¿por qué demonios no? ¿Por qué debería asumir que no haría lo que más le convenga? Forma parte de su naturaleza.

Bajamos por las barandillas hasta el nivel de almacenaje, más allá de la habitación donde el Chacal opera a Quinn. Empujo la puerta de la bodega de carga y recibo el saludo del aullido del viento. La escotilla abierta muestra la oscuridad herida por las luces de la ciudad, mucho más abajo. Payaso y un lancero de Augusto yacen en la rampa, inconscientes y sangrando. Se van deslizando poco a poco por el suelo inclinado hacia la puerta abierta. En cuanto a Tacto, no es más que un punto distante en la oscuridad. No lo veo con claridad, pero sé lo que se ha llevado: a Lisandro.

—Sevro. —Agarro a mi amigo por el hombro—. ¡Para!

Está furioso. Parece estar a punto de saltar desde la parte trasera del barco y seguir a Tacto por el aire. No puede. Es demasiado tarde. En lugar de eso, recogemos a los dos dorados inconscientes antes de que se caigan rampa abajo. Victra manipula el panel de control para cerrar la puerta, que obedece con un siseo.

—No dispone de ningún equipo de comunicación —dice Victra sin aliento—. No después del pulso electromagnético.

—No necesita el condenado equipo. —Sevro señala los pies desnudos de Payaso—. Ese cabrón lleva gravibotas. En cuanto alcance los escáneres de los alas ligeras, lo recogerán.

Hago cálculos.

—Tenemos dos minutos antes de que envíen partidas de abordaje.

SONDEAINFIERNOS

Debería haber sabido lo que haría Tacto. Mató a su primera primus, Tamara, en el Instituto. Solo le impulsa la fuerza. No busca más que la victoria. Sabía que era una bestia, pero pensaba que era mi bestia. Creía que podía confiar en él. No, creía que podía cambiarlo. Me maldigo. Estúpido arrogante. Furibundo, regreso al puente de mando, donde Augusto se dirige a la piloto azul.

—Piloto, ¿podrás sacarnos de esta?

—No, *dominus*. Los modelos geomet no muestran probabilidad de escape.

Su respuesta es típicamente azul: emocionalmente distante, eficiente y declarativa. Tiene un cuerpo delgado, un tanto aviar. Como si estuviera hecha de ramitas, con el cuello largo y la cabeza calva ligeramente más pequeña. Tiene los ojos grandes y tan asombrosamente increíbles como los tatuajes digitales de su cabeza. Cuando se mueve, da la sensación de estar sumergida en agua. Oriunda de asteroide, a juzgar por su acento monótono.

—¿Cuál es el escenario más probable?

—Destruirán nuestros motores con fuego de alas ligeras. Lo cual provocará una brecha en el casco que matará a todos los pasajeros. Alternativamente, provocará un ataque de naves sanguijuelas. Que capturarán a todos los pasajeros.

—O simplemente nos freirán desde el condenado cielo —añade Sevro.

—Azul, ponme a salvo en mi nave y recibirás el mando de una fragata —le ofrece Augusto.

—Preferiría un crucero —señala ella.

—Que sea un crucero, entonces.

—Muy bien. —La azul ajusta varios controles—. Volaré bien, pero el paradigma debe alterarse antes de que se enfrenten a nuestro barco, si queremos sobrevivir.

La cigüeña asciende hacia el límite de la atmósfera de la Luna. Esta nave es un animal de panza enorme. Llena de espacio de almacenaje, porque tan solo están pensadas para parir soldados por los tubos de sus tripas. Los hombres como yo la destrozamos con nuestros alas ligeras. Utilizábamos este tipo de naves en la Academia para lanzar a hombres con caparazones estelares a las bases asteroides enemigas.

El fuego de fricción envuelve la nave.

—Si el casco se agrieta, aguantad la respiración, *dominii* —ordena la piloto—. No tenemos suficientes cascos de supervivencia a bordo.

Victra frunce el ceño.

—Nos explotarán los pulmones si lo hacemos.

—Entonces exhala —le replica la azul— y disfruta de treinta segundos de vida mientras te explotan los oídos y los vasos sanguíneos se te hinchan como globos. Yo aguantaré la respiración.

Sevro se vuelve para mirarme, con los ojos como platos.

—Odio el espacio.

—Tú lo odias todo.

Salimos de la atmósfera de la Luna. El fuego se desvanece y nos deslizamos hacia el espacio abierto, donde los buques capitales de la armada planean como mastodontes del profundo mar de Europa. Las torretas salpican sus cascos como si fueran percebes y las plataformas de los hangares les rebanan el vientre como si fuesen branquias gigantes. Las naves comerciales navegan despacio por los carriles de transporte. Los alas ligeras y las avispas se ocupan de sus patrullas. Nadie repara en nuestra presencia excepto los que nos escoltan desde la Luna. La soberana no la ha comunicado. El tiempo se acaba.

No hay adonde huir. Pensábamos que pasaríamos justo por debajo de los cañones de riel de la Armada del Cetro cuando teníamos a Lisandro. Pero ahora tendremos que soportar una carrera de baquetas.

Nuestra piloto está tan calmada que parece de metal.

Dijo que el paradigma debe cambiar.

¿Qué puedo hacer? Piensa, piensa.

—Estableceremos comunicación con uno de los barcos —dice Augusto—. Los sobornaremos para que nos protejan. Todo hombre tiene un precio.

—Estamos bloqueados. Ni siquiera podemos contactar con nadie —le recuerda Mustang.

Vamos a morir. Todos lo sabemos. Augusto no se deja invadir por el pánico ni abandona su determinación. No sé cómo pensaba que se enfrentaría a la muerte. Tal vez albergase la esperanza de que lloriqueara y empalideciese. Pero, a pesar de todos sus defectos, es fuerte de espíritu. Al cabo de un momento, apoya una mano huesuda sobre el hombro de Mustang, que da un respingo, sorprendida.

—Vengan misiles o naves de abordaje, morid como dorados —nos dice Augusto con solemnidad.

Y no porque desee que pensemos que es fuerte durante sus últimos momentos, sino porque realmente cree en lo que es: un ser superior, el amo de sus debilidades humanas. Para él, la muerte no es más que la fragilidad definitiva. Los humanos gimotean cuando mueren. Se aferran a la vida aun cuando no hay esperanza. Él no lo hará. La muerte no es superior a su orgullo.

En muchos sentidos, los dorados se parecen enormemente a los rojos. Los sondeainfiernos se encaminan hacia la muerte por sus familias, por el orgullo de su clan. No sollozan cuando las minas se derrumban a su alrededor, ni cuando las víboras surgen de entre las sombras. Caen y sus amigos lloran y apartan sus cadáveres a un lado. Pero tenemos la esperanza del valle. ¿Qué tienen los dorados?

Cuando perecen, su carne se marchita y sus nombres y sus hazañas perduran hasta que el tiempo las barre. Y eso es todo. Si alguien tuviera que luchar por su vida ahora mismo, deberían ser los áureos.

Yo lucho porque porto la antorcha de algo que no debe morir, que no debe apagarse. Por eso agarro a Sevro por los hombros y, con una carcajada horrible, escalofriante, le digo a la piloto que nos acerque a la nave más mortífera en órbita, a la que ahora se ha escorado para interceptarnos.

—Aproxímanos al Vanguardia —le repito a la azul.

—Eso provocaría que nuestras probabilidades de supervivencia disminuyeran un...

—No me hables de probabilidades, haz lo que te digo —ordeno.

Todo el mundo se vuelve y me mira. No porque haya dicho algo extraño, sino porque han estado esperando para volverse y mirarme. Todos han estado rogando en silencio para que se me ocurriera algún plan. Incluso Augusto.

Eo decía que la gente siempre miraría hacia mí. Creía que tenía alguna cualidad, una especie de esencia que daba esperanza. No suelo sentirla en mi interior. Ahora mismo no tengo ni una pizca de esperanza. Solo miedo. Por dentro me siento como un crío inmaduro —enfadado, petulante, egoísta, culpable, triste, solo— y aun así me miran a mí. Casi me derrumbo bajo sus miradas, casi me desvanezco y le pido a otro que tome las riendas. No puedo hacerlo. Soy pequeño. No soy más que un mentiroso dentro de un cuerpo tallado. Pero ese sueño no debe apagarse.

Así que yo actúo y ellos miran.

—¿Te ha dado el mal del espacio? —pregunta Victra—. Cuando se den cuenta de que no tenemos al niño...

—Ponte en posición hacia el puente del Vanguardia —le dice Mustang a la azul.

Augusto me hace un breve gesto con la cabeza, ha comprendido lo que planeo.

—*Hic sunt leones.*

—*Hic sunt leones* —repito, pero reservo mi última mirada para Mustang, no para el hombre que colgó a mi esposa. Ella no se da cuenta.

Salgo del puente con Sevro a toda velocidad. Algo impacta contra nuestro barco. El casco se estremece. Ya saben que no tenemos a Lisandro.

—¡Aulladores! ¡Levantaos! —grito.

Arpía levanta las manos al cielo.

—Creía que habías dicho...

—¡ARRIBA! —rujo.

Las luces secundarias rojas bañan las plataformas de lanzamiento con tonos sangrientos mientras Sevro y yo nos insertamos en los fríos caparazones estelares. Me tumbo con la armadura puesta y Arpía me abrocha los pies a los estribos y cierra las piernas del caparazón sobre mis huesos. Los Aulladores se mueven con rapidez aun cuando la cigüeña da un bandazo a causa de otro misil que está a punto de alcanzarla. El ulular de una sirena informa de una grieta en el casco. Intento ralentizar la

respiración mientras Victra me encaja la cabeza en el casco del caparazón estelar.

—Buena suerte.

Me acerca la cara. Antes de que pueda detenerla, posa sus labios sobre los míos. No me aparto, no estando tan cerca de la muerte. Permito que separe los labios y los ponga, cálidos y consoladores, en torno a los míos. El momento humano termina y ella desaparece tras bajar el ingente visor de mi casco. Mis Aulladores aúllan y se carcajean ante la escena. No puedo evitar desear que hubiera sido Mustang quien me hubiese besado y encerrado en esta lata. Pero entonces la pantalla digital se adueña de mi campo de visión y desaparezco, dejando atrás a mis amigos, por el tubo de metal que va a lanzarme al espacio.

«Concéntrate».

Estoy hecho un ovillo, boca abajo, en el escupidor. Aquí es donde la mayoría se mearía encima, aislado de los amigos, de la calidez de la vida. No hay gravedad en el tubo. No está presurizada. Odio su ingravidez.

No puedo mirar hacia arriba o se me partirá el cuello cuando me lancen. No puedo volverme de costado. Mi caparazón estelar está acoplado a mil ganchos magnéticos que parecen dientes. Se fijan en sus enganches como insectos minúsculos, castañeteando.

Dentro de unos momentos me dispararán hacia el espacio. Me cuesta respirar. El corazón me golpea el esternón estrepitosamente. Me empapo del terror de mi cuerpo y sonrío. En la Academia dijeron que era un suicidio querer lanzarme solo. Tal vez tuvieran razón.

Pero para esto me hicieron. Para sondear el infierno.

Soy un escarabajo humano en una coraza de metal, armas y motores que costó más que la mayoría de las naves. Tengo un cañón de pulsos en el brazo derecho. Cuando lo necesite, florecerá como un capullo de hemanto.

Pienso en la vez que Eo dejó un hemanto delante de la puerta de mi casa, cuando arranqué uno de la pared la noche que se suponía que iba a ganar el Laurel. Qué lejanos me parecen esos cálidos días de este lugar gélido, donde los pétalos son de metal en lugar de suaves como la seda.

—Nos están inmovilizando. Partidas de abordaje inminentes —dice la voz de Mustang a través del comunicador—. Preparando vuestro lanzamiento.

La nave gime cuando otro misil está a punto de alcanzarnos. Nuestros escudos han caído. Lo único que nos mantiene de una pieza es el desvencijado casco de la cigüeña.

—Apunta bien.

—Siempre. Darrow... —Su silencio dice un millar de cosas.

—Lo siento —le contesto.

—Buena suerte.

—Esto no es divertido —gruñe Sevro.

El sistema hidráulico del barco sisea y los dientes de metal me propulsan hacia

delante por el tubo hasta cargarme en la cámara. A escasos centímetros de mi cabeza, la corriente magnética del cañón de riel emite un zumbido pavoroso, retándome a mirar en su dirección.

Dicen que muchos dorados son incapaces de soportar esto, que incluso los Únicos pueden dejarse arrastrar por el pánico y gritar y llorar en el escupidor. Me lo creo. Los florecillas tendrían un ataque al corazón en este preciso instante. Algunos ni siquiera pueden embarcarse en una astronave por miedo a los espacios pequeños y a la vastedad del espacio. Tontos debiluchos. Yo nací en una casa más pequeña que la bodega de carga de esta nave. Me pasaba la vida en el extremo de una Garra Perforadora que hace que este tubo parezca un juego de niños, sin dejar de sudar y mearme hasta el alma en una escalfandra improvisada con chatarra.

Pero el terror sigue ahí.

«Mira cómo ataca una víbora, hijo. —Una vez mi padre me agarró por la muñeca y me hizo jugar a esto—. Mira cómo se enrosca cada vez más arriba hasta que llega a su objetivo. No te muevas antes de ese momento. No la ataques con tu falce. Si lo haces, te cogerá. Te matará. Muévete justo cuando comience a bajar. Hazlo con el mayor terror de tu vida. No actúes hasta que estés lo más asustado que puedas estar, entonces...». Chasqueó los dedos.

Estoy en ese punto en el que la música de las máquinas lo domina todo. Los clics y los clacs, los siseos y los zumbidos reverberan por el casco de la nave. Comienza una cuenta atrás.

—¿Listos por ahí, Trasgo? —le pregunto a Sevro por el intercomunicador.

—*Cacatne ursus in silvis?*

¿Caga un oso en los bosques? La cigüeña gira y se estremece. Más aullidos de sirenas.

—¿Latín? ¿Ahora?

—*Audentes fortuna juvat* —dice Sevro entre rosas.

—¿La fortuna favorece a los audaces? Mereces morir si de verdad esa es la última cosa que vas a decir en esta vida.

—¿Sí? Bueno, puedes chuparme la...

Mi corazón se aferra a su ritmo descendiente.

Los dientes de metal me empujan hacia la corriente magnética del tubo. Y sucede. Aun a través del traje, las fuerzas gravitatorias me golpean como un revés del dios del trueno de los obsidianos. Mi campo visual se tiñe de negro. El estómago se me sube a la garganta. Se me contraen los pulmones. La sangre se me ralentiza en las venas. Me doblo hacia delante. Las luces revolotean en mis ojos. No veo las paredes del tubo a través del que me disparan. Ni siquiera veo el barco que me ha traído hasta aquí. Veo la cara de Eo en la oscuridad. Me desmayo. Los cuerpos no pueden soportar algo así. Demasiada velocidad.

Oscuridad.

Después la oscuridad tiene agujeros.

Estrellas.

No hay entretanto. Estoy en la nave y, un segundo después, desplazándome por las profundidades del espacio a diez veces la velocidad del sonido.

Muchos se cagan en sus trajes en este momento. No es cuestión de miedo. Es biología y física. El cuerpo humano no puede aguantar tanto. Mickey el Tallista se aseguró de que el mío pudiera aguantar solo un poquito más. Espero que el de Sevro también.

Avanzo silenciosamente por el espacio. Confío en que Sevro esté cerca de mí. No puedo verlo, ni siquiera en los sensores. Todo es demasiado rápido. Me dirijo hacia el barco más grande de la Armada del Cetro, hacia el que deberíamos evitar. Todo sucede en seis segundos. Los misiles de emergencia pasan a nuestro lado como rayos. Los artilleros nos tienen en su punto de mira. Saben lo que está pasando. Pero no llevamos propulsores, así que los misiles no pueden acoplarse. El fuego antiaéreo no puede estallar con un detonador tan corto. Los cartuchos sin explotar pasan volando junto a nosotros, y casi me alcanzan. Nuestra piloto ha realizado un disparo perfecto.

Los cañones de riel tampoco son efectivos. Los proyectiles nos superan a toda velocidad. Sevro aúlla por el intercomunicador. Tienen los escudos bajados. No pueden subirlos a la velocidad necesaria. Tardan demasiado. Un azul iridiscente titila sobre su casco cuando los escudos de pulsos se encienden.

«Demasiado tarde, hijos de puta. Demasiado tarde, maldita sea».

No puedo pensar. Estoy gritando por dentro. Riendo como las llamas de un incendio descontrolado. Riendo porque sé que estos guerreros lógicos no pueden combatir contra mi locura.

El puente está cerca. Lanzo una mirada hacia arriba. Veo dorados en el interior rugiéndose los unos a los otros. Apresurándose en dirección a sus evacutrajés o cápsulas de escape. Mirándonos con fijeza mientras nos acercamos, igual que Mustang cuando mis caballos de la Casa de Marte colisionaron contra ella y contra Pax en un campo enlodado. Nuestra furia es algo único. Algo que estos nacidos de la Luna no entienden.

Los azules se dispersan. Los obsidianos sacan sus armas. Dos dorados se ponen mascarillas y desenvainan los filos, listos para la caza. Cuando falta un segundo para que impactemos, disparo mi cañón de pulsos. Aporrea el grueso cristal. Disparo otra vez, y otra, y otra, y otra. Entonces me hago un ovillo y choco contra el ventanal del puente con toda la velocidad del lanzamiento y, además, un impulso de último momento proporcionado por mis botas de propulsores.

El grito de un loco surge de mi interior como un rugido.

MANCHAS

Exploto en el puente como una bola de plomo disparada contra una tienda de porcelana y cristal. Colisiono con pantallas y mesas de estrategia antes de atravesar como un proyectil las paredes de metal reforzado del puente de mando y el acero de los corredores hasta que al final me estrello con todo mi peso contra un mamparo situado cien metros más allá del puente. Aturdido. No encuentro a Sevro. Lo llamo por el intercomunicador. Gruñe algo relacionado con su culo. Tal vez sí se ha cagado.

No los oímos debido a los cascos que nos cubren la cabeza, pero los aullidos llenan la nave cuando el vacío del espacio absorbe a los tripulantes hacia la muerte. En realidad, no es tanto que el vacío los absorba a través de las ventanas hechas añicos como que la presión interna del propio barco los expulse. De cualquier manera, los azules, naranjas y dorados vuelan entre gritos hacia el espacio. Los obsidianos se van en silencio. No es que importe. El espacio los acalla a todos al final.

Mi brazo izquierdo escupe chispas. Mi cañón de pulsos está destrozado. Dentro del traje, el brazo me duele horrores. Tengo una conmoción. Vomito en el interior del casco, que se llena de un hedor ácido que hace que me piquen las fosas nasales. Pero conservo los pies, y el brazo derecho me funciona bastante bien. El protector de visión está rajado. Me tambaleo cuando también siento la fuerza que me atrae hacia el puente.

Regreso reptando por los agujeros que yo mismo he creado en las paredes. Consigo llegar al puente de mando para encontrarlo transformado en un caos. Los miembros de la tripulación se aferran a cualquier cosa para evitar ser succionados hacia la fría oscuridad. Una chica dorada pasa junto a mí dando vueltas en el aire. Finalmente, las luces rojas comienzan a destellar. Los mamparos de emergencia se cierran en esta parte de la nave para aislar la fuga de presión. Uno comienza a cerrarse a mi espalda para reforzar una de las paredes que he atravesado. Lo sujeto cuando veo que Sevro se dirige hacia mí. El metal gime contra el brazo robótico de mi caparazón estelar. Sevro lo atraviesa en el último momento lanzándose de cabeza y la puerta se cierra herméticamente. El puente de mando está bloqueado con nosotros dentro. Perfecto.

El viento de la presión muere detrás de nosotros cuando las lamas de duroacero comienzan a cubrir los ventanales destruidos. Los oficiales del barco y la tripulación se levantan del suelo esforzándose por recuperar la respiración, pero no hay aire. El oxígeno y la presión aún se bombean hacia el fondo de la habitación. Así que los que llevan mascarillas —los dorados, obsidianos y azules— observan plácidamente a los

pocos mayordomos rosas y técnicos naranjas que boquean como peces, resollando en busca de un aire que no existe. Un rosa vomita sangre, los pulmones le han estallado en el pecho porque ha intentado aguantar la respiración. Los azules contemplan sus muertes con horror. Nunca habían visto a un hombre morir. Están acostumbrados a ver parpadeos que desaparecen en los escáneres. Tal vez, la explosión de una nave lejana o que estalla en llamas tras el abordaje de los obsidianos y los grises. Su forma de comprender la agonía empieza a reajustarse.

Los obsidianos y los dorados no reaccionan ante la escena. Algunos grises tratan de administrar los primeros auxilios, pero es demasiado tarde. Para cuando los niveles de presión y oxígeno se normalizan, los colores inferiores están muertos. Nunca olvidaré esas caras. Yo les he provocado esto. ¿Cuántas familias llorarán a causa de lo que yo he hecho aquí?

Furioso, estampo mi bota de metal contra la cubierta metálica. Tres veces. Y quienes no han hecho nada mientras sus aliados morían se vuelven hacia Sevro y hacia mí, ataviados con nuestros trajes de matar.

Vaya, resulta que ahora esos rostros dorados y obsidianos sí transmiten emociones.

Un obsidiano nos ataca con una pica de presión. Sevro le golpea una sola vez, aplastando al gigantesco hombre con un puño de metal. Los otros cuatro se unen y nos atacan entonando uno de sus odiosos cánticos de guerra. Sevro les planta cara, encantado por ser al fin el más corpulento de la sala. Yo me enfrento a un escuadrón de grises que tratan de encontrar sus armas.

Así son las cosas. Somos hombres de metal luchando contra hombres de carne y huesos desorganizados. Como puños de acero golpeando el interior de una sandía. Nunca he matado a hombres con tan poca consideración. Y me asusta lo fácil que me resulta en la guerra. Aquí no hay ambigüedad, nada de violaciones del credo moral. Estas personas son colores. O me matan o los mataré yo. Es más sencillo que el Paso. Más sencillo porque no los conozco, no conozco a sus hermanos y hermanas, porque utilizo metal en lugar de mi propia carne para empujarlos a través de la oscura puerta de la muerte.

Se me da bien, soy mejor que Sevro con mundos de diferencia, y eso me aterroriza por encima de todo lo demás.

Soy el Segador. Las dudas que pudiera albergar en mi interior se desmoronan y siento la mancha que trepa sigilosamente por mi alma.

Hacemos cuanto podemos por salvar a los azules. El puente de mando es grande, pero no hay muchos obsidianos ni grises con armas de proyectiles y energía. No hay razón para que estén aquí; nadie ha entrado jamás a través de los ventanales. Dos mujeres doradas con filos son la verdadera amenaza. Una es alta y corpulenta. La otra tiene un rostro vivo que se contrae de desesperación cuando carga contra nosotros. Con sus filos, podrían cortar incluso nuestros trajes por la mirada, así que Sevro les dispara desde cierta distancia con su cañón de pulsos, sobrecarga sus égidas y la

energía se desborda hacia sus armaduras, donde sobrecarga sus escudos de pulsos y se come el metal hasta derretir a las doradas. Este es el motivo por el que controlan la tecnología. Los humanos, da igual cuál sea su color, son frágiles como pichones en la picadora de carne de la muerte.

Con mis enemigos ya muertos, me vuelvo hacia los azules de los fosos.

—¿Hay un capitán?

Con el traje puesto, soy casi un metro más alto que ellos. Continúan mirando el desastre en que hemos convertido a los demás. Debo de ser una pesadilla andante. Con el brazo escupiendo chispas. El traje medio destrozado. Blandiendo un filo terrible.

—No tengo todo el día para amenazar y dar patadas. Sois hombres y mujeres eruditos. Esta nave no es vuestra. Tan solo la llenáis para el dorado que la comanda. Ahora soy yo quien la comanda. Así que, ¿hay algún capitán azul por aquí?

El capitán ha sobrevivido. Es un hombre de aspecto plácido y aseado, de miembros más grandes que el torso, con una cuchillada reciente en la cara que le duele terriblemente. Tiembla y se sorbe la nariz, sujetándose la herida como si se le fuera a caer la cara si apartase las manos. Mi madre lo habría llamado un calzonazos comemierda. Eo habría empleado una estrategia diferente, así que me acerco a él y hablo en voz baja.

—Estás a salvo —le aseguro—. No intentes nada temerario.

Me quito el casco. El vómito comienza a gotear. Le digo que tiene que irse a la esquina y arrancarse la insignia en forma de estrella que indica su rango. Tembloroso, no tiene oportunidad de obedecer. Sevro se precipita hacia él, le arranca la insignia y luego lo levanta a él y lo zarandea como a una muñeca.

Una mujer de cara alargada, porte orgulloso y piel olivácea y oscura resopla ante la humillación. Su mirada es peculiarmente astuta para una azul. Calva, como los demás, los tatuajes digitales azul oscuro le serpentean no solo por la coronilla y las sienes, sino también por las manos y el cuello. Sevro regresa a mi lado dando zancadas.

—Sevro, deja de tocar las narices.

—Me gusta ser grande.

—Yo soy todavía más grande.

Intenta hacerme la cruz dentro del traje, pero los dedos mecánicos no son tan ágiles.

Doy órdenes a los azules de los fosos de control para que den acceso a nuestros amigos de la cigüeña a uno de los hangares. Después de volver a ocupar sus puestos, obedecen. Aquí todos son leales porque los tengo bajo mi poder. Pero en el resto de la nave... ¿quién sabe? Puede que sean leales a la soberana. O puede que solo sean leales al hombre que gobierna este barco. Sería estúpido pensar que todos ellos operan bajo el mismo credo. Tendré que obligarlos.

En una pantalla veo cómo la cigüeña se desliza hacia el interior de uno de los

hangares. A duras penas se mantiene de una pieza gracias a los tornillos. Dos naves sanguijuela la engalanan. Mis Aulladores tendrán que repeler a los escuadrones de asesinos que transportaban. Puede que lo consigan, pero si los obsidianos y grises del Vanguardia los sitian en el hangar, todo está perdido.

Ahora nos llegan ruidos desde el mamparo que conecta el puente con el resto de la nave. Un siseo escalofriante. La puerta se ilumina de color rojo por el calor, una pupila minúscula en el centro del duroacero grueso y gris. Marineros obsidianos y grises, sin duda encabezados por algún dorado, se esfuerzan por recuperar el barco. Debería llevarles un rato.

—¿Hay alguna holocámara en el vestíbulo? —pregunto.

Dudan.

—¡Espacio exterior, pedazo de memos! —exclama la azul en la que había reparado antes.

Aparta a otro azul del medio y sincroniza sus tatuajes con la consola. En una de las pantallas aparece un holo que confirma mis temores. Los dorados encabezan la partida que intenta abrirse camino hasta el puente.

—Enséñame la sala de máquinas, los nexos de apoyo vital y los hangares — ordeno.

Lo hace. Una vez más, los dorados lideran grupos de marineros grises y esclavalleros obsidianos para tomar los sistemas vitales del barco. Intentarán arrebatarme el control. Aun peor, intentarán abordar o destruir la cigüeña para matar o capturar a Mustang y mis amigos.

—¿Quién quiere este barco? —pregunto con aspereza.

Camino a lo largo del podio de mando elevado, aparto de una patada un cadáver que se interponía en mi camino y agacho la cabeza hacia los azules del foso de comunicaciones. Son dos mujeres de mi misma edad, y esquivan mi mirada. Sus rostros pálidos y frescos, como la nieve de la mañana, están ahora manchados con regueros de lágrimas y mugre. Sus enormes ojos cerúleos están rodeados de heridas e inyectados en sangre. Hoy han visto morir amigos, y aquí estoy yo, egoístamente encolerizado, actuando como si esto fuera una victoria. Qué fácil me resulta perderme a mí mismo.

«Nunca debo olvidar lo que soy —me recuerdo—. Nunca debo olvidar».

Una docena de barcos y el mando de tierra de la Ciudadela intentan contactar con nosotros. «¿Qué ha pasado?», preguntan. Naves antorcha y destructores se aproximan cautelosamente hacia nosotros. Abro un canal de comunicación de circuito cerrado con el barco entero.

—Atención, tripulación del navío antes conocido como el Vanguardia y a partir de ahora conocido como el Pax.

Hago una pausa dramática, consciente de que cualquier buena canción, cualquier buen baile, es un juego de tensión que conduce a un clímax de sonido y movimiento.

Sevro no puede dejar de soltar risitas infantiles. Parece un diablillo dentro del

enorme traje, con la cabeza diminuta tras haberse quitado el casco. Hace un gesto estúpido con las manos para intentar hacerme reír. Lo miro y niego con la cabeza. Ahora no es el momento.

—Me llamo Darrow au Andrómeda, lancero de la marciana Casa de Augusto, y me he apropiado de este navío como botín de guerra. Es mío. Eso quiere decir, según las leyes Sociales de las batallas navales, que vuestras vidas son mías. Lo siento, porque eso significa que es probable que todos muráis.

»Vuestras vidas han estado dedicadas a una vocación o a otra: la electrónica, la navegación astral, la artillería, servicios de conserjería, iluminación y reparaciones, combate marcial. Mi vocación es la conquista. Nos la enseñan en los colegios. Y en el colegio me instruyeron sobre el método correcto de invadir, tomar por la fuerza y dominar un barco de guerra enemigo. Una vez que se ha capturado el puente de un navío a cargo del enemigo, el procedimiento que nos enseñan es sencillo: purgar el barco.

Sevro activa la consola oculta asegurada en la parte trasera de una pantalla de navegación, una consola a la que solo pueden acceder los dorados. Los azules dan un paso atrás, sorprendidos. Es como entrar en la cocina de alguien y enseñarle una bomba nuclear escondida bajo el fregadero. La consola escanea el emblema de dorado de Sevro y parpadea con una luz dorada. Lo único que tiene que hacer es introducir un código y todo el barco se abrirá al espacio. Veinte mil hombres y mujeres morirán.

—Fabricamos estos barcos de manera que pudiéramos vaciarlos. ¿Por qué? No porque desconfiemos de vuestra lealtad, de hecho contamos con ella, sino porque aún hay —miro el listado que me pasa uno de los azules— sesenta y un dorados a bordo. Son leales a la soberana. Yo soy su enemigo. No me obedecerán. Sabotearán el barco, intentarán tomar el puente; os reunirán, abusarán de vuestra lealtad y os llevarán a una muerte segura. Gracias a ellos y a su odio hacia mí, nunca volveréis a ver a vuestros seres queridos.

»Todavía hay una complicación más. Fuera del casco de esta nave, la soberana se pregunta qué está sucediendo aquí. Pronto se dará cuenta de que el orgullo de su armada ya no le pertenece. Es mío. Los barcos de sus pretores vomitarán escuadrones de naves sanguijuela cargadas de legiones de marineros obsidianos y grises. Las capitanearán caballeros dorados que quieren mi cabeza, dispuestos a matar todo lo que se encuentren por el camino.

»Si os purgo hacia el espacio, no habrá nadie que les impida matarme. Así que ya veis, vosotros sois mi salvación y yo soy la vuestra. No sacrificaré a veinte mil de vosotros para acabar con sesenta y uno de mis enemigos. Elegí este navío por encima de los demás debido a su tripulación. Lo mejor que la Sociedad puede ofrecer. Para mí, no sois prescindibles. De manera que lo que os pido es lo siguiente: escogedme como vuestro comandante y arrollad a esos dorados que os consideran prescindibles.

»Tenéis mi permiso, mi garantía y el respaldo del archigobernador de Marte,

Nerón au Augusto, para capturar o asesinar a vuestros superiores dorados en mi nombre. Quitadles las armas y sometedlos, después acelerad el barco contra los invasores que vienen a destruirnos. Hacedlo ahora. Si esperáis, ¡serán ellos quienes os maten! Sabré quiénes son los primeros hombres y mujeres que se rebelan. Como vuestro nuevo señor, os recompensaré. El archigobernador os recompensará. ¡Hacedlo ya! Acabo de abrir todos y cada uno de los arsenales del barco. Coged las armas y neutralizad a los tiranos.

Un silencio espeso se impone cuando se encienden las primeras chispas de la revolución.

Sevro se acerca mí.

—Ha sido conmovedor.

—¿Demasiado democrático?

—No creo que la democracia autocrática cuente. —Sevro arruga la nariz—. Los has amenazado con purgarlos al espacio.

—¿Amenazarlos? Creía que lo había insinuado con bastante sutileza.

—Tan sutil como la grava, mojamierdas. —Sevro suelta una carcajada demasiado entusiasta y se da una palmada en la pierna con la mano mecánica, que abolla el metal. Esboza un gesto de dolor y luego levanta la mirada hacia mí, ligeramente avergonzado—. Que te den.

La puerta que tenemos a nuestras espaldas comienza a emitir un siseo. Me vuelvo para ver el mamparo fulgurante. Mis enemigos han traído un taladro para asediarme. La adrenalina hace que me tiemblen las manos. Siento el peso de docenas de miradas azules. El rojo de la puerta se intensifica y se expande. No nos queda mucho tiempo.

Mi filo adopta su forma asesina, larga y terrible.

—Pronto tendremos compañía —digo.

Miro a Sevro, que ha estado distraído mirando una de las holopantallas. Ordeno a los azules que se pongan a cubierto.

—Lo están haciendo —murmura Sevro—. Demonios. Darrow, ven a ver esto.

Me muestra un bucle de visuales en directo en los que se ve a naranjas y azules saqueando los arsenales. Algunos grises los ayudan. Otros se mantienen al margen, inseguros de su prerrogativa aun cuando otros disparan contra la marea de sus compañeros de tripulación. Pero las balas no pueden detener esta corriente. Cogen armas. Corren desordenadamente por los pasillos aumentando sus filas. El mando más duro no es el de los azules, sino el de los naranjas trabajadores de los hangares y mecánicos, junto con el de los grises... Reconozco a uno de ellos. El cabo de mediana edad que servía en mi barco de la Academia, el que escapó con nosotros. Dirige a una veintena de hombres y mujeres hacia el camarote de un dorado. Lo someten respetuosamente. Esa avenencia pacífica no está muy generalizada.

Tres poderosos escuadrones de dorados, que guían a obsidianos y grises, se reúnen en las salas de apoyo vital, en los motores situados a cinco kilómetros de la popa del barco y justo al otro lado de la puerta del puente de mando. Estos últimos

son cuatro dorados y seis obsidianos. Diez grises preparan las armas tras ellos.

—Aun así vamos a tener compañía —digo.

Atravesarán la puerta en cualquier momento. Las chispas saltan desde el lado interior del mamparo a medida que su taladradora de calor va destruyendo la puerta. El metal gotea por la parte del puente de mando y cae al suelo burbujeando. Los azules tiemblan de miedo y Sevro y yo nos cuadrarnos y volvemos a ponernos los cascos, preparados para la nueva embestida. Una vez más, el hedor del vómito me invade las fosas nasales. Les digo a los azules que se escondan en el foso de comunicaciones. Allí estarán a salvo.

De repente, la luz de un intercomunicador se ilumina en una consola cercana a mí. Instintivamente, contesto. Una voz atronadora me provoca escalofríos por todo el cuerpo. No hay visual.

—**¿Me oyes?** —pregunta.

—Sí. —Le lanzo una mirada a Sevro. Quienquiera que nos esté llamando utiliza un amplificador de voz que suena como el restallido de un trueno. Sevro se encoge de hombros como si no tuviera ni idea de quién es—. ¿Quién es?

—**¿Eres un dios?**

¿Un dios? Una calma escalofriante se adueña de mí. No es ningún amplificador. Debería haberlo sabido por el acento frío, indolente. Escojo mis palabras con cautela, recordando mi linaje:

—Soy Darrow au Andrómeda de los del Sol.

—**¿Has tomado el navío y aún no eres pretor? ¿Cómo?**

—He entrado volando por el puente.

—**¿Solo desde el Abismo?**

—Con un compañero.

—**Iré a conoceros a ti y a tu compañero, hijo de los dioses.**

Los azules se miran unos a otros aterrorizados. Susurran algo. «Sucio». El peso del miedo se posa en mis hombros. Sevro y yo estudiamos con atención el puente de mando, como si la bestia se escondiera en algún lugar entre las sombras. Se despega otro fragmento de la puerta, que se escurre hacia el interior como una especie de fruta roja, brillante y podrida.

Entonces uno de los azules ahoga un grito y volvemos la mirada hacia el monitor HP para ver que las cámaras de los pasillos del exterior transmiten una imagen horrorosa. Algo —un hombre— corre hacia ellos desde atrás cuando se preparan para entrar en el puente. Es un obsidiano, pero más corpulento que cualquiera de los que haya visto antes. Pero no se trata tan solo de su tamaño, es cómo se mueve. Una criatura espantosa hecha de sombra, músculo y armadura. Que fluye, no corre. Perversa. Es como mirar una hoja o un arma hecha de carne y hueso. Es una criatura a la que los perros rehuirían. Los gatos le bufarían. Un ser que no debería existir en ningún nivel superior al primer piso del infierno.

Impacta contra el escuadrón de asesinos desde atrás, con dos palpitantes hojas de

iones blancas que se extienden desde su armadura hasta un metro más allá de sus manos. Traspasa a los grises sin más, incrustándolos en las paredes al golpearlos con los hombros, partiéndoles los huesos. Luego comienza la verdadera masacre. Es tan salvaje que tengo que apartar la mirada.

La taladradora de calor continúa derritiendo la puerta *motu proprio*. Y le abre un agujero en el centro. A través de él, veo a hombres y mujeres que mueren. La sangre crepita en el metal sobrecalentado.

Cuando el Sucio acaba, sangra por una docena de heridas y solo queda una dorada en pie. La mujer lo acuchilla con un filo atravesándole la oscura armadura a la altura del peto. El Sucio retuerce el cuerpo para mantener la hoja en su interior y luego, cuando la dorada vuelve a convertirla en látigo, la agarra. Entonces el hombre la coge por el yelmo, la armadura dorada destella bajo las luces del pasillo. Ella intenta escapar, trata de escabullirse, pero, como un león con una hiena entre los dientes, el Sucio solo tiene que apretar. Cuando la mujer muere, la deposita en el suelo con delicadeza, mostrándose tierno ahora que le ha provocado una buena muerte. Involuntariamente, Sevro da un paso atrás para apartarse de la puerta.

—Mi madre...

El Sucio está justo al otro lado, y la puerta que nos separa se derrite lentamente desde el centro. Cuando el agujero es del tamaño de un torso, se quita el yelmo. Un rostro pálido y sin pelo me mira con fijeza. Ojos negros. Con las mejillas curtidas por el viento y acorazadas con callos como el cuero de un rinoceronte. La cabeza, calva excepto por un mechón blanco de un metro de longitud que le llega hasta la mitad de la espalda.

Nos miramos a los ojos y se dirige a mí:

—Andrómeda, hijo de los dioses, soy Ragnar Volarus, el primogénito Sucio de mi madre, Alia Gorrión de Nieve, de las Torres Valquirias al norte de la Columna del Dragón, al sur de la Ciudad Caída, donde vuela el Horror Alado, hermano de Sefi el Silencioso, destructor de Tanos, que antaño se alzaba junto al agua, y te hago una oferta de manchas.

Extiende sus gigantescas manos impregnadas de sangre y, a continuación, pasa la derecha a través del agujero de la puerta. Sus hojas de iones se repliegan en su armadura. El filo aún se proyecta desde sus costillas.

Me estoy meando en el maldito traje.

—Que alguien me saque los ojos... —masculla Sevro—. Hazlo, Darrow, antes de que cambie de opinión.

Me quito el casco y doy un paso al frente. Quiero hacerlo.

—Ragnar Volarus. Bien hallado. Veo que no llevas ningún emblema. ¿Tienes señor?

—Llevo la marca del Señor de la Ceniza, e iba a ser entregado como presente junto con este gran navío a la familia Julii. Pero tú has tomado este barco, y por lo tanto me has tomado a mí.

¿A los Julii? Un regalo por su traición a Augusto, sin duda.

Y ¿acaba de utilizar un tecnicismo burocrático para justificar la matanza de los hombres de su señor? Si hay ironía en su tono de voz, no soy capaz de encontrarla. Pero ¿por qué iba a hacer algo así? ¿Me conocen esos negros ojos suyos? Los Sucios no pueden emplear más tecnología que el equipamiento bélico. Es imposible que me haya visto antes, y sin embargo sus manos continúan extendidas, esperando a rodear las mías.

—¿Por qué has hecho esto? —pregunto—. ¿Es por los Julii?

—**Comercian con mi especie.**

Se me había olvidado. Son los barcos de los Julii los que transportan a los esclavos obsidianos por el abismo. Saben temer el sol cruzado de lanzas del escudo familiar de Victra.

El Sucio no está acostumbrado a ocultar su odio. Es tan frío como el hielo en el que nació el hombre.

—**¿Aceptarás estas manchas, hijo de los dioses?** —me pregunta con voz suplicante al tiempo que se inclina hacia mí y una extraña preocupación le cripa las comisuras de los labios.

Los dorados lo llevaron a cabo tras la Revolución Oscura, el único levantamiento que ha conseguido amenazar su reinado. Nos apropiamos de su historia, nos apropiamos de su tecnología, aniquilamos a toda una generación y le dimos a su raza los polos de los planetas y la religión de los nórdicos. Les dijimos que nosotros éramos sus dioses. Unos cuantos siglos más tarde, aquí estoy, mirando a uno de sus más aterradores hijos y preguntándome cómo puede considerarme un dios.

—Acepto estas manchas en mi nombre, Ragnar Volarus. —Muerto de miedo, estiro las manos y, con el metal sobrecalentado rodeándonos los brazos, estrecho las suyas, casi del mismo tamaño, aunque las mías están revestidas de acero. Cojo la sangre que su mano extiende sobre la mía y me la paso por la frente desnuda—. Acepto su carga y su peso.

—**Gracias, nacido del Sol. Gracias. Te serviré por el honor de mi madre y el de su madre antes que ella.**

—Tengo amigos a bordo de la cigüeña del hangar número tres. Sálvalos, Ragnar, y estaré en deuda contigo.

Su sonrisa descubre unos dientes amarillos, y de su interior brota un cántico de guerra más profundo que un océano de tormenta. Llena los pasillos de terror. Me llena de alegría, miedo y curiosidad primitiva. ¿Qué acabo de ganar?

FLOR DE FUEGO

Cuando el gigante se marcha, me tiembla todo el cuerpo. Me tranquilizo y me vuelvo hacia los azules, que están paralizados, sin tener claro si deben mirarme a mí, a las pantallas HP o a los escáneres que muestran a los buques de guerra de la soberana que nos rodean.

—Aquí no tenéis nada que temer —digo—. El capitán de este barco ha sido degradado porque se dejó los ventanales abiertos. Muy estúpido por su parte. El rango no excusa los errores. Quiero un nuevo capitán. No tenemos mucho tiempo. Así que decidiré en sesenta segundos.

La azul de porte orgulloso se coloca ante sus compañeros. Al principio creía que los tatuajes de sus manos trazaban figuras florales. Pero ahora percibo una sarta de anotaciones matemáticas: la fórmula Larmor. Ecuaciones de Maxwell en la curvatura espacio tiempo. La teoría del absorbedor de Wheeler-Feynman. Y cien más que ni siquiera reconozco.

—Dame la insignia y te cavaré un agujero de regreso a Marte, niño. —Su voz no tiene tono. Es plana. Precisa y vaga a la vez. Despojada de emoción hasta que solo quedan las letras y los sonidos de las palabras como ecuaciones en el aire—. Lo juro por mi vida.

—¿«Niño»? —pregunto.

—Tienes la mitad de mi edad. ¿Puedo llamarte «señor niño»? ¿O te sentirías ofendido?

Sevro enarca una ceja, desconcertado ante la desabrida osadía de la azul.

—Perdónala, *dominus* —dice otro azul con suavidad—. Es una alférez con...

Levanto una mano.

—¿Cómo te llamas, azul?

—Orión xe Acuarii.

—Eso es un nombre de chico.

—¿Ah, sí? No me había percatado. —¿Acaso los azules pueden ser sarcásticos? —. Mi secta tenía planeado que fuera un hombre. Los sorprendí.

—¿Qué secta? —pregunta Sevro.

—No tiene secta. La secta Copernicana se apropió de ella, pero la desechó poco más tarde por razones obvias —vuelve a interrumpir el azul entremetido—. Es una estibadora.

Orión da un respingo. Se vuelve hacia el otro azul.

—¿Y qué eres tú sino el pedante suspiro de un pedo, Pelus? ¿Eh?

—Ya lo veis —explica Pelus tranquilamente—, es una estibadora. Las métricas

emocionales son incontrolables. No es culpa suya. Es el resultado de su repulsivo entorno.

—¡Basura! —exclama ella, que echa a andar con rapidez.

Le da un puñetazo en la cara a Pelus. Él gime y cae de espaldas como si jamás le hubieran dado un bofetón. Probablemente porque así sea. ¿Por qué golpearía un azul a otro azul? Son realizadores de pruebas, productores de matemáticas, cartógrafos de estrellas. No luchadores.

—Me gusta la irrespetuosa —observa Sevro.

—¡Espera, *dominus*! Yo quiero el barco. —Otro azul da un paso al frente sin apartar la mirada de Pelus, tendido en el suelo—. Me... me lo merezco. Orión no es más que... que... ¡una retrasada! Su dominio de la astrofísica deja mucho que desear, por no hablar de su comprensión de la cinética extraplanetaria de masas. Ni siquiera fue alumna del Observatorio.

Otro azul se adelanta.

—Olvídate de Arnus. ¡Es un patán en astrofísica y sus conjeturas en cálculo teórico son imprudentes en el mejor de los casos! Yo fui el segundo de a bordo de este navío durante seis meses bajo el mando del Señor de la Ceniza. Serví en él mientras estuvo en el amarradero. La lógica respalda la maniobra de nombrarme tu capitán, *dominus*.

Los barcos de la armada continúan intentando contactar con nosotros por los intercomunicadores. Los buques se acercan más. Dentro de sus vientres, hombres y mujeres valientes estarán poniéndose sus trajes de armadura; embarcarán en las naves sanguijuela y se lanzarán al espacio para aterrizar en el casco de mi navío y agujerearlo sin dejar de rezar para regresar a casa y comer algo cocinado por su madre o su pareja. Todo eso mientras mis azules presionan y empujan para liderar mi barco, aullándose insultos los unos a las aptitudes matemáticas y la integridad académica de los otros.

—¡No escuches a ninguno de esos, *dominus*! —grita una mujer con ese acento lento de los azules. Se pone de rodillas—. Me llamo Virga xe Sedierta. He estudiado la física del movimiento astral en la Escuela de la Medianoche, muy superior al Observatorio. Ostento, entre otros, un doctorado en materia oscura y lentes gravitacionales. Permite que guíe tu navío, *dominus*. Decidirte en favor de cualquier otro sería engañoso y, aun peor, ¡ilógico!

Estos azules deberían haber utilizado su lógica y visto que solo miro a la mujer que no se arrodilla como el resto de ellos. Orión, la primera en hablar, continúa de pie, con la espalda erguida, el largo cuello recto. Su dialecto es de nacimiento inferior, más brusco y más mundano que la jerga elegante de estos estudiosos. Probablemente proceda de la ciudad portuaria de Fobos o de los Muelles Hilera cercanos a la Lata de la Academia. Si realmente es una estibadora que no fue ni al Observatorio ni a la Escuela de la Medianoche, tengo curiosidad por conocer la historia de cómo llegó siquiera a estar en este puente.

—¿Qué es todo ese ruido? —le pregunto a Orión haciendo un gesto en dirección a los azules.

—Están llenos de mierda, *dominus*. —Se da unos golpecitos en la sien con uno de sus delgados dedos—. Yo no estoy llena de mierda. —Sonríe y señala con la cabeza las pantallas que muestran a los barcos antorcha cada vez más cerca—. Y tú te estás quedando sin tiempo. —Echo un vistazo a los puestos de escáneres donde las alertas indican el sigiloso lanzamiento de dos naves sanguijuela y cruceros desde el cercano buque de la soberana—. Sé que soy capaz de hacerlo. De otro modo, no me habría pronunciado. Dame una oportunidad.

Le hago un gesto de asentimiento a Sevro y mi amigo le lanza la estrella alada de capitán.

—Llévanos hasta nuestra flota.

—¿Normas de combate? —me pregunta.

—El menor número posible de víctimas —contesto—. Somos los buenos. La soberana es la tirana. Así es como debe funcionar esto.

—Sí, *dominus*.

Junto con Sevro, observo a Orión tomar el mando de mi barco y dar órdenes para encontrarnos con los barcos de Augusto más allá de los Faros del Rubicón. Las riñas se detienen en cuanto designo a Orión. Saben que su oportunidad ha pasado, así que vuelven a meterse en sus cómodos papeles como si desearan no haberlos abandonado jamás. Los emblemas azules parecen tridentes sobre sus antebrazos con esta iluminación tan tenue.

El carácter distante de los azules es curioso. Un pueblo aislado en el abismo del espacio, fueron diseñados para sobrevivir a los largos viajes desde la Luna sin amotinarse. Así que comparten. Comparten el mismo oxígeno, la misma comida, las mismas literas, los mismos fosos, los mismos mandos, los mismos amantes, las mismas sectas, las mismas ambiciones... para hacer su trabajo con precisión y llegar alto a través de sus méritos con el objetivo de poder honrar así a su secta.

Abro un canal de comunicación con el resto de la flota y los satélites de la Luna. No pueden detener la señal. No la de este barco. Nuestras matrices son tan sofisticadas como las de cualquier otro navío de la marina de la soberana.

—Hijos e hijas de la Sociedad. Soy Darrow au Andrómeda, de la Casa de Augusto. Os traigo noticias terribles. Esta noche, vuestra soberana ha roto el Pacto de nuestra Sociedad. Mientras mi señor, el archigobernador Nerón au Augusto, dormía bajo la protección de Octavia au Lune, ella ha intentado arrebatarse la vida, las vidas de su familia y las de sus pretores y ayudantes. Junto con los Belona, ha tratado de cometer el asesinato ilegal e inmoral de más de treinta Marcados como Únicos. Ha fracasado.

»Como represalia, he tomado uno de sus buques insignia. Ahora estoy asediado, y mi vida, así como la de mi señor y sus familiares, está en peligro. Si no oponemos resistencia, moriremos. Si nos rendimos, moriremos. No he purgado el barco. Todos

los que están a bordo de esta nave han visto el mérito de mi causa y se han aliado con una familia que se opone a Octavia au Lune, la tirana hambrienta de poder.

No está muy lejos de la verdad.

—Hace unas horas, nuestra soberana me pidió que traicionara a mi casa. Que traicionara mis votos. Como su padre antes que ella, está ebria de poder y ahora se cree emperatriz. Ella nos dice que nos humillemos, contemplad ahora nuestra reacción.

Apago el intercomunicador.

—Señor Pelus, cuando quiera —dice Orión—. Que esos cabrones se enteren cuando vengan.

Activa sus tatuajes y se sumerge en la conversación digital con el resto de la tripulación.

El puente de mando está en silencio. Pasa un segundo, y otro. En la HP, veo a tres grises disparar a un dorado en la cabeza. En los hangares, los naranjas se hacen a un lado despavoridos cuando los dorados dirigen a los colores de guerra contra la cigüeña abatida. Entonces Ragnar llega al hangar y los naranjas se congregan a su alrededor, al igual que los rojos armados, que lo han seguido por los pasillos. Muchos mueren. Algo furioso posee a estos colores. Y aunque pierden la vida, siento el parpadeo de la rebelión cuando les doy permiso para hacer lo que han querido hacer durante toda su vida. Está ahí, aunque no se vea hasta el final, una chispa de individualidad, de libertad. La puerta de la cigüeña se abre y Mustang sale a la carga con mis Aulladores para ayudar a los colores inferiores y a Ragnar, aunque incluso los Telemans mantienen las distancias con el monstruoso Sucio.

Más allá de mi navío, los barcos enemigos finalmente muestran su amenaza. Los escáneres se inflaman de rojo. Los adversarios, naves sanguijuela recién derramadas de los vientres de la armada que nos rodea, avanzan a toda velocidad por el espacio en busca de nuestro casco. Pretenden tomarnos por asalto.

Orión lanza varias andanadas.

—Es tan bonito —murmura Sevro.

Permanezco en silencio. Las cargas explosivas de los cañones de riel atraviesan las naves sanguijuela rebanando metal y hombres, solo para continuar e impactar contra los cascos y escudos de los mismos buques de guerra que lanzaron las naves sanguijuela.

Mi recién nombrada capitana camina de un lado a otro por la cubierta de mando con los brazos cruzados. Mi navío de guerra de cinco kilómetros de eslora comienza un movimiento rotatorio disparando cíclicamente sus baterías de cañones de riel, que arrojan la muerte a la cara de la flota de la soberana. Orión se medio vuelve para mirarme, con una sonrisa de suficiencia en los labios.

—Ahora vamos a cavar ese camino, *dominus*.

Da la orden de que los motores destrocen materia negra. Salimos disparados hacia delante y atravesamos los restos de dos buques de guerra.

Mi puente está en silencio excepto por el zumbido de las órdenes técnicas. Los misiles destellan en concierto más allá de nuestro casco. Desplegamos nuestras pantallas antiaéreas, ya que el enemigo ha desplegado las suyas, para inutilizar los misiles. Un aura de luz nos rodea como una tierra de nadie. La artillería de los cañones de raíl choca contra nuestro casco, aunque aquí, en el puente, no notamos las reverberaciones. Nuestro equipamiento no echa chispas. El cableado no cae de compartimentos situados sobre nuestras cabezas. Esta nave es el pináculo de setecientos años de diseño.

Sevro me da un ligero codazo.

—Demonios, puede que al final incluso lo consigamos.

La armada que nos rodea es ingente. Más que ingente. La trajeron hasta aquí para hacer que los señores congregados y todas sus flotas situadas más allá de los Faros del Rubicón temblaran, y todavía no es ni la mitad de la flota conjunta. Pero ahora a esa misma armada le tiemblan las entrañas, como un cuerpo voluminoso con un parásito que le roe por dentro para escapar de su anfitrión.

Escapamos de la armada con rapidez.

No nos persiguen pasados los Faros del Rubicón, donde se nos une nuestra pequeña flota, así como las de los Cordovan, los Telemanus y los Norvo. Espero que haya más que se sumen a nuestras filas tras la última sorpresa de hoy.

Estudio lo que hemos dejado atrás: desechos navales. Cuerpos de hombres y mujeres que flotan tras mi nave. Han salido de barcos resquebrajados y agujereados. Algunos están vivos todavía, pero pronto se congelarán o asfixiarán. Más muertos en mi camino. ¿Cuántos se necesitarán?

Le dejo el puente a Orión. Sevro y yo nos dirigimos a la sala de máquinas, donde hacemos que los naranjas nos corten los trajes destartados. Desde allí nos apresuramos en llegar al hangar, un vasto almacén de metal salpicado de barcos, equipamiento y, ahora, hombres destrozados. Los amarillos corren por todos lados asistiendo a los heridos y trasladándolos en camilla al área médica. Los grises y los naranjas los ayudan a cargarlos.

Hierbajo acuchilla a varios dorados desarmados con su filo. Guijarro y Arpía ayudan a los amarillos. Busco frenéticamente a Mustang con la mirada. La encuentro debajo de una de las alas destruidas de la cigüeña, hablando con su padre. Una herida larga le desfigura el brazo izquierdo. No lo menciono. Una nave sanguijuela los abordó, y se las ingenieron para desprenderse de la otra cuando entraron en el hangar.

—Hemos dejado atrás a la mayor parte de la flota de la soberana —informo a Augusto.

—¿Dónde está Quinn? —pregunta Sevro con brusquedad.

Mustang no contesta. En lugar de hacerlo, mira hacia la rampa de la cigüeña, por la que Roque desciende llevando a Quinn en los brazos. Pálida. Larga. Y muerta. Sevro no se mueve. No habla. Se le inflan las fosas nasales cuando el aliento se le queda atrapado en el pecho, un sollozo lastimero herméticamente cerrado en el chico

que nunca llora. Se queda paralizado. Como un fantasma. Y estiro la mano hacia él, pero se aparta, no furioso, sino confundido, como si una vez le hubieran pronosticado el futuro y esto no fuese lo que le habían prometido. Da unos pasos tambaleantes hacia atrás para apartarse de su cuerpo; mira a su alrededor y finalmente se da la vuelta y sale corriendo del hangar.

Roque pasa a mi lado con Quinn. Tiene la cara flácida y aspecto cansado. Quiere decir algo amargo, pero se muerde la lengua y se limita a negar con la cabeza mirándome. Aún no sabe por qué lo atacé en su habitación antes de la gala. Y ahora esto. Nunca lo he visto tan destrozado.

—Mírala —me dice—. Darrow, mira a tu amiga.

Miro a Quinn y siento que todo se calma. Ahí está, serena en la muerte. ¿Por qué no podemos volver a insuflarle la vida? ¿Por qué no podemos simplemente reiniciar el día? Hacerlo todo bien. Salvar a los que queremos.

Roque se aleja con Quinn en dirección al campo de pulsos transparente del hangar, que se abre al espacio. Camina hacia las estrellas, encorvado y roto, para que su chica perdida vuele entre ellas.

Agarro al Chacal cuando lo veo salir de la cigüeña y le exijo que me cuente qué ha sucedido. Me dice que ha muerto. Nada más. Está tan cansado como todos los demás. Se baja las mangas.

—No me disculparé. He hecho todo lo que he podido.

—Por supuesto que sí —digo temblando—. Por supuesto.

Me pregunta dónde está la cámara de mi casco. Lo miro sin comprenderlo.

—La grabación —dice—. ¿Acaso comprendes lo que acabas de hacer? —Hace un gesto con la mano abarcando lo que nos rodea—. Dos hombres han tomado uno de los mejores navíos jamás construidos. Los dorados acudirán en manada a sumarse a nuestras filas. Lo único que necesitamos son mis medios de comunicación y tu historia.

Se la cuento, distraído, y casi me olvido de la grabadora de datos que los Hijos de Ares me instalaron en un diente para grabar la explosión de la bomba. Se activa si aprieto los molares. Los apreté en cuanto me senté en el despacho de la soberana. Me meto la mano en la boca y, con delicadeza, la separo de las encías. Es más pequeña que un pelo. Los ojos del Chacal se iluminan.

—¿De dónde has sacado esto? —pregunta.

—Del mercado negro —contesto—. La soberana se ha condenado a sí misma. Utiliza la grabación. Convierte esta guerra en un combate justo.

Me alejo del Chacal y estoy a punto de dejarles la limpieza a otros cuando me doy cuenta de que los naranjas y los colores inferiores no dejan de mirarme. No puedo liderarlos simplemente por medio de la violencia. Así que me uno a Guijarro y Arpía y presto ayuda en el traslado de los heridos al área médica. El resto de los Aulladores también colabora. Y Mustang, y al final incluso Victra.

Después de cargar al último gris en una camilla, me quedo de pie en el hangar

vacío. Augusto se ha ido al puente de mando. El Chacal evita a los Telemachus, que lo han acompañado, así que se dirige al centro de comunicaciones. Me quedo solo. Roque se ha ido. No sé qué hacer, adónde ir.

La sangre y las marcas de los achicharradores ensucian la cubierta. Me miro las manos. Estas son las consecuencias de mis acciones, y me siento tremendamente solo. Apoyo la cabeza contra la fría pared de metal.

Se acerca desde atrás. Creo que no pronuncia mi nombre. No estoy seguro. Solo huelo su pelo húmedo cuando me rodea con los brazos, apretándome con fuerza.

—Sé que estás cansado —dice Mustang—, pero Sevro te necesita.

—¿Qué hay de Roque? —pregunto tras darme la vuelta para mirarla a la cara.

Hay tantas cosas aún no dichas entre nosotros. Tantas preguntas sin contestar. Tantas infamias sin perdonar. Tanta rabia y, tal vez, aún la débil llama de algo más. Lo siento cuando me pone las manos en el cuello y deja que la fuerza de sus dedos se transmita a mi cuerpo.

—Ahora no —contesta.

Roque me culpa. Y es justo que lo haga. Todos deberían culparme. Y esto solo va a empeorar.

CONFIANZA

Lo encuentro en un baño comunal. Se ha ganado uno de los camarotes privados que los demás reclaman para el viaje de regreso a Marte, pero él no piensa así. Este sigue siendo el chico que se escondió en el caballo. «No —pienso—. Ya no es un chico».

—A ella le importabas, Sevro.

Cruza los brazos ante el pecho, pecosos y delgados. Tiene una toalla enrollada alrededor de la cintura, otra le cuelga de los hombros. A los dorados no les molesta la desnudez, pero a Sevro nunca le ha gustado. Se ha hecho otro tatuaje desde la última vez que lo vi. Un lobo enorme, negro y gris, en la espalda. Los Aulladores lo son todo para él. Una vez no fueron más que una herramienta para mí; ahora los considero algo más. Pero ¿qué significa eso, cuando continúo utilizándolos del mismo modo? Mi amigo mira con fijeza el agua que corre hacia el desagüe de la ducha, que desaparece formando una espiral tras otra.

—Al final, creo que voy a disfrutar de la guerra —dice—. Tengo que endurecerme un poco más, encallecerme las manos. Esos cabrones nos dicen que todo son rosas y gloria. —Levanta la mirada—. ¿No hueles las rosas, Segador?

Me siento a su lado en el banco.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Demonios, claro que te he oído. Me falta un ojo, no una oreja. —Se da unos golpecitos en el ojo biónico con un dedo huesudo—. Claro que sé que le importaba. Pero no de la forma que yo quería. Ella se merecía vivir. Si alguno de nosotros, comemierdas pequeños y feos, se lo merecía, era ella. No había ni un ápice de crueldad en ella. Ni un ápice. Pero no importó. No importa si somos buenos o malos. El azar lo decide todo.

—Tú la conociste por azar —digo—. Fue el azar lo que la llevó a la Casa de Marte.

—No. Fue mi padre —asegura Sevro—. Él la reclutó, cambió un turno de elección con Juno para escogerla. —Niega con la cabeza—. Y todo porque creía que ella nos atemperaría, que controlaría nuestra rabia. Si no la hubiera seleccionado, no la habríamos conocido y ahora estaría viva.

—Tal vez —digo pensando en Eo—. Pero ella eligió venir aquí. Eligió seguirme. Seguirte.

—Igual que Pax.

Asiento y acaricio mi colgante del pegaso.

—Todo es una mierda, ¿verdad? —dice Sevro—. No importa lo bonito que nos lo pinten. Seguimos inmersos en el juego. Siempre vamos a estar metidos en un

condenado juego. Al cuerno con su imperio. Al cuerno con esta mierda. Vine aquí porque él me dijo lo que eres.

Lo miro fijamente, incapaz de comprender.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto con una risa nerviosa.

—Enciéndelo —dice—. Sé que has traído uno. Eres meticuloso, Segador. Siempre meticuloso.

—¿Por qué estás actuando tan...?

—Cállate y enciéndelo.

Asiento y manipulo el aparato que llevo en el bolsillo. Se activa un campo inhibitorio. No soy tan arrogante como la soberana para creer que nadie podría escucharnos. Sevro me mira a los ojos hasta que comienzo a sentirme incómodo.

—Entonces ¿qué es lo que soy? —pregunto.

—¿Aún con estas? —dice mientras niega con la cabeza—. Eres incapaz de relajarte. Di el nombre de la persona que me envió.

—Mustang te envió. Tú mismo me dijiste que te trajo desde el Confín. Como a todos los demás Aulladores.

—Eso es. Fue Mustang. Tardé seis meses en llegar aquí desde Plutón. Pero adivina quién vino a hablar conmigo durante mi escala en Tritón. Vamos, Segador. Adivínalo.

—¿Lorn? —Sus labios esbozan una mueca de desdén—. ¿Fitchner?

Sevro me escupe en la cara, justo debajo del ojo.

—Vuelve a fallar, y te dejo tirado así. —Chasquea los dedos—. No volveré. No te ayudaré. No sangraré por ti. No sacrificaré a mis amigos por un hombre al que no le importo lo suficiente para jugarse el cuello por una vez. La confianza es de ida y vuelta, Darrow. Esta vez tienes que lanzarte.

No es un farol. Y sé lo que quiero decir. Pero ¿cómo puede ser? Sevro es dorado. Un maldito dorado. Me oyó llamar «maldito» a Apolo. Lo encubrió. ¿No es así? ¿O fue un simple error? ¿Me está tendiendo una trampa? No. No, si eso es cierto, el juego ya está acabado. El sueño de Eo ha fracasado. ¿Quién está más cerca de mí que él? ¿Quién me quiere más que este paria extraño y desagradable? Nadie.

Así que lo miro a los apagados ojos dorados.

—Te envió Ares.

Silencio entre los dos.

Unos terribles cinco segundos. Seis. Siete. Se pone de pie y cierra la puerta con llave antes de sacar un pequeño cristal negro del bolsillo de sus pantalones arrugados.

—Solo para tu aliento.

—Un susurrador...

Lo cojo con cuidado, consciente de lo caro que es, y soplo sobre su superficie. Mi aliento hace que tiemble, luego se hace añicos. Unas pequeñas motas negras se elevan, se alzan como luciérnagas que escapan de la hierba cuando cae el atardecer en pleno verano. Se fusionan. Flotan y forman un holo tosco que planea entre Sevro y

yo. El casco puntiagudo de Ares.

«Hijo mío —gorjea—. Lo siento. Harmony me ha traicionado y ha iniciado una campaña contra nuestros principios. Descubrí demasiado tarde que había intentado utilizarte. Pero fuiste sabio. Esa es la razón por la que te elegí. Se están dando pasos para contener sus esfuerzos. Continúa con los tuyos. Pon a Augusto en contra de Belona y fractura la Pax Solaris».

Intento hacerle una pregunta, pero es una grabación. Hecha poco tiempo después de la gala.

«Soy consciente de que esto debe de ser difícil. Ya te he pedido demasiado. Pero debes seguir adelante. Sembrar el caos. Debilitarlos. Tienes muchos motivos para dudar de mí. No nos hemos puesto en contacto contigo hasta ahora porque Plinio, el Chacal y los espías de la soberana te estaban vigilando. Los alborotadores despiertan interés. Pero yo también te he estado vigilando, y estoy orgulloso. Sé que Eo también lo estaría. Por si dudas de la veracidad de este mensaje, hay un amigo al que le gustaría saludarte».

El casco de Ares se desvanece y Dancer me sonrío.

«Darrow, quiero que sepas que estamos contigo. Tu familia está bien, viva. El final se acerca, amigo mío. Pronto estarás con nosotros. Hasta entonces, confía en el hombre que ha enviado Ares; lo recluté yo mismo. Rompe las cadenas».

La imagen se deteriora, una luz negruzca que se descompone en el aire. Y yo me quedo mirando el suelo de la ducha.

—No tienes mala pinta para haber sufrido tantas operaciones —comenta Sevro. Su sonrisa no es menos canalla que de costumbre—. Ares me envió a ese lisiado. Al que te mandó al Instituto. Dancer.

No puede decir más porque estoy abrazado a él y llorando. Sollozo y me aferro a él, temblando, asustándolo. No se mueve excepto para darme palmaditas en la cabeza. Todo el peso de mis hombros desaparece. Alguien lo sabe. Él lo sabe y está aquí. Lo sabe y ha venido a ayudarme. A ayudarme. No puedo dejar de estremecerme y de darle las gracias. Eo tenía razón. Yo tenía razón.

—Eres mi amigo.

Tiemblo como un niño asustado. Verme en este estado casi lo hace llorar.

Un amigo de verdad.

—Por supuesto —dice con la voz entrecortada—. Pero solo si dejas de lloriquear, tío. Seguimos siendo dorados.

Me aparto de él, avergonzado, y me seco la cara con la manga. Creo que mascullo una disculpa. Tengo la vista nublada. Me sorbo la nariz. Me pasa una toalla con la que me sueno los mocos. Sevro hace una mueca.

—¿Qué?

—Era para que te secaras los ojos.

Nos echamos a reír y luego nos sentamos sumidos en un silencio incómodo. Al cabo de un rato, le pregunto desde cuándo lo sabe. Sospechaba algo desde el Instituto,

me dice, donde me oyó llamar «maldito» a Apolo. Mi voz se tornó espesa y herrumbrosa. Entonces Dancer le mostró el vídeo de mi talla.

—Por algún motivo ellos sabían que podías confiar en mí, aunque tú mismo no lo supieras, caraculo. Siempre ha sido así. Siempre será así.

—¿No te... molesta? —le pregunto—. Lo que soy.

—Molestar. Es una palabra minúscula para algo condenadamente grande. —Se rasca la cabeza rapada—. Un sarpullido en la entrepierna me molesta. El pescado podrido me molesta. Los inútiles que se creen algo me molestan. Esto... —Se encoge de hombros—. Me importa una mierda. Te gusta mi forma de ver las cosas más que a ningún otro borracho de todos los mundos. Supongo que tengo que devolverte el favor, aunque en realidad sea mejor que tu culo oxidado.

Me río con sus palabras. Mi versión roja no le habría llegado ni a la altura de las suelas.

—Debes saber para qué estoy aquí. No es una simple infiltración. Esto terminará con la caída de la Sociedad.

—Cuanto más alta es la subida, más grande es la caída.

—¿Eso es todo? —pregunto con incredulidad—. ¿Estás conmigo?

Suelta un bufido.

—Me pasé seis meses en una nave antorcha para llegar hasta ti. Tres meses desde Tritón después de que Dancer me mostrara la verdad. ¿Estaba confundido? Pues claro. Pero aun así me embarqué en la nave y tuve tres meses para darle vueltas. Aun así, estoy aquí. Así que creo que el momento de cuestionar mi compromiso ha pasado ya. De todas formas mis «hermanos» dorados llevan intentando matarme desde que nací. —Echa un vistazo a su alrededor, incómodo por todo lo que hemos compartido, a pesar del campo inhibitorio—. Las únicas personas que me han tratado decentemente alguna vez son aquellas que no tenían motivo para hacerlo. Los colores inferiores. Tú. Creo que es hora de devolver el favor.

—Y ¿qué pasa con los demás? —pregunto muy serio—. ¿Guijarro, Payaso?

—No me corresponde a mí compartir tu secreto. Quinn lo habría entendido —contesta despacio, tratando de contener algo—. Puede que el resto se apunte. Cardo no, Roque tampoco. Ni en un millón de años. Demasiado enamorados de su propia especie. No sé qué decir de la alta y arrogante.

—Victra. ¿Y Mustang? —pregunto.

—No doy consejos amorosos, caraculo. —Se pone en pie—. Oye, el hecho de que sea un revolucionario no quiere decir que no pueda pedir que una rosa me dé un masaje, ¿verdad? Eso sería una condenada mierda.

—No lo sé —digo entre risas—. Para serte sincero, todavía estoy tratando de adivinarlo.

—Al cuerno. Me lo voy a dar. Tengo la espalda como si me la hubieran partido. —Enseña los dientes torcidos al reírse—. Me siento bien. Por eso sé que es lo correcto, Segador. A pesar de toda esta mierda. Me siento bien aquí dentro. —Se da

unos golpecitos en el pecho delgado—. Me siento..., ¿cómo lo dices tú? Bien, maldita sea.

Victra da conmigo después de despedirme de Sevro.

—Augusto me envía a decirte que la suite del Señor de la Ceniza es tuya.

—¿Augusto me da el camarote más grande?

—Tu navío, tu botín, me ha dicho. Ya sabes lo peculiar que es con el orden.

—Espero que tú sepas dónde está. Yo ya estoy perdido.

Me guía por el barco. Caminamos en silencio por los pasillos. Estoy agotado, pero bastante contento por saber que Sevro está conmigo, que Ares todavía cree en mí y que Dancer sigue vivo ahí fuera. Es un bálsamo sobre el dolor por la muerte de Quinn.

—Supongo que sabes que mi familia ha traicionado al archigobernador —me explica ella.

—Lo había oído. Pero tú sigues con nosotros.

—Tal como dije. Hago lo que quiero. Mi madre no me controla, ni a mí ni a mis cuentas, como hace con las de Antonia. —Esboza una sonrisa ladeada sin dejar de mirarme—. Me gustas cuando estás así.

—¿Así? —No puedo evitar echarme a reír—. ¿Qué quieres decir?

—No lo sé. Pareces calmado. En paz. A pesar de lo que ha sucedido.

—Y tú parece estar particularmente amable —digo.

—¿Amable? Una fantasía curiosa. Pero los dos sabemos que disto mucho de ser amable.

Continuamos en silencio hasta que llegamos a la puerta de mi camarote privado. Miro hacia atrás y veo a Ragnar siguiéndonos por el pasillo que tenemos a la espalda. Ni siquiera lo habría visto de no ser por los vendajes que le cubren el cuerpo. Le hago señas para que se aleje.

Junto a la puerta, busco los ojos altivos de Victra.

—Podrías haberme enviado a un color inferior a decirme que iba a quedarme en este camarote.

—Pero entonces no habría conseguido verte.

—¿Es esa la única razón? —pregunto.

Sonríe maliciosamente.

—Creo que me guardaré mis secretos. —Al cabo de un momento, levanta la mirada hacia mí—. Pero me preocupo por ti.

—¿Por mí? —Pongo los ojos en blanco—. ¿A qué estás jugando, Victra?

—A nada —contesta ofendida—. Eres un hipócrita, Darrow.

—¿Yo?

—¿Recuerdas cuando Tacto se deshizo de tu violín porque sospechaba que querías algo a cambio? Ahora me siento de esa misma forma. Igual que cuando me

acerqué a ti en los jardines de la Luna. ¿Es demasiado que creas que soy tu amiga y que me importas? —Arruga la nariz—. Estás haciendo que me emocione, y lo odio.

—Lo siento —me disculpo—. Es que eres... —Intento encontrar las palabras adecuadas para describir a la mujer que tengo delante. No las hay. Así que me encojo de hombros y digo—: Es difícil sabiendo que eres hermana de Antonia. Eso es todo.

—Pero no soy ella.

—Soy consciente de...

—¿Ah, sí?

Estira la mano y me acaricia la cara. Separa los labios inquisitivamente. Recuerdo su tacto sobre los míos antes de que me lanzara por el escupidor. En aquel momento dejé que me besara. Aunque sea una mujer fría, hay algo para mí en su corazón. Distinto al de Eo. Diferente al de Mustang. Me aparto de su mano con delicadeza y hago un gesto de negación con la cabeza.

—Eres un hombre extraño —dice con un suspiro suave, toda la vulnerabilidad que había mostrado ya desaparecida. Vuelven sus garras. Se recuesta contra la pared situada frente a mí doblando una rodilla y apoyando una bota en la pared. Sus ojos se ríen de mí. Esta es la Victra que yo conozco—. Amas a las mujeres, pero no nos disfrutas. —Se le forman arrugas en torno a la boca cuando sonrío ligeramente. No puedo evitar seguir con la mirada el esbelto contorno de su cuello, la fuerza de sus hombros estrechos, la curva de sus pechos. Sus ojos me quemán—. Hay mucho que disfrutar. ¿Acaso sabes lo suave que es mi piel?

Me echo a reír.

—Te estás burlando de mí.

—Como siempre.

Victra es intrigante. Es su forma de ser. Pero, durante un instante, se ha mostrado vulnerable. Y ver eso... ver eso ha marcado una gran diferencia. Acabo con la tensión sexual de la mejor manera que sé.

—Buenas noches, hermana —digo, y le doy un beso en la frente.

—¿Hermana? ¿Hermana? —Se ríe despectivamente mientras me marcho. Tarda un segundo, pero al fin pregunta—: ¿Es porque piensas que soy malvada?

Me vuelvo hacia ella.

—¿Malvada?

—¿Es por eso por lo que nunca me has querido? —Hace una pausa y escoge sus palabras con esmero—. ¿Porque me consideras inferior a ti?

—¿Por qué piensas eso? —pregunto con dulzura.

Se encoge de hombros y mira a uno y otro lado del pasillo, extrañamente dubitativa.

—Yo no... —Se retuerce las manos como si intentara exprimirles las palabras adecuadas. Se señala a sí misma—. Es mi forma de sobrevivir, ¿lo entiendes? Es lo que mi madre me enseñó. Es lo que funciona.

—¿Qué te parece si probamos algo diferente? —sugiero mientras regreso a su

lado. Le tiendo una mano—. Darrow. En contra de los rumores que circulan por ahí, no como cristal. Me gusta la música y bailar, y me encanta la fruta fresca, sobre todo las fresas.

Victra sonríe con desdén.

—Qué estúpido. ¿Vamos a volver a presentarnos?

—Sin armadura. Solo dos personas. Estoy esperando —digo sonriente.

Pone los ojos en blanco y da un paso al frente mirando de nuevo hacia ambos lados del pasillo. Levanta la mano y trata de contener una sonrisa infantil.

—Victra. Me gusta cómo huele la piedra antes de que comience a llover. — Esboza una mueca y se le encienden las mejillas—. Y... no te rías. En realidad odio el color dorado. El verde me sienta mejor.

No puedo dormir. Los cuerpos de los que he dejado atrás flotan conmigo en la oscuridad. Me despierto una docena de veces; los destellos de las bombas, los tajos de las espadas desgarran mis sueños. Me he ganado estas noches de insomnio. Lo sé, y eso es lo que las hace más difíciles.

Me levanto y paseo por mis nuevos aposentos, maravillándome ante su tamaño. Seis habitaciones. Un pequeño gimnasio. Un baño enorme. Un estudio. Todo perteneciente al hombre que quemó una luna. Al padre de las furias. ¿Cómo podría dormir en un camarote así? Me saco el colgante del pegaso del bolsillo, casi me había olvidado de que se trata de una bomba de radio.

Vago por los pasillos del barco como un fantasma y miro hacia atrás preguntándome si Ragnar me estará siguiendo. Le dije que se fuera a dormir, pero sé poco de sus costumbres, cómo piensa, qué hace por las noches. Tengo mucho que aprender.

Camino por pasillos en penumbra, me cruzo con técnicos naranjas y operadores de sistemas azules que guardan silencio y agachan la cabeza cuando atravieso los corredores metálicos que bajan hacia las entrañas del barco, donde los dorados jamás ponen un pie. Los techos son más bajos, pensados para trabajadores rojos y conserjes marrones. Este navío es una ciudad, una isla. Aquí están todos los colores. Recuerdo la lista. Miles de empleos. Millones de partes móviles. Estudio un tablero de mantenimiento. ¿Y si los naranjas que lo han hecho sobrecargaran el tablero? ¿Qué ocurriría? No lo sé. Apuesto a que pocos dorados lo saben. Tomo nota de ello.

Sigo adelante, pues el hambre me arrastra hacia el comedor. Sería fácil que me enviaran comida a la habitación, pero mis ayudas de cámara todavía no se han organizado. De todas formas, odio que me sirvan. En el comedor me encuentro a alguien tan insomne como yo sentada a una larga mesa de metal.

Mustang.

HUEVOS CON BEICON

Me siento frente a ella.

—¿No puedes dormir? —le pregunto.

Como respuesta, ella se da unos golpecitos en la cabeza con los nudillos.

—Demasiadas cosas montando jaleo aquí dentro. —Hace un gesto en dirección al estruendo de sartenes en las cocinas—. El cocinero ha perdido la cabeza —dice—. Creo que necesito un banquete. Le he dicho que solo quería huevos con beicon. Pero estoy bastante segura de que ha ignorado todo lo que le he dicho. Farfulló algo de un faisán. Tiene acento de nacido de la Tierra. No lo he entendido muy bien.

Unos momentos después, un cocinero marrón sale dando trompicones de la cocina cargado con una bandeja que no lleva solo huevos con beicon, sino también gofres de calabaza, jamón curado, quesos, salchichas, frutas y otra docena de platos. Pero no hay faisán. Sus ojos adquieren el mismo tamaño que los gofres cuando me ve. Tras disculparse por algo, deja la bandeja y desaparece solo para reaparecer un minuto más tarde con más comida.

—¿Cuánto piensas que comemos? —le pregunto.

Se queda mirándome sin más.

—Gracias —dice Mustang.

El hombre masculla algo inaudible y se retira haciéndonos reverencias.

—Creo que el Señor de la Ceniza era ligeramente distinto a nosotros —comento. Mustang empuja el plato de la fruta en mi dirección—. Creía que no te gustaba el beicon —digo.

Se encoge de hombros.

—En la Luna lo tomaba todas las mañanas. —Delicadamente, unta los gofres con mantequilla—. Me recordaba a ti. —Evita mirarme a los ojos—. ¿Por qué no puedes dormir?

—No se me da muy bien.

—Nunca se te ha dado muy bien, cierto. Excepto cuando tenías un agujero en el estómago. Entonces dormías como un bebé.

Me echo a reír.

—Creo que el estado de coma no cuenta.

Hablamos de todo excepto de lo que deberíamos. Inocentes y tranquilos, como dos polillas bailando alrededor de la misma llama.

—Es asombroso lo grandes que son las camas, incluso en los cruceros estelares —dice Mustang—. La mía es monstruosa. Demasiado grande, de hecho.

—¡Por fin! Alguien que está de acuerdo conmigo. La mitad de las veces duermo

en el suelo.

—¿Tú también? —Niega con la cabeza—. A veces oigo ruidos y duermo en el armario porque pienso que si alguien viene a por mí no mirará ahí.

—Yo también lo he hecho. La verdad es que ayuda.

—Excepto cuando el armario es lo bastante grande para alojar a una familia de obsidianos. Entonces es igual de malo. —De repente, frunce el ceño—. Me pregunto si los obsidianos duermen abrazados.

—No.

Enarca las cejas.

—¿Has investigado al respecto?

Me meto un puñado de fresas en la boca y me encojo de hombros cuando Mustang frunce el ceño ante mis modales.

—Los obsidianos creen en tres tipos de contacto físico. La caricia de la primavera, la caricia del verano y la caricia del invierno. Tras la Revolución Oscura, cuando los obsidianos se levantaron en armas contra los antepasados de hierro, el Consejo de Control de Calidad se planteó arrasar el color entero. Ya sabes que les dieron una religión y les robaron la tecnología. Pero lo que más deseaban liquidar era la increíble afinidad que los obsidianos poseían entonces. Así que instruyeron al chamán de las tribus y compraron y pagaron a mentirosos para que advirtieran contra el contacto físico diciendo que debilitaba el espíritu. Así que ahora los obsidianos se tocan durante el sexo. Se tocan para evitar la muerte. Y se tocan para matar. Nada de dormir abrazados. —Me doy cuenta de que Mustang me está mirando con una sonrisilla de suficiencia—. Pero, por supuesto, tú todo eso ya lo sabías.

—Sí. —Sonríe—. Pero a veces es agradable recordar todo lo que sucede en tu interior.

—Ah.

Desvió la mirada cuando ella intenta sostenérmela.

—¡Se me había olvidado que puedes sonrojarte! —Me observa durante un instante—. Probablemente no lo sepas, pero una de mis tesis en la Luna versó sobre los errores en los teoremas de manipulación sociológica empleados por el Consejo de Control de Calidad. —Corta una salchicha con delicadeza—. Los taché de cortos de miras. La esterilización sexual química de la especie rosa, por ejemplo, ha llevado a una tasa de suicidios trágicamente alta en los jardines.

«Trágicamente». La mayoría habría dicho «improductiva».

—La rigidez de las leyes que mantienen la jerarquía es tan estricta que algún día estallará. ¿Dentro de cincuenta años? ¿Cien? ¿Quién sabe? Estudiamos un caso en el que una mujer dorada se enamoró de un obsidiano. Hicieron que un tallista del mercado negro alterara sus órganos reproductores para que la simiente de él fuera compatible con los óvulos de ella. Los descubrieron y ambos fueron ejecutados, y sus tallistas, asesinados. Pero ese tipo de cosas han ocurrido cien veces. Mil. Simplemente las eliminan de los libros de registro.

—Es terrible —comento.

—Y hermoso.

—¿Hermoso? —pregunto asqueado.

—Nadie sabe que esas personas existen —explica—. Nadie excepto unos cuantos dorados con acceso a cierta información. El espíritu humano intenta liberarse, una y otra vez, y no a través del odio, como en la Revolución Oscura. Sino por amor. No se imitan los unos a los otros. No siguen la inspiración de quienes vinieron antes que ellos. Cada uno de ellos está dispuesto a dar el salto pensando que son los primeros. Eso es valentía. Y eso quiere decir que forma parte de quiénes somos como pueblo.

Valentía. ¿Diría lo mismo si supiera que una de esas personas está sentada frente a ella? ¿Vive en ese mundo de teorías del que me habló Harmony? ¿O realmente podría comprender...?

—Así que ¿cuánto tiempo pasará, me pregunto —continúa Mustang—, hasta que un grupo como los Hijos de Ares encuentre los registros y los publique? Lo hicieron con Perséfone. La chica que cantaba. No es más que cuestión de tiempo. —Hace una pausa y me estudia con atención cuando reacciono de manera involuntaria ante la mención de Eo—. ¿Qué pasa?

No le puedo contar lo que estoy pensando, así que miento.

—Tesis. Sociología. Tú y yo nos especializamos en cosas muy distintas. Siempre me había preguntado cómo sería tu vida en la Luna.

Mustang me mira burlona.

—¿Sí? Entonces ¿pensabas en mí?

—Tal vez.

—¿De día y de noche? ¿Qué llevará puesto Mustang? ¿Con qué sueña? ¿A qué chico estará bes...?

Sus últimas palabras hacen que se sienta avergonzada.

—Darrow, quiero explicarte algo.

—No tienes que hacerlo —digo haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

—Con Casio, aquello...

—Mustang, no me debes nada. No eras mía. No eres mía. Puedes hacer lo que quieras cuando quieras con quien quieras. —Me detengo—. Aunque Casio es un condenado imbécil.

Suelta una risotada. Pero el humor desaparece con la misma rapidez con la que ha llegado. Hay dolor en sus ojos. En su boca entreabierta. Su cuchillo y su tenedor, ociosos, se ciernen sobre su plato olvidado. Baja la mirada y niega con la cabeza.

—Yo quería que fuera diferente —murmura—. Ya lo sabes.

—Mustang... —Poso mi mano sobre su muñeca. A pesar de su fortaleza, la noto frágil bajo mis duras manos. Tan frágil como lo era la de la otra chica cuando la sujetaba en las profundidades de la mina. No pude ayudar a aquella chica. Y ahora me siento como si no pudiera ayudar a esta mujer. Ojalá mis manos estuvieran hechas

para construir. Sabría qué decir. Qué hacer. Tal vez en otra vida habría sido ese hombre. En esta, mis palabras, como mis manos, son torpes. Y lo único que saben hacer es cortar. Lo único que saben hacer es romper—. Creo que sé cómo te sientes...

Mustang se aparta de mí con brusquedad.

—¿Cómo me siento?

—No quería decir... —Oigo un ruido, así que guardo silencio.

Miramos hacia el lugar de donde procede y allí está el cocinero, incómodo, con otra bandeja entre las manos. Se acerca de puntillas, la deja en la mesa y luego abandona la sala de espaldas, con nerviosismo.

—Darrow. Cállate y escucha. —Me mira con fiereza a través de los mechones de pelo que le han caído sobre la cara—. ¿Quieres saber cómo me siento? Yo misma te lo escupiré en la cara. Durante toda mi vida, me han enseñado a poner a mi familia por encima de todo lo demás.

»Lo que ocurrió con mi hermano en el Instituto..., cuando te lo entregué..., aquello me puso en contra de todo aquello para lo que me habían criado. Pero pensé que tú... —coge una profunda bocanada de aire que se entrecorta al final— eras una persona que se había ganado mi lealtad. Y creí que sería mucho más importante que en aquel momento te la entregara a ti y no a Adrio, que nunca ha movido un dedo por mí. Sé que hice lo correcto, pero fue repudiar a mi padre, todo lo que él me había enseñado. ¿Acaso sabes lo que significa eso? Él ha roto familias con la misma facilidad que otros hombres rompen palos. Ostenta un poder inimaginable. Pero es más que eso. Es el hombre que me enseñó a montar a caballo, a leer poemas y no solo las historias militares. El hombre que estaba a mi lado y me permitía levantarme por mis propios medios cuando me caía. El hombre que no pudo mirarme a la cara durante tres años tras la muerte de mi madre. Ese es el hombre a quien rechacé por ti. No —se corrige—, no fue por ti. Sino por vivir de manera diferente, por vivir más. Más que de orgullo.

»En el Instituto, tú y yo decidimos romper las normas, ser decentes en un lugar de horrores. Así que formamos un ejército de amigos leales y no de esclavos. Elegimos ser mejores. Y luego tú mandaste todo eso al cuerno al marcharte para convertirte en uno de los asesinos de mi padre. —Levanta un dedo en el aire—. No. No hables. Que haya hecho una pausa no significa que sea tu turno.

Se toma un momento para recuperar la compostura y aparta su plato.

—Bien, estoy segura de que entiendes que me siento perdida. Uno, porque creía que había encontrado a alguien especial en ti. Dos, porque sentí que abandonabas la idea que nos dio la posibilidad de conquistar el Olimpo. Ten en cuenta que estaba vulnerable. Sola. Y que tal vez caí en la cama de Casio porque estaba dolida y necesitaba un bálsamo para mi dolor. ¿Puedes imaginártelo? Adelante, contesta.

Me revuelvo en mi asiento.

—Supongo.

—Bien. Ahora métete esa idea por el culo. —Sus labios trazan una línea dura—.

No soy ninguna loca vestida con volantes. Soy un genio. Lo digo porque es un hecho. Soy más inteligente que cualquier otra persona que hayas conocido, a excepción tal vez de mi gemelo. El corazón no me entonetece el cerebro. Busqué establecer una relación con Casio por el mismo motivo que permití que la soberana pensara que me estaba poniendo en contra de mi padre: para proteger a mi familia.

Baja la mirada hacia la comida.

—Siempre he sido capaz de manipular a la gente. Hombres, mujeres, da igual. Casio era una herida andante, Darrow, abierta y sanguinolenta a pesar de que hace dos años que mataste a Julian. Me bastó un segundo para darme cuenta, y sabía cómo podía hacer que se enamorara de mí. Le di a alguien que lo escuchara, alguien que llenase el vacío.

La dureza de su voz desaparece. Mira a su alrededor como si pudiera escapar de la conversación que ella misma ha iniciado. Si se detuviera, me alegraría.

—Le hice creer que no podía vivir sin mí. Sabía que era lo único que lograría mantener a salvo al resto de mi casa. Sabía que era la mejor arma que yo podía blandir en este juego. Sin embargo... era tan frío. Tan horrible. Como si fuera la bruja cruel que apresó a Odiseo, obligándolo a enamorarse, reteniéndolo para mis propios propósitos egoístas. Parecía muy lógico. Y cuando me rodeaba con sus brazos, me sentía como si me ahogara. Como si estuviese perdida, asfixiándome bajo el peso de todo lo que había hecho, asfixiándome bajo la idea de que ante mí se extendía toda una vida junto a alguien a quien no amaba.

»Aun así, era por mi familia. Era por las personas a las que quiero aunque no se lo merezcan. Muchos han hecho sacrificios mayores. Yo también podía sacrificar aquello. —Sacude la cabeza y las lágrimas que se forman en sus ojos reflejan las que se acumulan en los míos. Caen cuando dice—: Entonces tú entraste en la gala y... y fue como si la tierra se hubiera abierto para tragarme. Me sentí un fraude. Una chica malvada que se había inventado un motivo para hacer algo estúpido. —Intenta enjugarse los ojos—. ¿Es que no ves por qué lo hice? No quería que murieras. No quiero que mueras. No quiero que acabes como mi hermano Claudio. Ni como Pax. Habría hecho cualquier cosa para impedirlo.

—Yo puedo impedirlo.

—No eres invencible, Darrow. Sé que crees que lo eres. Pero un día descubrirás que no eres tan fuerte como piensas, y yo me quedaré sola.

Guarda silencio cuando todo lo que se ha acumulado en su interior brota a borbotones por los ojos. No solloza. Pero las lágrimas caen. Es el tipo de mujer que se avergüenza de ellas.

Me destroza verla así.

—No eres malvada —digo, y le tomo la mano entre las mías—. No eres cruel. —Ella niega con la cabeza y trata de liberarse. Le sujeto el mentón con los dedos de la mano derecha y le levanto la cabeza hasta que su mirada se entrelaza con la mía—. Y lo que haces por la gente a la que amas no puede juzgarse. ¿Lo entiendes? —Hago

que mi voz suene más grave—. ¿Lo entiendes?

Asiente.

No debería ser así. Los dorados lo tienen todo y aun así exigen sacrificios incluso entre los suyos. Este lugar es nauseabundo. Este imperio está roto. Devora a sus reyes, a sus reinas, tan famélicamente como se come a los desposeídos que trituran su tierra. Pero no puede llevarse a esta mujer como hizo con la chica a la que enterré. No permitiré que la engulla. No permitiré que engulla a mi familia en Lico. Lo destruiré, aunque al final acabe conmigo.

Le seco las lágrimas de la cara con el pulgar. Mustang es diferente al resto de su pueblo. Y cuando intenta actuar como lo hacen ellos, el corazón se le parte en mil pedazos. Al mirarla, me doy cuenta de que estaba equivocado. Ella no es una distracción. No pone mi misión en peligro. Es lo que le da sentido a todo esto. Sin embargo, no puedo besarla. No ahora, cuando debo romperle el corazón para romper este imperio. No sería justo. Yo me he enamorado de ella, pero ella se ha enamorado de mis mentiras.

—No puedes confiar en él —me dice en voz baja.

—¿En quién? —pregunto sobresaltado por sus repentinas palabras.

—En mi gemelo —susurra como si Adrio estuviera sentado en una esquina de la sala—. No es un hombre como tú. Es otra cosa. Cuando nos mira, cuando mira a la gente, ve sacos de carne y huesos. En realidad para él no existimos. —Frunzo el ceño cuando Mustang se aferra a mi mano—. Darrow, escúchame. Es el monstruo sobre el que no saben cómo escribir historias. No puedes confiar en él.

Su modo de decirlo me hace entender que Mustang conoce nuestro pacto.

—No confío en él —digo—. Pero lo necesito.

—Podemos ganar esta guerra sin él —asegura.

—Creía que habías dicho que no soy lo bastante fuerte.

—No lo eres —dice con una sonrisa—. Solo no. —Esboza su sonrisa torcida—.

Me necesitas.

Ojalá fuera tan sencillo.

Poco después me separo de Mustang y me encamino a mis aposentos. Los pasillos están en silencio y me siento como una sombra que vaga por una especie de reino de metal. No sé cómo aceptar la ayuda de Mustang. Ni cómo debería comportarme con ella. Verla con Casio me hizo mucho más daño del que jamás le confesaré, y parte de mí sabe que no todo pudo ser manipulación. Él nunca fue un monstruo; y si alguna vez se convierte en uno, sé que será por mi culpa.

La puerta corredera de mi habitación se abre con un siseo. Una mano se posa sobre mi hombro. Me doy la vuelta y me topo con el pecho de Ragnar. Ni siquiera lo había

oído.

—**Alguien respira ahí dentro.**

—Teodora, probablemente. Es mi mayordoma rosa. Te caerá bien.

—**Respiración dorada.**

Asiento, sin preguntarle cómo lo sabe, y saco el filo de mi brazo. Cuando franqueo el umbral, se convierte en espada con un ligero susurro. Las luces, tenues, están encendidas. Registro las habitaciones de la suite en compañía de Ragnar y encuentro al Chacal sentado en mi salón con un jerez. Suelta una risita al vernos armados.

—Lo admito, resulto bastante amenazador.

Lleva un albornoz y zapatillas de estar en casa.

Le digo a Ragnar que puede marcharse. Con sus heridas, debería estar descansando. A regañadientes, sale caminando con dificultad.

—Parece que en este barco no duerme nadie —comento cuando me acomodo en el sofá junto al Chacal—. Supongo que tenemos que reestructurar un poco nuestro acuerdo.

—Te gustan los eufemismos, ¿verdad? —Le da un sorbo al licor y suspira—. Creí que iba a ahogarme en aquella condenada laguna. Siempre había pensado que mi muerte sería algo espectacular. Lanzado contra el sol. Decapitado por un rival político. Y sin embargo, cuando llegó... —Se estremece, tiene un aspecto extremadamente frágil y añorado—. No fue más que una frialdad indiferente. Como las piedras del Instituto cayéndome encima de nuevo en aquella mina.

Tiene razón, no hay calidez en la muerte. Yo lloré como un crío cuando pensé que iba a morir después de que Casio me acuchillara.

—Obviamente, esto cambia nuestra estrategia, pero no creo que deba alterar nuestra alianza.

—Yo tampoco lo creo —concedo—. Necesitaremos a tus espías más que nunca. Plinio no se tomará bien mi ascenso. Y tú estás atrapado aquí, en la corte de tu padre. Ese político intentará eliminarnos a los dos.

No hago mención de los Hijos de Ares. Tal como imaginaba, todos se olvidaron de ellos en cuanto derramé la copa de vino sobre el regazo de Casio.

—Plinio tendrá que desaparecer. Pero tú y yo deberíamos mantener cierta distancia social hasta entonces, para que no sepa que la amenaza contra él es conjunta. Es mejor que malinterprete nuestros recursos individuales.

—Y además así los Telemanus seguirán dirigiéndome la palabra —digo.

—Cierto. Me quieren muerto.

—Y con razón.

—No se lo niego. Pero es condenadamente inoportuno. —Me pasa un holocom que se saca del bolsillo—. Están sincronizados. Llamaré a mis barcos para que se unan a nosotros, y me imagino que tú te quedarás aquí con tu nuevo premio. No tendría sentido tener lanzaderas yendo de un lado a otro.

Quiero preguntarle por Leto. Por qué lo mató. Pero ¿por qué mostrarle a un monstruo que conoces su fuerza? Solo me convierte en una amenaza para él. Y ya he visto cómo se ocupa de las amenazas. Mejor hacerme el ignorante y asegurarme de que siempre le resulto útil.

—La guerra nos ofrece más oportunidades —le digo—. Dependiendo de hasta dónde pretendamos que se extienda...

—Creo que entiendo lo que quieres decir.

—Todos los demás tratarán de apagar las llamas, de conservar lo que tienen. Especialmente Plinio. Y tu hermana.

—Bien, entonces tenemos que ser más listos que ellos.

—Ella no debe salir herida. Esa parte de nuestro acuerdo es inamovible.

—Si alguna vez le hacen daño, creo que vendrá por tu parte, no por la mía. — Puede que tenga razón—. Pero te comprendo: avivar las llamas. Propagar la guerra. Ganarla. Quedarnos con los despojos.

—Creo que sé exactamente cómo hacerlo. ¿Qué puede contarme tu red de contactos acerca de los astilleros de Ganímedes?



Cuando caiga la Lluvia de Hierro sé valiente. Sé valiente.

LORN AU ARCOS

PRETORES

Estamos acabados, eso es lo que ha dicho el archigobernador de Calisto. —El archigobernador Nerón au Augusto echa un vistazo en torno a la mesa para ver si entendemos la gravedad de sus palabras. Los ángulos aquilinos de su rostro atrapan las luces de la sala de guerra del barco, que le hundan las mejillas y le confieren el aspecto de un halcón que se mira el pico—. Y ¿por qué no debería decirlo? El Núcleo se ha organizado en nuestra contra. Neptuno está en órbita lejana, así que los barcos de Vespasiano tardarán seis meses en venir a apoyarnos. Durante todo este tiempo mis portaestandartes han permanecido escondidos detrás de sus escudos en sus ciudades de Marte y tan solo envían en nuestro auxilio a sus segundos o terceros hijos. —Mira a los dos miembros más alejados de la mesa—. Su debilidad nos inutiliza. Y ahora estoy aquí, sentado en el consejo con mis pretores, mis hombres de armas, y ¿qué fantásticas estrategias conciben?

Correr. Eso es lo que dicen. Escapamos de la Luna hace un mes. Y no hemos dejado de correr desde entonces, porque la soberana fue astuta y sus fuerzas llegaron a Marte antes que nosotros.

No es así como pensaba que irían las cosas. Pero la verdad es que nada de esto es por mi maldita culpa. El archigobernador está rodeado de estúpidos precavidos. De dorados demasiado asustados de perder todo el favor y el poder que han acumulado en el pasado como para arriesgarlo ahora. Aún peor, me expulsan. Se forman alianzas contra mí. Se les ve en los ojos, en los hombros. Mi ganancia es su pérdida. Incluso aquellos que me siguieron en la Luna. Incluso aquellos a los que salvé de una muerte segura. Le hacen lo mismo al Chacal, y consideran una victoria que no esté aquí, en esta sala, peleándose con ellos. Gran error.

Estoy sentado, diez sillas más allá de mi señor, a la ingente mesa de roble de la sala de guerra de su buque insignia, el acorazado Invictus, de seis kilómetros de eslora. El techo está a cuarenta metros de nuestras cabezas. La sala es excesivamente grande e imponente. El relieve tallado de un león nos fulmina con la mirada desde el centro del tablero. Hay más de cuarenta puestos vacíos. Los de los consejeros de confianza que se han ido, que han abandonado a Augusto como las ratas de un barco que se hunde. Con nosotros están Plinio, el pretor Kavax, su hijo Daxo y medio centenar de los pretores, legados y portaestandartes más poderosos de Augusto. No me dedican miradas asesinas. No es algo tan infantil. Estos dorados tienen autoridad sobre más de mil millones de almas. Así que simplemente me ignoran y siembran la duda en Augusto sobre mis ideas.

—¿Estamos de acuerdo, entonces, con el archigobernador de Calisto? ¿Estamos

acabados? —pregunta Augusto airado.

Antes de que nadie pueda contestar, las enormes puertas se abren introduciéndose en las paredes de mármol. Mustang las franquea caminando tranquilamente, pasándose una manzana de una mano a la otra.

—¡Siento el retraso!

Sonríe a su padre, se acerca a él y le da un beso demasiado refinado en el anillo que representa una cabeza de león.

—Mandé a llamarte hace más de una hora —dice Augusto.

—¿Sí? —Mustang le lanza una mirada a Plinio—. No deben de haberme encontrado. Me he enterado de que estabas aquí porque fui a buscar a mi hermano para jugar una partida de ajedrez. —Se ríe de la broma. Solo los Telemachus la entienden. Con un suspiro, se encamina hacia el extremo opuesto de la mesa. Al pasar tras ellos, les da un cariñoso apretón a Daxo y Kavax en los hombros. Kavax la saluda con palabras atronadoras y cálidas. Mustang se sienta y pone las botas militares encima de la mesa—. ¿Me he perdido algo? Claro que no. ¿Vacilantes como siempre?

Un tic sacude la mejilla de su padre.

—Esto no es un establo —dice con la mirada clavada en sus botas.

Suspirando de nuevo, la chica baja los pies y frota la manzana contra su manga negra.

Es una de las pocas mujeres de la sala. Agripina au Julii debería estar aquí, pero fue su traición lo que privó a la flota de Augusto de las piezas suficientes para capturar Marte con rapidez. Y fue su traición lo que ha hecho que Augusto ponga a Victra bajo vigilancia para asegurarse de que su lealtad hacia él es verdadera. Necesité emplear casi toda mi influencia con el archigobernador para que no la encerrara en el calabozo.

Nos han perseguido desde los mundos del Núcleo hasta aquí, mucho más allá del camino orbital de Marte. Se han apoderado de nuestras operaciones mineras en los asteroides. Han congelado los activos de Augusto. Y sus ciudades, las que no se han rendido ya a la soberana, están sitiadas. Por no hablar de que han puesto precio a nuestras cabezas. A los viejos no les gusta que la mía sea la segunda más valorada, tras la de Augusto.

—Antes de que nos interrumpieran —continúa Augusto—, creo que alguien estaba justificando sus pos...

Crac. La voz de Augusto se desvanece cuando Mustang le da un estruendoso mordisco a su manzana. La chica repasa las caras de enfado que la miran. Yo contengo una carcajada.

—Mi señor. —Plinio se inclina hacia delante—. Me temo que no hay más alternativa que continuar nuestra retirada táctica. Si las cosas continúan de este modo, perderemos. Y tú, mi señor, serás juzgado por... —Crac. Da un respingo antes de continuar—: traición. —Echa una ojeada en torno a la mesa, a sus aliados comprados

y pagados—. No nos queda más que un camino.

—Continuar huyendo con nuestra flota hasta que los refuerzos de Vespasiano lleguen desde Neptuno —murmura Augusto—. Dentro de seis meses.

El político asiente.

—O la rendición.

—Ojalá hubieras matado a Octavia cuando tuviste la oportunidad, chico —dice Kavax.

—Si lo hubiera hecho, todos los aquí presentes estaríamos muertos —replico.

Daxo asiente.

—Mi padre no pretendía ofenderte. Tan solo expresaba un deseo.

—¿Por qué no mataste a Octavia?

Plinio me mira con los ojos entornados, escéptico.

—No podría haberlo hecho. Estaba en una sala con Aja au Grimmus. Tal vez si tú hubieras estado allí, podrías haberlo hecho mejor, pero yo soy un hombre mortal.

Los pretores que saben de lo que hablo se ríen.

—Ni siquiera Lorn au Arcos se habría atrevido —masculla Augusto—. Y una vez lo vi matar Sucios con un filo. Darrow hizo lo que pudo. —Centra su atención en mí—. ¿Tú también piensas que deberíamos seguir huyendo?

—Hace que parezcas débil.

—Somos débiles —asegura Plinio—. Pero esto hace que parezca sabio.

—Los hombres sabios leen libros de historia, Plinio. Los hombres fuertes los escriben.

—¡Deja de citar a Lorn au Arcos! —me espeta.

—Pensé que estarías abierto a todo tipo de conocimiento.

—Tus muchos años de vida te convierten sin duda en una autoridad en innumerables cosas —canturrea Plinio—. Recicla más máximas de viejos guerreros para que podamos aprender más de la vida y la sabiduría.

—Esto no va sobre mí, querido Plinio. Así que corta el *ad hominem*. —Hago un gesto en dirección al archigobernador—. Esto va sobre nuestro señor. Sobre su destino.

—Qué melodramático que lo señales, Darrow.

Augusto se frota los ojos, cansado de nuestras riñas.

—Los jóvenes no pueden evitar ser impacientes —prosigue Plinio—. Pero debemos recordar que no hay deshonra en la prudencia, mi señor. Un retraso de seis meses es un pequeño precio a pagar a cambio de la victoria. —Estira sus manos de dedos largos—. De hecho, el tiempo es nuestro aliado. Octavia no puede permitirse peinar el Sistema Solar buscándonos. No con el Senado tan dividido en casa. Su mano avarienta será de hierro. Rastrillará las espaldas de los otros archigobernadores y no pasará mucho tiempo antes de que los que la siguen comiencen a irritarse bajo sus órdenes. Descubrirán por qué luchamos contra ella; es decir, que no es nuestra representante, sino una emperatriz. Eso nos dará tiempo. Que a su vez nos dará poder.

Que a su vez nos dará la posibilidad de pedir una paz rentable.

El pretor Kavax estampa un puño contra la mesa.

—Al cuerno con eso.

Es un hombre titánico, hecho más de roca que de carne. Tiene un cuello tan grueso que yo ni siquiera podría abarcarlo con las dos manos. Al contrario que la mayoría de los dorados, se ha afeitado la cabeza y se ha dejado crecer la barba. Es espesa y la lleva teñida de rojo sangre. Cuando las luces se atenúan, brilla como un hierro de marcar en la noche. Solo le quedan tres dedos en la mano izquierda. Dicen que su hijo, Daxo, se los arrancó de un mordisco cuando era pequeño. Aunque Daxo siempre sonrío y, con su voz suave, sugiere que fue su hermano pequeño, Pax. Los Telemans son los únicos pretores de la sala que no están en deuda, de uno u otro modo, con Plinio. Me cae bien Kavax.

—Me hinchan las pelotas. ¡Estas charlas de florecillas me hinchan las pelotas! —gruñe Kavax—. No deberíamos estar en esta posición. Dame permiso, mi señor, y cogeré a mil hombres de mi guardia para encargarme de los cobardes que no respondieron a tu llamada. Lo siento, cariño —le susurra a su zorro favorito, Sófocles, una cosa cobriza y de orejas puntiagudas que da un respingo ante el ruido atronador de la voz de su amo. Sófocles come unas gominolas de la ingente palma de Kavax.

Esperamos a que Kavax vuelva a concentrarse en su discurso.

—¿Decías, Kavax? —lo insta Augusto con una sonrisa rápida que reserva para sus favoritos.

—Padre.

Daxo le da un codazo al gigante.

El hombre alza la mirada, sobresaltado.

—Ah. Y cuando les arranque las pelotas y se las cuelgue de sus propias orejas como si fueran pendientes, los demás recordarán que tú eres quien gobierna Marte y suplicarán auxiliarte, Nerón.

Satisfecho, vuelve a ofrecerle gominolas a Sófocles.

—Y sabrán que nosotros, señores, hemos sido leales —añade Daxo rápidamente al tiempo que señala a los dorados que rodean la mesa, que asienten agradecidos.

Daxo chupa una ramita de canela. Sonríe incluso más que Pax, aunque sus sonrisas son la mitad de grandes y el doble de maliciosas. El único ceño fruncido que he visto en su cara fue cuando vio al Chacal en la gala.

Ese resentimiento concreto no desaparece. Como es lógico. El Chacal les arrebató a su Pax. En respuesta, ellos exigieron su cabeza. Por su parte, Augusto desterró al Chacal de Marte. Pero ahora la guerra trae nuevas complicaciones, nuevas necesidades. Y el Chacal parece haber sido perdonado a ojos de su padre, aunque no a los de los Telemans. Los observo con mucha atención. No son estúpidos, a pesar de la apariencia que les gusta lucir. Solo espero que no se percaten de mi alianza con el asesino de Pax.

—Deberíamos recordarles a todos que no es tan fácil liberarse del vasallaje —concluye Daxo con una voz asombrosamente cordial—. Una visita de mi padre y mis hermanas les recordaría a otros portaestandartes sus obligaciones para contigo en tiempos de guerra. —Ladea la cabeza cómicamente, permitiéndonos admirar la calidad de los ángeles dorados grabados en su cuero cabelludo—. Dejar huella está en la naturaleza de los Telemanus. Puede que aumentara nuestras filas.

—Mis señores del trueno —dice Augusto con una sonrisa—. Siempre deseosos de violencia. —Se pasa un dedo por el dorso de su larga mano izquierda—. Pero no. Ese recordatorio debe esperar. El castigo solo puede imponerse en la victoria. Parecería mezquino, el triste pataleo de un hombre que se ahoga, teniendo en cuenta que mi flota está desperdigada y mis legiones, atrapadas tras los escudos de mis ciudades.

Mira a Plinio y le pregunta cómo les va al resto de nuestros aliados comerciales. Miro de reojo a Mustang, que se da cuenta y enarca una ceja preguntándose cuándo vamos a empezar.

—Todos nuestros políticos han sido recibidos —contesta Plinio con lentitud. Hoy lleva una capa de pintalabios negro muy serio—. Como sabéis, mis políticos y yo deliberamos tras nuestra huida de la Luna y desarrollamos un análisis teórico bastante avanzado de potenciales cambios de alianzas...

—¿Con ordenadores? —pregunta Kavax con una carcajada explosiva.

—Con ordenadores —continúa Plinio irritado—. Mis analistas verdes realizaron simulaciones. Ninguna de las Lunas Galileas, Io, Calisto, Ganímedes y Europa, se aliarán con nosotros. Ni en la simulación ni en la realidad.

—No podemos decir que sea una sorpresa —masculla un pretor que parece un halcón—. Obtuvimos los mismos resultados con las lunas de Saturno.

Plinio prosigue:

—Naturalmente, temen las repercusiones de elegir el bando equivocado. Los gobernadores de Saturno son, de momento, una causa perdida. Ven el cadáver de Rea en su cielo todos los días. En el sector galileo, la presencia de Lorn de Arcos en Europa supone un problema. Sus... inclinaciones políticas aislacionistas han demostrado ser contagiosas para los archigobernadores de las lunas de Júpiter, sobre todo teniendo en cuenta que su ejército privado es el doble de grande que el de cualquiera de los archigobernadores.

—¿Aislacionismo? Es más bien una jubilación —suspira Augusto—. Tal vez esté en su derecho.

—Tú te volverías loco, padre —dice Mustang desde el final de la mesa—. Sin tácticas, sin complots, sin estratagemas. Solo familia y tiempo que pasar con Adrio y conmigo.

La sonrisa de Augusto es tensa, ilegible.

—Qué bien me conoce mi hija.

—Lo que más me preocupa —vuelve a intervenir Plinio— es que los galileos,

según sus propias palabras, dudan de la validez de nuestra causa.

—Eso es porque no tenemos causa alguna —protesto recordando mi papel—. Al menos no hasta donde a alguien pueda importarle.

—Explícate —me exige el archigobernador.

—Está en ello, padre —interviene Mustang—. Es que a Darrow le va el drama.

Miro en torno a la sala con parsimonia, asegurándome de que todo el mundo me presta atención.

—No me equivoco al decir que los gentiles dorados de esta sala comprenden la naturaleza humana, ¿verdad? Aunque no fuera así, ¿qué nos motiva? ¿Una causa? No. Ninguno de nosotros tiene una causa. ¿Libertad? ¿Independencia? ¿Justicia? —Pongo los ojos en blanco—. Lo dudo. ¿Qué nos importa que la soberana actúe como una emperatriz? ¿Qué nos importan el Pacto y las libertades que garantiza a los dorados? Nada.

»Tiene que ver con el poder. Siempre tiene que ver con el poder. Nos enfrentamos a ella porque nos hemos unido a una estrella, el archigobernador. Pero la estrella cae, se desvanece...

Kavax medio se levanta de su asiento.

—No insultes a tu señor como si...

—¿Como si fuera qué? ¿Estúpido? No lo es, así que cállate. Los Belona toman Marte. Se harán con los contratos, con los puestos de gobierno. A nosotros nos expulsarán a la periferia, muertos o sin ninguna relevancia. —Mi voz juguetea con el público—. El poder es lo único que tiene valor en este mundo. Pensad en Tacto au Rath, mi leal aliado durante tres años. Pero en cuanto mi estrella comenzó a caer, me robó y se largó por la puerta de atrás. Un ladrón en mitad de la noche.

»¿Cuántos sitios vacíos hay aquí que estaban llenos antes de lo de la Luna? Muchos hombres y mujeres que habrían sangrado por Augusto. Muchos hombres y mujeres que habrían dado sus ojos por él cuando estaba sentado en su estrado de Agea. Ahora... —Me sacudo las manos—. Estamos perdiendo. Huir es marchitarnos y morir. Si queremos volver a ascender, atraer a los galileos a nuestra causa, reunir a los gobernadores de Saturno bajo nuestros estandartes, entonces demostrémosles que no hemos perdido todo el poder. Demostrémosles que rezumamos poder. Somos árbitros de la vida y la muerte. Nosotros, no los Belona, somos la Casa de Marte.

Plinio intenta decir algo, pero Augusto le hace una señal para que guarde silencio.

—¿Qué propondrías?

—Las familias galileas tienen predilección por la Luna por un motivo. El comercio. Ganímedes tiene los astilleros. Calisto es poco más que una fábrica de grises y obsidianos para los ejércitos de la Sociedad. Europa es un acuario de bancos, minas submarinas y casas vacacionales. Io es el granero de todos los mundos del camino orbital de Júpiter. Dependen demasiado del comercio con el Núcleo para pasarse a nuestro bando. E incluso el crío más vulgar sabe lo que ocurrió cuando el Señor de la Ceniza descendió sobre Rea. —Los pretores asienten tras mis palabras—.

Así que debemos impresionarlos. Debemos aterrorizarlos para que sepan que nuestro poder puede caer sobre ellos en cualquier momento y que no pueden arriesgarse a enemistarse con nosotros.

—¿Cómo? —pregunta Augusto.

Ahora todos han mordido ya el anzuelo.

Deposito mi filo sobre la mesa para que sepan qué tipo de asunto propongo.

—Tomamos sus barcos. Nos llevamos a sus hijos. Nos los llevamos como aliados al igual que los espartanos se llevaron a sus mujeres. Por la fuerza, de noche.

Se hace el silencio a mi alrededor. Después llega el alboroto. Plinio deja que sus pretores ataquen la idea con furia. Él gasta su energía en susurrar al oído de Augusto. Le lanzo una mirada a Mustang, pero ella observa a los demás, calibrándolos.

—Fanfarronadas. —El archigobernador silencia la sala y vuelve a dirigirse a mí—. No he oído un plan.

—Un plan. Dos partes.

Toco un terminal de datos y el holo que me dieron los agentes del Chacal se extiende sobre la mesa para mostrar Ganímedes. La luna brilla con los tonos azules y verdes de sus océanos y bosques, resplandeciente contra la vaporosa superficie de Júpiter, jaspeada de blanco y naranja. Los astilleros grises rodean la luna. Los amplío para que se expandan a lo largo de la mesa y por encima de ella. Hago un listado de los barcos registrados poniendo especial énfasis en uno.

—Ganímedes tiene un destructor de lunas.

Silbidos alrededor de la mesa.

—¿Un destructor de lunas? —susurra alguien.

—¿Esta información es fiable? —pregunta Augusto.

Asiento.

—Muy fiable. —Muevo los dedos para rotar la imagen de los muelles. A la sombra de un muelle orbital flota un barco como mi Pax, pero más nuevo, más grande. Negro como la noche y ocho kilómetros de eslora—. Lo encargó la mismísima soberana para regalárselo a su nieto.

Kavax casi babea ante la imagen del monstruoso barco.

—Qué mujer más cariñosa.

—Suponiendo que esto no esté amañado. —Plinio inspecciona el holo—. ¿Cómo has dado con esta información?

—A mí también me cuentan cosas los pajaritos.

—No seas esquivo. Es importante.

—Mis fuentes son mías, al igual que las tuyas te pertenecen, Plinio.

—Entonces ¿quieres robar el destructor de lunas de Ganímedes? —pregunta Plinio—. Eso es un acto de guerra.

Me echo a reír.

—No. Me has entendido mal. Quiero robar todas las naves.

TITIRITERO

Plinio mira a Augusto con preocupación.

—Hazlo y esta guerra no terminará hasta que uno de los dos bandos quede reducido a cenizas.

—Ya es así... —comienza Kavax.

—Esto es distinto —cacarea Plinio—. Amplía el alcance.

—Mi padre tiene razón. —Es Daxo quien toma la palabra—. Ya estamos en plena rebelión.

Plinio da un manotazo sobre la mesa.

—Esto es distinto. Es declararle la guerra a la Sociedad, no a los Belona, no a la soberana como individuo. Ganímedes no nos ha hecho daño. Esto lo fracturará todo.

Augusto permanece sentado en silencio, con la mirada de sus fríos ojos clavada en el destructor de lunas del holo. Sin desviarla hacia mí, pregunta:

—Has dicho que este plan tenía dos partes. ¿Cuál es la segunda?

Cambio el holo. La imagen de la Academia reemplaza a la de los astilleros. Los barcos rodean su superficie gris mate. Los asteroides rotan al fondo.

—Esos barcos son muy antiguos. —Un pretor llamado Liceno, que está a punto de quedarse calvo, suelta esas palabras antes de que yo pueda siquiera abrir la boca—. Inútiles en una batalla. ¿También planeas robarlos?

—No, pretor Liceno. Mi plan es robar a los alumnos. —Añado otro visual. El Instituto de Marte se une a la Academia. Luego otro Instituto, el de Venus. A continuación los dos Institutos de la Tierra. Después los Institutos galileos y de Saturno. Y luego más, hasta que casi una docena de imágenes flotan en el aire—. Quiero robar a todos los estudiantes. No para que luchen. Sino para pedir un rescate por ellos.

—Demonios. —Mustang estalla en carcajadas—. ¿Estás loco, Darrow?

Augusto frunce el ceño.

—Virginia, contrólate.

—Yo me controlo, padre. Tu perro de ataque no.

—Olvidas tu posición.

—Y tú olvidas la imagen de Claudio muerto en el suelo. Y de Leto. ¿Es lo que quieres para el resto de nosotros?

Lamenta haber pronunciado esas palabras en cuanto abandonan sus labios.

—Cierra la boca, niña. —Augusto tiembla de rabia. Sus dedos huesudos aprietan el borde de la mesa hasta que cruje—. Estás trastornada desde que dejaste que ese chico Belona se te metiera entre las piernas. Entrás aquí como una florecilla

pomposa. Comiéndote la manzana como una cría. Deja de ser una puta de segunda y muéstrate a la altura de tu nombre.

—¿Como tu otro hijo? —pregunta.

Augusto coge una bocanada de aire larga y tranquilizadora.

—O guardas silencio o te marchas.

Mustang aprieta los dientes, pero permanece inusualmente callada.

—No la culpéis, buenos hombres, si ya está cansada de la guerra —dice Plinio, que, con suavidad, le clava un puñal a un enemigo herido—. Después de tantas cumbres nocturnas empleadas en entablar relaciones diplomáticas horizontales con los Belona, sus niveles de resistencia ya no son lo que eran.

Kavax se lanza contra Plinio. Daxo lo contiene justo a tiempo. Pero es Mustang la primera en hablar por encima del alboroto.

—Soy capaz de defender mi honor por mí misma, buen hombre. Pero esos insultos son esperables por parte de Plinio. Al fin y al cabo, yo también estaría amargada si mi esposa se esforzara tantísimo por asegurarse de que muchos de vuestros jóvenes mercenarios aprendieran a envainar sus espadas como es debido.

Plinio la mira con furia mientras Virginia se levanta y continúa:

—Dejé Marte para dedicarme al saber en la corte de la soberana. No abandoné a mi familia, como muchos de vosotros habéis sugerido. Y no lamento haberme marchado y haberme perdido conversaciones como esta. Porque a vosotros, buenos hombres, parece que solo se os da bien una cosa, reñir. Aun así, enseguida os ponéis de acuerdo respecto a que soy objeto de ridículo. Qué curioso. ¿Es porque me veis como una amenaza para vuestro poder? ¿O simplemente porque soy una mujer? —Escudriña a las escasas mujeres desperdigadas en torno a la mesa—. Si se trata de esto último, os excedéis. Esta Sociedad fue fundada por hombres y mujeres basándose en el mérito.

»Sin embargo, nuestro querido político Plinio tiene razón: yo habría evitado esta guerra. De hecho, lo intenté. ¿Por qué si no pensáis que permití que Casio au Belona me cortejara? Pero la guerra está aquí. Y yo volveré a proteger a mi familia de todas las amenazas, de las externas y de las internas.

Augusto deja escapar la más minúscula y breve de las sonrisas, idéntica a la primera. Su amor es el más condicional que haya visto en la vida. Con qué rapidez puede llamar puta a su hija y luego sonreír cuando ella recupera cualquier resquicio de poder que hubiera podido perder en la sala. De repente, ella importa.

—Entonces ¿qué opinas de mi plan? —pregunto yo.

—Opino que es arriesgado. Expande la guerra sin garantizar nuestro beneficio. Es inmoral y crea un precedente peligroso. Pero la verdad es que la guerra es inherentemente inmoral. Así que tan solo tenemos que decidir hasta dónde queremos llegar.

—Tú conoces a Octavia mejor que yo —aseguro—. ¿Hasta dónde llegará ella?

Mustang guarda silencio durante un instante.

—Si obtenemos una victoria y pedimos la paz ya sea desde una posición de fuerza o de debilidad, ella aceptará la propuesta...

—¡Veis! —exclama Plinio.

Mustang no ha terminado.

—Sugeriré una localización neutral. Y ese día, cuando nos dispongamos a firmar la paz, Octavia hará cuanto esté en su mano para matarnos a todos.

Plinio nos mira al uno y al otro, consciente de la facilidad con que le hemos engañado.

—Así pues, ¿no hay marcha atrás? ¿Vencer o morir? —pregunto sin reflejar ningún tipo de emoción en la voz.

—Así es, Darrow —me contesta ella con una sonrisa—. Vencer o morir.

—Parece que te han ganado la partida, Plinio. Procederemos con el plan de Darrow. —Augusto se pone en pie—. Mañana, el pretor Liceno asumirá el mando de este navío y de su flota y hará que la soberana lo persiga mientras yo llevo un pequeño grupo de ataque formado por corbetas y fragatas a los gigantes gaseosos. Con ellas, yo mismo saquearé los astilleros de Ganímedes.

—¡Yo iré contigo, mi señor! —trueno Kavax.

El ruido hace que su zorro se baje de su regazo de un salto y se esconda debajo de la mesa, temblando.

—No.

El rostro de Kavax refleja su sorpresa.

—¿No? Pero, Nerón..., las defensas de Ganímedes..., posiciones de combate, destructores, naves antorcha... Harán pedazos cualquier fuerza de corbetas que acerques. —Sus enormes manos gesticulan suplicantes—. Permite que lo hagamos por ti.

—Olvidas quién soy, amigo.

—Disculpa, no pretendía...

Augusto hace un gesto con la mano para acallar la disculpa y se vuelve hacia Mustang.

—Hija, tú tomarás los elementos de la flota que necesites para ejecutar la segunda parte del plan de Darrow.

Ver a Plinio en este momento es como ver a un niño intentando aferrarse a un puñado de arena. No entiende el curso que han tomado las cosas. Pero no es tan tonto para jugar sus cartas ahora. Esperará escondido en la hierba, como la serpiente que es.

El archigobernador se vuelve hacia mí.

—Darrow, ¿qué me dijiste antes de derramar la sangre de Casio?

—Te dije que deberías ser rey de Marte.

—Amigos míos. —Augusto apoya las delgadas manos sobre la mesa, con los dedos rígidos—. Darrow ha demostrado tener poderes que ninguno de vosotros posee. Predice lo que deseo. Quiero ser rey. Convertidme en rey. Podéis marcharos.

La sala se vacía. Yo espero con Augusto. Quiere hablar conmigo en privado.

Mustang pasa muy cerca de mí al abandonar la sala de guerra y me guiña un ojo.

—Buen discurso —murmuro.

—Buen plan.

Me da un apretón en la mano y después desaparece.

—De nuevo confabulados —observa Augusto.

Me hace un gesto para que cierre la puerta. Me siento a su lado. Las duras líneas de su rostro se hacen más profundas cuando me mira fijamente a los ojos. Desde lejos, las arrugas son invisibles. Pero así de cerca, son lo que forma su rostro. La pérdida es lo que le da a un hombre unas arrugas así, y eso me recuerda que este es el hombre al que no debes enfadar. El hombre con el que no debes estar en deuda.

—Podemos acabar con la justa indignación antes de que se abra camino hasta tu lengua. —Estira los dedos y se examina las cuidadas cutículas—. La pregunta es simple y vas a contestarla: ¿eres demócrata?

No me esperaba algo así. Intento no mirar a mi alrededor con nerviosismo.

—No, mi señor. No soy demócrata.

—¿Ni reformista? ¿No eres alguien que quiere alterar nuestro Pacto para crear una sociedad más justa, más decente?

—El hombre está correctamente organizado ahora —digo, y hago una pausa—, salvo por unas cuantas excepciones notables.

—¿Plinio?

—Plinio.

—Cada uno tenéis vuestros dones. Y harías bien en no cuestionar mi decisión de mantenerlo a mi lado.

—Sí, mi señor. Pero yo no soy más demócrata que tu parte de la familia Lune.

No sonrío como yo pretendía. En lugar de eso, pulsa un botón y por los altavoces comienza a sonar el discurso que di para ganarme el Pax. Un holo de HP muestra los rostros de diferentes colores.

—Observa sus expresiones. —Él observa la mía al tiempo que pasa una serie de videoclips de diferentes partes del barco mientras la tripulación escucha las palabras que pronuncié antes de que se levantaran contra sus comandantes dorados—. ¿Lo ves? Justo eso de ahí. ¿La chispa? ¿La ves?

—La veo.

—Eso es esperanza. —El hombre que mató a mi esposa espera que mi rostro me delate. Pues buena suerte—. Esperanza.

—¿Estás diciendo que cometí un error? —pregunto.

Recuerda un antiguo dicho:

—Tan odioso para mí como las puertas del Hades es ese hombre que en su corazón esconde una cosa y pone otra en su boca.

—Mi corazón siempre ha sido un libro abierto.

—Eso dices. —Separa ligeramente los labios y sisea lo siguiente—: Pero mientras los terroristas esparcen mentiras por la red, los atentados destrozan nuestras

ciudades, los colores inferiores murmuran descontentos, comenzamos una guerra a pesar de tener termitas en los cimientos, eso es lo que dices.

—Cualquier caos es...

—Cierra la boca. ¿Sabes lo que sucedería si los demás gobernadores nos tomaran por reformistas? ¿Si las otras casas miraran a la mía como un bastión de igualdad y democracia? —Señala un vaso—. Nuestros aliados potenciales. —De un manotazo, tira el vaso de la mesa y deja que se rompa en mil pedazos. Señala otro—. Nuestras vidas. —También lo vuelca y se hace añicos—. Ya es bastante malo que mi hija intercambiara opiniones con el bloque reformista en la Luna. Tú no puedes parecer un político. Sigue siendo un guerrero. Sigue siendo simple. ¿Lo entiendes?

¿Y si los colores inferiores se suman a nosotros? Me gustaría preguntárselo, pero haría que sus obsidianos me mataran aquí mismo.

—Lo entiendo.

—Bien. —Augusto se mira las manos y juguetea con su anillo. La indecisión se apodera de él—. ¿Puedo confiar en ti?

—¿En qué sentido?

Una carcajada despectiva escapa de su boca.

—La mayoría dirían que sí sin pensarlo.

—La mayoría de los hombres son mentirosos.

—¿Puedo confiar en otorgarte un poder independiente del mío? —Se rasca la mandíbula distraídamente—. Es en ese momento cuando muchos abandonan a sus señores. Es cuando el hambre invade sus ojos. Los romanos lo aprendieron una y otra vez. Es la razón por la que no permitían que los generales cruzaran el Rubicón con sus ejércitos sin permiso del Senado. Los hombres con ejércitos a su cargo pronto empiezan a cobrar conciencia de lo fuertes que son. Y siempre saben que su fuerza particular no es para siempre. Debe utilizarse con premura, antes de que su ejército los abandone. Pero las decisiones apresuradas pueden hundir imperios. A mi hijo, por ejemplo, nunca se le debe conceder tal poder.

—Adrio tiene sus empresas.

—Ese es un poder lento. Astuto por su parte, aunque indigno de mi nombre. El poder lento puede pulverizar a cualquier adversario anquilosado. Pero el poder rápido, el que puede viajar contigo adondequiera que vayas, hacer lo que deseas que haga con la misma eficacia con que un martillo golpea un clavo, ese es el poder que corta cabezas y roba coronas. ¿Puedo confiártelo a ti?

—Debes hacerlo. Soy el único hombre que puede presentarse ante Lorn.

La sorpresa destella en sus ojos; no está acostumbrado a que adivinen sus maquinaciones. Esconde su asombro con rapidez, reticente a reconocer el mérito donde lo hay.

—Ya lo sabías.

—Deseas que me acerque a Lorn, que le pida ayuda, porque él me enseñó a manejar el filo.

—Y porque te quiere.

Cierro y abro los ojos como un tonto.

—No estoy seguro de que esa sea la palabra más adecuada.

—Lorn tenía cuatro hijos. Tres murieron delante de él. El último, el padre de Lisandro, en un accidente, como ya sabes. Creo que le recuerdas a ellos, aunque en realidad tú eres más capaz y menos moral, lo cual juega en tu favor. Pero por más que te quiera a ti, a mí me odia.

—Odia más a Octavia, mi señor.

—Aun así. No será fácil convencerlo de que se sume a nosotros.

—Entonces no le daré alternativa.

GOMINOLAS

Los Telemachus me esperan en el pasillo. Kavax me abraza tan fuerte que me cruje la espalda. Daxo asiente con la cabeza. Cuando me suelta me quedo aturdido entre los dos hombres. Es la primera vez que hablo con cualquiera de ellos sin que estemos rodeados de violencia. A decir verdad, los he evitado porque estoy avergonzado de lo que permití que le sucediera a Pax.

—Eres el único ante el que perdió mi chico —dice Kavax—. El pequeño Pax. Si debía hincar la rodilla, no es ningún desdoro que lo hiciera ante la amistad. Solo desearía que hubiera podido tomar el Olimpo contigo. Eso habría sido un espectáculo.

—Me habría gustado ver cómo le quitaba la armadura al próctor Júpiter.

Daxo esboza una gran sonrisa.

—Yo fui de la Casa de Júpiter. Primus hasta que perdí ante Karnus au Belona.

—Entonces creo que tenemos un enemigo común.

—¿Aparte del cabroncete intrigante que mató a mi hermano pequeño? —pregunta Daxo con suavidad—. Tenemos muchos adversarios compartidos, Andrómeda.

Kavax coge a su zorro en brazos. El animal le lame el cuello y me mira con fiereza antes de introducirle el hocico en la espesa barba roja. Sófocles tiene el pecho blanco, las patas negras y el resto del cuerpo de un color teja oscuro. Su pelaje es más espeso y duro que el de un zorro normal. Teniendo en cuenta que pesa casi treinta y cinco kilos, en realidad su tamaño es más parecido al de un lobo.

—Los zorros son criaturas hermosas —comenta Kavax mientras acaricia al animal.

Daxo hace un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Traviesos. Omnívoros. Resistentes a la caza furtiva. Monógamos. Muy especiales, y capaces de expandir su territorio de caza incluso interfiriendo en el de los lobos. —Levanta una mirada oscura hacia mí—. Pero debido a un condenado capricho de la naturaleza, los zorros no se las apañan bien con los chacales. Le pedimos a Augusto que desterrara a Adrio. Lo estuvo durante un tiempo, pero ahora regresa a la flota.

—Un crimen —aseguro.

Ambos asienten.

Daxo me apoya una mano en el hombro.

—Las chicas..., mis hermanas y mi madre, quiero decir, deseaban que supieras que no te hacemos responsable de la muerte de Pax. Queríamos a ese pequeñajo, y sabemos que tú no deseas más que honrarlo. Sabemos que le pusiste su nombre a tu

barco. Y no lo olvidaremos. Una vez amigos, amigos para siempre. Esa es la costumbre de nuestra familia.

Kavax asiente ante todas y cada una de las palabras que pronuncia el hijo que le queda. Le lanza a su zorro un puñado de gominolas.

—Así que, si nos necesitas —sugiere Daxo mientras señala con la cabeza hacia la sala de guerra—, no tienes más que pedirlo y la Casa de Telemachus se prestará a tu causa.

—¿Lo decís de verdad? —pregunto.

—Es lo que habría hecho feliz a Pax —ruge el viejo Kavax.

Le estrecho la mano y me la juego:

—Perdonad mis modales, pero os necesito ahora.

Sus enormes cejas se arquean cuando los dos mastodontes intercambian una mirada de asombro.

—¡Investiga, Sófocles! Investiga —ordena Kavax emocionado.

El grandioso zorro que descansaba a sus pies se acerca a mí con cautela para investigarme, me olisquea las rodillas, estudia mis zapatos y mis manos. Se enreda entre mis piernas en su búsqueda. Y luego salta sobre mí, me pone las patas delanteras en las caderas y me mete el hocico en el bolsillo. Sófocles resurge con dos gominolas, masticando alegremente.

—¡Magia! —retumba Kavax al tiempo que me da una palmada en el hombro—. Sófocles ha descubierto un oportuno signo de aprobación ¡por arte de magia! ¡Qué buen augurio! Daxo, hijo mío. Reúne a tus hermanas y a tu madre. El Segador nos llama. ¡La Casa de Telemachus debe contestar!

—Las chicas estaban conociendo Neptuno, padre. Tardarán unos cuantos meses.

—Bueno, entonces nosotros debemos contestar.

—No podría estar más de acuerdo contigo, padre.

—Tendré instrucciones dentro de menos de una hora.

—¡Gran expectación! —Kavax se aleja con grandes pasos—. Las esperamos con gran expectación.

Les ruge cumplidos a los naranjas con que se cruza, aterrorizándolos con su enorme sonrisa de aprobación. Daxo y yo nos lo quedamos mirando.

—¿De verdad cree en la magia? —pregunto.

—Dice que los gnomos le roban la cera de las orejas por la noche. Mi madre piensa que lo han golpeado demasiadas veces en la cabeza. —Daxo se aparta de mí para seguir a su padre. Pero no puede esconder una sonrisa astuta cuando se mete una golosina en la boca y veo de dónde han salido las que había en mi bolsillo—. Yo opino que simplemente vive en un mundo más divertido que el nuestro. Ven a vernos pronto, Segador. Mi padre está ansioso.

Después de reunirme por holo con el Chacal para ponerlo al día de mi plan y ajustarlo

de acuerdo a unas cuantas recomendaciones tuyas, hago que Orión ponga rumbo a Europa. Tardaremos dos semanas. Roque se une a mí en el puente para observar a la escasa tripulación de azules. No habla. Pero es la primera vez que me busca desde que salimos de la Luna. Es un peso que no logro quitarme de encima.

—Lo sien... —inicio una disculpa.

—No quiero hablar de Quinn —dice en voz baja—. Sé que tú deseabas esta guerra. Que la maquinaste en lugar de confiar en que yo comprara tu contrato y te protegiese. Lo que no sé es por qué me drogaste.

—Quería protegerte. Porque sabía que te necesitaría después de la gala y no podía arriesgar tu seguridad.

—Y ¿qué hay de lo que necesito yo? —pregunta—. No tienes derecho a tomar decisiones por mí porque tengas miedo de que tal vez interrumpa tus planes. Los amigos no hacen eso.

—Tienes razón. Estuvo mal por mi parte. —Asiento lentamente, hablando con total sinceridad.

—¿Estuvo mal clavarme una aguja en el cuello?

—Más que mal. Pero sabes que la intención era buena, aunque la idea y la ejecución fueron tremendamente estúpidas. Si tengo que ponerme de rodillas...

—Una imagen difícil de olvidar.

Sé que está bromeando, pero no hay alegría ni sonrisa en su rostro cuando se da la vuelta y se marcha.

LOS HIJOS DE LA TORMENTA

—Acudes a mí al inicio de una tormenta —dice mi amigo, cuya barba gris se agita al viento mientras contempla las olas que rompen muy por debajo de donde nos encontramos—. ¿Sabías que aquí, en este mundo oceánico, hay chicos que salen con sus esquifes durante temporales peores que este? Son la escoria de los grises, de los rojos, incluso de los marrones. Su valentía es de una suerte alocada, delirante. — Desde el balcón, señala el agua negra y agitada con un dedo pesado. Las olas alcanzan los diez metros de altura—. Los llaman hijos de la tormenta.

La gravedad aquí es exasperante. Todo flota. A 0,136 de la gravedad de la Tierra, debo medir, controlar cada paso que doy; si no, salgo despedido a cuatro metros de altura y tengo que esperar a bajar de nuevo balanceándome como una hoja. Una batalla en este sitio sería como un baile submarino. Llevo gravibotas solo para moverme con comodidad.

El anciano observa el mundo oceánico que se mueve en torno a su isla. Él mismo es como siempre me dijo que debía ser yo: una roca entre las olas; está mojado, pero aun así no se deja impresionar por todo lo que gira como un remolino a su alrededor. Las gotas de agua salada le resbalan por la barba. Sus ojos de oro pulido parpadean contra el viento cortante de la tormenta.

—Cuando estás sumergido en la sal, sientes que cada ráfaga de viento es el fin del mundo. Que cada ola es la más gigantesca que haya existido. Esos chicos cabalgan el vendaval en éxtasis por su propia gloria. Pero de vez en cuando se forma una tormenta de las de verdad. Destroza sus mástiles y les arranca el pelo de la cabeza. El mar no tarda mucho en tragárselos enteros. Pero sus madres ya han llorado sus muertes mucho tiempo antes, al igual que yo lloré la tuya el día en que nos conocimos.

Me mira con gran intensidad, con la boca fruncida tras su espesa barba.

—Nunca te lo he contado, pero yo no crecí en un palacio o en una ciudad como muchos de los Únicos que conoces. Mi padre creía que había dos males en el mundo. La tecnología y la cultura. Era un hombre duro. Un asesino, como los demás. Pero su dureza no residía en lo que podía hacer, sino en lo que se negaba a hacer, en su autocontrol. En los placeres de los que se privaba a sí mismo, y a sus hijos. Vivió hasta los ciento sesenta y tres años sin ayuda del rejuvenecimiento celular. Por algún motivo consiguió sobrevivir a ocho Lluvias de Hierro. Pero aun así nunca valoró la vida, porque la arrebatava demasiado a menudo. No era un hombre para ser feliz.

Observo cómo el antiguo Caballero de la Furia, Lorn au Arcos, se inclina sobre la barandilla del balcón de su castillo. Es una fortaleza de piedra situada en medio de un

mar de noventa kilómetros de profundidad. Es un lugar de líneas modernas. No es medieval, sino una mezcla del pasado y el presente —el cristal y el acero forman ángulos pronunciados con la isla de roca—, muy parecido al hombre al que respeto por encima de todos los demás dorados de su generación.

Como él, este castillo es un lugar riguroso cuando se acercan las tormentas. Pero cuando las tormentas se disipan, la luz del sol lo bañará, su resplandor penetrará por las paredes de cristal y destellará sobre sus soportes de acero. Los niños correrán por sus diez kilómetros de longitud, por sus jardines, junto a sus muros, hasta llegar al puerto. El viento les agitará el pelo y lo único que Lorn oirá desde su biblioteca serán los gritos de las gaviotas, el estruendo del mar y las carcajadas de sus nietos y sus madres, a quienes protege en nombre de sus hijos muertos. El único que falta es el pequeño Lisandro.

Si todos los dorados fueran como él, los rojos seguirían trabajando como mulos bajo la tierra, pero él haría que conociesen su propósito. No lo convierte en bueno, pero sí en sincero.

Es corpulento, ancho y más bajo que yo. Suelta su copa de whisky y deja que el viento la tumbe de lado. El vaso cae y el mar lo devora de inmediato.

—Dicen que el viento trae los gritos de los hijos de la tormenta muertos —murmura—. Yo digo que son los llantos de sus madres.

—Las tormentas de la corte también se las arreglan para arrastrar a la gente hacia ellas —comento.

Suelta una carcajada despectiva, una risa que se mofa de la idea de que yo sepa algo acerca de las tormentas de la corte, algo sobre los vientos que soplan.

He llegado hasta él en secreto, volando con un solo barco, el Pax, mi destructor de cinco kilómetros de eslora. Le dije a mi señor que Lorn no nos ayudaría. Pero me aferré a la esperanza de que quisiera ayudarme a mí. Sin embargo, ahora que vuelvo a ver a Lorn en Arcos en carne y huesos nudosos, recuerdo la naturaleza de este hombre y me preocupo. Sabe que mis capitanes y tenientes nos están escuchando a través del intercomunicador que llevo en la oreja. Le presenté mis respetos y se lo mostré para que no supusiera que nuestra conversación era privada.

—Después de más de un siglo de vida, mi cuerpo todavía no me traiciona. — Cualquiera podría pensar, a primera vista, que ronda los sesenta y cinco años. Solo sus cicatrices lo envejecen de verdad. La que tiene en el cuello, como una sonrisa, se la hizo hace cuatro décadas un Sucio en la Rebelión de los Reyes de las Lunas, cuando los gobernadores de las lunas de Júpiter pensaron en formar sus propios reinos después de que Octavia sustituyera a su padre como soberana. La que ocupa parte de su nariz se la hizo el Señor de la Ceniza durante un duelo de juventud—. ¿Has escuchado la expresión «El deber del hijo es la gloria del padre»?

—Yo mismo la he empleado.

Refunfuña.

—Yo la he vivido. He perdido a muchos por mi propia gloria. He dirigido mi

nave hacia la tormenta a propósito. Y siempre acompañado por mujeres y niños. — Deja que sean las olas las que hablen durante un momento. Chocan contra las rocas y luego se retiran, aspirando mientras se alejan, arrastrando cosas al mar que llaman Discordia—. No está bien vivir durante tanto tiempo, creo. Anoche nació mi bisnieta. Los dedos todavía me huelen a sangre. —Los estira; son como raíces de árboles, retorcidos y encallecidos por el uso de las armas. Tiemblan ligeramente—. Estas manos la sacaron de la oscuridad a la luz, del calor al frío, y cortaron el cordón. Este sería un buen mundo si esa fuera la última carne que cortaran.

Relaja las manos y las coloca sobre la piedra fría. Me pregunto qué le diría Mustang a este hombre. Verlos cara a cara sería como ver el fuego intentando prender la piedra. Virginia se opuso a mi plan en público, pero lo cierto es que todo formaba parte de nuestra estrategia. Planes dentro de planes dentro de planes.

—Y pensar en todo lo que sienten las manos... —masculla Lorn—. Las mías han sentido la sangre de mis hijos mientras sus corazones la bombeaban hacia el exterior de sus cuerpos. Han sentido el frío de la empuñadura de un filo mientras robaban sueños de juventud. Han lucido el amor de una joven y de una mujer y luego han sentido que esos corazones iban apagándose hasta quedarse en silencio. Y todo por mi gloria. Todo porque decidí cabalgar el mar. Todo porque no muero tan fácilmente como la mayoría. —Frunce el ceño—. Las manos, creo, no fueron pensadas para sentir tanto.

—Las mías han sentido más de lo que me gustaría —digo.

Siento que las recorre el chasquido que noté cuando colgaron a Eo. La textura de su pelo. Recuerdo la calidez de la sangre de Pax. El frescor del pálido rostro de Lea en la mañana fría, después de que Antonia la masacrara. La savia roja y granulada de los capullos de hemanto. La cadera desnuda de Mustang mientras yacemos junto al fuego.

—Todavía eres joven. Cuando tengas el pelo cano, habrás sentido aún más.

—Algunos hombres no envejecen.

Ningún sondeainfiernos lo consigue.

—No. Algunos hombres no envejecen. —Le da unos golpecitos a la insignia del león de Augusto de mi uniforme oscuro—. Y los leones no viven tanto como los grifos. Nosotros podemos alejarnos volando de las cosas. —Blande el anillo de su propia familia y bate los brazos atolondradamente hasta arrancarme una sonrisa. Lo luce junto a su anillo de la Casa de Marte—. Antes eras un pegaso, ¿no es así?

—Era el símbolo... es el símbolo de Andrómeda.

Mi falsa familia dorada. Pero en realidad me recuerda a Eo. Ella me señaló la Galaxia de Andrómeda antes de morir. Significa tanto y tan poco a la vez...

—Aferrarte a lo que eras es honorable —dice.

—A veces tenemos que cambiar. No todos nacemos ricos como tú.

—Vamos a buscar a Ícaro en el bosque. —Lo mencionaba a menudo en Marte, pero nunca he visto a la mascota favorita de Lorn—. Carolina ha conspirado con

Vincent para hacerle un juguete nuevo. Creo que te gustará.

—¿Dónde están tus niños? Me encantaría verlos de nuevo.

—En el ala este hasta que te marches.

—¿Tan peligroso soy?

No contesta.

Abandono el balcón en pos de mi amigo justo cuando una de las nubes de Europa escupe un relámpago azul en el cielo oscuro. Sus océanos corcovean y arrastran mientras las enormes crestas de agua serpentean y gotean por las paredes blancas, como si el mundo de los océanos conspirara para tragarse la isla artificial. A pesar de todo ello, el castillo y la tormenta furiosa continúan pareciendo diminutos cuando veo cómo Júpiter devora el cielo nocturno detrás de las nubes, un gigante de gas en relieve que nos observa desde lo alto como la cabeza de un enorme dios de mármol.

Mientras caminamos por el edificio de piedra, Lorn saluda alegremente a todos los sirvientes con los que nos cruzamos. Ve personas, no colores. La mayoría llevan años con él. Yo debería haber estudiado con él. Pero entonces habría acabado aquí, un hombre mejor, pero incapaz de cambiar nada a tantos meses de distancia del Núcleo.

Los juguetes infantiles atestan los pasillos. Su familia está aquí, docenas de seres queridos que reunió después de abandonar la vida pública. La mayor parte viven diseminados por los archipiélagos meridionales, en las aguas más cálidas cercanas al ecuador. Los huracanes los han empujado hacia el norte este mes para refugiarse con el abuelo Lorn. Parece que la tormenta los haya seguido.

El anciano abre una gran puerta de cristal y me guía hacia el centro de su ciudadela. Allí es donde mantiene un bosque de varios acres de tamaño y al aire libre. Las paredes lo rodean y lo protegen de las olas insidiosas. Los estandartes de Lorn ondean al viento a bastante altura: un rugiente grifo morado en un campo de nieve blanca. La lluvia cae sobre los árboles, silbando entre sus agujas, hasta que Lorn activa una burbuja de pulsos. Entonces la lluvia repiquetea sobre su cúpula y se eleva en espesas nubes de vapor. Mi amigo camina por delante de mí y yo me quedo atrás sacando pequeñas espinas negras, no más largas que mis uñas, del bolsillo oculto en la manga de mi traje. Las esparzo sobre el musgo, justo al lado de la puerta.

—Has venido hasta aquí en un navío robado para pedirme mis barcos y mis hombres. ¿Por qué? —pregunta Lorn, que mira hacia atrás con curiosidad.

Acelero el paso y dejo caer unas cuantas espinas más cuando él se da la vuelta de nuevo. Estoy esperando a que mencione a Lisandro.

—Porque la mitad de Marte está aún en manos de fuerzas leales a los Belona y a la soberana. Para librar a Marte de ellos, necesitamos tus naves y a tus hombres. Una vez que los tengamos, los señores de las Lunas y los archigobernadores del Confín acudirán en nuestra ayuda para combatir al Núcleo.

—Es decir, ¿necesitas que te ayude en tu traición?

—¿Es traición que un perro le muerda la mano a su amo cuando el amo intenta matarlo? —pregunto.

—Terrible metáfora. —Se detiene. Echa un vistazo en torno al bosque, buscando —. Ah.

Echamos a andar de nuevo.

—La razón de todo esto es que necesito tu ayuda.

Escupe en el suelo musgoso y me hace un gesto para que lo siga por la ladera de una colina. Mis botas pisan un leño empapado de agua.

—¿Por qué deberías importarme?

—Porque me entrenaste.

—También entrené a Aja au Grimmus.

—Por algún motivo, creo que te caigo mejor que ella.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Yo tengo sentido del humor.

Se ríe.

—Aja puede ser divertida.

—Está claro que estás de broma.

—Te presentan a un hombre, lo conoces. Te presentan a una mujer, ella te conoce a ti. —Ríe para sí a cuenta de algún recuerdo—. Puede que sea más fácil pensar en ella como en una especie de monstruo nocturno, pero es de carne y hueso. Tiene amigos. Tiene familia. Y te considera una amenaza para ellos.

—Y sin embargo fue ella quien mató a mi amiga.

—Sí. Lo he oído. Tenías al niño. Una táctica inteligente. —Mira de nuevo hacia atrás para estudiar el filo que llevo enroscado en el brazo—. ¿Ahora todos lleváis el filo como si fuerais tontos?

—Es la moda.

—Está diseñado para abrochárselo alrededor de la cintura. Te cortarás el brazo por accidente. —Suspira—. Tu generación..., qué arrogantes. Cambiáis las cosas sin motivo. Me pregunto, chico arrogante, ¿pensabas que si llegabas hasta aquí con ese barco robado, yo, un hombre de un siglo, te seguiría a la batalla? ¿Que pondría en peligro a todos mis sirvientes, a toda mi familia, a todos los que quiero, por ti? ¿Por alguien que me rechazó cuando le pedí que se uniera a mi casa?

Ignoro su resentimiento.

—Abandonaste la Sociedad por una razón, Lorn. ¿La recuerdas?

—Para evitar a los estúpidos vocingleros.

—Yo creo que te marchaste porque pensabas que la Sociedad estaba enferma. Porque ya no merecía la pena seguir sacrificándose por ella.

—Deja de ladrarme, cachorro.

—Entonces tengo razón.

—No. No tienes razón. —Se da la vuelta enfurecido—. Dejé la Sociedad no porque esté enferma, sino porque está muerta. La Sociedad se fundó para inculcar el orden. Los hombres se crearon para sacrificarse y que la humanidad perdurara. Se les otorgaron colores, vidas limitadas y ordenadas para que pudiéramos destruir el eterno

ciclo de nuestra raza: de la prosperidad a la codicia y a la guerra. El dorado fue diseñado para pastorear a los demás colores, no para devorarlos. Ahora volvemos a estar atrapados en ese ciclo, exactamente en aquello que pretendíamos evitar. Así que ¿la Sociedad? ¿La hermosa suma de todos los esfuerzos humanos? Lleva cientos de años muerta y pudriéndose, y los que luchan para quedársela no son más que buitres y gusanos.

—De modo que no fue la muerte de Bruto.

Hablo de su hijo pequeño, que estaba casado con la hija fallecida de Octavia au Lune.

—Eso fue un accidente.

—Un accidente oportuno —señalo—. Hay rumores de que la hija de Octavia estaba organizando un golpe de Estado contra su madre.

—Yo no presto atención a los rumores —repone en tono de amenaza.

—Si me ayudas, puedo devolverte a tu nieto.

—Lisandro lleva tanto tiempo criándose con veneno en los oídos que ahora ya lo lleva en la sangre. No es de mi familia.

—Tú no eres así de frío. Lorn, he conocido a ese niño. Se parece más a ti que a ella. No es malo. Lucha por él.

Lorn contempla en silencio la lluvia que cae contra el escudo de pulsos.

—Luchas contra una tirana para reemplazarla con otro tirano —dice con tono cansado—. Es el mismo juego que ya he visto cien veces. ¿Acaso sabes a quién sirves?

—Tengo la sensación de que estás a punto de decírmelo tú.

—No dejaré de ser tu maestro simplemente porque tú hayas dejado de escuchar. Siéntate. No quiero molestar a Ícaro con esta condenada historia.

Se acomoda en una piedra grande y me ordena que tome asiento frente a él. Obedezco. Se inclina hacia delante y juega con el enorme anillo de la Casa de Marte que lleva en el dedo.

—La Casa de Augusto siempre fue fuerte, estoy seguro de que ya lo sabes. Incluso cuando Marte era poco más que una mina de helio-3. Se abrieron camino por medio de los sobornos o los asesinatos hasta hacerse con la mayoría de los contratos gubernamentales. Y a medida que sus bolsillos se iban hinchando, lo mismo ocurría con su influencia. Se convirtieron, junto con otras cuantas familias (entre ellas los Belona y la mía), en los señores de Marte. Sin embargo, había una familia de mayor poder, los Cylus. Ellos controlaban la archigobernadría y disfrutaban del favor del Senado y el por aquel entonces soberano.

»Cuando tu señor, que entonces se llamaba simplemente Nerón, tenía siete años, su padre lo sorprendió en una pelea con Julio au Belona, el abuelo de Casio. El padre de Nerón intentó que los marrones que servían a los Belona envenenaran a toda la familia durante la cena. El plan fracasó. Comenzó una guerra de casas.

»El padre de Nerón convocó a sus portaestandartes y los encabezó contra los

Belona y el archigobernador Cylus, que había declarado su apoyo a Julio au Belona. El soberano no intervino y permitió que las dos familias entraran en guerra. Al final, el padre de Nerón se encontró sitiado en Agea cuando su flota fue destruida y capturada cerca de Fobos.

»Cylus ejecutó a toda la Casa de Augusto y solo le perdonó el castigo al pequeño Nerón. Le permitió conservar la vida para que una familia de gran antigüedad que había participado en la Conquista no se esfumara de la historia. Se cuenta que el archigobernador Cylus incluso le dio uvas a Nerón para calmar su sed porque no había agua en la ciudad que ardía en torno a ellos. Después de aquello, lo crio en su propia corte.

»Veinte años más tarde, Nerón, que siempre había sido considerado un hombre honrado y honesto, todo lo contrario a su malvado padre, pidió la mano de Iona au Belona en matrimonio. Era la hija pequeña y la favorita del viejo Julio.

Lorn levanta la mirada hacia las gotitas de agua que caen de las agujas de los pinos que nos cobijan.

—Yo la conocía bien. Mis hijos compartían juegos con ella. También conocía a Nerón. Me caía bien, aunque de niño era un poco frío.

»Con la esperanza de cerrar las heridas mal cicatrizadas de generaciones pasadas y de convertir a Marte en una tierra fuerte y unida, el archigobernador Cylus dio su aprobación. Belona se casó con Augusto.

»Fue una boda bonita. Yo asistí representando al soberano como Caballero de la Furia. Y me lo pasé muy bien. Nunca había visto a Iona tan feliz como lo estaba en brazos de aquel joven tan serio. Pero aquella noche, cuando la familia Belona regresó a su hacienda con el resto de sus invitados, llegó un paquete. Dentro, el viejo Julio encontró la cabeza de su hija. Iona tenía la boca de llena de uvas y dos alianzas de boda.

»Reunió a sus hijas e hijos, incluido el padre de Casio, y voló hasta la Ciudadela para exigir justicia por parte del archigobernador Cylus, tal como había hecho veinte años antes cuando los augustanos se alzaron por primera vez.

»Pero en lugar de a su viejo amigo, se encontró al joven Nerón en el trono del archigobernador, respaldado por pretorianos y dos Caballeros Olímpicos. Yo era uno de ellos, pues mi soberano me había dicho que Cylus era una amenaza para la Sociedad. Hice lo que me ordenaron. La Casa de Cylus fue aniquilada y eliminada de los registros.

»Más tarde descubrí que Nerón había elaborado un plan con la hija del soberano. Tú la conoces como Octavia au Lune. Entonces era más joven, y convenció a su padre para que le concediera a Nerón el trono de Marte y la venganza que deseaba; a cambio, ella se ganó el apoyo de Nerón cuando lideró la facción que derrocó y asesinó a su padre cinco años después. Ese es el hombre por el que has empezado una guerra.

—No sabía todo eso —admito en voz baja.

—La historia está escrita por los vencedores. —Lorn me mira y las arrugas de su cara parecen hacerse más profundas—. No quiero ir a la guerra, Darrow. A lo largo de mi vida, he visto arder una luna porque un único hombre se negaba a humillarse. He liderado a un millón de soldados lanzados desde barcos de guerra para invadir un planeta. No puedes ni comenzar a imaginarte ese horror. Solo piensas en lo hermoso que será. Pero son hombres. Son mujeres. Tienen familia. Y mueren por millares. Y tú ni siquiera podrías proteger a tus mejores amigos.

»¡Ah! —Señala colina arriba—. Ahí está Ícaro.

La lluvia gotea desde los pinos mientras nos abrimos camino entre las ramas de los árboles más bajos para encontrar a Ícaro, el grifo que sirve de mascota a Lorn, dormido sobre un gran lecho de musgo sobre un alto promontorio del bosquecillo. Ícaro tiene las patas recogidas hacia su propio cuerpo. Se cubre con las alas —iridiscentes y brillantes a causa de las gotas de agua— mientras duerme. Su enorme cabeza de águila es casi más grande que yo, y cada uno de sus ojos mide la mitad que mi cabeza. Los tallistas lo hicieron bien.

—Parece tranquilo cuando duerme —dice Lorn.

—Es más grande que cualquiera de los que haya visto —comento, incapaz de ocultar mi asombro en la voz.

—Entonces no has estado en el polo de Marte o de la Tierra.

—No. ¿Dónde lo compraste?

—Unos tallistas marcianos lo crearon para mi familia. Al demonio con ese imbécil de Zanzíbar que está tan de moda. Ícaro es de la misma especie que las bestias de los grandes nidos de águilas del polo norte de Marte. Las que utilizan para aterrorizar a los obsidianos hasta que creen que la magia es real. —Acaricia al gigante durmiente—. ¿Sigues enamorado de la hija del archigobernador? —Me lanza una mirada esperanzada—. ¿Es esa la razón por la que haces todo esto? Me enteré de lo de esa chica y los Belona.

—No tiene nada que ver con lo que ocurrió entre Casio y ella.

—¿No? —Suspira—. Eso al menos podría haberlo entendido. Deberías saber que fuiste un chapucero en ese asunto. La Locura Irénica habría acabado con él en tres movimientos.

—No fui chapucero. Estaba ofreciendo un espectáculo.

—Chapucero. Los violetas son los artistas. ¿Te entrené yo para que fueras artista? Lo adelanto para acariciar a Ícaro.

—O sea que sí te importo.

Tarda unos instantes en contestarme, y es entonces cuando sé que el momento que más he temido está ya casi sobre nuestras cabezas.

—En otra vida, tú habrías sido uno de mis hijos, Darrow. Te habría encontrado antes, antes de lo que quiera que te haya llenado de esa rabia. No te habría criado para ser un gran hombre. No hay paz para los grandes hombres. Habría hecho que fueras un hombre decente. Te habría dado la fuerza serena que se necesita para envejecer

junto a la mujer que amas. Ahora lo único que puedo darte es una oportunidad. Ícaro —trueno.

El grifo se desprezaba a su lado y su ojo ambarino me muestra mi propio reflejo. El suelo se estremece cuando la criatura se mueve y desarraiga un árbol con la misma facilidad con que yo me arrancarí un pelo.

Me aparto del animal sin tener claras cuáles son las intenciones de Lorn.

—¿Qué está pasando? —le pregunto al anciano.

—Mira hacia tu barco.

Señala hacia el cielo nocturno. A través de una rendija entre las nubes, vemos mi largo navío destellando en órbita. Ya no está solo. Diez naves antorcha se están acercando a ella, deslizándose en torno al ecuador de Europa para capturar al Pax.

—Un escuadrón de la muerte de pretorianos te espera en mi casa, Darrow. Aja au Grimmus lo encabeza. Te atraparán, te encadenarán y te llevarán ante la soberana.

—¿Me has traicionado? —pregunto.

—No. Llegaron hace días. Me amenazaron. ¿Qué podía hacer? Kellan au Belona está al mando de su flota, que destruirá o capturará tu navío. No puedo impedirlo. Pero no quiero que mueras. Así que Ícaro te llevará a una isla en la que he escondido un barco para ti. Utilízalo para escapar.

—¿Harán daño a tu familia si huyo?

—Puede que lo intenten —ruge—. Esa es la consecuencia de tu decisión y de la mía.

Está de pie de espaldas al mar.

—Quiero morir en paz. Así que, por favor, Darrow, márchate y no vuelvas nunca.

Hace un gesto en dirección a Ícaro y veo una pequeña silla de montar sobre la bestia: el nuevo juguete del que había hablado. Pero no necesito huir. Niego con la cabeza por lo que está a punto de pasar.

—Lo siento, amigo mío. Pero no puedo permitirlo.

—¿Permitirlo? —pregunta al tiempo que se da la vuelta.

—Te unirás a nosotros en esta guerra. —Mi filo se desenreda—. Te guste o no.

Hablo por el intercomunicador para decirles a los Aulladores que se preparen para subir y a los Titanes que acerquen las naves.

Se queda blanco como el papel y mira la bestia estampada en mi túnica.

—Un león, a fin de cuentas.

LA IRA DEL ANCIANO

Preparé la trampa incluso antes de abandonar la flota. Todos los secretos terminan llegando a oídos de Plinio, y no habría nada que él pudiera desear con más fervor que mi oportuna muerte, sobre todo después de que lo provocara en la reunión del archigobernador. Así que hizo su trabajo. Conspiró, maquinó y encontró en la propia soberana una aliada contra el malísimo Darrow au Andrómeda, un hecho que estaré encantado de compartir con Augusto en cuanto me sea posible.

Los barcos de la soberana se han escondido entre las ruinas de una decrepita estación espacial que una vez se usó como base de operaciones de terraformación. Kellan au Belona ha sido inteligente, pero predecible. Mi fuerza secundaria, más numerosa, está formada por un destacamento de las naves de los Telemanus, y la he ocultado tras la masa de una luna más pequeña. Le tenderá una emboscada a la flota de los Belona en sesenta segundos, se catapultará por el otro lado de la luna sirviéndose de su gravedad para ganar velocidad. Con Roque al mando, para cuando termine el día tendré diez barcos de los Belona que sumar a mi ejército personal.

—Lo sabías. —Lorn me acusa en voz baja, agarrándome del cuello del uniforme con su gruesa mano y zarandeándome—. Lo sabías.

Y él sabe lo que esto significa para él. No es tan solo mi victoria. Es su derrota. Debe aliarse a la fuerza con uno de los dos bandos. Y le he puesto la elección en bandeja.

—«Si eres un zorro, finge ser una liebre». ¿No es eso lo que me enseñaste? Pero parecerá que sabías que yo le había tendido una trampa a la soberana. Que me avisaste de que ella me esperaba. —Le toco el hombro mientras me suelta—. Lo lamento, amigo. De verdad. Pero formas parte de esta guerra.

Mueve la boca, pero no dice nada.

—La soberana volverá a mandar a sus pretorianos a Europa cuando yo me haya ido —continúo—. Solo que entonces vendrán a por ti y los tuyos. Sus naves negras y moradas os bombardearán desde la órbita hasta que vuestras islas y vuestras ciudades de los archipiélagos, el continente y las empinadas montañas del sur se conviertan en cristal y se las trague el mar. Las aguas sollozarán sobre vuestras torres destrozadas, y de tu casa no quedarán más que criptas en las profundidades. A no ser que ganemos.

Sus ojos buscan en mí algo que le dé tiempo. Pero en realidad tan solo ve lo que lo hizo acogerme bajo su ala desde el principio: a sí mismo. La mayor parte de los hombres darían cualquier cosa por ver algo así, pero aquí y ahora, él querría ver cualquier otra cosa.

—Pongo a mi familia en peligro para ayudarte a escapar. Te acepté como alumno,

te enseñé. Y tú me traicionas como los demás. Como Aja.

—¿Buscas compasión? Has permitido que viniera aquí, Lorn. Habrías enviado a mis amigos del barco a la tortura y la muerte aunque a mí me hubieras dado una vía de escape. Pero mis amigos no caerán prisioneros.

Señalo hacia arriba, hacia los ardientes tajos del cielo nocturno, cuando mi fuerza secundaria rodea Europa a toda velocidad.

—Ódiame, pero lucha a mi lado —le digo a Arcos—. Solo entonces sobrevivirá tu familia.

Le tiendo una mano a mi antiguo maestro. Él desenvaina su filo.

—Debería matarte.

—¿Puedo bajar y disparar al abuelo? —me pregunta Sevro por el intercomunicador.

—Espera —le digo.

—Te olvidas —Lorn se saca un terminal de datos del bolsillo— de que podría hacer que mi flota destruyera la tuya, chico.

—No antes de que la mía se haga con la de la soberana.

—Pero Octavia sabría cuál es la postura de la Casa de Arcos. Sabría que me has engañado. Que mi casa no forma parte de esto.

—Entonces hazlo —lo insto—. Lanza tus naves si consideras que mi causa es maligna. Mátame si crees que soy un monstruo. —Doy un paso al frente para acercarme a él—. Pero conoces el corazón que late en mi interior. Elígeme. O elige esa oscuridad.

Señalo con la cabeza hacia el bosque situado a los pies de la montaña, hacia la puerta de cristal por la que entramos en él. Doce pretorianos obsidianos la franquean. Hombres y mujeres de gran tamaño, con armaduras negras y moradas y yelmos que les cubren la cabeza entera. Solo un Sucio, más delgado que los demás, como un áspid invernal erguido sobre su cola. Su armadura es blanca y está salpicada de colores sangrientos.

Están a menos de cincuenta metros de distancia. Con ellos, más baja que el resto pero más gloriosa, está el Caballero Proteico con su traje dorado. Su filo destella con los colores de una nébula y su armadura se retuerce como las olas que baten las blancas paredes de la isla de Lorn. Aja escudriña el cielo de la noche, donde ve el despliegue de mi emboscada. Permite que su armadura absorba el yelmo.

—De modo que los traidores son dos —vocifera—. La Casa de Arcos también se ha adherido a la traición. Lorn. ¿Estás con los leones?

—La Casa de Arcos se mantiene al margen.

—¿Al margen? —La asesina de Quinn frunce el ceño y ladea la cabeza. Atisbo las cicatrices provocadas por los duelos en la parte derecha de su cuello. Su mirada felina escudriña los bosques en busca de señales que delaten una trampa—. Eso no existe.

—¡Me han engañado igual que a ti, Aja! —grita Lorn—. Darrow sabía que

estabais aquí. No sé cómo. Pero yo no soy tu enemigo. Yo solo quiero que me dejéis en paz.

—¡Esa opción nunca ha existido! —contesta ella—. Lo sabes mejor que nadie. O con nosotros o contra nosotros, Lorn.

—Aja. No. ¡Yo no desempeño ningún papel en esto! ¡Ninguno!

—Los fuertes siempre tienen algún papel —mascullo.

—No permitiré que me obliguéis a tomar partido. —Me fulmina con una mirada llena de ira—. No tengo disputas con ninguno de vosotros. Ahora soy un hombre de paz.

—Entonces ¿por qué estás empuñando la hoja? —Aja sonríe—. Haz lo que sabes hacer. Baja y hablemos, maestro. ¡No deberíamos estar gritando! ¿No era eso lo que solías decirme cuando levantaba la voz enfadada?

Aja mira al grifo, que ahora ruge a nuestro lado. Es más grande que cuatro caballos. Me pregunto qué les harían esas garras a sus armaduras.

—Ha perdido sus barcos —le susurro a Lorn—. ¿Qué le ordenaría Octavia que hiciera?

—Que nos matara. Por resentimiento.

Bajo aún más la voz.

—Entonces no tienes alternativa.

—Eso parece.

Aja ve que me pongo de rodillas en el suelo y recojo tierra en la mano. Me ha estudiado a fondo. Sabe lo que debe de significar esto. Y debe de preguntarse cuál es mi plan. Por qué he venido solo. Si realmente he preparado una emboscada en el cielo, ¿no organizaría una también aquí abajo? Estoy a punto de gritarle algo a Aja cuando otra figura franquea la puerta para unirse al Caballero Proteico. Es un hombre larguirucho. Con la piel más oscura que la mía. Luce una sonrisa despectiva en el aburrido rostro patricio. Tacto. Vestido de arriba abajo con armadura de pretoriano. Avanza sigilosamente observando el cielo con aprensión, una sombra morada y negra, antes de dedicarme una resplandeciente sonrisa torcida.

—Hablando de traidores... —vocifero—. Hola, Tacto. Bonita armadura.

—¡Segador, buen hombre! —grita Tacto, y me hace la cruz—. ¿Dónde está Sevro?

Se agacha para decirle algo a Aja. La mujer se tensa y vuelve a echar un vistazo en torno a los árboles. Sus hombres se condensan en formación defensiva. Tacto los advierte de mis trucos. Saben que hay algo que no va bien. Su égidas se activan y brillan por encima de sus brazos.

Lorn cierra los ojos y levanta la mano izquierda en el aire para sentir los latigazos del viento de la tormenta.

—Déjame a mí a Aja. Tú tendrás más suerte contra el Sucio.

—No. Son todos míos. Sevro, arriba.

Los Aulladores emergen del mar que rodea el castillo. Chorrean agua mientras

superan volando en silencio las paredes de cien metros de altura, con las armaduras deslumbrantes como caparazones de escarabajos negros. En cada uno de los lados del peto se han pintado un león dorado. El oro parpadea cuando estallan los relámpagos. Aterrizan calladamente a nuestro alrededor.

—Mis hijos de la tormenta —le digo a Lorn.

Han llegado veinte nuevos reclutas pertenecientes a las familias de los Aulladores y las filas de los Telemanus. Sevro hizo pruebas. Tengo entendido que fueron condenadamente divertidas. Hubo serpientes, alcohol y setas. Eso es todo lo que han querido contarme.

—¡Trasgo! ¿Por qué te escondes siempre? —pregunta Tacto a gritos. Su voz es todo burla, pero vuelve a mirar al cielo con ansiedad—. Al menos lo de esta vez es mejor que las tripas de un caballo.

Sevro saca su cuchillo de desollar, el que utilizaba para arrancar cabelleras con Cardo hace años. Está hecho a mano y es de hoja curva. Se da unos golpecitos con él en la entrepierna y luego señala a Tacto. Desvía la mirada hacia Aja.

—Mataste a un Aullador, Aja —le dice—. Te equivocaste de juego.

Tal como esperaba, la aparición de los Aulladores tranquiliza a Aja y a Tacto. Esto sí les encaja: tenía soldados escondidos. Ahora ya no. Una batalla a muerte. Honor. Orgullo. Un ejército contra otro. Los pretorianos obsidianos comienzan a entonar su terrible canción gutural. Lo único que quieren esos hombres es que llegue el glorioso final. Reunirse con sus parientes en los alegres salones de Valhalla con sus hojas en la mano. Dan un paso al frente a la orden de Aja. Los hombres y mujeres más mortíferos del Sistema Solar, y un Sucio entre ellos.

Y yo me aprovecho de las enseñanzas de Evey.

Asegurándome de que Aja no está protegida, detono las minas terrestres en forma de espina que dejé caer en el suelo mientras Lorn y yo nos dirigíamos hacia el interior del bosque. Solo Tacto es lo bastante rápido. Agarra a Aja por la espalda y tira de ella con fuerza hacia atrás..., con tanta fuerza en esta gravedad tan baja que ambos atraviesan la puerta tambaleándose justo cuando la primera explosión desgarrar el aire salado.

Las explosiones son escalonadas. Primero llega una conmoción que inutiliza los escudos de pulsos y lanza a los pretorianos por el aire. Luego llega un gravifoso que los arrastra de nuevo hacia el origen de la explosión como si fuera un aspirador que recoge moscas. Y después llega la tercera —pura cinética— para destrozar armaduras, carne y huesos y hacer volar a los guerreros por los aires, esparciendo sus fragmentos por la baja gravedad igual que un leve soplo disemina las semillas de un diente de oro. Brazos y piernas descienden flotando con lentitud. La sangre se deshace en gotas y salpica el suelo. La explosión rompe el techo de la burbuja y la lluvia vuelve a caer sobre el jardín para apagar los fuegos y diluir la sangre que fluye hacia los doce cráteres de bomba. Solo sobreviven tres pretorianos. Y no están en muy buena forma.

—No dejes que escape.

La voz de Roque me abrasa los oídos. Está viendo mi holotransmisión desde los barcos que vuelan por encima de nuestras cabezas.

Mis Aulladores aún no se han movido.

Lorn está furioso conmigo y masculla algo sobre el honor.

—¿Qué? —pregunto con desdén—. ¿Crees que es una lucha limpia?

—Darrow... —sisea Sevro mientras espero—. Darrow...

—Un segundo.

—¡Se está escapando! —La voz de Roque me asusta. Destila un rencor que no sabía que mi amigo tenía dentro—. ¡Darrow!

Le gruño que preste atención a su parte de la batalla.

—Darrow... —suplica Sevro—. Ya es suficiente.

Lorn nos mira, tal vez comenzando a comprender.

Chasqueo los dedos.

—Cazad.

Los Aulladores echan a correr como lobos liberados para terminar lo que las bombas empezaron. Se deshacen de los pretorianos restantes. Sevro grita el nombre de Tacto entre los aullidos cuando irrumpen en el castillo en busca de Aja y de él.

—Darrow, ¿a qué juegas? —me pregunta Roque por el intercomunicador. Hago que el holo de su rostro aparezca en la esquina de la pantalla de visualización de mi yelmo. Le tiemblan los músculos de la mandíbula—. Si la asesina de Quinn escapa...

—Cierra eso —le digo cuando veo informes de que una de nuestras naves antorcha está recibiendo cuantiosos daños. Está distraído—. Ahí arriba están muriendo hombres. Concéntrate en tu trabajo.

Cierro el enlace.

La imagen de Arpía aparece en mi pantalla.

—El caballito de mar ha caído.

—Bien. ¿Y Tacto?

—Ni rastro.

—Recibido.

Corto la conexión.

—Aja ha saltado al agua. Pero no hay ni rastro de Tacto —me dice Sevro varios minutos más tarde mientras los Aulladores registran el interior del castillo yendo de habitación en habitación—. Se está escondiendo. A no ser que se haya teletransportado. —Escupe tras ese apunte de ciencia ficción—. Pregúntale al viejo dónde están.

Una angustia oscura se introduce reptando en mi cerebro. Me vuelvo hacia Lorn.

—¿Qué les ordenaría Lune que hicieran si no pudiesen matarnos a ti y a mí? Si considerara que alguien es prescindible, ¿qué le ordenaría que hiciese?

Permanece inmóvil bajo la lluvia durante un instante. Luego empalidece.

—Los niños... —Arcos me aparta con brusquedad y corre entre la carnicería

provocada por las bombas en dirección a la puerta de cristal hecha añicos—. ¡Van a matar a mis nietos! —grita hacia atrás.

—¿Dónde están los niños? —le pregunto a Sevro.

—¿Qué niños? No hemos encontrado ningún crío.

Suelto una palabrota y comienzo a perseguir a Arcos.

—Los escondí —me dice volviendo la cabeza por encima del hombro mientras acelera por el corredor del castillo.

Es rápido para ser un hombre anciano, pero la gravedad nos ralentiza hasta que comenzamos a apoyar las manos en las paredes y el techo, utilizando las gravibotas para recorrer los largos pasillos. Nos precipitamos esquina tras esquina. Y cuando él toca la cabeza de un grifo de piedra y una pared de acero cae para descubrir un pasadizo secreto, percibo el olor de la sangre. Dos cadáveres yacen al otro extremo del pasillo. Un gris y un obsidiano. Adelanto a Arcos volando y bajo una serie de escaleras agarrándome a los asideros que hay en el techo hasta que me encuentro ante dos puertas. Abro una. No es más que un almacén. Abro la otra y empuño el filo.

—Tacto —digo despacio.

Está de espaldas a mí. Hay tres cuerpos de obsidianos tendidos a su alrededor, y la sangre de esos hombres forma un charco en torno a los pies de Tacto. Tiene el filo enroscado en la mano, y se endurece cuando Tacto se incorpora con la cabeza agachada en la habitación llena de niños y mujeres. La sangre resbala por la hoja cambiante.

Cuando llegué, Arcos escondió a los niños de mí en este sitio —algunos dorados, otros plateados, y también rosas y marrones—. Tacto podría matar a la mitad con un golpe perezoso de su filo antes de que nosotros llegáramos hasta ellos.

—Tacto, recuerda a tus hermanos —le digo sin dejar de mirar a los niños.

—Mis hermanos son unos mierdas. —Se ríe con aspereza y su voz suena extraña—. Me dijeron que debía escapar de tu sombra. Mi madre me llama el Gran Sirviente, ¿lo sabías?

Los niños sollozan en la esquina. Uno entierra la cara en el regazo de su madre. Las mujeres no están armadas. No son guerreras como Victra y Mustang. Una niñera marrón le tapa los ojos a un niño dorado. Oigo a Arcos en el túnel que queda a mis espaldas.

—Las órdenes de Lune son un error —le digo a Tacto.

—Me preguntó si podría ocupar tu lugar, Segador —murmura él—. Dijo que no creía que pudiera. Dijo que tu sombra se proyectaba tanto sobre mí que dudaba de que alguna vez fuera algo más que un eco tuyo. Le dije que podía hacer cualquier cosa que tú pudieras hacer.

—Tacto, es malvada.

—¿Ah, sí? —Escupe sangre en el suelo, aún sin mirarme—. Dicen lo mismo de ti. Se preguntan quién te crees que eres para hacer lo que haces. Para desafiar a los hombres y mujeres que desafías. Se preguntan qué derecho tienes.

—Todos tenemos derecho a desafiar. Ese es el sentido de todo esto.

—El sentido. ¿Había un sentido? —pregunta—. A mí nunca me lo explicaron. Me dabas por hecho. Nunca me contabas nada. —Justo como estoy haciendo ahora con Roque—. Siempre susurrando con otros. Ignorándome como si fuera tonto. Eres igual que ella...

—¿Que tu madre?

No contesta. Arcos llega a mi lado. Estiro una mano para detenerlo.

—¿Los matarías si Augusto te lo pidiera? —me pregunta Tacto, que se vuelve ligeramente.

—No —respondo—. Preferiría morir.

—Me lo imaginaba. Ella tenía razón. Soy el Gran Sirviente.

Le tiendo las manos.

—No sé qué debo hacer ahora, Tacto.

—Eso es un buen comienzo.

Se ríe con amargura y arrastra un poco las palabras.

—Lo dudo. No sabía qué hacer cuando te azoté —digo—. En el Instituto. No quería perderte para mi ejército a causa de tus talentos. Pero no podía dejarte sin castigo.

—Talentos. Talentos. ¡Talentos! Entonces eso es lo que nos diferencia. —La voz de Tacto se torna todavía más espesa—. Porque si hubiera sido mi ejército, yo te habría matado, estúpido arrogante.

Se vuelve un poco más y veo los indicios de la catástrofe en que la bomba ha convertido su cara.

—¿Sabes lo que sucederá si matas a cualquiera de ellos?

Nos señala con la cabeza, primero a mí y luego al Caballero de la Furia, como diciendo que uno u otro acabaremos con él.

—¿Sabes? No me arrepiento de haberme llevado a Lisandro.

—No creo que nunca te arrepientas de mucho.

—No me arrepiento. —Se ríe y sumerge un dedo del pie en el charco de sangre que lo rodea—. Pero creo que no debería haberlo hecho. En el Instituto te estaba poniendo a prueba. Pero... quería ver lo que harías. Si merecías que te siguiera.

—¿Lo merecía?

—Ya conoces la respuesta.

—¿Sigo mereciéndolo?

Asiente.

—Siempre. —Y lo dice con tal patetismo que tengo la sensación de que el corazón se me ha subido a la garganta. Es un traidor, un mentiroso, un tramposo. Y sin embargo, veo a un amigo. Quiero arreglarlo y completarlo. ¿Qué estoy haciendo? Tengo que derribarlo. Pero ya lo hice con Tito. El ciclo nos mina. La muerte engendra muerte, que engendra muerte, que engendra muerte por siempre jamás.

—¿Y si te dejo vivir? —pregunto repentinamente, y mis palabras provocan una

mirada confusa, frenética en Tacto. Por supuesto, él no comprende el perdón—. ¿Y si te dejo regresar?

—¿Qué?

—¿Y si te perdonara?

—Estás mintiendo.

Se vuelve aún más y veo los estragos que le ha causado la bomba. Tiene la nariz torcida, rota. El resto es como si le hubieran arrancado la piel a una cereza. Mi amigo...

—No miento. —No confié en Tacto una vez y lo perdí. Ahora sí lo haré. Daré el mismo salto de fe que le pido a él que dé. Doy un paso al frente—. Sé que hay bondad en tu interior. Vi tu cara cuando mataron a aquellos niños en la gala. No eres un monstruo. Regresa a mí. Volverás a ser uno de mis tenientes, Tacto. Pondría una legión a tus órdenes cuando tomemos Marte. Llevarás uno de mis estandartes. Pero no puedes llevar puesta esa armadura tan fea.

—Es incómoda. —Resopla con una ligera sonrisa—. Pero Sevro, Roque, Victra...

—Te echan de menos —miento—. Suelta el filo y vuelve a mi ejército. Te prometo que estarás a salvo. —El filo gotea en su mano. Uno de los niños le lanza una sonrisa a sus hermanos pequeños, una sonrisa esperanzada—. Deja a los niños en paz, y todo quedará perdonado.

Lo digo de verdad. Hay sinceridad en lo más profundo de mi corazón.

—Todos cometemos errores —dice.

—Todos cometemos errores. Vuelve. No te haré daño. —Dejo caer mi propio filo—. Y Arcos tampoco.

Miró a Lorn con fijeza hasta que, cómplice, asiente con su cabeza avejentada.

—Quiero irme a casa —murmura Tacto en voz muy baja y con la voz cargada de dolor—. Quiero irme a casa.

—Entonces ven a casa.

El filo de Tacto repiquetea contra el suelo y él hinca una rodilla ante mí. Ruge de dolor. El alivio inunda la habitación. Las criaturas empiezan a llorar de nuevo a causa del tortuoso desplazamiento de la muerte a la vida. Los cuidadores abrazan a los niños a su cargo mientras las lágrimas resbalan por sus mejillas. Me acerco a Tacto y le ofrezco un brazo para ayudarlo a ponerse en pie. Me envuelve en un abrazo desesperado y solloza contra mi hombro. Le tiembla el cuerpo y sus facciones ensangrentadas me ensucian la armadura.

—Lo siento —repite una docena de veces.

No para de sollozar y se aferra a mí con fuerza. Tiene la cara destrozada. Y yo también lo abrazo. Me invade el agotamiento. Su tristeza es como un peso que casi me arrastra a las lágrimas. Sin embargo, los extraños sentimientos que me produce tenerlo de vuelta, a mi lado, agarrándome, me animan. Saber que alguien no puede vivir sin ti, saber que, aunque te haya traicionado, no desea nada más que la absolución, es una lección de humildad. Y cuando él se aferra a mi espalda, le rodeo

la armadura con los brazos e intento no echarme a llorar. También los crueles sienten dolor. E incluso los crueles pueden cambiar. Espero que esto lo cambie. Podría hacer muchas cosas si aprendiera.

En muchos sentidos, es la personificación de su raza. Y, por lo tanto, si Tacto puede cambiar, los dorados pueden cambiar. Deben estar destrozados, pero entonces hay que darles una oportunidad. Creo que eso es lo que Eo habría querido en última instancia.

Cuando al fin cesan sus sollozos y nos separamos, se queda de pie a mi lado, fiel como un perrito, lanzándome sutiles miradas en busca de señales de afecto. Le tiemblan las manos a causa del dolor de las heridas, pero aun así observa con Arcos y conmigo a los niños, de alta y baja cuna por igual, que abandonan ordenadamente el búnker en compañía de sus cuidadores. Guijarro baja para decirnos a toda prisa que Roque está concluyendo la batalla espacial. Cuando ve las heridas de Tacto, empalidece. Le digo que busque a un amarillo.

De inmediato, Lorn, Tacto y yo nos quedamos a solas en el sótano.

Lorn nos mira a los dos.

—Ahora que los niños se han ido, consecuencias.

Sus manos se mueven más velozmente que las alas de un colibrí. Aparece una daga de iones y se adelanta cuatro veces hacia la axila de Tacto, donde la armadura es más débil. Rápido, intento detener a Lorn, pero ya está hecho. Se retuerce como si estuviera escurriendo una toalla y le secciona una arteria, un anciano matando a un joven. La cara destrozada de Tacto se contrae de dolor; y ahoga un grito, como si supiera que la justicia terminaría al fin por encontrarlo.

Lorn se marcha. Y yo sujeto a mi amigo mientras muere y su mirada se pierde en algún lugar muy lejano, donde tal vez encuentre esa paz que Roque siempre deseó para él.

TORMENTA EN FORMACIÓN

—Orión, ¿cuánto queda hasta que lleguemos al punto de encuentro? —le pregunto en el puesto de mando.

Excepto por nuestros asistentes, estamos solos delante de los ventanales del Pax, contemplando la navegación de mis barcos por el espacio. Las adiciones más recientes a nuestra recién formada flota están pintadas de blanco y lucen el grifo morado y de expresión furiosa de Lorn. Junto a ellos vuelan los buques de guerra negros, azules y plateados capturados a Kellan au Belona sobre Europa. Los naranjas y los rojos se arrastran por los exteriores de los monstruos de metal arreglando los agujeros creados por las naves sanguijuela y preparándolos para el asedio de Marte.

—Tres días hasta la estación Hildas. Los otros barcos habrán llegado allí antes que nosotros, *dominus*.

Kavax y Daxo se aproximan desde atrás. Me vuelvo hacia ellos y señalo los diez navíos de Kellan au Belona que se aprecian al otro lado del ventanal reparado.

—Gracias por los regalos —digo.

—Tu plan, tu botín —afirma Kavax.

—Aunque, naturalmente, nosotros nos llevamos un porcentaje —añade Daxo con voz zalamera y enarcando sus revueltas cejas doradas—. El cincuenta por ciento de honorarios del descubridor. —Le lanzo una mirada divertida—. Bueno, el treinta por ciento, porque le caías bien a Pax.

—¡El diez por ciento! —exclama Kavax.

Ladeo la cabeza.

—Eres un mal negociador, pretor.

Se encoge de hombros afablemente y señala con alegría las gominolas que hay en el suelo. Deja a Sófocles en el suelo animándolo a que las devore todas.

—Veinte. —Daxo extiende las manos. Sus movimientos siempre parecen pertenecer a un hombre más delgado y cultivado—. Es justo, ¿no? Perdimos ciento sesenta y seis grises de nuestra casa y a trece obsidianos.

—Entonces el treinta por ciento para compensaros. Sois amigos.

—¡Tres barcos! ¡Vaya chollo! —proclama Kavax—. Vaya chollo. A veces se necesita una buena ganga. —Me da una palmada en la espalda y hace que vuelvan a crujirme las articulaciones—. Ojalá hubiéramos cogido a Aja. ¡Ese sí que sería un buen botín que dividir!

—Se lanzó al mar, desafortunadamente. —Señalo a Ragnar, que está de pie al final del puente de mando—. Tengo entendido que lo hizo bien.

Pálido y alto, continúa mirándome desde detrás de su barba y sus tatuajes rúnicos,

al parecer tan desprovisto de emociones como invadidos por ellas Kavax y Daxo.

—Mataron al líder de su equipo de abordajes. Y a sus tenientes. Muchas cabezas partidas. Se encontraron con varios amigos de Kellan —comenta Kavax con seriedad mientras rebusca en sus bolsillos algo que darle a su impaciente zorro, que le araña la pierna para conseguir más gominolas—. No tengo más, principito mío. —Me dedica una sonrisa esperanzada—. ¿Tienes alguna gominola?

—No. Lo siento.

—Ragnar tomó el mando. Se las arregló bastante bien —dice Daxo.

—¿Tomó el mando? —pregunto.

Kavax me lo explica.

—Había un escuadrón de la muerte de Únicos. Media docena de bailarines del filo pertenecientes a los Belona, chicos verdaderamente nobles, que hicieron pedazos a todos nuestros dorados y a la mayor parte de los obsidianos. Ese Sucio de ahí reunió a los grises que sobrevivieron y a unos cuantos obsidianos y se las ingenió para tomar el barco.

—¿Alguno de esos bailarines del filo está aún vivo?

—No.

Ragnar vuelve a mirar al suelo, como si esperara una reprimenda.

—Bien hecho, buen hombre —le digo.

Tanto Kavax como Daxo me miran de reojo cuando empleo esa fórmula familiar.

Merece la pena por ver a Ragnar sorprenderme con una sonrisa. Una sonrisa enorme de dientes amarillos.

—¿Creéis que podría hacer más? —pregunto.

Daxo titubea.

—¿Qué quieres decir?

—¿Podría comandar en caso de que faltara un dorado?

Los dos Telemachus intercambian una mirada de preocupación.

—¿Qué beneficio aportaría eso? —inquire Daxo.

—Podría enviarlo a lugares donde no podría mandar a dorados.

—Ese lugar no existe.

Kavax se cruza de brazos. He ido demasiado lejos.

Sonrío para aplacarlos.

—Por supuesto. Solo era una teoría. De vez en cuando dejo vagar la mente.

Le doy una palmada a Kavax en el hombro y ambos se marchan a su propio barco.

—Te has excedido —me espeta Orión.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

Bajo la mirada y estudio los tatuajes azul pálido de su piel oscura como si esas matemáticas contuvieran la clave para entender su cerebro.

—Eres observadora para ser azul.

—¿Por qué sé cómo funciona el mundo fuera de mi sincronización digital? Es por haber trabajado en los muelles, *dominus*. Cuando estás en lo más bajo, tienes que fijarte en todo.

—¿En qué muelles? —pregunto.

—Fobos. Mi padre era un estibador nacido fuera de las sectas. Murió cuando yo era pequeña. Una niña tiene que mantenerse alerta si quiere conservar la vida en las ciudades portuarias Colmena. Es la única manera de vencer a los monstruos.

—No es la única manera.

—¿No? —pregunta sorprendida.

—Siempre puedes convertirte también en un monstruo.

Orión le da la espalda al ventanal para mirarme a mí. Una inteligencia feroz brilla tras sus ojos árticos.

—He ahí la belleza del espacio. Mil millones de caminos que elegir.

Me libro de contestar cuando el azul encargado de las comunicaciones llama desde su foso.

—*Dominus*, se acerca una lanzadera de asalto. Es Virginia au Augusto.

GOLPE DE ESTADO

Me dice mientras baja como un huracán por la rampa de su nave humeante: «Han capturado a mi padre».

Va rodeada de varios obsidianos guardaespaldas ataviados con armaduras deterioradas por la batalla. Una docena de grises salen de la lanzadera tras ellos, con Sun-hwa, de la Luna, a la cabeza. Todos son mercenarios lurchers, sin duda peligrosos. Los cazadores del Chacal. Sevro los mira con recelo.

A nuestro alrededor, hay cientos de alas ligeras y una docena de cigüeñas aparcadas en la bodega, un lugar lo bastante grande para tragarse toda el área común de Lico y sus sectores. Los naranjas hablan a gritos en torno a los barcos, preparando verificaciones de mantenimiento antes de la invasión final de Marte.

Recibo a Mustang con mi propia camarilla: Lorn, Sevro, los Aulladores, Victra y Ragnar. Roque no ha respondido a mi convocatoria. Quiero lanzarme sobre ella y abrazarla, pero está furiosa. Escupe al hablar. Sus ojos furibundos están rodeados de círculos oscuros. El agotamiento le cubre la cara.

—Plinio ha dado un golpe de Estado. Ha arrestado a mi hermano. Mi tía está muerta, y sus hijos, asesinados junto con seis de nuestros pretores. Más de veinte de los portaestandartes de mi padre han tomado nuevos juramentos de lealtad. Y hemos perdido el control de la flota.

Le pregunto a Mustang si está herida.

—¿Herida? —repite con desprecio—. Como si eso pudiera importar. Han matado a mis hombres. Llegamos furtivamente a la Academia y, en cuanto lancé mis naves sanguijuela hacia la estación espacial y los barcos de entrenamiento, una flota Belona surgió de detrás de un asteroide y las destruyó una por una. Diez mil hombres. Muertos. No tenían por qué hacerlo. Nos estaban apuntando con tantas armas que no podíamos hacer nada que no fuera rendirnos. Fue despiadado.

—Parece típico de Karnus —aventuro.

Ella asiente.

—Y Plinio. No despistaron a los Belona. Los llevaron directos hacia mi misión.

—¿Por qué no te ha matado Plinio? —pregunta Sevro.

—Los hombres como Plinio ansían la legitimidad —dice Lorn, que está a mi lado. Hace un gesto con la cabeza para saludar a Mustang. Si la chica considera que la presencia del anciano aquí es extraña, no lo deja traslucir en su expresión—. Es su naturaleza. Acudió a ti con antelación, ¿verdad?

Mustang intercambia una mirada de indignación con mi mentor.

—El florecilla me puso bajo vigilancia en mis aposentos mientras ponía mi flota

capturada rumbo a Hildas. Durante el viaje, vino a mí y me mostró la holograbación de la incursión fallida de mi padre en Ganímedes. —Se estremece de rabia—. Y me dijo que aunque mi casa había caído en desgracia, él no vería el final de mi estirpe. La soberana y él habían alcanzado un acuerdo. Si él podía proporcionarle la paz, entonces ella le concedería una buena posición, legitimidad y un premio de su elección. Así que batió sus preciosas pestañas ante mí mientras las naves de mi padre ardían en el holo y me dijo que se divorciaría de su esposa y me concedería el honor de concederme su mano en matrimonio.

No digo nada. Los Aulladores murmullan descontentos.

—¿Y cuál fue tu respuesta? —pregunta Victra.

Mustang la ignora.

—Dijo que siempre había tenido los ojos puestos en mí. —Se mete la mano en el bolsillo, saca algo y lo deja caer al suelo—. Así que le saqué uno.

Sevro y Arpía se destornillan. Lorn emite un gruñido de desaprobación. Como si él tuviera alguna autoridad moral en asuntos de crueldad.

—Me alegro de volver a verte, Caballero de la Furia —dice Mustang—. Siento que te hayas visto involucrado en esto. Pero ahora te necesitamos más que nunca.

—Estoy empezando a darme cuenta.

—¿Dónde está tu hermano? —le pregunto a Mustang tras levantar la mirada del ojo.

—Prisionero. Hay más cosas que contar. —Echa un vistazo a los naranjas y los grises del hangar—. En privado.

—Por supuesto. Continuaremos en la sala de guerra... —sugiero.

—A su debido tiempo, Darrow. —Lorn se vuelve hacia Mustang con el rostro teñido por una preocupación casi de abuelo—. Mi señora, acabas de pasar por una situación complicada. Tal vez deberías descansar y podríamos...

Los Aulladores y yo nos apartamos de Lorn.

—¿Descansar? —La voz de Mustang se eleva—. ¿Por qué iba a necesitar descansar?

—Perdón —se disculpa Lorn educadamente.

—Teodora —llamo. Mi asistente da un paso al frente—. Café, estimulantes y comida en la sala de guerra. Para diez personas. —Recuerdo a los dos Telemanus—. Que sean veinte.

Se le escapa una carcajada.

—Sí, *dominus*.

Teodora se aleja para llamar a su plantilla.

Mustang señala su barco con la cabeza.

—¿Vas a dejar que se quede ahí sin más?

—¡Jefe! —llamo al naranja que está al cargo del hangar. Tiene la barba manchada de grasa. Se acerca con paso tranquilo, limpiándose las manos recias en el mono naranja—. Tira esa nave por la compuerta.

—Puede salvarse —apunta el naranja.

Miro a Mustang.

—¿Te escapaste o te dejaron escapar?

—No lo sé. Fue mi hermano quien me salvó. Su barco fue capturado cuando ayudaba al mío a escapar.

El Chacal está lleno de sorpresas.

—¿Y si tiene una bomba dentro? —pregunta Sevro, que observa el barco con inquietud.

—No habrá ninguna bomba —repongo.

—Plinio sigue queriendo cogermelo, y también quiere coger a Darrow para la soberana. Pero, sobre todo, quiere tu flota, Darrow. Cuando no apareció en Hildas, debió de darse cuenta de que te habían avisado o de que estabas esperando una confirmación en clave que él no conocía.

—Y dedujo que si alguien sabía dónde estaba, esa serías tú.

—De modo que encontrará esta flota rastreándome a mí —concluye Mustang.

Lorn nos mira a uno y a otro.

—¿Cuándo habéis hablado de esto?

—Ahora mismo —contesta Mustang, confusa ante la pregunta.

Sevro le da una palmada en el hombro a Arcos.

—No te preocupes. No estás senil. Es que son raros.

Lorn se queda mirando la sucia mano de Sevro. El mitón está cubierto de puré de patatas y salsa marrón. La enorme sonrisa de Sevro desaparece y mi amigo aparta la mano avergonzado.

Me vuelvo hacia el naranja.

—Tíralo por la compuerta. Rápido. —El hombre parece dubitativo. No para de balancearse adelante y atrás sobre los dedos de los pies—. A no ser que tengas una idea mejor.

Se rasca la cabeza, parece preocupado con todos estos rostros dorados mirándolo fijamente. Los empleados de la cubierta contemplan el intercambio con disimulo.

—Suéltalo —ladra Sevro.

—Claro. Pues... podría tirarlo por la cubierta, *dominus*. O, bueno, podría encontrar los escáneres y el material radiado, si es que han tirado por ahí. Tenemos unos cuantos chismes ingeniosos por aquí. Podría encontrarlos y meterlos todos en un explorador de largo alcance, sin problema. Podría estar bien hacer que los sabuesos de Plinio fueran ladrando en la dirección equivocada, ¿no?

—¿Cuáles son tu nombre y tu mundo? —pregunto.

—*Dominus*... eh. —Parpadea pesadamente—. Me llamo Cyther. Luna. Tres hijas. Mi esposa trabaja en el Centro de Desarrollo Automotriz, así que tenemos...

Lo interrumpo.

—Haz esto bien y las llevaremos a Marte para que formen parte de la plantilla de la Ciudadela, Cyther. Tienes diez minutos.

—¡Sí, señor!

Entusiasmado, se vuelve hacia sus hombres.

Guío a Mustang y a mi camarilla hacia los ascensores.

—Plinio me dijo que te había matado —susurra ella mientras caminamos.

—Aja y una flota de los Belona nos esperaban, tal como nos imaginábamos. —Le dedico una sonrisa torcida y luego saco mi terminal de datos—. Orión, toma el mando de la flota. Quiero que nos alejemos de este sector antes de que tengamos más compañía. Sevro, convoca a los Telemenus. Los quiero en el... ¿Sevro?

Me vuelvo para buscarlo. Está unos veinte metros más atrás, merodeando en torno al ojo de Plinio. Nos volvemos para mirarlo y él arrastra los pies, incómodo.

—¿Puedo...?

Señala el ojo.

—¿Qué? —pregunta Mustang.

—¿Puedo quedármelo?

Mustang lo mira con curiosidad.

—Todo tuyo.

Sevro levanta el globo ocular y se lo guarda en el bolsillo con una gran sonrisa dibujada en los labios. Corre para alcanzarnos.

—La primera pieza del kit, con un poco de suerte.

MORIR JOVEN

Mustang ha insistido en ver a Tacto antes de la reunión. Teodora nos guía. Encontramos a Roque sentado junto a su cuerpo en el área médica del barco. Por cómo está sentado con las manos cruzadas, se podría pensar que Tacto aún tiene alguna posibilidad de conservar la vida. Tal vez en otro mundo, donde no existan hombres como Lorn.

—Lleva aquí desde Europa —me informa Teodora en voz baja.

—No me habías contado que estaba aquí abajo —digo.

—Me pidió que no lo hiciera.

—Eres mi sirvienta, Teodora.

—Y él es tu amigo, *dominus*.

Mustang me da un codazo.

—Deja de comportarte como un idiota, ¿no te das cuenta de que ella está tan exhausta como él?

Miro a la anciana. Mustang tiene razón.

—Deberías dormir un poco, Teodora.

—Creo que es una idea estupenda, *dominus*. Siempre es un placer verte, *domina* —le dice a Mustang antes de fulminarme con la mirada—. El señor ha estado bastante malhumorado en tu ausencia.

Virginia observa a mi asistente mientras se aleja.

—Tuviste suerte con ella.

Le toca un hombro a Roque con delicadeza. Él abre los ojos.

—Virginia.

Se hicieron buenos amigos durante el año que pasamos juntos en la Ciudadela. Ninguno de ellos consiguió que los acompañara a la ópera. No es que no me interesara la música. Más bien se trataba de que Lorn exigía tiempo.

Le da un apretón cariñoso en la mano.

—¿Cómo estás?

—Mejor que Tacto. —Me mira. Apuesto a que diría algo más si yo no estuviese aquí. Se da cuenta de que Mustang está hecha un desastre y frunce el ceño con preocupación—. ¿Qué ha pasado?

Cuando terminamos de contárselo, se pasa suavemente una mano por el pelo ondulado.

—Vaya, eso es horrible. Nunca pensé que Plinio pudiera llegar a comportarse de un modo tan osado.

—Vamos a reunirnos dentro de diez minutos para discutir los planes —anuncio.

Roque me ignora.

—Siento lo de tu padre y tu hermano, Virginia.

—Todavía están vivos, espero. —Mira a Tacto y su rostro se tensa—. Siento lo de Tacto.

—Se fue como vivió —dice Roque—. Solo desearía que hubiera podido vivir más tiempo.

—¿Crees que habría cambiado? —pregunta Mustang.

—Siempre fue nuestro amigo —contesta él—. Era nuestra responsabilidad ayudarlo a intentarlo. Aunque fuera como abrazar una llama.

Me mira durante un instante.

—Sabes que yo no quería que muriera —aseguro—. Quería que regresara con nosotros.

—¿Igual que querías atrapar a Aja? —pregunta Roque resoplando ante mis palabras.

—Ya te he dicho por qué lo hice.

—Claro. Ella mata a nuestra amiga. Mata a Quinn, pero dejamos que se escape por el bien de la gran estratagema. Todo cuesta algo, Darrow. Puede que pronto te canses de hacer pagar a tus amigos.

—Eso no es justo —interviene Mustang de inmediato—. Sabes que no lo es.

—Lo que sé es que nos estamos quedando sin amigos —replica Roque—. No todos somos tan duros como el Segador. No todos queremos ser guerreros.

Por supuesto, Roque cree que esta vida es elección mía. Él pasó su niñez jugando y leyendo, viajando de la hacienda de sus padres en Nueva Tebas a las tierras altas de Marte. Sus padres no creían en las cargas de mejora del conocimiento, así que contrataron a violetas y blancos para que lo enseñaran de manera pedagógica: paseando y conversando en prados tranquilos y junto a lagos serenos.

—Tacto no vendió el violín —dice Roque al cabo de un momento.

—¿El que le regaló Darrow?

—Sí. El Stradivarius. Lo vendió, pero luego se sintió tan culpable que no permitió que concluyera la venta de la casa de subastas. Los obligó a cancelar el pedido. Estaba ensayando en privado, desoxidándose un poco. Decía que quería sorprenderte con una sonata, Darrow.

Me siento aún más abatido. Tacto siempre fue mi amigo. Simplemente se perdió al intentar ser el hombre que su familia quería que fuera, cuando en realidad sus amigos querían al hombre que ya era. Mustang me pone una mano en la parte baja de la espalda, sabedora de lo que estoy pensando. Roque se agacha para darle un beso a Tacto en la mejilla y bendecirlo.

—Mejor marcharse a ese otro mundo con la gloria de haber vivido con pasión que debilitarse y marchitarse con la edad.

Roque se aleja y nos deja a Mustang y a mí a solas con Tacto.

—Tienes que solucionarlo —me dice ella refiriéndose a Roque—. Arréglalo antes

de que lo hayas perdido.

—Lo sé —digo—. En cuanto solucione otro centenar de cosas.

Todo el consejo está sentado en torno a una gran mesa de madera en la sala de guerra. Hay vasos de café y bandejas de comida por todas partes. Mustang está sentada a mi lado, con las botas encima de la mesa, como siempre, y explica lo que salió mal en la misión de su padre. Kavax se echa hacia delante con dificultad en su silla, aterrorizado ante la mera idea de que Augusto pueda sufrir una derrota. Se retuerce las manos con nerviosismo, tan inquieto que Daxo coge a Sófocles de su regazo y se lo pasa a una incómoda Victra. La voz de Mustang llena la habitación y el holo que le dio Plinio cobra vida encima de la mesa. Una brigada de corbetas se desplaza silenciosamente por el espacio en dirección a los afamados astilleros de Ganímedes, que, verdes moteados, azules y blanquecinos, rodean la luna industrial.

—Envió un escuadrón de grises lurchers escondido en el vientre de dos petroleros. Desactivaron tres de los reactores nucleares de la plataforma defensiva. Después mi padre atacó violentamente con sus alas ligeras y sus corbetas, como es su costumbre: quemando motores y lanzando municiones antes de darse la vuelta de nuevo.

»Era un cofre del tesoro: unos diecisiete destructores y cuatro acorazados en dique seco, la mayor parte terminados o casi. Suponiendo que las naves estaban tripuladas por el personal justo, las abordó todas a la vez. Incluso, acompañado por dos de sus Sucios, comandó la nave sanguijuela que abordó el destructor de lunas. Pero la tripulación de los barcos no era escasa. En realidad no había tripulaciones. Todos estaban cargados de pretorianos, escuadrones de grises lurchers. Y Caballeros Olímpicos.

—Y... ¿se rindió? —pregunta Kavax presa del pánico.

Mustang se echa a reír.

—¿Mi padre? Estuvo a punto de conseguir liberarse. Mató al Caballero del Hogar, pero luego se encontró con algunos de nuestros viejos amigos.

El holo muestra a Augusto abriéndose camino entre doce grises, como un hombre que camina entre tallos de hierba alta y seca. Su filo canta y chilla, chisporrotea contra las paredes, se desliza a través de los hombres y sus armaduras hasta que da con otro hombre con una armadura del color del fuego. El Caballero del Hogar. Se produce un alboroto de embestidas apretadas y luego llega la neblina roja. Una cabeza cae al suelo. A continuación aparecen dos hombres, uno con un yelmo coronado por el sol y Fitchner con su yelmo de lobo. Juntos, matan a los Sucios y dejan a Augusto sangrando en el suelo.

Lorn me mira.

—Señora... Mustang, ¿quién era el hombre de la armadura coronada por el sol?

Guarda silencio.

—Esa es la armadura del Caballero de la Mañana —contesto—. Casio. Deben de haberle arreglado el brazo. O de haberle puesto uno nuevo.

Mustang continúa.

—También había barcos de los Julii en los alrededores. —Mira a Victra—. Remataron el ejército de mi padre.

Sevro le lanza una mirada asesina a Victra y le quita a Sófocles como si ni siquiera pudiéramos confiarle al zorro.

—¿Te sientes incómoda? Deberías.

—Ya hemos pasado por esto —dice ella, que parece estar bastante aburrída de las acusaciones—. La soberana amenazó a mi madre. A ella le da igual la política. Le importa el dinero y poco más.

—Entonces ¿no le importa la lealtad? —pregunta Mustang—. Interesante.

—Bah. Agripina es una perra malvada —gruñe Kavax—. Siempre lo ha sido.

—Cuidado, grandullón —le advierte Victra—. Sigue siendo mi madre.

Kavax cruza los fornidos brazos.

—Lo siento. Que sea tu madre.

—¿Y cómo sabemos que no estás confabulada con ellos, Victra? —pregunta Daxo con voz suave—. Tal vez seas su espía. Quizás estés a la espera. ¿Por qué confías en su lealtad, Darrow? Bien podría haber dado aviso...

Mustang me mira.

—Yo me estaba preguntando lo mismo.

—¿Por qué confío en ti, Daxo, o en ti, Kavax? —pregunto—. Cualquiera de los dos estaríais en una buena posición, se ganaría el perdón y más territorio y dinero si le enviara mi cabeza a la soberana.

—Y tu corazón a la madre de Casio —me recuerda Sevro.

—Gracias, Sevro.

—¡Estamos para ayudar!

Coge un muslo de pollo de la mesa y se lo ofrece a Sófocles. Pero al final se lo piensa y se lo come él mismo mientras le susurra algo al zorro.

—Confío en Victra por el mismo motivo que confío en cualquiera de vosotros: amistad —digo cuando consigo apartar la mirada de Sevro.

—Amistad. Ah. —Mustang deja su taza de café sobre la mesa con brusquedad—. Seré clara: mi confianza en un Julii no llega más allá de hasta donde podría lanzarlo.

—Eso es porque te sientes intimidada por mí, niñita.

Mustang se yergue en su silla.

—¿Niñita?

—Te saco una década, querida. Algún día volverás la vista para mirarte y te reirás. ¿De verdad era tan estúpida, tan simple? Además, no eres muy alta, así que puedo llamarte niñita.

—No me dedico a las peleas de gatas —dice Mustang con frialdad—. No confío en ti porque no te conozco. Lo único que sé es que la reputación de tu madre no es

apolítica. Es una intrigante. Una sobornadora. Mi padre lo sabía. Yo lo sé. Tú lo sabes.

—Sí, hasta cierto punto mi madre es una intrigante. Al igual que yo y que tú. Pero si hay algo que no soy es una mentirosa. Nunca he dicho una mentira, y nunca lo haré. Al contrario que otras.

Su arqueamiento de cejas deja bastante claro a qué se refiere.

—Las manzanas podridas engendran semillas podridas, Darrow —advierte Daxo—. Deja tus sentimientos a un lado en este caso. La crio una mujer peligrosa. No hay razón para maltratarla, pero no puede ser miembro de este consejo. Te animaría a acomodarla en sus aposentos hasta que esto haya terminado.

—Sí. —Kavax golpea la mesa con sus nudosos nudillos—. Estoy de acuerdo. Semillas podridas.

—No puedo creerme que me hayas metido en este lío, Darrow —masculla Lorn. Parece estar fuera de lugar en esta sala. Demasiado viejo, demasiado gris para formar parte de estas riñas—. Ni siquiera puedes confiar en tu propio consejo.

—Gruñón. ¿Tienes el azúcar bajo, tal vez?

Sevro le lanza el muslo medio mordisqueado. Lorn permite que se estampe contra la mesa y no se deja impresionar por el alarde.

—Nos gustaría escuchar tu juicio, Arcos —sugiere Kavax respetuosamente.

—Yo escucharía a tus consejeros, Darrow. —Lorn hace chascar sus dedos huesudos—. Tengo cicatrices más viejas que ellos, pero no son del todo ingenuos. Mejor prevenir que curar. Confina a Victra a sus aposentos.

—¡Ni siquiera me conoces, Arcos! —protesta Victra, finalmente empujada a levantarse de su silla. Ahora se ve la guerrera que lleva en su interior, fulgurante bajo su calma civilizada—. Esto es una afrenta contra mí. Yo ya estaba luchando junto a Darrow cuando tú todavía estabas en tu castillo flotante fingiendo que estamos en el año 1200.

—El tiempo no demuestra la lealtad de una persona —se burla Lorn, y se pasa el dedo por una cicatriz del antebrazo—. Las cicatrices sí.

—Las recibiste luchando a favor de la soberana. Eras su espada. ¿Cuánta sangre derramaste por ella? ¿A cuántos hombres viste arder al lado del Señor de la Ceniza?

—No me hables a mí de Rea, niña.

Los dientes de Victra destellan en una sonrisa cruel.

—O sea que hay un Caballero de la Furia bajo las arrugas y los harapos apolillados.

Lorn la evalúa, ve en ella la cólera de la juventud y me mira, como preguntándose qué tipo de hombre coloca a su lado a dorados como Tacto y Victra. ¿Acaso me conoce?, preguntan sus ojos. No, se está dando cuenta de que la respuesta es no. Por supuesto que no.

—«Honor en el primero. Honor en el último». Esas son las palabras de mi familia. Mientras que tú..., señorita, bueno, el nombre Julii no lo eleva a uno

precisamente hacia propósitos más nobles, ¿verdad? No sois más que comerciantes.

—Mi nombre no tiene nada que ver con quién soy yo.

—Las víboras engendran víboras —replica Lorn ahora ya sin siquiera mirarla—. Tu madre era una víbora. Ella te engendró. Ergo, tú eres una víbora. Y ¿qué hacen las víboras, querida? Reptan. Esperan entre la hierba, a sangre fría, crueles, y entonces muerden.

—Podríamos pedir un rescate por ella —propone Sevro—. Amenazar con matarla a no ser que Agripina se una a nosotros o al menos deje de mearse en todos nuestros planes.

—Eres un mierdecilla siniestro, ¿verdad? —le espeta Victra.

—Soy dorado, perra. ¿Qué te esperabas? ¿Leche caliente y galletitas solo porque soy de tamaño bolsillo?

Roque se aclara la garganta y atrae las miradas hacia él.

—Parece que estamos siendo injustos, incluso hipócritas —observa—. Aquí todos sabéis que mi familia está llena de políticos. Puede que algunos de vosotros hasta penséis que procedo de sangre noble y de semilla noble. Pero nosotros, los Fabii, somos una estirpe deshonesta. Mi madre es una senadora que se forra los bolsillos con fondos de la agricultura y subsidios médicos de los colores inferiores para poder vivir en más casas de las que vivió su madre. Mi abuelo paterno envenenó a su propio sobrino por una joven actriz violeta cuatro veces más joven que él y que terminó acuchillándolo a él y sacándose los ojos al descubrir que había matado al sobrino, su amante. Pero eso no es nada en comparación con lo de mi tío abuelo, que alimentaba lampreas con sus sirvientes porque leyó que el emperador Tiberio fue pionero en esa extraña pasión. Y, sin embargo, aquí estoy yo, engendro de todo ese pecado, y apuesto a que nadie de esta saña cuestiona mi lealtad.

»¿Por qué, entonces, dudamos de la de Victra? Ha permanecido inalterable junto a Darrow desde la Academia. Ninguno de vosotros estuvo allí. Ninguno de nosotros sabe nada de lo que ocurrió, así que insisto en que cerréis las bocas. Aun cuando su madre le exigió que abandonara a Darrow y a Augusto, ella se quedó. Aun cuando los pretorianos vinieron a matarnos en la Luna, ella se quedó. Ahora está aquí, cuando somos poco más que una panda de bandidos, y vosotros la cuestionáis. Me dais asco. Me da pena estar entre camorristas como vosotros. Así que si otro hombre u otra mujer vuelve a cuestionar su lealtad, perderé la fe en esta hermandad. Y me marcharé.

La sonrisa que le dedica Victra es como un amanecer: progresiva, lenta y después deslumbrantemente brillante. Desaparece más despacio de lo que pensaba que lo haría. Su calidez sorprende también a Roque, y las pálidas mejillas de mi amigo se ruborizan con rapidez.

—Yo no soy mi madre —anuncia Victra—. Ni mi hermana. Mis barcos son míos. Mis hombres son míos. —Sus ojos abiertos como platos son fríos, parecen casi adormilados, pero brillan cuando se inclina hacia delante—. Confiad en mí y

obtendréis vuestra recompensa. Pero lo único que importa es lo que opine Darrow.

Todas las miradas se vuelven hacia mí y mi silencio. La verdad es que no estaba pensando en Victra, sino en Tacto, en la facilidad con que se percató de que lo mantenía a cierta distancia de mí. Cuando al principio le demostré mi cariño y él rechazó el violín, me sentí avergonzado y herido. Así que me aparté de él. Habría sido mejor que hubiese sido fiel a mis sentimientos y mantenido el rumbo. Sus murallas se habrían caído. Nunca se habría marchado. Podría estar todavía aquí. No cometeré el mismo error de nuevo, y menos aun con Victra. Le tendí la mano en el pasillo, y haré lo mismo en esta compañía.

—El azar nos hizo dorados —digo—. Podríamos haber nacido de cualquier otro color. El azar nos puso en nuestras familias. Pero elegimos a nuestros amigos. Victra me eligió a mí. Yo la elegí a ella al igual que os elegí a todos los demás. Y si no podemos confiar en nuestros amigos —miro a Roque lastimeramente, buscando la absolución en sus ojos—, entonces ¿qué sentido tiene respirar?

Vuelvo a centrar mi atención en Victra. Sus ojos dicen mil cosas y recuerdo las palabras que pronunció el Chacal mientras yacía en la cama quemado a causa de la bomba. Victra me ama. ¿Podría ser así de simple? Hace todas estas cosas no por el carácter Julii, que siempre busca las ganancias y el beneficio, sino por una sencilla emoción humana. Me pregunto si yo podría llegar a amarla alguna vez. No. No; en otro mundo Mustang no sería una guerrera, nunca sería cruel. Victra lo sería en cualquier mundo. Siempre una guerrera, como Eo, en realidad. Siempre demasiado salvaje y llena de fuego para encontrar la paz en ninguna otra cosa.

Mustang nota que algo fluye entre Victra y yo.

—Entonces está decidido —dice—. Volvamos al asunto que nos ocupa. Plinio está esperando ahora con la flota principal. Ha hecho que todos los portaestandartes de mi padre redacten un documento de rendición formal ante la soberana y una reestructuración de Marte. El trato, hasta donde yo entiendo, lo convertirá en cabeza de su propia casa. Él, junto con los Julii y los Belona, serán los poderes de Marte. Una vez que se llegue a un acuerdo de paz, se sellará con la ejecución de mi padre en el patio de nuestra Ciudadela de Agea. —Mustang echa un vistazo en torno a la mesa para permitir que la gravedad se acumule en sus palabras—. Si no rescatamos a mi padre, esta guerra está acabada. Los señores de las Lunas no acudirán en nuestro auxilio. De hecho, enviarán sus naves contra nosotros. Las fuerzas de Vespasiano se darán la vuelta hacia Neptuno. Estaremos solos contra toda la Sociedad. Y moriremos.

—Bien. Eso simplifica las cosas —digo—. Reconquistamos nuestra flota y luego reconquistamos Marte. ¿Alguna idea?

UN BAILE

Duermo con un sueño del pasado. Con la mano enredada en los bucles de su pelo. A nuestro alrededor, el valle está sumido en un sopor silencioso. Ni siquiera los niños se desperezan todavía. Los pájaros están posados en las nudosas ramas del pinar cercano y no oigo nada más que la respiración de mi acompañante y el crepitar del viejo fuego. La cama olía a ella. Nada de aroma a flores o perfume. Solo la fragancia terrosa de su piel, de los aceites del vello que me rodea las manos, de su aliento cálido, que me incendia la mejilla. Su pelo era de nuestro planeta. Tan alborotado como el mío, tan sucio como el mío, tan rojo como el mío. Afuera un pájaro canturrea enérgicamente. Sin cesar. Alto. Cada vez más alto.

Y me despierto al oír a alguien en mi puerta.

Aparto de una patada las sábanas sudadas y me siento al borde del colchón.

—Visual.

Aparece un holo de Mustang en el pasillo. Instintivamente, me levanto para dejarla entrar, pero cuando llego a la puerta, me detengo. Ya tenemos el plan preparado. No hay nada más de lo que hablar a estas horas. Nada de lo que pueda salir algo bueno.

La observo en el holo. Cambia el peso de un pie a otro y lleva algo en las manos. Si la dejo entrar... al final nos saldrá caro a los dos. Ya le he hecho daño a Roque. Ya he matado a Quinn, a Tacto y a Pax. Volver a acercarla a mí en estos momentos sería egoísta. En el mejor de los casos, ella sobrevive a esta guerra y descubre la verdad sobre mí. Me aparto de la puerta.

—Darrow, deja de comportarte como un imbécil y ábreme.

Mi mano elige por mí.

Lleva el pelo mojado. Ha sustituido su uniforme por un kimono negro. Qué frágil parece junto a Ragnar, que acecha en el pasillo.

—Te lo dije —le espeta a Ragnar. Después, dirigiéndose a mí, continúa—: Sabía que estarías despierto. Ragnar se ha puesto un poco cabezota. Me ha dicho que necesitabas dormir. Y se niega a aceptar la comida que le he traído.

—¿Necesitas algo? —le pregunto con más frialdad de la que pretendía.

Arrastra los pies con exagerado nerviosismo.

—Tengo... miedo a la oscuridad.

Me hace a un lado y entra en la habitación. Ragnar lo observa, pero sus ojos no dejan translucir nada.

—Te dije que te fueras a dormir, Ragnar.

No se mueve.

—Ragnar, si no estoy a salvo aquí, no estoy a salvo en ningún sitio. Vete a la cama.

—**Duelmo con los ojos abiertos, dominus.**

—¿En serio?

—**Sí.**

—Bueno, pues hazlo en tu catre, Sucio. Es una orden —digo, y odio esas palabras de amo en cuanto abandonan mis labios.

A regañadientes, asiente con la cabeza y se aleja en silencio por el pasillo. Me quedo mirándolo hasta que se cierra la puerta. Me vuelvo para encontrarme a Mustang inspeccionando mi suite. Es más de madera y piedra que de metal, las paredes están talladas y labradas con paisajes de bosques. Es curioso lo que se esfuerzan estas personas para hacerse sentir parte de la historia y un pedazo del futuro.

—Sevro debe de estar cabreado porque ya no es el único que merodea detrás de ti.

—Sevro ha madurado un poco desde la última vez que lo viste. Incluso duerme en camas.

Mustang se echa a reír.

—Bueno, Ragnar insistía tanto en que me marchara que pensé que tal vez tuvieras compañía.

—Ya sabes que yo no empleo rosas.

—Es grande —comenta refiriéndose a la suite—. Seis habitaciones para ti solito. ¿No vas a ofrecerme algo de beber?

—¿Te ape...?

—No, gracias. —Pronuncia las claves de control de la habitación para poner música. Mozart—. Pero en realidad no te gusta la música, ¿verdad?

—Este tipo no. Es... demasiado conservadora.

—¿Conservadora? ¡Mozart fue un rebelde, un bandido de genio monolítico! Rompía con todo lo que era conservador.

Me encojo de hombros.

—Tal vez. Pero entonces la gente conservadora se hizo con él.

—A veces eres un palurdo tremendo. Creía que Teodora se las habría ingeniado para enseñarte algo de cultura. Entonces ¿qué te gusta? —Pasa las manos por encima de la talla de un alce que guía su manada—. Espero que no te agrade esa locura electrónica con la que los Aulladores se martillean la cabeza. Tiene sentido que fueran los verdes quienes la inventaran..., es como escuchar a un robot sufriendo convulsiones.

—¿Tienes mucha experiencia con robots? —pregunto mientras Mustang se mueve alrededor de la Armadura de la Victoria en una habitación situada a un lado del vestíbulo de entrada.

La soberana se la regaló al Señor de la Ceniza cuando quemó Rea. Los dedos de

la chica acarician el metal de color escarcha.

—Los naranjas y verdes de mi padre tenían unos cuantos robots en sus laboratorios de ingeniería. Cosas antiguas y oxidadas que mi padre había renovado y llevado a los museos. —Se ríe para sí misma—. Solía llevarme allí cuando aún me ponía vestidos y mi madre todavía estaba viva. Odiaba aquellas cosas con toda su alma. Recuerdo que mi madre se reía de su paranoia, sobre todo cuando Adrio intentó reiniciar uno de los modelos de combate de Eurasia. Mi padre estaba convencido de que los robots habrían derrocado al hombre y ahora gobernarían el Sistema Solar si los imperios de la Tierra no hubieran sido destruidos.

Resoplo y me hecho a reír.

—¿Qué? —me pregunta.

—Es solo que... —sigo riéndome en voz baja—. Estoy intentando imaginarme al gran archigobernador Augusto sufriendo pesadillas con los robots. —Se me escapa una carcajada más estruendosa—. ¿Acaso piensa que querrán más aceite? ¿Más días de vacaciones?

Mustang me observa, divertida.

—¿Estás bien?

—Sí. —Consigo superar el ataque de risa y me llevo las manos al estómago—. Estoy bien. —Pero no dejo de sonreír—. ¿También tiene miedo de los extraterrestres?

—Nunca se lo he preguntado. —Le da unos golpecitos a la armadura—. Pero están ahí fuera, ya lo sabes.

La miro con fijeza.

—Eso no aparece en los archivos.

—Ah, no, no. Es decir, nunca los hemos encontrado. Pero la ecuación Drake-Roddenberry sugiere que la probabilidad matemática es $N = R^* \times fp \times ne \times fl \times fi \times fc \times L$. Donde R^* es la velocidad media de formación de estrellas en nuestra galaxia, donde fp es la fracción de esas estrellas que tiene planetas... Ni siquiera me estás escuchando.

—¿Qué crees que pensarían de nosotros? —pregunto—. De los hombres.

—Supongo que pensarían que somos hermosos, extraños e inexplicablemente terribles los unos con los otros. —Señala hacia un pasillo—. ¿Es esa la sala de entrenamiento? —Se quita las zapatillas y se aleja por un pasillo de mármol. Me lanza una mirada volviendo la cabeza por encima del hombro y la sigo. Las luces van cobrando vida con sigilo a medida que pasamos ante ellas. Mustang avanza más rápido de lo que me apetece seguirla. La encuentro unos momentos después en el centro de la sala de entrenamiento, que es circular. Siento la suavidad del tatami blanco bajo los pies. Las paredes de madera están forradas de tallas—. La Casa de Grimmus es muy antigua —dice al tiempo que señala el fresco de un hombre vestido con armadura—. Ahí puedes ver al primer ancestro del Señor de la Ceniza. Séneca au Grimmus, el primer dorado que tocó tierra en la Lluvia de Hierro que arrasó la costa occidental americana después de que uno de los antepasados de Casio, no me acuerdo

de su nombre, destruyera la Flota Atlántica. Y luego está Vitalia au Grimmus, la Gran Bruja, justo ahí. —Se vuelve hacia mí—. ¿Conoces siquiera la historia de las cosas que intentas romper?

—Fue Escipión au Belona quien derrotó a la Flota Atlántica.

—¿Ah, sí? —pregunta.

—He estudiado historia —aseguro—. Tan bien como tú.

—Pero te mantienes al margen de ella, ¿no es así? —Camina a mi alrededor—. Siempre lo has hecho. Como si fueses un extraño que la mira desde fuera. Es porque te criaste lejos de todo esto en el asteroide minero de tus padres, ¿verdad? Por eso puedes formular una pregunta como «¿Qué pensarían de nosotros los extraterrestres?».

—Tú eres tan extraña como yo. He leído tus tesis.

—¿En serio?

Está sorprendida.

—Lo creas o no, también sé leer. —Niego con la cabeza—. Es como si todo el mundo olvidara que solo fallé una pregunta en la prueba de jerga de ingenio.

—Uf. ¿Fallaste una pregunta? —Arruga la nariz al tiempo que coge un filo de entrenamiento de un banco—. Supongo que por eso no entraste en Minerva.

—A todo esto, ¿cómo se las ingenió Pax para que lo escogiera la Casa de Minerva? Siempre me lo he preguntado... No era precisamente un erudito.

—¿Cómo acabó Roque en Marte? —contesta encogiéndose de hombros—. Todos tenemos fortalezas ocultas. Ciertamente, Pax no era tan brillante como lo es Daxo, pero la sabiduría se encuentra en el corazón, no en la cabeza. Eso me lo enseñó Pax. —Sonríe ligeramente—. La única gracia que me concedió mi padre después de que mi madre muriera fue dejarme visitar la hacienda de los Telemans. Nos mantuvo separados a Adrio y a mí para dificultar el asesinato de sus herederos. Yo tuve la suerte de estar cerca de ellos. Aunque si no hubiera sido así, tal vez Pax no se habría mostrado tan leal. Quizá no habría pedido estar en Minerva. Puede que estuviera vivo. Lo siento... —Se sacude la tristeza y vuelve a mirarme con una sonrisa tensa—. ¿Qué te han parecido mis tesis?

—¿Cuál de ellas?

—Sorpréndeme.

—*Los insectos de la especialización.* —Crac. Un filo de entrenamiento me golpea el brazo y me provoca un desagradable escozor en la piel. Grito sorprendido—. ¿Qué demonios haces?

Mustang me mira con aspecto inocente mientras blande el filo adelante y atrás.

—Asegurarme de que me estabas prestando atención.

—¿Prestando atención? ¡Te estaba contestando!

Vuelve a encogerse de hombros.

—Vale. Puede que solo quisiera pegarte.

Vuelve a lanzarme un latigazo.

Lo esquivo.

—¿Por qué?

—Por nada en particular. —Ataca de nuevo. Me aparto—. Pero dicen que incluso los tontos aprenden algo una vez que se les golpea.

—No vengas... —Ataca. Lo esquivo— citándome... a Homero.

—¿Por qué es esa la tesis que más te gusta? —pregunta con frialdad al tiempo que intenta golpearme de nuevo.

El filo de entrenamiento no tiene el borde afilado, pero es tan duro como un bastón de madera. Levanto los pies y giro hacia los lados para apartarme de su camino como un volteador de Lico.

—Porque... —esquivo otro.

—Cuando tienes los talones apoyados, eres un mentiroso. De puntillas, escupes la verdad. —Vuelve a atacar—. Escupe ahora. —Me alcanza en la rodilla. Me alejo girando sobre mí mismo para intentar llegar hasta los demás filos de entrenamiento, pero ella me lanza una salva de golpes y me lo impide—. ¡Escupe!

—Me gustó —doy un salto hacia atrás— porque decías que «la especialización nos convierte en insectos limitados, simples; un hecho... al que... los dorados no son inmunes».

Deja de atacarme y me lanza una mirada acusadora. Me doy cuenta de que he caído en una trampa.

—Si estás de acuerdo con eso, entonces ¿por qué insistes en transformarte únicamente en guerrero?

—Es lo que soy.

—¿Es lo que eres? —se ríe—. Tú que confías en Victra au Julii. Tú que confiaste en Tacto. Tú que permitiste que un naranja te ofreciera recomendaciones estratégicas. Tú que le concedes el mando de tu barco a una estibadora y mantienes un séquito de bronce. —Menea un dedo delante de mi cara—. No seas hipócrita, Darrow au Andrómeda. Si vas a decirle a todos los demás que pueden elegir su condenado destino, más te vale hacer lo mismo.

Es demasiado inteligente para engañarla. Por eso estoy tan incómodo en su compañía cuando me hace preguntas, cuando investiga cosas que no puedo explicar. No hay motivación comprensible para muchas de mis acciones si de verdad soy un Andrómeda que creció en un asteroide, en la colonia minera de sus padres dorados. Mi historia le suena a hueco. Mi forma de actuar le resulta confusa... si nací dorado. Todo esto debe de parecer ambición, sed de sangre. Y sin Eo, lo sería.

—Esa mirada... —dice Mustang dando un paso atrás para alejarse de mí—. ¿Adónde vas cuando me miras así? —Su cara pierde el color, y su sonrisa, la fuerza—. ¿Es Victra?

—¿Victra? —Casi me entra la risa—. No.

—Entonces ella. La chica que perdiste.

No digo nada.

Mustang nunca ha fisgoneado. Nunca me ha preguntado por Eo, ni siquiera cuando pasamos tanto tiempo juntos después del Instituto en mi época de lancero prometedor. Ni cuando montábamos a caballo en la hacienda de su familia, o paseábamos por los jardines, o buceábamos en los arrecifes de coral. Creía que se había olvidado de que susurré el nombre de otra chica mientras yacía con ella en las nieves del Instituto. Qué estúpido por mi parte. ¿Cómo podría olvidar algo así? ¿Cómo podría no perdurar en su interior forzándola a preguntarse, mientras estaba tendida con la cabeza sobre mi pecho escuchando los latidos de mi corazón, si este no pertenecería a otra chica, a una chica muerta?

—El silencio no es la respuesta en estos momentos, Darrow.

Al cabo de un momento, me deja solo en la habitación. El ruido de sus pies se desvanece. Cesa la música de Mozart.

Echo a correr tras ella y la alcanzo antes de que llegue a la puerta que da al pasillo. La agarro por la muñeca. Ella se suelta.

—¡Para!

Retrocedo tambaleándome, sobresaltado.

—¿Por qué haces esto? —pregunta—. ¿Por qué vuelves a atraerme si lo único que vas a hacer es alejarme de nuevo? —Cierra la mano en un puño como si quisiera golpearme—. No es justo. ¿Lo comprendes? No soy como tú... Yo no puedo... No puedo segar las cosas sin más.

—Yo no hago eso.

—Me segaste. Después de ese discurso sobre Victra..., sobre la importancia de los amigos... —Chasquea los dedos delante de mi cara—. Puedes seguir apartándome así. Tan pronto te importo como no. Puede que por eso le caigas tan bien.

—¿A quién?

—A mi padre.

—No le caigo bien.

—¿Cómo podría ser eso cierto? Tú eres él.

Me aparto de ella y encuentro descanso en el borde de la cama.

—No soy como tu padre.

—Lo sé —dice liberando parte de su rabia—. No he sido justa contigo. Pero te convertirás en él si sigues este camino en solitario. —Pone la mano en los controles de la puerta—. Así que pídemelo que me quede.

¿Cómo puedo permitirselo? Si me entrega su corazón, se lo partiré. Mi mentira es demasiado grande para construir un amor sobre ella. Cuando descubra lo que soy, me rechazará. Aun en el caso de que ella pudiera sobrevivir a esa situación, yo no sería capaz. Me miro las manos como si la respuesta estuviera en ellas.

—Darrow. Pídemelo que me quede.

Cuando levanto la vista, se ha ido.

HERMANOS DE SANGRE

Los exploradores de Lorn capturan la embarcación camello cuando trata de proveer de víveres a la flota de Plinio reunida en torno a la estación de Hildas, un centro comercial y de comunicaciones con forma de estrella situado en los límites del cinturón de asteroides que hay entre las órbitas de Marte y Júpiter. Durante quince horas, me escondo con Roque, Victra, Sevro, los Aulladores, los Telemanus, Lorn, Mustang y Ragnar entre cajas y baúles de raciones de protofibra envasadas al vacío. Ragnar reventó la primera caja sobre la que se sentó e hizo que la comida saliera disparada por todas partes. Al final abandonó la húmeda bodega de carga para dirigirse a la unidad de congelación bajo cero.

Sevro abre con un cuchillo media docena de raciones y se pasa el viaje picando, compartiéndolas con los Telemanus y sus Aulladores mientras Roque y Victra hablan sentados en una esquina. Mustang está apoyada contra Daxo, recordando con Kavax historias sobre Pax. Evita mi mirada.

Intenté disculparme antes de subir a bordo del barco, pero me interrumpió de inmediato:

—No hay nada por lo que disculparse. Somos adultos. No nos enfurruñemos y riñamos como niños. No hay nada que hacer.

Sus palabras se vuelven cada vez más frías a medida que les doy vueltas y más vueltas en la cabeza.

Lorn me da unos golpecitos con su bota.

—Trata de disimular un poco, chico. No dejas de mirarla.

—Es complicado.

—El amor y la guerra. La misma moneda. Caras diferentes. Yo tengo demasiadas arrugas para cualquiera de ellas.

—Puede que la guerra le insuffle algo de vida a tus viejos huesos.

—Bueno, probé lo del amor el mes pasado. —Se inclina hacia mí—. No funcionó como solía hacerlo.

—Demasiado honesto, Lorn.

No puedo evitar que se me escape una carcajada.

Él resopla e intenta acomodarse sobre las cajas, pero suelta un gruñido intenso cuando algo le golpea la espalda.

—O sea que esa es la razón de todo esto. Ayudar al pobre viejo de Lorn a conseguir su chute de guerra. —Su enfado no ha desaparecido todavía, ni espero que lo haga—. Deja que te devuelva el favor. Hoy la clave será la diplomacia. Los pretores, legados y portaestandartes a los que pretendes atraer no son tontos. Y

tampoco soportan a los tontos. Plinio les ha ofrecido un argumento válido. Ha alineado los intereses de esos hombres con los suyos. Tú debes contraatacar con lo mismo.

—Plinio es una sanguijuela —aseguro—. Es tan mentiroso como tú honesto.

—Y eso lo convierte en un hombre peligroso. Los mentirosos hacen las mejores promesas.

Lorn juguetea con su anillo del grifo, sin duda pensando en el animal y los nietos que viajan en sus barcos de la flota. Se ha traído a toda su casa de Europa, tres millones de hombres y mujeres de todos los colores. «No podía dejarlos —me dijo cuando reparé en el tamaño de su flota cuando salimos de esa luna acuática—. Octavia vendría y quemaría la casa mientras estuviéramos fuera». Así que todos abandonaron sus ciudades flotantes y partieron hacia las estrellas. Los civiles se apartarán pronto de mi flota para esconderse en el infinito espacio negro que separa los planetas. Las tres nueras de Lorn que aún conservan la vida los guiarán.

—Y Plinio cuenta con el respaldo del poder de la soberana —continúa el anciano—. Será difícil disuadirlos. Hablando de la soberana... Me he dado cuenta de que tienes algo suyo.

—¿El Pax?

—No. Algo más pequeño. Aunque no mucho más. El Sucio que estaba aquí.

—¿Ragnar?

—Si es que esa cosa tiene nombre —contesta Lorn.

—Si es que él tiene nombre —replico—. Octavia tenía la intención de regalárselo a los Julii por haber traicionado a Augusto.

—Lo vi una vez en el estadio de la Ciudadela... Esa cosa da tanto miedo como algunas de las criaturas que se esconden en los mares de Europa.

—Puede que sea obsidiano, pero sigue siendo un hombre.

—Desde el punto de vista biológico, tal vez. Pero ha sido criado para una sola cosa. No lo olvides.

—Tú tratas a tus sirvientes con amabilidad. Espero que trates a los míos del mismo modo.

—Yo trato a las personas con amabilidad. Los rosas, marrones y rojos son personas. Tu «Ragnar» es un arma.

—Él me eligió. Las herramientas no eligen.

—Haz lo que quieras, pero sé consciente de las consecuencias.

Lorn se encoge de hombros y masculla algo más para el cuello de su camisa.

—Di lo que quieres decir.

—Caerás en la ruina porque crees que las excepciones a la regla crean nuevas reglas. Que un hombre malvado pueda abandonar tal condición solo porque tú así lo quieras. Los hombres no cambian. Ese es el motivo por el que maté al chico de los Rath. Aprende ahora la lección para no tener que aprenderla más tarde con un cuchillo en la espalda. Los colores existen por una razón. Las reputaciones existen

por una razón.

Por primera vez, me parece un hombre pequeño y viejo. No es por las arrugas. Es por lo que dice. Es una reliquia. Ese tipo de pensamientos pertenecen a la época que estoy intentando destruir. No puede evitar creer en lo que cree. Él no ha visto lo que yo he visto. Él no viene de donde yo he estado. No tuvo a Eo para empujarlo, ni a Dancer para guiarlo, ni a Mustang para darle esperanza. Creció en una Sociedad donde el amor y la verdad son tan escasos como la hierba en los residuos de helión. Pero siempre ha deseado ambas cosas. Es como un hombre que planta semillas, que las ve crecer hasta convertirse en árboles solo para que sus vecinos los corten de raíz. Esta vez será distinto. Y si todo va bien, le devolveré un nieto.

—Una vez fui tu alumno, Lorn. Soy un hombre mejor por ello. Pero ahora ha llegado el momento de que yo te enseñe a ti. Los hombres pueden cambiar. A veces tienen que caer. A veces tienen que saltar. —Le doy unas palmaditas en la rodilla y me pongo en pie—. Antes de morir, te darás cuenta de que matar a Tacto fue un error, porque no le diste la oportunidad de creer que era un buen hombre.

Encuentro a Ragnar tumbado en el suelo del enorme congelador, cómodo en el frío penetrante. Se ha quitado la camisa, así que veo los aterradores ángulos de su cuerpo tatuado. Runas por todas partes. «Protección» en la espalda. «Malicia» en las manos. «Madre» en la garganta. «Padre» en los pies. «Hermana» tras las orejas. Las misteriosas marcas de la calavera de «Sucio» sobre la cara.

—Ragnar —digo mientras me siento a su lado—. No te gusta mucho tener compañía, ¿verdad?

Niega con la cabeza y su coleta blanca culebrea por el suelo. Unos ojos como dos manchas de alquitrán me observan, me evalúan. Su segundo par de ojos, los tatuajes que tiene en los párpados, es extraño; las pupilas son como las de un dragón o una serpiente, de manera que, cuando parpadea, su alma animal ve el mundo que la rodea.

Lo miro con fijeza y me pregunto cómo decirle lo que quiero decirle. Los obsidianos son el más extraño de los colores.

—Al ofrecerme las manchas, estás ligado a mí. ¿Qué significa eso para ti?

—**Quiere decir que obedezco.**

—¿Incondicionalmente? —No contesta—. ¿Y si te pidiera que asesinaras a tu hermano o a tu hermana?

—**¿Me lo estás pidiendo?**

—Hablo hipotéticamente.

No entiende el concepto cuando se lo explico.

—**¿Por qué hacer planes?** —pregunta—. **Tú planeas. Tú decides. Yo hago o no hago, no hay plan.** —Sopesa cuidadosamente sus siguientes palabras—: **Los mortales que planean mueren mil veces. Los que obedecemos no morimos más que una vez.**

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto. Ragnar ni siquiera se inmuta—. Te estoy hablando, Sucio.

—¿**Querer**? —Se echa a reír—. **¿Qué es «querer»?** —El escarnio que tiñe su voz viene de un lugar más profundo que nuestro reino impío. Ragnar es un extraño aquí porque nosotros criamos a los de su especie en mundos de hielo, monstruos y dioses antiguos. Obtenemos aquello por lo que pagamos—. **Tú lo dices y, por tanto, crees que lo conozco. «Querer».**

—No juegues conmigo y yo no jugaré contigo, Ragnar. —Espero durante un largo instante—. ¿Acaso tengo que repetirlo?

—**Los dorados planean. Los dorados quieren** —murmura lentamente y haciendo pausas entre cada frase—. **Querer es vuestro pulso. Los que procedemos de la Gran Madre no queremos. Obedecemos.**

—¿De rodillas? —No abre la boca para replicar, así que continúo—: Una vez llevaste grilletes, Ragnar. Ahora esos grilletes ya no te pesan. Así que... ¿qué quieres? —No contesta. ¿Es petulancia?—. Estoy seguro de que quieres algo.

—**Arrancaste los grilletes de otros y buscas amarrarme con unos como los tuyos. Tus deseos. Tus sueños. Yo no deseo.** —Lo dice una vez más—. **Yo no sueño. Soy un Sucio. La Gran Madre muerte me ha destinado a distribuir su promesa.** —Su rostro no revela nada, pero percibo la petulancia de este hombre—. **¿No lo sabías?**

Lo estudio con cautela.

—Consigues aparentar ser más tonto de lo que eres.

—**Bien.** —Se incorpora a toda velocidad, antes incluso de que yo tenga tiempo de apartarme. Maldita sea, es rápido. Saca un cuchillo y se corta la palma muy deprisa—. **Cuando te ofrecí las manchas, me vinculé a ti. Para siempre. Por nada.**

Sé que este es su modo de vida. Y sé los horrores que tuvo que superar para ganarse el título de Sucio. No es un hombre de medios juramentos o medias tintas. Ser obsidiano es conocer la miseria. Ser Sucio es ser la miseria. Y es orientarse en una sola dirección en la vida: la de servir a sus dioses dorados, como yo, si es que tienen esa suerte. Nos llevamos a los fuertes. Abandonamos a los débiles. Enviamos a violetas con tecnología para preparar espectáculos de relámpagos en las laderas de las montañas. Sembramos la hambruna y después descendemos con comida. Mandamos plagas y luego los bendecimos con amarillos que curan a sus enfermos y devuelven la vista a sus ciegos. Hacemos que los tallistas atesten sus océanos de monstruos y sus montañas de grifos y dragones. Y cuando nos disgustan, destruimos sus ciudades con bombardeos desde la órbita. Nos convertimos en sus dioses. Y luego los traemos a nuestro mundo para que sirvan a nuestros codiciosos objetivos. Nosotros queremos. Ellos obedecen. ¿Cómo podría Ragnar llegar a ser lo que necesito que sea?

—¿Y si yo quisiera que fueras libre?

Da un respingo. Su mirada expresa un terror profundo.

—**La libertad ahoga.**

—Pues aprende a nadar. —Le pongo una mano sobre el ingente hombro. Bajo su piel, los músculos son como piedras—. De un hermano a otro hermano.

—**No somos hermanos, nacido en el Sol** —señala con voz temblorosa—. **Tú eres el amo. ¿No lo entiendes? Yo obedezco. Tú mandas.**

Le digo que él me escogió como amo. Yo no lo tomé, como él piensa. Y fue él, no yo, quien encabezó el equipo de asalto que se hizo con el barco de Kellan au Belona. Lo hizo él. Ningún dorado lo guio. Ningún dorado lo convirtió en el líder. Pero eso no basta. ¿Qué le diría Eo? ¿Qué le diría Dancer?

—Nuestro color es el mismo —le digo.

No lo comprende, así que me corto en el dedo. La sangre roja brota y la extiendo sobre los emblemas negros de sus manos, que indican su color. Luego cojo su sangre y la unto sobre el dorado dorso de mis manos.

—Hermanos. Todos agua. Todos carne. Todos hechos de polvo y destinados a convertirnos en polvo.

—**No lo entiendo** —asegura asustado, y de hecho retrocede y se aparta de mí hasta que lo tengo acorralado en una esquina como a un niño pequeño—. **No somos lo mismo. Tú eres del Sol.**

—No es así. Nací a veinte centímetros del suelo. Ragnar Volarus, te libero de mi servicio, te guste o no. No permitiré que estés atado. No permitiré que te manden. Quédate en esta nevera hasta que seas lo bastante hombre para decidir lo que quieres. Pégate un tiro en la cabeza. Muere por congelación. Adelante. Pero hagas lo que hagas, será porque tú elegiste hacerlo. Tal vez escojas seguirme. Quizá decidas matarme. Sea cual sea tu decisión, debes tomarla por ti mismo.

No aparta la mirada de mí, aterrorizado, con los ojos muy abiertos.

—**¿Por qué?** —ruge—. **¿Por qué me humillas? Ni un solo hombre rechazaría a un Sucio en ningún mundo. Yo elijo ofrecirme y tú me escupes en la cara. ¿Qué he hecho?**

—Cuando te ofreces a ti mismo, también ofreces a tus hermanos y hermanas, a tu pueblo, a la esclavitud.

—**Tú no lo sabes.** —Ragnar está furioso—. **Vivimos para servir. Si no lo hacemos, los dorados nos exterminarán. Dejaremos de existir. He visto la lluvia de fuego del cielo.**

Hace siglos, durante la Revolución Oscura, los dorados asesinaron a más del noventa por ciento de su color. Los exterminaron como si de una matanza selectiva de predadores se tratase. Esa es la única historia que conocen. La que les damos. El miedo.

—Se os oculta la historia de los hombres, Ragnar. Los dorados os enseñan que siempre habéis sido esclavos. Que los obsidianos existen para servir, para matar. Pero antes de los dorados existió una época en la que el hombre era libre.

—**¿Todos los hombres?** —pregunta.

—Todos los hombres. Todas las mujeres. No nacisteis para servir a los dorados.

—No —masculla—. **Me tientas. Me lanzas un cebo. Ya lo he visto antes. He visto palabras falsas pronunciadas para engañar. Yo... Nosotros conocemos las palabras verdaderas. Nos las enseñan nuestras madres. «Temed y servid a los hombres de oro. O vendrán con hierro desde el cielo. Los dorados os tratarán con el fuego de los nacidos del Sol. Porque no están unidos por el amor. Ni por el miedo. No están unidos a la tierra, sino al cielo y el Sol. Temed y servid a los hombres de oro».**

—Yo no los sirvo.

—**Porque tú eres uno de ellos.**

—¿Y si te dijera que no es así?

Se queda mirándome. Sin responder. Sin moverse. Nada. Solo confusión. Y entonces se lo cuento. Le cuento en ese congelador lo que Dancer me explicó en el ático. Que nos han engañado.

—Yo estaba casado —le cuento—. Me arrebataron a mi esposa. La colgaron. Me obligaron a tirarle de los pies para que se le partiera el cuello y no sufriese. Me suicidé después de aquello, enterrándola, permitiendo que ellos ganaran. Permitiendo que me colgaran a mí también. Me ahogué en el dolor. —Le cuento que los Hijos vinieron a por mí—. Y Ares me dio una segunda oportunidad, la misma que tú tienes ahora para rebelarte.

»Hemos estado esclavizados durante setecientos años, Ragnar. Tu pueblo. El mío. Hemos languidecido en la oscuridad. Pero llegará un día en que caminaremos bajo la luz. Y no llegará por su misericordia. No llegará por un golpe del destino. Llegará cuando los corazones valientes se rebelen y elijan romper las cadenas, vivir para algo más. Debes elegir por ti mismo. ¿Escogerás el camino difícil? ¿Escogerás ser mi amigo? ¿Te rebelarás conmigo? ¿O te irás como todos los que se han ido antes, sin llegar a saber jamás lo que podría haber sido?

Después de eso me marchó. No le hago jurar que guardará silencio. No le exijo una respuesta. Dancer no me la exigió a mí. Tuve que tomar la decisión. Si no lo hubiera hecho, si me hubieran forzado a servirlos, me habría rendido mil veces. Los esclavos no tienen el valor de los hombres libres. Por eso los dorados mienten a los rojos inferiores y les hacen creer que son valientes. Por eso mienten a los obsidianos y les hacen creer que servir a los dioses es un honor. Es más fácil que la verdad. Pero aun así solo se necesita una verdad para desmoronar un reino de mentiras.

Ragnar debe unirse a mí porque, por sí mismos, los rojos no serán suficientes.

LA HORA DEL TÉ

Nuestro camuflaje en el interior de la nave camello resiste mientras nos acercamos a la flota que rodea la estación de Hildas con destino al que una vez fue el buque insignia de Augusto y ahora lo es de Plinio. El Invictus. Los alas ligeras vuelan en silencio a nuestro lado pidiendo códigos de autorización. Nuestro piloto se los envía y nos acompañan para que nos unamos a una procesión de barcos de mercancía que se introducen en el hangar del Invictus, como comerciantes ambulantes que hacen cola a las enormes puertas de una ciudadela vacía. Nos siguen con armas en todo momento.

Aterrizamos con un ruido seco. El piloto abre las puertas de popa de la bodega y los míos y yo bajamos de un salto desde la nave hasta el suelo del hangar. En lugar de saludar a unos transportistas marrones como tal vez esperara, la estibadora naranja levanta la vista de su terminal de datos para ver a una partida de guerra ataviada con toda la panoplia. Armados hasta los dientes. Sin dudarlo ni un segundo, se sienta, pues no quiere tener nada que ver con esto.

Sevro se echa a reír y le da unas palmaditas en la cabeza.

—Más lista que los dorados.

Un circo de barcos llena el hangar. Las luces destellan desde el techo alto. Los naranjas y los rojos corretean de un lado a otro. Los sopletes chisporrotean contra los cascos. Los hombres y las mujeres se gritan unos a otros. Mis compañeros me siguen y atravesamos el hangar en dirección a los ascensores, desde donde podremos acceder al resto del barco.

Y mientras caminamos, el silencio se extiende como un incendio incontrolable. Los sopletes dejan de crepitar. Los hombres ya no gritan. Simplemente nos miran. Yo voy a la cabeza con Lorn. Mustang y Kavax au Telemanus nos flanquean. Los sigue Roque, con Sevro y Daxo. A continuación van Victra y los Aulladores. Y después, tras todos ellos, como una especie de pastor pálido y gigantesco, va Ragnar.

Eligió unirse a nosotros después del congelador. Intercambiamos una mirada y, con un simple asentimiento, sé que cuento con un nuevo general para la rebelión. Me lleno de confianza.

Ni un alma protesta nuestro avance, aunque por nuestra vestimenta saben que no venimos para iniciar conversaciones de paz. Mi armadura es negra. Tallada con leones rugientes. Un fino escudo de pulsos titila sobre ella. La égida se activa sobre mi brazo izquierdo y su superficie azul oscuro bebe de la luz. Mi filo blanco se desliza por el otro brazo. Nuestras botas suenan como el granizo sobre las cubiertas de metal. Le doy órdenes a Guijarro para que sus escuadrones de verdes destruyan el sistema de comunicaciones del barco.

Un cobre nos ve y comienza a toquetear su terminal de datos. Ragnar se acerca a él y le agarra el hombro con tanta fuerza que el hombre acaba de rodillas en el suelo.

—No.

Entramos en el ascensor y las entrañas del barco sin haber disparado ni un solo tiro. Nos encaminamos hacia la cubierta uno, por encima del nivel de mando. Las puertas del ascensor se abren y nos encontramos cara a cara con un escuadrón de marinos grises.

—Capitán, debéis acompañar a Virginia au Augusto a la sala de máquinas —le digo al gris.

Su rostro reconoce la gravedad de la situación. Tras apenas un segundo de duda, saluda llevándose la mano estirada a la sien. Sus confundidos hombres se colocan tras Mustang y los Telemanus y todos se alejan al trote.

La alarma del barco comienza a sonar.

Los Aulladores se dirigen hacia los motores y los sistemas de apoyo vital mientras que mi grupo va tres cubiertas más arriba, no hacia la de mando, donde Plinio tendrá alojados a sus nuevos aliados, sino hacia el calabozo. Roque, Victra, Lorn, Sevro y Ragnar franquean las puertas con sigilo y reducen a los guardias antes incluso de que yo haya entrado.

Los prisioneros, unos cuarenta Únicos leales a Augusto, están encerrados en pequeñas celdas de durocristal. Sevro pasa ante cada una de ellas liberando a los hombres y las mujeres que las ocupan con una llave de datos.

—Dale las gracias al Segador —le dice a cada uno de ellos.

A una altísima anciana Única tiene que repetírselo cuatro veces hasta que al final la mujer se da cuenta de que no va a salir de la celda hasta que se someta al jueguito de Sevro. Todos los prisioneros ponen los ojos en blanco y dan las gracias.

—Qué Única más buena, anormalmente alta y decrepita eres. Excelente —dice Sevro, y la deja salir—. ¡Lorn! Te he encontrado una posible compañera de cama.

Se detiene cuando llega ante la jaula de cristal del Chacal.

—Pero ¿qué veo con mi ojito? —cacarea alegremente Sevro—. ¡Espera! ¡Vuelvo a tener dos!

—Déjame salir —dice el Chacal sin expresar emoción alguna—. No voy a seguirte el juego, Trasgo.

—Dale las gracias al Segador. Y me llamo Sevro. Ya lo sabes.

El Chacal pone los ojos en blanco.

—Gracias, Segador.

—Hazle una reverencia, como un buen sirviente.

—No.

—Déjalo salir de una vez —gruñe Lorn.

—¡Tiene que jugar conmigo! —exclama Sevro—. Caraculo no va a salir hasta que juegue bien. Probaré con una adivinanza, entonces. ¿Qué tengo en el bolsillo?

Me he cansado del juego, así que, a sus espaldas, me señalo el ojo.

—Un globo ocular —contesta el Chacal.

—Demonios, ¿quién se lo ha dicho?

Roque le quita la llave de las manos a Sevro y la pasa sobre la consola de la celda. El Chacal se suma a nosotros.

—Madura, Sevro —masculla Roque.

—¿Qué problema tienes? —le pregunta Sevro—. De todas maneras, aún tenemos que quedarnos aquí un buen rato. ¿No puedes dejar que me divierta un poco?

Tardaremos un poco hasta que Plinio tema nuestras acciones. Debe de sospechar de la lealtad de la mayor parte de la tripulación. Pero sin duda cuenta con un contingente de soldados comprados a bordo. Mercenarios, muy probablemente. Se esconderá tras ellos como si fueran un escudo.

—¿Dónde está tu padre? —le pregunto al Chacal.

—No lo sé —responde—. No creo que esté en el barco. ¿Mi hermana llegó a salvo hasta ti?

—Nos encontré.

—Bien —dice, y se vuelve rápidamente para saludar a Lorn—. Un placer, Arcos. Mi padre me prohibió leer tus proezas de niño. Aun así lo hice. Los *Cuentos del viejo Perfil Pétreo* me mantenían despierto hasta tarde.

—Me pasó lo mismo con tu actuación en el Instituto —le contesta Lorn dedicándome a mí una breve sonrisa—. Después de ver tu campaña me daba miedo cerrar los ojos.

El Chacal se echa a reír.

—Parece que tu misión en Europa fue un éxito, Darrow.

—Hicieron saltar la trampa, tal como esperábamos. Y Aja escapó.

—Entonces vayamos a solucionar este obstáculo y sigamos con nuestra guerra.

Roque nos mira al uno y al otro alternativamente, tal vez percatándose de la familiaridad con la que hablamos. Otra cosa más que nunca le he contado. La distancia crece.

Nos reunimos con Mustang en la cocina de los colores inferiores a la hora del almuerzo. Cientos de marineros de cubierta y electricistas naranjas se mezclan con los rojos que trabajan en las fábricas y los marrones de mantenimiento. El zumbido de las conversaciones y el repiqueteo de las bandejas de plástico sobre las mesas de metal se diluye en cuanto Ragnar entra en la sala. Se hace un silencio sepulcral excepto por un marrón sobreexcitado que grita con todas sus fuerzas. Sus compañeros le tapan la boca a toda prisa.

Ragnar avanza hasta el centro de la habitación y mueve una de las mesas sin esperar a que los colores inferiores que la ocupan se levanten. La libera de los anclajes de metal y la arrastra con un chirrido por el suelo de metal, con los colores inferiores aún sentados en los bancos sujetos a ella. Permanecen inmóviles, con los ojos como platos y aterrorizados, absolutamente confundidos ante la visión de mi cuadro de cincuenta dorados.

Los Telemans siguen a Ragnar, cargando entre el padre y el hijo con un aparato circular de metal de un metro de alto y dos de diámetro, el objetivo de su excursión a la sala de máquinas. La armadura les cubre los brazos, pero las venas del cuello se les hinchan a causa del peso. Mustang los guía sin dejar de mirar su terminal de datos.

—Aquí —dice.

Los hombres lo sueltan donde ella les indica. Después llegan los grises, cargados con una enorme batería que depositan encima de una mesa cercana.

—Aulladores, haced un poco de ruido —digo por el intercomunicador.

—Perdón. Disculpa. Lo siento —dice Guijarro mientras agita las manitas regordetas.

Coge un cable de la batería y lo conecta al disco.

Se oye un crujido cuando se activan los altavoces del barco.

—Plinio —dice una voz melosa.

Echo un vistazo a mi alrededor buscando a Sevro y lo veo en un terminal con dos verdes.

—¡Sevro! —lo reprendemos Mustang y yo.

Él levanta un dedo para pedirnos que esperemos.

—Está al intercomunicador —farfulla uno de los verdes—. Un segundo.

—Querido Plinio —canta Sevro por el intercomunicador.

*Si como un tambor son tus latidos
y en los pantalones te meas,
es porque el Segador ha venido
a que saldes tus deudas.*

Lo canta tres veces, hasta que Ragnar lanza una mesa contra la consola. Saltan miles de chispas. Sevro levanta la mirada despacio hacia la mesa que cuelga por encima de su cabeza. Ha fallado por apenas unos centímetros. Se da la vuelta con rapidez.

—¿Qué condenado problema de los demonios tienes, trol de las montañas hipersensible?

—**Las rimas... argnj.**

Ragnar emite un incómodo sonido de queja.

—Lo has encontrado —murmura Mustang cuando intercambiamos una mirada.

—¿El qué? —pregunto mientras Sevro insulta al Sucio con todas las palabras compuestas que conoce. Y le hace la cruz por si no era suficiente.

—**Cacareas como... como una gallina** —le contesta Ragnar.

—¡No puede insultarme! —exclama Sevro horrorizado. Me mira—. Contrólalo. Yo me lavo las manos.

—Si se me permite, sugeriría que continuáramos —dice Lorn.

—De acuerdo. Todo el mundo con cara seria. —Los yelmos surgen de las

armaduras para cubrirnos las cabezas. Veo las lecturas termales y los niveles de energía en la pantalla digital—. Prepáralo —le digo a Mustang.

Pone en marcha el taladro termal de la nave sanguijuela. Está diseñado para agujerear el casco exterior de una nave y crear una grieta lo bastante grande para que una partida de abordaje pueda colarse a través de ella. Así que taladrar el suelo de un barco no es nada. Y solo estamos una cubierta por encima de las habitaciones de mando. Me encaramo de un salto a la parte superior del taladro.

El empuje lo es todo para un sondeainfiernos, para los esfuerzos militares, para la vida. No dejes de moverte ni que alguien se atreva a interponerse en tu camino.

—¿Recuerdas lo que te dije antes? —me pregunta Lorn.

—¿Acerca del tacto? —pregunto yo también.

Una sonrisa maliciosa se oculta detrás de su barba.

—Al cuerno con el tacto. Aterrorízalos.

Miro a Mustang.

—Fuego.

Presiona un botón. El taladro se vuelve rojo incandescente. El calor asciende y se cuela en mi interior. Se extiende por el suelo. Los colores inferiores se alejan a toda prisa, abandonan su comida, huyen de la sala cuando ven que el suelo se comba y se derrite como los granos que fluyen por el cuello de un reloj de arena. El taladro cae a través de la cubierta chorreante hasta la sala de mando que hay debajo conmigo montado a su lomo. Sondeainfiernos de nuevo, aunque solo sea por un segundo.

Impacta contra el centro de la enorme mesa de madera de Augusto, la atraviesa e impacta como un meteorito contra el suelo de mármol, aún hirviendo. Corto el cable que lo alimenta con el filo y me pongo en pie en medio del humo, el vapor y las llamas saltarinas cuando la mesa se incendia.

Un centenar de dorados de la Sociedad levantan la vista hacia mí. Pretores, legados, corregidores y caballeros de casas poderosas se levantan empuñando los filos. Todos leales a Augusto en el pasado. Todos bajo el control de Plinio ahora. Hacia donde sopla el viento, como suele decirse.

Y allí está, a la cabecera de la larga mesa, empalideciendo por segundos. El hermoso y astuto Plinio. Solo le queda un ojo, en el otro luce un recambio biónico temporal. A su derecha se sienta una de las Furias de la soberana, la política, Moira. Comparada con Aja, es una mujer blanda e hinchada. Pero su dulce sonrisa es el doble de siniestra que el filo de su hermana. A su lado se encuentra un Caballero Olímpico, el Caballero de la Tormenta, de las Islas Japonesas de la Tierra.

—¡Buenos hombres! —vocifero a través el amplificador de voz de mi yelmo—. He venido por Plinio.

Me bajo del taladro de un salto y hago que mi armadura absorba el yelmo para que me vean la cara. Me encamino hacia él. Mis amigos me siguen a través del agujero. Primero Arcos. Luego Mustang y Sevro.

—¡Dijiste que estaba muerto! —ruge alguien a mi izquierda, con el filo a medio

desenvainar.

—¿Lorn au Arcos? —murmura otro.

Su nombre recorre la sala a toda prisa mientras Sevro y Roque aseguran las puertas que dan acceso a ella.

—¡Y KAVAX AU TELEMANUS! —grita salvajemente Kavax cuando aterriza. Supongo que Pax tuvo que sacarlo de algún sitio.

—El Segador no está muerto —anuncia Mustang, que baja del taladro de un salto—. Ni yo tampoco. Ni mi hermano. Y hemos venido a reclamar lo que pertenece a nuestro padre.

Estos Únicos no saben ni qué hacer.

—¡Mentirosos! —chilla Plinio—. Habéis traicionado al archigobernador. ¡A los traidores!

Lorn hace una sencilla proclamación.

—Si alguien se acerca a menos de dos metros de Darrow, mato a todos los presentes en esta sala.

No parecen ansiosos por destapar su farol. Los hombres entre los que camino se apartan de mí. La reputación de Lorn me despeja un camino que desemboca directamente en Plinio. No acelero el paso.

—Plinio —digo—, tenemos que hablar.

—¡Matadlo! —grita él—. ¡Matad al Segador!

Un hombre joven se precipita hacia mí y muere cuando su vecino lo apuñala por la espalda. El vecino mira a Lorn aterrorizado.

—Dos metros treinta centímetros —dice Arcos—. Casi.

—¡Matadlo! —repite Plinio inútilmente—. No es más que un crío.

Hablo en voz baja, pero todo el mundo puede oírme.

—Plinio au Velocitor, has traicionado al archigobernador Nerón au Augusto. Has conspirado para destruir su casa, para casarte con su hija a la fuerza, para asesinar a su hijo y para entregarlo a la soberana, que se ha puesto en su contra. Tu señor te levantó y tú intentaste derribarlo. Has traicionado su confianza para tu beneficio personal. Y lo peor de todo es que has fracasado.

—¡Detenedlo! —berrea ahora Plinio gesticulando como un loco en mi dirección—. ¡Moira!

Moira le susurra algo al Caballero de la Tormenta y ambos se hacen a un lado.

—Se supone que deberías estar muerto —masculla Plinio—. Aja dijo que te mataría en Europa.

—Y ¿a quién conoces tú que pueda matarme? —le espeto con la voz cargada de esa ridícula furia dorada para que pueda impresionar a todas estas almas hambrientas—. El Chacal fracasó. Antonia au Severo Julii fracasó. Los próctores Apolo y Júpiter fracasaron. Casio au Belona fracasó. Karnus fracasó. Cagney fracasó. Aja au Grimmus y sus pretorianos fracasaron. —El verdugo fracasó. Las minas y las víboras fracasaron—. Y ahora fracasas tú.

Es entonces cuando me lanzo hacia él, más rápido que el ataque de una víbora, y le doy un bofetón en la cara. Se cae por un lado de la silla como una hoja sacudida por el viento y choca contra una dorada que la flanqueaba. La mujer le escupe y da un paso hacia mí.

—Eres un gusano que se creyó una serpiente por el mero hecho de que reptaba. Pero tu poder no era real, Plinio. Todo era un sueño. Ya es hora de despertar.

Plinio se pone en pie con dificultad y se aleja de mí cuanto puede. Su cabello cuidadosamente peinado está hecho un desastre y su mejilla derecha está hinchada y roja. Le doy una vuelta y lo abofeteo de nuevo, con más fuerza. Está sorprendido. No sabe qué hacer. A él no lo sacaron de la cama el primer día de Instituto para que recibiera una paliza de los obsidianos. Él no cabalgó por las riberas cubiertas de nieve al frente de una columna armada. Él no pasó hambre. Así que lo único que puede hacer ahora es gatear y llorar.

Lo agarro con ambas manos y lo elevo en el aire. Pero no le hago más daño. No rebajaré el momento con crueldad como harían Karnus o Tito. Mi condescendencia es mi arma. Vuelvo a poner a Plinio en la silla del archigobernador. Le saco brillo a su broche de la libélula. Le adecento el pelo como una madre cariñosa. Le doy unas palmaditas en la mejilla cubierta de lágrimas y le tiendo la mano, que luce mi anillo de la Casa de Marte.

Lo besa sin que se lo pida.

—Adiós, Plinio. Te dejo con tus amigos.

Me doy la vuelta y echo a andar con las miradas de todos esos Únicos siguiéndome mientras abandono a Plinio. Oigo una especie de ruido líquido y no me doy la vuelta, porque ya conozco el sonido de los filos cuando matan. Ni siquiera esperan. Plinio está olvidado.

A mi paso, los Únicos se dan un golpe en el pecho a modo de saludo. Qué monstruos. Van en la dirección que sopla el viento, persiguiendo el poder. Pero no se dan cuenta de que el poder no cambia. El poder es firme. Es la montaña, no el viento. Cambiar con tanta facilidad es perder la confianza. Y la confianza es lo que me ha mantenido con vida. La confianza en mis amigos y su confianza en mí.

La soberana lo sabe. Por ese motivo mantiene a sus Furias cerca. Ellas morirían por ella de la misma manera que mis amigos darían la vida por mí. Porque, al fin y al cabo, ¿qué importa todo el poder de todos los mundos si tus amigos más íntimos pueden traicionarte? El padre de la soberana aprendió esa lección cuando su hija le cortó la cabeza. Plinio la aprendió a cambio de su vida. Yo la olvidé, me distancié de mis amigos y estuve a punto de perderlo todo a causa de ello cuando Tacto se sintió tan empequeñecido y apartado por mí como por sus hermanos. Por eso empecé de cero con Victra, por eso le conté a Ragnar la verdad, por eso debo arreglar las cosas con Lorn y Roque.

Gracias a la confianza, los rojos tendrán una oportunidad. Somos un pueblo unido por las canciones, el baile, las familias y la amistad. Estas personas están aliadas solo

porque creen que deben estarlo.

Los miro ahora y sé que son tan severos y tan rígidos que se romperán y saltarán en mil pedazos los unos contra los otros, y no por mi causa, sino por lo que son.

Vuelo con mis gravibotas y me detengo para decir:

—Decidle a todo el que quiera oírlo que el Segador se dirige a Marte. Y que solicita una Lluvia de Hierro.

SEÑOR DE LA GUERRA

—El poder es la corona que se come la cabeza —me dijo el Chacal mientras planeábamos la invasión.

Se refería a Octavia, pero la verdad llega más allá. Estos dorados han tenido el poder durante demasiado tiempo. Mira cómo actúan. Mira lo que quieren. Saltan ante la oportunidad de una guerra. Vienen de cerca, de lejos, las naves compiten por unirse a mi armada cuando descubren que he convocado una Lluvia de Hierro, la primera desde hace veinte años. Utilicé al Chacal para difundir la noticia, junto con la grabación de la caída de Plinio. Muchos de ellos son segundos hijos e hijas que no heredarán las haciendas de sus padres. Los belicistas, los duelistas, los hambrientos de gloria. Y cada uno de ellos trae a sus asistentes grises y obsidianos. Los mundos de la Sociedad esperan con el aliento contenido a ver qué pasa hoy. Si perdemos, el gobierno de la soberana continúa. Si ganamos..., la guerra civil total. Ningún mundo puede mantenerse al margen.

Dentro de mi barco se reúnen legiones mientras mi ejército se congrega en torno a la luna muelle de Fobos. Llevo mi filo curvado como un falce; retorcido y cruel, es mi cetro. Mi anillo de hierro de la Casa de Marte se tensa cuando doblo la mano y miro por los ventanales. El pegaso rebota contra mi pecho.

No veo a mis enemigos —los Belona y gran parte de las flotas locales de la soberana—, pero se interponen entre mi planeta y yo. El viejo Señor de la Ceniza de la soberana acude a toda prisa desde el Núcleo para ayudar con su Armada del Cetro, pero aún está a una semana de distancia. No puede ayudar a los Belona hoy.

Mis azules me observan, al igual que mis generales de la flota personal de Victra au Julii, que abandonó las fuerzas de su madre, de la Casa de Arcos, de la Casa de Telemachus y los portaestandartes de Augusto.

Marte es verde y azul y está salpicado de ciudades blindadas. Unos casquetes blancos marcan sus polos. Los océanos azules se extienden a lo largo de su ecuador. Los campos de hierba y los bosques espesos cubren su superficie. Y hay cañones. Grandes estaciones en los desiertos, en torno a las ciudades, donde los cañones de raíl antibuques apuntan hacia el cielo.

Mis pensamientos se hunden bajo la superficie del planeta. Me pregunto qué estará haciendo mi madre en este momento. ¿Está preparando el desayuno? ¿Saben lo que se acerca? ¿Lo sentirán siquiera?

No me tiemblan los dedos ni siquiera en el umbral de la batalla. Mi respiración es constante. Nací en una familia de sondeainfiernos. Nací en una estirpe de polvo y trabajo extenuante, nací para servir a los dorados. Nací para esta velocidad.

Y sin embargo estoy aterrorizado. Mickey me talló para que fuera un dios de la guerra. Entonces ¿por qué me siento como un crío vestido con una armadura estúpida? ¿Por qué quiero volver a los cinco años de edad, antes de que muriera mi padre, cuando compartía la cama con Kieran y lo escuchaba hablar en sueños?

Me vuelvo hacia el mar de caras doradas.

Esta raza... es un monstruo hermosísimo. Son portadores de todas las fortalezas de la humanidad excepto una. La empatía. Pueden cambiar. Estoy seguro de ello. Tal vez no ahora, quizá no a lo largo de las cuatro próximas generaciones. Pero el final de su Edad de Oro comienza hoy. Destrozar a los Belona, debilitar a los dorados. Llevar la guerra civil hasta la misma Luna y destruir a la soberana. Entonces Ares se alzaré.

No quiero estar aquí. Quiero estar en casa, con ella, con mi hijo que nunca fue.

Pero no puede ser. Siento que la marea de mi interior se desborda y destapa viejas heridas. «Esto es por ti —le digo a Eo—. Por el mundo en el que deberías haber vivido».

Así que regreso a mi papel y alimento a estos lobos.

—Durante los últimos días del otoño —digo con voz alta y osada—, los rojos que trabajan en las minas del lecho de roca de Marte se ponen máscaras de demonios felices para celebrar a los muertos que se ha llevado la tierra roja, para honrar su recuerdo y someter a sus espíritus. Nosotros, los áureos, cogimos esas máscaras y las hicimos nuestras. Les pusimos los rostros de la leyenda y el mito para recordarnos a nosotros mismos que no existen ni el bien ni el mal. Ni los dioses. Ni los demonios. Tan solo el hombre existe. Únicamente este mundo existe. La muerte nos llega a todos. Pero ¿cómo gritaremos al viento? ¿Cómo se nos recordará? —Me quito un guante y me hago un corte superficial en la palma de la mano. Aprieto el puño hasta que la sangre me cubre la piel y me llevo la mano a la cara—. Haced que vuestra sangre se sienta orgullosa aun mucho después de que la muerte os reclame.

Se oye un estruendoso golpe de pies contra el suelo. Una sola vez.

—La Luna es la nueva Tierra. Nos gobierna y no hace humillar la cabeza y las rodillas. Nuestro sacrificio es su beneficio. Una vez más, los débiles refrenan a los fuertes. Después de hoy, cuando tomemos las Mil Ciudades de Marte, nuestras filas aumentarán. Los señores galileos nos jurarán lealtad. Los gobernadores de Saturno se inclinarán ante nosotros. Neptuno vendrá con sus barcos y arrancaremos a la sanguijuela de Octavia au Lune.

Y estableceremos a un rey tirano. Todo esto tiene sentido para ellos. No entiendo cómo. Un tirano a cambio de una tirana. ¿Cómo pueden inspirarse a partir de algo así? Los hombres siempre lo han conseguido.

Otro pisotón.

—Todos y cada uno de los momentos del día de hoy serán capturados por las holocámaras que os hemos dado. —Al igual que en el Instituto y cuando tomé el Pax. Idea del Chacal—. Cada momento será recordado. Si obtenéis la gloria, se difundirá por las HP de todos los mundos. Si os avergonzáis a vosotros mismos o a vuestra

familia, ese hecho no se desvanecerá con vuestra muerte. —Miro a Ragnar como si él fuera mi verdugo. Lorn pone los ojos en blanco ante el detalle dramático—. Lo recordaremos.

Pisotón.

—Las ciudades deben conquistarse. Los dorados que no se humillen, asesinados. Los colores inferiores, protegidos. No derrumbaremos las minas. No violaremos las ciudades ni despojaremos los pastos verdes. Queremos hacernos con el botín de Marte, no con su cadáver. Para muchos de vosotros, este planeta es vuestro hogar, así que dañad solo la plaga que lo destruye desde dentro. Y cuando la gloria del día llegue a su fin, cuando limpiéis la sangre de vuestra espada y le entreguéis el paño a vuestros hijos e hijas para que recuerden que formasteis parte de una de las más grandiosas batallas desde la Caída de la Tierra, recordad que habréis forjado vuestro propio destino. No os lo concedió la soberana. No os lo concedió un gobernador. Lo conquistasteis vosotros mismos al igual que nuestros ancestros conquistaron los mundos. Somos los Segundos Conquistadores.

Ahora llega el rugido. Odio cómo se estremece mi cuerpo ante la posibilidad de la gloria. Hay algo en lo más profundo del hombre que la ansía. Pero yo considero una debilidad, no una fortaleza, abandonar la decencia a favor de ese espíritu extraño y más oscuro.

Miro al Chacal, que está al lado del puente. Él no tiene mucha importancia en este día. Ha hecho su trabajo trayendo aquí a todos estos hombres y mujeres. Ha embrollado las comunicaciones y propagado información falsa, lo cual ha hecho que gran parte de la ayuda de la soberana a los Belona esté diseminada persiguiendo los falsos rumores acerca de que parte de mi flota se ha escabullido con la intención de atacar la Luna. No es más que un ardid. Todas mis fuerzas están aquí.

—Eres un gran titiritero —me susurra el Chacal mientras esperamos a que los blancos entren en el puente detrás de los dorados que esperan.

Sevro se acerca a mí como para recordarle al Chacal cuál es su sitio.

—Tú has creado la mayor parte de los hilos. Y nunca te he dado las gracias —le digo en voz baja.

Su rostro inexpresivo se frunce con disgusto.

—¿Tenemos que ponernos sentimentales?

—Ayudaste a Mustang a escapar. Por eso te atrapó Plinio. —Nunca lo ha mencionado, jamás ha presumido de ello ni lo ha utilizado como palanca. Fue una simple acción de un hermano que ayuda a una hermana. Me encojo de hombros—. E hiciste todo lo que estaba en tus condenadas manos para salvar a Quinn. Tal vez seas mejor hombre de lo que crees.

Suelta una de esas carcajadas suyas que parecen ladridos.

—Lo dudo. Pero mañana un traidor será rey y una emperatriz será una traidora, así que tal vez los hombres malvados puedan ser virtuosos.

Miro por el ventanal.

—¿Están preparados tus satélites?

—¿Para el virus? —Asiente—. Mis verdes cortarán todas las comunicaciones en cuanto des la orden. Durante quince minutos, no habrá más que silencio sepulcral para todo el mundo. Sus unidades defensivas globales y regionales no dispondrán de vigilancia ni sensores. Tiempo suficiente para destruir la mayor parte de las posiciones estáticas. —Se mira los pies, como si de pronto sintiera vergüenza—. Salva a mi padre si puedes.

Sevro no para de moverse, molesto por nuestra conversación susurrada.

—Lo haré.

Preferiría que Augusto se pudriera para siempre en un agujero cavado en el suelo. Pero lo necesito una vez que hayamos tomado Marte. A pesar de lo que soy capaz de hacer, no soy gobernador ni rey. Necesito su legitimidad, tal como me recordó Teodora ayer por la noche. Sin ella, no soy más que un brazo con un filo.

—¿Estás seguro de lo de Agea? —pregunta—. ¿De lo del premio? Si no, es una insensatez.

—Al cien por cien —contesto.

—Bien. Bien. Buena suerte, entonces, Segador.

Se aleja.

—¿Ya me estás sustituyendo? —gruñe Sevro mientras lo ve alejarse.

—Él solo tiene una mano. Tú solo tienes un ojo. Sois mi tipo.

Las ceremonias prosiguen. Doscientos dorados se arrodillan a medida que los blancos van pasando ante ellos. Intento considerarlo algo estúpido y solemne, todos esos hombres y mujeres con su silencio pomposo y su atención a la tradición. Pero estamos escribiendo la historia de la humanidad. Y hay cierta nobleza en el momento.

Mi armadura destella bajo la luz artificial. Blancas etéreas merodean entre las filas de dorados, doncellas vírgenes descalzas y con capas blancas como la nieve, con dagas de hierro y laureles de oro. Niños blancos llevan los estandartes dorados triangulares: un cetro, una espada y un pergamino coronado con un laurel. Siento unas manos sobre los hombros.

Siento su peso.

Dicen que así iban los antiguos conquistadores a la batalla, con vírgenes de blanco hiriéndolos con hierro. Nos tocan las frentes con el laurel y nos cortan las palmas de las manos izquierdas con el hierro al tiempo que nos susurran suavemente: «Hijo mío, hija mía, ahora que sangras, no conocerás el miedo, ni la derrota, solo la victoria. Tu cobardía se evapora. Tu rabia brilla con fuerza. Álzate, guerrero de oro, y llévate contigo el poderío de tu color».

Entonces cada guerrero se pasa la mano ensangrentada por la cara y por la parte superior del yelmo con cara de demonio. Uno por uno, nos ponemos en pie en silencio. Cada dorado representa a diez legiones. Esta es la tormenta que caerá sobre Marte en un torrente de metal. Millones de dorados, grises y obsidianos.

—No luchamos contra un planeta. Luchamos contra hombres y mujeres.

Cortadles las cabezas y ved cómo se desmoronan sus ejércitos —nos recuerda Lorn a todos.

La asamblea de guerreros permanece inmóvil, con las caras ahora manchadas de sangre, y juntos recitamos los nombres de nuestros principales enemigos:

—Karnus au Belona, Aja au Grimmus, emperador Tiberio au Belona, Escipia au Falce, Octavia au Lune, Agripina au Julii y Casio de Belona. Se buscan estas vidas.

En los salones de mi enemigo, ellos recitarán mi nombre y los nombres de mis amigos. El que mate al Segador obtendrá una recompensa y renombre. Los cazadores individuales y los escuadrones asesinos escanearán nuestras señales de comunicación para buscarme. Y descenderán en manadas, algunos para participar en una batalla individual. Otros para tomar parte en el taimado asesinato de la bala de un francotirador. Algunos ni siquiera participarán en la batalla por Marte. Son mercenarios grises. Obsidianos liberados cazadores de recompensas. Caballeros de Venus y Mercurio que han venido solo a por mi cabeza utilizando los recursos de su familia, los soldados de su familia, para ayudarlos a acecharme y lograr su propia gloria. El Chacal interceptó un comunicado que asegura que tres Caballeros Olímpicos están aquí. Todos me habrán observado, analizado mis grabaciones, mis victorias, mis derrotas. Y conocerán mi naturaleza, la naturaleza de mis Aulladores. Pero yo no los conoceré a ellos.

Que vengan a presentarse.

Estoy más interesado en encontrarme con Casio. Al menos eso es lo que le he dicho a Lorn. Pero él sabe que no es verdad. En mi interior arde una profunda vergüenza por cómo le grité a su familia como un monstruo. Lo vencí justamente, pero no tendría que haberme gustado tanto como me gustó. A veces me pregunto si Casio no habría terminado siendo mejor hombre de lo que yo lo soy ahora y yo peor hombre de lo que él podría serlo jamás en el caso de que él hubiera nacido rojo y yo dorado.

Por alguna razón creo que yo podría haber sido capaz de grandes maldades. Puede que sea la culpa. Tal vez sea el miedo a una vida en la que nunca habría conocido a Eo. No lo sé. O quizá sea el miedo a saber lo fácilmente que me puede el orgullo.

Mis guerreros se dispersan para volver a los navíos de sus propias familias. Miro por el ventanal mientras medio centenar de lanzaderas se alejan a toda velocidad hacia la gran armada que hemos reunido. Aunque ahora ya saben que estamos aquí, nuestros enemigos no esperaban que llegáramos a Marte tan deprisa.

Vuelvo a centrar mi atención en los comandantes que siguen aquí. Orión guiará el Pax y Roque liderará la flota en colaboración con Victra. Apruebo su plan. El resto de mi círculo más cercano se queda por el puente, excepto Mustang, que se dirige a los hangares.

Estiro un poco las manos para darles una palmada en los hombros a los dos Telemanus.

—Pax habría brillado en un día como hoy.

Sófocles se enreda en torno a los tobillos de Kavax.

—Mi hermano siempre brillaba —dice Daxo con cariño—. Tonto, gritón, intentando ser como mi padre. Pero no por ello menos brillante. Mataremos a Tiberio au Belona, no te preocupes.

—¿Parezco preocupado?

Ambos Titanes asienten con sus cabezas gigantes. Kavax se ha sumido en su silencio de batalla. No habla sino farfulla, así que Daxo continúa hablando por él.

—Cuídate mucho, Segador. —Vuelve la cabeza brevemente para lanzarle una mirada al Chacal—. Sabemos que es un matrimonio de conveniencia, pero no confíes en él.

—Sabéis que no lo hago.

—No confíes en él —repite Daxo.

—Solo confío en los amigos.

Nos despedimos.

Orión tiene la frente fruncida, está concentrada. Le pregunto si ocurre algo cuando se inclina sobre la pantalla del escáner. Está evaluando la posición del enemigo en su sincronización.

—Hace una hora que se percataron de nuestra llegada a la órbita. Al filtrarnos en ella, éramos vulnerables, pero ellos permanecieron en formación defensiva sobre Agea.

—Es extraño —concede Roque—. Ceden gran parte del planeta sin presentar batalla. Tal vez sería mejor orientar tu descenso hacia el su...

—Quiero Agea —lo interrumpo con frialdad.

—Hermano, vamos a lanzarte a la espesura. La capital puede esperar. Apodérate de las otras ciudades y nosotros la tomaremos sin asalto. ¿Por qué tanta precipitación?

—Si tomamos la capital, las otras ciudades caen.

—Y mueren muchos hombres.

—Es la guerra, Roque. Confía en mí en este caso.

—Es tu guerra. —Roque me saluda a lo militar. Después de recibir una mirada asesina de Victra, me acerca a él—. Adiós, primus.

Me sorprende besándome en las dos mejillas.

—Ha sido un largo camino —digo con cautela.

—Y quedan muchos kilómetros por delante antes de que durmamos.

—Hermano mío. —Le agarro la nuca y apoyo su frente contra la mía—. Lo siento. Lo siento mucho. —Niego con la cabeza—. Por Quinn. Por Lea. Por la gala. Por el millar de desprecios que te he hecho. Has sido mi amigo más querido. —Me aparto y evito su mirada—. Debería habértelo dicho antes. Pero tenía miedo.

—¿En qué mundo deberías tener miedo de mí? —pregunta.

Vuelvo a hacer un gesto de negación con la cabeza.

—Perdóname, por todo.

—Haremos las paces más tarde. —Me da una palmada en el hombro—. Buena suerte.

Me alejo de él. Lorn y yo nos detenemos justo a la salida del puente, donde nuestros caminos se separan en dirección a distintas salas. Se ha afeitado para la guerra, y luce su vieja armadura de Caballero de la Furia. Tiene un aspecto formidable pero huele fatal. Estos viejos caballeros son como los Aulladores. Supersticiosos y reticentes a lavar su equipamiento por miedo a eliminar cualquier resquicio de la suerte que los ha mantenido con vida hasta ahora.

—He recibido comunicados de muchos viejos amigos —me dice—. Están en el bando de los Belona.

—¿Todos hombres y mujeres ancianos?

—Los viejos han capeado muchas estaciones de los jóvenes. —Tiene un tic en el ojo—. Pero me preguntan por ti. Me preguntan si el joven señor de la guerra mide en realidad cuatro metros. ¿De verdad lo sigue una manada de lobos? ¿Es un destructor de mundos?

—¿Qué les respondiste tú?

—Les contesté que mides cinco metros, que te siguen un enano y un gigante y que comes cristal para acompañar los huevos. —Compartimos una carcajada—. No me gusta que me hayas traído aquí. No creo que estés siendo el hombre que quieres ser. Si sobrevives a esto y yo no, sé mejor que el hombre que engañó a su amigo.

Se me forma un dolor sordo detrás de los ojos. Lorn me lo está suplicando. No para que me sienta culpable, sino porque le importa de verdad. Debería ser mejor persona. Quiero serlo. Estoy siendo mejor en el fin. Pero en los medios para conseguirlo... ¿Soy igual que todas las demás almas perdidas? ¿Soy simplemente otra Harmony? ¿Otro Tito?

—Lo prometo —digo con sinceridad a pesar de que pretendo herirlo una y otra vez.

—Bien. Bien. —Se estira el cuello curtido—. Entonces, después de Agea, tú tomas el hemisferio norte. Yo tomo el sur. Y volvemos a encontrarnos aquí para tomarnos un whisky. ¿Trato hecho, buen hombre?

Asiento, pero aun así Lorn no se marcha.

Me observa durante un instante y después baja la mirada, incapaz de sostener la mía. La emoción le espesa la voz.

—Cada vez que volvía a mi esposa, le decía que sus hijos morían bien. —Juguetea con su anillo—. Eso no es posible.

—Aquiles murió bien.

—No. Aquiles dejó que su orgullo y su ira lo consumieran y, al final, una flecha disparada por un florecilla le alcanzó en el pie. Hay mucho por lo que vivir aparte de esto. Con suerte, llegarás a ser lo bastante viejo para darte cuenta de que Aquiles era un condenado estúpido. Y de que nosotros somos aún más idiotas por no darnos

cuenta de que él no era el héroe de Homero. Era una advertencia. Tengo la sensación de que los hombres fueron conscientes de ello una vez. —Le da unos golpecitos a su filo con los dedos—. Es un ciclo. La muerte engendra muerte que engendra muerte. Esa ha sido mi vida. No... no creo que debiera haber matado al chico. A tu amigo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque veo cómo te mira el resto de esos chicos. Creo que harían cualquier cosa por ti porque tú crees en ellos.

Me muevo repentinamente, agachándome para besarlo en la mejilla agostada tal como los rojos besan a sus padres y tíos.

—Tacto no te habría culpado. Y yo tampoco lo hago. Tienes otro nieto que criar. Tal vez puedas enseñarle la paz que no pudiste enseñarme a mí. Así que haznos un favor, no te mueras, viejo.

—¡Ja! —ríe el hombre canoso, falsamente al principio y después con más énfasis cuando se da la vuelta—. ¡Ja! Todavía está por nacer el hombre que pueda matar al viejo Perfil Pétreo.

Sus ancianos caballeros, hombres y mujeres arrugados, lo flanquean. Ninguno de ellos tiene menos de setenta, pero reconozco todos sus rostros por las historias de la Rebelión de la Luna y otras grandes guerras. Sus amigos y antiguos camaradas nos esperan en Marte.

Me marcho hacia los hangares tras despedirme brevemente de Victra. Pero ella vuelve a llamarme. Me doy cuenta de que Roque nos está mirando. Victra parece estar a punto de decirme algo. El sol rojo de su armadura negra llora sangre. Sobre el rostro, se ha trazado líneas diagonales con pintura de guerra negra. De él sobresalen unos ojos ardientes pero aun así vulnerables, delicados, mientras estudian los míos en busca de un reflejo de lo que ella siente.

—Después de hoy, el apellido Julii significará algo más que dinero —aseguro.

Su plan cambiará el rumbo de la batalla espacial.

—Eso me da igual. —Me acaricia el peto de la armadura con los dedos y veo que sus labios se curvan bruscamente en una de esas maliciosas sonrisas tan propias de ella—. Si mueres, quiero que tu último pensamiento sea el gran error que cometiste al pasar todas aquellas noches solo en tu camarote durante tu estancia en la Academia. —Le da una palmada a mi armadura, que emite un sonido metálico—. En qué hermoso desastre podríamos habernos convertido el uno al otro.

Teodora me espera en el pasillo y me lanza una mirada significativa.

—Cállate.

—Esa mujer te habría devorado y escupido, *dominus*.

—¿Por qué no estás en los camarotes, donde estarías a salvo?

—No se está a salvo en ningún sitio. —Teodora me hace un gesto para que agache la cabeza. Me pone una horquilla con una florecita roja en el pelo, como la que llevaría una niña—. Todos los caballeros necesitan sus amuletos —dice con los ojos llenos de lágrimas—. No te hagas mucho el héroe. Eres demasiado inteligente

para morir en una estúpida batalla.

Se marcha y, al pasar ante Ragnar, le da un ligero apretón en el antebrazo. No sabía que tuvieran tanta confianza. El Sucio nos sigue, quedándose rezagado como una sombra titubeante, mientras Sevro y yo charlamos de camino a los hangares.

—Entonces ¿está hecho? —le pregunto a Sevro.

Se encoge de hombros.

—Lo envié.

—¿Hablaste con él?

—Es una holonet de caché baja —contesta—. Yo envié un mensaje. Ellos lo reciben. Con suerte.

—¿Quieres decir que no sabes si lo recibieron?

—¿Cómo iba a saberlo? Ya te he dicho que lo mandé. Seguí el protocolo.

Maldigo entre dientes. Sevro silba la maldita melodía que le cantó a Plinio. Le doy un puñetazo. Doblamos una esquina y pasamos ante seis docenas de soldados grises de operaciones especiales que se dirigen al trote hacia los tubos. Los siguen seis obsidianos que extienden las palmas de las manos ante Ragnar y ante mí como señal de respeto.

—¿Te has fijado en lo que llevan? Falces en la armadura. —Sevro me sonrío burlonamente—. Se está extendiendo.

—¿Has pensado qué pasará si tu padre está ahí abajo? —le pregunto.

—No —dice perdiendo la sonrisa—. No lo he pensado.

GUERRA

El hangar delantero es inmenso. Una cueva gigante en el vientre de mi barco, hormigueante de hombres y mujeres de todos los colores. Seiscientos metros de longitud. A lo largo de su costado izquierdo hay cientos de tubos escupidores. A cada una de esas filas se accede por medio de una red de caminos elevados gigantes por los que pueden caminar hombres ataviados con caparazones estelares. Hay miles de ellos, preparados para lanzarse, agrupados por legiones.

La alarma para tomar posiciones de combate ulula por todo el barco. La voz de Orión suena áspera a través del intercomunicador. Al otro lado del casco, Roque, ahora convertido en el emperador más joven de los últimos cien años, dividirá nuestra armada en distintas flotas para enfrentarse a los Belona por Marte. Los escuadrones de alas ligeras y naves avispa salen a raudales del Pax. Azules que vuelan al encuentro de su muerte. Capitanes de escuadrón dorados entre ellos. Todos con la misión de abrir un agujero lo bastante grande en los cascos enemigos para que las naves sanguijuela se infiltren. Algunos pretores abastecen a sus soldados para que combatan las hordas enemigas que consigan abordar sus barcos. Otros lanzan ataques frontales. Cualquiera de las dos opciones supone un riesgo. No puedo pensar en ello. Victra, Roque y Orión cargan con esa responsabilidad. Yo tengo la mía.

Me detengo y paseo la mirada por el hangar.

—¿Y si Ares no es real? —le pregunto a Sevro en un susurro.

—¿De qué demonios hablas? —pregunta él a su vez.

—¿Y si no es más que un truco de los dorados? Alguien que mueve los hilos para que la Sociedad vaya por el camino que más le beneficia. ¿Y si es todo una mentira?

Sevro me mira durante un largo instante, después se sube de un salto a una barandilla y aúlla con todas sus fuerzas en dirección al hangar.

Todo el hangar le devuelve el aullido.

Procede de los grises. Procede de los obsidianos, de los naranjas. Surge de los rojos que trabajan en los tubos. Y viene de los dorados que solicitaron el traslado a mi barco.

—Eso no es una mentira.

Y es entonces cuando veo caer los estandartes de las legiones, reemplazados por algo nuevo. Han desaparecido las pirámides de la Sociedad. Han desaparecido el laurel y el cetro, la espada y el pergamino. Ha desaparecido el león de Augusto. En vez de eso, los altos estandartes dorados que portan las legiones a la batalla están coronados por lobos y falces.

Estas legiones son mías.

Percibo algo similar a un zumbido en los que me rodean. Una especie de fanatismo físico. En los dorados no zumbaba de esta misma forma exactamente. Los dorados me quieren por la victoria y la gloria que traigo. Estos otros colores me quieren por algo muy diferente, algo mucho más poderoso. Cualquier otro dorado conquistador habría purgado el barco, pero yo no lo hice porque ellos me eligieron por encima de los dorados que una vez fueron sus señores. Les ofrecí esa opción.

Sevro me agarra el brazo.

—¿Comprendes por qué hoy debes luchar de manera distinta?

—Lo entiendo, Sevro.

Intento librarme de su mano.

—No, no lo entiendes. —Me obliga a mirarlo y hace retroceder a Ragnar—. Todos y cada uno de los movimientos que hagas hoy serán grabados y emitidos en todos los rincones del Sistema Solar. Esta batalla es para hacer tuya la flota. —Baja la voz hasta convertirla en un susurro bronco—. Los Hijos lo difundirán. El Chacal lo difundirá. La Casa de Augusto lo difundirá. Actúa como un dios, haz que te nombren como a un dios. ¿Te enteras?

—Gane o pierda, esta flota sigue siendo de Augusto —digo.

—No si él está muerto.

Le asigné a Sevro la tarea de infiltrarse en la Ciudadela de Agea, donde mantienen prisionero al archigobernador. Pero no le dije que matara a Augusto.

—No vas a matarlo —ordeno con autoridad—. Te lo prohíbo. Es...

—Necesario. No necesitas su legitimidad. ¿Aún no nos has descifrado? Aquí lo que capturas es tuyo, independientemente del derecho a ello que tengas. —Escupe en el suelo—. Tienes veinte años. Si ganas Marte, Darrow, te conviertes en un dios viviente. Y entonces, cuando reveles lo que realmente eres... trasciendes los colores. ¿Lo he pillado?

Sevro se ha hecho más sabio desde que nos conocimos. De eso no hay duda. Pero me temo que tiene una idea demasiado elevada de mí. Apolo se creía que era un dios. Augusto cree que lo es. No es en un dios en lo que debería transformarme. Un dios es algo a lo que servir, a lo que venerar. Yo nunca he querido eso. Eo nunca quiso eso. Sevro tendrá que aprender. Esto es por la libertad. Sin embargo, parece que lo único que todo el mundo quiere es seguir.

Mustang supervisa hoy las operaciones de la tropa. Flota por el aire con Milia, la dorada con cara de caballo que adoptamos en el Instituto. Cerca de mí pasea un dorado tranquilo, despiadado, con un rostro que me resulta familiar. Me echo a reír y se lo señalo a Sevro, que maldice enternecedoramente.

—¿Próctor Júpiter? —llamo al hombre—. Querido, ¿es posible que seas tú?

—¿Quién iba a ser si no, mocosito engreído? —Júpiter se planta ante mí. Es alto. De aspecto descuidado. Lleva el pelo recogido. Me saca unos quince centímetros y es una bestia de hombre, inmoral y hedonista, con una vena arrogante de un kilómetro de largo. Está claro que Ragnar y él están a dos malentendidos de abrirse en canal.

Júpiter mira el filo que llevo enrollado en el antebrazo y me fijo en que también él lleva el suyo a la última moda—. Tengo entendido que eres tú el responsable de este nuevo estilo. —Levanta el brazo—. Le doy mi aprobación. Arriesgado como una picha desnuda en un nido de hormigas.

—¿Todavía cojeas? —pregunta Sevro.

—Cállate, Trasgo —le espeta Júpiter.

—Mi querido papaíto disputó un pequeño duelo con nuestro próctor Júpiter para hacerse con el puesto de Caballero de la Furia. —Sevro sonrío—. Mi viejo lo rajó por el mismo sitio que yo. Justo en el culo.

—Ese mierda escurridizo de Fitchner es... astuto. —Júpiter asiente de mala gana—. Muy, muy astuto. He estado ayudando a la señorita —continúa el próctor tras señalar a Mustang.

—¿Cómo? —pregunto.

—La mayoría de las ciudades de Augusto están en veto comunicativo. No hay forma de sacar ni introducir una palabra. Soy el emisario para los que aún son leales. Entro a escondidas. Me escabullo a escondidas. Llevo semanas haciéndolo, y enviando noticias a cachés bajas remotas y a las otras ciudades leales. Aquí se ha desarrollado toda una guerra con sus agentes y los de su hermano mientras tú estabas por ahí tratando de aglutinar una flota. Ha sido desagradable, buen hombre.

—¿Qué puedes contarme? —pregunto.

—Bueno, Papá Belona comanda la flota de la casa contra tus amigos. Casio y Karnus están destinados a operaciones de tierra en el interior de Agea. Voy a ayudarte a encontrarlos y matarlos. —Júpiter enarca sus enormes cejas como para darnos a entender lo tediosa que le resulta la tarea—. Ese es el objetivo, matar a todos los miembros de la familia Belona para que de pronto todos sus aliados se pregunten por qué están luchando, ¿verdad? —Le guiña un ojo a Sevro—. Lo segundo mejor después de aporrearle la cabeza a esa soberana nacida de la Luna.

—¿Estás seguro de que todos los Belona están en Agea?

Júpiter asiente como si le supusiera un gran esfuerzo.

—Al menos la última vez que los vimos. Sin embargo, eso fue hace un par de días, después de que encadenaran a Augusto. —Levanta un dedo alegremente—. Y además ayer por la noche tomó tierra una peculiar serie de lanzaderas pesadas.

Hago un gesto con la mano e ignoro la mención de las lanzaderas. Júpiter me mira con los ojos entornados, pero le digo que se calle y me siga cuando me dirijo a reunirme con Mustang y su séquito.

—Todo está preparado —asegura ella—. Estamos esperando las órdenes de lanzamiento. —Arruga la nariz como si oliera algo podrido—. Sevro, vigila a Júpiter. Tiene tendencia a cagar donde come.

Júpiter bosteza.

—También es un placer trabajar contigo.

—Milia, me alegro de verte lavada —saludo.

—Segador. —La chica asiente y sonrío, una expresión fea en su rostro—. ¿Todavía jugando con guadañas? Me entenece el corazón.

—¿Tú tienes corazón? —pregunta Sevro entre risas.

Ella lo mira de arriba abajo como si calculara su estatura.

—Sí, y de tamaño natural. —Hace una pausa—. Vi a Pólux ayer mismo, pero en el otro bando. He estado entrando y saliendo a escondidas con Júpiter. Es como si nos hubieras preparado a todos una pequeña reunión de antiguos alumnos. Me he enterado de lo de Tacto. Era un cabrón.

Cierto. Le echo un vistazo a mi terminal de datos. Estaremos en las coordenadas de lanzamiento dentro de cinco minutos. Mi equipo se dispersa. Mustang se queda atrás, con el rostro pensativo.

—¿Qué pasa? —pregunto—. ¿Ya te estás preocupando por mí?

—Un poco —confiesa acercándose lo suficiente para que perciba su aroma—. Pero es por mi padre. ¿Y si lo matan antes incluso de que toquemos tierra?

—No lo matarán. Lo necesitarán como moneda de cambio. O, si pierden, le perdonarán la vida con la esperanza de que hagamos lo mismo por todos los miembros de la familia Belona. No se mata a hombres tan importantes como él.

Trato de agarrarle la mano para consolarla, pero ella la aparta y me da la espalda.

—Tenemos un planeta que invadir.

La veo alejarse gritándoles órdenes a sus hombres.

LA LLUVIA DE HIERRO

Lo único que veo es metal. Soy uno entre mil en el panal de escupidores. Al otro lado del tubo de metal, se propaga una batalla. No siento nada. Ni las sacudidas del Pax. Ni los misiles mientras surcan el espacio para provocar una muerte silenciosa. Tan solo el latido de mi corazón. Mickey me dijo que era el más fuerte que había visto en un rojo, cortesía del veneno de víbora que me recorrió las venas cuando era más joven. Ahora hace que me tiemblen las manos mientras galopa en mi pecho. El miedo cabalga en mí. El miedo a muchísimas cosas. El miedo a decepcionar a mis amigos, a perder a mis amigos. A contarle a mis amigos la verdad sobre lo que soy. El miedo a no estar a la altura de la tarea que se me plantea. El miedo causado por la duda — sobre mí mismo, sobre mis planes para la rebelión—. El miedo a la muerte. El miedo a estar perdido en la oscuridad del espacio fuera del casco de mi barco. Miedo a fallarle a Eo, a mi pueblo, a mí mismo. Pero sobre todo, miedo al metal caliente.

Oigo parloteos por el intercomunicador. Superficiales. El plan está en marcha y ahora no soy más que otro eslabón de la cadena. La batalla es demasiado grande para que yo tome parte en toda ella. Quería comandar el Pax desde su puente para poder ver cómo los barcos enemigos caen ante mi flota. Pero Orión y Roque son mejores que yo en el espacio.

Quería estar en una nave sanguijuela para guiar a las partidas de abordaje a través de la brecha hacia el interior de los cascos enemigos; quería arrasar puentes de mando, repeler a los invasores de mi propio barco, saltar de un destructor a un acorazado haciéndolos míos. Pero no capturaré al emperador Belona. Los Titanes se encargarán de eso. Al final, son mis enemigos quienes dictan adónde voy. Busco el gran premio.

Un premio que ha sido mi objetivo desde que salí de la Luna.

Noto la frescura de mi fiel colgante del pegaso sobre el pecho. El pelo de Eo descansa en su interior. «Concéntrate en eso». En cómo se movía su melena, que se agitaba a causa de las corrientes de las minas. «Pon allí tu mente». Al pensar en ella, me siento asediado por la culpa. Me gusta esta vida. No importa lo reacio que me muestre a hacerme pasar por dorado, no importan las apesadumbradas excusas que ponga, una parte de mí es como ellos. Tal vez nací para ser de dos colores.

Al cuerno con eso. El hombre no nació para ser de ningún color. Nuestros gobernantes decidieron relegarnos a los colores. Y se equivocaron.

—*Audentes fortuna juvat*, queridos —dice Sevro por una línea de comunicación privada.

Suelto una carcajada por sus latines.

—¿Más mierda sobre que «La fortuna favorece a los audaces»? ¿Por qué no decir simplemente *carpe diem*?

—Porque es tradición decir...

—Chicos, ¿siempre flirteáis así antes de una batalla? Es adorable —interviene Victra.

—Deberías haberlos visto en el Instituto, amor al primer aullido —ríe Mustang.

—¡He visto los vídeos! Qué pareja tan bonita.

Oigo la sonrisa de la voz de Mustang.

—Incluso llevaban la ropa a juego. Muy elegantes, ¿a que sí, Roque? Y apestosos.

—La verdad es que no me fijé.

—¿Por qué no?

—Sevro me hacía mearme encima del miedo. No prestaba atención a lo que se ponía, precisamente —contesta Roque, y sus palabras provocan carcajadas—. Por algún motivo creía que lo había mordido una ardilla y había contraído la rabia.

—¿Roque? —llama Sevro con dulzura.

—Sevro.

—Hola.

—¿Hola?

—La próxima vez que te vea, voy a morderte.

—Tengo que dejaros. —La risa ligera de Roque desaparece—. Estamos enfrentándonos al principal elemento enemigo.

—¿Qué vas a hacer, matarlos de aburrimiento con una ligera lectura poética? —Sevro de nuevo.

—Eres un capullo —asegura Roque en tono de broma—. Que las Furias guíen vuestras espadas y las Moiras os devuelvan a casa. Hasta entonces, mi amor está con todos vosotros.

La manifestación de cariño sorprende a los dorados. El intercomunicador de Roque emite un chasquido y lo oímos por la frecuencia principal dando órdenes para atacar un destructor enemigo.

—Qué florecilla —masculla Sevro, pero hasta un niño percibiría el temblor de su voz. Tiene miedo.

—*Hic sunt leones* —les digo a mis amigos—. Sed valientes. Sed valientes y os veré al otro lado.

—*Hic sunt leones* —repiten, no por Augusto, sino porque deseábamos ser tan valientes como los leones.

Uno por uno, nos despedimos. Antes de poder contenerme, pincho la frecuencia privada de Mustang. Tarda veinte segundos en contestar.

—¿Qué pasa?

Su voz está cargada de dudas.

—Conserva la vida —le digo.

Una pausa. ¿Emoción? ¿Enfado?

—Tú también.

Corta la comunicación. Enseguida, los engranajes comienzan a rechinar y crujir cuando me cargan en los mecanismos de disparo del tubo.

Durante todo este tiempo, he actuado como si supiera lo que viene a continuación. Como si supiese lo que es una Lluvia de Hierro. Pero lo vislumbro ante mí como algo amenazador, una especie de bestia oscura, babeante. Un misterio, aunque le he visto la cara. He visto los experienciales de realidad virtual y vídeos de HP. Sé lo que es del mismo modo que un niño sabe lo que es volar al observar a un pájaro.

—Coordinadas de despliegue alcanzadas. —La voz de Roque invade los oídos de todos los dorados de la flota—. Que caiga la Lluvia.

El gemido de la carga magnética del tubo me acompaña. Me deslizo hacia delante, hacia la cámara, preparándome, mirando hacia abajo para no partirme el cuello. Entonces se dispara y la velocidad y la batalla me reclaman al tiempo que el estómago me llena la garganta de bilis. La corriente magnética me expulsa con violencia, y salgo del tubo del barco hacia el caos multitudinario.

El fuego y los rayos dominan el espacio. Los mastodontes de metal regurgitan misiles en una y otra dirección, agredándose calladamente los unos a los otros con todas las armas de la humanidad. El silencio es tan tenebroso, tan extraño... Enormes halos de artillería antiaérea estallan en torno a los barcos y los envuelven en furia, casi como si fueran bolas de algodón lanzadas al aire. Los alas ligeras y las avispas se dedican zumbidos recíprocos al orinar chorros de disparos. Mordisquean y rebanan corazas de metal mientras combaten en medio de una densa nube gigantesca. En pequeñas manadas, se alejan a toda prisa de sus luchas caóticas para precipitarse en silencio contra los grupos de naves sanguijuela cuando los destructores y transportadores lanzan sus naves de transporte de tropas hacia el espacio en oleadas ondulantes. Es un juego de partidas de abordaje. Por encima, por debajo y a través de las cortinas de artillería antiaérea, las sanguijuelas buscan un casco al que trepar para poder insuflar su mortífera carga en los vientres de los navíos cruciales, igual que las moscas que ponen larvas en heridas abiertas. Todas están pilotadas por azules criados para hacer únicamente eso. Las naves de Belona adelantan a las de Augusto, olas que se superponen, que rompen contra las otras.

Todo en silencio.

Los misiles saltan hacia las sanguijuelas y destruyen los cascos con sus detonaciones. No hay llamas excepto en los puntos en los que las naves reciben el impacto. Esas brechas expulsan llamaradas de oxígeno del mismo modo que las ballenas arponeadas de la Vieja Tierra verterían sangre. Las descargas de los cañones de raíl surcan el espacio desgarrando múltiples sanguijuelas y cazas más pequeños a un tiempo, abriendo agujeros en las filas. Las naves escupen hombres y mujeres mientras los dos bandos tratan de alcanzar los motores con la esperanza de lisiar y capturar en lugar de destruir. Entre la flota enemiga, azul y plateada, el ingente Hijo

de la Guerra destroza corbetas y naves antorcha, como un cíclope que camina entre ovejas, con una porra que se balancea como un péndulo lento.

Contengo la respiración cuando el destructor de Victra, protegido por otros dos, avanza hacia el Hijo de la Guerra. La ametrallan con cañones de raíl y los buques de guerra la engalanan con misiles. Los Belona deben de estar muy seguros de que está demasiado cerca para capturarla, porque lanzan otra salva contra su vientre reblandecido. Aun así, en medio del ataque que sufre, la corbeta alumbra un brote desesperado de cuarenta naves sanguijuela. Casi diez veces su dotación habitual. La hemos vaciado por dentro para que albergara los transportadores de tropas adicionales. Es la partida de guerra de los Telemanus.

El barco de Victra se aleja del Hijo de la Guerra y se zambulle temerariamente en la formación de los Belona, donde la flotilla de navíos de su madre, adornada con el sol sangrante, apoya a las águilas de los Belona. Victra revela su segunda sorpresa.

Su madre cambia de bando y traiciona a los Belona, tal como Victra nos prometió al Chacal y a mí. Los navíos de su madre descargan más de doscientas sanguijuelas justo en el núcleo de la flota de los Belona. Es el caos.

Mis Titanes aterrizan en el casco del buque insignia enemigo y el Hijo de la Guerra acaba inmediatamente cubierto de sanguijuelas. Buena suerte, Titanes.

Las naves sanguijuela de los Belona viran hacia el Hijo de la Guerra para prestar ayuda en la batalla que atestará sus pasillos de humo y sangre. Los alas ligeras aceleran y disparan contra las sanguijuelas aterrizadas para intentar arrancarlas antes de que vuelquen a sus hombres en el interior del cuerpo del Hijo de la Guerra. Es un elegante baile de acción y reacción y reacción y reacción.

Sigo mi trayectoria, incapaz de alterarla. A mi izquierda y derecha, a la velocidad del rayo, avanzan miles de dorados y obsidianos con caparzones estelares y grises en cápsulas-colmena de doce plazas cada una. Una lluvia de hombres y metal. Entre nuestra corriente vuelan grandes cigüeñas cargadas con más obsidianos y grises. En cuanto toquemos tierra y aseguremos las cabeceras de playa, las multitudinarias legiones surgirán de los acorazados y transportadores de las lanchas de desembarco y nos seguirán.

A pesar de lo que piensan los Belona y sus aliados, no pueden impedir que desembarquemos hombres: la órbita que rodea el planeta es demasiado grande. Por eso es de suma importancia conservar las ciudades. Son fortalezas aisladas. La única forma realista de hacerse con ellas es aterrizar y colarse bajo el hueco de doscientos metros que hay entre sus escudos con forma de disco y el suelo. Eso requiere hombres en la superficie. Millones de hombres en asalto coordinado.

Estableceremos cien cabeceras de playa, y entonces será cuando nuestra batalla comience de verdad. Entre el caos, los misiles tratan de alcanzar nuestros caparzones estelares. Nuestros buques capitales aliados despliegan pantallas de artillería antiaérea a nuestras espaldas y numerosas avispas nos cubren los flancos. Las avispas enemigas consiguen abalanzarse sobre nosotros por los lados y nos

ametrallan. A mi alrededor mueren docenas de elementos de la lluvia cuando sus armaduras se pliegan como papel ardiendo. Odio esto. Quiero gritar. Algunos lo hacen y tenemos que desconectar sus intercomunicadores.

No puedo hacer absolutamente nada. Rezar para no morir. Rezar para que mis amigos no mueran. Pero ¿rezar a qué? Los dorados no tienen dios. Los rojos tenemos un Hombre Anciano en el valle. Pero no nos ayuda en esta vida. Se limita a esperar para guiarnos y protegernos en la siguiente.

El corazón me repiquetea en el pecho. Hiperventilo. Me arranco la piel. Me siento como un niño. Quiero el consuelo del hogar. La sopa de mi madre, la caricia de su mano severa, el amor que florecía en mi interior cada vez que me las ingeniaba para hacerla sonreír. Cualquier cosa por sentir el gozo de darme cuenta de que Eo me amaba. Anhele las noches frías y silenciosas antes del amor, cuando solo era lujuria y hambre, cuando nos besábamos en secreto, con los corazones en vilo, como dos pajarillos cobrando conciencia de que tal vez podrían construir un nido juntos. Eso era lo que se suponía que debía de ser la vida. Familia. Primeros amores. No caer atravesando una atmósfera con asesinos a los que no les importa nada más que llenarte el cuerpo con metal ardiente antes de seguir adelante matando a tus amigos.

Mi mente vuela aun cuando mi cuerpo actúa.

El planeta crece y crece hasta que se convierte en un coloso hinchado que me consume la vista. No sé quién está muerto ni quién está vivo. Mi pantalla está demasiado ocupada. Alcanzamos la atmósfera, que nos responde con rugidos estrepitosos. Halos de colores envuelven mi forma temblorosa. A mi izquierda y derecha, los soldados que caen parecen luciérnagas furiosas sustraídas de la fantasía de algún tallista. Admiro a uno de los de mi izquierda: el sol de bronce situado tras él mientras cae, recortando su silueta, inmortalizándolo en ese particular momento —un instante que sé que yo nunca olvidaré— de tal modo que parece un ángel miltoniano cayendo con ira y gloria. Su exoesqueleto se desprende de la armadura de fricción como Lucifer podría haberse desprendido de las cadenas del cielo, alas de fuego que se desprenden y revolotean tras él. Entonces, un misil resquebraja el cielo y los explosivos de alto grado lo transforman una vez más en mortal.

En cuanto abandonamos la atmósfera, las ráfagas de la superficie suben chillando hacia nosotros, excavando agujeros en nuestro enjambre de caída. Como un avispero golpeado, activamos nuestras gravibotas y nos fracturamos en mil escuadrones distintos, cada uno procurando seguir sus propias coordenadas. Los alas rápidos enemigos nos siguieron hasta el interior de la atmósfera, pero aquí podemos movernos mejor y matamos a los grandes guerreros con facilidad. Caigo en picado sobre uno desde atrás, con los Aulladores pegados a mis talones, y lo golpeo con mi filo. Me alejo volando mientras cae en espiral a través de las nubes hacia el océano que se extiende a nuestros pies.

El fuego antiaéreo ulula contra nosotros a través de las nubes y mata al dorado de mi derecha, un Aullador, aunque no sé cuál es hasta que miro mi terminal de datos.

Daria la Arpía está muerta. Así, sin más. No es un sacrificio para salvar a otro. No hay un aullido de rabia al final. No hay gestos nobles. Ni emoción. La chica leal que llevaba cinturones de cabelleras en el Instituto, que anonadaba a Culopocho y Muecas con sus extraños artefactos, se ha ido.

Una puñalada de pánico me atraviesa el cuerpo y me zambullo entre las nubes con el resto de la vanguardia de mi legión. Sobrevolamos el océano a gran velocidad y dos barcos de agua escupen fuego contra nosotros. Sevro lanza dos misiles serpenteantes por el aire; estallan y se convierten en una docena de micromisiles que, a su vez, se transforman en otra docena cada uno. Explotan como granos de maíz sobre el fuego.

La guerra es el caos. Siempre lo ha sido. Pero la tecnología la hace aún peor. Cambia el miedo. En el Instituto, temía a los hombres. Tenía miedo de lo que Tito o el Chacal pudieran hacerme. Allí ves venir la muerte y al menos puedes luchar contra ella. Aquí no existe tal lujo. La guerra moderna es tener miedo del aire, de las sombras, temer el silencio. La muerte vendrá y ni siquiera la veré.

Me estampo contra una montaña cubierta de nieve. Las nubes de vapor se alzan en torno a mí cuando derrito el blanco gracias al calor de mi traje candente y me hundo en un agujero. El resto de mi escuadrón aterriza a mi alrededor encontrando un puerto seguro en el suelo. Descienden como un rugido, hombres meteorito surgidos de monstruos de metal. Pum. Pum. Pum. Y la niebla de la guerra se levanta.

—Arribada —gruño.

Sevro apoya una rodilla en el suelo, abre su yelmo y vomita sobre la nieve. Otros se suman a él. Muecas resuella de tristeza. Culopocho se agarra el hombro. Payaso monta guardia ante ellos, con la cresta pintada de rojo ladeada sobre la cabeza. Arpía ya no existe. No sabía que esto sería así. Creía que conocía el horror. Pero no era así. A lo largo del último minuto han muerto más hombres de los que yo podría llegar a conocer en la vida. El miedo de Lorn a la guerra me estremece de los pies a la cabeza.

—Esto es la guerra. Caos. Azar. Muerte.

Sevro me hace un gesto con la cabeza al tiempo que se limpia el vómito de la boca. Júpiter lo ayuda a ponerse en pie. Por extraño que parezca, Sevro lo permite. Busco la huella de Mustang en la terminal de datos de mi yelmo. Está viva con el principal elemento de mi fuerza, pero nos hemos separado. Estoy con una docena de dorados y cuarenta obsidianos especialmente entrenados en equipamiento militar de alta tecnología.

—Exos fuera —les ladro a los obsidianos—. Omega, protege el perímetro.

Nos desprendemos de nuestras toscas exoarmaduras termales para descubrir los caparzones estelares más flexibles que llevamos debajo. Doy la orden de subir los yelmos. Los rostros metálicos de demonios y animales sustituyen a los de mis amigos.

Pero hay belleza en este instante. En los escasos segundos en que los dorados y los obsidianos se dedican ligeras inclinaciones de cabeza para transmitirse consuelo

antes de seguir con sus tareas, encontrando alivio en el cobijo del deber, con compañerismo, como me sucedía a mí en las minas.

Reúno en torno a mí a Sevro y a los Aulladores. Ragnar, separado de su legión, está de pie a mi lado. Hemos aterrizado en la parte diurna del planeta. Parece una lluvia de meteoritos cuando la segunda oleada de caparzones estelares perfora la atmósfera dejando tras de sí estelas de humo negro sobre el cielo azul plagado de cicatrices de fuego. Cientos de cañones terrestres continúan disparando contra el enjambre que se expande de horizonte a horizonte, pero poco a poco esas ráfagas disminuyen a medida que los cañones son alcanzados desde el espacio o eliminados por escuadrones de tierra como el nuestro. Mi escuadrón está a trescientos kilómetros de donde necesitamos estar. ¿Cómo ha sucedido?

Llamo a Mustang por el intercomunicador. Ella está cincuenta kilómetros más cerca del área de aterrizaje designada en otra montaña. Su fuerza ronda los cuatrocientos hombres.

—Parece que los idiotas somos nosotros —dice Sevro.

Bajamos por la ladera. No volamos. Más bien saltamos. En la Academia nos enseñaron a pensar en ello como en hacer rebotar una piedra sobre la superficie del agua. Podríamos volar en nuestras gravibotas, pero volar te convierte en objetivo de los misiles y el fuego antiaéreo, por no hablar de las partidas de caza enemigas. Así que nos elevamos durante cincuenta metros en el aire y luego utilizamos las gravibotas para volver a propulsarnos hacia el suelo.

Desde una cumbre cercana nos disparan misiles. Sevro y su escuadrón se encargan de ello saltando por encima de desfiladeros de mil metros, volando al ras de una empinada fachada de roca mientras Ragnar y yo continuamos hacia delante. El eco de un ruido sordo retumba por la cordillera cuando nos libran de la torreta de los misiles. Los Aulladores se reúnen con nosotros al final de la cadena montañosa. Nos detenemos en el lateral de un barranco en el que se amontonan las nubes bajas. A la izquierda, a unos veinte kilómetros de distancia, se alzan las torres de la lejana y blanqueada Tesalónica, posada en la costa escarpada del cristalino mar Térmico. El hogar de Tacto. Siento una punzada de tristeza.

Continuamos hacia el norte. Observo cómo se desvanecen las torres hasta que no son más que metal reluciente contra la costa de esa agua sobrecogedoramente en calma. Las explosiones rugen en la distancia. Siento el peso de una mano que cae sobre mi hombro cubierto por la armadura.

—Exactamente igual que cuando tomamos el Olimpo.

Sevro esboza una gran sonrisa y mira hacia abajo desde la cumbre de una nueva montaña en dirección a la tierra que yace abierta ante nosotros.

—Solo que aquí todo el mundo tiene gravibotas.

Compruebo nuestras coordenadas en la pantalla de visualización de mi yelmo. La invasión continúa por encima de nuestras cabezas. Las naves de combate enemigas, ahora más escasas, revolotean por el cielo. Una nos detecta. Atraviesa una nube entre

rugidos y lacera el suelo con cañones de cadena. Nos refugiamos en un desfiladero. La nieve patatea a nuestro alrededor. Entonces lanzan un misil y la explosión derrumba una roca que cae sobre mis piernas y me tira al suelo. Guijarro y payaso se parapetan delante de mí para protegerme.

—¡Ragnar! —grito—. ¡Mátalo!

No veo lo que hace, pero oigo un ruido tremendo y de pronto la nave de combate echa humo y cae dando vueltas por el aire, balanceándose hacia el suelo hasta desaparecer en una nube de metralla.

—¿Qué tal las piernas? —pregunta Sevro con desesperación.

Me quitan las rocas de encima. Los engranajes crujen y los componentes eléctricos zumban.

—Todavía funcionan.

Bajamos de la nevada cordillera montañosa hasta las accidentadas planicies marcianas. Una masa de infantería pesada como nosotros se mueve a nuestra izquierda. Sus transpondedores indican que son de los nuestros. Pero muy a la derecha, a unos treinta kilómetros de distancia, donde el terreno crece hacia las tierras altas subtropicales, una columna de los Belona avanza dando saltos, tal vez unos trescientos en diferentes partidas.

—Han interceptado una de nuestras señales de comunicación —transmite por una nueva señal un director de comunicaciones verde desde el espacio—. Te persiguen, Ícaro. —Mi indicativo secundario.

—Ahora es cuando nos enteramos de quién está ganando los cielos —digo.

Sevro dirige un láser de rastreo hacia el escuadrón enemigo en el preciso instante en que ellos colocan uno sobre nosotros. El suyo oscila en el suelo delante de nosotros como una mosca desesperada. Nos dispersamos, Sevro y yo nos alejamos juntos volando, y entonces una lluvia de fuego desciende sobre nuestro enemigo desde dos trayectorias. En ese mismo momento, Sevro identifica un dron que nos lanza misiles de racimo. Lo marca electrónicamente y un cañón de raíl situado en la cercana Tesalónica dispara un proyectil que deja una veta de fuego azul en el horizonte. El dron desaparece en una explosión de rojo. Esta es la multilocura de la guerra de alta tecnología.

Continuamos nuestro camino hacia las coordenadas de Mustang, con los sensores y las miradas vigilando la muerte que se esconde entre las montañas. Acecha las llanuras. Se oculta en los bosques de altísimas deidades arbóreas y en las aguas de mares aún niños.

Un gran lago se extiende a nuestra izquierda, a lo lejos, mientras que un volcán latente, tan sutil en su pendiente que aparenta ser poco más que una colina de cresta nevada, rumia a nuestra derecha. Trepamos más deprisa que los demás por el lomo de la cordillera que estamos atravesando para obtener una buena vista de los alrededores. Los datos topográficos periódicos parpadean en mi pantalla a medida que los drones los emiten, los lanzan desde el cielo y luego los sustituyen.

En el interior de mi traje reina el silencio. No oigo el viento que silba a mi alrededor a esta gran altura. Una nube de tormenta, uno de los dramáticos cumulonimbos de Marte, se acerca desde el lago lejano. Cuando impacta contra el bosque que hay bajo la montaña, llegan las lluvias y los relámpagos desgarran el cielo. En la parte alta de la cumbre escarpada, la nieve revolotea y se derrite contra mi traje.

Percibo movimiento en un pico cercano. Me abstengo de descargar mi arma cuando veo que no son los Belona, sino un animal tallado. Amplío mi visión y veo a un grifo aferrado al borde de un nido inmenso metido en un estrecho desfiladero de roca de la parte alta de la montaña. Contempla con sorpresa a los hombres que vuelan por el valle que se extiende a sus pies. Qué mundo han construido estos dorados.

Mis hombres se reúnen conmigo en la siguiente cumbre y nos detenemos un instante para comprobar las placas de batería de nuestros caparzones estelares. No durarán todo el día. El grupo de Mustang cae con brusquedad a nuestro alrededor. La nieve nos salpica cuando cuatrocientos asesinos vestidos con caparzones estelares suman sus fuerzas a las nuestras. Ella choca sus puños contra los míos.

—¿Ícaro? —restalla una voz en mi oído—. Ícaro, ¿me lees?

—Roque, te leo. ¿Qué sucede?

—Ícaro... urgente... en... lees? —Su señal se corta al mismo tiempo que un relámpago restalla sobre nuestras cabezas. Las ondas radiofónicas ya estaban afectadas por los artefactos de interferencias de ambos bandos—. Dar... me... ado... en Agea.

—¿Roque? ¿Roque?

Conozco el plan para la batalla en el espacio, pero el tono de su voz me preocupa.

—Los intercomunicadores no funcionan bien —le digo a Mustang.

—Las frecuencias locales no tienen problemas. Son las interferencias y la tormenta.

La lluvia le salpica la armadura.

Sevro señala hacia arriba.

—Vas a tener que levantar el culo por encima de eso para oír.

Sobre nuestras cabezas, un rayo alcanza un barco. Sus sistemas fallan y el navío cae en picado antes de reactivarse solo para chocar con un alas ligeras que pasaba junto a él.

—Demonios.

Ordeno a Ragnar y a Júpiter que avancen por la cordillera y aseguren el valle septentrional para nuestra principal fuerza de legiones grises. Mientras asediamos otras ciudades para desviar la atención de los Belona, Agea es lo único que importa para mí. Un millón de hombres acudirán a sus murallas. El Sucio abre su mano ante mí a modo de saludo y después salta de la cumbre de la montaña junto con Júpiter y un centenar de guerreros obsidianos.

Mustang y Sevro esperan abajo mientras desgarran las nubes salpicadas de

relámpagos acompañado por varios de mis guardaespaldas. Superadas las nubes, floto en relativa calma y llamo a Roque.

—¡Ícaro! —me grita por el intercomunicador—. Está aquí. ¡No está en la Luna ni con la flota principal de la Sociedad! Acabamos de descubrirlo. Los hombres de Kavax han encontrado pretorianos a bordo del Hijo de la Guerra... ¡Ella está aquí! Ha venido en secreto sin su flota. La hemos capturado.

—Roque, tranquilízate. ¿Qué dices?

—Darrow, la soberana está en Marte. Su lanzadera está atrapada tras los escudos de Agea. Está atrapada.

—Roque. Ya lo sé. Ella es la razón por la que quiero Agea.

EN LA MURALLA

No me pregunta cómo lo sabía. Más tarde le diré que en Europa dejé escapar a Aja para que pudiéramos rastrearla cuando volviera junto a la soberana por medio de la signatura de la radiación de mi bomba. Es la asesina personal de Octavia. Por supuesto que volvería a su lado. No se lo he dicho a nadie excepto a Mustang, el Chacal y Sevro. No podía arriesgarme a que se extendiera, sobre todo teniendo en cuenta cómo se ha estado comportando Roque últimamente.

Corta la comunicación sin decir nada más, sin duda enfadado.

La vanguardia de mi fuerza, los hombres de Ragnar, han tomado tierra en el valle, más adelante. Veo que los gruesos barcos descienden y luego desaparecen hacia el interior de la tierra, donde el Valles Marineris se extiende a lo largo de kilómetros. Hacemos que nuestros azules del espacio abran fuego sobre la propia Agea. La avalancha calienta el escudo y hace que palpite y se oscurezca. Llegaremos a la ciudad por tierra, a lo largo de la parte baja del cañón de cien kilómetros de ancho, desde el norte y desde el sur, y franquearemos el hueco de doscientos metros que los escudos deben mantener con respecto al suelo para evitar crear perturbaciones sísmicas.

Bajo saltando de la cumbre de la montaña a la cabeza de mis guardaespaldas. Sevro y Mustang me acompañan y coronamos otra cumbre antes de continuar brincando por las laderas más bajas recibiendo disparos mientras avanzamos.

La soberana es la clave de esta guerra, la clave para fracturar esta Sociedad y que los Hijos de Ares puedan alzarse. Con ella capturada, la propia Sociedad se cuestionará confundida si continúa existiendo sin Octavia sentada en su trono. Los senadores y gobernadores tratarán de hacerse con el poder. Habrá una docena de guerras locales que fracturarán la cohesión y la mano de obra.

Debajo de mí, un mundo de abundancia holgazanea a lo largo de la parte baja del cañón: lagos y arroyos, hierbas altas, árboles repletos de flores y pinos espartanos que crecen en ángulos extraños desde las paredes de kilómetros de altura del cañón a pesar del pronunciado declive. Por encima de todo esto, reina la gran montaña flotante, el Olimpo. Vislumbro los castillos tranquilos y veo ciervos corriendo por el valle de Marte. Pero no veo niños junto a los grandes ríos, ni chicos y chicas con armaduras. Solo recuerdos y tierra embarrada. Ya han recogido a los alumnos. Qué extraño debe de haber sido... luchar por sus vidas con armas medievales solo para que una nave de desembarco los fuera a buscar cuando llegaron los invasores del espacio.

Nos encontramos con Ragnar y Júpiter en uno de los blancos chapiteles flotantes

del Olimpo. Hay hombres muertos en las salas, en las laderas.

—Lo utilizaban como base —dice Júpiter alegremente—. Tu Sucio estaba en desacuerdo con la arrogancia de esta gente. ¡Me gusta este animal!

Nuestros hombres aseguran la sección del Valles Marineris reservada para el Instituto, muy al este de Agea, en el brazo superior del gran cañón. Miro por la ventana mientras cientos de naves de desembarco amigas descienden sobre el escenario y depositan a más de trescientos mil hombres en treinta minutos. Un dorado sale corriendo de cada una de las rampas bajadas, siempre el primero en pisar suelo enemigo.

—Sin resistencia —digo en voz baja y con el yelmo del caparazón estelar cerrado.

Miro a Mustang con inquietud. Ella se aparta el pelo rubio de los ojos.

—Cuanto más establecidos estemos, más difícil les resultará desalojarnos. ¿A qué están esperando?

—Quieren arracimarnos como a un montón de uvas antes de pisarnos —aventura Sevro—. ¿Armas atómicas?

—Críos idiotas. —Júpiter está rebuscando en los bolsillos de uno de los hombres muertos—. Para eso tenemos a los grises. Para que los pisoteen a ellos. Ellos lubricarán nuestro paso.

—No hay armas atómicas —señala Mustang—. Los sensores las habrían detectado a cien chasquidos de distancia. —Echa un vistazo hacia el terreno—. Están esperando porque no tienen suficientes hombres para disputar nuestro paso por el valle. O los hemos cogido por sorpresa, cosa que dudo mucho. O han desplegado demasiados hombres para detener el avance de Lorn. O han creado cuellos de botella en el valle. O todos sus soldados están rodeando la Ciudadela. O hay una trampa más adelante.

Su mente es una máquina.

—Hay una trampa —prosigue al cabo de un instante—. Pero dependen en exceso de ella para detenernos mientras redistribuyen hombres y material. —Suelta un bufido de desprecio—. Las defensas estáticas sin apoyo móvil masivo no han sido importantes desde la Línea Maginot.

—Pero saben que no queremos devastar la ciudad ni a la población —observo.

—Lo saben. —Mustang ajusta su terminal de datos para examinar el mapa—. Lo cual disminuye nuestra flexibilidad táctica.

—La guerra total es más sencilla —masculla Júpiter—. Utilicemos a los grises para lubricar nuestro paso y después lancemos bombas contra las murallas por debajo de los escudos. Entrada franqueada.

—Se tarda un día en tomar una ciudad, pero cincuenta años en rehacerla —le espeto Mustang—. ¿Te ofreces voluntario para supervisar la reconstrucción?

—¿Tengo pinta de albañil? —pregunta Júpiter.

—El paso que lleva a Agea tiene una media de ocho kilómetros de ancho y

paredes de siete kilómetros de altura a ambos lados, todo destinado a la ganadería y la agricultura para la ciudad. Es probable que los Belona hayan sembrado el lugar de minas. Si han tenido tiempo. No es que les hubiéramos avisado que veníamos, precisamente.

¿Habrán tenido tiempo?

Mustang me hace un gesto para que hablemos aparte.

Me alejo junto a ella del resto de mi personal de mando, que intercambia miradas de hastío. Las salas del palacio etéreo deberían recordarme victorias pasadas, pero lo único que siento al estar aquí es una profunda melancolía. Demasiados recuerdos. Demasiados amigos perdidos, pienso cuando veo a los grises aterrizar cerca del castillo de Minerva, donde Pax y yo nos batimos en duelo una vez.

—Hay ochenta kilómetros desde aquí hasta las murallas —me dice—. Podríamos seguir con el plan establecido. El mero hecho de que no hayan disputado nuestro aterrizaje no quiere decir que haya algo perverso en marcha. —Percibe la duda en mi mirada—. Estamos aquí tanto por mi padre como por la soberana. Tenemos que movernos deprisa.

—Tienes miedo de que Lorn lo mate si irrumpe por las murallas del sur antes que nosotros —deduzco—. ¿No es así?

—Ya conoces su historia.

—Sí.

—¿Y confías en que Lorn no ponga fin a un viejo resentimiento?

—Lorn no es un asesino.

—No. Solo hace daño a hombres que se lo merecen, como Tacto. Mi padre se lo merece tanto como cualquier otro hombre. Así que debemos darnos prisa. Y tienes que contarle al resto lo de la soberana.

—Roque ya lo ha descubierto. Pretorianos en el Hijo de la Guerra.

Regresamos junto a los demás y me dirijo a mi pequeño consejo.

—Ya sabéis que hemos venido aquí por Augusto, pero hay una segunda razón por la que nos empeñamos en Agea. La soberana está aquí.

—No fastidies... —murmura Payaso.

Culopocho se rasca la cabeza.

—Demonios.

—¿En la Ciudadela? —pregunta Guijarro, que le da golpecitos de entusiasmo con la rodilla a un Hierbajo inquieto.

—Con toda probabilidad. Hemos seguido la pista de Aja hasta aquí. Por la radiación residual de la bomba que le lanzamos en Europa. Los otros asaltos están pensados para alejar de Agea a parte de sus fuerzas y que nosotros tengamos una oportunidad de atravesar sus murallas y capturar a Octavia antes de que el Señor de la Ceniza llegue con todo el poderío de su armada.

Y si los Hijos han cumplido con su parte tal como Ares prometió, deberíamos ser capaces de entrar en la ciudad sin abrirnos camino peleando con cien mil hombres y

mujeres con armadura.

—¿Está Casio en la ciudad? —pregunta Sevro.

Mustang asiente.

—Eso creemos.

Sevro sonríe.

—Si os topáis con Casio, no os enfrentéis a él —ordeno—. Ni con Karnus ni con Aja.

—¿Pretendes que salgamos corriendo? —pregunta Payaso ofendido.

—Pretendo que conservéis la vida —replico—. El premio es la soberana. No dejéis que la venganza o el orgullo os distraigan. Si la capturamos, seremos el nuevo poder del Sistema Solar, amigos míos.

Los Aulladores intercambian sonrisas lobunas. Sevro se yergue.

—Pues dejemos de rascarnos el culo.

—Ni yo mismo podría haberlo dicho mejor.

Sobre nuestras cabezas rugen los alas ligeras de nuestro bando para eliminar a las fuerzas enemigas a lo largo de nuestro camino.

Con todas nuestras potencias reunidas, avanzamos por el cañón verde. No es una columna lenta y progresiva. Vamos rápido. Las motoarañas alcanzan más velocidad que los caparzones estelares. Los grises y los que van en ellas se adelantan tras las alas ligeras y las naves de desembarco fuertemente blindadas que depositarán hombres aún más cerca de la muralla. Los destellos que vemos más adelante indican que han detonado minas o que los exterminadores de minas han hecho su trabajo. No hay forma de saber cuál de las dos opciones es la válida. El cañón comienza a estrecharse. Sus paredes verdes se elevan hacia la distancia a ambos costados, colosales e irreales, como si fueran el terreno de una raza más grande, más corpulenta que la humana. No puedo ver a todo mi ejército en un lugar tan vasto como este, solo la punta de lanza. Avanzamos detrás de los grises más rápidos, una columna saltarina de temibles caballeros con caparzones estelares negros. La tromba de lluvia cae aún con más fuerza. Detrás de nosotros circulan los tanques y las columnas de infantería con sus esquifes planeadores, vehículos ligeramente blindados que pueden transportar a cien hombres en una plataforma. Los dejarán a un kilómetro de las murallas. El ataque de Lorn desde el sur será bastante similar.

—¡Drones! —grita Sevro por el intercomunicador.

Una nube de metal se eleva hacia nosotros desde un pequeño almacén de la pared oriental del cañón. Los Aulladores echan a correr tras la amenaza, con sus armas desgarrando agujeros en el aire. Aun así, el fuego de los drones destroza un escuadrón de obsidianos voladores. Se desploman contra el suelo, sus cuerpos irreconocibles. Ahora sobrevolamos edificios. Ciudades pequeñas. Complejos turísticos. Haciendas. Graneros. Nos encontramos sobre un lago. Vemos nuestras sombras cuando los relámpagos estallan más arriba y recortan nuestras siluetas.

Ahora ya veo la muralla defensiva. Cae sobre el horizonte como una cortina de

hierro. De noventa kilómetros de ancho, en esta zona del cañón, y casi doscientos metros de alto, prácticamente lame el borde inferior del escudo. Los lagos y los ríos no desembocan aquí, sino que continúan su curso por debajo de la muralla gracias a una densa red de tubos de duroacero tan duros como el casco de un barco. Se necesitarían cien hombres durante diez horas para taladrar esos tubos.

La mayor parte de las ciudades no tienen unas murallas tan enormes. Cuestan demasiado. Agea y Corinto son únicas en cuanto a la calidad de sus fortificaciones. Podríamos haber llegado a través de los túneles que horadan las entrañas de Marte y conectan todas las ciudades con sus minas, pero no he querido hacerlo. Debo reservarme algunas tácticas. Y debo dar ejemplo.

Los asaltos de este tipo no suelen ser prolongados. He visto sus historias. Son salvajes y desenfrenados. La tecnología siempre gana contra los objetos estáticos, siempre y cuando la determinación del asediador no se agote jamás. Antaño, los castillos eran casi imposibles de tomar mediante el ataque directo contra una guarnición capaz de pagar el precio de la victoria pírrica. Así que los ejércitos de campo los sitiaban y el hambre lograba que los defensores se sometieran. Ahora ya nadie cuenta con tanta paciencia.

Agea es una ciudad de veinte millones de almas, pero ¿a cuántas de ellas les importará lo más mínimo quién gane hoy? No hay diferencia alguna entre el mandato de los Belona y el de Augusto. A los cobres y a los plateados les preocupará. Pero los rojos, los marrones y los rosas tan solo verán a otro señor que se hace con sus cadenas.

Ahora verán que las naves atestan el cielo. Que las bombas resquebrajan el aire. Y se apiñarán en sus patios públicos y temerán a los intrusos sin rostro. Desde el amanecer del hombre, la toma de una ciudad ha ido acompañada por el eco de los gritos de las violaciones, los robos y el horror ebrio. Los Marcados como Únicos no toman parte en ese salvajismo. No es beneficioso ni concuerda con sus gustos. Pero si alguien toma una ciudad por la fuerza, la creencia de los dorados es que tanto la ciudad como todos los que la ocupan pasan a ser propiedad del conquistador. Si eres lo bastante fuerte, te mereces los despojos de guerra. Algunos los indultan. Otros se los arrojan a los lobos, les entregan las ciudades a sus ejércitos de obsidianos y grises como recompensa por la sangre derramada.

Si consigo proteger esta ciudad de Agea, si puedo demostrarles que hay una raza humana mejor, entonces tal vez me gane su corazón. La capturo. La protejo. Los que la ocupan me aman al igual que lo hace mi ejército. Pero primero debo abrir una grieta por la que entrar.

A lo largo de toda la pared defensiva, el fuego ondea sobre el acero. Como florecillas minúsculas que brotan a toda prisa sobre la muralla gris y escarpada de noventa y nueve kilómetros de ancho. A mi izquierda y a mi derecha se producen dos amagos de asalto. Los alas ligeras disparan los cañones de riel y vuelan de lado para lanzar las municiones contra la muralla. Los disparos de respuesta hacen que me

tiemblen y zumben los tímpanos. Quiero aferrarme a la mano de Mustang. Un gesto de asentimiento suyo calma el terror que me invade. Aunque no del todo.

Los grises con armadura de combate se precipitan hacia ella como una marabunta de hormigas. Los equipos de misiles se despliegan y comienzan a enviar una muerte serpenteante a los defensores. Es demasiado para absorberlo, como la batalla espacial que se desarrolla más arriba, capas sobre capas de actividad y contraactividad. Aunque aquí sí hay sonido.

Las minas crean agujeros en mis tropas. Los escuadrones de la muerte de los Belona salen de la muralla, a unos cien metros de altura, volando gloriosos: estandartes ondeantes, brillos dorados. Sus escudos destellan cuando los disparos los lancean. Veo un estandarte con un águila entre los enemigos y me preparo para plantarle cara pensando que debe de ser Casio, pero Mustang me agarra del brazo.

—¡El plan! —me recuerda señalando hacia el río—. Todos moriremos contra esa muralla. El plan.

Cuesta recordarlo. Cuesta recordar que todo este caos es una distracción. Lo que importa es el río y el trabajo que los Hijos han hecho por la noche. Si es que lo han hecho. El río reptaba bajo la muralla. Con sus cien metros de ancho y más de profundidad, ya arrastra cadáveres hacia la ciudad.

Me zambullo en el agua. Siento la tensión cuando la corriente se ralentiza y después acelera mi trayectoria. Los peces se dispersan a nuestro paso. Es extraño no sentir el frío. Los Aulladores se mueven como torpedos a mi lado. Y luego Ragnar se une a nosotros junto con su grupo de obsidianos. Y también Júpiter; aterrizamos todos bajo el agua. Mustang es la que está más cerca de mí. Escudriño el río entre las tinieblas que hemos levantado y encuentro el regalo de Ares.

«Allí». A cien metros de profundidad, lo veo. Si los rojos saben hacer algo, eso es taladrar. Y los Hijos se han pasado la noche preparándonos una entrada a la ciudad. Mis hombres pensarán que envié algún escuadrón de lurchers de élite por delante de nuestro ejército. No cuestionarán cómo se han cortado las inmensas verjas ni cómo se burlaron los sensores preparados para detectar cualquier daño en ellas.

—De nuevo hacia la grieta —murmuro como si Roque, Victra o Tacto pudieran oírme.

Activo mis gravibotas y sigo adelante. El paso es estrecho cuando se curva para pasar por debajo de la muralla cerca del lecho del río. Buceamos de dos en dos. Así que me llevo conmigo al mejor luchador, a Ragnar, para atravesar los primeros el pasaje subterráneo. Por el intercomunicador me llegan noticias de la batalla en tierra. Estamos perdiendo en la muralla.

Ragnar y yo superamos juntos el túnel. Casi me esperaba una emboscada de los Belona, pero no la hay. Los Hijos han hecho bien su trabajo. Esperamos al otro lado de la muralla, aún sumergidos a cien metros de profundidad en el lecho del río. El resto de mi cuadro se une a nosotros: Mustang, Sevro y los Aulladores que quedan. Cincuenta dorados más y el tripe de obsidianos y grises.

Cuando estamos todos reunidos en el fondo del río, hablo por el intercomunicador.

—Ya conocéis las órdenes.

Sevro entrechoca sus puños enfundados en guanteletes con los míos. Mustang hace lo mismo. Ragnar saluda con el puño cerrado y apoyado en el corazón. Júpiter bosteza por el intercomunicador. Payaso, Guijarro y Hierbajo arengan a los Aulladores revolviendo el cieno del lecho. Los segundos van pasando. Llevo el filo enrollado en el brazo. Un puño de pulsos en la mano izquierda. Noto el palpitar de mi corazón y el frío del colgante sobre el pecho. Oigo el restallido del caos del exterior. Cierro mis manos de sondeainfiernos en un puño. Cierro los ojos. Sevro envía una sonda hacia la superficie para ver si la orilla del río es segura.

Tengo que encontrar a la soberana.

Ragnar tiene que abrir las puertas.

Mustang tiene que bajar el escudo para que Roque pueda enviar refuerzos y podamos tomar la ciudad de un solo golpe. No quiero que se separe de mí, pero no puedo confiarle esa tarea a nadie más.

Confiar. Debo confiar en que sobreviviré, confiar en que sus obsidianos la protegerán y en que ella se protegerá a sí misma. Hay una carga que me oprime el pecho, el miedo a que no regrese. Me siento como si Mustang ya estuviera cayendo en la oscuridad. Si muere, morirá creyendo una mentira. Me prometo que si sobrevivimos a esto se lo contaré. Se merece al menos eso.

«Conservad la vida. Conservad la vida. Todos vosotros, sobrevivid».

Mustang continúa su camino por el río. Lo seguirá durante kilómetros hasta que llegue al parque cercano a los generadores. La observo alejarse y me revuelvo en busca de algo a lo que aferrarme, de alguien a quien rezar. Mi padre está conmigo, y también Eo. Los siento en los latidos de mi corazón.

Cierro los ojos.

Sevro recoge la sonda que había enviado y me dice que todo está despejado, solo hay una niña jugando en el barro por encima de nosotros.

—Luchad los unos por los otros —digo por el intercomunicador a los que continúan a mi lado en el lecho del río—. O por mí.

Activamos nuestras gravibotas y ascendemos deprisa. Salimos a la superficie del río como monstruos entintados, con los caparzones estelares chorreando cuando sobrevolamos la ribera del río, enfangada por la lluvia caída antes de que levantaran los escudos para proteger la ciudad. Debajo de nosotros solo hay una niña marrón y sin armadura que juega con los pies hundidos en el barro hasta los tobillos. La miro desde el interior de mi terrible yelmo negro. Debería estar escondida con su familia, no al aire libre en una ciudad asediada. Algo va mal.

Cuando nos ve, coge un pequeño artefacto esférico de una cesta. Los relámpagos iluminan el cielo. Los bajos de su mejor vestido se llenan de barro y se vuelven de un marrón aún más oscuro.

—¡Disparadle! —ruge Sevro.

Le aparto la mano y el tiro impacta contra un árbol. Y cuando miro más arriba, sobre la muralla, muy lejos del alcance de la sonda que envió Sevro y más allá de los límites del globo de pulsos electromagnéticos que lleva la niña, veo a los caballeros Belona y a su séquito de obsidianos. Esperando.

La niña pulsa un botón en el globo.

Y entonces comenzamos a morir.



Cuanto más alta es la subida, más grande es la caída.

KARNUS AU BELONA

BARRO

El pulso electromagnético estalla. Suena como el grito ahogado de un niño gigante al que pinchan con una aguja. Nuestros aparatos electrónicos mueren. Nuestras gravibotas chisporrotean. Las sinapsis de los caparazones estelares fallan, lo cual provoca que los ingentes trajes metálicos sientan la atracción de la gravedad. Nos desplomamos. La mayoría cae en el barro de la orilla del río. Yo caigo en el agua. Y me hundo. Cada vez más. Se me taponan los oídos. Bajo y bajo hasta que me incrusto en el barro del lecho. Me golpeo con fuerza. Se me comban las piernas bajo el peso del caparazón estelar. Caigo de espaldas. No veo a mis hombres. Solo he visto formas moviéndose sobre la superficie mientras caía. Ahora estoy a demasiada profundidad para ver nada aparte de que el río va tiñéndose de sangre. De vez en cuando los rayos iluminan las siluetas de los cuerpos que se hunden a toda velocidad.

No puedo moverme. El caparazón estelar pesa demasiado. Estoy tumbado como una tortuga, medio atrapado en el cieno del fondo del río. Confundido. El miedo cabalga en mi interior. Todo ha sido muy rápido. Ni siquiera puedo mirar a mi izquierda o a mi derecha para ver quién está conmigo. Mi intercomunicador no funciona. Si no fuera así, probablemente escucharía gritos, maldiciones.

Este caparazón estelar me ha traído desde el espacio hasta la tierra. Como una balsa salvavidas, un castillo personal en medio de una guerra. Ahora es mi ataúd.

El corazón se me sale del pecho. Quiero gritar.

Hiperventilo. El pánico se me queda atascado en el pecho, me tensa, hace que me trague el aire a grandes bocanadas, que lo devore como si fuese a darme energía para moverme. «Calma. Calma. Piensa. ¡Piensa!». Dos cuerpos se hunden cerca de mí. Pesados a causa de la armadura, caen deprisa para sumarse a los que ya yacen en el fondo. No hay elegancia en su muerte, derraman sangre mientras bajan. Cuando los asesinos terminen con los que están atrapados en el fango de la orilla, vendrán a por los que estamos aquí abajo. Pero en realidad no es necesario. Bajo el ritmo de mi respiración. El oxígeno que queda en el traje es limitado. El reciclador está desconectado.

Casio conocía mi plan. Tiene que haber sido él. ¿O me han traicionado?

No se lo conté a nadie salvo a los Hijos, Sevro y Mustang. Ninguno de ellos podría haberme delatado. Casi simplemente lo sabía. Ese maldito cabrón. Si pudiera rendirme, lo haría. Salvaría la vida de los que están conmigo. Pero no tengo intercomunicador.

Tiro de mi cuerpo con fuerza, tratando de despegar la espalda del suelo e incorporarme. Pero estoy demasiado embutido en el barro y mi traje está hecho de

más de una tonelada de metal. No puedo desprenderme del peso. No puedo quitarme el caparazón estelar. Para eso necesitaría los mecanismos electrónicos. Me impulso con los brazos. Nada. El barro me engulle. Mustang ha escapado. Creo. Espero. ¿Sabrá que estamos aquí abajo?

Busco a Sevro, a Ragnar, a mis Aulladores. Formas oscuras a mi alrededor. Estoy mareado. «Ralentiza la maldita respiración. Despacio. Piensa». Ni siquiera se molestarán en venir a matarme. Moriré en el fondo del río, mirando hacia la superficie mientras, uno por uno, mis amigos caen para reunirse conmigo. Totalmente solo. Sevro. Ragnar. Guijarro. Hierbajo. Payaso. Están muertos. Muriendo. Viendo lo mismo que yo. O tal vez tan solo estén en la orilla mientras los Belona caminan entre las armaduras paralizadas matando a voluntad. Quiero llorar de impotencia.

«Para. Haz algo. Muévete».

«Cuanto más alta es la subida, más grande es la caída». La frase resuena en mi memoria.

Esta es la tercera vez que me rebozan en el lodo de la muerte. Aprieto los dientes hasta que siento que el esmalte se cuarteas mientras concentro todas mis fuerzas en tratar de mover el brazo derecho. Despacio, muy despacio, comienza un éxodo desde la absorbente presión del barro. Pero es lo único que se libera. No seré capaz de despegar la espalda. Estoy demasiado hundido. Peso demasiado con el caparazón. Entonces lo veo. Cuando el pulso electromagnético explotó, bloqueó las sinapsis eléctricas, y eso quiere decir que el traje se congeló. Pero el filo aún funciona, y ahí está, como una pitón blanca enredada en mi brazo.

«Te salvará la vida a cambio de un miembro». Esas fueron las palabras que me dijeron cuando, de pequeño, me pusieron un falce en las manos. La salvación es sacrificio. El impulso del filo es químico. Su interruptor reaccionará a mí. Se enderezará. Pero en torno a mi brazo... tengo que darme prisa.

Cojo aire, cierro los ojos y acaricio el botón con el pulgar de los guantes de mi traje. Tengo que ser más rápido que el roce de una llama. Más veloz que una víbora. Aprieto el interruptor.

El filo se tensa al estirarse y atraviesa el metal como un cuchillo rebanaría un bizcocho.

Vuelvo a apretar el interruptor. Se detiene cuando ha empezado a seccionar el músculo, pero no el hueso. El terrible dolor que siento en el antebrazo me arranca un chillido. El agua corre por el brazo triturado y refresca la herida ardiente.

Entonces noto el pánico. Agua. Acabo de abrirle mi traje al agua. Idiota. Pronto se llenará. Ya la siento por dentro, subiéndome por el cuello. En cuestión de minutos, dos o tres, me ahogaré. Con esfuerzo, consigo liberar mi antebrazo ensangrentado del maltrecho caparazón de metal y sacudir el filo distendido para que quede flotando como un tentáculo. Entonces vuelvo a activarlo. Se transforma en un signo de interrogación mortífero y me lo acerco al otro guantelete.

Ahora tengo el traje lleno de agua hasta el torso. El aire escasea. Cada inspiración

enciende más estrellas detrás de mis ojos. Experimento una sensación de ligereza cada vez mayor a medida que la sangre brota de las heridas de mi brazo. Puedo sobrevivir mucho tiempo aguantando la respiración. Pero he hiperventilado y ahora estoy tragando dióxido de carbono. Consigo liberar mi otra mano del puño de la armadura, desnuda y pálida bajo esta luz extraña y oscura. Suaves nubes de sangre surgen de ella.

Si no me hubieran hecho sondeainfiernos, moriría en el lecho de este río. Así las cosas, me arranco el caparazón estelar y la armadura que llevo debajo. Es mi destreza la que me salva. No puedo mover la cabeza debido al peso del yelmo. No veo dónde corto. Mi piel y el dolor que presenta hacen las veces de ojos. Centímetro a centímetro, me aparto del caparazón estelar. Centímetro a centímetro, arrastro la hoja mortífera a lo largo de mi cuerpo. Me despojo de mi sangre y del caparazón en el agua. Secciono el exoesqueleto. Soy como una langosta que se escabulle de su carapacho muerto. Con mucho cuidado, me quito el yelmo cortándolo a la altura del cuello. Contengo la respiración y tan solo me hago un rasguño en la garganta.

Un arañazo. Muy cerca de la yugular.

Las piernas son la última parte que libero. Me siento y los fragmentos rotos de mi traje me rasgan la piel, pero saco la pierna derecha del metal seccionado. Estoy vivo y herido en el río frío y oscuro. Sin yelmo. Aguantando la respiración con la vista salpicada de manchas que estallan ante mis ojos. Ahora puedo atisbar el sembradío de hombres hundidos que me rodea en el fondo del río. Me acerco nadando al más corpulento y veo los ojos cerrados de Ragnar tras la visera de su yelmo. Las lágrimas brotan de ellos. Tiene los pulmones grandes, pero no puede quedarle mucho oxígeno en ese traje. Puede moverse mejor que yo gracias a su enorme fuerza. Pero ningún hombre con armadura podría nadar en esta agua.

No pensaba que fuera capaz de llorar. Y, sin embargo, ahora está sollozando, en silencio. No son lágrimas grandiosas, dramáticas. Son diferentes, serenas. Y cuando abre los ojos, veo algo más en él. Alguna parte latente de su alma se activa. Estaba muerto, se había abandonado a su destino. Y aun así yo estoy aquí, flotando, vestido con prendas tácticas negras y harapientas, ensangrentado, sin duda con aspecto de loco, pero liberado de mi caparazón. Soy su oscura esperanza. Comienzo a cortar a pesar de que mis propios pulmones arden. Lo necesito. No puedo buscar a Sevro. No hay tiempo. Y no puedo salir a la superficie para que me maten en cuanto me vean.

Trabajo sobre él como un verdadero tallista hasta que puede retorcerse y liberarse de su exoesqueleto. Otros han visto lo que estamos haciendo. Pero no podemos ayudarlos todavía. Deben aguantar.

Ragnar y yo nos abrimos camino hacia la superficie por la violenta corriente. Con los pulmones famélicos. El cuerpo pálido y tatuado de Ragnar se mueve por el agua con una elegancia que no consigo igualar. No me había fijado en que los obsidianos fueran tan buenos nadadores. Tiene sentido teniendo en cuenta que han nacido cerca de los témpanos de hielo.

Estamos cerca de la superficie cuando mi cuerpo derrota a mi mente. A tres metros de la superficie, inhalo agua.

Oscuridad.

Siento el barro entre los dedos. Algo se mueve por mi pecho. Agua. La vomito, la expulso sobre una mano ruda que me cubre la boca para que no haga ruido. No dejo de vomitar entre esos dedos. Luego siento una explosión de placer cuando al fin boqueo para coger aire. Aire precioso. La mano continúa tapándome la boca. Y durante un instante, no hay nada. Solo el orgasmo puro de la vida penetrando en mis pulmones. La intensa avalancha de oxígeno en los órganos vacíos y doloridos. Y de pronto el ruido de la batalla distante crece. Y los gemidos de los hombres. Estamos en un campo de cadáveres. Las torres de la muralla se ciernen sobre nosotros. El río corre rápido a nuestros pies. Apenas han pasado unos minutos desde el pulso electromagnético, pero da la sensación de que el día se haya marchado dejándonos atrás.

Ragnar me arrastra hacia el fango entre dos obsidianos muertos. Dos dorados, seis obsidianos y seis grises de los Belona caminan junto a la oscura ribera rematando a los que yacen indefensos en el suelo. Tenemos suerte de que los demás hayan abandonado la matanza para regresar a la lucha de la muralla. Casio se los habrá llevado. Eso significa que no sabía que era yo quien estaba aquí, pero sí estaba informado, al menos, del agujero que habían hecho los Hijos. Por mí, se habría quedado. Afortunadamente no llevaba el estandarte que me hicieron Payaso y Hierbajo. Y tampoco les había permitido a ellos que llevaran sus capas de lobo.

El lodo es un cementerio. Mis soldados están medio enterrados. Algunos intentan ponerse en pie con la armadura pesada, muerta, pero tan solo consiguen volver a caer sobre el barro o ser derribados por los dorados, que los masacran sin piedad. La mayor parte de ellos permanecen inmóviles. Un campo de escarabajos con armaduras que chorrean sangre.

Los grises bromean entre sí mientras se ocupan metódicamente de su tarea. Se recrean en un obsidiano tumbado de espaldas, utilizando bastones eléctricos para agujerear el grueso caparazón estelar y clavarlo en el suelo, como niños que atormentan a un cangrejo varado. Al final lo rematan con las balas perforadoras de armaduras, llamadas excavadoras, que salen de sus rifles.

Ragnar me señala el barro. Medio desnudos, los dos nos rebozamos en la sustancia oscura y pegajosa. Refresca las laceraciones de mi cuerpo y oculta los tatuajes del suyo. Hago un gesto en dirección a uno de los yelmos dorados y, por señas, le doy a entender que el oxígeno de nuestros supervivientes se está agotando. Ragnar asiente. Desenvaino el filo de uno de los cadáveres dorados. No sé quién es. Y se lo paso a Ragnar. El arma solo ha visto manos doradas. Ni los pretorianos, ni los obsidianos, ni siquiera los que lucen las insignias de la propia soberana, han tocado un filo desde la Revolución Oscura. Tocarlo conlleva la muerte por inanición. Perder cualquier posibilidad de llegar a Valhalla. Solo hambre, frío y el final. Pero nuestros

enemigos tendrán escudos de pulsos. Ninguna otra arma serviría.

Ragnar lo deja caer como si estuviera hecho de fuego. Vuelvo a ponérselo entre las manos temblorosas.

—No son dioses.

Como sombras salidas del Estigia, nos deslizamos por el cementerio. Nuestros enemigos no están organizados en partidas de combate. Objetivos fáciles. Avanzo deprisa, a cuatro patas como una especie de araña terrible, y apenas me levanto del suelo para matar a dos obsidianos antes incluso de que se den la vuelta. Ragnar le parte el cuello a otro y parte a un segundo por la mitad; la armadura de placas en retroceso del hombre se desprende de su cuerpo. Ya erguido, esprinto hacia el más alto de los obsidianos, salto y entierro mi hoja en su cuerpo. Aterrizo precariamente sobre mi brazo herido. Ni siquiera siento el dolor. Demasiada adrenalina. Veo que el escuadrón de grises se da la vuelta, así que caigo con el cuerpo del obsidiano y ruedo por el lodo, ocultándome entre las sombras, el barro y los demás cadáveres. Sus rifles de retroceso y sus armas de pulsos me harían pedazos sin mi escudo y mi armadura. Ragnar también ha desaparecido. No sé dónde está.

El tiempo se nos acaba. ¿Cuánto oxígeno podría quedarles? Los grises que tratan de darnos caza gritan algo acerca de espectrocapas. El obsidiano que queda se une a los dos dorados. Los grises repasan los cadáveres y rematan a los hombres que me quedan para sacarnos a Ragnar y a mí de nuestros escondrijos. Lea murió así, hundida en el barro. Yo no lo haré. Otra vez no.

Me levanto, no con un grito, no con un aullido. En silencio. Dejo que los grises me vean venir. Soy rápido. Y ya estoy casi encima de ellos cuando abren fuego. Me lanzo contra ellos, regateando, zigzagueando, como un globo que se deshinchas. No hay belleza en mis movimientos. Solo un terror frenético. No veo las balas. Solo siento su cercanía. Percibo su calor cuando desgarran el aire junto a mí. Noto el golpe cuando me alcanza el bíceps. El impacto me sacude el cuerpo. La piel se rasga cuando la bala atraviesa carne, tendones, músculos y sale por el otro lado arañando el hueso. Rujo. Me abalanzo sobre ellos; no emiten ni un solo ruido.

Han desaprovechado su ventana.

Seis enemigos caen gracias a las clases de kravat de Lorn. Seis hombres y mujeres.

Los dorados y el obsidiano vienen a por mí. Los dorados utilizan sus gravibotas. Ragnar surge de entre el barro y lanza su filo por el aire como si fuera una lanza. El enorme obsidiano cae al suelo al tiempo que Ragnar echa a correr tras los dos dorados recogiendo otro filo del suelo.

Me maravillo ante su fuerza. Coge a uno de los dorados por el pie cuando lo tiene encima. El escudo de pulsos lo electrocuta y el dolor lo sacude en oleadas. Pero se limita a rugir, sin soltarlo, y con un grito que no surge de su garganta, sino de su alma, estampa al dorado contra el suelo como si cortara madera. De algún modo se las ingenia para arrancarle la bota. El esbelto dorado rueda por el suelo gritándole

«¡Sucio!» a su amigo, que vuelve en su auxilio para que ambos puedan enfrentarse a Ragnar.

Corro a ayudar a Ragnar.

—¡Segador! —Uno de los dorados hace que su armadura absorba el yelmo para dejar al descubierto el rostro altivo de un Marcado como Único. Seguro de su rango. De su herencia. En su lugar. Su cara es todo alegría. Y después se contrae cuando ve el filo de Ragnar—. Le das la hoja de tus ancestros a una bestia. —Le lanza a Ragnar una mirada furibunda, llena de odio. Luego la desvía hacia el filo, colérico, confundido—. ¿Acaso no tienes honor?

Decido no contestar.

—Conoce a quién te enfrentas, Andrómeda —ruge el dorado de más edad—. Soy Gayo au Carthus, del linaje Carthii. Nosotros construimos las Columnas de Venus. Nosotros fuimos los primeros en navegar los espacios que separaban los confines Interno y Externo y en explotar las minas del Grupo Helsa.

—Esto no es *La Ilíada*. Ragnar, mata a este imbécil. Necesitamos sus gravibotas. El dorado escupe.

—¿Mandas a un perro a disputar tu pelea?

—**¡Soy un hombre!** —ruge Ragnar por encima del estruendo de los motores de la nave que nos sobrevuela.

Escupe al hablar, tiene el rostro congestionado de rabia. Se le hinchan las venas del cuello. Aúlla y se precipita contra ellos antes de que yo pueda siquiera levantar la hoja. Recoge el cuerpo del obsidiano caído y lo utiliza para bloquear sus filos. Le da un puñetazo a Gayo. Sin armas. Únicamente su puño. Lo golpea con tanta fuerza en el escudo de pulsos que el hombre cae de espaldas. Entonces mata al otro asestando machetazos a sus defensas con furia demente hasta que lo corta por la mitad. Aparta de una patada la parte superior del cuerpo y comienza a apalear a Gayo, que se hunde en el cieno oscuro mientras Ragnar se adelanta y, con calambres en los músculos por haber tocado el escudo de pulsos, acerca el filo a la garganta del hombre dorado.

—**Ríndete ante mí y vive** —gruñe.

Gayo escupe y se pone de rodillas.

—**Ríndete ante mí como un hombre se rinde ante otro hombre.**

—Nunca. —Los labios de Gayo se curvan con amargura. Pronuncia sus últimas palabras alto y claro, con resentimiento y valor. Con todo lo bueno y todo lo malvado de este extraordinario pueblo—. Soy el legado Único Gayo au Carthus. Soy la suma de la humanidad. Así que no me rindo. Porque un hombre no puede rendirse ante un perro.

—**Entonces conviértete en polvo.**

Ragnar presiona el filo.

Sacamos a nuestros hombres del fondo del río. Lo más rápido que podemos utilizando las gravibotas robadas, pero no lo suficientemente deprisa. Sevro no está muerto, pero casi. Lo encuentro enterrado boca abajo en la orilla del río. Escupe y

maldice cuando lo levanto con la ayuda de Payaso y Guijarro.

—¿Están muertos? —pregunta en voz baja—. Mis Aulladores...

—Demasiados —contesta Payaso débilmente.

—¿Mustang escapó?

Todos me miran.

—Eso creo —contesto—. Pero no puedo contactar con ella por los intercomunicadores. Tenemos que darnos prisa de todos modos. Si está viva y hace estallar los generadores para que nuestros refuerzos puedan tomar tierra, el escudo cae y la soberana tiene una amplia ventana de escape. Ahora mismo, está atrapada.

Sevro asiente. La pequeña Guijarro lo ayuda a levantarse. Cardo, tan bajita que apenas le llega a Ragnar a la altura de la cintura, lo ve con un filo en la mano mientras lo utiliza para liberar a otro obsidiano de un caparazón estelar inutilizado.

—Suelta eso —le espeta.

Ragnar lo deja caer y me mira con un pánico extraño. Le hago un gesto para que espere.

Después de revisar los trajes de los que cayeron en la orilla, conocemos el número de víctimas, y es tan devastador que Sevro se aleja. Hierbajo está muerto. Culopocho está muerto. Arpia murió antes de que llegáramos al suelo. Y muchos de los nuevos reclutas están muertos. Solo quedan Cardo, Payaso, Muecas y Guijarro. De los cincuenta obsidianos originales quedan once.

Guijarro y Payaso tocan la cara de Hierbajo, con las crestas a juego pegadas a la cabeza mientras la lluvia nos empapa a todos. Guijarro se aferra a su pecho, le golpea el corazón con sus manitas como si eso fuera a devolverle a su amigo. Cardo va a apartarla y Payaso emplea barro para enderezar la cresta de Hierbajo en la muerte. Sevro no puede mirar. Me acerco a él.

—Estaba equivocado respecto a la guerra —me dice.

—No puedo hacer esto sin ti. —Tras un instante desesperado, pregunto—: ¿Estás conmigo? ¿Sevro?

Se aparta y se limpia los mocos embarrándose la cara. Las lágrimas trazan líneas en el fango cuando levanta la vista hacia mí y, con la voz entrecortada como un niño, dice:

—Siempre, Darrow. Siempre.

AQUILES

No hay tiempo para llorar las pérdidas. Aunque mi equipo esté diezmado, debemos dividirnos aún más. En el exterior, mi ejército se lanza contra una muralla inexpugnable esperando ayuda del interior. No la han recibido. Mis legados estarán rastreando mi señal, preguntándose si he muerto. Un rumor así podría hacer que perdiéramos la batalla.

Envío a Ragnar con el remanente de los obsidianos a abrir una de las puertas de la muralla para mis legados, que nos esperan con miles de grises y obsidianos de reserva.

—No te doy dorados —le digo a Ragnar—. ¿Comprendes lo que significa?

—Sí.

—Esto puede ser un comienzo —le digo en voz baja. Me agacho y recojo un filo tirado sobre el lodo absorbente—. Es el deber de un hombre escoger su propio destino. Elige el tuyo. —Le tiendo el filo.

Ragnar vuelve la cabeza para mirar a los obsidianos. Se les han dañado las armaduras al liberarse de los trajes. Y están cubiertos de barro. Son más pequeños que él. Algunos, ágiles y tranquilos. Otros, enormes e inquietos, ansiosos. Todos tienen los mismos ojos negros y pelo blanco. Se han equipado con las armas que llevaban los grises y obsidianos que he matado. No son suficientes para moverse en esta guerra, y serán de poca utilidad si se topan con dorados.

Ragnar elige. Extiende una mano. Los Aulladores se preparan a mis espaldas, Cardo aún mirándolo diabólicamente.

—**Elijo seguirte a ti** —dice—. **Y elijo liderarlos a ellos.**

Le pongo el filo en la mano.

—¡Darrow! —exclama Cardo—. ¿Qué estás haciendo?

—Cállate —le espeta Sevro.

—¡No puede hacer algo así! —Cardo se adelanta, airada, e intenta arrancarle el filo de las manos a Ragnar. Él no lo suelta—. Dámelo, esclavo. Dame el filo. —Desenfunda su propia arma—. Dame el filo o te cortaré la mano que lo sujeta.

—Entonces yo te cortaré a ti, Cardo —gruñe Sevro.

—¿Sevro? —Cardo se vuelve hacia él, con los ojos abiertos de par en par. Luego me mira a mí, a los demás Aulladores, que permanecen inmóviles, sin tener muy claro lo que acaba de suceder—. ¿Os habéis vuelto locos? Él no tiene ese derecho. Es nuestro. Él no...

—¿Se lo merece? —pregunta Sevro—. ¿Quién eres tú para decidirlo?

—¡Soy dorada! —grita—. Payaso, Guijarro...

Guijarro guarda silencio. Payaso ladea la cabeza.

—Darrow, ¿qué es esto?

—Es mi ejército —respondo—. Recordáis el Instituto. Os acordáis de que sangro por los que me siguen. De que no acepto la lealtad de los esclavos. ¿Por qué os sorprende esto ahora? ¿Porque es real?

—Es solo que se trata de un camino peligroso. —Payaso echa un vistazo a la guerra que nos rodea—. Incluso aquí.

—Tienes razón. Lo es.

Me agacho y encuentro otro filo sepultado en el barro. Se lo lanzo a otro de los obsidianos, una mujer de aspecto desagradable que mide aproximadamente la mitad que yo. Ella lo coge como si fuera una serpiente y me mira aterrorizada. Crecen pensando que somos dioses. Si me dieran el martillo de Thor... ¿cómo lo agarraría? Sevro camina entre los cadáveres y encuentra varios filos más. Se los lanza a los obsidianos.

—No os cortéis —les dice.

—Cuento con vosotros. Marchaos —les ordeno.

Desaparecen corriendo en la oscuridad creciente hacia la parte interior de la colosal muralla. Me vuelvo para mirar a los Aulladores.

—¿Algún problema?

Todos niegan con la cabeza de inmediato, excepto Cardo.

—¿Cardo? —pregunta Sevro.

Payaso le da unos cuantos codazos. Y, a regañadientes, ella repite el gesto de los demás.

—Ningún problema.

Sí lo hay. No me seguirá después de esto. Ya siento a mis amigos dándome la espalda. Y aún no saben ni una mínima parte de la verdad. Pero trataré ese problema otro día.

Tenemos que movernos deprisa. Pero solo tenemos un par de gravibotas que funcionen para todos. Se las doy a Sevro. Intentamos ver si es capaz de levantarnos como hice yo con los Aulladores en el Olimpo, pero cuando nos montamos sobre ellas, las botas sueltan chispas y destellos. Solo pueden cargar con el peso de Sevro. Deben de haberse dañado durante la lucha y el rescate. «Maldita sea».

Así que lo haremos a pie. Y no podemos ir lentos.

Señalo hacia la armadura de placas de retroceso de los que tienen la suerte de conservarla tras las amputaciones de los caparzones estelares.

—Armaduras fuera.

—¿Qué? —protesta Cardo.

—Armaduras. Fuera. Salvo la piel de escarabajo.

—¿Sin armadura contra los pretorianos? —aúlla la chica—. ¿Quieres que muramos todos?

—Tenemos que darnos prisa. Si el escudo cae antes de que lleguemos a la

Ciudadela, la soberana se nos escapará. Si no la capturamos, tendrá una oportunidad de reagrupar sus tropas. Se unirá a su Señor de la Ceniza. Convocará a toda la Sociedad y vendrán aquí con diez veces más hombres que nosotros para aplastarnos. Ganaremos la batalla, pero perderemos la guerra.

—Pero si la cogemos... —ruge Sevro, que se coloca a mi lado.

—Estamos hablando de la soberana —interviene Payaso—. Tendrá pretorianos, Caballeros Olímpicos...

—¿Y? —inquiere Sevro—. Nosotros nos tenemos a nosotros.

—Somos seis. —Payaso se encoge de hombros avergonzado cuando lo miramos con fijeza—. Solo pensé que alguien tenía que decirlo.

—Tenemos que cubrir quince kilómetros a pie —digo. Ellos asienten—. Yo marco el ritmo. —Entonces intercambian miradas de preocupación y comienzan a quitarse las armaduras—. Si os quedáis rezagados, buscad un lugar donde esconderos.

Un tercio de la gravedad de la Tierra. Cuerpos en muy buena forma. Aun así será duro. Sobre todo con el brazo destrozado por mi propio filo.

Sevro se pega a mí mientras los Aulladores se desembarazan de la armadura. Oigo su miedo en el tintineo de armas y armaduras manejadas por manos temblorosas, lo veo en el frenesí con que después se frotan barro en la cara para oscurecer sus apariencias.

—Han estado contigo desde el principio, Darrow. —Sevro echa un vistazo en torno al parque tormentoso, hacia la lejana Ciudadela y el resplandor de las naves en el cielo—. Ya somos la mitad de los que te sacamos de la Luna. Puede que hayas sustituido a Pax por Ragnar, pero a ellos no puedes sustituirlos. Y a mí tampoco.

—Creía que estabas conmigo.

—Soy tu conciencia. Voy pegado a tu culo a todas partes. Así que no seas imbécil.

—Entendido. ¡A mí!

Ya sin armadura, partimos en silencio. Con la única compañía de nuestros filos y pieles de escarabajo. Con esarpes de suela de goma en lugar de gravibotas. Avanzamos junto al río, dejando la muralla a nuestras espaldas. Atravesamos los acres de prados de hierba y bosques que separan la muralla de la ciudad mientras la guerra mecanizada se propaga en la distancia. Los barcos rugen al pasar haciendo que las ramas de los árboles se estremezcan y las hojas caigan. Los transbordadores terrestres titilan a nuestra derecha cuando trasladan soldados al frente. Las explosiones humean a lo lejos. Las nubes consumen el cielo más allá del inmenso escudo que se superpone a la ciudad. Dentro de las nubes también destellan explosiones.

Mustang estará acercándose en este preciso instante a los generadores del escudo, si es que está viva.

Es un camino complicado, pues recorreremos quince kilómetros a toda velocidad.

Siento punzadas de dolor en el costado. Mis músculos están hambrientos de oxígeno. Y el brazo derecho me atormenta a causa de la condenada herida de bala del bíceps y de las laceraciones que sangran a lo largo del antebrazo y la muñeca. Me he tomado medio paquete de estimulantes para poder usar el brazo. El dolor no ciega. Centra. Me impide pensar en los muertos.

Cuando llegamos al final de los bosques, no nos detenemos a descansar, sino que continuamos corriendo hacia las calles pavimentadas del distrito comercial atajando entre edificios que se elevan más de un kilómetro hacia el cielo. Atravesamos los distritos inferiores desiertos, el bazar, cuyos pasillos serpenteantes nos guían entre calles peligrosas y paredes llenas de grafitis. De vez en cuando, un marrón, un rosa o un rojo se escabulle de nuestro camino o nos observa tras una ventana en un callejón. Incluso aquí, en el centro de su reino, veo los grafitis de la muerte de Eo. Tiene el pelo en llamas, como los guerreros heridos que cruzan el cielo al otro lado de los escudos transparentes de Agea. Alguien vomita detrás de mí. No se detienen. El hedor de la bilis viaja con nosotros.

Sevro regresa volando a nosotros y aterriza a mi lado.

—Hay un pelotón de grises un poco más adelante. Id una manzana hacia el sur y después volved para evitarlos.

Y después vuelve a marcharse. Seguimos sus instrucciones.

De repente se produce un movimiento en el cielo y reducimos nuestro paso al trote para mirar. Guijarro aprovecha la oportunidad para desplomarse sobre la acera con el pecho palpitante. Muy por encima de nuestras cabezas, pero aún debajo del escudo, una horda de lanzaderas transporta a los soldados desde la batalla más pequeña de la muralla meridional, donde lucha Lorn, hacia la muralla norte, a la que han ido Ragnar y sus obsidianos. Docenas de lanzaderas llenas de reservas salen de sus muelles en los hangares y de los puertos que salpican las paredes de roca de siete kilómetros de altura del Valles Marineris al este y al oeste. La mayor parte de los barracones están allí, al igual que las fábricas en las que esclavizan a los rojos superiores para que produzcan armamento y bienes de consumo comerciales. Nos escondemos de la nave. Algo ha ocurrido en la muralla septentrional. Volvemos a arrancar. Guijarro gime. Cardo la levanta, la ayuda a mantener el ritmo.

Sevro vuelve a sumarse a nosotros al cabo de unos minutos con el brazo izquierdo colgando inmóvil junto al costado. Lo examino. Él ignora mi preocupación.

—Ragnar ha abierto las condenadas puertas. —Una sonrisa invade su rostro—. Doce de las de la fachada de la muralla. Nuestros chicos están entrando a raudales. Y... —Se queda ahí callado, sonriendo.

—¿Y qué?

—Y Ragnar ha matado al Caballero del Viento y casi se carga a Casio.

—¿A un Olímpico? —se sorprende Payaso.

—Lo partió en dos delante de todo el ejército. Los obsidianos que lo forman se están volviendo locos.

Sevro se marcha enseguida y continuamos adelante. Un escuadrón de policías grises nos ataca. Nos ponemos a cubierto mientras sus disparos agujerean las paredes y después nos desviamos por un callejón para evitarlos.

Nos quedan cuatro kilómetros para alcanzar nuestro destino.

Tosiendo y jadeando, entramos tambaleándonos en los jardines exteriores de la Ciudadela. Nos escondemos entre los árboles como una especie de manada de demonios desgraciados. A través de la escasa arboleda y al otro lado de una alta muralla, se yergue la Ciudadela como una red de chapiteles. No es dorada, sino blanca entreverada de rojo y todavía decorada con las estatuas de leones de Augusto, aunque los estandartes azules y plateados de Belona ondean al viento sobre una veleta con siluetas de leones. Su águila plateada tiene un aspecto muy orgulloso hasta que Sevro nos saluda desde la veleta y corta uno de los estandartes. No esperaban que nadie llegara hasta aquí.

Además de ser hermosa, la Ciudadela también es una fortaleza. Una en la que no quiero enmarañarme. Iríamos habitación por habitación y, excepto en el caso de que esté totalmente vacía de soldados, nos arrollarían, nos aplastarían contra las carísimas paredes de roble rojo y nos matarían sobre los suelos de mármol. No está protegida por escudos, pero hay toda una red de búnkeres debajo del edificio. Me preocupaba que fuera allí donde escondieran a la soberana. Si estuviera ahí abajo, esto se convertiría en un sitio. Pasarían días hasta que pudiéramos hacerla salir, si es que lo conseguíamos. Así que le doy una vía de escape. Todo el peso recae sobre las espaldas de Mustang: el escudo debe caer en el momento adecuado. Sacarla de su escondrijo.

Una muralla decorativa, una pared que normalmente no sería más que un saltito con las gravibotas, nos impide la entrada a los silenciosos terrenos de la Ciudadela. Todo lo que nos rodea es parque. Árboles. Fuentes. Plazas blancas en las que los dorados y los plateados toman el té de la tarde, ahora vacías. Hay demasiado silencio aquí, en el ojo del huracán. Sevro desciende para unirse a mí.

—¿Puedes ayudarnos a pasar por encima de la muralla? —pregunto.

—Estas cosas están a punto de quedarse sin energía —masculla—. Intentémoslo.

Nos abrazamos y él me eleva en el aire, esbozando una mueca de dolor y protegiéndose el brazo izquierdo. Las botas renquean y escupen chispas. En dos ocasiones estamos a punto de caer. Y de pronto estamos encima de la muralla. Sevro me posa sobre ella y baja a por el siguiente Aullador. Momentos más tarde, su cabeza asoma por encima de la pared durante un instante, luego desaparece cuando las gravibotas chisporrotean y gimen. Con un último crujido mecánico, las botas ceden y Sevro y el Aullador caen al suelo desde diez metros de altura.

Un estallido enorme resuena desde el otro lado de la ciudad. El humo asciende a lo lejos.

Mustang lo ha conseguido.

Sobre nosotros, el escudo translúcido que separaba este mundo del mundo de los

barcos se apaga. Tiembla y, distorsionando los fuegos de la ciudad y los relámpagos del cielo como un espejo estropeado, se desintegra en una neblina prismática. En realidad, solo una octava parte del escudo se desintegra. Una inundación de agua acumulada se derrama sobre esa sección de la ciudad en grandes cortinas grises.

—¡No ha funcionado! —grita Guijarro desde el otro lado de la muralla.

Pero se equivoca. Uno por uno, los nexos que sustentan el escudo se sobrecargan. Es una reacción en cadena, y finalmente las enormes cortinas de agua de la tormenta caen sobre Agea. Roque, si va ganando, enviará los refuerzos. La ciudad está prácticamente tomada. Y ahora sus guardaespaldas sacarán a la soberana de los búnkeres para escapar del planeta perdido. Pero las plataformas de despegue de las lanzaderas están todavía a dos kilómetros, al otro lado de los terrenos de la Ciudadela. Se suponía que todo esto sería diferente. Debería llevar puesta mi armadura, tener a cien obsidianos detrás de mí y a una docena de mis mejores dorados. En lugar de eso, guío a unos cuantos de mis amigos hacia una picadora de carne. Tengo que cambiar el paradigma, pero no los pondré en peligro. Miro a Sevro desde lo alto de la muralla y él reconoce mi expresión de inmediato.

—No, Darrow —me dice—. ¡Piensa en tu misión! —Me lo está suplicando. Cuando me doy la vuelta, salta y trata de trepar por la muralla—. ¡No lo hagas, Darrow! ¡Espera! ¡Te matarán!

Me dejo caer por el otro lado de la muralla hacia los jardines interiores de la Ciudadela. Los hilos de la vida de algunos hombres son tan fuertes que deshilachan y parten los de aquellos que los rodean. Suficientes amigos han pagado ya por mi guerra. Esto corre de mi cuenta.

—¡DARROW! —El grito de Sevro es horrible, desesperado—. ¡DETENTE!

Corro más rápido de lo que lo he hecho en la vida. La soberana no se me escapará. He hecho todo esto para cogerla. Atraparla, romper la Sociedad. Si la capturo, el escenario está preparado. Nos alzaremos. Podemos ganar. Salto por encima de las hileras de setos, rodeo fuentes, atravieso rosales. La sangre me chorrea por el brazo. No siento el cuerpo. Vuelo por encima de la tierra. Falce en mano.

«Ahí».

Doblo una esquina de la Ciudadela. Detrás de un jardín de rosas se extiende un patio blanco manchado de negro por los motores de los yates personales. Cuatro barcos solitarios descansan en una zona de aterrizaje que puede albergar un centenar de ellos. Todas las naves son negras y llevan una luna creciente, inmensa y dorada, en los enormes chasis, pero el más voluminoso de todos, el que tiene los motores más grandes y el casco reforzado, es el de la soberana. Los otros son cebos, casi tan voluminosos, casi tan blindados. En el aire, son indistinguibles.

No hay duda de que los sensores me han detectado. Unos lurchers grises vienen a por mí. Desde algún barracón oculto han soltado a guardaespaldas obsidianos para que me maten. Solo me cogerán si me detengo. Así que ni siquiera disminuyo el ritmo mientras examino la plataforma de aterrizaje. Varios naranjas se afanan en

torno a los barcos negros preparándolos para despegar. Aún no es demasiado tarde. Pero la puerta de la Ciudadela está mucho más cerca de la nave que yo.

Salen a toda prisa. No veo a la soberana. Solo distingo capas moradas agitándose bajo el viento y la lluvia. Agachan las cabezas para abrirse paso entre el vendaval, levantan la vista hacia el cielo, donde las estelas de la entrada de la Lluvia de Hierro brillan tras la tormenta y hacen que las nubes oscuras tengan el mismo aspecto que el acero que se calienta lentamente en la forja. Mis Titanes se acercan.

Los pretorianos se apresuran y, con la soberana, suben corriendo la larga rampa que lleva al interior de la nave. Atisbo su rostro cuando se introduce en las entrañas del barco. Veo a Aja entre su séquito. Y a Karnus. Y a Fitchner, ese hijo de puta feo y traidor. Corro más rápido. El agotamiento me entumece las piernas. Me duelen los pulmones. Vierto todo lo que soy en este momento. Mi vida en las minas, las horas de sufrimiento con Harmony, los horrores del Instituto. Dejo que arda en mi interior todo el amor que he ganado y perdido y por el que todavía deseo vivir.

La mitad del séquito espera en la pista, se queda atrás para vigilar la nave mientras se encienden las luces y arrancan los motores. Los cebos imitan sus movimientos. Un dorado de los Belona se da la vuelta cuando me acerco. Abre los ojos de par en par y le lanzo un tajo sin parar de correr y al tiempo que emite medio grito. Se vuelven más: mujeres, hombres, guerreros, políticos, dorados y plateados que reconozco de mis días junto a Augusto.

Toman conciencia de mi presencia por oleadas. Se supone que el enemigo está a las puertas de la ciudad, no entre ellos, así que se sobresaltan al verme. Y cuando recuperan la compostura, ya he superado sus manos protegidas por armaduras. Esquivo el brazo estirado de un gris que pretende agarrarme y le quito una bolsita de municiones de la cintura. Lanzo un golpe de falce hacia atrás y lo alcanzo de pleno.

Gritos. Filos que se desenvainan. Balas, bombas de pulsos que pasan volando junto a mi cabeza. La rampa del barco se retrae cuando la nave comienza a elevarse.

Suelto un alarido y salto con todas mis fuerzas. La mano de mi brazo herido agarra el borde de la rampa. Los ojos me palpitan en la cara a causa del esfuerzo y del dolor de los dedos. La nave continúa subiendo. El rugido de los motores me invade por dentro y me empuja el corazón contra las costillas. La rampa sigue cerrándose. Gruño con desesperación y me impulso hacia arriba, incómodo por lo extraño del ángulo, pero posible gracias a la escasa gravedad. Ruedo hacia el interior de la cubierta, me pongo de rodillas y jadeo con el falce apoyado en el suelo. El ruido de los motores se difumina cuando la puerta se cierra y se presuriza. Lo único que oigo es mi respiración entrecortada y el murmullo de la mortífera nave que se escapa.

Levanto la mirada.

LA MUERTE DE UN DORADO

Seis pretorianos ataviados con armadura completa me observan. Karnus está con ellos. Y Aja. Y el fornido Fitchner, que abre los ojos como platos cuando me ve. La soberana está de pie ante sus pretorianos, alta, aunque a duras penas les llega a los hombros.

«Maldita sea».

No creía que todavía estuvieran todos en la bodega.

—¿Darrow? —casi gime Fitchner.

—¿Qué? —Karnus se echa a reír y mira a su alrededor para ver si los demás se dan cuenta del regalo tan ridículo que acaba de caerles en el regazo—. ¿Qué...? Andrómeda, ¿de dónde has salido? Es como si el mismísimo dios Júpiter acabara de cagarte.

Me quedo de rodillas, resollando, chorreando sangre, lluvia, sudor y barro.

—Podemos utilizarlo como rehén —dice Fitchner rápidamente mientras el barco continúa elevándose en el aire.

—No —contesta la soberana—. Nunca se habría pedido rescate por Aquiles, porque al ser capturado, pierde todo lo que lo convierte en Aquiles. —Me mira durante un instante de frialdad. Escupo flemas contra el suelo—. Aja, córtale la cabeza.

Aja se acerca a mí.

—Estúpido crío. Sin amigos. Sin ejército. Sin esperanza.

Suelto una carcajada tenebrosa.

—¿Quién necesita esperanza cuando tiene una granada de pulsos?

Levanto las municiones que le arranqué al gris del cinturón. Retroceden.

—¿Qué quieres, Andrómeda? —pregunta la soberana despacio.

—Demostrar que no eres invencible. Haz aterrizar el barco.

Octavia sonrío y habla por el intercomunicador.

—Piloto. Acrobacia.

El piloto ejecuta un tonel volado. Sin gravibotas, pierdo el equilibrio y me estampo primero contra el techo y luego de nuevo contra la cubierta. Se me cae la granada. Mis enemigos permanecen inmóviles en sus posiciones. Aja le da una patada a la granada de pulsos, que cae por la escotilla abierta y explota mucho más abajo.

Miro hacia la noche, donde mi plan acaba de desaparecer.

—Orgullo. —Octavia sonrío—. Supongo que a todos nos vuelve estúpidos.

Tardo un tiempo en volverme para mirarla, percatándome de lo tonto que he sido

al pensar que podría controlar todas las variables. Y ahora he metido la pata.

—No escaparás —digo.

—Sabes que sí. ¿Por qué si no ibas a arriesgarte a colarte en mi barco?

Le hace un gesto con la cabeza a uno de los Caballeros Olímpicos y un gorjeo extraño y agudo se propaga dos veces por el aire antes de remitir. Una espectrocapa. Terriblemente cara para todo un barco. Mis amigos no vendrán a rescatarme.

Octavia se vuelve hacia Fitchner.

—Caballero de la Furia, ¿tienes una nanocámara? —Él asiente y le muestra un anillo—. Graba a Aja matando al Segador.

Fitchner empalidece.

—Deja que lo mate yo —suplica Karnus—. Mi soberana, deja que lo mate por mi familia. Es mi derecho.

—¿Tu derecho? —pregunta ella sorprendida—. Tu familia me ha hecho perder Marte. No tienes derechos.

—Sería mejor que fuera nuestro prisionero. —Fitchner da un paso hacia la soberana—. Deja que hable con él. Es alumno mío. Quisiste tenerlo a tu servicio una vez, Octavia. Permite que se retracte y lo haga de nuevo. Demostrará la grandeza de tu poder... que puedes perdonar incluso a un comemierda como este.

La soberana se vuelve despacio para mirar a Fitchner, evaluándolo. Y él se da cuenta de que ha cometido un error.

—Espera, Aja. —Sonríe—. Quiero que lo mate Fitchner.

El hombre se queda boquiabierto. Es una de las primeras veces que lo veo quedarse sin palabras.

—Mata a tu alumno —ordena la soberana—. ¿Acaso no eres leal?

—Claro que soy leal. Ya lo he demostrado.

—Pues demuéstralo otra vez. Tráeme su cabeza.

—Tiene que haber otra forma de...

—Puso a tu hijo en tu contra —dice Octavia—. Y sabes que no mantengo a mi lado cosas en las que no puedo confiar. Así que mávalo.

—Sí, mi señora.

El rostro de Fitchner se contrae a causa de la concentración. En sus ojos de color bronce hay un extraño remolino de tristeza. ¿Tan horrible es ver morir a su laureado alumno? ¿O es porque soy amigo de Sevro? ¿Será preocupación por Sevro?

—Sevro está vivo —le digo—. Ha sobrevivido a la Lluvia.

Mueve la cabeza en señal de agradecimiento y acerca la mano al filo. Y entonces se tambalea hacia un lado, empujado por Karnus. El enorme Belona carga contra mí. Con el odio retorciéndole la boca, los hombros ingentes cubiertos por una armadura que muestra la grandeza de su familia. Vocifera mi nombre.

Finta hacia arriba y curva el filo en diagonal hacia mí, rápido como una serpiente. Hago una voltereta lateral por el interior de casi todo su trazo y le clavo mi arma en el estómago. Suelto la hoja y lo rodeo mientras cae de rodillas.

—Cuanto más alta es la subida, más grande es la caída —le susurro, y entonces le saco la hoja por la espalda agarrándola por el extremo afilado y le amputo la cabeza.

Un pretoriano corre hacia mí. Le lanzo el filo. Le da en el pecho y se cae al suelo. Recupero mi arma y me aparto caminando de espaldas del resto de los pretorianos.

—Idiotas —farfulla la soberana.

—¿Debería seguir grabando esto? —Fitchner se rasca la cabeza.

El barco se estremece de nuevo y se balancea con fuerza antes de recuperar la posición. Se me nubla la vista y me tambaleo hasta apoyar una rodilla en el suelo. Pongo una mano en la cubierta. Recupero el equilibrio. Siento la nueva calidez que se derrama por mi espalda y mi estómago. No me arrodillaré. No ante ella. No ante una tirana. Me incorporo, vacilante. Karnus apenas me alcanzó. Pero lo hizo. La sangre mana desde algún punto situado entre mi cuello y mi hombro izquierdo, donde su filo encontró agarre. Me ha atravesado la clavícula. Se me comba el cuerpo.

—Qué cosas. —La gélida mirada de Octavia au Lune escudriña la herida de mi cuello—. Imagínate a este chico moldeado en mi casa, Aja.

Niega con la cabeza y me observa con una absoluta falta de comprensión. Se fija en el resto de mis heridas. En mi sangre. Mi agotamiento. Mi juventud. Y aun así he hecho todo esto. Dos cadáveres a mis pies. Una ciudad tomada por asalto a mis espaldas. Más ciudades asediadas a lo largo y ancho de Marte. Mi flota destruyendo la de los Belona. La Sociedad a punto de fracturarse. No lo entiende y nunca lo entenderá. Pero parece que Fitchner sí. Tiene los ojos vidriosos. Los puños apretados.

—No podrías moldearme —mascullo.

Solo los rojos podrían. Solo la familia, solo el amor me dio esta fuerza. Pero la fuerza se está desvaneciendo. Entonces es Aja quien se precipita hacia mí. Intercambiamos tres movimientos antes de que me arranque el filo de las manos y me golpee con tanta fuerza en el pecho con su puño que pienso que estoy muerto. Me empotra contra el techo como si fuera una muñeca de trapo. Y cuando acaba, vuelve junto a la soberana y yo gimo y me hundo en el dolor.

—Tráeme su cabeza, Fitchner —exige la soberana.

Él me mira con impotencia y extiende una mano que casi roza a la soberana.

—Deberíamos grabar su ejecución para la HP. Propaganda. En la horca. Muerte de Estado.

—Fitchner... —La soberana enarca las cejas y el Caballero retira la mano—. Basta. —Los músculos de su cara se tensan mientras piensa—. Lo quiero muerto. Sin más variables. Ahora. Clavaremos su cabeza en una pica. Ya grabaremos eso.

Los ojos pequeños y brillantes de Fitchner se llenan de tristeza. Nacido el más bajo de los dorados, alcanzó la cima gracias tan solo al mérito. Qué hombre. Y pensar que alguna vez lo tomé por débil.

Aquí, al final de todo, sé que ganaremos Marte. Augusto será liberado. La guerra continuará. Los dorados se debilitarán. Y los rojos se rebelarán. Quizá, solo quizá, se alcen y encuentren la libertad. He hecho lo que Ares me pidió. He sembrado el caos.

El resto dependerá de otros hombres y mujeres. Eo estaría satisfecha.

Sonrío blandamente y noto la debilidad de mis piernas. Estoy cansado. Estoy de rodillas. ¿Cuándo he vuelto a caerme? Me da igual. Qué agradable será descansar en el valle mientras otros llevan a cabo el sueño de Eo. Solo desearía haber visto a Mustang antes del final. Haberle contado lo que soy para que al fin comprendiera.

—Tu chico ha brillado con fuerza. Y se ha consumido rápido —le dice Aja a Fitchner desde las sombras de mi campo de visión—. Conserva la cabeza. Pero puedes lanzar el cuerpo al suelo, siguiendo la costumbre marciana.

Aja vuelve a abrir la rampa de descenso. El metal gruñe. Siento el viento del valle en la cara. El fresco de la niebla. El olor de la lluvia. Voy a dormir. Pronto me despertaré junto a Eo. Me despertaré en nuestra cama caliente, con la mano enredada en su pelo. Me despertaré para el amor y sabré que en el mundo anterior hice todo lo que pude.

Aunque te echaré de menos, Mustang. Más de lo que lo he reconocido hasta ahora.

La niebla y las sombras son mi visión. Durante un instante, el olor a herrumbre me hace pensar que estoy en la mina. ¿Estoy dormido? Oigo botas de metal. Un hombre camina entre la niebla. No puedo verle la cara. Pero algo se agita en mi interior. ¿Padre? No, no es mi padre. Entrecierro los ojos.

—Tío Narol.

—No, soy Fitchner, chaval.

Su voz me devuelve violentamente a la bodega del barco. Como un anzuelo de pescar que arrastra seda en una dirección hacia la que no desea ir.

—Ah. Me alegro de que seas tú —digo en voz baja tras encontrar la fuerza necesaria para levantar un poco más mi pesada cabeza y mirarlo a los ojos.

Los tiene llenos de lágrimas. Suelta una risotada. El viento sopla a mis espaldas. No es el valle. Tan solo Marte. No hay niebla. Solo son las nubes. Han bajado la rampa para poder arrojar mi cuerpo por ella. Ya le dije a Lorn que yo no estaba destinado a tener el pelo cano.

Se me cae la cabeza. Noto el sabor de la sangre en la boca. Tengo náuseas y estoy a punto de desmayarme.

—Dile a Mustang... a Eo... que las amo.

Bostezo con fuerza.

—Maldito imbécil —dice en un murmullo al tiempo que niega con la cabeza—. Lo tenía todo bajo control.

—Yo no... —Parpadeo entre la niebla—. ¿Qué?

—Soy yo —dice—. Siempre he sido yo, chaval.

La niebla desaparece. Levanto la mirada hacia él. Levanto la mirada hacia Ares mientras se pone su yelmo de Caballero de la Furia y dispara un puño de pulsos contra los pretorianos, que salen disparados por los aires. Luego lanza una granada sónica hacia atrás.

—¡Fitchner! —ruge la soberana—. ¡TRAIDOR!

Una explosión. Algo me golpea el pecho y comienzo a caer. Dando bandazos. ¿Vuelo? Noto frío. Un viento lacerante. Tengo el estómago en la garganta. Doy muchas vueltas. Luego, un brazo rígido bajo el mío. Me elevo. El viento chasquea como un látigo al pasar junto a mis orejas. Pero oigo otro ruido antes de que la oscuridad me devore. Fitchner —Ares—, el señor de los terroristas del inframundo, aúlla como un lobo mientras me lleva a puerto seguro.

EL MAR

Me despierto entre los olores del mar —agua salada, algas marinas— transportados por un fresco viento otoñal. Las gaviotas chillan. Una desciende planeando y se posa en el alféizar de piedra blanca de la ventana abierta. Me mira con la cabeza inclinada y echa a volar hacia el sol de la mañana. Las nubes se mueven a lo lejos siguiendo la línea del horizonte, una promesa de lluvia aun cuando el rocío del alba gotea por la claraboya abierta.

Ella se mueve a mi lado. Su cuerpo esbelto está sobre las sábanas, enrollado alrededor de mi forma maltrecha. Está vestida. Yo no llevo camisa. Tengo marcas de injertos cutáneos recientes en el cuerpo. Cosas con brillo, rosas y tiernas al tacto. Mustang cambia de posición una vez más, y su movimiento me devuelve a mi propio cuerpo. Me hace sentir los dolores, el sufrimiento y el consuelo de su cercanía. Dejo que mis párpados se cierren y lanzo un profundo suspiro, concediéndome el lujo de hundirme en los suaves placeres de ser humano. Su aliento contra mi cuello. El latido de otro corazón junto a mis costillas. Su pelo dorado me hace cosquillas en la nariz cuando el viento frío lanza unos mechones sobre mi cara. El aire matutino es joven, vital.

Lo inspiro profundamente y vuelvo a deslizarme hacia el sueño.

Los recuerdos del metal destrozan la paz.

Los gritos resuenan en la oscuridad. Mis amigos mueren.

Abro los ojos de golpe en busca de la luz, desesperado por recordar dónde estoy. Diciéndome que estoy a salvo. Estoy protegido. Aquí no hay metal. Solo sábanas de algodón. Una cama. Una chica cálida. Y aun así los recuerdos son tan cercanos. ¿Cómo sobreviví?

Caí desde el cielo con Fitchner.

«Ares». Una verdad que ha existido siempre, pero que parece tan nueva que ni siquiera puedo asirla. Me desperté con el utensilio de un amarillo en mi pecho, reiniciándome el corazón. Luego volví a despertarme con el escalpelo de un tallista pegado a la piel. La agonía y las náuseas eran mis compañeras de cama. Visiones que vienen y van, como las mareas. Visitas que entran y salen. Prefiero despertarme como ahora.

Me da miedo volver a cerrar los ojos. Me da miedo lo que veré, ante qué me despertaré. Cuando era un niño rojo, compartía mi pequeño catre con Kieran. Todas las mañanas me despertaba antes que él y me quedaba allí tumbado en silencio, escuchando las voces susurradas de mis padres, que se filtraban bajo la endeble puerta cuando comenzaban el día. Oía a mi padre arrastrar los pies. Todos los días lo

oía aclararse la garganta después de lavarse la cara para ahuyentar el sueño. Mi madre le hacía café moliendo los terrones que conseguía de los grises a cambio de huevos de víbora o bobinas de seda robadas en la hilandería.

Ojalá hubieran sido aquellos los ruidos que me despertaban a la misma hora todas las mañanas. El molido, el olor. Ojalá pudiera decir que así era como mi cuerpo sabía que tenía que regresar del sueño. Pero no era el aroma del café ni del té de mi madre. No era el suspiro matutino del agua que corría por las tuberías ni el crujido artrítico de las escaleras de cuerda cuando los hombres y mujeres del turno de noche del sector de Lico regresaban a casa desde las minas y la hilandería. No era el rumor exhausto de los del turno de día que se dirigían al trabajo.

Lo que me despertaba era el miedo a una puerta que se cerraba.

Cada mañana terminaba del mismo modo. Primero los platos de arcilla repiqueteaban contra el fregadero de metal. Luego la silla de plástico de mi padre arañaba el suelo de piedra. Ambos se quedaban de pie junto a la puerta, susurrando. Un silencio. Siempre imaginé que era el momento en que compartían un largo beso. Después, al final, llegaba el adiós. La puerta principal se abría chirriando sobre las bisagras oxidadas. Y en el último momento, a pesar de mis plegarias, se cerraba.

Me acerco a Mustang y la beso en la frente. Con más fuerza de la que pretendía. Se despierta con delicadeza, como un gato que se despereza después de una siesta estival. No abre los ojos, pero esconde la cabeza en mi costado.

—Estás despierto —murmura. Sus pestañas aletean y se endereza con un respingo, alejándose de mí—. Lo siento. Debo de haberme quedado dormida. —Mira hacia la silla en la que había estado sentada—. En la cama.

—No pasa nada. Quédate. Por favor. —Me había olvidado de que se supone que debemos tratarnos con frialdad el uno al otro—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¿Desde el ataque? Una semana. —Se aparta de la cara los mechones de pelo suelto—. Me alegro de que hayas vuelto con nosotros.

—¿A quién perdimos? —pregunto con cautela.

—¿Perder?

Mueve las manos incómoda y nerviosa mientras enumera las bajas. Después, un prolongado silencio. Los números me aplastan contra la cama. Recuerdo que tengo que respirar.

—¿La soberana...?

—Escapó. Pero no sin una herida fea cortesía de Fitchner.

—¿Y tu padre? —pregunto.

—¿No lo sabes? —Sonríe con embarazo y suelta un suspiro demasiado relajado para intentar rebajar su propia tensión. Se acerca en la cama, aún con cuidado de no tocarme—. Va a ser aburrido ponerte al día.

—Estoy seguro de que sobrevivirás.

—Mi padre está vivo. Cuando los escudos cayeron, varios dorados que ya estaban dentro de la Ciudadela se pusieron al mando de un escuadrón de lurchers para

rescatarlo. Resulta que la influencia de mi hermano es enorme. Así que cuando los Caballeros Olímpicos fueron a llevárselo junto a Octavia, tuvieron que marcharse con las manos vacías.

»Los canales de la HP llaman a Roque “Nelson reencarnado”. Capturó a más del ochenta por ciento de la flota de Belona. —Su tono se ensombrece—. Lo cual quiere decir que, como persona al mando de la batalla, tiene derecho por lo menos al treinta por ciento de los barcos. El resto irá a la Casa de Augusto.

—Y eso significa que, técnicamente, tiene más que yo.

—Las malas lenguas ya se preguntan cuánto durará su lealtad ahora que...

—Ya está el Chacal con sus juegos —la interrumpo con una carcajada.

—No para nunca.

—No creo que Roque se levante en armas contra mí —digo—. ¿Tú sí?

Se encoge de hombros.

—El poder crea oportunidades. Te dije que arreglaras las cosas con él.

—Roque es nuestro aliado. Siempre lo será. Ya lo conoces.

—Ha pasado tanto tiempo aquí como Sevro. —Esboza una sonrisa lenta—. Ayer por la noche me quedé aquí dormida. Lo eché antes. Pero no estaría cumpliendo con mi trabajo si fingiera que no es una amenaza potencial para nosotros.

Me fijo en que dice «nosotros».

—¿Tu trabajo? —repito—. Que es...

—Me he autodesignado tu jefe político.

—¿Ah, sí?

—Sí. El juego de la corte puede ser un asunto engañoso, feo. Tú eres demasiado sincero para él. Como un cordero que considera un halago que lo inviten a un banquete celebrado por lobos en su honor.

—Y... ¿qué pasa si es de ti de quien necesito que me protejan?

—Bueno. —Enarca la ceja izquierda—. Supongo que en ese caso ya has perdido.

Me echo a reír y pregunto por Sevro.

Finge mirar a su alrededor.

—¿No está dormido a los pies de la cama? Creo que ha salido con su padre. Yo volví anoche de visitar a Kavax en la órbita, pero Teodora dice que Sevro se marchó poco después de cenar con Fitchner. Creía que odiaba a ese tipo.

—Y lo odia.

—¿Qué ha cambiado?

Me encojo de hombros y me pregunto desde hace cuánto conoce Sevro la verdadera identidad de su padre. Me parece que es imposible que estuviera tan ciego como yo. ¿Acaso era él y no yo el que mentía esta vez para variar?

—¿Y Lorn? —inquiero.

—Está con esa arpía, Victra.

—¿Qué te pasa con Victra?

—¿Aparte del hecho de que coquetea con todo lo que se mueve? Nada.

—Espera. ¿Coquetea contigo? Cuéntamelo con detalle.

—Cállate. —Mustang me da un cachete. Pero su sonrisa desaparece con la misma velocidad con la que retira la mano—. Lorn ha tomado a Victra bajo su ala. Parece cómodo aliando a su familia con los Julii. La madre de Victra ha dado su consentimiento al pacto. Tres de las casas más poderosas de Marte unidas bajo mi familia. Un triunvirato contra la soberana. Los gobernadores de los gigantes gaseosos están de camino a Agea para celebrar una cumbre. Y también los reformistas. Tenías razón. Si tomábamos Marte, teníamos una oportunidad contra Octavia. Esto ya no es simplemente una batalla. Es una guerra civil. Y no sin sentido, al parecer. Mi padre está hablando de darles una oportunidad a los reformistas en la mesa. Eso... esto significa algo.

Recuerdo mi conversación con Augusto.

—¿Crees en lo que dice?

—Sí, Darrow. —Sonríe esperanzada—. Por primera vez en mucho tiempo, me lo creo de verdad.

Yo no estoy tan seguro.

—¿Qué me cuentas de...?

—¿Casio? —aventura en voz baja—. Los Telemanus mataron a su padre y él luchó contra Ragnar en la muralla. Se dice que todos sus hermanos y hermanas están muertos. Pero su madre y él están desaparecidos.

Guarda silencio.

—¿Te preocupa que esté muerto?

—Es nuestro enemigo —contesta sin emoción—. Su bienestar no es de mi incumbencia. —Me examina los ojos con detenimiento—. ¿Te preocupa a ti?

—No lo sé. —Lo sopeso.

—Demonios. A veces eres demasiado tierno. ¿También te arrepientes de haberle amputado un brazo?

—Me arrepiento de haber matado a Julian.

—Todos estamos marcados por el pasado. —Se detiene para pensar—. Te olvidas de que yo también tuve que matar a alguien en el Paso. Todos los Marcados como Únicos que has conocido en tu vida, Lorn, Sevro, Guijarro, Tacto, Octavia, Daxo..., todos empezamos ahí. A menudo pienso que hay demasiado de lo que arrepentirse.

¿Está hablando de nosotros? ¿Soy algo de lo que arrepentirse?

—Quiero odiar a Casio —digo despacio—. De verdad. Incluso pensar en él hace que me entren ganas de destrozar algo. De romper una ventana. O, preferiblemente, su cara fea y petulante.

—¿Fea? —pregunta con escepticismo.

—Es tan guapo que es feo.

Mustang se ríe de mis palabras.

—Pero es difícil seguir alimentando el odio, ¿verdad? —pregunta.

Asiento. El odio es lo que hizo que la familia de Casio se lanzara contra la de

Augusto. Mira lo que han conseguido.

—Siento lástima por él. Dondequiera que esté.

—Hace un tiempo te dije que no confiaras en mi hermano —recuerda Mustang, desviando la conversación—. Lo decía en serio. Sé que continuaste tu alianza con él. Sus empresas están haciendo que parezcas un dios. Pero tiene que terminar. No le debes nada. Sé cordial. Sé educado. No le faltes al respeto en público. Pero no más reuniones. No más promesas. Apártalo de ti. Ya no lo necesitas. Me tienes a mí.

Qué mujer. Me gustaría poder presentársela a mi madre, a Kieran y Leanna. Les gustaría su fuego. Se me forma un nudo lento en la garganta. A Eo también le caería bien.

—No te tengo —replico.

—Darrow...

Algo extraño se retuerce en mi interior. Como un muelle de emociones al que al fin se le permite liberarse.

—Cuando estaba en el fondo del río... supe que no volvería a verte.

Duda, deseosa de tenderme la mano, pero resistiéndose debido a todo lo que hemos dicho antes.

—Sabes que no te he dado permiso para morirme —bromea al final—. De todas maneras, Sevro y los Aulladores nunca te perdonarían ni aunque lo intentaras. Ninguno de ellos. Tienes muchos amigos, Darrow. Muchas personas que atravesarían un incendio por ti.

Y muchos que se han quemado. Me estremezco, cojo una gran bocanada de aire y cierro los ojos tratando de evitar que me consuma la culpa. Las lágrimas brotan en silencio y se me escapan por la comisura de los ojos.

—Darrow. No llores —susurra Mustang, que ahora sí me tiende la mano. Se acerca y me abraza—. Todo va bien. Se ha acabado. Estamos a salvo.

Llegan los sollozos, que me sacuden el pecho.

Se equivoca. No ha terminado. Lo único que veo tras mis párpados es un mundo de guerra. No hay otro futuro para mí, para nosotros. Además, ¿cuántas veces han tenido que reconstruirme de nuevo? ¿Cuánto tiempo más aguantarán todos estos parches? ¿Quedará al final alguna pieza mía? No puedo dejar de llorar. Ni siquiera puedo recuperar el aliento. Tengo el corazón desbocado. Las manos temblorosas. Sale todo lo que tenía guardado dentro. Mustang, que apenas pesa la mitad que yo, me abraza con sus brazos delicados hasta que estoy tan exhausto que lo único que puedo hacer es volver a hundirme en la cama. Con el tiempo, mi corazón se ralentiza y encuentra un ritmo que se acompasa con el de ella.

Nos quedamos así sentados durante lo que debe de ser una hora. Al final me besa en el hombro, en el cuello, detiene sus labios sobre la yugular para notarme el pulso. Pongo mis manos sobre ella para apartarla de mí, pero Mustang las retira y me acaricia la cara con una mano.

—Déjame entrar.

Dejo caer los brazos sobre la cama. Su boca traza un sendero cálido hasta la mía. Allí compartimos el sabor de mis lágrimas cuando su labio superior se desliza entre los míos y su lengua me entibia el interior de la boca. Su mano asciende por mi cuello, rozándome la piel con las uñas, hasta que encuentra asidero en mi pelo enmarañado y tira ligeramente de él. Un escalofrío me recorre el cuerpo.

Todo indicio de resistencia ha desaparecido. Toda la culpa que me impedía traicionar a Eo con Mustang se pierde entre el caos que reina en mi interior. Toda la culpa que siento por saber que ella es dorada y yo soy rojo se esfuma. Yo soy un hombre y ella es la mujer que deseo.

La busco con las manos y coloco su cuerpo sobre el mío, acariciándole las largas piernas hasta la altura de la cintura. El hambre contenida durante tanto tiempo se despierta dentro de mí. Me llena de calor, de ansia por ella. Por toda ella. Olvido mi templanza. Olvido mi tristeza. Esto es lo único que necesito. No huiré. Esta vez no. No cuando sé lo cerca que he estado de no volver a verla.

Le quito la ropa con una fuerza lenta. Bajo mis manos, la tela es como papel mojado. Su piel es suave, mármol ardiente calentado por el sol. Sus músculos se retuercen y tensan por debajo de ella cuando arquea la espalda. Su cuerpo está hecho para el movimiento, me imita, se enreda alrededor del mío. Le acaricio la parte baja de la espalda con los dedos. Ella se aprieta contra mí, con la respiración vibrante, clavándome a la cama con las caderas.

Puede que para ella hayan pasado semanas, pero para mí hace apenas unos minutos, unos segundos, que me arrodillé sobre el frío acero entibiado por mi propia sangre esperando a que unos hombres me cortaran la cabeza. Este es un momento que pensé que no volvería a tener cuando cavé la tumba de Eo con mis propias manos temblorosas. Un momento con una mujer a la que deseo y amo. ¿Y qué maldito sentido tiene sobrevivir en este mundo frío si huyo del único calor que puede ofrecerme?

EL POETA

Camino lentamente por el pasillo de piedra en compañía de Mustang. Al otro lado de las ventanas, los guardias vigilan la hacienda. Están aquí tanto para contenernos como para protegernos. Cae una ligera lluvia. El sonido de las risas escapa por una puerta abierta junto al aroma de café y beicon.

—¿Qué quieres decir con que soy incapaz de ser gracioso? —pregunta Roque ofendido.

—Exactamente eso —contesta Daxo con dulzura—. Estoy seguro de que puedes intentarlo, pero eres demasiado... estirado.

—Muy bien, ¿quién fue el primer carpintero?

—¿Es un chiste? —pregunta Daxo.

—Pretende serlo.

—¿Jesús de Nazaret? —aventura Daxo—. Es un chiste histórico, ¿no?

—¿Noé? —prueba Guijarro.

Mustang y yo nos detenemos junto a la puerta, intercambiando sonrisas.

—¿Jesús de Nazaret? —se ríe Roque—. Puedes hacerlo mucho mejor.

—Si hubiera sabido que te ibas a burlar de mí por intentar adivinarlo, no lo habría hecho.

—Pax decía que tú eras el listo —interviene Cardo—. Decepcionante, Daxo. Decepcionante.

—Bueno, por comparación, él probablemente... —empieza a decir Payaso antes de que Guijarro le dé un manotazo en la cabeza—. ¡Ay!

—No hables mal de Pax —le espeta Guijarro—. Ese grandullón era un encanto.

—¿Es que a nadie le importa la respuesta? —pregunta Roque con otro tono—. Vale. Vale. Lo pillo. Todos pensáis que soy aburrido.

—¡Nos morimos por saberla! —exclama Cardo—. Dínosla.

—¿Quién fue el primer carpintero del mundo? —pregunta otra vez Roque.

—¡No tienes que volver a empezar desde el principio! —protesta Guijarro.

—Bueno, es que funciona mejor así. —Suspira—. Eva.

—¿Eva? —pregunta Daxo.

—Porque... —continúa Roque— porque puso palote a Adán.

Un gruñido colectivo.

—Eso es vergonzoso —dice Guijarro con un suspiro—. Jamás pensé que pudiera echar de menos a Tacto.

Entonces, una risotada ululante y aguda brota del pecho de Daxo. Justo igual que Pax.

—¡Eva! Eva, dice. Porque puso palote a Adán. Aaah.

Es como si los gigantes tuvieran pequeños elfos ridículos en su interior esperando una oportunidad para salir y destornillarse. Pero hace falta provocarlos mucho.

—Creo que se ha ganado a Daxo —dice Guijarro entre risitas.

—¿Alguien huele eso? —pregunta Payaso.

—A mí me huele a beicon —prueba Daxo.

Se oye un crujido cuando muerde un trozo.

—No —dice Payaso—. Huele a loco suicida recién levantado de entre los muertos tras conquistar un planeta y abandonar a sus amigos para dejar que lo cortaran en pedazos sanguinolentos como un puñetero estúpido.

Daxo husmea.

—Es un olor peculiar.

—Oh, Darrow querido —me llama Payaso—, ¿estás acechando tras la puerta?

Mustang me empuja torpemente.

—¡Nos estabas escuchando a escondidas, florecilla! —Daxo se pone en pie y me da un abrazo sorprendentemente delicado—. Me alegro de verte, amigo.

Me saludan uno por uno. Más abrazos de los que jamás hubiera recibido de los dorados. El de Roque es mecánico. Un gesto superficial. Todavía hay cosas que arreglar.

Me atiborro en el desayuno mientras mis amigos parlotean. Pasamos el día en la hacienda, matando el tiempo con juegos y conversaciones. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de cualquiera de esas cosas que casi me había olvidado de cómo era no hacer nada. Mustang tiene que besarme en la oreja y decirme tres veces que me relaje antes de que lo asuma de verdad. Estamos en la biblioteca escuchando música cuando ve a Roque por la ventana, en el jardín. Me da un codazo.

—Ve.

Encuentro a Roque observando a una pareja de ciervos que se alimenta de un comedero colocado bajo un viejo olmo. No se da la vuelta para mirarme cuando me acerco a él furtivamente. Huele a hierba recién cortada. El mar está en algún punto al otro lado de la colina.

—Tiene sentido que fuera aquí donde se crio Mustang —digo—. Es salvaje y tranquilo a un tiempo.

—Se suponía que mi casa estaba en la ciudad —dice Roque—. Aunque me escabullía al campo con mis tutores siempre que madre estaba fuera. Y eso ocurría a menudo. Ella parecía pensar que aquí fuera no había nada que mereciera la pena. Que los negocios de las ciudades eran más importantes que esto. Pero esta es la razón por la que luchamos, ¿no es así?

—¿Por la tierra? —pregunto.

—Por la paz, cualquiera que sea la forma en que la encontremos. —Se vuelve hacia mí—. ¿No es esa la razón por la que luchas tú?

—Algunos de nosotros no nacimos con paz —respondo al tiempo que señalo los

ciervos y la tierra—. Yo no tuve esta infancia. Cualquier cosa que tenga ahora o en el futuro debo ganármela. Pero tienes razón. Es por lo que lucho, para poder tener esto para mí y para la gente que me importa.

Me estudia con atención.

—Me parece razonable.

—Quiero pedirte disculpas, Roque.

—¿Otra vez?

—Desde la Academia, te he mantenido alejado de mí. No debería haberlo hecho. No cuando tú siempre has sido tan bueno conmigo.

No me mira a los ojos.

—No me importaba que siempre girara todo en torno a ti, Darrow. Eso era lo que molestaba a Tacto, pero a mí no. Yo no estoy enamorado de ti como Mustang. Yo no te venero como Sevro o los Aulladores. Yo era un amigo de verdad. Era alguien que veía tus luces y tus sombras y aceptaba ambas cosas sin juzgarte, sin pretensiones. ¿Y qué me hiciste tú? Me utilizaste del mismo modo que un hombre usa un caballo. Soy mejor que eso. Quinn era mejor que eso.

—¿Eres mejor que esta amistad? —pregunto en voz baja, temeroso de la respuesta.

—Creo que soy mejor que tú —contesta. Doy un paso atrás, herido. Él observa al ciervo que mordisquea el grano del comedero—. Me he sentado junto a la cabecera de la cama de tres amigos este año. Quinn, Tacto y tú. En todas esas ocasiones he sabido que me habría cambiado gustosamente por cualquiera de los tres. ¿Desearías tú lo mismo?

—Daría mi vida por recuperarlos —digo sabiendo que es una mentira.

Por mucho que quiera a estos dorados, tengo responsabilidades más importantes. Hasta que esto termine, mi vida no me pertenece.

Desvía la mirada del ciervo para clavarla en mí, con los ojos cálidos, tristes y cargados de mucho más peso del que deberían haber soportado nunca. Es diferente a mí, a Casio. Lo llamábamos hermano, y era un mejor hermano de lo que cualquiera de los dos merecíamos.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué me pusieron en la Casa de Marte? No doy el perfil. La mayoría me habrían metido en Apolo o Juno.

—Quinn siempre llevó la competición en las venas. Pero tú... Sí, me lo he preguntado.

—Darrow. —Me vuelvo y veo a Sevro vestido de uniforme detrás de nosotros—. Es urgente.

—Ahora no, Sevro.

—Segador, no estoy de coña —asegura.

Miro de nuevo a Roque.

—Ve —dice, y se encamina hacia el ciervo sacándose unas bayas del bolsillo.

—Roque —lo llamo con tono de súplica.

—Las amistades tardan minutos en formarse, momentos en romperse y años en recuperarse —dice volviendo la cabeza por encima del hombro para mirarme—. Pronto volveremos a hablar.

Lo observo mientras se aleja y siento que una pequeña esperanza prende en mi interior. Me doy la vuelta hacia Sevro y le doy una palmada en la espalda.

—Me alegro de verte, Sevro. Siento lo de...

—Vete a la mierda. Yo no soy una zorra llorica como el poeta. Es Ares. Han capturado a tus amigos, la roja, la rosa y el violeta.

—¿Quién los ha cogido?

—¿Quién crees que ha sido? El Chacal.

REGALOS

Mi barco aterriza en la nevada del amanecer de Ática, una ciudad montañosa del sur que se extiende sobre siete cumbres. Los edificios irregulares de acero y cristal rematan los picos como coronas de espinas heladas, ahora rociadas de polvo fresco. El sol rojo de la mañana se alza sobre la cordillera por el este. Las siete cimas están unidas por puentes, y los distritos menores de la ciudad se derraman en torno a las raíces de las montañas. Mi nave los sobrevuela. Labra caminos derretidos entre la nieve con sus paletas naranjas palpitantes. Pronto, los vehículos terrestres de los colores medios fluirán por las avenidas. Y las naves de los colores superiores transportarán a los dorados y los plateados a sus despachos de los picos de las montañas. Remota y famosa por sus bancos, Ática es una magnífica sede de poder. Ahora pertenece al Chacal.

Bajo la estrecha vigilancia de los alas ligeras, aterrizo en una plataforma rodeada de pinos. Varios lurchers esperan provistos de equipamiento táctico blanco. Junto a ellos, una dorada solitaria. Victra me envuelve en un abrazo, con los hombros totalmente cubiertos de pieles. Sus pendientes de jade tintinean con la brisa mientras los grises inspeccionan el exterior de mi barco.

—Victra —digo mientras la aparto para poder mirarla.

Ella esboza una sonrisa diabólica y me da un beso en la mejilla. Al hacerlo, aprovecha para pellizcarme el culo. Doy un respingo, sorprendido. Ella se ríe con ganas.

—Solo quería asegurarme de que todas las piezas estaban en su sitio. Nos tenías preocupados, querido. Roque me mantuvo informada mientras estuve con Lorn.

—Negociando otra alianza, por lo que tengo entendido.

—¿Quién lo habría pensado? Victra au Julii, la pacificadora.

Los grises me notifican que tienen órdenes de registrar mi nave.

—Ragnar —llamo. El hombre sale del interior del barco; casi dobla en tamaño al más corpulento de los grises—. Deja que los ratones registren la nave. Están buscando...

El gris le lanza una mirada a Ragnar y traga saliva con dificultad.

—Bombas, *dominus*.

Victra me acompaña hasta la nueva casa del Chacal: una ciudadela fortificada en lo alto del pico más elevado de Ática. La ciudad se extiende a nuestros pies, mucho más abajo. El camino que lleva desde la plataforma de aterrizaje hasta la ciudadela está rodeado de árboles.

—Adrio se hizo con este sitio en cuanto el último barco de los Belona se retiró.

Vino con mil lurchers y desalojó a los dueños, aliados de los Belona. Se quedó con todo lo que tenían. Vacío sus cuentas bancarias. Un robo total. Pero eso es la guerra. —Hace un gesto con la cabeza en dirección al oeste—. Hay unas laderas magníficas a solo unos pasos. Nos tomaremos unos cuantos días cuando todo esto se calme. Tráete a Virginia, yo ya me encontraré a un hombre. —Casi de mi estatura, me mira de reojo—. Esquías, ¿verdad?

Suelto una carcajada.

—Nunca he tenido tiempo para eso.

Encontramos al Chacal en su salón. Las paredes y el suelo son de cristal. Bajo el suelo revolotea un fuego que se eleva en columnas junto a la ventana. Varias sillas minimalistas de acero y cuero descansan sobre alfombras de piel. El Chacal está inclinado sobre un holodispositivo, hablando deprisa con alguien. Nos hace un gesto para que tomemos asiento. En el holo, atisbo a Harmony en una habitación oscura, rodeada de grises. Uno está agachado sobre ella, haciendo algo con algún aparato que no distingo muy bien.

Nos sentamos junto a las llamas, pero me invade un frío que ningún fuego podría disipar.

El Chacal termina y le entrega una tira de datos a Sun-hwa antes de que esta se marche. Se une a nosotros masajeándose la nuca.

—Hay tantas partes móviles... —Hace una mueca de dolor—. Demonios, solo organizar los cargamentos de víveres requiere un centenar de cobres. Y esos mierdecillas odiosos se pasan todo el día discutiendo si un barco debería o no debería llevar granola o muesli en la bodega. Que lleve las dos cosas es una opción. ¡Las dos! ¿De verdad es tan difícil? Es como si disfrutaran con las hojas de cálculo y el trabajo improductivo. Para volverse loco.

—No dejo de repetirle que debería delegar de una forma más eficiente —señala Victra.

O sea que ellos también han estado hablando. Me he quedado atrás.

—Odio delegar —replica el Chacal. Se rasca la cabeza—. Al menos en cuanto a los números y los detalles. Vosotros dos podéis conquistar todos los condenados planetas que queráis. Pero dejadme a mí la burocracia, por favor.

—Muy amable por tu parte —digo entre risas—. Mantenme alejado de las órdenes de requerimiento de comida. —Me echo hacia delante—. He oído que la flota estará lista para partir hacia el Núcleo dentro de dos semanas. Por cierto, tu casa nueva es maravillosa.

—Me gusta —suspira—. Mi padre está muy enfadado por que me la haya quedado yo, claro. Quería regalársela a uno de los gobernadores de los gigantes gaseosos.

—Yo creo que te la has ganado —comento—. Esto y mucho más.

—Exacto. —El Chacal hace un gesto de cansancio con su mano solitaria—. Venía aquí de pequeño a esquiar con mi madre. Siempre miraba hacia aquí arriba y decía que sería mía. Mi padre decía que no puedes conseguir todo lo que quieres.

—Y tú le preguntabas «¿Por qué no?» —interviene Victra.

Resulta obvio que ya ha escuchado la historia.

—¿Por qué no? —El Chacal repite las palabras con cariño—. Así que si mi padre quiere recuperarla, tendrá que rellenar él mismo sus órdenes de compra de alimentos.

Todos sabemos que no son esas órdenes lo que consume su tiempo. No exclusivamente.

Acepto una taza de té que me ofrece una rosa. Ante mí despliegan un pequeño surtido de desayuno. Llevo siete horas de retraso respecto a esta franja horaria, pero no puedo dejar traslucir lo nervioso que estoy.

El Chacal me observa clavarle el tenedor a un melón. ¿Quién sabe lo que piensa tras esos sucios ojos dorados?

—Así que curado y recuperado a tiempo para la gran batalla, Darrow.

—Recuperándome —puntualizo—. Y no gracias a tus medios de comunicación. La HP muestra que todos dicen que me he vuelto inmortal desde que Karnus me abrió en canal.

—Todo forma parte del juego, buen hombre. ¡Percepción, engaño, medios de comunicación! —Se da una palmada en el muslo, aunque sus ojos no comparten la jovialidad—. Di la palabra mágica y haré pública tu mejorada vitalidad. Programaremos una rueda de prensa. Te pondremos una armadura. Mis violetas te están haciendo una como es debido. Han estado conspirando con los verdes para crearte una maravilla de la forma y la tecnología.

—Sabes que odio las cámaras.

—Eh, deja de quejarte. Son la razón por la que contamos con la mitad de nuestros aliados. Y por la que la soberana se tambalea como una araña en el hielo. Su coalición está... estresada.

—Entonces lo haremos hoy —contesto. Miro por la ventana y recuerdo las palabras de Roque—. Quería un momento de paz, pero... —Me imitan y observan también la nieve que cae y la ciudad distante—. Supongo que todavía tenemos que ganárnoslo. Lo cual me lleva al motivo por el que he convocado esta reunión.

—Reconozco que tengo curiosidad —comenta el Chacal.

—Se muere por saberlo —lo corrige Victra.

Le hago un gesto a Ragnar, que entró en la habitación siguiéndonos a Victra y a mí. Da un paso al frente con dos cajas sacadas de mi barco.

—Quería haceros unos regalos. Nuestra alianza ha tenido un... comienzo interesante. Pero quiero que ambos sepáis lo comprometido que estoy no solo con ella, sino también con cada uno de vosotros. Espero que lo toméis como un símbolo de mi confianza.

—Confía siempre en un Sucio que lleva regalos. —Victra ríe mirando a Ragnar

—. Demonios, largo de aquí. Eres como un árbol que tapa la luz, Ragnar.

—Ragnar, espera fuera —digo.

El Chacal ni siquiera mira a Ragnar. El poderío físico lo había.

Victra chasquea los dedos para volver a llamar mi atención y después desenvuelve su caja. Encuentra una botellita de cristal que hice que Teodora les encargara a los tallistas del Pax antes del asedio a Marte.

—Petricor —digo mientras abre la botella.

La habitación se llena del olor a tierra antes de la lluvia. Me da las gracias poniéndome una mano llena de cicatrices sobre el antebrazo mientras con la otra se lleva la botella al pecho.

—Nadie se acuerda de ese tipo de cosas. Gracias, Darrow.

Permanece sentada durante un instante antes de levantarse rápidamente y darme un beso en los labios. Habría preferido la mejilla.

—Me toca. —El Chacal desenvuelve su caja con su única mano. Desgarra el papel con una sonrisa en la cara. Abre la caja de cuero que encuentra debajo y guarda silencio durante un largo instante—. Darrow, no tenías que...

Lo interrumpe una aguda alarma que comienza a chillar desde las paredes.

Una lurcher gris irrumpe en la habitación empuñando su arma. La acompañan otros cuatro.

—*Dominus*, tenemos una brecha en el nivel inferior. Debemos acompañarte a una sala más segura.

—¿Quién? —pregunta con voz áspera.

Victra y yo desenvainamos los filos. La gris está a punto de contestar cuando una risa arisca y creciente reemplaza en los altavoces el sonido de las alarmas. Retumba en la sala aun cuando se va la luz. Corremos hacia la puerta. Una pequeña araña de metal tintinea contra la ventana. El cristal se derrite. Pierdo la vista y el oído. Sustituidos por un plañido ululante y agudo. Me tambaleo, aturdido por el fogonazo de la granada.

Unas sombras oscuras entran volando en la habitación. Parpadeo y atisbo máscaras de cacodemonios. Ojos rojos y brillantes en rostros terribles. Los Hijos han venido. Disparan a los grises y nos tiran al suelo a patadas. Ragnar irrumpe en la habitación desde el pasillo y recibe tres impactos de aturdido en el pecho. Cae al suelo como un árbol talado. Uno de los intrusos enmascarados se agacha junto al Chacal. Cuando recupero el oído, descubro que le está pidiendo a gritos la contraseña del ordenador central de las instalaciones. Le mete el aturdidor en la boca al Chacal hasta que este cede.

—Vaya un dorado —ruge una voz distorsionada.

Sé que, tras la máscara, nada le produciría mayor placer a Sevro que apretar el gatillo, y durante un instante creo que lo va a hacer. Pero me espera como se supone que tiene que hacer. Justo en ese momento, me levanto con torpeza, tratando de librarme de los efectos de la granada, y me hago con una de las armas de los intrusos.

Yo les disparo. Ellos me disparan. Todos fallamos a propósito. Y entonces desaparecen saltando de nuevo por la ventana. Los grises yacen muertos en el suelo. Victra sangra por una herida superficial de la cabeza y se pone de pie. El Chacal intenta levantarse a pesar de que la nariz le chorrea sangre.

Sin decir ni una palabra, intentamos abrir las puertas de la habitación. Están bloqueadas. Los Hijos han tomado el control del ordenador central. El Chacal apoya la cabeza contra la puerta. Luego la levanta y la estampa contra el metal una y otra y otra vez hasta que la cara se le llena de sangre. Tengo que apartarlo antes de que se abra el cráneo. Suelta una risotada oscura antes de estremecerse.

—Dos veces —dice con desprecio—. Me han violado dos veces. —Un escalofrío bestial le recorre el cuerpo—. Los estaba destrozando. Otro día. Tal vez dos, y se habrían derrumbado.

—¿A quiénes? —pregunta Victra.

No contesta. Repito la pregunta.

—¿A quiénes, Adrio? ¿Quiénes eran esos?

—Terroristas. Han venido a por los Hijos prisioneros —contesta con impaciencia—. Una era la zorra rosa que intentó matarnos en la Luna, Darrow. Al final resulta que no fue Plinio. Fueron los Hijos. Otra era una de las manos derechas de Ares. La llaman Harmony. Y había un violeta con ellos. Les estaba haciendo un ejército de soldados tallados.

—¿Tienes prisioneros de los Hijos de Ares aquí? ¿Cuándo ibas a decírnoslo? —ruge Victra, que se levanta tras tomarle el pulso a un gris muerto.

—No iba a hacerlo. No hasta que descubriera quién es Ares.

—¿Qué más nos ocultas? —pregunto—. Somos socios. —Vuelvo una mesa de una patada—. ¿Para qué demonios me tienes a mí si no es para protegerte de cosas como estas?

—Culpa mía —reconoce—. Culpa mía. —Se traga la sangre que tiene en la boca y se dirige hacia el marco vacío de la ventana agarrándome del hombro al pasar. El viento entra aullando en la habitación—. Sí me has protegido. Una vez más. Gracias.

Frunzo el ceño y me enfurruño como un buen actor.

—Es imposible que hayan sido unos rojos —aseguro enfadado—. Es imposible que hayan sido los Hijos. Los Hijos nunca habrían hecho algo así, no habrían podido. A mí no. Ni a Ragnar. —Ayudo al Sucio a levantarse del suelo—. Estaban demasiado organizados. Tenían gravibotas.

—Los subestimas, amigo —dice el Chacal—. Ellos también son capaces de apretar un gatillo. Y lo habrían apretado con sus armas pegadas a nuestras cabezas si no se lo hubieras impedido.

—¿Cómo demonios han conseguido burlar tu seguridad? —pregunta Victra—. ¿Había dispositivos de rastreo? ¿Inhibidores de señales? ¿Signaturas de gravibotas?

—No lo sé —contesta el Chacal.

Porque los Hijos se agarraron al casco de mi nave cubiertos con espectrocapas,

como pequeños percebes.

—¿Quién más ha entrado o salido? —pregunto.

Mira a su alrededor como esperaba que lo hiciera. A través de un intercomunicador situado en su escritorio, habla con sus hombres. Al cabo de un momento, alza de nuevo la vista hacia nosotros.

—Sun-hwa —susurra—. Sus hombres están muertos y ella se ha esfumado. También sobrevivió al último ataque. —Después se echa a reír—. Me ha traicionado.

Y cuando vea el dinero transferido a las cuentas de Sun-hwa, descubrirá todas las pruebas corroborativas que necesita para culpar a su jefa de seguridad. Lo único es que Sun-hwa está, tan fiel como un perro y tan muerta como una piedra, en la bodega de carga de la nave que ahora se aleja de la ciudadela de invierno del Chacal con Fitchner, Sevro y mis amigos exprisioneros a bordo.

Me acerco al Chacal mientras Victra trata de abrir la puerta de nuevo. Juntos, contemplamos el barco que desaparece tras las montañas. Y le digo con una voz grave y amenazadora:

—Mataremos a esas ratas, juntos. Te lo prometo. A todas ellas.

—Después de la soberana —repite dándome unas palmaditas en la espalda—. Después de la soberana.

HERMANDAD

Abrazo a Dancer con tanta fuerza que le cruje la espalda. Aterrorizado, me da palmadas en la espalda para que lo suelte. Me disculpo y me aparto, sintiéndome tan gigantesco a su lado como un Telemachus. Fuera del garaje convertido en despacho provisional, en el almacén de los Hijos de Ares resuenan los ruidos de la fábrica. Me han hecho entrar por la puerta lateral y esperar a Dancer entre motores viejos y alerones oxidados.

Dancer se aparta de mí y levanta la mirada, con los ojos herrumbrosos llenos de lágrimas. Me sorprende pensar que una vez lo consideré un hombre atractivo. Tiene más de cuarenta años, mayor para ser rojo. El pelo, veteado de gris. La cara, surcada por la edad y las adversidades. Su brazo derecho continúa inerte. Todavía cojea. Y su sonrisa sigue siendo lo bastante abierta para mostrar unos dientes desiguales, imperfectos.

—Mi niño —dice, y me agarra el hombro con la mano izquierda. Tiene más fuerza en ella que en el resto del cuerpo junto. Huele a tabaco. Tiene las uñas amarillas—. Mi maldito niño cabroncete y hermoso. Joder, ¡estás tan elegante! —Se ríe y vuelve a reír sin dejar de negar con la cabeza—. No hay palabras. Siento no haber podido ponerme en contacto contigo. Siento haber dejado que Harmony te utilizara de ese modo. Han pasado tantas cosas, Darrow...

—Basta. —Le pongo la mano en la nuca—. Somos hermanos. Las disculpas no son necesarias. Estamos unidos por la sangre y el pasado. Pero, por favor, no dejes que vuelva a ocurrir. —Asiente—. ¿Cómo está mi familia, lo sabes?

—Viva —contesta—. Aún en las minas. Lo sé. Lo sé. Pero es el lugar más seguro para ellos con esta guerra pululando. Nadie quiere hacer estallar la industria de Marte. ¿Lo entiendes? —Me hace un gesto para que me siente—. No conozco a muchos dorados, pero ese Sevro es un mierdecilla desagradable. Cuando le hice llegar las instrucciones de su padre en el Confín, pensé que me iba a rajar de arriba abajo. —Enciende un cisco y me guiña un ojo—. Nunca había conocido a nadie como él.

—Es tremendamente leal —digo—. Como tú.

—¡No! Me refiero a que es capaz de decir más palabrotas que cualquier maldito rojo.

—¿Sevro dice palabrotas? —Sonrío—. Supongo que uno se acostumbra. Aunque ahora le gusta mucho decir «maldito».

—Es una palabra bonita. Te llena la boca. He investigado un poco. —Coge aire y se le hincha el pecho—. Ha estado con nosotros desde los primeros ancestros, ¿sabes? Los primeros dorados, los que tenían los ojos normales y uniformes dorados, sacaron

a la mayor parte de los reclutas tempranos de entre los pobres bastardos de las islas irlandesas después de que la radiación de Londres convirtiera esas tierras en un desierto. Los dorados cogieron a los trabajadores altamente cualificados que emigraban y los reclutaron para que fueran los primeros pioneros. Su jerga se extendió, se mezcló un poco. La historia es fascinante, ¿verdad?

—Harmony se ha inventado su propia historia —digo.

—Es verdad. ¡Estoy muerto! —Niega con la cabeza y se enciende otro cisco tras lanzar el anterior al suelo. Lo recojo y lo tiro a la papelera—. Cogió su propio camino más o menos un año después de que tú te marcharas. Descubrimos que varios senadores iban a ir de vacaciones al mar Gorgona. Así que nos presentamos allí para poner micrófonos en la villa y ver si podíamos averiguar algún secreto. No lo conseguimos. Solo escuchamos... muchas mierdas depravadas. Y aquello era todo, pensamos. Pero Harmony no. La última noche, entró y mató a los senadores y sus invitados. Después nos dejó.

—Entonces ¿nunca hubo un escuadrón de lurchers que atacó vuestro cuartel general?

Hace un gesto de negación.

—Vinieron por ella. Mataron a unos cuarenta Hijos. Pero ella ya se había marchado a la Luna. Ares nos salvó. Irrumpió a lo bruto con un grupo mixto de obsidianos y grises. Aniquiló a los lurchers y se desvaneció antes de que llegaran los refuerzos. Fue una suerte que los matara a todos. No habría habido forma de que no supieran que es dorado después de aquello. Tuvimos nuestro primer cara a cara aquel día. Ese tío da un miedo que te cagas.

—Yo no habría elegido esas palabras. —Aunque tal vez sean adecuadas teniendo en cuenta cómo me ha engañado—. ¿No te molesta que sea dorado?

—A él no le molesta que nosotros seamos rojos. Ares moriría por la causa, Darrow. Mierda. La empezó él. ¿Sabes por qué lo hizo?

Niego con la cabeza.

—Es su historia. —Dancer se pasa los dedos por las mordeduras de víbora que tiene en el cuello—. Un hombre tiene derecho a contar su propia historia. Pero la suya no es alegre. Tan triste como la tuya. Tan triste como la mía. Arrebátale a un hombre lo que ama y ¿qué le queda? Solo el odio. Solo la rabia. Pero él fue el primero en saber que podría haber algo más. Me encontró a mí. Te encontró a ti. ¿Quién mierda somos nosotros para cuestionarlo?

La puerta se abre de repente. Ambos nos volvemos y Mickey entra cojeando. Parece estar medio muerto, delgado como una espátula, más pálido que antes. Sin decir una sola palabra, se acerca a mí renqueando y me da un largo beso en la boca con un cariño desesperado y sincero. Luego comienza a llorar como un niño. Dancer y yo no sabemos qué hacer, así que me limito a rodearlo con los brazos y dejarlo sollozar. Me susurra «Gracias» una docena de veces.

¿Qué le han hecho? Da igual. Sé en qué tipo de cosas entrenan a los grises para

obtener información. Dice que no les contó nada. Aun así, debo descubrir qué ha sacado el Chacal de todo esto. Qué deducciones ha hecho tras encontrar el laboratorio de Mickey.

Miro por encima de la cabeza de Mickey y veo a Fitchner ahí de pie, sonriendo con tristeza. Al cabo de un largo instante, el tallista me suelta.

—Intenté avisarte, cuando te vimos en la Luna —dice con tono de disculpa—. Quería decirte que huyeras. Pero me habría matado si hubiera dicho algo más. Tenía miedo de que la creyeras a ella y no a mí.

—Te habría creído, Mickey.

—¿Sí? —Se sorbe la nariz—. Sabía que vendrías a por mí. Le dije que mi querido niño era demasiado bueno para olvidarse de Mickey, pero ella me escupió. Me dijo que era un esclavista. —Agacha la cabeza, lloroso y vulnerable, exhausto y casi loco por lo que deben de haberle hecho en las cámaras de tortura del Chacal—. Tenía razón. Lo soy. Soy malvado. Hacía daño a aquellos chicos y chicas. Los vendía incluso cuando los quería. Claro que Harmony tenía razón. ¿Por qué ibas a venir? ¿Por qué ibas a hacer nada por el pequeño y maligno Mickey?

—Porque eres mi amigo. —Me llevo sus manos a la boca y se las beso con delicadeza. Él me mira con ojos esperanzados—. Aunque seas extraño, aunque fueses malvado. Sé que quieres ser mejor. Quieres vivir para algo más. Como todos nosotros. Y no hay lugar al que puedan llevar a uno de mis amigos para que yo lo abandone.

Sienta bien decir la verdad.

—Gracias, príncipe —dice en voz baja.

Después de eso, recupera la compostura y reúne la fuerza suficiente para darse la vuelta y salir del despacho. Fitchner cierra la puerta.

—Vaya, qué sentimental.

Asiento. Este es el hombre que me gustaría ser. Sin estar constantemente en guardia. Sin mentir con descaro. Supongo que ni siquiera sabía cuánto cariño sentía por Mickey hasta ahora. No es porque ayudara a crearme. Es porque siempre me ha querido mucho. Aunque fuera un tipo de amor extraño, era verdadero. Y estoy convencido de que quiere ser un hombre a quien cree que yo respetaría. Al igual que yo quiero ser un hombre a quien Eo y Mustang respetarían. Y ese es el buen tipo de amor.

—Tenemos que hablar, Fitchner —digo.

Aún no hemos tenido oportunidad. Sevro vino a contarme el plan de Dancer: convocar una reunión, fijar los Hijos a mi barco, dejar que se infiltraran en el edificio. Lo único que hice yo fue sugerir a Sun-hwa como chivo expiatorio y dejarles claro que Victra no debía salir herida.

—Os dejaré para que podáis hacerlo —dice Dancer, y empuja hacia atrás su silla de metal.

—No, quiero que te quedes —le pido—. Ya le oculto demasiados secretos a

demasiada gente. No esconderé ninguno más entre nosotros tres.

—Aprende a contar, caraculo —dice Sevro, que sale de detrás de un motor oxidado. La puerta de metal barata que da al exterior se cierra con brusquedad a sus espaldas. Huele a otoño incluso en el distrito manufacturero de Agea, impregnado de aceite. Se sube de un salto al herrumbroso chasis de un viejo caza y se sienta con las piernas colgando—. Eh, mirad, somos todo pollas por una vez. ¡Vamos a contar chistes sexistas!

Riéndome, me vuelvo hacia Fitchner.

—Así que tú eres Ares.

—¡Este tío sale del coma y resulta que es un genio! —ladra Fitchner. Se pone a aplaudir, pero su mirada continúa siendo mortalmente seria—. La mayor parte de la gente me llama bronce. Los alumnos me llaman próctor. Otros me llaman Caballero de la Furia. La soberana me llama traidor. Mi hijo me llama caraculo...

—Eres un caraculo —lo interrumpe Sevro.

—... Mi esposa me llamaba Fitchner. Pero los dorados me convirtieron en Ares.

Hasta ahora no sabía qué significaba eso. Es dorado. ¿Cómo podrían hacerle algo los propios dorados? Pero ahora he atisbado algo entre bambalinas.

—¿Por qué no me dijiste quién eras desde el principio?

—¿Y poner mi vida en manos de las destrezas interpretativas de un adolescente? —pregunta entre risas—. Creo que no. Si te hubieran descubierto y torturado..., malas noticias. Tenía planes alternativos, otros hierros en el fuego. Casualmente, tú eras mi favorito. Pero no debemos ser tendenciosos.

—¿Quién era tu esposa? —pregunto, aunque ya sospecho la respuesta.

—¿Historia larga o corta? —pregunta él a su vez.

—Larga.

—Yo era el enlace de una empresa de terraformación de Tritón —comienza abruptamente—. No tenía un trabajo glamuroso como el tuyo. Ni filos, ni armaduras. Solo gestión de construcción. Un plateado arrendaba el contrato. Yo dirigía una de las últimas fábricas Motores Lovelock en su polo norte cuando la erupción de uno de los malditos géiseres de esa luna provocó un terremoto. Agrietó la corteza de hielo. Sumergió toda la fábrica en el mar subterráneo. Tres mil almas murieron ahogadas.

»Me sacaron del mar y pasé los meses siguientes recuperándome en el hospital ártico. Estaba en el ala de los colores superiores. Teníamos buena comida. Mejores duchas. Camas más nuevas. Pero los colores inferiores tenían la ventana que daba a la aurora boreal. Y ella tenía la cama junto a esa ventana.

Levanta la mirada hacia Sevro.

—Era la mujer más bella que haya conocido. Y también su aspecto era agradable. Había perdido una pierna en el accidente. Y no iban a ponerle una nueva. Podían hacerlo. Es simple biónica. Pero no era rentable, decían los cobres. El color más mierda que existe, juro que...

Sevro se aclara la garganta.

—Ya lo sabemos.

Fitchner le tira algo de la basura a Sevro y continúa:

—Cuando me marché, me la llevé conmigo. Había ahorrado suficiente dinero para largarme de Tritón. No podía vivir en el Núcleo. Era demasiado caro. Así que elegí Marte. Vivimos a las afueras de Nueva Tebas durante un año. Nuestro mayor deseo era tener un hijo. Pero nuestro ADN no era compatible. Así que fuimos a un tallista para ver si podíamos hacer algo de magia. Y lo conseguimos. Me costó casi todo lo que tenía, pero nueve meses después este pequeño Trasgo reptó hacia la luz.

Sevro saluda desde su atalaya mientras examina la basura para ver si es comestible.

—Dos años después, el Consejo de Control de Calidad arrestó al tallista por un trabajo que le había hecho a algún gladiador obsidiano y nos delató sin perder un instante a cambio de que le redujeran la condena. Fueron a nuestra casa cuando yo había salido con Sevro. Encontraron a mi esposa, se la llevaron para interrogarla. Sus médicos vieron que le habían modificado las trompas de Falopio para que fueran compatibles para engendrar un niño dorado. Luego la desecharon. Lo dicen así en los registros: «desechada». La gasearon con achlys-9, la metieron en un horno y lanzaron sus cenizas al mar. Ni siquiera le pusieron nombre, solo un número. No porque fuera una ladrona, o una asesina, o hubiera violado los derechos de un hombre o una mujer, solo porque era una roja que osó amar a un dorado. Mi amor egoísta la mató.

»No fue como lo de tu esposa, Darrow. Yo no vi morir a la mía. Yo no vi a los dorados entrar en mi mundo y destruirlo. Más bien sentí que la frialdad del sistema se tragaba a la única razón de mi vida. Un bronce que apretaba teclas, que rellenaba una hoja de cálculo. Un marrón que giraba un interruptor para soltar gas. Mataron a mi esposa. Pero ni siquiera pensarán en ello. No es un recuerdo en su mente. Es una estadística. Es como si nunca hubiera existido. Como si fuera un fantasma al que yo amaba pero al que nadie más vio. Eso es lo que hace la Sociedad, dividir la culpa para que no haya un villano, para que sea inútil incluso ponerse a buscar al villano, buscar justicia. No es más que maquinaria. Procesos. Y nunca se detiene, inexorable hasta que crezca toda una generación que se lance contra los engranajes.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Su nombre? ¿Qué importancia tiene? —pregunta receloso.

—Me importa porque quiero recordarla.

—Bryn —dice Sevro desde arriba—. Mi madre se llamaba Bryn. Tenía veintidós años cuando la mataron.

Solo un año más de los que yo tengo ahora.

—Bryn.

Repito la palabra y veo que Fitchner se balancea ligeramente sobre los pies. Que le falta la respiración.

—O sea que tú eres medio rojo —le digo a Sevro.

Asiente.

—Lo descubrí hace un par de días. Es raro de pelotas, ¿no?

—Raro de pelotas. Serás un buen roñoso.

—Me gusta pensar que soy una especie en extinción.

Dancer juguetea con una cerilla entre los dedos.

—Todos lo somos.

—Sabías lo de Tito —le digo a Fitchner.

—Pero Dancer no. No lo culpes por eso. Creía que os haríais hermanos en el Instituto. Un afecto natural por vuestra propia raza. Pero se volvió oscuro, y no hubo forma de volver a encaminarlo. Me reuní con él, con un inhibidor y una espectrocapa, como hice contigo. Pero la presión hizo que se desmoronara. No quería que a ti te pasara lo mismo.

—Me desmoroné. —Miro a Sevro, a Dancer—. Pero tenía amigos que me ayudaron a recomponerme. ¿Por qué no nos hablaste a Tito y a mí de lo del otro?

—Porque entonces sus errores habrían sido los tuyos y los tuyos los de él. En una tormenta, no ates dos barcos juntos. Se hundirán el uno al otro. —Se aclara la garganta—. Siempre supe que un dorado no podía liderar esta revolución. Tiene que ir de abajo arriba, chaval. Ser rojo es ser familia. Más que ningún otro color, es el amor en medio de todos los horrores de nuestro mundo. Si los rojos se alzan, tienen una oportunidad de unir todos los mundos. Los colores medios no lo harán. Los rosas, los marrones, no pueden hacerlo. Los obsidianos ya han fracasado antes. Y si lo consiguieran solos, destrozarían los mundos en lugar de liberarlos.

—Entonces ¿cuál es el plan? —pregunto—. Me he cargado tu posición junto a la soberana.

—Eres difícil de manipular, Darrow, así que iré directo al grano. Augusto va a adoptarte. No te sorprende...

—Tendría sentido. Quiere ligar mi destino al de su familia. Probablemente me obligue a casarme con Mustang. Sin embargo, convertirme en su heredero fracturará mi alianza con el Chacal.

—¿Tú crees que al Chacal le importa eso? —pregunta Sevro—. Tengo la sensación de que ha abandonado toda esperanza de ganarse la aprobación de su padre en algún momento. Ese maldito cabrón se está construyendo su propio imperio.

—Habrá que verlo —digo.

Fitchner continúa:

—Deshazte del Chacal o haz que forme parte del plan, no importa. Augusto te adoptará como heredero. Y te utilizará como pretor en su ejército. Y si derrotas a la soberana, no se conformará con ser rey de Marte. Querrá convertirse en soberano. Ayúdalo a conseguirlo. Y un año después del comienzo de su reinado, Sevro lo matará e inculpará a algún rival, tal vez al Chacal...

Ahora soy yo quien se balancea con nerviosismo.

—Quieres que herede el imperio —aventuro—. La Sociedad entera.

Lo miro boquiabierto. También a Dancer. ¿Cómo pueden continuar tan serios?

—Sí —confirma Fitchner—. Cuando muera, todos volverán la vista hacia el más fuerte. Sé el más fuerte. Gana el juego de la sucesión y podrás ser soberano igual que fuiste primus. Igual que eres pretor. Todo es un juego. Solo que esta vez te estamos ayudando a hacer trampas. Te proporcionaremos información, te protegeremos de los intentos de asesinato. Conmigo a tu lado, tendrás una red de espías que ni siquiera el Chacal o la soberana pueden igualar. Sobornaremos a quien haya que sobornar y mataremos a quien haya que matar.

Me quedo pensativo, mirándome las manos.

—Creía que las mentiras estaban a punto de acabar. Quiero contar lo que soy. Quiero declarar la guerra.

—Todavía no podemos. Ya lo sabes.

Lo sé, pero no quiero separarme de estas personas.

—No volveré a quedarme en tinieblas. Nos mantendremos en contacto. Haremos planes. Nada de áreas grises otra vez. ¿Lo entendéis? No puedo estar solo como antes.

—Di que sí, Fitchner —interviene Sevro—, o yo tampoco voy.

—Nos comunicaremos todos los días si así lo necesitas. No puedo ir contigo. Se está disputando una guerra fantasma que tengo que gestionar. Pero en mi lugar enviaré a algunos de mis mejores agentes. Tendrás una camarilla de confianza. Espías. Asesinos. Cortesanos. Piratas informáticos. Todos con coartadas perfectas. Todos dispuestos a morir por romper las cadenas. Ya no estás solo.

Sus palabras me llenan de alivio. Pero hay algo que sé que no seré capaz de hacer.

—Tengo que volver.

—Sí. Deben de estar preguntándose dónde estás —concede Fitchner.

—No —replico—. Tengo que ir a casa.

—¿A casa? —pregunta Dancer—. ¿A Lico?

—¿Por qué? —exige saber Fitchner—. ¿Qué te queda allí?

—Mi familia. Han pasado cuatro años. Necesito verlos antes de que esto empiece. —Miro a los dos hombres a los ojos, los dos llenos de cicatrices y heridos a su manera—. Tenéis que entenderlo. Las cosas están a punto de saltar por los aires de formas que no podemos predecir. Fingimos saber lo que estamos haciendo al empujar a esos dorados a la guerra. Trazando la estrategia de la nuestra. Como si pudiéramos controlarla, pero no podemos. No somos más que unos mortales que van a abrir la caja de Pandora. Y antes de que todo se ponga del revés, necesito recordar por qué estoy luchando. Necesito saber que merece la pena.

—Quieres su bendición —dice Dancer—. La de ella.

Él conoce mi corazón mejor que Fitchner. Si voy a permitir que Augusto me adopte, tengo que ir a casa antes.

—No puedes explicarles lo que eres. No lo entenderán. —Fitchner da un paso al frente, de repente receloso de mi carácter—. Ya lo sabes.

—¿Hasta qué punto habría sido todo esto más fácil si tú y yo hubiéramos

colaborado desde el principio? —digo—. Las mentiras engendran mentiras. Tenemos que confiar. —Miro a Sevro—. Voy a llevarla a Lico.

—¿A quién? —pregunta Dancer.

—A Mustang —murmura él.

—No —casi grita Fitchner—. Imposible. No. Es un riesgo que no merece la pena correr. Ahora estás en una buena posición. ¡Está enamorada de ti! No pierdas esa influencia porque te sientas culpable.

—¿Y si yo también la amo?

—Mierda —salta Fitchner—. Mierda. Mierda. Mierda. ¿Lo dices en serio? Creía que era parte de tu condenado juego. Mierda. Chaval, lo estropearás todo. Maldito idiota. Mierda.

—Esto lo es todo —digo—. Ella me quiere. No seguiré utilizándola. No la emplearé como influencia. Si no podemos confiar en ella, entonces es que los dorados no son capaces de cambiar y Tito y Harmony tenían razón. Demonios, la Sociedad tendría razón. Tú y yo sabemos que no se trata de nuestros colores, se trata de nuestros corazones. Pues pongámoslos a prueba.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si te rechaza por ellos?

No tengo respuesta.

Sevro baja de un salto de su atalaya.

—Entonces le meto una bala en la cabeza.

LIBRE

La Olla es un pedazo de mierda: un nido de metal y hormigón de trescientos metros de profundidad, húmedo y con peste a licor y agentes limpiadores. En el pasado me parecía cernirse sobre el área común de Lico como una especie de castillo noble. Pero cuando mi barco desciende, no es más que una ampolla de metal opaco en la taiga meridional de Marte, muy alejada de las grandes ciudades donde los hombres se congregan para el gran ataque contra Octavia au Lune.

Los grises que hay dentro no sirven para ganarse un sueldo haciendo cualquier otra cosa que no sea intimidar a los rojos. Y pensar que una vez pensé que los tipos como Dan el Feo eran tropas de élite... Es triste ver lo débiles e insignificantes que eran en realidad los demonios de mi juventud. Como si procediera de algún tipo de pasado fantasioso y hueco.

No sabían que mi barco iba a venir. No saben por qué estoy aquí y tampoco debo explicárselo. Tan solo se dispersan como tábanos cuando bajo dando zancadas por la rampa de mi nave hasta la plataforma de aterrizaje ennegrecida por el aceite de los motores, precedido por una marabunta de guardaespaldas obsidianos. Ragnar me sigue mientras voy recorriendo los pasillos de rejillas de metal. Cualquiera de estos grises sabría llegar adonde necesito ir, pero ahora estoy buscando una cara familiar.

—Dan —le pregunto a uno de los empleados de mantenimiento marrones—. ¿Dónde está?

Irrumpo en una de sus salas privadas, donde una docena de grises juega a las cartas y fuma puros. Una mujer se percata de mi presencia y desvía su atención de una HP donde varios comentaristas —un plateado, un violeta y dos verdes— debaten las ramificaciones políticas de la conquista de Marte sobre un montaje de mis hazañas. Se le cae el puro de la boca. El hombre que está sentado a su lado lo apaga a manotazos cuando le cae sobre la pernera del pantalón y prende la tela.

—Carly, eres un pedazo de carne inútil. —Aparta su silla de la mesa—. Maldita sea. Al demonio con tu...

Dan el Feo se da la vuelta para verme por primera vez desde hace cuatro años. Siento cómo se le eriza el vello de la piel cuando se activa el resorte de disciplina escondido en algún rincón de su perezoso cuerpo. No hay reconocimiento en su mirada, ni miedo, solo obediencia.

Esto no me ofrece ninguna catarsis. Dan debería tener dibujada una sonrisa insolente en los labios, un asqueroso ademán de hiena. Pero no es así. Está amansado. Obediente. Con la cara llena de marcas del acné de su adolescencia. El pelo grasiento por el que Loran y yo siempre lo insultábamos a sus espaldas ha desaparecido. Un

cráter de alopecia lo ha sustituido, rodeado por mechadas de un gris apagado. Da tanto miedo como un perro con el pelo mojado. Este es el hombre que permití que matara a Eo.

¿Por qué fui incapaz de detenerlo? ¿Acaso alguna vez fui tan débil?

—El bosque de la bóveda —le digo a Dan, y mi voz llena la sala de metal—. Llévame allí.

Ya me he dado la vuelta. Ragnar se da unas palmaditas en el muslo.

—**Ven, perro.**

Han pasado cuatro años desde que estuve aquí por última vez. Las estrellas titilan en el gris que cubre nuestras cabezas cuando la noche empieza a ponerse la capucha. El bosque es más pequeño de lo que lo recordaba. Está menos lleno de color, de ruido. Supongo que era de esperar, habiendo estado donde he estado, visto lo que he visto. Hay más basura. Más indicios de que los grises lo utilizan para follar y beber. Le doy una patada a una lata de cerveza vacía con el zapato. Un envoltorio de caramelo marca el lugar donde Eo y yo yacimos juntos por última vez.

Lo recuerdo como un lecho de césped suave. Pero ahora hay malas hierbas. Puede que ya las hubiera entonces y que simplemente no me fijara en ellas. Las flores son cosas marchitas, míseras. Rozo una con el dedo y empiezo a sentir una tristeza que me desgarran por dentro y que me lleva a levantar la mirada hacia la cúpula para ver las estrellas que tachonan el cielo. Suelto un bufido. Puede que una vez fueran estrellas. Eso creía cuando era más joven. Pero son los barcos de guerra que se preparan para el asalto a la Luna. No sé qué me esperaba. Aquí ya no queda nada de magia.

Debería haber dejado este lugar en la perfección del recuerdo. Me pregunto si Eo también estará más segura ahí, a salvo de mis ojos. Si la viera ahora, si regresara, ¿estaría tan enamorado? ¿Me parecería tan perfecta?

Paseo por el bosque. La verdad es que apenas es más grande que mis aposentos del Pax. Yo soy más corpulento que los árboles bajo los que camino. La hierba ralea en la base de los troncos, donde las raíces crecen bajo el suelo.

Encuentro el lugar exacto que me ha traído hasta aquí. Las flores de hemanto viven sobre la tumba de Eo. Docenas de ellas. Parecería un milagro si no recordara el brote que deposité junto a ella bajo tierra. Ella ya no está aquí. Eso ya lo sé. Los grises la sacarían y la atarían en el área común para que se pudriera después de colgarme a mí.

Hay una oscura ironía en la que acabo de reparar. He venido hasta aquí para pedirle su bendición, pero ella ya no está. Ha abandonado esta jaula en dirección al valle.

Así que me siento con las piernas cruzadas esperando a que se ponga el sol en el mismo lugar en que una vez esperé a que se alzara. Cuando baja, la luz agonizante

del día llena el bosque de la bóveda de un matiz sangriento. Y entonces el sol se rinde al horizonte y la noche extiende su sudario agujereado de estrellas sobre Marte.

Me río de mí mismo.

Ragnar sale de su escondite junto a la puerta.

—Estoy bien —digo sin volverme hacia él—. Ella se reiría de mí por haber venido hasta aquí.

—**La risa es un don.**

—A veces.

Me pongo en pie y me sacudo los pantalones mientras le echo un último vistazo al lugar.

El bosque no es tan perfecto como yo lo recordaba. Y ella tampoco. Era impaciente. Podía ser vengativa por pequeños detalles. Pero era una niña. Ni siquiera había cumplido los diecisiete. Y dio cuanto pudo, hizo cuanto pudo con lo poco que tenía. Por eso siempre la amaré, y por eso sé si me concedería o no su bendición para lo que voy a hacer. Mi corazón no puede permanecer aquí, en esta jaula de la que ella misma ha escapado. Debo pasar página.

EL MAGISTRADO

El magistrado de minas Timony au Podginus me espera flanqueado por una camarilla de guardias grises que ahora lucen sus mejores y más brillantes uniformes. Uno lleva una bandeja de queso, dátiles y el mejor, y tal vez único, caviar de Podginus. Dan el Feo ha desaparecido.

—Lord Andrómeda, ¿no es así? —canturrea Podginus con esa entonación altanera que tanto les gusta a los arrogantes cobres. Está más gordo. Tiene menos pelo. Y suda como un cerdo en el horno cuando abre en abanico sus dedos cargados de anillos para obsequiarme con una extraña reverencia habitual en los dramas políticos de la HP—. Estaba examinando las instalaciones de compresión de mena — probablemente un prostíbulo de la cercana ciudad de Yorton, donde termina la taiga — cuando me llegó la noticia de su visita. He regresado lo más rápido que he podido, pero aun así le suplico que me perdone. Me pregunto, no obstante, si podría atreverme a preguntarle el propósito de su visita. —Para poder venderle esa información a hombres como Plinio. Los broncees rara vez son sinceros en todo lo que dicen—. No hay programada una inspección hasta...

—En la sociedad educada, se considera grosero no presentarse, bronce. —Hablo como un Único, no como los florecillas a los que él emula con tanto entusiasmo.

—¡Mis disculpas! —tartamudea alarmado, y me dedica una reverencia tan profunda que creo que podría tocar el suelo con la nariz si no fuera por el cojín de su considerable panza—. Soy el magistrado de minas Timony au Podginus, su humilde servidor. Y me gustaría decirle, si no es demasiado osado —continúa agachado—, que su aspecto es aún más magnífico de lo que me había imaginado. No me refiero a que no esperara que fuera fornido y alto, puesto que el archigobernador solo se vale de los mejores, pero la HP a duras penas le hace justicia.

—Puedes alzarte.

Se incorpora avergonzado y atisba el bosque que se extiende a mis espaldas, buscando maliciosamente la razón por la que alguien como yo ha venido a su mina sin previo aviso.

—Como estoy seguro de que sin duda habrá oído en boca de otros, los magistrados de minas nos regocijamos sobremanera al saber que el planeta había sido liberado del control de los Belona. Puede que esos hombres conozcan la guerra, pero ¿la minería? Bah, principiantes.

—Al parecer tampoco conocen la guerra.

Traga saliva y vuelve a mirar hacia mi filo y después al bosque.

—Un espacio bonito, ¿verdad? —pregunta—. Me recuerda a mi época en el río

Pirro. Allí florece el tulipán... ¡Oh, qué color! No hay nada igual, como estoy seguro que sabe. Y los árboles, ¿no son casi idénticos a los abedules que se extienden por las estepas del monte Olimpo? Allí me alojé en el Château le Breu. —Hace un extraño movimiento expansivo con las manos—. Lo sé, lo sé, pero hay que darse un capricho de vez en cuando. De hecho, fue donde descubrí el exclusivísimo queso *sottocenere*. —Sonríe con orgullo—. Mis amigos me llaman Marco Polo, porque me deleito viajando. Es cultura lo que busco. La compañía refinada, como sin duda habrá podido adivinar, es lo más difícil de encontrar por aquí...

No sé durante cuánto tiempo más habría continuado intentando impresionarme si no hubiera mirado los brillantes uniformes de sus hombres, y luego sus brillantes anillos, con el ceño fruncido.

—¿Ocurre algo? —pregunta.

—Tienes razón.

Su mirada de ojos minúsculos y redondos repasa a toda prisa a sus mejores grises en busca de la iniquidad que he detectado. Me asquea lo desesperado que está por complacerme. Este hombre robó a mi familia. Hizo que me azotaran. Contempló el asesinato de Eo. Colgó a mi padre. No es malo. Solo patético en su avaricia.

—¿Tengo razón sobre qué? —pregunta mirándome atónito.

—En que es imposible encontrar compañía refinada en lugares como este.

Lo miro con tanta dureza que temo que vaya a estallar en sollozos. Verlo a él, ver a Dan, no hace más que llenarme de una extrañeza distante. Quería que fueran monstruos terribles, odiosos. Pero no lo son. Son hombres mezquinos que destrozan vidas y ni siquiera se dan cuenta. ¿Cuántos más hay como ellos?

Poseído por el pánico, Podginus hace oscilar la bandeja de queso.

—*Sottocenere*, mi señor. De importación italiana, con notas de regaliz, guiños de nuez moscada, una pizca de cilantro, un poquito de clavo y un pellizco juguetón pero misterioso de canela e hinojo empapado en la corteza. Estoy seguro de que lo encontrará a su...

—No he venido a por queso.

—No. No. Claro que no. —Mira a su alrededor con nerviosismo—. Si acepta mi súplica de una pregunta, ¿para qué ha venido, mi señor?

Echo a andar. Podginus se apresura para no quedarse rezagado.

—Ragnar.

Le hago un gesto al gigante, que se saca una pequeña terminal de datos del bolsillo. Guijarro tardó menos de una hora en enseñarle a usarlo.

—Tu producción de helio-3 ha disminuido un catorce por ciento a lo largo del último trimestre. Tus proyecciones muestran un déficit previsto de 13 500 kilos para el trimestre fiscal en curso. El pretor Andrómeda desea que se lo expliques.

Podginus no sabe qué hacer. Nos mira a mí, al obsidiano y al terminal de datos. Tartamudea una respuesta:

—Yo... yo... Hemos tenido problemas con la plebe. Grafitis, panfletos ilegales.
—Se dirige a mí—. Ya sabe que fuimos el núcleo del movimiento Perséfone...

Ragnar le da una palmada fuerte en el hombro.

—**El pretor Andrómeda está ocupado.**

—Yo... yo... —Podginus se da la vuelta, sumido en una pesadilla que no comprende y de la que no puede escapar—. Me he olvidado de lo que estaba...

—**Estabas poniendo excusas.**

—¿Poniendo excusas? ¡Poniendo excusas! ¿Cómo te atreves? —Se cuadra de hombros—. Actualmente, una rebelión sacude todos los rincones de Marte. Ni una mina ha escapado al disentimiento. La mía no es la excepción. Ha habido asesinatos. Sabotaje. Y no solo por parte de los Hijos de Ares. ¡También por la de los propios mineros!

Podginus se vuelve hacia mí de nuevo, desesperadamente consciente de que su muerte se acerca muy rápido. Está haciendo grandes esfuerzos para mantener el ritmo de nuestras largas zancadas.

—Mi señor, he hecho cuanto estaba en mi mano y más para seguir el método apropiado para sofocar la rebelión como dispone la sección tres, subsección A de la *Guía de Gestión de Minas* del Ministerio de Energía. Les he reducido las raciones, me he puesto duro con la ejecución de violaciones legales y he desacreditado a los cabezas pensantes haciéndolos caer en relaciones homosexuales. Incluso he introducido los escenarios recomendados en *De apaciguar la rebelión*. A lo largo de los seis últimos años, he empleado plaga y cura, rebelión y represión, desastre natural, migración de víboras y ¡hasta he considerado el paquete de revuelta gubernamental extraplanetaria! —Jadeando, me hace gestos implorantes para que me detenga—. Ningún hombre lo habría hecho mejor que yo.

—Tu puesto no está en peligro —digo.

Se estremece de alivio. De pronto, algo encaja en su mente.

—No iré a... —Se acerca a mí—. ¡Está pensando en la cuarentena! ¿Verdad?

—¿Por qué no debería poner esta mina en cuarentena? —continúo avanzando por el pasillo hasta que llegamos a la plataforma en la que espera mi barco. Allí me detengo—. Como has dicho, su población no ha reaccionado favorablemente a las estrategias respaldadas por el Ministerio de Energía y el Consejo de Control de Calidad. ¿Por qué no llenarla de aire cargado de achlys-9 y sustituir a los rojos rebeldes por clanes de minas dóciles más cercanas al ecuador?

—¡No!

Se atreve a agarrarme. Ragnar ni siquiera se molesta en amenazar al hombre rollizo.

—Elige bien tus palabras —digo.

—Mi señor, no lo haga. —Las lágrimas destellan en sus ojos avariciosos, aterrorizados—. Puede que los beneficios de mi mina hayan disminuido, pero aún es viable, funcional. Un modelo de cómo capear un temporal.

—Tú eres su salvador —digo burlándome de él.

—Aquí los rojos son buenos mineros. Los mejores del mundo. Por eso son salvajes. Pero ahora se han calmado. He aumentado sus raciones de alcohol y la circulación de feromonas en las unidades de aire. Están procreando como conejos. También he hecho que mis plantas Gamma alteren la maquinaria y los mapas. Creen que las minas se están agotando. Irán con mucho cuidado por miedo a no alcanzar la cuota. Entonces arreglaremos las máquinas y recuperarán la motivación. Incluso puedo decirles que la terraformación está completa y que la migración comenzará dentro de diez años, y que la Tierra ha empezado a mandar inmigrantes. Todavía hay muchas opciones antes de que debamos acceder a la cuarentena.

Observo al hombre cuando deja de hablar espurriando y se desploma, inerte como una camisa mojada en una percha. ¿Todo esto se debe a su propia vanidad o es que de verdad le importan los rojos? Era una prueba para averiguarlo. Pero no soy capaz de distinguir la verdad. Puede que en realidad le importen de alguna manera extraña. Otro monstruo de mi pasado convertido en humano por el látigo de la Sociedad.

—Tu mina está a salvo, de momento. Mantén a tu mano de obra. Aumenta las raciones, empezando esta noche. Quiero trabajadores felices y arcas llenas. En mi nave encontrarás provisiones. Comida y libaciones. Ofréceles un banquete a los rojos.

—Mi señor..., ¿un banquete? ¿Por qué?

—Porque lo digo yo.

Me siento solo en la sala de inspección observando cómo se desarrolla la celebración a través del suelo de cristal. Miles de rojos beben y comen mientras los jóvenes bailan alrededor del patíbulo al ritmo de «La balada del viejo Hickory». Las mesas están llenas de alimentos que estos rojos nunca han probado, de bebidas que nunca han saboreado. Y aunque ríen, aunque bailan, soy incapaz de encontrar la alegría. Viven rodeados por el horror, pero es un horror que conocen. Un horror del que pueden refugiarse. ¿Quedará algún refugio cuando los Hijos de Ares revelen la gran mentira? Destrojará su forma de vida. Estarán perdidos en la grandeza de los mundos. Y ellos los contaminarán. Como han hecho conmigo.

Los reconozco prácticamente a todos. Niños con los que jugué, ahora adultos. Chicas a las que besé una vez, ahora con hijos. Sobrinas. Sobrinos. Incluso mi hermano, Kieran. Me enjugo las lágrimas de los ojos, no sea que alguien las vea.

Un niño arrastra a una niña hacia el baile después de besarle la mejilla. Yo ya no volveré a ser ese niño. He perdido la inocencia. Y los rojos jamás me aceptarán como uno de los suyos, con independencia del futuro que les traiga. No soy un héroe conquistador. Soy un mal necesario. Aquí no queda sitio para mí, pero no puedo marcharme. Hay cosas que deben ser dichas. Secretos que deben revelarse.

—¿Aún intentando crear un culto? —me pregunta desde la puerta.

Me doy la vuelta para ver a Mustang apoyada contra el marco de metal, con el

pelo recogido en una coleta y el uniforme de político, de cuello alto, abierto informalmente a la altura de la garganta.

—Supongo que lo siguiente que debería hacer es encargarse de estatuas, ¿no? —pregunto.

—Ragnar está asustando a los grises pueblerinos.

—Bien.

—Eres muy cruel con los grises —dice entre risas—. ¿Qué es lo que no te gusta de ellos?

Me pasa una mano por el pelo cuando viene a sentarse en el brazo de mi silla.

—Son demasiado obedientes.

—Ah, entonces por eso te gusto yo. —Me clava ligeramente las uñas en la cabeza, bromeando—. Las estatuas no son una buena idea. Desfigurarlas es demasiado sencillo. Los vándalos podrían pintarte bigote o pechos en su tiempo libre. Una proposición arriesgada, la de los pechos.

—Podría ser peor.

—Bueno, no hay nada peor que un bigote. Daxo intenta dejárselo crecer. Creo que pretende ser irónico Pero no estoy segura. —Suelta una ligera carcajada y se acomoda en la silla metálica que hay al lado de la mía—. Sus hermanas se encargarán de solucionarlo.

Mira en torno a la mina y la Olla.

—Este sitio es repugnante. He redactado una legislación que los reformistas piensan aprobar después de todo esto. Se cargará el Ministerio de Energía, reestructurará el Consejo de Control de Calidad... —Vuelve a fijarse en la Olla—. Cambiaré la forma en que se gestiona esta carnicería. ¿Has visto las reservas de suministros de este sitio? Hay comida suficiente para siete años, y sin embargo continúan exprimiendo sus órdenes de requerimiento. He echado un vistazo a sus archivos. El magistrado de mina comete fraude. Es probable que revenda los suministros en el mercado negro. Ese cobre mentiroso pensó que no nos daríamos cuenta. Seguro que porque algún dorado o algún plateado le dijo que untarían a las personas adecuadas para que nadie pusiera pegas jamás. Y, entre tanto, tiene una población malnutrida. Corrupción por todas partes.

Arruga la nariz y arranca un trozo de pintura desconchada de su silla.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunta—. ¿Ha pasado algo con mi hermano?

—Esta es la mina donde la chica cantó la canción prohibida —contesto al cabo de unos segundos.

Abre los ojos de par en par mientras estudia la multitud que baila bajo nuestros pies.

—Pobre gente.

Me mira, esperando expectante lo que tenga que decirle. Pero no me quedan palabras. Solo algo que mostrarle. La cojo de la mano y me pongo en pie.

—Ven conmigo.

POR QUÉ CANTAMOS

Nunca he sentido un miedo así.

Lico está oscuro por la noche. Se apagan todas las luces para que los rojos no se vuelvan locos a consecuencia del día eterno. En algún lugar, los turnos de noche tejen sedas y horadan tierra. Pero en este túnel ancho no hay movimiento, no hay ruido aparte del murmullo de las HP que muestran viejos holos de terraformación y del zumbido distante de las máquinas. Hace frío, pero estoy sudando.

Mustang va en silencio a mi lado. No ha abierto la boca desde que bajamos con las gravibotas al suelo del área común, cubiertos con espectrocapas que nos hacen casi invisibles a ojos de los borrachos desplomados sobre las mesas y profundamente dormidos sobre los escalones del patíbulo. Percibo la tensión de su silencio y me pregunto qué pensará.

El corazón me late con fuerza en el pecho, tan estruendoso que Mustang tiene que oírlo cuando entramos en el sector Lambda, donde pasé de niño a hombre. Es un lugar más pequeño. De techo más bajo. Los puentes de cuerda y los sistemas de poleas son como juguetes infantiles. La HP que una vez brilló con el rostro de Octavia au Lune es una vieja reliquia en la que se mezclan los píxeles. Mustang lo observa todo, con la espectrocapa desactivada. Su mirada salta de puente en puente y de casa en casa como si estuviera viendo algo maravilloso. Nunca pensé que un dorado pudiera sentir interés por un lugar sencillo como este.

Subo los escalones de piedra del puente que lleva a mi antigua casa, igual que hacía de niño. Solo que ahora mis piernas son demasiado grandes. Se me había olvidado que llevo gravibotas. Mustang tampoco utiliza las suyas. Me sigue y se sacude el polvo de las manos cuando alcanza el rellano donde, incrustada en la pared, se encuentra la delgada puerta de metal de mi vieja casa familiar.

—Darrow —dice en voz muy baja—, ¿cómo sabes adónde te diriges?

Me tiemblan las manos.

—Me dijiste que te dejara entrar.

Bajo la mirada hacia ella.

—Sí, pero...

—¿Hasta dónde quieres llegar?

Sé que presiente lo que está por venir. Me pregunto desde hace cuánto lo intuirá. Mis rarezas. Los gestos extraños. El alma distante.

Se mira las manos, manchadas de rojo gracias al polvo de la escalera.

—Hasta el final.

Le entrego un holocubo.

—Si lo dices de verdad, presiona el botón de encendido y entra cuando hayas terminado de verlo. Si te marchas, lo entenderé.

—Darrow...

La beso por última vez, con intensidad. Se aferra a mi pelo, consciente de que cuando nos separemos algo será diferente. Me sorprende apartándome. Le sujeto la cara con ambas manos. Sus ojos, cerrados, comienzan a abrirse cuando doy un paso atrás y me vuelvo hacia la puerta.

La abro.

Tengo que agacharme para entrar. En la casa apenas hay espacio para moverse. Está en silencio. El primer piso es como lo recordaba. La mesita de metal no ha cambiado. Ni las sillas de plástico, el pequeño fregadero, los platos de arcilla puestos a escurrir o la preciada tetera de mi madre, que se calienta al fuego. Una alfombra nueva cubre el suelo. Es el trabajo de un novato. Varias botas descansan donde mi padre solía poner las suyas, en la base de las escaleras, donde yo también dejaba las mías. Espera. Esas son mías. Pero están más harapientas y gastadas que en mis días. ¿De verdad tenía los pies tan pequeños?

El silencio protege la casa. Todos duermen excepto ella.

La tetera silba cuando el agua comienza a hervir. Pronto comienza su murmullo susurrante. Unos pies se arrastran por los escalones de piedra. Casi salgo corriendo de la habitación. Pero el terror me deja clavado al suelo cuando se acerca. Tanto que está en la misma habitación que yo, parada en el último escalón, con un pie suspendido en el aire, olvidado. Su mirada encuentra la mía. No se aparta. No mira el resto de mi forma dorada. El pánico me invade cuando no dice nada. Una respiración. Tres. Diez. No me conoce. Soy un asesino en su casa. No debería haber venido aquí. No me reconoce. Soy un dorado perdido que asoma las narices por curiosidad. Puedo marcharme. Huir en este momento. Mi madre no tiene que saber nunca en qué se ha convertido su hijo.

Entonces termina el paso y se encamina hacia mí. Deslizándose. Han pasado cuatro años. Ella parece veinte más vieja. Los labios finos, la piel flácida y enmarañada de arrugas, el pelo entreverado de gris tiznado, las manos duras como un roble y nudosas como las raíces del jengibre. Cuando estira la mano derecha hacia mi cara, tengo que ponerme de rodillas. Aún no ha dejado de mirarme a los ojos. Ahora los suyos derraman lágrimas. La tetera grita sobre el fuego. Acerca la otra mano a mi rostro, pero no puede abrirla y acariciarme como con la otra. Permanece tensa y apretada, como mi corazón.

—Eres tú —dice con suavidad, como si yo fuera a desaparecer como una visión nocturna si hablara demasiado alto—. Eres tú.

Su voz suena diferente, borrosa.

—¿Me conoces? —logro articular con desesperación.

—¿Cómo podría no hacerlo? —Tiene la sonrisa torcida, el párpado izquierdo aletargado. La vida ha sido menos amable con ella que conmigo. Ha sufrido un

derrame. Me destroza ver que el cuerpo le falla. Saber que no estuve aquí con ella. Saber que se le rompió el corazón—. Te reconocería... en cualquier parte. —Me besa la frente—. Mi niño. Eres mi Darrow.

Las lágrimas trazan senderos cálidos por mis mejillas. Dejo que broten.

—Madre.

Todavía de rodillas, la rodeo con los brazos y dejo que las lágrimas silenciosas fluyan. No decimos nada durante una eternidad. Huele a grasa, a óxido y al aroma acre y húmedo de los hemantos. Me besa el pelo como solía hacerlo. Me rasca la espalda con las manos como si la recordara igual de ancha de lo que es ahora, igual de fuerte.

—Tengo que quitar la tetera del fuego —dice—. Antes de que alguien se despierte y te vea como...

—Claro.

—Tienes que soltarme.

—Lo siento.

Y la suelto, riéndome de mí mismo.

—¿Cómo...? —me pregunta sin apartar la mirada de los emblemas de mis manos, negando con la cabeza—. ¿Cómo puede ser? Tú... Tu acento. Todo.

—Me tallaron. El tío Narol me salvó. Puedo explicártelo.

Sigue sacudiendo la cabeza, temblando tan ligeramente que debe de pensar que no lo veo. La tetera ulula con más fuerza.

—Siéntate. —Me da la espalda y aparta la tetera del fuego. Saca otra taza. Una de la estantería alta. Recuerdo que era la de mi padre. El polvo cubre la arcilla moldeada. Se detiene y no dice nada mientras la acuna contra su pecho, perdiéndose en un momento no destinado a mí, en el recuerdo de aquellas mañanas cuando se preparaban juntos para afrontar el día. Con un largo suspiro, pone el té de hoja suelta en el pote y vierte el agua caliente después—. ¿Te apetece algo más? Tenemos de esas galletas que te gustaban.

—No, gracias.

—Y me he traído la ración del banquete de esta noche. Es comida dorada fina. ¿La has traído tú?

—Yo no soy dorado.

—También hay judías. Frescas, del huerto de Leora. ¿Te acuerdas de ella?

Le echo un vistazo a mi terminal de datos. Mustang se ha ido, va camino del barco después de haber visto el holocubo. Me lo temía. Leo un mensaje de Sevro. «¿La detengo?», pregunta. Tengo dos opciones. Dejar que Sevro y Ragnar la cojan y la contengan hasta que pueda hablar con ella. O confiar en las decisiones que tome por sí misma. Pero si confío en ella, podría marcharse, contarle a su padre lo que soy, y todo terminaría. Pero tal vez solo necesite tiempo. Le he dado mucho que digerir. Si Ragnar y Sevro la capturan prematuramente, eso podría ponerla en mi contra. O podrían actuar por su cuenta y matarla.

Maldiciendo en silencio, tecleo una respuesta rápida.

—Me acuerdo de todo el mundo —le digo a mi madre tras levantar la vista de nuevo—. Sigo siendo yo.

Mis palabras la dejan paralizada, aún de cara a los fogones. Cuando se da la vuelta, una sonrisa torcida cruza su rostro estragado por la apoplejía. Una de las tazas está a punto de caérsele de la mano, pero se recupera pronto.

—¿Tienes algo contra las sillas? —pregunta con aspereza al ver que me he percatado de la torpeza de su mano.

—Al contrario, tengo miedo...

Levanto la silla. Es más apropiada para un niño dorado que para un Mercado como Único que mide algo más de dos metros diez y pesa tanto como tres rojos juntos. Mi madre suelta una de esas risitas oscuras tan típicas de ella, de aquellas que, cuando era niño, siempre me hacían pensar que la mujer había hecho algo particularmente siniestro. Con elegancia, cruza las piernas y se sienta en el suelo. La imito, sintiéndome desgarbado y torpe aquí dentro. Ella coloca las tazas humeantes entre los dos.

—No pareces estar terriblemente sorprendida de verme —comento.

—Ahora hablas raro. —Guarda silencio durante tanto tiempo que empiezo a preguntarme si continuará—. Narol me dijo que estabas vivo. Se le olvidó mencionar que habías ido a teñirte de dorado. —Le da un sorbo al té—. Apuesto a que tienes algunas preguntas.

Me echo a reír.

—Pensaba que tú tendrías más.

—Las tengo. Pero conozco a mi hijo. —Estudia mis emblemas—. Yo tengo más paciencia. Vamos, pregunta.

—Narol... ¿está...?

—¿Muerto? Sí. Está muerto.

Me quedo sin aliento.

—¿Desde hace cuánto?

—Desde hace dos años. —Se ríe—. Se cayó por una galería con Loran. Nunca encontraron los cuerpos.

—¿De qué demonios te ríes?

—El hermano de tu padre siempre fue la oveja negra del grupo. —Vuelve a sorber su té. Todavía quema mucho para mí—. Supongo que tiene sentido que fuera tan difícil de matar como una cucaracha. Así que me creeré que está muerto cuando lo vea en el valle. Capullo taimado. —Habla despacio, como la mayoría de los rojos. El derrame le ha dejado un ceceo muy ligero, pero ahí está—. Creo que se largó de este sitio y se llevó a Loran con él.

Su forma de decirlo me deja claro que sabe que hay algo más allá de las minas. Puede que no sepa toda la verdad, pero sí una parte. Tal vez mi tío y mi primo no estén muertos. Quizá se fueron para unirse a los Hijos.

—¿Y Kieran? ¿Leanna? ¿Dio?

—Tu hermana se ha casado otra vez. Vive con su marido en el sector Gamma, en casa de la familia de él.

—¿Gamma? —Resoplo—. ¿Dejaste que...?

Me callo en cuanto veo la mueca reciente en la boca de mi madre. Puede que luzca los adornos de un dorado, pero más me vale no decir ni una maldita palabra sobre su hija.

—Ha tenido dos niñas que se parecen más a ti que ella o que cualquier Gamma que haya visto en mi vida. Y Kieran está bien. —Sonríe para sí—. Estarías muy orgulloso de él. Ya no es el niño llorón al que tal vez recuerdes fastidiando sus tareas o hablando en sueños. Es el hombre de la casa. El locutor jefe del equipo desde que Narol se escabulló. Pero Kora, su esposa, murió de parto. Se casó otra vez hace unos cuantos meses.

Mi pobre hermano.

—¿Y Dio? ¿Y los padres de Eo?

—Su padre está muerto. Se suicidó no mucho después de que tú intentaras lo mismo.

Agacho la cabeza.

—Muchas muertes.

Ella me acaricia la rodilla.

—Así son las cosas.

—Pero eso no significa que estén bien.

—Pasamos una época difícil después de que Eo y tú nos dejarais. Pero Dio está bien. De hecho, está arriba.

—¿Arriba? ¿Qué quieres...? ¿Se ha casado con Kieran?

—Sí. Y está embarazada. Tengo la esperanza de que sea una niña, pero con mi suerte será un niño que querrá esquivar víboras y pasarse la vida haciéndose quemaduras. Si es que puede elegir, claro.

—¿Qué quieres decir?

—Las cosas van mal. Han cambiado. La mina no da tanto como debería. Algunos hombres murmuran que este rincón del mundo está totalmente agotado. Y eso hace que comiencen a tener miedo... ¿Qué les ocurre a los mineros cuando no queda tierra que explotar? Esperan que la terraformación cuaje antes de que consumamos nuestros depósitos de helio.

—No os pasará nada. Te prometo que protegeré esta mina. Pase lo que pase.

—¿Cómo?

—Simplemente lo haré.

—Me toca. —Me mira por encima de su taza—. ¿Dónde has estado, niño?

—Yo... Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Por la muerte de Eo, creo.

Doy un respingo. Mi madre siempre ha sido muy directa. Se pasó toda la infancia

de Kieran haciéndolo llorar. Pero esa franqueza convierte las ampollas en callos. Así que le debo una respuesta equivalente. Se lo cuento todo, empezando por los momentos que siguieron a la muerte de Eo y terminando con la promesa que le hice al archigobernador.

Hace rato que nos hemos terminado el té cuando llego al final.

—Vaya un cuento —dice.

—¿Un cuento? Es la verdad.

—Los demás no te creerán.

—¿Tú sí?

—Yo soy tu madre. —Me coge la mano y acaricia con los dedos nudosos los emblemas que la recorren desde el dorso hasta el antebrazo. Esboza una sonrisa de superioridad cuando llega a las alas de metal engastadas en la parte exterior del mismo—. Nunca me gustó Eo.

Levanto la cabeza para mirarla.

—No para ti. Era manipuladora. Te ocultaba algunas cosas...

—Sé lo del bebé —la interrumpo—. Sé lo que le dijo a Dio en el cadalso.

Mi madre se arrima a mí, me coge las manos entre las suyas y se lleva mis nudillos a los labios. Nunca nos ofreció mucho consuelo. Ahora lo hace con torpeza. Pero no me importa. Mi padre la quería por el mismo motivo que la quiero yo. Todo lo que hace es de corazón. No hay falsedad en ella. Ni engaño. Así que cuando me dice que me quiere, sé que lo hace con todas las moléculas de su cuerpo.

—Eo no era una chica cruel, eso ya lo sabes —dice apartándose para poder mirarme a los ojos—. Te quería con todo su ser. Y yo la quería por eso. Pero siempre temí que te hiciera luchar sus batallas. Y siempre temí lo mucho que le gustaba luchar.

No se parece mucho a la Eo que yo recuerdo. Pero no encuentro falla en las palabras de mi madre. No puedo. Cada uno ve las cosas a su manera.

—Pero al final, madre, Eo tenía razón sobre esto. Sobre los dorados.

—Soy tu madre. No me importa que tuviera razón. Me importas tú, niño.

—Alguien tiene que arreglar todo esto —digo—. Alguien tiene que romper las cadenas.

—¿Y ese alguien eres tú?

¿Por qué duda de mí?

—Sí. Soy yo. No me estoy comportando como un idiota. Puedo hacer que salgamos de aquí. De nuestra esclavitud.

—¿Para ir adónde? ¿A la superficie? —Habla de ella con familiaridad, como si conociera la verdad de Marte desde hace años, no desde hace unos minutos. Tal vez sea así—. ¿Qué haremos allí? Lo único que conocemos son las minas. Lo único que sabemos hacer es cavar, cosechar seda. Si lo que dices es verdad y hay cientos de millones de rojos en Marte, ¿cómo va a haber casas suficientes para nosotros ahí arriba? ¿Cómo va a haber suficiente trabajo? La mayoría no abandonará las minas

aunque lo sepan. Ya verás. Seguirán siendo mineros, sin más. Y sus hijos serán mineros. Y los hijos de sus hijos, pero la nobleza del oficio se perderá. ¿Has pensado en estas cosas?

—Por supuesto que sí.

—¿Y tienes una respuesta?

—No.

—Hombres... —Se masajea la sien derecha—. Tu padre era de los que saltan sin mirar. —Su expresión me dice lo que opina de ello—. Todos los sondeainfiernos piensan que son ellos los que sustentan el clan. No. Son las mujeres quienes lo hacen. —Hace un gesto en torno a la habitación—. Todo lo que ves, hecho por una mujer. Pero tú sabes moldear el mundo, ¿verdad? Sabes cómo debería ser.

—No, no lo sé —repongo—. Yo no soy el que tiene las respuestas. —Las tiene Mustang. Las tenía Eo. Las tiene mi madre—. Ningún hombre ni ninguna mujer tienen todas las respuestas. Se necesitarán mil, un millón de mentes brillantes para contestar la pregunta que me has hecho. Ese es el objetivo de todo eso. Lo que yo sé hacer, lo que se me da bien es derribar a los hombres y las mujeres que quieren mantener esas mentes encadenadas. Por eso estoy aquí. Por eso existo.

—Has cambiado —dice.

—Lo sé. —Cojo polvo del suelo y me lo froto en las manos. Tiene un aspecto extraño en esta piel—. ¿Crees... que es posible amar a dos personas?

Antes de que pueda contestar, unos pies descienden la escalera con sigilo.

Mi madre se vuelve para mirar.

—¿Abuela? —dice una vocecita adormilada—. Abuela, Dunlow no está en la cama.

Una niña pequeña aguarda en la escalera; el camisón le llega hasta el suelo. Es una de las de Kieran. Tiene tres años, tal vez cuatro. Nacida justo después de que yo me fuera. Su rostro tiene forma de corazón. Tiene el pelo abundante y cobrizo, como el de mi mujer. Mi madre vuelve a mirarme a mí, preocupada por cómo va a explicar mi presencia. Pero activé mi espectrocapa en cuanto oí el ruido.

—Vaya, probablemente se haya escapado para armar jaleo —dice mi madre.

Le aprieto la mano con cariño antes de salir a hurtadillas de la habitación en dirección a la puerta. Mi tiempo aquí ha terminado, pero me cuesta marcharme. La niña baja las escaleras con cuidado, un pie detrás del otro, frotándose los ojos para librarse del sueño.

—¿Con quién estabas hablando?

—Estaba rezando, niña.

—¿Rezando por qué?

—Por el alma de un hombre que te quiere mucho.

Mi madre le roza la nariz con un dedo.

—¿Papá?

—No. Tu tío.

—¿El tío Darrow? Pero si está muerto.

Mi madre coge a la niña en brazos.

—Los muertos siempre pueden oírnos, mi amor. ¿Por qué crees que cantamos, si no? Queremos que sepan que, aunque ellos se hayan ido, todavía podemos encontrar la alegría. —Acunando a mi sobrina, se vuelve para mirarme cuando sube el primer peldaño de la escalera—. Es lo único que ellos querrían para nosotros.

LAS PROFUNDIDADES

Mustang se ha ido. Albergaba la esperanza de que entrara. Pero sospecho que era demasiado pedir. Por supuesto que lo era. Idiota. Recuerdo haber pensado que esto me humanizaría a sus ojos. Pensé que conocer a mi madre la haría sollozar y darse cuenta de que todos somos iguales.

La culpa se apodera de mí a toda prisa. Le di a Mustang el holo de mi talla esperando... ¿esperando qué? ¿Que entrara en mi casa? ¿Que ella, la hija del archigobernador de Marte, se sentara en el suelo con mi madre y conmigo? Soy un cobarde por haber venido aquí. Por haber dejado que el holo hablara por mí. No quería ver cómo descubría quién soy en realidad. No quería ver la traición en sus ojos. Cuatro años de engaño. Cuatro años mintiendo a la chica que nunca ha sido capaz de confiar en nadie. Cuatro años y le digo la verdad cuando ni siquiera estoy en la misma maldita habitación que ella. Soy un cobarde.

Se ha ido.

Compruebo mi terminal de datos. El rastreador de radiación que Sevro insistió en ponerle a Mustang antes de que viniera a verme a la sala de observación de la Olla dice que está a trescientos kilómetros de distancia y avanzando rápido. El barco de Sevro la sigue, esperando mis órdenes.

Tanto Ragnar como Sevro intentan contactar conmigo. No respondo a sus llamadas. Querrán que les dé la orden de derribarla. No lo haré. No puedo. Ninguno de ellos lo entiende.

Sin Mustang, ¿qué sentido tiene todo esto?

Me alejo del sector y bajo deambulando hacia el interior de la vieja mina, tratando de olvidar el presente encontrando el pasado. Allí, me quedo paralizado, solo, escuchando la llamada de las minas profundas. El viento gime su camino a través de la tierra, pesaroso en su cantar. Tengo los ojos cerrados en las tinieblas, los talones clavados en el suelo granulado, con la cabeza orientada hacia las fauces de la oscuridad que se extiende por las profundas entrañas de mi mundo. Así era como poníamos a prueba nuestra valentía de niños. De pie, a la espera, en los hoyos profundos que nuestros ancestros cavaron en los tiempos anteriores.

Vuelvo la mano izquierda para ver el interior del antebrazo, donde descansa mi terminal de datos. Dubitativo, llamo al de Mustang.

Repica justo detrás de mí.

Me quedo de piedra. Entonces, la batería de un achicharrador gime al activarse y una luz amarilla y cálida brota a mis espaldas iluminando una franja del inmenso túnel.

—Las manos, donde pueda verlas. —Su voz es tan fría que apenas la reconozco hasta que el eco me la devuelve desde las paredes del túnel. Despacio, levanto las manos—. Date la vuelta.

Lo hago.

Sus ojos destellan contra el farol como los de un búho. Está a diez metros de distancia, más alta que yo, con los pies plantados en el suelo inclinado y granulado. En una mano sujeta una luz. En la otra, un achicharrador. Y me apunta a la cabeza, con un dedo en el gatillo. Tiene los nudillos completamente blancos. Su rostro es una máscara impasible y, tras ella, dos ojos invadidos por una tristeza insondable.

Sevro tenía razón.

—Te pegará un tiro en la cabeza, maldito idiota —me espetó en la lanzadera.

A veces creo que se ha unido a mi pequeña cruzada para tener una excusa para hablar con un rojo. Ragnar guardó silencio cuando le conté mi plan.

—Entonces ¿por qué me apoyaste delante de tu padre? —le pregunté yo.

—Porque eso es lo que hacemos los amigos.

—Mustang tiene que tomar su propia decisión.

—¿Y va a elegirte a ti por encima de su raza?

—Tú lo has hecho.

—¡Venga ya! Yo no soy una maldita reina de los dorados, ¿no? —Levantó una mano por encima de su cabeza—. Ella ha estado aquí arriba toda su vida. El aire es dulce y agradable. —Bajó la mano—. Yo he estado pateando mierda desde que nací minúsculo y feo hijo de un padre mantecoso. Tu chica... no sabe lo que es el resentimiento. Tal vez suelte lindezas a borbotones cuando el mundo no es duro. Pero cuando se enfrente a las masas que le robarían su palacio, que pisotearían sus jardines... entonces verás a una chica diferente.

—Eres rojo —me dice ella ahora.

—Pensaba que te habías ido.

—El rastreador se ha ido. —Aprieta la mandíbula—. Sevro fue astuto. Ni siquiera me di cuenta de que lo hacía. Pero tú. Tú nunca me dirías algo como esto... sin una póliza de seguro. Me deshice de la ropa en el barco.

—¿Por qué has vuelto?

—No. ¡No! —Corta el aire con un gesto—. Tú contestas a mis preguntas ahora, Darrow. ¿Acaso te llamas así de verdad?

—Mi madre me puso el nombre de su padre.

—Y eres rojo.

—Nací en la casa que acabas de ver. Pasaron dieciséis años hasta que vi el sol. Así que sí. Soy rojo.

—Entiendo. —Titubea—. Y mi padre mató a tu esposa.

—Sí. Él mandó matar a Eo.

—Cuando me cantaste la canción en la cueva... ¿era todo esto lo que te estaba pasando por la cabeza? Este lugar, la talla, el plan, ¿estaba todo dentro de ti, en tu

memoria? Todo este otro mundo. Toda esta otra... persona. —Niega con la cabeza, no quiere que conteste a su pregunta—. Entonces ¿qué pasó? Al marido de Eo lo colgaron. Te colgaron. ¿Cómo escapaste?

—¿Sabes por qué me colgaron?

Espera a que se lo explique.

—Cuando cuelgan a un rojo por delitos de traición, el cuerpo no puede ser enterrado. Debe descomponerse y pudrirse delante de todos como recordatorio de lo que conlleva la disensión. —Me golpeo el pecho con el pulgar—. Yo enterré a mi esposa, así que me colgaron a mí también. Pero mi tío me dio aceite de hemanto. Ralentiza los latidos del corazón para que parezca que estás muerto. Después me descolgó. Me entregó a los Hijos.

—¿Y ellos —alza el holocubo y su brillo muestra la palidez de su rostro— te hicieron esto?

—Era más pálido que un azul. Una cabeza más bajo que Sevro. Más débil que un gris. Sabía menos del mundo que un rosa que estudia arte en el jardín. Así que cogieron lo mejor de mí, de mi pueblo, y lo unieron con lo mejor del tuyo.

—Pero... es imposible. El Consejo de Control de Calidad tiene test —dice rompiendo su fría línea de interrogatorio—. Detectores de mentiras, análisis de ADN, comprobaciones de antecedentes. —Se ríe al darse cuenta—. Por eso procedías de la familia Andrómeda: nacido de padres dorados que huyeron de las deudas para intentar forrarse con la minería en un asteroide.

—Su barco se perdió cuando regresaban después de que Quicksilver hubiera comprado sus minas.

—O sea que los Hijos de Ares destruyeron su barco, alteraron los registros y compraron las minas para poder escribir tu historia.

—Tal vez. —No había dedicado mucho tiempo a pensar en cómo lo haría Dancer—. Mis amigos tienen muchos recursos.

—Ni siquiera entiendo cómo lograste sobrevivir a la talla —masculla—. Va contra la fisiología. Lo que te hizo el tallista..., nadie podría sobrevivir a eso. Los emblemas están conectados al sistema nervioso central. Y el implante del lóbulo central no puede eliminarse sin dejarte catatónico.

—Mi tallista tenía un talento excepcional. Se las arregló para encontrar el modo de eliminar dos implantes, aunque el segundo lo quitó otro tallista.

—Dos. Sois dos. ¿Sevro? —aventura—. ¿Por eso habéis estado siempre tan unidos?

—No. Era Tito.

—¿Tito? ¿El carnicero? ¿Estabas confabulado con él?

—Nunca. No supe quién era hasta después de derrotaros. Ares pensó que trabajaríamos juntos...

—Pero Tito era un monstruo.

—Los dorados lo volvieron así.

—¿Y eso justifica lo que hizo?

—No actúes como si supieras por lo que pasó —le espeto.

—Lo sé, Darrow. Yo no aparto la mirada. Conozco las políticas. Conozco las condiciones que sufre tu pueblo, pero eso no justifica los asesinatos, las violaciones, las torturas que llevó a cabo.

—Es lo que nosotros sufrimos a diario. Tito hizo lo que hizo guiado por el odio. Por una errónea esperanza de venganza. En otra vida, yo podría haber sido él.

Mustang me mira a los ojos.

—¿Por qué no lo has sido en esta vida?

—Por mi esposa. —Levanto la mirada hacia él—. Y por ti.

—No digas eso. —Su voz está cargada de remordimientos. Da un paso atrás, negando con la cabeza—. No tienes derecho a decir eso.

—¿Por qué no? Siempre te has preguntado qué corría bajo mi superficie. Querías conocer la corriente profunda.

—Darrow...

—Tito tenía dolor. Pero era lo único con lo que contaba. Yo tenía algo más. El sueño de Eo de un mundo donde nuestros hijos pudieran ser libres. Pero me habría perdido si no te hubiera conocido nunca. —Doy un paso al frente—. Tú impediste que me transformara en un monstruo. ¿No te das cuenta? —Gesticulo intentando abarcar mi desesperación—. Estaba rodeado por el pueblo que ha esclavizado al mío durante cientos de años. Pensaba que todos los dorados eran asesinos crueles y egoístas. Habría cedido a la venganza. Pero entonces llegaste tú... y me demostraste que había bondad en ellos. Roque, Sevro, Quinn, Pax y los Aulladores también me lo enseñaron.

—¿Qué te enseñamos, exactamente? —pregunta.

—Que no es una cuestión de mi pueblo contra el tuyo. Tú no eres dorada. Nosotros no somos rojos. Somos personas, Mustang. Todos podemos cambiar. Todos podemos ser lo que queramos. Durante cientos de años han intentado decirnos lo contrario. Han intentado machacarnos. Pero no pueden hacerlo. Tú eres la prueba de ello. No eres la hija de tu padre. Veo que hay amor en ti. Veo que hay alegría, bondad, impaciencia, defectos. También los hay en mí. Y los había en mi esposa. Están en todos nosotros porque somos humanos. Tu padre querría que nos olvidáramos de eso. La Sociedad querría que viviéramos según sus reglas.

Doy otro paso hacia ella.

—Me dijiste que yo te había dado la esperanza de que pudiéramos vivir por algo más después de que ganáramos el Instituto a nuestra manera. Luego dijiste que le había dado la espalda a esa idea cuando acepté el mecenazgo de tu padre y fui a la Academia. Pero jamás le di la espalda. Ni por un segundo.

Otro paso.

—Destruirás mi familia, Darrow.

—Es posible.

—¡Son mi familia! —grita, y el dolor le colapsa el rostro—. Mi padre colgó a tu esposa. La colgó. ¿Cómo eres siquiera capaz de mirarme? —Exhala con un estremecimiento—. ¿Qué quieres, Darrow? Dímelo. ¿Quieres que te ayude a matarlos? ¿Quieres que te ayude a destruir a mi pueblo?

—No quiero eso.

—No sabes lo que quieres.

—No quiero un genocidio.

—¡Sí lo quieres! —replica—. Y ¿por qué no? Después de lo que le hemos hecho a tu pueblo. Después de lo que mi padre te hizo a ti. —Se desabrocha otro corchete de la chaqueta como si eso fuera a ayudarla a continuar respirando a pesar de todo. El arma tiembla en su mano. Tensa el dedo sobre el gatillo—. ¿Cómo puedo vivir con esto? Si no aprieto el gatillo, millones de personas morirán.

—Si lo aprietas, aceptas que miles de millones deberían vivir como esclavos. Imagina a todos los que aún no han nacido. Si no soy yo, otra persona se alzaría. Dentro de diez años. De cincuenta. De mil. Romperemos las cadenas, cueste lo que cueste. No puedes detenernos. Somos la marea. Lo único que puedes hacer es rezar para que no sea alguien como Tito quien se rebele en mi lugar.

Pone el achicharrador a la altura de mi ojo derecho.

—**Aprieta el gatillo y mueres.**

Ragnar habla como la propia oscuridad.

—¡Ragnar, no! —exclamo. Ni siquiera puedo verlo entre las sombras del túnel—. ¡Detente! No le hagas daño.

No debe de haber seguido la señal del rastreador, tal como le dije que hiciera. ¿Cuánto tiempo lleva escuchando?

—Atrás. —Mustang se gira de lado, arrastrando los pies, de manera que su espalda queda contra la pared—. ¿Él también lo sabe? ¿Sabes lo que es Darrow, Ragnar?

—**El Segador confía en mí.**

Mustang tira el farol al suelo y desenvaina el filo.

—No está aquí para matarte, Mustang.

—¿Qué otra cosa podría hacer un Sucio?

Pongo las manos en alto.

—Ragnar no va a hacer nada. ¿Verdad, Ragnar?

No hay respuesta. Trago saliva con dificultad. Todo se está precipitando.

—Ragnar, escúchame...

—**No debes morir, Segador. Eres demasiado importante para el pueblo. Lady Augusto, te quedan diez respiraciones.**

—¡Ragnar, por favor! —le suplico—. Confía en mí. Por favor.

«Nueve».

—**Confíe en ti en el río, hermano mío. No siempre tienes razón. Ese es el precio de la mortalidad.**

La voz proviene de arriba. De algún punto cercano al techo de la mina en esta ocasión. No se equivoca. Depositó su confianza en mí durante el asalto de Agea y lo llevé directo a una emboscada. Solo la suerte me salvó la vida.

Con una carcajada amarga, Mustang tensa los músculos para adoptar su postura de combate.

—¿Ves, Darrow? Tú has comenzado esta guerra, pero serán bestias como él quienes la terminen y se cobren su venganza.

«Siete».

—¡Esto no tiene nada que ver con la venganza! —Intento serenarme—. Tiene que ver con la justicia. Es el amor contra un imperio construido sobre la codicia y la crueldad. Recuerda el Instituto. Liberamos a quienes se suponía que debíamos tomar como esclavos. Depositamos nuestra confianza en ellos. Esa es la lección. Confianza.

«Cinco».

—Darrow —implora—, ¿cómo puedes ser tan estúpido?

Mustang ha tomado una decisión.

«Cuatro».

—Tener esperanza nunca es estúpido. —Libero mi filo y mi terminal de datos y los lanzo al suelo al tiempo que me pongo de rodillas—. Pero si tú no puedes cambiar, nadie puede. Así que mátame y que los mundos sean como deban ser.

«Tres».

—Tienes un concepto demasiado elevado de mí, Darrow.

—**Dos.**

—Saltémonos los preliminares, Ragnar. —Mustang agita su filo. Su terrible zumbido colma el túnel—. Ven a por mí, perro, y demuéstrole a Darrow para qué vive tu especie.

El silencio se prolonga.

—Uno —ruge Mustang, y le da una patada a su propia lámpara.

No hay luz, no hay más color que la oscuridad. El silencio es más profundo que el túnel. Serpentea por el corazón de Marte alargándose para siempre, retumbando en lugares donde solo los perdidos han estado alguna vez.

Ragnar lo despedaza con su voz.

—**Vivo para mis hermanas.**

No hay destello del achicharrador. Ni grito del filo. Ni movimiento alguno. Solo el eco de las palabras que se hunden cada vez más con los fragmentos de silencio.

—**Vivo para mi hermano.**

Una luz brota de Ragnar. Da un paso al frente como una especie de peregrino rebelde, con la luz blanca irradiando de los nudillos de su armadura. No veo armas. Mustang se tensa, confundida.

—**Soy y siempre he sido hijo del pueblo de las Torres Valquirias. Nacido libre de Alia Gorrión de Nieve en el polo salvaje de Marte, al norte de la Columna del Dragón, al sur de la Ciudad Caída.**

Pasa junto a Mustang con los brazos pegados a los costados.

—**Cuarenta y cuatro cicatrices me he ganado desde que los esclavizadores del Sol Lloroso vinieron desde las estrellas para llevarse a mi familia a las Islas Cadena. Siete cicatrices de otros de mi especie cuando me metieron en el nagoge, donde me entrenaron.**

Se arrodilla a mi lado.

—**Una de mi madre. Cinco de las garras del monstruo que guarda el Paso de la Bruja. Seis de la mujer que me enseñó a amar. Una de mi primer dueño. Quince de los hombres y los animales contra los que luché en la arena para el deleite del Señor de la Ceniza y sus invitados. Nueve me las he ganado por el Segador.**

El suelo suspira bajo el peso de sus rodillas.

—**Por los dorados, he enterrado a tres hermanas. Un hermano. Dos padres.** —Se detiene, presa de la tristeza—. **Pero... por ellos nunca me he ganado una cicatriz.**

A la luz pálida de su armadura, sus ojos negros arden como llamas de hechicera.

—**Ahora, vivo para más.**

Ragnar cierra los ojos y se pone a merced de una dorada. Tiene fe como la tengo yo. Al igual que Eo tenía fe en mí. Como Sevro, y Dancer, y todos los demás.

Mi mirada busca la de Mustang, quizá por última vez, e imagino que siento lo mismo que sintieron mis ancestros, los primeros pioneros de Marte, cuando volvieron la mirada hacia la Tierra a través de la oscuridad. En ella tenía un hogar. Tenía amor. Y luego me envenené de ella. Sé que nuestro final siempre estuvo destinado a ser así. Pero todavía me aferro a la esperanza como un niño descorazonado.

—¿Para qué vives tú? —le pregunto.

HIJO DORADO

Hoy es mi Triunfo.

El día es frío. El cielo tiene el mismo color azul que un huevo de petirrojo, las estrellas se asoman desde la atmósfera. Estoy de pie, empapado en oro, con una banda morada cruzada sobre el pecho, la cabeza descubierta y esperando la corona de laurel que llegará al final de la procesión. Cuando el día esté a punto de terminar, me darán una Máscara de Triunfo creada por los violetas en honor a mi victoria.

Mi cuadriga cruje bajo mis pies. Ruedas de madera detenidas sobre el pavimento. Sobre pétalos de rosa. Sobre brotes de hemanto. Sobre cien mil flores lanzadas desde las ventanas abiertas de los rascacielos que montan guardia a ambos lados de la grandiosa avenida. Las manos florecen en el aire. Los brazos quieren tocarme. Las caras miran hacia abajo con sonrisas resplandecientes. Son de muchos colores. También están en la calle, bordeando la ruta del desfile. Vitoreando las cosas que han pasado antes que yo, las maravillosas carrozas. Los tragafuegos. Los bailarines. Los grifos, y los dragones, y los bustos de cebra. Los pocos prisioneros Belona que quedan. Las cabezas del emperador Belona y de sus hermanos y hermanas adornan varias picas. A pesar de su austeridad personal, Augusto conoce la importancia de la grandiosidad. Los alas ligeras sobrevuelan la zona. Las cigüeñas ronronean por el aire.

Pero también conoce la importancia de la brutalidad. Las moscas zumban alrededor de las cabezas. Y muerden a los cuatro caballos blancos que tiran de mi cuadriga desde el inmenso bulevar hasta el Campo de Marte, cuyo suelo de empedrado blanco se extiende ante los jardines de la Ciudadela.

Saludo a la multitud alzando mi falce. La histeria se apodera de ellos. Los padres levantan a sus hijos, me señalan y les dicen que podrán contarles a sus propios hijos que presenciaron mi Triunfo en persona. Lanzan hojas de higuera y aplauden como locos, se encaraman a las estatuas marciales y a los obeliscos de mármol del Campo para verme mejor.

—No eres más que un mortal —me susurra Roque, que va a caballo junto a mi cuadriga, como manda la tradición.

—Y un pedo de puta —asegura Sevro desde el otro lado.

—Sí —concede Roque con solemnidad—, y eso también.

Ojalá Mustang estuviera aquí para cabalgar a mi lado. Su fuerza callada haría más sencillo soportar todas estas miradas, que todos estos vítores resultaran más agradables de digerir. Los rojos me aclaman entre la multitud. Gritan, aplauden y ríen, víctimas perfectas de las divisiones de entretenimiento de la Sociedad. Se creen

la mentira de la guerra gloriosa y los gloriosos dorados. Millones de personas habrán revivido la holoexperiencia de mi caída en la Lluvia de Hierro, al menos hasta que el pulso electromagnético anuló mi cámara. Pero Fitchner ha ocultado la grabación de cuando asesiné a Karnus.

El desfile es un sueño. Una falsedad conjurada. Fluyo por él, consciente de lo poco que significa. Mis amigos van detrás de mí, a mi lado. Todos aquellos a los que llamaría tenientes. Me dedican enormes sonrisas. Me quieren. Y yo los guío hacia una ruina esperanzada. Antes parecía que todo merecía la pena. Pero después de que llevemos la guerra a la Luna, ¿qué? Más mentiras. Más muertes. Más estratagemas imposibles.

Y ¿qué hará Mustang? No ha vuelto a Agea desde que me dio la espalda y se alejó en las minas. Fitchner está muerto de preocupación. Ella es una espada sobre mi cabeza. Podría firmar mi sentencia de muerte en cualquier momento. Tal vez ya lo haya hecho. Puede que esto no sea más que un gran ardid. Quizá su padre ya lo sepa.

El Chacal se percató de su ausencia en la Ciudadela ayer por la noche, cuando llegó para el Triunfo. Le dije que nos habíamos peleado por culpa de su padre.

—No me extraña —comentó con un suspiro—. No dejes que ese hombre se interponga entre vosotros como lo hizo entre nosotros cuando éramos niños.

Me dio una palmada en el hombro con familiaridad y me sirvió copas suficientes para provocarme el sordo dolor de cabeza que ahora palpita tras mi ojo izquierdo. Me juro que no volveré a beber jamás.

Victra monta junto a Roque y Lorn, mirando a su alrededor con languidez, impregnándose del sol y las celebraciones. Ha traído a su madre a la casa de Augusto, y también a Antonia, quien al parecer ayudó a arrebatarles Tesalónica a los Belona. Es difícil no perder la cuenta de en qué bando están. Pero Victra, por su parte, ha sido tan leal como cualquiera. Me lanza un beso.

Los Aulladores trotan tras ella, reducidos a la mitad de su número original, aunque los Telemans han prometido traerles nuevos reclutas. Detrás de estos tenientes están las docenas de pretores y legados que dirigieron el ejército. Y tras ellos caminan miles y miles de grises que, con embarazosa ternura, cantan canciones procaces a mi costa. Detrás de ellos van las legiones de obsidianos. Es un asunto intensamente grandioso, no solo por mí, sino porque implica el comienzo de una nueva era: un Sistema Solar dirigido por Marte, no por la Luna.

Fitchner no está aquí. Debería. Lo busco en la parte alta de las colosales escaleras blancas que llevan a los jardines de la Ciudadela. El archigobernador y su séquito están allí con docenas de nuestros aliados y una blanca esquelética y calva que sujeta mi corona de laurel.

Dejo mi cuadriga atrás y subo las escaleras, flanqueado por mis tenientes. La plaza se sume en el silencio. Mi capa morada ondea al viento a mis espaldas. La ciudad huele a rosas y boñigas de caballo. Augusto da un paso al frente.

—Se convocó una Lluvia de Hierro —proclama.

—Y la llamada recibió respuesta —contesto.

Mis palabras amplificadas retumban como un trueno por la ciudad. Un tremendo rugido brota de todos los que cayeron en la Lluvia. La blanca se adelanta, con el rostro demacrado por sus muchos años de sentenciar a los criminales. Sus ojos lechosos perdidos en historias pasadas parpadean con delicada cautela.

—Hijo de Marte —trina como en un ensueño—, hoy vistes de morado, como los antiguos reyes etruscos. Te unes a ellos en la historia. Te unes a los hombres que destruyeron el Imperio del Sol Naciente. A las mujeres que lanzaron la Alianza Atlántica al mar. Eres un conquistador. Acepta este laurel como proclamación de tu gloria.

Lo deposita sobre mi cabeza. Sevro resopla a mi lado.

La blanca continúa enredando floridos caminos con sus frases, que resuenan a lo largo de la mayor parte de la tarde. El atardecer está cerca cuando sus palabras comienzan a encaminarse hacia el fin. He comprendido por qué existe todo este espectáculo. El por qué de todos estos discursos y monumentos. La tradición es la corona del tirano. Observo a todos estos dorados, con sus insignias, emblemas y estandartes enarbolados para legitimar un reinado corrupto y alienar al pueblo. Para hacerle sentir que contempla a una especie que escapa a su comprensión. El Chacal parece leerme los pensamientos, porque pone los ojos en blanco ante la farsa. Las palabras finales llegan poco después.

—*Per aspera...* —gorjea la blanca con el cuerpo tembloroso a causa del esfuerzo.

Augusto levanta la mano y el obelisco de cristal encargado para conmemorar el asedio de Marte se levanta en el Campo gracias a los graviascensores de su base. Con un gemido, se alza cincuenta metros por encima del suelo, y allí seguirá flotando hasta que otro Triunfo reclame su lugar. Entonces se unirá a los que ya descansan en el suelo. Túmulos funerarios gigantescos por los millones de caídos.

—... *ad astra!* —ruge la multitud.

Me quedo en las escaleras mientras la fiesta recupera el movimiento más abajo, en el Campo de Marte. Los dorados se dispersan por los jardines de la Ciudadela, de camino a nuestro banquete privado. Augusto observa el panorama desde mi lado. A nuestra espalda, el sol de bronce se pone en su ciudad, proyectando nuestra sombra sobre los colores inferiores, a nuestros pies.

—Pasea conmigo —ordena.

Caminamos, rodeados de guardaespaldas. La intranquilidad hace mella en mí cuando veo que se agrupan en formación en torno a nosotros. Ha hablado con su hija. Lo sabe. Claro que lo sabe. Tengo mi filo, pero no gravibotas. Solo la armadura ceremonial. ¿Cuántos obsidianos podría matar antes de que me superen? No muchos.

Entonces me doy cuenta de adónde me está llevando y casi me río de mí mismo por haber sido tan tonto.

La sala del trono está inundada de luz. El techo es todo de cristal, las columnas de mármol alcanzan los cien metros de altura. La habitación rezuma ruido. Sierras de

iones, martillos y el delicado tamborileo de siete escarpelos de iones sobre un pedazo de ónice que me dobla en altura.

—Fuera —ordena Augusto.

Los violetas se deslizan desde sus posiciones en el ónice y se dispersan junto con los artesanos naranjas y los peones rojos. Los guardaespaldas de Augusto también se van. Nuestras botas repiquetean contra el suelo, sonidos solitarios para una sala tan grande.

Así que al final no va a matarme.

—Te están haciendo un trono —señalo mientras me acerco para tocar el ónice.

Exhalo la tensión. Una garra de león toma forma cerca de la base del trono. A la izquierda, el rabo se curva hacia el otro lado.

—Has incumplido la ley, Darrow —sentencia a mi espalda—. Les diste filos a los obsidianos. El arma de nuestros antepasados en las manos del único color que se ha rebelado contra nosotros.

—¿Eso es todo? —pregunto aliviado—. Hice lo que necesitaba hacer.

—Tu guardaespaldas mató a un Caballero Olímpico. Es un hecho público.

—Si Ragnar no hubiera tomado la muralla, habríamos perdido, y tú, mi señor, estarías encadenado, o ejecutado. Lo sabes mejor que yo. Ragnar contaba con mi autorización.

—Mi padre me enseñó que es de débiles preguntarles a otros qué opinan de ti —dice, y entrelaza las manos a la espalda—. Pero debo hacerlo. ¿Crees que soy un monstruo frío?

Me vuelvo para estudiarlo.

—Sin duda.

—Honestidad. —Levanta la mirada hacia el techo—. Cualquiera habría pensado que tendría un eco distinto al de todas las demás mierdas. Lo que soy, Darrow, es una necesidad. Soy la fuerza que corrige a los que yerran. Dime, ¿por qué le das un filo a un obsidiano? ¿Por qué instas a los colores inferiores a rebelarse? ¿Por qué permites que una azul gobierne tu barco cuando tan solo debería aceptar órdenes y pilotarlo?

—Porque ellos pueden hacer cosas que yo no soy capaz de hacer.

Asiente como si acabara de demostrar su teoría.

—Y por eso existo yo. Sé que los azules pueden comandar flotas. Sé que los obsidianos pueden manejar la tecnología, capitanear hombres. Que el naranja más listo podría, si se le diera la oportunidad adecuada, ser un buen piloto. Los rojos podrían ser soldados, músicos o contables. Unos cuantos plateados, aunque muy pocos, podrían escribir novelas, seguro. Pero sé lo que nos costaría. El orden es primordial para nuestra supervivencia.

»La humanidad salió del infierno, Darrow. Los dorados no medramos por casualidad. Ascendimos por necesidad. Por el caos, nacidos de una especie que devoró su planeta en lugar de invertir en el futuro. El placer por encima de todo, al cuerno con las consecuencias. Las mentes más brillantes, esclavizadas por una

economía que demandaba juguetes en lugar de exploración espacial o tecnologías que pudieran revolucionar nuestra raza. Crearon robots que castraron la ética laboral de los humanos, que engendraron generaciones como plagas que se creían con derecho a todo. Los países hicieron acopio de recursos, suspicaces los unos de los otros. Llegó a haber veinte facciones distintas con armas nucleares. Veinte..., cada una de ellas gobernada por la ambición o el fanatismo.

»Así que cuando conquistamos la humanidad, no fue por avaricia. No fue por la gloria. Fue para salvar nuestra raza. Fue para calmar el caos, para crear orden, para enfocar al ser humano hacia un propósito: asegurar nuestro futuro. Los colores son la columna vertebral de ese objetivo. Si permites que las jerarquías cambien, el orden comienza a resquebrajarse. La humanidad no aspirará a ser grande. Los hombres aspirarán a ser grandes.

—Los dorados aspiran a ser grandes y forzamos a los colores a ir a la guerra — señalo.

Me apoyo en la garra del león negro. Augusto no se ha movido de su sitio en el centro de la sala.

—Y sin embargo hay hombres como yo —replica con tal sinceridad que casi lo creo—. En realidad yo no lucho porque quiera ser rey o emperador o cualquier otra palabra que pongas sobre mi nombre en los libros de historia. El universo no se fija en nosotros, Darrow. No hay ningún ser supremo esperando a terminar la existencia cuando el último hombre exhale su aliento final. El hombre llegará a su fin. Es un hecho aceptado, pero nunca comentado. Y el universo seguirá adelante sin que le importe.

»No dejaré que eso ocurra porque yo creo en el hombre. Yo haría que continuáramos para siempre. Sería el pastor que nos sacara del Sistema Solar hacia sistemas ajenos. Buscaría nueva vida. Apenas hemos superado la niñez como especie. Pero yo convertiría al hombre en el elemento inmutable del universo, y no en una bacteria de paso que brilla y se apaga sin que nadie la recuerde. Por eso sé que hay una forma correcta de vivir. Por eso considero que tus jóvenes ideas son tan peligrosas.

Su mente es inmensa. Está a mundos de distancia de la mía. Y quizá por primera vez, entiendo de verdad cómo este hombre es capaz de hacer lo que hace. No hay moralidad en él. Ni bondad. No tenía un propósito maligno cuando mató a Eo. Cree que está por encima de la moralidad. Sus aspiraciones son tan grandiosas que se ha vuelto inhumano en su desesperado deseo de preservar la humanidad. Qué extraño es mirar la figura rígida y fría que proyecta y saber los sueños salvajes que arden en el interior de su cabeza y su corazón.

—Y ¿qué pasa con todo lo que has dicho? ¿Con todo lo que has hecho? —pregunto pensando en su primera esposa, a quien le llenó la boca de uvas—. Aceptas consejos de criaturas como Plinio. Bombardeas a civiles inocentes que no han roto ninguna ley. Te embarcas en una guerra civil... ¿y dices que estás intentando salvar la

humanidad?

—Hago lo que necesito hacer para proteger el bien general.

Para protegerse a sí mismo. Para beneficiarse a sí mismo.

—Para proteger al hombre —repito.

—Sí.

—Dieciocho mil millones de personas respiran en este imperio. ¿A cuántas matarías para proteger a la humanidad? ¿A mil millones? ¿Diez mil millones?

—El número no altera la necesidad.

—¿Quince mil millones? —insisto.

Mi parte roja, mi parte dorada, todas y cada una de las partes de mi ser están conmocionadas.

—Alguien debe tomar esas decisiones —dice—. El resto de nuestra raza está cada día más enferma. Los florecillas persiguen el placer en lugar de los logros, mientras que los Únicos están tan ansiosos de poder que nuestra soberana es una mujer que le cortó la cabeza a su propio padre para hacerse con su trono. Deben ser gobernados.

—Por ti.

—Por nosotros. —Su mirada imperturbable no flaquea—. Por nosotros —repite—. Te traté mal porque temía tu impetuosidad, tu insolencia. Pero te prometí que te compensaría, y eso haré, porque has demostrado tener la capacidad de crecer, de aprender. Conviértete en mi heredero. No en mi pretor. Ya tengo suficientes señores de la guerra. Lo que necesito... Lo que quiero es un hijo.

—Ya tienes un hijo.

—Tengo un parásito que quiere mi poder, eso es todo. No vale para ello. No tiene ningún plan para después de conseguirlo. Tan solo ansía como nuestra Sociedad le ha enseñado a ansiar. —Su rostro muestra un destello de curiosidad—. Y aun así, curiosamente, esto ha sido idea suya. Tienes su bendición.

No dudo de que cuento con su bendición. Conociendo a mi aliado, me limito a preguntarme qué voy a tener que hacer a cambio. Es un hombre de negocios. Querrá los beneficios de su inversión. Especialmente de esta. Debería habérmelo dicho.

—¿Y qué hay de Virginia? No es necesario que tu heredero sea varón.

—Pero yo quiero que lo sea. Y te quiero para ella. Un marido que encaja con sus ideas.

—Me estás utilizando —digo al entender de pronto su argucia—. La ato a ti. Sobre todo si nos casamos. Ambos sabemos que tú no quieres la reforma.

En estos momentos, los reformistas de todos los rincones de la Sociedad acuden en masa a Marte para apoyar al hombre que dijo que les entregaría el Senado cuando derrote a Lune y sus aliados.

—Los reformistas son un cáncer —asegura.

—Pero les estás prometiendo que...

—Las promesas eran necesarias para ganarme su respaldo. Cuando hayamos derrotado a Octavia, meteré a los reformistas en la cárcel, o los ejecutaré por traición.

—Mustang nunca te perdonará. Cree que estás cambiando. No sé qué le dirías, no sé qué le prometerías, pero le diste esperanzas.

Tal vez no nos perdone a ninguno de los dos.

—Tú se lo harás comprender una vez que formes parte de la familia, Darrow. Para entonces, sospecho que ya estaréis casados, y ella no te dejará aunque me odie. Nuestra familia seguirá siendo fuerte, como debe ser. Pero tú tienes que ser siempre mío. Responder ante mí, no ante mis hijos.

Da un paso hacia mí.

—Octavia dirige a la humanidad hacia un lento declive. Los reformistas, como los Hijos de Ares, nos aplastarían contra el suelo a mil kilómetros por segundo. Debemos proteger nuestra especie. Ayúdame.

Es un hombre noble haciendo lo que considera mejor para la humanidad.

Maldito sea.

Nosotros nunca pedimos humillarnos. ¿Quién es él para decir que el hecho de que los rojos y los marrones se maten a trabajar es por el bien común? ¿Quién es él para decir que el reclutamiento de los niños rosas para ser violados, de los obsidianos y los grises para la batalla, es una necesidad? ¿Cómo puede plantarse ahí y decir que él solo sabe lo que es mejor para mí, para mi familia? No tiene derecho. Y tampoco tenía derecho a entrar en mi mundo y llevarse a Eo. Y si cree que la fuerza le otorga ese derecho, entonces es mi maldito derecho cortarle la cabeza ahora mismo.

En lugar de eso, recorro la distancia que nos separa, me arrodillo, cojo su mano y beso su maldito anillo.

—Como desees, mi señor.

Sus labios duros se curvan en una sonrisa de depredador.

—Llámame padre.

—Intenta no parecer tan condenadamente satisfecho de ti mismo —me dice Lorn.

Estamos en medio de los jardines entreverados de caminos blancos de la Ciudadela. La brisa agita las campanas que cuelgan de los árboles. Es una cosa sencilla, nada que ver con el burdo espectáculo de la Luna. Las mesas pequeñas descansan bajo las ramas cubiertas de hiedra. Los asistentes rosas las limpian tras el banquete. Sobre el césped verde y los senderos blancos, los Únicos ríen y se impresionan los unos a los otros mientras mecen flautas de champán. Se percibe la mano del Chacal en la organización. Es una criatura modesta y con buen gusto.

A la cena han venido más dignatarios que a la ceremonia. Así que hay muchos Augusto y tenía que saludarlos. Se han acercado a nosotros en una fila basada en la jerarquía, por supuesto. Me he cansado enseguida de los apretones de manos y me he unido a Lorn junto al tronco de un delgado árbol blanco. Tiene los brazos cruzados, la expresión tempestuosa y mira con el ceño fruncido el champán que tiene en la mano. Lo lanza contra un arbusto.

—Yo también odio este tipo de cosas —digo—. En cuanto me den la Máscara, Augusto quiere que le haga la pelota a algunos de los señores de las Lunas. Y luego me iré a la cama.

Sin Mustang aquí, no hay verdadera alegría que disfrutar.

—Qué solitario. ¿Dónde está tu chica? —Echa un vistazo a su alrededor—. La he estado buscando por todas partes.

—No lo sé.

¿Acaso se ha dado cuenta todo el mundo?

—Ah —gruñe—. ¿Una pelea de enamorados? Bueno, no voy a dedicarme a darte consejos excepto para decirte: trágate el orgullo. Es una joya si eres capaz de conservarla.

«Si soy capaz».

—Me alegra que hayas venido —aseguro—. Aunque tus consejos sean una mierda.

Suelta una risotada bronca y señala con la cabeza al Chacal, que está hablando con Roque y varios políticos de Ganímedes.

—Tu amigo lo ha hecho posible. Por algún motivo Augusto se olvidó de invitarme a pesar de que mis hombres han ganado un planeta para él. Los modales son demasiado condicionales estos días. Y, hablando de eso, ¿cuánto tiempo crees que debo quedarme para que largarme no sea de mala educación?

—Ni siquiera son las nueve. ¿No vas a presentar tú la Máscara dentro de unos minutos?

—Iba a hacerlo, pero es diplomacia tediosa. Le pedí a tu amigo Roque que lo hiciera él, si no te importa. En realidad, me lo pidió él. Da igual.

—No me importa. No, de hecho es mejor.

Será bueno que Roque se sienta lo más involucrado posible. Hay que arreglar muchas cosas. Las muestras de amistad públicas son un buen punto de partida.

Lorn apoya la espalda contra el árbol.

—Mis viejos huesos crujen por la noche. Voy a hacer una comprobación de seguridad para no tener que hablar con ninguna de estas personas tan poco de fiar.

Se fija en un alas ligeras que pasa a gran altura.

—Que lo haga otro. —Una rosa le entrega a Lorn el vaso de whisky que le he pedido. De su marca favorita. Lo olisquea, amansado—. Solo te veo cuando te pones la armadura. Compórtate como un mentor decente y quédate conmigo. Tenemos dos botellas de Lagavulin para ti.

—Has recuperado tus viejos trucos. Dos botellas por dos horas extra de entrenamiento, ¿no era ese el trato? Debería haberte cobrado más. ¡Ja!

Se aleja cojeando con su whisky para jugar a pillar con sus nietos entre los árboles.

Observo a la rosa que le ha traído la copa mientras vuelve a desaparecer entre la multitud, pues su forma de caminar me resulta vagamente familiar.

Una mujer entrelaza su brazo con el mío. Me vuelvo emocionado para encontrarme solo a Victra, que no se percata de mi decepción.

—Espero que los violetas hayan puesto leones y no un pegaso en tu Máscara. — Se ríe de la cara que pongo—. Sí, el rumor ya se ha disparado. Darrow au Augusto. —Se estremece burlonamente—. Te perseguirán las mujeres.

Pongo los ojos en blanco.

—Venga, cállate.

—Oblígame. —Me acaricia la parte baja de la espalda con la mano—. Es una lástima que ya hayas sentado la cabeza. —Hace un gesto en dirección a un grupo de jóvenes Únicas de los gigantes gaseosos y se acerca aún más a mí—. Pero ¿acaso significa eso que no puedas jugar?

—¿Esto es porque disfrutas intentando hacerme sonrojar?

Me quita la corona de laurel de la cabeza y se la pone en la suya. Después me hace una reverencia estúpida.

—Me has descubierto. De todas formas, ¿dónde está tu pequeña Mustang?

—¿Por qué tiene todo el mundo tanta condenada curiosidad?

—Darrow. —Roque se une a nosotros. Lleva una caja de mármol lo bastante grande para contener la Máscara del Triunfo. Está muy elegante con un uniforme negro de pretor y el pelo peinado hacia atrás—. Creo que se supone que tenemos que agruparnos para la presentación de la Máscara. ¿Sabes dónde? Estoy un poco confuso con todo este asunto.

Victra frunce el ceño.

—El personal de la Ciudadela todavía está desconcertado. Los Belona han tenido este lugar durante un mes. Adrio se ha visto obligado a registrar a fondo a los rosas en busca de espías. Sobre todo después de lo que pasó en Ática. Sus hombres están por todas partes esta noche. Demonios. Está empezando.

Vuelve a colocarme la corona de laurel en la cabeza y me empuja hacia el claro donde se están reuniendo los dorados. Sevro se interpone en mi camino y nos detiene.

—Darrow —dice entonces a toda prisa y mirando a Victra—, ven conmigo.

Ella arruga la cara y se marcha.

—Sé que te gusta —lo provoco—. Me he dado cuenta.

Sevro me ignora.

—Todavía no está aquí.

—¿Fitchner? ¿Has llamado a su terminal de datos?

—No tiene señal. Ese cabrón dijo que iba a venir. Así que si no está aquí, debe de estar ocurriendo algo importante. Debería comprobarlo.

—Hazlo. —Lo agarro del brazo—. Pero llévate a Ragnar. Y ten cuidado.

—Siempre tengo cuidado.

Es extraño verlo marcharse. Es como ver que mi sombra se aleja y darme cuenta de que su destino tal vez sea distinto del mío. Puede que, a fin de cuentas, él sea más importante que yo. Un verdadero hijo de dos mundos.

Sigo a la multitud entre los árboles. Pequeños faroles se acomodan en los árboles y bañan el claro con un cálido resplandor blanco. No hay blancos presentes. No hay formalidades. Es un acto tan comedido como el Triunfo fue espectacular. La muchedumbre se abre a mi paso. Camino hacia el empedrado blanco, donde Lorn está sentado junto con sus nietos en el borde de una fuente con delfines. Augusto me hace un gesto para que me coloque a su lado junto a la estatua de una doncella ciega que sujeta una balanza y una espada. Está invadida por la hiedra. El Chacal se suma a nosotros.

—Tengo entendido que vamos a ser hermanos —le digo.

—Bueno, ¿quién dice que no puedes elegir a la familia? —Mira su terminal de datos distraídamente—. Mejor tú que ese cabrón de Casio.

—¿Pasa algo? —pregunto.

—Más condenadas órdenes de requerimiento de alimentos. —Levanta la mirada del terminal—. Lo siento. Todo va bien en Marte, buen hombre. Solo desearía que mi hermana estuviera aquí. Sigues sin saber dónde está, ¿verdad?

Niego con la cabeza. Cada vez que alguien me la menciona, Mustang se vuelve un poco más distante. Albergaba la esperanza de que apareciera. De que hiciese una entrada grandiosa, y entonces yo habría sabido que todo iba bien. Pero algunas fantasías no se convierten en realidad.

—¡Perdonen! ¡Buenos hombres! —anuncia Augusto interrumpiendo el murmullo de las conversaciones—. Gracias. —Se aclara la garganta y ofrece la bienvenida a los muchos invitados de Marte, inclinando la cabeza ante la archigobernadora de Tritón—. Aunque nuestras copas destellan y tenemos las barrigas llenas, esta noche no durará. —Escudriña a sus invitados, con la voz firme y seca en el aire húmedo. Las luciérnagas brillan entre los árboles—. Sabemos que esto es solo el principio. La guerra nos exigirá mucho. Pero no seamos tan impetuosos como para no tomar en cuenta una victoria como la que vimos hace tan solo unas semanas. El triunfo de la voluntad, la lealtad, la fuerza.

»Toda esa magnificencia del desfile era para ellos. Los momentos de tranquilidad como este son para nosotros. —Se señala la cicatriz de la cara—. Aquí, a pesar de nuestras diferencias, podemos bajar la cabeza y levantar las copas ante un extraordinario logro de la voluntad. No se hizo en solitario. Pero la Lluvia fue convocada por un solo hombre. Así que, Darrow au Andrómeda, te saludamos.

—¡Ave, Segador! —grita Lorn burlándose solo un poco de mí.

Las copas se alzan por el claro y las voces murmuran su conformidad. Y todos beben. Me siento muy vacío al mirar a mi izquierda y ver al Chacal en lugar de a Mustang. Sonreír me parece muy falso, sabiendo que todo esto se desmoronará enseguida. Victra parece percibir mi humor, así que me guiña un ojo e inclina su copa hacia mí.

Augusto le hace un gesto a Roque, que se adelanta con la gran caja de mármol sujeta entre los brazos. Deposita la caja en mis manos y pone una de las suyas encima

para que no pueda abrirla todavía.

—Tú y yo hemos pasado muchas cosas juntos. —Su voz es serena y uniforme—. La noche en que te conocí, estabas en el suelo del castillo de Marte mirando la sangre que tenías en las manos. ¿Recuerdas lo que te dije?

Me toca la muñeca derecha con la mano libre y su ternura es como algo salido del pasado, cuando nuestras manos tenían menos callos, menos cicatrices.

—Por supuesto. «Si te lanzan a las profundidades y no nadas, te ahogará. Así que sigue nadando» —recito—. Nunca lo olvidaría.

—Qué lejos hemos llegado. —Su mirada evalúa mi rostro, tomando nota de sus arrugas, de sus imperfecciones. Ladeo ligeramente la cabeza, preguntándome qué estará buscando—. Habría pagado cien veces el valor de tu contrato para protegerte.

—Lo sé, Roque.

—Habría muerto por ti mil veces más, porque eras mi amigo.

Eras. Hay algo en su voz que me hace mirar en derredor. Por encima de su hombro, veo a Victra susurrarle algo gracioso a Antonia y a su esquelética madre. Lorn le sirve a sus nietos platitos de pastel que le ha traído un rosa bajito. Pero no es hasta que el sirviente se da la vuelta cuando me hielo por dentro. Se vuelve con arrogancia. Despiadadamente. Como no lo haría ningún rosa. Se sale del papel durante solo medio segundo. Conozco esa forma de volverse. Conozco a ese hombre. Es Vixus. Tiene que serlo. Busco rápidamente con la mirada a la rosa que me trajo en whisky de Lorn. «Lilath». La chica del Chacal que llevaba huesos en el pelo. Que se alió con los Belona. Están vestidos de rosas. Dorados con caretas de músculo. Lentillas.

Lobos disfrazados de corderos.

Me aparto de Roque, a punto de gritar, cuando me sujeta con más fuerza y me doy cuenta de que se estaba despidiendo de mí. De su anillo sale una aguja que me clava en la muñeca. Delicada, como el beso que ahora me planta en la mejilla.

—Y así se van los mentirosos, con un MALDITO beso.

Una palabra hace añicos mil mentiras.

Con el rostro más frío que la estatua de mármol que hay a nuestras espaldas, Roque da un paso atrás y abre la tapa de la caja de mármol. Con el suave crujir de las bisagras de plata, mi mundo termina. Augusto ahoga un grito de terror ante el contenido. Y a un palmo de distancia, el Chacal, con los ojos llenos de un odio oculto durante mucho tiempo, me sonrío y echa la cabeza hacia atrás como un animal para soltar un aullido maníaco, burlón.

Una señal del final.

Victra se lleva la mano al filo. Antonia da un paso atrás. Saca un achicharrador de la bandeja de un camarero y dispara dos balas contra la columna de su hermanastra. Y otras dos contra el cuello de su madre antes de que nadie pueda moverse.

—¡ARCOS! —grita Augusto al tiempo que desenvaina el filo—. ¡A LAS ARMAS!

—¡A MÍ LOS AULLADORES! —ruge Lorn apartando a sus nietos—. ¡Proteged al Segador!

Demasiado tarde. Lorn aún no se ha puesto en pie cuando Lilath saca una daga de pulsos de debajo de su bandeja y se la pasa por la garganta desde atrás. Lorn mete la mano entre su garganta y la hoja. Cuatro dedos caen al suelo. Lorn se agacha, carga contra ella y la agarra por la muñeca con el brazo ensangrentado. Zumbidos de la daga. Gruñidos. Un horror íntimo en el caos que se apodera del claro.

El veneno se extiende en mi interior.

Me desplomo contra el suelo, con la caja en el regazo.

Con la espalda contra la estatua ciega.

Paralizado.

El Chacal se desliza entre la niebla de esta aglomeración, una serpiente sobre el hielo. Contempla las cuchilladas y la matanza, y encuentra a Lorn todavía luchando con Lilath, empeñada en cortarle el cuello. Lorn se las ha ingeniado para coger una esquirla de cristal roto del suelo y está a punto de clavárselo a Lilath en la pierna cuando el Chacal se agacha, estudia a Lorn durante un instante y después le clava una hoja en el vientre con lentitud.

—Se equivocaban. Tu perfil no está hecho de piedra.

El miedo deforma el rostro de Lorn cuando el Chacal hace ascender la hoja por el cuerpo del anciano. La mirada de mi maestro de filo salta hacia mí, hacia sus nietos. Intenta ponerse en pie, intenta recurrir a un último ápice de furia. Intenta decir algo. Pero su cuerpo lo ha abandonado. Nunca volverá a ver su isla. Ni a acariciar a su grifo. Ni a oír la risa de sus nietos, ni a ver a Lisandro, el nieto que yo le prometí. Yo le he hecho esto. Lo obligué a regresar de esa paz aislada que tanto deseaba, aunque sabía que no la merecía. Y pronto sus ojos miran a la nada y el Chacal recupera su hoja y Lilath termina su trabajo con un lento movimiento de sierra.

Dejo escapar un largo gemido. Es lo único que consigo hacer. La baba me resbala por el cuello. Victra gatea hacia mí, chorreando sangre. En medio de todo esto, Roque permanece de pie, como una estatua, aparte.

Las armas de pulsos gorjean a lo lejos. Los truenos resquebrajan el cielo cuando descienden unas formas oscuras que rompen la barrera del sonido. Proceden de una nave furtiva. ¿Dónde están los patrulleros?

Obsidianos y pretorianos aterrizan en el centro del claro, impactando contra la piedra con un ruido sordo. Persiguen a los que han huido de la masacre hacia los jardines, dándoles caza con silenciosa economía. Antonia dirige la matanza, aniquilando herederos, desmochando linajes con medio milenio de antigüedad. Tomando rehenes. Lilath se ríe con Vixus. Se quitan las caretas de músculo electrónicas y liberan sus cabelleras doradas. Tras ellos, Aja aterriza con gran esplendor, su armadura destella a la luz de los faroles. Evalúa la carnicería, con el rostro sombrío y satisfecho. Apenas me fijo en ella, porque un viejo amigo aterriza a su lado. Casio.

—¿Virginia? —pregunta.

—En paradero desconocido, me temo —dice el Chacal.

—¿Advertida?

—Enfadada. Riña de enamorados.

Victra se las ingenia para arrastrarse hasta mi tobillo. Un reguero de sangre oscurece el camino que ha recorrido desde donde recibió los disparos hasta donde se acurruca ahora. Tiene los labios rojos. No siento su mano.

—No lo sabía —susurra—. Darrow, no lo sabía.

Aja se inclina sobre el cadáver de Lorn, le quita el filo de la cintura y cierra los ojos de su mentor para siempre. Arcos ni siquiera llegó a sacar su arma. Casio se acerca y se detiene a mis pies, donde hinca una rodilla en el suelo y me observa.

—¿Puede moverse, poeta? —le pregunta a Roque.

—No. Pero sí oye.

—Mataste a mi familia, Darrow. A todos ellos. Julian, yo, eso es una cosa. Pero ¿los niños? ¿Cómo pudiste hacerlo? —No sé de qué está hablando—. Encontraré a Sevro. Encontraré a Mustang. No habrá piedad.

Acaricia la empuñadura esmaltada de su filo con su brazo nuevo.

—No puedes matarlo —le recuerda Roque a sus espaldas—. Ya sabes lo que es. —Le pone una mano en el hombro a Casio—. Casio, las órdenes de la soberana fueron claras.

—Disección —murmura Casio.

Me observa y tengo la sensación de que jamás existió una época en la que este hombre me llamaba hermano. De que nunca existió la esperanza de que pudiéramos llegar a ser lo que somos ahora. Con brusquedad, me coge la mano. Durante un instante, pienso que me la está estrechando. Pero me roba el anillo que me gané. El lobo de hierro por el que maté a su hermano. Mi dedo está desnudo sin él.

Se incorpora para cernirse sobre mí, más parecido a un hermoso buitre que a un águila.

—Julian. Lea. Pax. Hierbajo. Arpía. Culopocho. Tacto. Lorn. Victra. Se merecían algo mejor que morir por un esclavo.

Tras esas palabras, me deja con Roque.

El mundo está en silencio excepto por los sollozos y el ruido de las sirenas. A mi lado, Victra ve a Casio marcharse mientras se le escapa la vida a borbotones. Sus ojos astutos me miran, perdidos.

—Debemos darnos prisa —dice Aja en el centro de la masacre—. Saben que estamos aquí. Trae a tu padre y vámonos.

El Chacal asiente.

—Un momento, si no te importa.

A varios metros de distancia, Augusto está tumbado en el suelo, sujeto por tres camareros. Lo levantan cuando ven que el Chacal se acerca pisando el cuerpo profanado de Lorn.

—¿La Máscara no es de tu gusto, Darrow? —me pregunta a voces—. La hice exclusivamente para ti después de que me revelaras tu verdadero yo en Ática.

El Chacal se vuelve hacia su padre.

—¿Qué opinas, padre? ¿Ha sido digna de tu nombre esta estratagema?

—Eres un monstruo. —Augusto le escupe a la cara—. ¿Qué has hecho?

—Entonces ¿no estás orgulloso? —El Chacal se limpia el esputo y lo mira—. Maldita sea.

—Detén esto. Hijo mío, nos has arruinado.

—Adrio... —interviene Aja con impaciencia—. Tenemos que irnos.

El Chacal da un paso al frente.

—¿Ahora me llamas hijo? —Chasquea la lengua con desaprobación y le estira la chaqueta a su padre—. ¿Era tu hijo cuando me pusiste en una roca a merced de los elementos? Tres días. Era un bebé. El Consejo ni siquiera quería una Intemperie. Pero tú creías que yo era muy débil, y Claudio muy fuerte. ¿Fue fuerte cuando hice que Karnus acabara con él?

A Augusto le tiemblan los labios.

—¿Qué?

—Le pagué a Karnus au Belona siete millones de créditos y seis rosas para que mancillara a la chica de Claudio. Sabía que su honor lo llevaría al cuadrilátero. Lo curioso es... que era tu dinero. Te lo pedí para que pudiera «invertir en mi futuro». Y lo hice. —Frunce el ceño—. Padre, ¿de verdad te creíste que a un niño de diez años le importa el mercado plateado? Deberías haber estado más atento.

—Tú mataste a Claudio. —La voz de Augusto se quiebra a causa de la tensión y el archigobernador se hunde en los brazos de los que lo sujetan, temblando de tristeza—. Mataste a mi niño.

Esto le rompería el corazón a Mustang.

—Yo soy tu niño —le espeta el Chacal—. Fui un buen hijo. Te veneraba. Te temía. Te obedecía. Aprendí lo que deseabas que aprendiera. Fui adonde deseabas que fuese. No hice más que cumplir tu voluntad. Y aun así no fui suficiente.

Augusto niega con la cabeza y contiene su rabia cuando los pretorianos le inmovilizan las manos con esposas magnéticas. Levanta la vista para mirar al monstruo que ha creado.

—Debería haberte estrangulado en tu cuna.

—Venga, padre...

—Tú no eres mi hijo.

Adrio da un respingo. Con esas palabras, Augusto libera algo. Y la pequeña parte de Adrio que conservaba la esperanza de ser querido desaparece. Se sacude su humanidad y tan solo queda el Chacal.

—Entonces adiós esperanza, y con la esperanza se va el miedo. Adiós remordimientos: he perdido toda bondad —susurra para algún rincón lejano y debilitado de sí mismo mientras levanta con pereza el achicharrador hasta la altura de

la frente de su padre—. Mal, sé tú mi bien.

—¡Para! —Aja da un paso al frente—. ¡Adrio! En nombre de la soberana...

El Chacal dispara a su padre en la cabeza.

El asesino de Eo cae al suelo y siento que la vacuidad se apodera de mi corazón. La muerte engendra muerte, que engendra muerte, que engendra muerte. Esto es de lo que me advirtió Dancer. Por eso Mustang me dijo que no confiara en su hermano. Esta es la razón por la que morirán mis amigos. Por la que moriré yo. Porque no puedo igualar esta maldad.

¿Quién podría?

—¡Víbora estúpida! —grita Aja—. ¡La soberana lo necesitaba para disuadir al Confín Externo! Demonios.

Levanta la mirada al cielo cuando una llama traza una estela en la oscuridad. Alguien llega a toda prisa desde la atmósfera superior. Un arma de pulsos dispara destellos por los terrenos de la Ciudadela mientras los pretorianos se topan con los primeros auxiliares de Augusto y Lorn.

—Te he entregado ese premio —le dice el Chacal señalándome a mí—. No lloriques ahora. —Consulta su terminal de datos y señala las llamaradas del cielo—. Los Telemanus se acercan. A no ser que quieras jugar con ellos, te sugiero que nos marchemos.

Casio le da la razón:

—Lorn y Augusto están muertos. Este ejército se marchitará.

Aja ordena a sus pretorianos que embarquen en su nave. Vienen a recogerme del suelo. La mano que Victra tenía en mi pierna resbala. Se le han cerrado los ojos.

—Roque —murmuro bajo el peso del veneno—. Hermano...

—No. No —replica. No es un monstruo, sigue siendo él, aún sereno y relajado, aunque temible en su tristeza—. Eres hijo de un rojo. Yo, hijo de un dorado. Ese mundo en el que somos hermanos se ha perdido. —Pero se acerca a mí, se agacha y estira sus delicadas manos para inclinar hacia mi cara la caja de mármol que tengo en el regazo—. Y en este mundo, el poder de los dorados jamás menguará.

Miro la caja y se me rompe el corazón.

Todo lo que ha sido, todo lo que iba a ser, se desmorona. El sueño de Eo cae en la oscuridad. Estéis donde estéis, Sevro, Mustang, Ragnar, no volváis a este mundo. Hay demasiado dolor. Demasiado sufrimiento para poder repararlo alguna vez.

Miro la caja y allí está la cabeza de Fitchner, sin ojos, con la boca llena de uvas. Han despedazado a Ares, la única esperanza que teníamos, el único hombre que me recogió cuando estaba roto y me dio la oportunidad de algo mejor que la venganza. Y sé que estamos perdidos.

AGRADECIMIENTOS

Mi frase favorita de *El señor de los anillos* llega cuando Frodo prácticamente se ha rendido en su misión y Samsagaz le dice: «Vamos, señor Frodo... Cargar con el anillo no podré, pero sí cargar con usted».

A veces escribir es una misión solitaria. Pierdes el camino. Te adentras en el paso montañoso solo para descubrir que has cometido un error y debes volver sobre tus pasos por una ruta más traicionera. A menudo no cuentas con un mago que te guíe. No hay postes indicadores aparte de los que conjuras tú mismo. Todo depende de ti, y eso puede resultar abrumador, al menos para mí. Pero aunque puede que mis amigos y familiares no sean capaces de guiar la historia, me cargan a mí con su amor y amistad, y soy afortunado por ello.

También tengo la suerte de haber encontrado una casa editorial tan buena como Del Rey. Ni una sola vez me he sentido creativamente limitado. Ni una sola vez he sospechado que hayan deseado algo que no fuera la mejor condenada historia que podamos plasmar en papel. David Moench, Joe Scalora, Keith Clayton, Tricia Narwani, Scott Shannon, Dave Stevenson, en lo que a mí respecta, sois todos unos benditos santos.

Ahora, en lo que se refiere a mi editor, Mike Braff. Nunca hubo en todos los mundos un mejor detector de mierda/fanático de los obsidianos. Podéis agradecerle a él el ritmo trepidante de la historia, el desvergonzado número de víctimas y el zorro de Kavax, Sófocles. Quiero darle también las gracias a Hannah Bowman, quien — junto con Liza Dawson y Havis Dawson— se arriesgó a representarme, y a Jon Cassir por su paciencia y brillante gestión de los derechos cinematográficos.

Gracias también a Joel Phillips por sus hermosos mapas y las noches de whisky, a Nathan Phillips por ser el hermano pequeño que nunca tuve, a Tamara Fernández por esa sabiduría que supera sus años con creces, a Jarrett Price por hacer que en Los Ángeles me sienta como en casa, a Terry Brooks por dedicar tiempo a leerse el primer trabajo de un autor joven, a Scott Sigler por su generoso elogio y a Josh Crook por todos los planes de travesuras a la hora del desayuno.

A mis padres, os lo debo todo. Me pusisteis una pala en las manos en lugar del mando de una videoconsola. Cavar en el bosque fue la mejor educación que pude recibir. Nunca he conocido unas almas más sinceras y bondadosas. Sois las personas que deseo ser. Y a mi hermana, Blair, gracias por hacerme más sabio enseñándome los excepcionales peligros de buscarle las cosquillas a una mujer paciente, oh, y también por ser mi asesina *ninja*.

Al final, siempre debo reconocer el mérito de Aaron Phillips. Sin él, no existiría

Amanecer rojo, ni el *Hijo dorado*. Convertido en un verdadero amigo desde que nos conocimos estudiando en Alemania, me ha visto empezar quince libros, terminar seis y enfrentarme al rechazo de los agentes más de cien veces a lo largo de siete años. Cuando las cosas se pusieron negras, él me levantó y me animó a continuar con mi misión. Ha sido una bendición verlo crecer, casarse y convertirse en un hombre tan profundo y auténtico como pudo serlo Samsagaz Gamyi.

Es extraño pensar que escribí *Amanecer rojo* hace cuatro años encima del garaje de mis padres en Seattle. Y todavía más raro pensar que sospechaba que solo mis amigos lo leerían. Así que gracias, lectores. Gracias por acompañarme en este viaje. Gracias por dejarme vivir como un hacedor de sueños, lo único que he querido ser desde que mi padre me leyó *El Hobbit* cuando era pequeño y me di cuenta de que la magia del hombre reside en las palabras, en los cuentos, en las leyendas perdidas y en las que están por llegar.



PIERCE BROWN (Denver, EEUU, 1988). Autor estadounidense, *Amanecer Rojo* es su primera novela, una distopía ambientada en Marte y publicada en 2014 que forma parte de una serie e *Hijo dorado* es su continuación.

Pierce Brown pasó su infancia construyendo fuertes y tendiendo trampas para sus primos en los bosques de seis estados y los desiertos de otros dos. Se graduó en la universidad en 2010 y fantaseó con la idea de continuar sus estudios en la escuela Howgarts de magia y hechicería. Desafortunadamente, no tiene ni una pizca de magia en su cuerpo. Así que mientras intentaba abrirse camino como escritor, ha trabajado como administrador de redes sociales en una compañía tecnológica, ha sido agotado trabajando en el set Disney de los estudios ABC, ha pasado un tiempo como una página de la NBC y ha sido privado de sueño durante toda una campaña electoral.

Ahora vive en Los Ángeles, donde garabatea cuentos de naves espaciales, magos, *ghouls* y otras cosas antiguas y extrañas.